BIBLIOTECA CLASICA.

LOS ANALES

DE

CAYO CORNELIO TÁCITO

TRADUCIDOS POR

D. CARLOS COLOMA

TOMO I.

MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle del Arenal, núm. 11

1890

BIBLIOTECA CLÁSICA.

El precio de cada tomo en rústica es de *tres pesetas*, comprándolo á los libreros y corresponsales.

Haciendo el pedido directamente á la casa de Hernando y C.ª, Arenal, 11, Madrid, y remitiendo el importe al hacerlo, *dos pesetas y cincuenta céntimos*. Encuadernados en tela, en pasta ó á la holandesa, *tres pesetas y cincuenta céntimos*.

Todos los tomos se venden separadamente.

OBRAS PUBLICADAS.

Clásicos griegos.

	Tomos.
HOMERO.—*La Ilíada*, traducción en verso de Hermosilla.........	3
— *La Odisea*, traducción en verso de Baraíbar.................	2
HERODOTO.—*Los Nueve libros de la historia*, traducción del P. Pou....	2
PLUTARCO.—*Las vidas paralelas*, traducción de Ranz Romanillos....	5
ARISTÓFANES.—*Teatro completo*, traducción de D. Federico Baráibar..	3
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS.—(*Teócrito, Bión y Mosco.*) Traducción en verso, de D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares...	1
ODAS DE PÍNDARO.—Traducción en verso del mismo...............	1
ESQUILO.—*Teatro completo*, traducción de Brieva Salvatierra........	1
TUCÍDIDES.—*Historia de la Guerra del Peloponeso*, traducción de Gracián..	2
XENOFONTE.—*Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia*, traducción de D. Diego Gracián, corregida por Florez Canseco...	1
— *La Cyropedia*, traducción del mismo......................	1
— *Las Helénicas*, traducción de Soms........................	1
LUCIANO.—*Obras completas*, traducción de Vidal y Baráibar........	4
ARRIANO.—*Expediciones de Alejandro*, traducción de Baráibar......	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS.—Traducción de los señores Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga Argüelles y Castillo y Ayensa..	1
POLIBIO.—*Historia Universal*, traducción de D. Ambrosio Rui Bamba.	3
PLATÓN.—*La República*, traducción de D. José Tomás y García......	2
DIÓGENES LAERCIO.—*Vidas de los filósofos* traducción de Ortiz y Sanz.	2
MORALISTAS GRIEGOS.—(*Marco Aurelio, Teofrastro, Epicteto, Cebes.*) Traducción de Díaz de Miranda, López de Ayala, Brum y Simón Abril..	1

Clásicos latinos.

VIRGILIO.—*La Eneida*, traducción en verso de Caro................	2
— *Las Eglogas*, traducción en verso, de Hidalgo.—*Las Geórgicas*, traducción de Caro, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo..	1
CICERÓN.—*Obras completas*, traducidas por los Sres. Menéndez Pelayo, Valbuena y F. Navarro y Calvo............................ Se han publicado 10 tomos.	14
TÁCITO.—*Los Anales*, traducción de D. Carlos Coloma..............	2
— *Las Historias*, traducción del mismo........................	1
SALUSTIO.—*Conjuración de Catilina*.—*Guerra de Jugurta*, traducción del Infante D. Gabriel.—*Fragmentos de la grande historia*, traducción del Sr. Menéndez Pelayo..........................	1
JULIO CÉSAR.—*Los Comentarios*, traducción de Goya y Muniain....	2
SUETONIO.—*Vidas de los doce Césares*, trad. de D. F. Norberto Castilla.	1
SÉNECA.—*Epístolas morales*, traducción de D. F. Navarro y Calvo.	1
— *Tratados filosóficos*, traducción de Navarrete y Navarro......	2
OVIDIO.—*Las Heroidas*, traducción de Diego Mexia................	1
— *Las Metamorfosis*, traducción de Pedro Sánchez de Viana....	2
FLORO.—*Compendio de la Historia Romana*, traducción de Díaz.....	1

Tomos.

QUINTILIANO.—*Instituciones oratorias*, traducción de los PP. de las Escuelas Pías, Rodríguez y Sandier........................ 2
QUINTO CURCIO.—*Vida de Alejandro*, trad. de Ibáñez de Segovia..... 2
ESTACIO.—*La Tebaida*, traducción en verso de Arjona............. 2
LUCANO.—*La Farsalia*, traducción en verso de Jáuregui.......... 2
TITO LIVIO.—*Décadas de la Historia Romana*, traducción de Navarro. 7
TERTULIANO.—*Apología contra los gentiles*, traducción de Manero.. 1
ESCRITORES *de la Historia Augusta*, traducción de D. Francisco Navarro y Calvo.. 3

Clásicos españoles.

CERVANTES.—*Novelas ejemplares y viaje del Parnaso*............... 2
CALDERÓN DE LA BARCA.—*Teatro selecto*, con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo.................................. 4
HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa*.......................... 1
QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*.......................... 1
QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*........................ 2
DUQUE DE RIVAS.—*Sublevación de Nápoles*....................... 1
ALCALÁ GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*...................... 1
MANUEL DE MELO.—*Guerra de Cataluña* y *Política Militar*.......... 1
ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, ordenada por D. Marcelino Menédez y Pelayo.. 12
Se ha publicado el tomo I.

Clásicos ingleses.

MACAULAY.—*Estudios literarios.—Estudios históricos.—Estudios políticos. — Estudios biográficos. — Estudios críticos. — Estudios de política y literatura*. Traducción del Sr. Juderías Bénder.... 6
— *Vidas de políticos ingleses*, traducción del mismo............. 1
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*, traducción de D. M. Juderías Bénder y D. Daniel López......................... 4
— *Discursos parlamentarios*, traducción de D. Daniel López.... 1
— *Historia del Reinado de Guillermo III*, continuación de la *Revolución de Inglaterra*, traducción del mismo............. 6
MILTON.—*Paraíso perdido*, traducción en verso, de D. Juan Escoiquiz. 2
SHAKESPEARE.—*Teatro selecto*, traducción de D. Guillermo Macpherson con un estudio preliminar de D. Eduardo Benot..... 4

Clásicos italianos.

MANZONI.—*Los Novios*, traducción de D. Juan Nicasio Gallego.... 1
— *La Moral Católica*, traducción de D. Francisco Navarro.... 1
GUICCIARDINI.—*Historia de Italia, desde* 1494 *á* 1532, traducida por el rey Felipe IV.. 6

Clásicos alemanes.

SCHILLER.—*Teatro completo*, traducción de D. Eduardo Mier....... 3
HEINE.—*Poemas y fantasías*, traducción de D. José J. Herrero..... 1
— *Cuadros de viaje*, traducción de D. Lorenzo G. Agejas........ 2

Clásicos franceses.

LAMARTINE.—*Civilizadores y conquistadores*, traducción de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Bénder..................... 2

Clásicos portugueses.

CAMOENS.—*Los Lusíadas*, traducción en verso de D. Lamberto Gil... 1
— *Poesías selectas*, traducción del mismo...................... 1

LOS ANALES

DE

CAYO CORNELIO TÁCITO.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, 20.

BIBLIOTECA CLASICA
TOMO XVII

LOS ANALES

DE

CAYO CORNELIO TÁCITO

TRADUCIDOS POR

D. CARLOS COLOMA

TOMO I.

MADRID
LIBRERIA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 11
1890

PRÓLOGO.

Con este volumen da principio la BIBLIOTECA CLÁSICA á la reproducción de las obras del príncipe de los historiadores latinos, en la elegante y fácil traducción de D. Carlos Coloma, historiador egregio de las *Guerras de los Países Bajos*. Sin ser perfecto el trabajo de Coloma, y apartándose, como se aparta mucho, de la austera concisión y sequedad sentenciosa del original latino, á cuyo defecto se junta el de haber modernizado á la continua frases y costumbres, merece con todo eso la preferencia, por las condiciones de estilo, entre todas las demás traslaciones castellanas de Tácito. Es obra que se lee sin dificultad y hasta con deleite; mérito no pequeño en traducciones. Álamos Barrientos, aunque rico y abundante en la lengua, es mucho más difuso y amplificador que Coloma. Sueyro, mucho más duro

y falto de fluidez. En cuanto á Herrera (Antonio), Laneina, Clemencin y Mor de Fuentes, sólo han dejado traducciones de algunos libros de los *Anales* ó de la *Germania* y el *Agrícola*, siquiera en esto poco merezcan loa (1). No queda, pues, más traducción útil que la de Coloma, añadiéndole por de contado los dos escritos (2) que él dejó de traducir, y que tomaremos de Álamos, siguiendo el ejemplo de los editores del siglo pasado y de la moderna *Biblioteca Clásica* de Barcelona.

Aquí convendría decir algo de Tácito, de su vida y de sus obras. Pero la primera puede reducirse á pocas palabras, y en el segundo sería casi temerario poner la mano después de tantos y tan contradictorios juicios.

Baste decir que Tácito nació en *Interamna* (Terni) de Umbría, á mediados del primer siglo de la era cristiana; que era caballero romano é hijo de un procurador de la Galia Bélgica; que, según opinión muy probable, pasó sus primeros años en las escuelas de declamación, y que se dedicó luego á la práctica del foro. Nobilísimo es el primer acto que de su vida conocemos: la acusacion contra las rapacidades y concusiones del procónsul de África, Mario Prisco, segundo Verres. No es difícil reconocer ya en el

(1) En uno de los tomos siguientes daremos menuda noticia de estas versiones y de las demás de historiadores griegos y latinos.

(2) *Germania* y *Agricola*.

novel abogado al futuro vengador de la justicia y de la humanidad en sus historias inmortales. El matrimonio con la hija de Agrícola, heroico y prudente gobernador de Bretaña, debió de contribuir á desarrollar en Tácito aquel su innato sentimiento de rectitud moral y odio á la tiranía. De la de Domiciano no se hubiera salvado su suegro, á no morir oportunamente (en el año 93): dichoso hasta en esto, y en haber dado ocasion á Tácito para escribir aquella admirable biografía, modelo de concisión y de noble, aunque severa. elegancia, mezclada algunas veces de apacible y tranquila melancolía, sobre todo en el final.

Atravesó Tácito, no sin peligro, el triste reinado de Domiciano, y alcanzó los buenos tiempos de Nerva y de Trajano, *fácil y segura materia* para los futuros historiadores en opinión suya. Alcanzó grandes honores y dignidades; fué *quindecimviro* (el año 88), pretor, y finalmente cónsul: brilló como orador, sobre todo en el panegírico de Virginio Rufo, eminente ciudadano que había rechazado el imperio que las legiones de Germania le ofrecieron después de la muerte de Nerón; estuvo ligado por íntima amistad con Plinio el Joven, y pasó su edad madura en los amenos solaces de las letras (no desdeñándose de frecuentar la poesía festiva) y en el cultivo de la historia.

Poco más que esto se sabe de él, y no es poca felicidad el que todo lo que sabemos sea noble y honroso para Táci-

to, contribuyendo la misma escasez de noticias á que no empañe su nombre ninguna de esas sombras que obscurecen los de otros grandes escritores y políticos de la antigüedad. Nada hay en la vida de Tácito que contradiga á la alta idea que del hombre moral formamos por sus escritos.

Más sensible, y aun digna de ser eternamente llorada, es la pérdida de una gran parte de estas mismas obras, quizá mayor que la que ahora poseemos. Y eso que un descendiente suyo, el emperador Tácito, deseoso de evitar esta pérdida y de hacer más populares estos libros, que ya en aquel tiempo debían de haberse hecho raros y peregrinos por el empeño que todos los malhechores tienen en hacer desaparecer ó en desfigurar la historia contemporánea, mandó que anualmente se sacasen copias de ellos y que se conservasen en todas las bibliotecas. A pesar de tanta diligencia, de las obras de Tácito, que, al decir de San Jerónimo, escribió en treinta volúmenes la historia de los Césares, sólo quedan mutilados restos, á saber: los seis primeros de los *Anales*, que comprenden la época de Tiberio (no sin que falte la mayor parte del libro quinto), y muy incompletos los seis últimos, en que habla de Nerón. De Calígula y Claudio no hay nada. Tenemos, además, cuatro libros y parte de otro de las *Historias*, que comprenden la época turbulenta de Galba, Oton y Vitelio. Con estas reliquias, la vida de *Agrícola*, el opúsculo *De situ, moribus, po-*

pulisque Germanorum, y el diágolo *De los oradores ó de las causas de la corrupcion de la elocuencia*, que otros atribuyen á Quintiliano, tenemos todo lo que hoy se conserva de Tácito.

El tiempo en que fué compuesta cada una de estas obras es difícil de determinar. Generalmente se colocan por este orden: *Agrícola*, *Germania*, *Historias*, *Anales*.

Tácito es el representante más ilustre de la *historia pragmática*, es decir, moral y con aplicaciones prácticas y políticas, género que en los grandes maestros de la antigüedad no daña, antes se une fácilmente con la historia pintoresca, épica ó dramática. Tácito, lo mismo que Tucídides, es ante todo un artista. ¡Felices los historiadores de la antigüedad que, no ahogados por la balumba de documentos, enojoso aunque indispensable apoyo de toda historia moderna, podían concentrar su atención y todas las fuerzas de su varonil espíritu en la pintura de sucesos y de caracteres, dándoles tanto color y relieve cuanto puede alcanzar la mejor poesía! No sabían de filosofía de la historia, no se inquietaban de síntesis ni de ideales, y podían con majestad olímpica, ajenos de inquietudes, de dudas y zozobra, pintar el gran cuadro de la vida humana. Y esta verdad humana la buscaban, ya en sus más altos y sublimes momentos, como Herodoto y Tito-Livio, cándidos narradores de épicas leyendas y de historias más admirables que las leyendas mismas;

ya en los pacientes esfuerzos del talento político ó militar, como Tucídides y Polibio; ya en el profundo, nunca superado y pacientísimo análisis del corazón humano, que hace Tácito sin aparentar que lo hace ni disertar en forma, sino penetrando y escudriñando los tenebrosos senos de la conciencia del malvado, de suerte que ningún hecho quede sin explicación; porque los malvados de Tácito no son abstracciones ni entes de razón ó maniquíes de paja, como los que entonces y siempre han servido de blanco á las diatribas de los retóricos contra la corrupción y la tiranía, sino hombres de carne y hueso, que nos parece que viven y se mueven á nuestros ojos, con las mismas pasiones y odios, altiveces y descaecimientos que mostraron en vida. Los modernos tienen la deplorable manía de sacrificar en sus pedantescas síntesis los hombres á las ideas, privando así á la historia de toda animación y de su más fructuosa enseñanza. Juzgaban los antiguos, por el contrario, que si la idea era materia propia del filósofo, el hombre debía ser el principal estudio del historiador. Si en este poder de *individualizar* y *humanizar* tiene Tácito algún rival, es sólo Shakspeare.

Los caracteres y las descripciones hacen de los libros de Tácito poemas épicos y novelas de extraordinaria belleza. Y no es porque se detenga con fruición de artista de decadencia en menudos pormenores, sino porque nadie ha poseído

como él el arte de los grandes rasgos y de las palabras que dicen más de lo que suenan. Nadie ha sabido tampoco producir la impresión que él produce con rasgos aislados y acá y allá esparcidos. Así viven Tiberio y Seyano, Germánico y Livia, Tráseas y Séneca, Agrícola y Galgaco, en sus páginas inmortales. No son personajes de una sola pieza como los que fantasean los retóricos y sofistas, sino humanos, ricos y variados, con toda la amplitud, riqueza y esplendidez de la conciencia.

En el estilo une Tácito á lo sereno y majestuoso de todos los narradores antiguos, cierta austeridad y melancolía propia y peculiar suya, nacida en parte de lo amargo y pavoroso de los hechos que describe, y en parte de las consideraciones geniales de su espíritu, más inclinado á tomar la vida por el lado triste que por el risueño. Y precisamente por este modo de sentir y de narrar toman importancia en sus libros los hechos más accesorios y de poca monta, como que su historia, con ser de crímenes y bajas tiranías, enseña mucho más que cualquiera otra de glorias y grandezas. Y no es porque calumnie la naturaleza humana, como se ha dicho, ni porque se vaya como los cuervos á la carne muerta, trocado en zahorí de ocultos propósitos é intencio nes, sino porque había recogido amargos frutos de ciencia y experiencia, con ser muy amante y devoto del bien y de la virtud donde quiera que los hallara.

Dicen los que no lo entienden que es obscuro, sentencioso, afectadamente conciso y hasta de mal gusto el estilo de Tácito, y que la lengua adolece en él de no leves defectos. Sin duda por eso los gramáticos ciceronianos del Renacimiento tenían cuidado de apartarle de las manos de sus discípulos. Realmente Tácito es un escritor más admirable que imitable: por fortuna, sus defectos no son contagiosos. ¡Pluguiera á Dios que la concisión, aun seca y ruda, viniera á sustituir en las literaturas modernas á tanta inútil y laxa palabrería! Es rico de sentencias Tácito; pero las va entretejiendo con tal habilidad en el hilo de la narración, que parecen una misma cosa con ella, y estas sentencias son casi siempre verdaderas y profundas, como deducidas de la observancia de la vida y no de vanos sistemas. Pocas veces caen en el lugar común, y cuando así sucede, las salva lo acerado y enérgico de la expresión.

En Tácito, el estilo es tan inseparable del hombre, que hasta sus defectos de excesiva elipsis y obscuridad parecen naturales, y se le perdonan, porque aquella expresión ha nacido para aquel pensamiento. Obscuro suele ser, pero más por lo profundo de las ideas que por lo ceñido del lenguaje. Lo que nadie negará es que, sin pecar de árido, es *preciso* como pocos. Enemigo de toda vana pompa, nos da más ideas que palabras, mérito el más gran grande y raro de un escritor.

De las opiniones políticas de Tácito mucho pudiera decirse, y aun así no resultarían muy claras. Era patricio y estoico, y como tal, aunque sin la exageracion de otros, romano á la antigua y poco amigo del imperio, aunque nada revolucionario ni utopista. Por la plebe sentía profundo desdén: llamábala *voltaria é inclinada á la servidumbre*, y *ligera y funesta en sus amores* como en sus odios. Los agitadores de esta plebe, siquiera se llamasen los Gracos, aun le infundían mayor aversion. Más que político, es moralista. Toda iniquidad y tiranía, venga de arriba ó de abajo, del César, del Senado ó de los Tribunos, le parece digna de execración. Para ser del todo justiciero, sólo le faltó ser cristiano. Floreció en una época de decadencia y de transicion, sin fe en lo pasado ni comprensión bastante clara en lo futuro: por eso se extravía á veces en los juicios morales, y en política, como en religión, tiene más bien aspiraciones y reminiscencias, que ideas claras y bien definidas. La impresión general que sus escritos dejan es triste, pero reposada y serena.

M. M. P.

ANALES DE CAYO CORNELIO TÁCITO.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Muere Augusto en Nola.—Sucédele Tiberio, que estudia por encubrir el deseo de reinar.—Amotínanse las legiones de Panonia, para cuyo remedio envía Tiberio á su hijo Druso, el cual, no sin trabajo, las compone.—Otro motín de las legiones de Germánico.—Sosiégale Germánico con efusión de sangre.—Lleva el ejército á los enemigos, y alcanza victoria de varias naciones de Germania.—Julia, hija de Augusto, acaba su vida en Regio.—Institúyense sacerdotes en honor de Augusto y los juegos llamados Augustales.—Pasa el Rhin otra vez Germánico; asuela y destruye á los pueblos llamados Cattos; libra á Segesto del sitio que le tenía puesto Arminio, y por todos estos sucesos es llamado emperador.—Mueve otra vez guerra á los Queruscos; recoge los huesos de la rota de Varo, y da libertad á muchos prisioneros que se perdieron en ella.—Vuelve al Rhin Cecina con parte del ejército; se ve en peligro, y con el último esfuerzo de desesperación rompe al enemigo.—Toma pie en Roma la ley de majestad y ejercítase con aspereza.—Inunda el Tíber.—Tumultos en el teatro, de que resulta refrenar la insolencia de los histriones.—Trátase de remediar las inundaciones del Tíber, á que se oponen algunas ciudades de Italia.

Sucede todo esto en espacio de casi dos años.

	CÓNSULES.
A. de Roma 767. De J. C. 14.	Sexto Pompeyo. Sexto Apuleyo.
768. 15.	Druso César. C. Norbano Flaco.

La ciudad de Roma fué á su principio gobernada de reyes. Lucio Bruto introdujo la libertad y el consulado. Las dictaduras se tomaban por tiempo limitado, y el poderío de los diez varones (*decemviros*) no pasó de dos años, ni la autoridad consular de los tribunos militares duró mucho.

No fué largo el señorío de Cinna, ni el de Sila, y la potencia de Pompeyo y Craso tuvo fin en César, como las armas de Antonio y Lépido en Augusto, el cual debajo del nombre de príncipe (1) se apoderó de todo el estado, exhausto y cansado con las discordias civiles. Mas las cosas prósperas y adversas de la antigua república han sido contadas ya por claros escritores; y no faltaron ingenios para escribir los tiempos de Augusto, hasta que poco á poco se fueron estragando al paso que iba creciendo la adulación. Las cosas de Tiberio, de Cayo, de Claudio y aun de Nerón fueron escritas con falsedad, floreciendo ellos por miedo, y después de muertos, por los recientes aborrecimientos; de que me ha venido deseo de referir pocas cosas, y esas las últimas de Augusto: luego el principado de Tiberio y los demás, todo sin odio ni afición, de cuyas causas estoy bien lejos.

Después que por la muerte de Bruto y Casio cesaron las armas públicas, vencido Pompeyo en Sicilia (2), despojado

---

(1) Debe sobrentenderse *del Senado*. Personajes de la antigua república, tales como Scaurus, Scipion, etc., son frecuentemente designados con el nombre de *príncipes*, y hablábase del principado de Scaurus, como posteriormente del principado de Tiberio. Escogió Augusto entre todos el título de príncipe por ser el más propio para disfrazar la enormidad de su poder: el único privilegio de este título era el derecho, para quien lo gozaba, de votar el primero en el Senado. El de emperador era relativo á la milicia, y sólo daba autoridad en los campamentos. El *principado* fué, pues, el título de la nueva constitucion, mezcla de monarquía, de aristocracia y aun de democracia, especialmente al principio.

No debe confundirse el nombre de emperador (*imperator*) puesto al frente de los demás títulos, con el de *imperator* que durante la república daban los soldados sobre el campo de batalla á sus generales victoriosos y que obtuvieron también los emperadores en iguales circunstancias, poniéndolo al fin de sus demás títulos y añadiendo el número de veces que les había sido conferido. En los tiempos de Augusto y Tiberio concedióse el título de imperator varias veces á los generales.

(2) Refiérese á Sexto Pompeyo, que fué vencido por Agripa.

Lépido, muerto Antonio, sin que del bando de los Julios quedase otra cabeza que Octavio César; dejado por él el nombre de uno de los tres varones (*triunviros*), llamándose cónsul, y por agradar al pueblo, con encargarse de su proteccion, contentándose con la potestad de tribuno (1); después de haber halagado á los soldados con donativos, al pueblo con la abundancia y á todos con la dulzura de la paz, comenzó á levantarse poco á poco, llevando á sí lo que solía estar á cargo del senado, de los magistrados y de las leyes, sin que nadie le contradijese. Habiendo faltado á causa de las guerras y proscripciones los más valerosos ciudadanos; y los otros nobles cayendo en que cuanto más prontos se mostraban á la servidumbre, tanto más presto llegaban á las riquezas y á los honores, viéndose engrandecidos por este medio, quisieron más el estado presente seguro que el pasado peligroso. Ni á las mismas provincias fué desagradable esta forma de estado, sospechosas del gobierno, del senado y del pueblo, á causa de las diferencias entre los grandes y avaricia de los magistrados, siéndoles de poco fruto el socorro de las leyes, enflaquecidas con la fuerza, con la ambición, y finalmente con el dinero. Para mayor apoyo de su grandeza hizo pontífice y edil curul á Claudio Marcelo (2), hijo de su hermana, de muy poca edad, y señaló de dos consecutivos consulados á Marco Agripa (3), ignóbil de linaje, aunque útil en la

---

(1) De cuantas magistraturas tomó ó se hizo conferir Augusto, ninguna debía contribuir tanto á afianzar su dominacion como ésta, que á la vez que le constituía en protector de la plebe, le daba el *veto* en todas las grandes circunstancias y hacía su persona inviolable.

(2) Sobrino de Augusto, muy querido de su tío. Murió joven. Virgilio le celebra en la *Eneida*, libro IV. *Tu Marcellus eris.*

(3) Marco Vipsanio Agripa. De humilde linaje, pero dotado de grandes talentos militares. Augusto, que le debía muchos de sus triunfos, le nombró cónsul, le asoció á su potestad tribuni-

guerra y compañero en la victoria, á quien en muriendo Marcelo, hizo su yerno. Honró con nombre imperial á sus antenados Tiberio, Nerón y Claudio Druso (1), estando en pie y entera todavía su casa; porque él había adoptado en la familia de los Césares á Cayo y Lucio (2), hijos de Agripa; y antes de dejar la vestidura pueril llamada pretexta (3), les hizo dar nombre de príncipes de la juventud, habiendo deseado ardentísimamente que fuesen nombrados para cónsules, aunque con aparentes muestras de rehusarlo. Muerto Agripa, murieron tambien Lucio César yendo á gobernar los ejércitos de España, y Cayo, enfermo ya con ocasión de cierta herida, volviendo de Armenia, por una apresurada sentencia del hado, ó por industria de su madrastra Livia; con que muerto ya mucho antes Druso, quedó de todos los antenados sólo Tiberio Nerón, á quien al punto se volvieron los ojos de todos. Este fué luego tomado por hijo, por compañero en el imperio, ó por asociado en la potestad tribunicia, mostrado á todos los ejércitos, no como hasta allí con ocultos artificios de su madre, sino á la descubierta, como declarado sucesor. Habíase hecho Livia tan señora del viejo Augusto, que le hizo desterrar á la isla Planosa (4) á su único nieto Agripa Postu-

---

cia y le tomó por yerno á la muerte de Marcelo, dándole la mano de su hija Julia. Murió en el año 29 de J. C, á los 51 de su edad.

(1) El primero fué el que sucedió á Augusto, y al segundo se le dió el dictado de *Germánico* por las victorias alcanzadas contra los pueblos de este nombre. Eran hijos de Tiberio Druso Nerón y de Livia Drusila, que fué cedida por su marido á Augusto estando en cinta de Druso.

(2) El primero, llamado Cayo César, nació en el 21 de J. C. y murió en Licia á la edad de 23 años; el segundo, Lucio César, nació tres años después que su hermano, y falleció en Marsella dos antes que él.

(3) Llamábase así una toga adornada de una banda de púrpura, que, junto con la *bulla*, formaba el traje de los jóvenes de ambos sexos nacidos de padres libres.

(4) Islote inmediato á la isla de Elba. Hoy se llama Pianosa.

mo (1), mozo á la verdad inculto y rudo; y por ocasión de sus grandes fuerzas, locamente feroz, aunque no convencido de algún delito. Consignó á Germánico, hijo de Druso, las ocho legiones que estaban alojadas en las riberas del Rhin, y mandó á Tiberio que le adoptase, puesto que tenía un hijo de poca edad; y esto para fortificarse por más partes. No había en aquel tiempo otra guerra que con los Germanos, más por vengar la infamia del ejército que perdió Quintilio Varo (2), que por deseo de extender el imperio ó por otro digno premio. La ciudad quieta, el mismo nombre de magistrados, los más mozos nacidos después de la victoria de Accio, y de los viejos muchos durante las guerrras civiles, ¿quién quedaba que pudiese acordarse de haber visto república?

Así, pues, trastornado el estado de la ciudad, no quedando ya cosa que oliese á las antiguas y loables costumbres, todos, quitada la igualdad, esperaban los mandatos del príncipe sin algún aparente temor de mayor daño, mientras Augusto, robusto de edad, sostuvo á sí mismo, á su casa y á la paz. Mas después que su excesiva vejez llegó á ser trabajada también con enfermedades corporales, comenzando á mostrarse cercano el fin de su largo imperio y las esperanzas del venidero, pocos y acaso trataban de los bienes de la libertad, muchos temían la guerra, otros la deseaban, y la mayor parte no cesaba de discurrir contra los que parecía que habían de ser presto sus señores, diciendo «que Agripa, cruel de naturaleza é irritado de

(1) L. Marco Agripa César Postumo, hijo de Agripa y de Julia. Nació en el año 29 de J. C., y fué muerto, por orden de Tiberio, á los 25 años de edad. Pretendía ser dios del mar, porque era gran pescador, y hacíase llamar Neptuno. Había tratado á Livia de madrastra, y censuraba á Augusto porque retenía la herencia de sus padres.

(2) Alude á la derrota sufrida por Varo (9 de J. C.), el cual, atraído á una emboscada por Heramn, jefe de los Queruscos, pereció en ella con tres legiones romanas que mandaba.

las ignominias recibidas, no tenía edad ni experiencia capaz de tan gran peso; que Tiberio Nerón, aunque de edad madura, probado en guerras, era al fin de aquel linaje soberbio de los Claudios, y con todo su artificio se le veían brotar muchos indicios de crueldad; que ese, criado desde niño en una casa acostumbrada á reinar, cargado de consulados y de triunfos (1), ni aun en los años que (so color de recrear el ánimo con la soledad) pasó su destierro en Rodas, imaginó jamás otra cosa que ira, disimulación y ocultas lujurias; que se veía además de esto á su madre Livia, de mujeril fragilidad, y que al fin había de ser necesario servir á una mujer y á dos mancebos (2), para que algún día resolviesen ó dividiesen la república, sin cansarse, entretanto, de oprimirla y arruinarla».

Entretanto que se hacen estos y semejantes discursos, se le agrava la enfermedad á Augusto, no sin sospechas de alguna maldad en su mujer; porque era fama que Augusto, pocos meses antes, confiándose de algunos y acompañado de Fabio Máximo, habia pasado á la Planosa por ver á Agripa, á donde hubo muchas lágrimas de una parte y otra y varias muestras de amor, con que parece se le dió esperanza al mozo de que había de volver presto á casa de su abuelo; lo que, revelado por Máximo á su mujer, y por ella á Livia, llegó á los oídos de César. Súpose poco después, porque muerto Máximo (dúdase si él mismo se mató) se oyeron en sus honras los lamentos de Marcia, que se acusaba de haber sido causa de la muerte de su marido. Sea como fuere, llegado apenas al Ilírico Tiberio, fué con diligencia llamado por cartas de su madre. No se sabe bien si halló todavía vivo á Augusto en la ciudad de Nola, ó acabado ya de morir, porque Livia había hecho poner guardias

(1) Había sido cónsul en 741, 746 y 750, y alcanzado los honores del triunfo por la guerra de Panonia, en 745; de Germania, en 747; de Iliria, Panonia, Dalmacia y Germania, en 765.
(2) Druso y Germánico.

alrededor de palacio y por los caminos, dejando tal vez correr algunas alegres nuevas, hasta que, acomodadas las cosas necesarias al tiempo, se publicó á un mismo punto que Augusto era muerto y que quedaba todo el poder en Tiberio Nerón.

La primera maldad del nuevo principado fué la muerte de Agripa, al cual, aunque desarmado y desapercibido, quitó con dificultad la vida un fuerte y determinado centurión. No hizo ninguna mención de esto en el senado Tiberio; antes procuraba dar á entender con una cierta disimulación que Augusto tenía dadas secretas órdenes al tribuno que guardaba á Agripa en la isla Planosa, mandándole que le matase en teniendo nueva cierta de que él había acabado su vida. Verdad sea que Augusto, por hacer decretar al senado su destierro, dijo cosas execrables de las costumbres del mozo; pero en lo demás nadie le pudo inculpar de haberse mostrado tan cruel con alguno de los suyos que llegase hasta quitarles la vida. Fuera de que no es creible que quisiese asegurar la sucesión del antenado con la muerte del nieto: antes más verosímil que Tiberio y Livia, aquél por miedo y ésta por odio de madrastra, solicitaron la muerte al joven aborrecido y temido de entrambos. Al centurión que (conforme á la costumbre militar) vino á decirle que ya le había obedecido, respondió no haberlo él mandado, y que convenía dar luégo cuenta de ello al senado. Advertido de esto Salustio Crispo (1), consejero secreto de este caso, que era el que habia enviado la orden por escrito al tribuno, temiendo el haber de ser examinado como reo, y que no se le ofrecía menor peligro en decir la verdad que en disimularla, advirtió á Livia «que no era prudencia publicar los secretos de casa, los consejos de los amigos, ni las ejecuciones militares; ni que Tiberio debilitase su autoridad con remitir todas las cosas al senado:

(1) Sobrino é hijo adoptivo del historiador Salustio.

siendo tal la condición del mandar, que jamás sale cabal la cuenta si no se da á uno solo».

Corrían entretanto de tropel en Roma en servidumbre los cónsules, los senadores y los caballeros. Cada uno, cuanto más ilustre, tanto más fingido y pronto á componer el rostro por nó mostrarse demasiado alegre por la muerte del primer príncipe, ó triste por la elección del segundo, á cuya causa mezclaban las lágrimas con la alegría, y los lamentos con la adulación. Fueron los primeros á jurar fidelidad á Tiberio los cónsules Sexto Pompeyo y Sexto Apuleyo; y después de ellos Seyo Strabon y Cayo Turriano, aquél prefecto de los soldados pretorianos, y éste de los bastimentos, é inmediatamente el senado, los soldados y el pueblo; porque Tiberio quería que todas las cosas comenzasen con los cónsules, como si durara todavía la república y se estuviera en duda de que imperaba. Ni el mandamiento para llamar los senadores á consejo firmó sino con el título de la potestad tribunicia, la cual tenía desde el tiempo de Augusto, cuyas palabras fueron pocas y de modesto sentido: «que quería consultar sobre las honras que se habían de hacer á su padre; que no pensaba entretanto apartarse del cuerpo, ni usurpar otro algún ejercicio de los cuidados públicos». Sin embargo, en muriendo Augusto, dió, como emperador, el nombre á los soldados pretorianos, sin hacer mudanza en materia de guardias ni de armas, ni en las demás cosas acostumbradas en la corte del príncipe. Soldados le acompañaban en el foro, soldados le seguían en palacio, enviando cartas á los ejércitos, como si ya se hubiera encargado del imperio; nunca irresoluto sino cuando hablaba en el senado. La principal causa de esto procedía del miedo que tenía á Germánico, receloso de que, teniendo en su mano todas las legiones, los confederados y tanto favor del pueblo, no quisiese antes gozar del imperio que esperarle. Conveníale también para su reputación el dar á entender que había sido llama-

do y escogido de la república antes que introducido por ambición de una mujer (1) y adopción de un viejo. Conocióse después que se valió de este artificio también para descubrir y sondar las voluntades de los grandes, de quienes notaba, no sólo las palabras, pero el semblante de los rostros, depositándolo todo en su pecho con siniestra interpretación.

No consintió que en el primer día del senado se tratase de otra cosa que de las funerallas de Augusto, en cuyo testamento, presentado por las vírgenes vestales (2), se nombraban herederos Tiberio y Livia: adoptada Livia en la familia de los Julios con nombre de Augusta. En el segundo lugar llamaba á sus sobrinos y nietos, y en el tercero á los más principales de la ciudad, algunos aborrecidos por él; mas hízolo por adquirir gloria y honor con los venideros. Las mandas fueron de hombre particular, salvo la del pueblo, que importó un millon y ochocientos setenta y cinco mil ducados (3); á los pretorianos á veinticinco ducados por cabeza (1.000 sextercios); á los legionarios romanos á siete y medio (300 sextercios). Consultadas después las honras, fueron los más notables consejos el de Galo Asinio, que se guiase la pompa por la puerta triunfal; y el de Lucio Aruncio, que se llevasen delante los títulos de las leyes hechas y de las naciones conquistadas por él. Añadió Mesala Valerio que cada año hubiese

(1) Esto es, de su madre Livia.

(2) Los Romanos acostumbraban depositar en los templos, y principalmente en el de Vesta, los tratados públicos y privados, los testamentos y hasta su riqueza mobiliaria. Y he aquí por qué dice Tácito del testamento de Augusto que fué presentado por las sacerdotisas de aquella diosa.

(3) Según los cálculos de M. Letronne, 40.000.000 de sextercios equivalen á 7.951.910 francos, ó sea 30.217.258 reales, de suerte que el total de los legados hechos al Estado y al pueblo, que era de 43.500.000 sextercios, ascendían á 8.647.702 francos. En la época de Augusto el sextercio valía 20 céntimos de franco.

de renovarse el juramento en nombre de Tiberio; el cual, preguntándole si decía aquello por orden suya, respondió que no, y que en las cosas de la república no pensaba jamás usar de otro consejo que del suyo propio, aunque se aventurase ofensa ajena. Sola esta especie de adulación no se había platicàdo hasta entonces. Los senadores á una voz pedían el llevar sobre sus hombros el ataúd, y César con arrogante modestia lo consintió, amonestando con un pregón al pueblo que no quisiese (como por demasiado afecto hizo en el mortuorio de Julio César) turbar en aquella ocasión el de Augusto, con querer que se quemase su cuerpo en la plaza, y no en el lugar acostumbrado (1) del campo Marcio. El día de las exequias asistieron soldados como por guardia; riéndose los que habían visto ú oído contar á sus padres de aquel día en el cual, estando aún la servidumbre corriendo sangre, se había procurado, aunque en vano, volver á establecer la libertad, y que el homicidio cometido en la persona de César dictador parecía á unos acto generosísimo y á otros maldad execrable: que ahora un príncipe envejecido en el imperio, proveído de sucesión heredera de grandes riquezas, tuviese necesidad de gente de guerra para ser enterrado con quietud.

Esto fué causa de que se hablase variamente de los hechos de Augusto, maravillándose muchos de estas vanidades: «que acabó la vida en semejante día que el que comenzó á imperar, y que murió en Nola en el mismo aposento donde expiró su padre. Celebrábase también el número de sus consulados en que había igualado á Valerio Corvino y á Cayo Mario juntos (2); la continua potestad de tribuno por espacio de treinta y siete años, veintiuna vez título dé emperador, y otras honras, ó multiplicadas ó

(1) Estaba situado entre la vía Flaminia y el Tíber, en medio de un bosque y de un paseo público.
(2) El primero fué cónsul seis, y el segundo siete veces.

nuevas.» Mas por los sabios era loada ó vituperada su vida diversamente: unos decían «que por vengar la muerte de su padre, y obligado del amor de la república, donde entonces no tenían lugar las leyes, había sido forzado á tomar las armas civiles, las cuales era imposible juntarlas ni entretenerlas con buenas artes; que á este fin había concedido muchas cosas á Antonio y muchas á Lépido, deseoso de encaminar la venganza de los matadores de su padre: mas después que Lépido se envejeció en su bajeza de ánimo y Antonio se acabó de perder sepultado en sus lujurias, no le quedaba ya á la patria otro camino de apaciguar sus discordias que el ser gobernada por una sola cabeza; y que con todo eso, sin nombre de rey, ni de dictador, sino con sólo el de príncipe, había establecido la república, terminando el imperio con el Océano, ó con ríos apartadísimos (1), añudadas en uno las legiones, las provincias y las armadas: que había usado justicia con los ciudadanos, modestia con los confederados; la ciudad misma ornada con gran magnificencia; y finalmente, que aunque se habían hecho algunas cosas con violencia, habian sido en orden á la quietud pública». Decían otros en contrario «que la piedad para con su padre y los tiempos calamitosos del gobierno repúblico le sirvieron de capa para cubrir su ambición; tal que, por deseo de mandar, había á fuerza de dinero hecho levantar á los soldados veteranos: que siendo mozo y sin estado público se había atrevido á juntar un ejército privado y á persuadir la sedición á las legiones consulares, fingiendo el favorecer el bando Pompeyano; con lo cual pudo apoderarse de las insignias y oficio de pretor con decreto de los senadores; muertos Hircio y Pansa (2) (ó por manos de enemigos, ó que Pansa con ve-

(1) El Eufrates, el Rhin y el Danubio.

(2) Perecieron en la primera de las dos batallas que se dieron cerca de Módena en Abril de 711.

neno aplicado á las heridas, é Hircio por los soldados, á persuasión de César, fuesen muertos) se apoderó de los ejércitos de entrambos, forzando al senado á que le eligiese cónsul, y volviendo contra la república las armas movidas contra Antonio; la proscripcion ó destierro de tantos ciudadanos; las reparticiones de campos, no loadas hasta de quien las hizo: que se le pudiera perdonar la muerte de Bruto (1) y Casio, como cosa hecha en venganza de la de su padre, puesto que por servicio público se deben disimular los odios privados, si no hubiera engañado á Sexto Pompeyo so color de paz, y á Lépido debajo de capa de amistad: y que poco después Antonio, cebado con los tratados de Brindis y de Taranto, no menos que con las bodas de su hermana del mismo Augusto, pagó con la muerte la pena del parentesco: que no había duda en que la paz se había conservado siempre después, pero cruel y sangrienta: testigo las rotas de los Lolios y de los Varos (2); los Varrones, los Egnacios y los Julios (3) hechos morir dentro de Roma». Ni se abstenian de murmurar hasta de sus acciones domésticas: «que había quitado su mujer á Domicio Nerón y burládose de los pontífices, preguntándoles si llevándosela preñada como estaba era válido el matrimonio: cuáles y cuántas habían sido las per-

---

(1) Brutorum, dice el original, aludiendo á los dos Brutos, Décimo y Marco, el primero de los cuales fué entregado por un jefe galo, y el otro se suicidó después de la segunda batalla de Filipos

(2) Lolio fué derrotado por los Sicambros veinticuatro años antes del desastre de Varo y diez y siete antes de J. C. Mayor fué el valor que la pérdida en esta derrota. El águila de la quinta legión quedó en poder del vencedor.

(3) Varro Murena, acusado de haber conspirado contra Augusto, fué condenado en rebeldía, alcanzado en su fuga y muerto. Egnacio Rufo pereció en la cárcel acusado del mismo crimen, y Julio Antonio hijo de Marco Antonio, fué sentenciado á muerte como cómplice en los desórdenes de Julia.

judiciales lujurias y desórdenes de Quinto Atedio y de Vedio Polión (1), y finalmente Livia, enojosa madre á la república, y más enojosa madrastra á la casa de los Césares: que no había dejado cosa alguna para los dioses, visto que también él quería el mismo culto de templos y de imágenes, y ser servido por flamines y sacerdotes: que Tiberio no había sido llamado á la sucesión por celo de la república, sino porque, conocida en lo interior por él su arrogancia y crueldad, quiso acreditarse con el parangón de otro peor; siendo así que Augusto pocos años antes, pidiendo otra vez al senado la potestad de tribuno para Tiberio, puesto que en su oración hablase honradamente de él, no dejó de echar algunas varillas tocantes á su forma de vestir y manera de vida; con que, en son de excusarle sus faltas, mostró bien que no las ignoraba».

Hechas, pues, las exequias de Augusto en la forma acostumbrada, se le decretaron el templo y los honores celestes como á uno de los dioses. Vueltos después á Tiberio los ruegos de todos, comenzó á discurrir con fingida modestia de su poco caudal y de la grandeza del imperio, afirmando «que sólo Augusto era capaz de tanto peso; de quien, metido á la parte en los cuidados, había aprendido con la experiencia cuán arduo y sujeto á la fortuna era el gobernarlo todo: á cuya causa les pedía que, en una ciudad sostenida de tantos varones ilustres, no quisiesen echar toda la carga sobre los hombros de uno solo; siendo cierto que muchos unidos al trabajo suplirían mejor á las necesidades de la república». Pero fué este lenguaje más de ostentación que de crédito; y en Tiberio, acostumbrado, aun sin necesidad, por naturaleza ó por uso, á decir siempre palabras ambiguas y obscuras, entonces que lo procu-

(1) El primero es poco conocido. En cuanto á Vedio Polión, fué el que en una comida dada á Augusto mandó arrojar á las murenas un esclavo por haber roto un vaso de cristal.

raba con artificio eran tanto más inciertas y escondidas. Mas mientras los senadores, no temiendo de cosa más que de dar á entender que le entendían, deshechos en llanto, sollozando, haciendo votos, y extendiendo las manos á los dioses y á la imagen de Augusto, hincados de rodillas ante él, no cesaron de importunarle, hasta que mandó traer y leer una memoria escrita de mano del mismo Augusto. Conteníanse en ella la cantidad de las riquezas públicas, el número de los ciudadanos y auxiliarios aptos á tomar las armas; cuántas armadas, cuántos reinos, provincias, tributos, imposiciones y pechos; lo que montaban los donativos, servicios extraordinarios, y finalmente los gastos y cargas universales; añadiendo un consejo, no se sabe si por miedo ó por envidia, de recoger dentro de límites el imperio. Postrado entretanto el senado, haciéndole mil humildes ruegos, se le escapó á Tiberio esta palabra: «Que así como se sentía incapaz de regirlo todo, asimismo estaba pronto para recibir la parte que se le señalase.» Entonces Asinio Galo dijo: «Deseo saber, oh César, qué parte gustarás más de tomar á tu cargo.» El cual, picado de la improvisa pregunta, calló un poco; mas en volviendo á cobrar sus espíritus, respondió: «Que no le convenía á él elegir ó rehusar la parte de aquello de que deseaba descargarse del todo.» Añadió Galo, habiendo por el rostro penetrado la ofensa: «Que no había preguntado aquello por dividir lo que no se podía, sino por argüir de su confesión que siendo uno el cuerpo de la república había de ser gobernado por sólo un sujeto.» Pasó á las alabanzas de Augusto, y acordó á Tiberio sus victorias y cuán egregiamente se había gobernado muchos años en los ejercicios de paz. Mas no por esto le pudo mitigar el enojo, mal visto de antes Galo, porque con haber tomado por mujer á Vipsania, hija de Marco Agripa, que fué mujer de Tiberio, parece que daba ocasión de sospecharse de él mayores conceptos que de ciudadano particular; y más conser-

vando en sí mucha parte de la fiereza natural de su padre Asinio Polión (1).

No le ofendió menos Lucio Aruncio usando de palabras casi semejantes á las de Galo, puesto que Tiberio no tenía contra él alguna antigua enemistad; mas temía su riqueza, su valor y la egregia fama que conservaba. Y á la verdad, Augusto, casi al fin de su vida, tratando de los que después de su muerte podían llegar al estado de príncipe, quién serían los que, siendo escogidos, se resolverían en rehusarle, cuáles los que aspirarían á él, aunque incapaces, y cuáles los que, teniendo capacidad, le apetecerían, dijo «que Marco Lépido (2) era capaz y le menospreciaría; que Galo Asinio aspiraría á él aunque insuficiente, y que Lucio Aruncio no era indigno, y si hallaba ocasión, le emprendería sin duda». En los dos primeros convienen todos; mas en lugar de Aruncio ponen algunos á Gneyo Pisón, todos los cuales, excepto Lépido, fueron condenados por artificio de Tiberio con color de varios delitos. Ofendieron también grandemente el ánimo sospechoso de Tiberio Quinto Haterio y Mamerco Escauro. Haterio por haber dicho: «¿Hasta cuándo sufrirás, oh César, que la república esté sin cabeza?» Y Escauro, diciendo «que había esperanza de que no saldrían del todo vanos los ruegos del senado, pues que no se había opuesto, como podía, con la potestad tribunicia á la relación de los cónsules». Contra Haterio desfogó luego con palabras: á Escauro, con quien estaba amostazado más implacablemente, no dijo cosa. Cansado, pues, de los gritos y ruegos de todos en general y en par-

(1) Uno de los mejores, ó tal vez el orador más notable de su tiempo. Abandonó el partido de Antonio, aunque sin pasarse al de Octavio, quien, sin embargo, le dispensó su amistad. Fué el primero que abrió en Roma su biblioteca al público.

(2) Padre de Emilia Lépida, esposa de Druso. Fué procónsul de Africa y después de Asia. Tácito le califica de *varón grave y prudente.* (A. IV.) Murió en 786 (33 de J. C.).

ticular, se dobló un poco; no que abiertamente confesase que aceptaba el imperio, mas por acabar de negar y de ser rogado. Lo que pasó es que Haterio, entrado en palacio á pedir perdón á Tiberio, echándosele á los pies mientras se andaba paseando, hubiera de ser muerto por los soldados; porque, casualmente ó embarazado de sus manos, Tiberio tropezó y cayó: el cual ni aun por el peligro de un hombre tan grave mostró mitigarse; hasta que recurriendo Haterio á Augusta, fué á instancia suya defendido con apretados ruegos.

Era grande para con Augusta la adulación de los senadores, queriendo algunos que se llamase *madre de la patria;* muchos que al nombre de César se añadiese *hijo de Livia:* mas él, repitiendo muchas veces que era bien moderarse en conceder honores á mujeres y que haría lo mismo cuando se tratase de su persona, afanado de la envidia, pareciéndole que se le quitaban á él los que se le concediesen á su madre, no quiso que se le decretase tan solamente un lictor; prohibiendo también el altar de la adopción (1) y otras cosas semejantes. Pidió para Germánico la autoridad de procónsul, y se le despacharon embajadores á este efecto y para consolarle de la muerte de Augusto. No pidió lo mismo para Druso, porque se hallaba presente y ya nombrado para cónsul. Nombró doce pretendientes (2) para el oficio de pretor, que era el número establecido por Augusto, y por más que el senado le rogó que lo aumentase, juró que no lo alteraría.

---

(1) Era costumbre entre los Romanos erigir templos, aras y estatuas en honor de algun suceso ó persona para que recordasen sus virtudes ó hazañas. Aquí, para obsequiar á Tiberio, querían ensalzar de varios modos á Augusta. Uno de ellos era dedicar un ara á la adopción en memoria de este suceso. — *Nota de la edición española.*

(2) Á estos pretendientes llamaban *candidatos*, porqne acostumbraban á vestirse de blanco mientras duraba la competencia.—*Nota de la edición española.*

Entonces fué la primera vez (1) que los comicios, acostumbrados á hacerse en el campo Marcio, se transfirieron al senado: porque hasta entonces, si bien disponía á su gusto el príncipe las cosas importantes, no dejaban de hacerse algunas con los votos de las tribus. Ni se resintió el pueblo de la perdida autoridad sino con un rumor y murmurio vano. Y el senado, viéndose libre de donativos y de la indignidad de los ruegos, lo aceptó de buena gana, contentándose Tiberio con presentar solos cuatro pretendientes para concurrir sin repulsa y sin negociación. Pidieron después los tribunos del pueblo el poder hacer cada año á su costa los juegos que, agregados á los fastos, del nombre de Augusto se llamaron *Augustales:* mas decretóse que se tomase el dinero del tesoro público, y que ellos en el circo pudiesen usar la vestidura triunfal, aunque no ser llevados en coche. El cargo de esta fiesta se transfirió después al pretor que administrase justicia entre ciudadanos y forasteros.

Este era el estado en que estaban las cosas de la ciudad cuando se amotinaron las legiones de Panonia (2) sin alguna otra ocasión, salvo el ofrecérsela al nuevo gobierno para desear la vida licenciosa que sigue siempre á los motines, y mostrarles la guerra civil esperanzas de largos premios. Tres legiones estaban alojadas juntas en los alojamientos que se acostumbraban tener los veranos, á cargo de Junio Bleso; el cual, sabido el fin de Augusto y principio de Tiberio, descuidándose de su oficio, ó por las ferias acostumbradas, ó por el regocijo, dió ocasión á los soldados de afeminarse, de hacerse desobedientes, dar oídos á los peores discursos, y finalmente á desear ocio y comodidad y á despreciar la disciplina y trabajos militares.

(1) Según Gibbon, la palabra *primum* parece hacer alusión á algunas débiles é inútiles tentativas que se hicieron para devolver al pueblo su derecho de elección.
(2) Hoy Austria y Hungría.—*N. del T. E.*

Hallábase en el campo un cierto Percenio, hecho soldado gregario de cabo de comediantes, pronto de lengua y por la plática de los términos histriones aparejado á fomentar tumultos. Ese, moviendo los ánimos más groseros y los dudosos del estado de sus cosas en esta mudanza, ocasionada de la muerte de Augusto, comenzó poco á poco, de noche ó á boca de noche, después de retirados los mejores, á hacer sus juntas de los más ruines. Ganando después compañeros y ministros, no menos inclinados á la sedición, preguntaba, como si predicara en junta de gente, la causa «¿por qué á manera de esclavos obedecían á poco número »de centuriones y menos de tribunos, y que hasta cuándo »dilatarían el atreverse á pedir remedio, si entonces, que »era el príncipe nuevo y acabado apenas de establecer en »el estado, no le representaban sus pretensiones ó se las »hacían saber con las armas? Que habían pecado hartos »años de bajeza de ánimo, sufriendo treinta y cuarenta de »milicia, viejos ya y acribillados de heridas; que hasta los »que llegaban á ser jubilados no conseguían el fin de sus »trabajos; pues, arrimados á las mismas banderas, se les »hacía padecer en la misma forma, aunque con nombres »diferentes: y si sucedía el alcanzar algunos tan larga vida »que pudiesen ver el fin de tantas miserias, el pago era ser »llevados á tierras extrañas, donde, so color de reparti»mientos, les hacían cultivar tierras pantanosas ó monta»ñas estériles con nombre de heredades. Y que por más »que la milicia era infructuosa y dura, lo era mucho más »el ver estimar el alma y el cuerpo de un soldado en »un pobre medio real al día, y haberse de proveer con él »de vestidos, armas y tiendas, y rescatar la crueldad de los »centuriones las vacantes de los trabajos. Mas, por Hércu»les, que los golpes, las heridas, el frío del invierno, »el sudor del verano, la guerra atroz ó la paz estéril, eran »todas cosas infinitas: no quedando ya otro remedio que »ordenar la milicia debajo de leyes ciertas de acrecentar á

»un denario al día la paga. Que tras diez y seis años »de servicio quedase cada cual libre, sin obligación de »seguir más bandera, recibiendo su recompensa en dinero »de contado antes de salir del campo. ¿Por ventura los pre»torianos, decía él, que tienen dos denarios al día y aca»bados los diez y seis años se van á sus casas, pónense á »mayores peligros? Dígase sin ofensa de las guardias que »hacen en la ciudad, que nosotros, á lo menos entre estas »hórridas gentes, desde nuestras barracas vemos siempre »al enemigo».

Altérase con esto el vulgo de los soldados, mostrando quién las cicatrices y los golpes, quién la barba blanca, y muchos dando en rostro con los vestidos rotos y los cuerpos desnudos. Al fin, entrados en furor, pensaron en hacer una legión de todas tres. La emulación de querer cada uno para sí esta honra, los hizo mudar de propósito, y juntas en uno las tres águilas y las banderas de las cohortes, levantan de céspedes un tribunal (1) para hacer el asiento más vistoso y autorizado. Mientras solicitan la obra, llega Bleso, y comienza á reprenderlos de uno en uno, y á detenerlos gritando: «Manchad primero las manos en mi sangre: menor delito será matar al legado que rebelaros al príncipe; ó vivo yo conservaré vuestra fe, ó degollado apresuraré vuestro arrepentimiento.»

No por esto dejaban de trabajar en la obra, trayendo á gran furia céspedes, y teníanla ya levantada hasta los pechos, cuando al fin, vencidos de su propia obstinación, desampararon la empresa. Bleso, con particular destreza y buen término, les comenzó á meter por camino, diciendo «que no convenía mostrar sus deseos al César por vía de »sedición y tumultos: ni los antiguos con sus generales, ni

---

(1) Acostumbraban los Romanos levantar en los reales un sitio elevado cubierto de césped, donde ponían las banderas, y desde el cual arengaba el general á los soldados.

»ellos mismos con Augusto habían jamás intentado una »novedad tan fuera de tiempo; añadiendo este cuidado á los »demás del príncipe que comenzaba á imperar. Mas que si »con todo esto querían pedir en la paz lo que no habían »pedido victoriosos en las guerras civiles, ¿para qué »ir contra el servicio acostumbrado, contra la razón de la »disciplina militar, representando sus pretensiones por vía »de fuerza? que nombrasen embajadores y delante de él les »dijesen lo que habían de hacer». Gritaron entonces todos, »que se enviase el hijo de Bleso, tribuno de una legión, con orden de pedir la libertad de ir á sus casas acabados los diez y seis años de servicio, y que impetrada esta demanda declararían las otras». Partido el mozo, se quietaron algo, aunque no sin ensoberbecerse de que yendo por diputado el hijo del legado, se echaba claramente de ver que les había concedido la necesidad lo que no hubieran alcanzado con modestia.

Entretanto los manípulos enviados á Nauporto (1) antes de la sedición por causa de los caminos, de los puentes y de otras cosas necesarias, sabido el motín del ejército, arrancan las banderas de sus puestos, y después de haber saqueado las villas vecinas y al mismo Nauporto, que era casi como municipio, deteniendo primero á los centuriones con risa y con injurias, los maltratan después y cargan de golpes, desfogando la ira en particular sobre Aufidieno Rufo, prefecto del campo, al cual, hecho bajar de su carro, y cargado de bagaje, haciéndole marchar á pie delante de ellos, le preguntaban por escarnio si era bueno de llevar el peso de tan gran carga, y si le agradaban aquellos largos caminos. Y esto á causa de que Rufo, hecho de soldado ordinario centurión y luego prefecto del campo, como sufridor grande de trabajos, renovaba la dureza de la antigua

(1) Cellario cree que es Oberlaybach, pueblo de la Carniola, á algunas leguas de Laybach.

disciplina militar; tanto más cruel para con los otros, cuanto mejor la había experimentado y sufrido en sí mismo.

A la llegada de éstos volvió á tomar pie la sedición, de tal manera, que desbandados, comenzaron á saquear por todas partes. Bleso, para escarmentar á los demás, hizo azotar y poner en prision á algunos pocos de los que volvían cargados de presa: estaban todavía en obediencia los centuriones y soldados de más tomo. Mas los presos resistían válidamente á los que los llevaban; abrazábanse á las rodillas de los circunstantes; llamaban á cada uno por su nombre, y luego á las centurias ó compañías de donde eran soldados; pedían socorro á las cohortes y legiones, diciéndoles á voces que se les aparejaba á todos el mismo peligro. Comienzan luego á cargar de injurias al legado, llamando al cielo y á los dioses por testigos, no dejando cosa por hacer para engendrar aborrecimiento ó mover á piedad, á temor y a rabia, hasta que, concurriendo la multitud, rotas las prisiones, los libran; sacando á las vueltas con ellos otros muchos presos, condenados por haber desamparado el campo y por otros delitos capitales.

Crece con esto la fuerza y multiplícanse las cabezas de la sedición. Entonces un cierto soldado ordinario, llamado Vibuleno, levantado ante el tribunal de Bleso sobre los hombros de los circunstantes, comenzó á decir á grandes voces: «Vosotros, oh soldados, habéis restituído la luz y el »espíritu á estos pobres inocentes; mas ¿quién restituirá »la vida á mi hermano, el cual, enviado por vosotros al »ejército de Germania por el bien público, ha hecho dego»llar esta noche Bleso por sus gladiatores (1), á quien arma »y sustenta para la destrucción de los soldados? Respón-

(1) Era muy común que los generales, lo mismo que los gobernadores de provincia, mantuviesen gladiadores para dar espectáculos en los campamentos y en las ciudades.

»deme, oh Bleso, ¿á dónde hiciste echar el cuerpo? que los »enemigos mismos no rehusan de entregarlos para darles »sepultura: y después que con besos y con lágrimas haya »yo desfogado la fuerza de mi dolor, mándame matar »también, con tal que muertos, no por algún delito, sino »por servicio de las legiones, no se nos niegue á lo menos »la sepultura.» Ayudaba á inflamar estas palabras con un fiero llanto, hiriéndose una con otra las manos, y con ambas el pecho y el rostro. Luego, apartándose un poco los que le sustentaban en hombros, y caído en tierra, comienza á revolverse y asirse á los pies de todos, concitando tal espanto y odio, que una parte de los soldados movió para matar á los gladiadores, otra á los criados y familia de Bleso, mientras otros andaban en busca del cuerpo; y si presto no se descubriera que no se hallaba el muerto; que los criados, aunque atormentados, negaban el hecho, y que el hombre no tenía hermano, no estaban muy lejos de matar el legado. Con todo eso, echados los tribunos y prefectos del campo, robado el bagaje de los que huían, mataron al centurión Lucilio, llamado de los soldados *Daca el otro;* porque, roto un bastón en las espaldas de un soldado, solía decir á voces: «Daca el otro, daca el otro.» Los demás se escondieron, reteniendo solamente á Clemente Julio como persona de ingenio y apto á referir las comisiones de los soldados. A más de esto, la legión octava y la quincena hubieran de venir á las manos, miéntras aquélla quiere que muera un centurión llamado Sirpico, y ésta le defiende, si los soldados de la novena no se hubieran interpuesto con ruegos y amenazas.

Estas cosas, sabidas por Tiberio, le obligaron, aunque de condición cerrado y hecho á encubrir las malas nuevas, á enviar á su hijo Druso con los principales de Roma y dos cohortes pretorias, reforzadas de escogidos soldados, sin otra orden expresa que de aconsejarse en la ocasión. Añadió buen golpe de caballos pretorianos y el nervio de los

Germanos que asistían á la guardia de la persona imperial, con el prefecto del pretorio Elio Seyano (dado por acompañado á Estrabón su padre), hombre de mucha autoridad con Tiberio, para que aconsejase al mozo y fuese testigo de los peligros y méritos de los demás. En acercándose Druso le salen á recibir las legiones, como por cumplimiento, no alegres, como se acostumbra, ni con vistosos ornamentos militares, mas con triste apariencia y rostros que publicaban antes su contumacia que la tristeza que pretendían mostrar. En entrando por la estacada pusieron guardias á las puertas y buen número de armados en algunos lugares y puestos de importancia; los otros en mucho mayor número rodean el tribunal. Estaba Druso en pie haciendo con la mano señal de que callasen; mas ellos, cada vez que ponían los ojos hacia la muchedumbre, con voces horribles hacían estrépito, y en mirando á Druso mostraban miedo. Un murmurio confuso, un clamor atroz, y tras esto un repentino silencio, eran causa de que, segun la variedad de sus pasiones, diesen muestras unas veces de causar temor y otras de tenerle. Finalmente, cesado el tumulto, mandó Druso leer las cartas de su padre, en que significaba «la estimación que hacía de aquellas va erosas »legiones, con las cuales había sufrido los trabajos de mu»chas guerras, y que en dando á su espíritu algun reposo »por el dolor de la muerte de su padre, mandaría ver en »el senado sus peticiones; que había enviado entretanto á »su hijo con orden de concederles luego todo lo que de »presente se pudiese, reservando lo demas para el senado, »á quien era justo hacer participante de las determinacio»nes favorables y rigurosas».

Fué respondido por todos «que el centurión Clemente »tenía á su cargo el proponer sus demandas, el cual co»menzó por la licencia y libertad, servidos diez y seis »años, la recompensa que habían de tener en acabando su »servicio; que la paga fuese un denario al día, y que los

»veteranos no pudiesen ser tenidos arrimados á las bande»ras». Oponiendo Druso á estas cosas que era necesario aguardar la resolucion del senado y de su padre, le interrumpen con gritos, diciendo «cuán poca necesidad tenía de venir allí no trayendo facultad de acrecentar el sueldo, ni de aliviar los trabajos, ni aun de hacerles bien en manera alguna: los golpes, sí, por Hércules, decían, y la muerte aparejada para todos. Que Tiberio, acostumbrado á engañar otras veces á las legiones en nombre de Augusto, infundía ahora en Druso las mismas artes, para que siempre tratasen sus cosas hijos de familia y menores de edad; cosa nueva, por cierto, que el emperador remita al senado solamente la comodidad de los soldados: que de razón debía remitirse también al mismo senado el conocimiento de las causas cuando se tratase de castigarlos ó de enviarlos á la pelea; siendo justo que los que se reservan el disponer de las recompensas, se reserven tambien el ordenar los castigos y los premios».

Desamparan finalmente el tribunal, y en encontrando con alguno de los soldados pretorianos ó amigos del césar, comienzan á apercibir las manos, buscando ocasión de diferencias y el principio de venir á las armas, ofendidos principalmente contra Gneo Lentulo, porque como más señalado en edad y reputación creían que animaba á Druso y que sobre todos detestaba el infame atrevimiento de los soldados. Y así, poco después, saliendo con el césar para retirarse á los alojamientos de invierno (habiendo conocido el peligro que se le aparejaba), le rodean por todas partes, y le preguntan «á dónde iba, si al emperador ó á los senadores, para oponerse allí también á la comodidad de las legiones»: y diciendo y haciendo arremeten á él y comiénzan á apedrearle; hasta que herido y sangriento ya de un golpe, y casi seguro de morir allí, fué defendido y salvado por la muchedumbre de la gente que acompañaba á Druso.

La suerte ablandó aquella noche amenazadora y capaz de producir alguna gran maldad, con un caso fortuito. Porque, sin embargo de que el cielo estaba casi claro, pareció que la luz de la luna vino á fallecer y eclipsarse (1); los soldados, que ignoraban la causa, lo tomaron como por presagio de las cosas presentes, y comparando á sus trabajos el defecto de aquel planeta, se persuadieron á que les sucedería todo prósperamente si la luna volvía luego á cobrar su acostumbrado resplandor. Con esto comienzan á hacer gran estruendo con todo género de instrumentos militares, alegrándose ó entristeciéndose conforme se iba aclarando ú obscureciendo la luna; mas después que algunas nubes que se levantaron la acabaron de cubrir del todo, teniéndola ya por sepultada en tinieblas, como suelen darse fácilmente á la superstición los ánimos turbados y temerosos, se pronostican eternos trabajos, doliéndose de que sus maldades tuviesen tan ofendidos á los dioses. El césar, pareciéndole que era bien valerse de aquella turbación y temor, y ayudarse prudentemente del beneficio del caso, envía gente alrededor de los cuarteles, hace llamar al centurión Clemente y á los demás gratos al pueblo por su bondad y virtud, los cuales, mezclándose con los alterados en los cuerpos de guardia, con las rondas y corrillos de gente y con los que tenían á su cargo las puertas, dándoles unas veces esperanza y aumentándoles otras el temor: «¿Hasta cuándo, decían, tendremos sitiado al hijo »del emperador? ¿Qué fin han de tener estas contiendas? »¿Prestaremos el juramento á Percenio y Vibuleno? ¿Pa»garnos han Percenio y Vibuleno lo que alcanzamos de »nuestros sueldos? ¿Repartirán las tierras á los beneméri»tos, ó finalmente tomarán ellos el imperio en vez de los »Nerones y de los Drusos? ¿Por qué no antes de esto,

(1) Este eclipse tuvo lugar el 26 de Septiembre del año 14 de Jesucristo.

»siendo como somos los últimos en la culpa, no procura»remos ser los primeros en el arrepentimiento? Las de»mandas hechas en común tarde alcanzan sus efectos; mas »las particulares á un mismo tiempo se merecen y se reci»ben.» Conmovidos de estas cosas los ánimos, aun entre sí sospechosos, sepáranse el tirón del veterano y una legión de otra, y volviéndoles poco á poco la voluntad de obedecer, desamparan la guardia de las puertas y vuelven á plantar las banderas en los propios lugares de donde las habían arrancado al principio de la sedición.

Druso, venido el día é intimado el parlamento, aunque poco fecundo, ayudado al fin de su ingenua nobleza, condena las cosas pasadas, loa las presentes, diciendo «que no era hombre para dejarse vencer de miedos ni amenazas, mas que si los ve inclinados á humillarse y obedecer, no dejará de escribir á su padre que, aplacado, mire con buenos ojos sus pretensiones». Á ruego de ellos, pues, se envían á Tiberio el mismo Bleso y Lucio Apronio, caballero romano de la cohorte de Druso, y Justo Catonio, centurión del primer orden. Disputóse después si sería bien aguardar, como querían algunos, la vuelta de los embajadores y mitigar en tanto á los soldados con mansedumbre. Todavía eran otros de parecer que se usase de remedios más rigurosos, diciendo «que el vulgo no consiente medio; el cual es cierto que en dejando de tener temor causa temor, mas después de una vez atemorizado se puede menospreciar sin peligro; y que así, mientras hacía su oficio en ellos la superstición, era bien asegurarse el capitán con la muerte de los autores del motín». Druso, de su naturaleza inclinado al rigor, hechos llamar Percenio y Vibuleno, ordena que sean muertos.

Quieren algunos que los mandó matar dentro de su propia tienda, y otros, que sus cuerpos fueron echados fuera de los reparos y palizadas para ser vistos de todos. Después de esto, buscándose los principales autores del mo-

tín, parte fueron muertos por los centuriones y soldados pretorianos, mientras iban desbandados fuera de los alojamientos, y parte entregaron los mismos manipularios en testimonio de obediencia y fidelidad. Había acrecentado el trabajo de los soldados el invierno, venido antes de tiempo con lluvias continuas y tan crueles, que no podían salir de las tiendas para hacer sus conventículos, y apenas defender las banderas que no se las llevase la tempestad y el agua. Duraba todavía el espanto de la ira celeste: que no sin causa perdían su virtud los astros y se arrojaban las tempestades sobre ellos, como sobre gente impía y desleal; que no había otro remedio para tantos trabajos que desamparar aquellos infelices y contaminados alojamientos, para después de haber recibido la absolución de sus ofensas, irse cada legión á sus presidios de invierno. La octava fué la que partió primero: tras ella la quincena. La novena gritó que quería aguardar las cartas de Tiberio; mas viéndose sola y desamparada de las otras, hizo de la necesidad virtud, dando muestras de partir voluntariamente. Y Druso, sin aguardar la vuelta de los diputados, viendo todas las cosas apaciguadas, se tornó á Roma.

Casi en los mismos días, y por las mismas causas, se amotinaron las legiones germánicas con tanta más violencia, cuanto eran más de número; y con gran esperanza de que Germánico César, no queriendo sufrir el ser mandado por otro, se entregaría á las legiones y con su fuerza lo llevaría todo tras sí. Estaban dos ejércitos sobre la ribera del Rhin: el que llamaban superior, gobernado de Cayo Silio, legado, y el inferior, de Aulo Cecina, aunque entrambos debajo del imperio de Germánico, ocupado entonces en recoger los tributos de las Galias. Las legiones que gobernaba Silio, irresolutas de ánimo, acechaban el suceso de las sediciones de los otros. Mas los soldados del ejército inferior cayeron luego en una rabia furiosa, comenzada por las legiones veintiuna y quinta; las cuales llevaron

tras sí también á la primera y la veintena, á causa de que estaban alojadas todas juntas en los cuarteles de verano, plantados en los términos de los Ubios, casi ociosas del todo ó con pequeñas ocupaciones. Sabida, pues, allí la muerte de Augusto, muchos soldados de los levantados poco antes en Roma (1) para rehinchir las legiones, acostumbrados al vicio de la ciudad é impacientes del trabajo, comenzaron á representar y dar á entender á los otros de ingenios más rudos, «que había ya llegado el tiempo en el cual los soldados viejos podían pedir sus bien servidas licencias, los nuevos acrecentamientos de sueldo, y unos y otros algún alivio á tantas miserias, y venganza contra la crueldad de los centuriones». No decía esto uno solo, como Percenio en las legiones de Panonia, ni á los oídos de gente que pudiese temer á ejército más poderoso: había muchos gestos y voces de sediciones, diciendo «que estaba en sus manos el imperio romano: que se había ensanchado la república con sus victorias y honrádose los emperadores sacando de ellas gloriosos apellidos».

No trataba el legado de poner remedio, habiendo la locura de tantos héchole perder la seguridad del ánimo. Arrancan, pues, furiosos de las espadas y arremeten contra los centuriones (materia antigua de los odios militares, y principio de encruelecerse): tendidos en tierra, los azotan, cada sesenta el suyo, por igualar el número de los centuriones, y así bien heridos y parte muertos, los echan fuera del estacado y en la corriente del Rhin. Uno de ellos, llamado Septimio, huído al tribunal y arrojado á los pies de Cecina, fué pedido tan importunamente por ellos, que hubo de ser entregado á la muerte. Casio Cherea, famoso después por el homicidio de Cayo César, entonces mancebo valeroso y de ánimo fiero, se abrió y allanó el camino con

(1) Pertenecían á las levas forzadas que mandó hacer Augusto en Roma para reforzar las legiones después de la derrota de Varo.

la espada entre aquellos armados. No eran ya obedecidos los tribunos ni el prefecto del campo: los soldados mismos repartían las centinelas y cuerpos de guardia, y acudían á las demás cosas que se ofrecían. Los que consideraban con mayor atención los ánimos airados de aquella gente, juzgaban por la peor señal para creer que aquella sedición había de ser grande y mala de apaciguar, al ver que no esparcidos ó á persuasión de pocos, mas todos de un mismo acuerdo se encendían y de un mismo acuerdo callaban; con tanta igualdad y regla que no parecían que les faltase cabeza.

Dióse entretanto aviso á Germánico de la muerte de Augusto, que se hallaba, como dicho es, exigiendo los tributos de las Galias. Era casado Germánico con Agripina, nieta de Augusto, de quien tenía muchos hijos. Él fué hijo de Druso, hermano de Tiberio y nieto de Livia Augusta, emperatriz; pero vivía afligido por el odio secreto que sabía tenerle, no sólo su tío Tiberio, pero su abuela Augusta, cuya causa se conservaba tanto más áspera, cuanto de suyo era más injusta. Era grande para con el pueblo romano la memoria de Druso, teniéndose por sin duda que si le tocara el imperio hubiera restituído la libertad, por lo cual vivía la misma afición y esperanza con Germánico, mancebo agradable y de maravillosa afabilidad, diverso del aspecto de Tiberio y de su trato arrogante y cubierto. Añadíanse las diferencias mujeriles, porque Livia no estaba más de acuerdo con Agripina que lo que suelen estar de ordinario las suegras con las nueras. Era á la verdad Agripina algo mal sufrida, si bien su mucha honestidad y amor á su marido la obligaban á procurar ir encaminando al bien aquel su ánimo indómito y levantado.

Mas Germánico, cuanto más se iba acercando al grado más alto, tanto se mostraba más pronto en servir á Tiberio, en cuya prueba obligó á los Secuanos (1), pueblos ve-

(1) Pueblos de la Galia Lionesa.

cinos de donde él se hallaba, y á las ciudades de los Belgas á prestar el juramento en su nombre. Después, advertido del motín de las legiones, pasó allá volando; á cuyos soldados halló fuera de los alojamientos, con los ojos hincados en el suelo, como en señal de arrepentimiento. Mas después de entrado dentro de los reparos, comenzó á oir mil confusas quejas, y algunos, tomándole la mano como para besársela, se metían en la boca los dedos para hacerle tocar con ellos las encías limpias de dientes; otros mostraban los cuerpos, brazos y piernas corvos por la vejez. Juntos, pues, al parlamento, viendo la gente demasiado mezclada y confusa, ordenó que se juntasen todos por manípulos, para que así pudiesen oir mejor su respuesta, y que se le trujesen delante las banderas, para que á lo menos esto diferenciase y dividiese las cohortes: obedecieron, aunque lentamente. Entonces, habiendo comenzado por la reverencia que se debía á la memoria de Augusto, pasó á tratar de las victorias y triunfos de Tiberio, celebrando con loores particulares las cosas ilustres que había hecho en Germania con aquellas legiones; exaltó la unión de Italia y la fidelidad de las Galias, y ponderó que en ningún lugar había tumulto ni discordia.

Escuchóse todo esto con silencio ó con poco murmurio; mas luego que tocó en la sedición, y preguntó «¿dónde estaba la modestia? ¿dónde el decoro de la antigua disciplina militar? ¿dónde los tribunos? ¿en qué parte habían arrojado los centuriones?», se desnudan en cueros, mostrándole las cicatrices de las heridas y los cardenales de los golpes; doliéndose con voces confusas del precio excesivo que les costaban las vacaciones, de la cortedad del sueldo, de la dureza de los trabajos; nombrándolos todos por sus nombres, estacadas, fosos, forrajes, fagina, leña y otras muchas cosas de las que se hacen con necesidad ó sin ella en un campo para evitar la ociosidad. Salían de los veteranos atrocísimos gritos, contando quién treinta años

y quién más de servicio, pidiéndole quisiese poner remedio á tantos afligidos antes que acabasen de morir en los mismos trabajos, concediéndoles el fin de tan larga milicia y un reposo fuera de pobreza. Hubo algunos que pidieron el dinero dejado á los soldados en testamento por el divo Augusto, deseando toda felicidad á Germánico, y ofreciéndole, cuando quisiese, el imperio para sí. Entonces, como afrentado de tan infames palabras, se arrojó del tribunal, y oponiéndosele los soldados con las armas, amenazándole si no se volvía, gritando él «que quería antes morir que faltar de fe», arrancando la espada del costado, se la volvió al pecho para matarse: y lo hiciera, si los que le estaban cerca no le tuvieran con fuerzas la mano. Habíase apretado la parte extrema del auditorio de manera, que parece increible que algunos, pasando más adelante, uno á uno le incitaron á que se hiriere: y un soldado llamado Calusidio le dió su espada desnuda, diciendo: «Ésta tiene mejor punta»: acto que, aun de aquella gente desatinada, fué reputado por indigno y cruel. Con esto tuvieron lugar los amigos del césar de llevarle á su tienda, donde se consultó del remedio; entendiéndose que se despachaban embajadores para incitar al mismo movimiento al ejército superior, designando saquear la ciudad de los Ubios (1), y llenas de presas las manos, pasar después á destruir las Galias. Aumentaba el temor pensar que el enemigo, avisado de la sedición, viendo desamparadas las riberas del Rhin, entraría sin duda en el país; y el armar los auxiliarios y confederados contra las legiones rebeldes, era resucitar las guerras civiles, la severidad peligrosa, infame la liberalidad, ó poco ó mucho que se diese á los soldados, y ejemplo dañosísimo á la república. Ponderadas, pues, entre las cabezas las razones de una parte y de otra, resolvieron que se escribiesen cartas en nombre del emperador, con

(1) Colonia.

orden de dar licencia á los que hubiesen servido veinte años, y de jubilar á los que diez y seis, con tal que asistiesen debajo de las banderas, desobligados de toda otra facción que do rechazar al enemigo, y que la manda de Augusto se les pagase doblada. Cayeron los soldados en que la carta se había fingido en aquella ocasión para entretenerlos, y al punto pidieron el efecto. Los tribunos se dieron prisa á dar licencia á los veteranos; mas el donativo se difería, hasta que los de las legiones quinta y veintiuna dijeron que no partirían para los alojamientos de invierno sin el dinero; tal, que fué forzoso pagarlos en los propios cuarteles de verano, como se hizo, juntando Germánico lo que halló entre sus amigos con lo que tenía para el gasto de sus propios viajes. El legado Cecina llevó á la ciudad de los Ubios las legiones primera y veintena con infame espectáculo, viéndose traer entre las banderas y las águilas el tesoro robado al príncipe. Germánico fué al ejército superior y recibió luego el juramento de fidelidad á las legiones segunda, trece y diez y seis. Los soldados de la catorcena hicieron un poco de dificultad. A todas, aunque no lo pidieron, se dió el dinero y la licencia, como á las otras; mas en los Caucios, los vexilarios (1) ó veteranos jubilados del presidio de las legiones amotinadas movieron sedición; refrenáronse algún tanto con el suplicio de dos soldados, hechos morir luego por orden de Menio, prefecto del campo, antes por buen ejemplo que porque tuviese autoridad para ello; mas habiéndose des-

(1) Son distintas las opiniones sobre quiénes eran estos soldados. Según unos, componíase de veteranos que, libres del servicio ordinario y del juramento militar, continuaban alistados bajo un estandarte particular, á fin de socorrer al ejército en casos apurados, guardar las fronteras y atender á la defensa de las provincias recientemente sometidas. Creen otros que eran soldados de la primera centuria, particularmente encargados de la custodia del *vexillum*, estandarte; Mr. Burnouf opina que se daba tal nombre á las cohortes separadas y á los veteranos.

pués reforzado el tumulto, siendo preso cuando se huía, por no serle ya seguro el esconderse, probó á defenderse con atrevimiento, diciendo «que en su persona, no el prefecto del campo, sino Germánico, su cabeza, y Tiberio, su emperador, eran ofendidos». Y cayendo en que con aquello se habían atemorizado los que le impedían, arrebata un estandarte y marcha con él hacia las márgenes del río. Con esto y con echar un bando que tendría por fugitivo á cualquiera que desamparase la ordenanza, los redujo á la guarnición de invierno así alterados, sin haber hecho otro movimiento de tales.

En tanto los embajadores del senado hallan á Germánico llegado ya á Ara de los Ubios (1). Invernaban allí las legiones primera y veinte, junto con los veteranos poco antes jubilados con obligación de asistir á sus banderas. Todos éstos, amedrentados y estimulados de sus malas conciencias, se persuaden á que los embajadores traían orden del senado para revocar cuanto por vía de sedición hubiesen impetrado. Y, como es costumbre del vulgo hasta en las cosas falsas suponer algo y declararle por culpado, acusan á Munacio Planco, que acababa de dejar el consulado y venía por cabeza de la embajada, de haber sido causa y autor de este decreto del senado. Y de hecho cerrada y obscura ya la noche, van á casa de Germánico y piden á voces el guión que estaba allí; á donde concurriendo gente de todas partes, rompen las puertas, y sacando de la cama al césar, le fuerzan á que se le den con amenazas de muerte. Después, mientras van discurriendo por las calles, encuentran con los embajadores, que oído el alboroto, acudían á Germánico; cárganlos de injurias, aparejándose para matarlos, en particular á Planco, á quien la reputación impedía la fuga, ni tuvo otro remedio que, retirándose á

(1) Bonn ó algún otro lugar inmediato. *Ara vocabatur*, dice Orelli, *quia ibi totius Ubiorum populi publica sacra celebrabantur.*

los alojamientos de la legión primera, abrazarse con las banderas y con el águila y defenderse con la religión. Y si Calpunio, aquilífero (1), no le hubiera defendido de la última fuerza, un embajador del pueblo romano, cosa execrable aun entre enemigos, hubiera en el campo romano manchado con su sangre el altar de los dioses. Venido el día, que se discernía el capitán del soldado y se dejaban ver las cosas hechas, entrado Germánico en los alojamientos se hace traer á Planco, y puéstosele al lado en su tribunal, comienza á inculpar la rabia fatal renovada, no por los soldados, sino por la ira de los dioses. Da cuenta de la causa por qué habían venido los embajadores, y con mucha facundia lamenta la violada autoridad de la embajada, el caso grave y desmerecido de Planco, y la vergüenza y deshonra en que había incurrido la legión. Tras esto, mostrándose aquella junta antes atónita que quieta, vuelve á enviar los embajadores con escolta de caballos auxiliarios.

Mientras duraba esta alteración, culpaban todos á Germánico «de que no se retiraba al ejército superior, donde hubiera hallado obediencia y socorro contra los rebeldes; que se había errado bastantemente en haberles dado la licencia y dinero y en tratarlos con tanta blandura, mas que si con todo esto estimaba en poco su salud, ¿para qué aventuraba la de su hijo en pañales y la de su mujer preñada entre aquellos atrevidos, violadores de toda humana ley? que á lo menos restituyese estas dos prendas á su abuelo y á la república». Él, estando algún tiempo irresoluto á causa de que Agripina rehusaba el desampararle, mostrando como, siendo nieta del divo Augusto, no podía degenerar ni alterarse por ningún peligro, abrazándola al fin y con ternura de muchas lágrimas al común hijuelo, la

(1) El que llevaba el águila, que era la principal enseña de la legión romana. En cada una de éstas no había más que un aquilífero, siendo así que había en ella muchos *signiferi*, ó portaenseñas.

persuadió á partirse. Iba aquella miserable tropa de mujeres, y entre ellas la fugitiva consorte del general con su hijuelo al pecho rodeada de las llorosas mujeres de los amigos del césar, que se llevaban en su compañía, dejando con igual tristeza á los que se quedaban.

No era aquella vista la de un césar floreciente en honores que salía de sus reales, sino una semejanza de ciudad saqueada. Los suspiros y el llanto hicieron volver el rostro y los oídos hasta á los propios soldados. Y salidos de sus barracas deseosos de saber la causa de aquel sonido miserable y lo que podía ocasionar semejante tristeza, vieron aquellas mujeres ilustres ir marchando solas, sin acompañamiento de centuriones ni escolta de soldados, y á la mujer del general del ejército sin su guardia acostumbrada, ir la vuelta de Treves, para encomendarse á la merced y fe de los extraños. Naciéles de aquí luego vergüenza y compasión acordándose de Agripa su padre, de Augusto su abuelo y de Druso su suegro; ella, mujer de insigne fecundidad y de singular pudicicia; el niño, nacido en el ejército, criado entre las legiones, á quien llamaban *Calígula* (1) con vocablo militar, á causa de que muchas veces, por granjear el favor del pueblo, le solían calzar una cierta manera de borceguíes que acostumbraban usar los soldados. Mas nada les movió tanto como la envidia que tuvieron á la confianza que se hacía de los Treviros; ruéganle que no vaya; pídenle que se vuelva; parte corre á detener á Agripina, y los más recurren á Germánico, el cual, como caliente en el enojo y en el dolor, habló de esta suerte á los que le estaban en torno:

«Mi mujer ni mis hijos no me son más caros que mi pa-

(1) Especie de calzado que usaban los soldados romanos y hasta los centuriones, aunque no los oficiales superiores. Era un zapato cerrado que cubría enteramente el pie. Tenía una suela muy doble guarnecida de clavos y que estaba sujeta con correas que cubrían la garganta del pie y rodeaban la parte baja de la pierna.

»dre y la república; mas él de su propia majestad y el im»perio romano de los demás ejércitos serán defendidos. A »mi mujer y á mis hijos, á quienes de buena gana ofreceré »á la muerte por vuestra honra, aparto ahora de poder de »los insolentes, para que la maldad que sólo os queda por »hacer se purgue solamente con mi sangre, y de miedo que »la muerte del biznieto de Augusto y de la nuera de Tibe»rio no puedan acrecentaros la culpa. Sepamos ¿á qué cosa »no os habéis atrevido estos días? ¿qué no habéis gastado »y violado? ¿qué nombre podré dar yo á esta junta? ¿os lla»maré soldados, habiendo con las armas en la mano sitiado »al hijo del emperador? ¿llamaré ciudadanos á los que con »tanto exceso menosprecian la autoridad del senado? Mas »¿qué podré llamaros habiendo violado las leyes observa»das hasta de los enemigos, el sacramento de la embajada »y la razón de las gentes? El divo Julio con una sola pala»bra quietó la sedición del ejército, llamando quirites á »aquellos que contra el juramento rehusaban seguirle. El »divo Augusto, con el rostro y con el aspecto aterró las »legiones actiacas. Nos, puesto que no iguales de ellos, al »fin descendientes suyos, si hubiésemos sido menospre»ciados por los soldados de España ó de Siria, menos mal, »aunque indignidad y maravilla grande; mas por vosotras, »primera y vigésima legiones, habiendo recibido aquélla »las banderas de Tiberio, y tú, compañera en sus guerras »y reconocida de tantos premios, ¡generoso galardón dais »á vuestro capitán! ¡Daré yo esta nueva á mi padre, mien»tras de las demás provincias oye cosas alegres, que sus »tirones, sus veteranos no se hartan con la licencia y con »el dinero! que solamente aquí se matan los centuriones, »se destierran los tribunos, se prenden los embajadores, »se tiñen de sangre los alojamientos y los ríos, y yo, entre »tantos que me aborrecen, compro la vida con ruegos!

»¿Por qué en el parlamento del primer día me arreba»tasteis de la mano la espada con que me atravesaba el pe-

»cho? ¡Oh amigos inconsiderados! mejor hizo y más amor »me mostró aquel que me ofreció la suya. Hubiera muerto »á lo menos sin haber visto tantas maldades en mi ejército; »hubiérades vosotros elegido un capitán, que aunque dejara »mi muerte sin venganza, no dejara de tomar la de Varo »y de las tres legiones. ¡No quiera Dios que sea de los »Belgas, aunque se ofrecen á ello, el honor y la gloria de »subvenir al nombre romano y de reprimir los pueblos de »Germania! Tu espíritu, ¡oh dive Augusto! que vive en el »cielo; tu imagen ¡oh padre Druso! y tu memoria con estos »soldados, entre quien parece que comienza á tener lugar »la vergüenza y la honra, laven esta mancha y vuelvan las »iras civiles en destrucción de los enemigos. Y vosotros, »en quien voy viendo otro aspecto y otro corazón, si que»réis restituir al senado los embajadores, al emperador la »obediencia, y á mí mi mujer y mi hijo, apartaos de la »contagión, separaos de los empestados, que esta será »clara señal de vuestro arrepentimiento y firme atadura de »vuestra fidelidad.»

Á estas palabras, confesando que se les decía verdad, arrojados á sus pies, le ruegan «castigue á los culpados, perdone á los inocentes y los lleve contra el enemigo: que vuelvan Agripina y su hijo, crianza de las legiones, sin darlos en rehenes á los Galos». De la vuelta de Agripina se excusó por hallarse cercana al parto y por el invierno: concedió la vuelta de su hijo; lo demás dejó que lo ejecutasen ellos. Vueltos, pues, en sí y mudados de voluntad, atan á los sediciosos y entréganlos en poder de Cayo Cetronio, legado de la legión primera, el cual ejecutó en este modo el juicio y castigo de cada uno. Estaban en pie alrededor del tribunal los soldados de las legiones con las espadas desnudas, y el reo, subido en el rellano de él, era mostrado al pueblo por el tribuno: si gritaban que era culpado, lo arrojaban abajo, donde le hacían pedazos, alegrándose los soldados de aquella matanza como si se hubieran ellos

mismos dado la absolución: ni el césar trataba de impedirlo, visto que sin mostrarse él, la crueldad y el odio del hecho se quedaba entre ellos. Á su ejemplo hicieron lo mismo los veteranos, á quienes poco después envió el césar á los Retios, so color de defender aquella provincia de la invasión de los Suevos; mas á la verdad no fué sino por apartarlos de aquellos alojamientos horribles, no menos por la aspereza del remedio que por la memoria del mal. Después de esto se hizo la reseña y elección de los centuriones. El que era llamado por el general decía su nombre, su grado en la milicia, su patria, el número de los gajes ganados, las hazañas hechas en la guerra, y los que habían merecido algunos premios militares hacían que fuesen vistos: si los tribunos, si la legión aprobaban el valor y la bondad del tal, quedaba con el cargo; mas si por común consentimiento era inculpado de avaricia ó crueldad, al momento era echado de la milicia. Acomodadas así las cosas, quedaba todavía otra empresa no de menor trabajo á causa de la ferocidad de las legiones quinta y veintiuna, alojadas en Vetera (1) (así se llama el puesto), distante de allí quince leguas, porque habiendo sido los primeros á mover la sedición y cometido las mayores maldades por sus manos, no arrepentidos ni medrosos por el castigo de sus compañeros, conservaban todavía el enojo. Por lo cual, resuelto el césar en deshacerlos cuando no quisiesen volver á la obediencia, previno cantidad de navíos para, embarcado en ellos, bajar el Rhin abajo en compañía de los confederados.

En Roma, ignorando el efecto de las cosas del Ilírico y sabido el motín de las legiones germánicas medrosa la ciudad murmuraba de Tiberio «de que mientras se hacía de rogar con fingidas dilaciones para encargarse del impe-

---

(1) Se sobrentiende *castra*, hoy día Vettern, según unos, y, según otros, Forstemberg.

rio, burlándose de los senadores y del pueblo, que estaban sin fuerzas y sin armas, se amotinaban los ejércitos, sin que se pudiese esperar su quietud por medio de la flaca autoridad de los mancebos: que convenía ir en persona y oponer la majestad imperial á los alterados; pues cederían sin duda en viendo á un príncipe de tan larga experiencia, y con poder de castigar con severidad ó premiar con largueza. ¿Pudo Augusto, decían, cargado de años pasar tantas veces á Germania, y Tiberio en la flor de su edad se estará en el senado cavilando las palabras de los senadores? que había ya prevenido las cosas bastantemente para tener á la ciudad en servidumbre; ahora era necesario aplicar remedios á los ánimos militares para disponerlos á sufrir la paz».

Contra estos discursos estaba firme Tiberio, resuelto en no desamparar la cabeza de todo el estado con riesgo suyo y de la república: dábanle entretanto cuidado muchas y diversas cosas; porque á la verdad el ejército de Germania era el más poderoso, y el de Panonia el más vecino; aquél era fomentado de las riquezas de los Galos; éste estaba inminente á Italia: ¿á cuál, pues, era bien ir primero? fuera de esto, ¿no había también que pensar en si el preferir al uno podía ser causa de que se afrentase el otro? Todo lo cual se remediaba con igualdad dejándolo á cargo de sus hijos, salvo el honor de la majestad imperial, más reverenciada cuanto más lejos; que se podían excusar los dos príncipes con diferir algunas cosas remitiéndolas á su padre; y él finalmente mitigar ó sujetar la parte que se resolviese en hacer resistencia á Germánico ó á Druso: mas menospreciado el emperador, ¿qué remedio quedaba? Todavía, como si por ahora pensara partirse, elige compañeros para el viaje, provee de carruajes, apresta navíos: después, excusándose, ya con el invierno, ya con otros negocios, engañó primero á los sabios, después al vulgo y largamente á las provincias.

Mas Germánico, aunque recogido ya el ejército y preparado á la venganza contra los rebeldes, pareciéndole resolución acertada el darles tiempo y ver si con el ejemplo reciente se reducían de sí mismos á la razón, envía delante cartas á Cecina, advirtiéndole de que venía marchando con un grueso ejército, y que si no se prevenían con castigar á los culpados antes de su llegada, los pasaría á cuchillo indiferentemente á todos. Cecina comunica secretamente las cartas con los aquilíferos, con los alféreces y con los de más sanas intenciones, exhortándoles á librar á todos de la infamia, y á sí mismos de la muerte: porque en la paz se puede tener consideración á las causas y méritos de cada uno, mas en la guerra padecen igualmente el inocente y el culpado. Estos, pues, tentados los ánimos de los que les parecieron más á propósito, después de haber hallado la mayor parte de las legiones en obediencia, con parecer de los legados señalan el tiempo de acometer con las armas á los más ruines y sediciosos. Hecha la señal y entrados con ímpetu por las tiendas, los matan, hallándolos desapercibidos y descuidados, no sabiendo otro que ellos el origen de aquella matanza, ni el fin que había de tener.

¡Extraña y nunca vista suerte de guerra civil! no en batalla, no en contrarios ejércitos, sino en las mismas camas; los mismos que habían comido juntos el día y dormido con quietud la noche, se separan en dos bandos y se hieren con toda suerte de armas: los gritos, las heridas, la sangre están patentes y sólo la ocasión oculta; lo demás gobernó la suerte; pereciendo á las vueltas muchos buenos, porque en echándose de ver á quién se buscaba, muchos de los más ruines tomaron las armas y entraron á la parte. No hubo legado ó tribuno que los detuviese; permitiéndose á cada cual el hacer lo que le daba en gusto y vengar sus diferencias particulares hasta hartarse. Entrado Germánico poco después en los alojamientos, llamando con muchas

lágrimas aquella ejecución, no medicina, sino estrago, manda que se quemen los cuerpos. Nació desde entonces en aquellos ánimos fieros un ardiente deseo de ir contra el enemigo en penitencia de su furor, diciendo que no era posible aplacar de otra manera las almas de sus muertos compañeros, que ofreciendo sus impíos pechos á honradas heridas. Valióse el césar del ardor de sus soldados, y habiendo fabricado un puente, hizo pasar doce mil de las legiones, con veintiséis cohortes de confederados y ocho tropas de caballos, las cuales se habían mantenido con notable modestia en aquellos rumores

Estaban con alegría los Germanos no lejos, mientras acá estábamos embarazados, primero por la cesación de todas las cosas á causa de la muerte de Augusto, y después por los motines; mas los Romanos, marchando con diligencia, pasada la selva Cesia (1) y el límite ó calzada comenzada por Tiberio, plantaron sobre ella su alojamiento, fortificándose por frente y por las espaldas con palizadas, y por los costados con fagina. De allí, entrando en los bosques espesos, y consultando cuál de los dos caminos se había de tomar, ó el ordinario breve, ó el más difícil ó largo, no practicado ni guardado del enemigo, fué escogido éste. Apresuróse todo lo demás, porque las espías referían ser la noche siguiente de las que solían festejar los Germanos con juegos y banquetes solemnes. Envióse á Cecina delante con las cohortes desembarazadas, y orden de facilitar los caminos, el cual con poco intervalo fué seguido por las legiones. Aprovechó harto la serenidad de la noche y claridad de las estrellas; con que llegados á los villajes de los Marsos, que se hicieron rodear de cuerpos de guardia, mientras los enemigos, tendidos en sus camas ó junto á las mesas, sin temor alguno, ni una sola centinela, estaba todo abierto y descuidado, no temiendo la guerra, ni

(1) Acaso la selva de Heserwald en el actual ducado de Cleves.

gozando de la paz, sino relajadamente, y al fin como entre borrachos.

El césar, para robar más á lo largo, partidas las legiones, codiciosas del saco, en cuatro escuadras, sin compasión de edad ni de sexo, pasó á fuego y á sangre diez leguas de país, asolando las cosas profanas y sagradas, junto con un templo muy celebrado entre aquellas naciones que llamaban *de Tanfana;* sin muerte ni herida de un solo soldado, á causa de haberlos cogido soñolientos, desarmados y sin orden. Despertó este destrozo á los Bruteros, Tubantes y Usipetos, los cuales se escondieron en los pasos estrechos de los bosques por donde había de volver el ejército: de que advertido el general, puso su gente de manera que podía marchar, y defenderse si era acometido: parte de los caballos y las cohortes de las ayudas tomaron la vanguardia; seguía la legión primera, y puesto el bagaje en medio, cerraban los costados por la parte siniestra la veintena y por la diestra la quinta; la veintena guardaba la retaguardia, seguida del resto de los confederados. No se movieron los enemigos hasta que la ordenanza se extendió por el bosque: entonces, acometidos levemente los costados, y después la frente de la batalla, dieron finalmente con todas sus fuerzas en la retaguardia. Ya comenzaban á desordenarse las cohortes armadas á la ligera por la fuerza de los espesos escuadrones enemigos, cuando corriendo el césar á los de la legión veinte, comenzó á gritar en alta voz: «que había ya llegado el tiempo en que podían borrar la memoria de la sedición; por tanto, que se diesen prisa en convertir en honra la culpa». Animaron estas palabras de tal suerte á la legión, que habiendo con un solo ímpetu rechazado al enemigo, llevándole á lugar más abierto, le rompen y degüellan. Salidas en tanto del bosque las escuadras de la vanguardia, fortificaron el alojamiento, desde donde tuvieron quieto y sin estorbo el viaje, y los soldados, confiados en esta fresca victoria y perdida la memoria de los

pasados sucesos, fueron repartidos por sus alojamientos.

Del aviso de estas cosas tuvo á un mismo tiempo Tiberio alegría y cuidado; el cual, alegre de la apaciguada sedición, sentía por otra parte el ver que Germánico hubiese ganado el favor de los soldados, concediéndoles tan aprisa el dinero y la licencia, y que fuese adquiriendo tanta gloria militar. Refirió con todo estos sucesos en el senado, y dijo mucho de su valor, más con ornamento de palabras que con afecto de corazón. Con más brevedad alabó á Druso y el fin de los movimientos del Ilírico, aunque con más sinceridad y con mayor afecto. Con todo eso ratificó al ejército de Panonia todas las gracias que Germánico había concedido al suyo.

Murió aquel año Julia, desterrada por su padre Augusto á causa de su deshonestidad, primero á la isla Pandataria y después á Regio, la que está sobre el mar de Sicilia (1). Ésta, casada con Tiberio, mientras florecían Cayo y Lucio Césares lo menospreció como desigual suyo; que fué la más secreta y verdadera causa de la larga residencia que Tiberio hizo en Rodas: el cual, llegado al imperio, infame ella ya y bandida, y después de la muerte de Agripa Postumo, privada de toda esperanza, la hizo morir de hambre y de miseria, imaginando que no se hablaría de su muerte á causa de su largo destierro. Igual causa le movió á usar la misma crueldad contra Sempronio Graco, el cual, de noble linaje, de ingenio despierto y maliciosamente facundo, había violado á la misma Julia mientras fué mujer de Agripa. No tuvo fin aquí su disolución; porque casada en segundo matrimonio con Tiberio, la instigaba el obstinado adúltero á menospreciar y aborrecer á su marido, teniéndose por cierto que las cartas que Julia escribió á su padre Augus-

---

(1) Plinio la coloca en el golfo de Puzzoles, y Dión en las inmediaciones de la Campania. El traductor español supone que era Pantanarea.

to, cargando á Tiberio, habían sido compuestas por Graco: á cuya causa, desterrado á Cercina (1), isla en el mar de Africa, después de haber sufrido el destierro de catorce años, se enviaron soldados para matarle; á los cuales, hallándole en la ribera pensativo, como si adivinara la mala nueva, pidió un poco de espacio para escribir á su mujer Aliara. Hecho esto, ofreció el cuello á los matadores, mostrándose con la constancia de la muerte no indigno del nombre de Sempronio, del cual en vida había degenerado. Han escrito algunos que no se enviaron estos soldados de Roma, sino por Lucio Asprenate, procónsul de África, de orden de Tiberio; el cual esperó, aunque en vano, cargar á Asprenate solo la fama del homicidio.

Este mismo año fueron admitidas ciertas nuevas ceremonias; es á saber, la compañía de los sacerdotes augustales, á la manera que antiguamente Tito Tacio, queriendo introducir en Roma la religión y sacrificios de los Sabinos, dió principio á la de los Tacios. Veintiuno fueron los que se sacaron por suerte de los principales de la ciudad, pero añadiéronse después Tiberio, Druso, Claudio y Germánico. Los juegos augustales, comenzados entonces la primera vez, fueron turbados por la discordia de los histriones. Augusto había dado muestras de gustar de semejantes pasatiempos por agradar á Mecenas, perdido por los donaires de Batilo; si bien él de suyo no los aborrecía, teniendo por acto civil y necesario el mezclarse tal vez en los deleites del vulgo. Seguía Tiberio otro camino, puesto que no se atrevía á reducir á su dureza un pueblo regido tantos años apaciblemente.

Hechos cónsules Druso César y Cayo Norbano, se decretó el triunfo á Germánico, durando todavía la guerra: á la cual, si bien se aparejaba con todo su poder para el verano, la anticipó al principio de la primavera con impro-

(1) Hoy los Gules.—*T. E.*

visa correduría en el país de los Cattos, no sin esperanza de hallar divididos á los enemigos con ocasión de los bandos entre Arminio y Segesto, famosos y estimados ambos á dos, el uno por su deslealtad y el otro por su fe para con nosotros. Mientras Arminio trataba de rebelar la Germania, Segesto descubrió muchas veces los aparejos de la rebelión; y particularmente en el último banquete, después del cual se tomaron las armas, descubrió la resolución, y persuadió á Varo que le prendiese á él mismo, á Arminio y á los demás principales, diciendo que no intentaría cosa el pueblo si le quitaban el apoyo de los príncipes, y que después habría harto tiempo para separar los inocentes de los culpados. Fué muerto al fin Varo por la fuerza de su destino y por la violencia de Arminio. Segesto, aunque llevado á la guerra por el común consentimiento de aquella nación, estaba con todo eso con el ánimo apartado, añadidos los odios particulares con Arminio por haberle robado una hija prometida á otro; yerno aborrecible al suegro enemigo: todo lo que entre otros hubiera sido vínculo de amor, era entre éstos, ya entre sí discordes, ocasión de enojo.

Germánico, pues, dando á Cecina cuatro legiones, cinco mil auxiliarios y algunas escuadras recogidas aprisa de Germanos de acá del Rhin, él, con otras tantas legiones y doblado número de confederados, habiendo hecho un castillo sobre las ruinas de otro levantado por su padre en el monte Tauno (1), pasa con el ejército, sin bagaje y desembarazado, á las tierras de los Cattos; dejado á Lucio Apronio el cargo de asegurar los caminos y guardar los pasos de los ríos; porque el tiempo enjuto, cosa que sucede pocas veces debajo de aquel cielo, y la poca agua de las riberas, que le habían hecho evitar un largo rodeo, le dió ocasión

(1) Según Maltebrun, es el *die Hacke* (la altura), al Norte de Francfort.

de temer á la vuelta grandes lluvias y crecientes. Llegó, pues, tan de improviso á los Cattos, que los débiles de edad ó de sexo fueron en un instante presos ó muertos. La juventud, pasado á nado el río Adrana, impedía á los Romanos el hacer en él un puente: hasta que desalojados después de haber tentado en vano las condiciones de la paz y con las saetas y otros tiros arrojados con los ingenios, pasádose algunos á Germánico, los otros, desamparando las villas y lugares, se esparcieron por aquellas selvas. El césar después de haber quemado á Mattio (1), metrópoli de aquella nación, robado los lugares abiertos, tornó la vuelta del Rhin, no habiéndose atrevido los enemigos á darle á la cola, como acostumbran cuando, más por astucia que por miedo, dan muestras de retirarse. Los Queruscos hubieran ayudado de buena gana á los Cattos, si Cecina no los amedrentara con mover las armas á todas partes, y á los Marsios, que se atrevieron á esperarle, rompió prósperamente.

No mucho después llegaron embajadores de Segesto pidiendo ayuda contra la violencia del pueblo, de quien estaba sitiado, prevaleciendo entre ellos Arminio, á causa de que les persuadía á la guerra; porque entre los Germanos, cuanto uno se muestra más animoso, tanto es tenido por más fiel, y él tiene más crédito durante la sedición. Había Segesto añadido á los embajadores su hijo Segismundo; mas el mancebo se temía, porque el año que se rebeló la Germania, siendo sacerdote en Ara de los Ubios, rompió las vendas, insignia del sacerdocio, y huyó á los rebeldes. Confiado al fin de la clemencia romana, refirió las comisiones de su padre, y recibido benignamente, fué enviado con escolta á la ribera siniestra del Rhin que mira á la Galia. Germánico, alegre de volver otra vez el ejército contra el enemigo, peleó con los que sitiaban á Segesto,

(1) Cabeza de los pueblos Mattiacos, hoy Maspurg, tierra principal del landgrave de Hassia.—*T. E.*

á quien libró, junto con buen número de sus parientes y allegados, entre los cuales se hallaban muchas mujeres nobles, y la mujer del mismo Arminio, hija de Segesto, de ánimo más inclinado al marido que al padre, como lo mostraba el aspecto sin lágrimas, la boca sin ruegos, las manos plegadas al pecho y los ojos clavados en el vientre crecido con el preñado. Traíanse también los despojos de la rota de Varo, cabidos en parte de presa á muchos de los que entonces se habían vendido. Venía juntamente Segesto, de noble presencia, y por la conciencia segura de su buena fe, sin muestras de temor, el cual habló de esta manera:

«No es para mí este día el primero que testifique mi »constancia y fe para con el pueblo romano. Desde que »fuí hecho ciudadano vuestro por el divo Augusto, elegí »los amigos y enemigos conforme á vuestra utilidad; »no por odio que yo tuviese á mi patria, que aun á los »mismos que reciben el beneficio son desagradables los »traidores, mas porque teniendo por mejor á la paz que á »la guerra, la juzgaba por útil á los Romanos y á los Ger»manos. Puse en poder de Varo, capitán entonces del »ejército, á Arminio, robador de mi hija y violador de la »paz. Perdida aquella ocasión por flojedad del capitán, que »difirió su castigo para otro tiempo, visto que no se podía »fiar en su justicia, le requerí instantáneamente que nos »prendiese á mí, á Arminio y á los demás culpados. Sír»vame de testigo aquella noche, que pluguiera á los dioses »fuera la postrera de mi vida, pues cuanto después ha su»cedido es más digno de llanto que de excusa. Finalmente, »puse á Arminio en cadenas, y las mismas sufrí también yo »por los de su facción. Mas después que he tenido lugar de »llegar á ti, prefiero las cosas viejas á las nuevas, y á los »tumultos la quietud; no por esperanza de premio, mas »por purgarme de la infidelidad, y poder servir de media»nero á la nación germana, si acaso escoge antes el arrepen»timiento que esperar su ruina. Ruégote excuses el yerro y

»la juventud de mi hijo, pidiendo en su nombre perdón.
»Confieso que mi hija se halla aquí forzadamente: á ti »queda el resolver cuál cosa sea más considerable, ó el »estar preñada de Arminio, ó el haber nacido de Segesto.» El césar, con amorosa respuesta, prometió á sus hijos y á sus amigos perdón, y á él el lugar acostumbrado en la provincia. Hecho esto, dió la vuelta con el ejército, y por orden de Tiberio aceptó el nombre de emperador. Poco después parió la mujer de Arminio un hijo, del cual, criado su niñez en Ravena, trataremos á su tiempo, y de cómo después sirvió de juguete á la fortuna.

La fama de haberse reducido Segesto y que había sido recibido benignamente, fué oída con esperanza y con dolor, conforme á lo que cada cual temía ó deseaba. Arminio, á más de su fiereza natural, loco por la pérdida de su mujer y por el parto sujeto á servidumbre, andaba por los Queruscos moviendo los ánimos y persuadiéndoles á que tomasen las armas contra Segesto y contra el césar. Ni se iba á la mano en las injurias, diciendo: «Egregio padre, gran emperador, valeroso ejército, que con tanta gente han robado una mujercilla. Por mis manos han sido degolladas tres legiones con otros tantos legados; manos acostumbradas á hacer la guerra, no con traiciones ni contra mujeres preñadas, sino á la descubierta y contra enemigos armados. Todavía se ven en los sagrados bosques de Germania las banderas romanas colgadas á los dioses de la patria. Goce Segesto de la vendida ribera; restituya á su hijo el sacerdocio, que nunca le acusarán bastantemente los Germanos de haber sido ocasión de que se viesen entre el Albis y el Rhin las varas, las segures y la toga; que á las gentes que no conocían al imperio romano les eran también incógnitos sus rigurosos castigos y excesivos tributos, de los cuales descargados ya y rehusado aquel Augusto puesto entre los dioses, y aquel electo Tiberio, no quisiesen temer á un mozo inexperto y á un ejército amo-

tinado. Que si amaban más á la antigua patria y á sus propios padres que á los señores nuevos, á las nuevas colonias, siguiesen antes á Arminio para gloriosamente defender su libertad, que á Segesto, autor de una infame servidumbre.» Movieron estas palabras no sólo á los Queruscos, pero á las naciones vecinas; con que inducido á seguir su partido Inguiomaro, tío paterno de Arminio, de antigua autoridad y crédito con los Romanos, pusieron al césar en mayor cuidado; y así, temiendo que no le cargase encima todo el peso de la guerra, para divertir al enemigo envió á Cecina con cuarenta cohortes romanas al río Amisia (1), por las tierras de los Bruteros. Pedón, prefecto del campo, llevó la gente de á caballo por los confines de Frisa; él, haciendo embarcar cuatro legiones, las pasó por el lago, con que se vinieron á recoger junto á las riberas de aquel río la infantería, caballería y armada. Los Caucios, que ofrecían ayuda á los Romanos, fueron recibidos en su compañía, y los Bruteros, que quemaban sus propias tierras, rotos por Lucio Estertinio, á quien Germánico envió contra ellos con gente suelta; el cual, entre la matanza y la presa, halló el águila de la legión diez y nueve perdida con Varo. Pasó después el ejército á las últimas partes de los Bruteros, habiéndose quemado el país que cierran los ríos Amisia y Lupia (2), no lejos del bosque de Teutobergue, donde decían hallarse todavía sin sepultura los huesos de las legiones de Varo.

De aquí le vino deseo al césar de hacer las funerallas á los capitanes y soldados muertos allí; movido á compasión todo el ejército, por la memoria de sus parientes y amigos, del caso mismo de la guerra y fortuna de los hombres. Fué enviado delante Cecina á reconocer la espesura de las

---

(1) Hoy el Ems.
(2) Lippa, río de Westfalia, afluente del Rhin. Separaba los Bructeros al Norte de los Marsos, Tubantes y Sicambros al Sur.

selvas, hacer puentes y calzadas en los lugares pantanosos y atolladeros; marchan, pues, por aquellos lugares tristes y dolorosos, horribles á la vista y á la memoria. Veíanse los primeros alojamientos de Varo, de gran circuito, y medidos los principios (1), mostraban ser de tres legiones; las trincheras después, medio arruinadas, y el foso poco hondo, daban indicio de haberse retirado allí las reliquias del ejército. Veíanse por la campaña los huesos blanqueando, esparcidos ó juntos, según habían huído ó hecho rostro: pedazos de armas, huesos de caballos, cabezas de hombres ensartadas en los troncos, y en las selvas vecinas estaban los bárbaros altares sobre los cuales habían sido muertos los tribunos y los centuriones del primer orden. Algunos que se habían hallado en la rota, escapados de la refriega ó prisión, decían: «Aquí cayeron muertos los legados; allí tomaron los enemigos las águilas; acullá recibió Varo la primera herida, y allí, con su infelice mano, se atravesó el pecho; en qué tribunal hizo su parlamento Arminio; cuántas horcas mandó hacer para los cautivos; cuántas sepulturas; cómo y con cuánta soberbia hizo escarnio y burla de las banderas y de las águilas.» Así, el romano ejército, seis años después de aquel estrago, recogió los huesos de las tres legiones, sin poder discendir si eran de los extraños ó de los suyos; cubriéndolos á todos con tierra, como si fueran de amigos ó parientes, y aumentando con ese acto el enojo y furor contra el enemigo. Al fabricar el túmulo, puso el césar el primer césped, gratísimo para con los difuntos, y compañero de los presentes en el dolor. No aprobó este hecho Tiberio, ó porque daba siempre malos sentidos á las acciones de Germánico, ó

(1) Dábase este nombre á un espacio cuadrado, situado en medio del campamento, donde estaban las tiendas de los jefes superiores, delante de las cuales se ponían las águilas de las legiones y había el tribunal desde el cual se arengaba y administraba justicia á los soldados, y el sitio donde se ofrecían los sacrificios.

porque pensase que el ejército, con la vista de sus compañeros muertos y sin sepultura, se haría más lento para llegar á las manos y tendría más temor al enemigo. Fuera de que á un general ornado con el oficio de augur y de las más antiguas ceremonias divinas, no le estaba bien hallarse en mortuorios. Germánico, persiguiendo á Arminio, que se iba retirando á los lugares fuertes, á la primer comodidad mandó á la caballería que se enseñorease de la campaña donde el enemigo se había puesto Arminio, que ya había advertido á los suyos de recogerse presto á los bosques, en un instante les hace volver el rostro, y da la seña para que saliesen á la refriega los que estaban de emboscadas. Desordenada la caballería por estas nuevas escuadras, envió el césar las cohortes auxiliarias; mas impedidas por las tropas que volvían huyendo, se aumentó el espanto, y hubieran sido llevadas engañosamente á unos pantanos conocidos por los Germanos vencedores y dañosos para quien no los tenía en práctica, si el césar no se presentara con las legiones, las cuales, con dar terror al enemigo y ánimo á los nuestros, hicieron que la refriega se acabase sin ventaja. Vuelto después Germánico al río Amisia con el ejército, volvió á embarcar las legiones en la forma que habían venido, enviando la vuelta del Rhin por la orilla de la mar una parte de los caballos. Cecina, que volvía con su campo por el camino ordinario, fué advertido de que cuanto antes pudiese pasase á Pontelongo (este es un estrecho camino entre aquellos pantanos, puesto ya en forma de dique por Lucio Domicio), siendo lo demás del país ó pantanoso, ó lleno de un lodo tenaz y pegajoso, ó atravesado de arroyos. Está rodeado este puesto de bosques que, en figura de teatro, poco á poco se van dejando caer hacia lo llano; los cuales, Arminio, con ordenanza desembarazada, ganando la vanguardia á nuestro ejército, grave de armas y de bagaje, había guarnecido de gente. Cecina, dudoso cómo pudiese á un mismo tiempo

rehacer los puentes rotos de vejez y rechazar al enemigo, pareció que debía plantar su alojamiento en el mismo lugar, y que parte trabajase mientras la otra parte peleaba. Los bárbaros, procurando romper los cuerpos de guardia y pasar á ofender los que trabajaban, los provocan, los rodean y acometen, mezclándose los clamores de los que pelean con las voces de los que trabajan: todo era contrario á los Romanos; el suelo lleno de agua y de lodo, incapaz de regir los pies con firmeza, y en sacándolos, resbaladero: los cuerpos cargados de armas, sin poderse servir dentro del agua de sus armas arrojadizas. Al contrario, los Queruscos, acostumbrados á pelear dentro de los pantanos, eran grandes de cuerpos, y peleaban con largas picas acomodadas á herir de lejos. Finalmente, la noche salvó las legiones de una batalla en que forzosamente habían de llevar lo peor. Los Germanos, no curando del trabajo, llevados de la prosperidad, sin tomar un punto de reposo, encaminan á lo bajo todas las aguas que nacían en aquellos collados, de tal manera, que empapada la tierra y desmoronada la obra, se les dobló el trabajo á los soldados romanos. Tenía Cecina cuarenta años de soldado entre el obedecer y el mandar, y habiendo probado la buena y la mala fortuna, estaba sin terror ni alteración. Y considerando lo porvenir, no halló mejor remedio á la necesidad presente que hacer de suerte que el enemigo no pudiese salir del bosque hasta tanto que los heridos y todo el bagaje y embarazos hubiesen pasado adelante; porque entre los pantanos y los montes se extendía un llano harto capaz para poder poner en batalla un escuadrón no muy grande. Acomódanse, pues, las legiones, la quinta al lado derecho, la veintiuna al izquierdo: la primera para guiar á las demás, y la veintena para asistir á los que siguiesen. Fué por diferentes causas á todos inquieta la noche; á los bárbaros por las fiestas y convites que con alegre canto y horribles gritos henchían el valle y

bosques resonantes; á los Romanos pequeños fuegos, voces interrumpidas, echados acá y acullá junto los reparos, dando vueltas alrededor de las tiendas, antes desvelados que vigilantes. Espantó al capitán un sueño cruel: parecióle que veía salir de aquellos pantanos á Quintilio Varo, sucio de sangre, y que oyó que lo llamaba; aunque, rehusando el seguirle, le desvió la mano que le ofrecía. Al abrir del día, las legiones de los lados, ó por temor ó por poca obediencia, desampararon sus puestos retirándose á lo enjuto. No los embistió Arminio como pudiera en aquel punto; mas cuando los vió embarazados en el lodo, el bagaje en los fosos, á los soldados en conocido trabajo y desorden, la banderas mezcladas y confusas, y, como suele suceder en tales aprietos, cuidadoso cada cual de sí mismo y sordo á las provechosas órdenes del capitán, manda á sus Germanos que embistan, gritando él: «Veis allí á Varo y á las legiones vencidas otra vez por el mismo hado.» Y diciendo esto, cierra acompañado de gente escogida, y abre el escuadrón romano, hiriendo particularmente á los caballos, los cuales cayendo en aquel suelo pantanoso y bañado de su sangre, caían sobre sus propios señores, atropellaban á los circunstantes y pisaban á los ya caídos. El mayor trabajo fué el que se pasó junto á las águilas, no pudiéndose llevar contra las armas arrojadas, ni hincarlas bien en aquel terreno lodoso y blando. Cecina, sustentando la batalla, hubiera de quedar en prisión á causa de haberle muerto el caballo, si no fuera socorrido por la legión primera. Aprovechó la codicia de los enemigos, que por acudir á la presa dejaban de matar; con que hacia la tarde pudieron pasar á lo llano y enjuto las legiones. No tuvieron fin aquí las miserias: fué necesario plantar estacas y buscar materia para fortificarse, puesto que se habían perdido la mayor parte de los instrumentos de cavar y vaciar la tierra, de hacer fagina y cortar céspedes; no había tiendas para los manípulos, ni forma de curar los heridos, y

al repartir de los bastimentos, se hallaron todos llenos de lodo y de sangre: lamentaban con esto aquellas funestas tinieblas, y lloraban el último y solo día que les quedaba de vida á tantos millares de hombres. Acaso un caballo, habiendo roto el cabestro y corriendo de acá y de acullá espantado de las voces y del ruido, hizo huir á algunos de los que concurrieron á detenerle; esto, pues, causa tal espanto en el ejército, pensando que los Germanos entraban el campo, que á gran furia comenzaron todos á acudir á las puertas, especial á la decumana, como la más apartada del enemigo y la más segura para los que huían. Cecina, asegurado de que era alarma falsa, no pudiendo con autoridad, con ruegos ni con la espada detener á los fugitivos, se tiende sobre el lindar de la puerta para cerrar el paso a los que se avergonzasen de pisar el cuerpo de su legado: ayudó mostrar entretanto los tribunos y centuriones la vanidad del temor. Entonces, juntándoles á todos en los principios, mandando que escuchasen con silencio, les pone por delante el tiempo y la necesidad. «Que no les quedaba otro camino de escapar que el de las armas, de las cuales convenía usar con prudencia, estándose dentro de los reparos hasta que el enemigo, esperando el entrarlos por fuerza, se llegase de más cerca á ellos; y que entonces era menester salir de golpe por todas partes, y de aquella salida conducirse al Rhin, donde, si se tomaba desde luego la fuga, habían de pasar mayores bosques, pantanos más inaccesibles y contrastar con enemigos más crueles; propone á los vencedores honra y gloria infinita; acuérdales las cosas estimadas en la paz y honradas en la guerra, callando las adversas.» Tras esto distribuye y reparte los caballos, comenzando por los suyos y de los legados y tribunos sin algún respeto, entre los más valerosos y atrevidos; para que ellos primero y después la infantería embistiesen al enemigo.

No estaban menos inquietos los Germanos, combatidos

de la esperanza, de la codicia y de diversos pareceres de capitanes. Aconsjeaba Arminio que los dejasen salir, y que de nuevo los metiesen en lugares pantanosos, embarazados. El parecer de Inguiomaro fué más feroz, y á esta causa más á gusto de aquellos bárbaros; es á saber: que se rodeasen los reparos, que siendo fácil su expugnación sería mayor el número de prisioneros, y gozarían de la presa más entera. Así, pues, venido el día comienzan á henchir los fosos, arrojan cantidad de zarzos, trepan por las estacas guardadas de pocos soldados, y esos como mostrándose temerosos; mas cuando los Romanos vieron que el enemigo se había puesto en razonable distancia, dada la señal de arremeter, salen con gran estrépito de cuernos y trompetas; y á grandes voces, mientras les obligaban á volver las espaldas, les iban diciendo: «que allí sí era buen lugar de pelear donde no había bosques ni pantanos, sino el campo sin ventaja y los dioses no parciales.» Habíanse prometido los enemigos la victoria fácil, imaginando que eran pocos y desanimados los que defendían el alojamiento; y así concibieron el estruendo de las trompas y resplandor de las armas por tanto mayor, cuanto lo habían tenido menos; y como demasiado atrevidos en el tiempo próspero, perdidos de ánimo en el adverso, caen y perecen. Huyeron Arminio é Inguiomaro, el primero sano y el segundo mal herido: el vulgo fué pasado á cuchillo todo el tiempo que duraron la cólera y el día. Recogidas finalmente las legiones á la noche, aunque con más heridos y con la misma necesidad de bastimentos, tomaron fuerzas, salud, abundancia y todo lo demás de la victoria.

Habíase esparcido tanto la fama del ejército sitiado, y que los Germanos iban con el suyo sobre las Galias, que si Agripina no hubiera prohibido el romper el puente sobre el Rhin, no faltara quién de puro miedo se hubiera atrevido á tal vileza; mas aquella generosa mujer, haciendo aquellos días oficio de capitán, dió á los soldados, según

que se hallaban desnudos ó heridos, vestidos ó medicamentos. Refiere Cayo Plinio, escritor de las guerras de Germania, que se puso á la entrada del puente, y que allí alababa y engrandecía el valor de las legiones cuando á su vuelta iban pasando.

Penetraron estas cosas más vivamente el ánimo de Tiberio, pareciéndole que no se tomaban aquellos cuidados con sencillez, y que no era posible que Agripina procurase el favor de los soldados para servirse de ellos contra extranjeros. «¿Por ventura (decía) quédale algo que hacer al emperador, si una mujer reconoce los manípulos, visita las banderas, ofrece donativos, como si no le bastase para prueba de su ambición el traer consigo al hijo del general en hábito de soldado, haciéndole llamar *César Calígula*? Que tenía ya Agripina más poder y autoridad en los ejércitos que los legados y que los generales, pues ella sola había quietado la sedición, á quien no pudo resistir el nombre y autoridad del príncipe.» Agravaba y acriminaba estas cosas Seyano, y conociendo el natural de Tiberio encendía á lo largo los odios para que, reteniéndolos en sí, los pudiese desfogar después á su tiempo más gravemente.

Mas Germánico, porque la armada fuese más ligera en aquella mar de poco fondo, ó en el reflujo encallase con menos peligro de las legiones embarcadas, dió á Publio Vitelio la segunda y la catorcena para que las llevase por tierra. Tuvo Vitelio el principio de su viaje harto apacible por ser el terreno enjuto y no llegar allí el ordinario flujo de las ondas; mas sobreviniendo un maestral furioso, ayudado de la estrella del equinoccio acostumbrada á hinchar las aguas del Océano, comenzó la ordenanza á ser combatida y llevada de acá y de acullá, inundándose la tierra de manera que la mar, las riberas y los campos se mostraban de un mismo aspecto, sin poderse discernir los lugares vadeables de los profundos, ni el suelo firme de la arena

inconstante y falsa. Arrebatan y sorben las ondas los caballos y bagajes: los cuerpos muertos de hombres y animales sobre aguados embarazan y embisten á los vivos: mézclanse entre sí los manípulos, con el agua ya á los pechos, ya á la garganta; y muchos en no pudiendo apear se iban á fondo: no aprovechaban voces ni exhortaciones, ni se diferenciaba en el contraste de las ondas el valeroso del vil, el sabio del ignorante, ni el consejo del caso, que todo era arrebatado de igual violencia. Finalmente, reducido Vitelio con inmenso trabajo á lugar más alto, condujo también lo restante del ejército, alojando aquella noche sin bagaje y sin fuego, la mayor parte desnudos ó con el cuerpo aterido; no con menor miseria que los que tenía sitiados el enemigo, antes con mucha más, por quedarles á aquéllos el uso de una honrada muerte, y á éstos aparejárseles un fin vergonzoso. Restituyóles el día la tierra, con que pudieron pasar al río Visurgo, donde estaba el césar con la armada, y allí se embarcaron las legiones, habiendo corrido voz que eran anegadas, tal, que hasta que las vieron volver con el césar, no se acabaron de asegurar de su salud.

Ya Estertinio, enviado delante á recibir á Sigimero, hermano de Segesto, que se pasaba á los Romanos, le había conducido á la ciudad de los Ubios, en compañía de su hijo; perdonóse á los dos, aunque con más facilidad á Sigimero; con el hijo se tardó un poco más, inculpado (según se dijo) de haber ultrajado el cuerpo de Quintilio Varo. Contendían entre sí las Galias, las Españas y la Italia, en rehacer los daños del ejército, ofreciendo cada una lo que se hallaba más pronto, armas, caballos y oro. Germánico, loada su voluntad, recibió solamente para la guerra las armas y los caballos, socorriendo á los soldados de su propio dinero; y por divertir la memoria de aquella adversidad con su apacible trato, visitaba á los heridos; alababa el valor de todos, miraba los golpes recibidos, á unos con la

esperanza, á otros con la honra, y á todos con palabras amorosas, confirmaba y entretenía en su amor y en el deseo de nuevas batallas.

Este año, por decreto del senado, se concedieron las insignias triunfales á Aulo Cecina, á Lucio Apronio y á Cayo Silio, por los servicios hechos acompañando á Germánico. Tiberio rehusó el nombre de *padre de la patria*, ofreciéndoselo muchas veces el pueblo, ni permitió que se obligase alguno con juramento á observar sus mandatos, aunque lo decretó así el senado, acostumbrando él á decir muchas veces que eran inciertas todas las cosas mortales, y que cuanto más levantado le tuviesen sus honores, tanto más peligrosa podía ser la caída. No por esto mostraba compostura en el ánimo, habiendo vuelto á introducir la ley de *læsæ majestatis*, conocida también de los antiguos por este mismo nombre. Mas los jueces de aquel tiempo juzgaban por ella diferentes cosas, como si alguno hacía traición al ejército, movía sedición, ó por haber administrado mal su cargo disminuía la majestad del pueblo romano; finalmente, se castigaban entonces por esta ley los hechos, sin hacer caso de las palabras. Augusto fué el primero que, con capa de esta ley, comenzó á conocer por ella de los libelos infamatorios, enojado por la insolencia de Casio Severo, el cual, con sus deshonestos escritos, iba infamando muchos hombres y mujeres ilustres. Preguntado, pues, Tiberio de Pompeyo Macro, pretor, si quería que administrase justicia por las cosas tocantes al delito de *læsæ majestatis*, respondió que era necesario dar vigor á las leyes. Fué también él exasperado con versos de incierto autor publicados sobre su crueldad y soberbia y sobre la discordia con su madre.

No será fuera de propósito referir los delitos de que fueron acusados Falanio y Rubrio, caballeros romanos, para que se vea con qué principio y con cuáles artificios de Tiberio se levantó poco á poco un gran incendio, cómo des-

pués se apagó y cómo ardió de nuevo hasta abrasarlo todo. Fué inculpado Falanio de que entre otros adoradores de Augusto, porque en casi todas las casas se habían fundado cofradías para esto, había recibido á un cierto histrión llamado Casio, infame de su cuerpo, y de haber con la venta que hizo de sus huertos enajenado también la estatua de Augusto. Rubrio fué inculpado de haber afirmado falsamente una cosa, jurando por el nombre del mismo Augusto. Advertido de esto Tiberio, escribió á los cónsules «que no había sido dado con decreto el cielo á su padre para que aquel honor redundase en daño de los ciudadanos; que Casio, histrión, acostumbraba á intervenir, como los demás de su oficio, en los juegos dedicados por su madre á la memoria de Augusto: ni era contra la religión que sus estatuas ni las de los otros dioses se incluyesen en la venta de los huertos ó de las casas; que el perjurio se debía calificar como ofensa hecha á Júpiter, el cual y los demás dioses suelen tomar á su cargo el vengar sus propias injurias».

No pasó mucho tiempo que á Granio Marcelo, pretor de Bitinia, fué puesta acusación de *læsæ majestatis* por Cepion Crispino, su cuestor, firmada de Romano Hispon, el cual comenzó una forma de vida que la hicieron después famosa la miseria de los tiempos y la temeridad de los hombres. Porque siendo pobre, inquieto y no conocido, mientras, sirviendo de espía secreta, se acomoda poco á poco con la condición de este príncipe cruel, poniendo después en peligro á los más nobles, granjeando el favor de uno solo con odio de todos, dió tal ejemplo, que seguido de muchos, hechos de pobres ricos y de abatidos tremendos, ocasionaron primero á otros, y después á sí mismos, la última ruina. Oponía éste á Marcelo que había hablado mal de Tiberio, delito inevitable, escogiendo el acusador entre las acciones del príncipe las más dignas de vituperio con que inculpar al reo, para que, siendo verdaderas, fácilmente

se pudiese creer que habían sido dichas. Añadió Hispon «que Marcelo había puesto su estatua más alta que la de los césares, y á una de Augusto encajado la cabeza de Tiberio». De que entró en tanta cólera, que, roto el silencio, comenzó á gritar: «querer él mismo en aquella causa dar descubiertamente su voto», jurándolo para necesitar á los demás que hiciesen lo mismo. Estaban todavía en pie los vestigios de la desahuciada libertad, y así, Gneo Pisón dijo: «¿Cuándo lo darás, oh César? Si lo das primero, tendré á quien seguir; si último, temo por error el discordar de tí.» Vuelto en sí con estas razones Tiberio, cuanto más incautamente había descubierto su enojo, tanto más arrepentido sufrió que el reo fuese absuelto de la imputación de *majestad*, remitiendo á jueces delegados la causa de residencia. Mas Tiberio, no contento con hallarse presente al juicio de los senadores, quería asistir también á las audiencias del pretor, sentándose en uno de los brazos del tribunal por no obligar al pretor á levantarse de su silla curul; á donde se ordenaron muchas cosas en presencia, con las negociaciones y ruegos de ciudadanos poderosos; si bien mientras se atendía aparentemente á la justicia, se aniquilaba con efecto la libertad. Entre estas cosas, quejándose Pío Aurelio, senador, de que se le hubiesen derribado sus casas para la comodidad de una calle pública y de un acueducto, pidiendo al senado la restauración del daño, y oponiéndose los pretores del tesoro, le satisfizo y pagó César de su dinero, vanagloriándose de hacer gastos honrados, y retuvo esta virtud todo el tiempo que tardó en despojarse de las otras. Á Propercio Celere, que había sido pretor y por su pobreza pedía ser quitado del orden senatorio, averiguado que tenía poco patrimonio, le dió 25.000 ducados (1.000.000 de sextercios). A otros que tentaron lo mismo, mandó que justificasen su causa con el senado, porque deseando ser tenido por severo, procuraba proceder con aspereza hasta en las cosas bien hechas. Mas ellos antepusieron el silen-

cio y la pobreza á la confesión de la verdad y al beneficio.

En aquel año el Tíber, aumentado de continuas lluvias, cubrió lo llano de la ciudad, y al volver á su madre ocasionó ruinas de edificios y muertes de personas. Por lo cual aconsejó Asinio Galo que se recurriese á los libros de las Sibilas; mas estorbólo Tiberio, deseoso igualmente de encubrir las cosas divinas y las humanas. Dió con todo eso el cargo de refrenar las inundaciones del río á Ateyo Capitón y á Lucio Aruncio: decretóse que las provincias Grecia y Macedonia, las cuales pedían ser aliviadas de imposiciones, fuesen por el presente descargadas de tener procónsul (1), haciéndolas del gobierno peculiar de César. Presidió Druso á los juegos gladiatores que se hacían en nombre suyo y de su hermano Germánico; aunque demostró demasiado gusto de ver aquella sangre vil, cosa que admiró al vulgo y dió ocasión á que le reprendiese su padre. Eran diversos los pareceres por qué Tiberio no había intervenido en aquellos espectáculos: unos decían que aborrecía el verse entre tanta gente; otros que por su condición triste y melancólica, y medroso de ser parangonado con Augusto, el cual asistía alegre y cortésmente en semejantes fiestas. No creeré yo á lo menos que lo hizo por dar ocasión á

---

(1) Augusto había repartido las provincias entre el senado y él, y dando á aquél y al pueblo las más ricas y pacíficas, se había quedado con las de las fronteras y más amenazadas por consiguiente ó de sublevaciones interiores ó de los enemigos de fuera. Las unas eran gobernadas por procónsules y las otras por propretores. Los primeros tenían en apariencia más honores, los segundos más poder. Pertenecían al senado el Africa y la Numidia, el Asia, la Acaya ó Grecia, la Bética, la Galia Narbonense; la Cerdeña con la Córcega, la Sicilia, la Dalmacia, la Macedonia, la Creta y la Cirenaica, la isla de Chipre, la Bitinia con la Propontide y parte del Ponto. Las provincias imperiales eran: la España Tarraconense, la Lusitania, las Galias, excepto la Narbonense, las dos Germanias, la Celesiria, la Fenicia, la Cilicia, el Egipto, la Mesia, la Panonia y todo lo demás que no era del senado.

su hijo de descubrir su crueldad al pueblo, haciéndose con esto odioso, supuesto que no faltó quien lo dijese.

El desorden y sobrada libertad del teatro, que comenzó el año precedente, reventó en esta ocasión con daño más grave; porque no sólo hubo muertos de gente del pueblo, sino soldados y un centurión entre ellos, y herido un tribuno de la cohorte pretoria, mientras procuraban estorbar el alboroto del vulgo y que no se dijesen injurias á los magistrados. Tratóse en el senado de esta sedición, y hubo votos de que los pretores pudiesen hacer azotar á los histriones (1). Estorbólo Haterio Agripa, tribuno del pueblo, que fué reprendido por una oración de Asinio Galo, callando Tiberio por dar al senado aquella apariencia de libertad. Prevaleció con todo eso la opinión del tribuno, por haber declarado una vez el divo Augusto que los histriones eran exentos de azotes: ni á Tiberio le era lícito contravenir á sus decretos. Con todo eso se ordenaron muchas cosas acerca de poner tasa á los gastos de semejantes juegos, y entre las cosas que se decretaron para evitar los desórdenes de sus fautores, las más notables fueron: «que ningún senador entrase en casa de comediante; que ningún caballero los acompañase en público, ni los llevase á su lado, y que no fuese lícito el verlos representar sino en el teatro: dióse también poder á los pretores de castigar con destierro las insolencias de los que los viesen representar.»

---

(1) Aunque la palabra *histrio*, de origen etrusco, significa propiamente pantomimo ó bailarín de teatro, los Romanos, empleándola en un sentido más general, designaron con ella hasta los tiempos de Cicerón toda clase de actores, así del género cómico como del trágico. Sin embargo, después de la introducción de las pantomimas en el reinado de Augusto, y que puede considerarse como principio de la decadencia del teatro, se designó con el nombre de histrión únicamente á los que se dedicaban á este género de espectáculo.

Á los Españoles, que pedían licencia para fabricar un templo á Augusto en la colonia Tarraconense, se les concedió: que sirvió después de ejemplo á las demás provincias. Suplicando el pueblo que se extinguiese un derecho llamado el centésimo de las cosas vendibles, impuesto después de las guerras civiles, declaró por edicto Tiberio «que el tesoro ordinario para la paga de los soldados se fundaba sobre aquel subsidio, y juntamente que la república quedaría muy cargada si se daba licencia á los soldados viejos antes de haber servido veinte años». Y así fué para lo de adelante anulado el mal consejo que se tomó para aplacar las sediciones pasadas, concediendo licencia en habiendo servido diez y seis.

Propúsose después en el senado por Aruncio y Ateyo, si para moderar las inundaciones del Tíber era acertado divertir á otras partes los ríos y lagos de quien se engrandece. Oyéronse sobre ello los embajadores de los municipios y colonias. Rogaban los Florentines que la Clana, sacada de su madre, no se hiciese entrar en el Arno, de que se les podía seguir daño notable. Discurrían los de Interamnia (1) de la misma manera, mostrando que se perderían los más fértiles campos de Italia si se dividía en ramos el río Nar, como ya estaba determinado que se hiciese, con tan conocido peligro de empantanarse todos. No callaban los Reatinos, rehusando el cerrar el lago Velino por la parte que desemboca en el Nar, porque era cierto «que undaría con daño de las tierras vecinas; que naturaleza había proveído con gran acuerdo á todas las cosas de los mortales, dando á los ríos sus bocas y sus

---

(1) Interamna (lo mismo que *entre las aguas*), nombre de dos ciudades de la antigua Italia; la una, que es la de que habla aquí el autor, y es la conocida hoy con el nombre de *Terni*, estaba situada en la Umbría, entre los brazos del Nar, hoy Nera; y la otra, llamada en el día *Teramo*, estaba al Sur del Piceno entre el Liris, hoy Garigliano, y el Melpis.

cursos y ordenándoles su principio y su fin; que era justo también reparar en la religión de los confederados, los cuales tenían dedicados sacrificios, consagrados bosques y levantados altares á los ríos de la patria; fuera de que ni el mismo Tíber querría correr con menor gloria privado de sus propios tributos y natural grandeza». Los ruegos de las colonias, la dificultad de la obra ó la superstición pudieron tanto, que concluyó el senado en el parecer de Pisón, que fué de no innovar cosa.

Á Popeyo Sabino le prorrogó el gobierno de la Mesia, añadiéndole la Acaya y la Macedonia. Fué ésta una de las costumbres de Tiberio, continuar los gobiernos, tal que dejó á muchos toda su vida en los mismos cargos de ejércitos y de judicaturas. Dábanse para esto varias causas: unos decían que por librarse del cuidado de haber de escoger tan á menudo nuevos sujetos, eternizaba sus primeros juicios; otros creían que era pura envidia y maliguidad, temiendo el verlos gozar á muchos. Hubo también quien juzgó que así como era de ingenio astuto, era también escaso de juicio, porque no buscaba hombres de singulares virtudes, y por otra parte no dejaba de aborrecer los vicios: temía de los buenos su propio peligro, y de los ruines el deshonor de la república. Y así, por esta irresolución vino finalmente á término, que encomendó el gobierno de provincias á personas á quienes otros no hubieran dejado salir de Roma.

De los comicios y elecciones de cónsules que hubo en tiempo de este príncipe y después de él, apenas me atreveré á decir cosa con certidumbre: tal es la variedad que se halla, no sólo entre los autores, sino en sus oraciones mismas. Porque unas veces sin nombrar al pretendiente le iba describiendo y pintando su origen, su vida y los sueldos que había ganado, para que fuese menester adivinar quién era: otras, dejando también estas significaciones, rogaba á los candidatos en general que no quisiesen in-

quietar los comicios con inteligencias y negociaciones, ofreciendo de encargarse él de este cuidado. Y muchas veces declaraba no haber otros opositores que aquellos cuyos nombres él había dado á los cónsules, y que podían darlos también todos los que se asegurasen en sus méritos y favores: apariencia de buenas palabras, aunque en efecto vanas ó maliciosas; que cuanto se cubrían con mayor semejanza de libertad, tanto más habían de resultar en una grave y cruel servidumbre.

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Algunos movimientos en Oriente.—Vonón, rey de los Partos, es echado de su reino por Artabano: huye en Armenia, de adonde es hecho rey.—Es removido luego por Silano, presidente de Siria, medroso de las amenazas de Artabano.—Tiberio, so color de los movimientos de Oriente, arranca á Germánico de entre sus legiones, obedeciendo él, aunque no aprisa.—Antes de esto entra en Germania, y fabricada una armada de mil naves, costeando el Océano, llega al río Amisia.—Envía sobre los Angrivarios á Estertinio, que los saquea y degüella.—Luego, en dos famosas batallas, vence á los Queruscos y á su capitán Arminio.—Corre á la vuelta una borrasca tan furiosa en el Océano, que pierde cantidad de naves.—En Roma es acusado y en parte convencido de deseo de novedades, Libón Druso, el cual, no viendo en Tiberio señales de piedad para con él, se mata.—Marco Hortalo, nieto del orador Hortensio, propone en vano su extrema pobreza al príncipe.—Clemente, esclavo de Postumo Agripa, sabida la muerte de su señor, finge ser él y altera con esta voz á Roma, á donde tiene ocultos amigos y valedores; mas por diligencia de Salustio Crispo es preso sin ruido y traído á Roma.—Triunfa Germánico de muchas naciones de Germania.—Muere en Roma Archelao, rey de Capadocia, y su reino es hecho provincia.—Germánico va á Oriente con amplia y suprema potestad, y Gneo Pisón á Siria con ocultas órdenes, á lo que se cree, contra Germánico.—Druso va al Ilírico contra los Germanos, cuyas discordias ocasionan ocio y seguridad al pueblo romano.—Los Queruscos, con su capitán Arminio, en una poderosa y sangrienta batalla vencen al poderoso y viejo rey Maroboduo.—Perecen en Asia doce célebres ciudades con la furia de un terremoto.—Tacfarinas, comenzando la guerra á modo de ladronicio en África, es refrenado por Furio, procónsul.—Germánico en Armenia, quitando el reino á Vonón, introduce á Zenón con gusto de aquellos pueblos.—Druso fomenta las discordias en Germania.—Maroboduo es echado del reino por Catualda, á quien señala Tiberio la habitación de Frejus.—Rescuporide, rey de Tracia, preso por artificio de Pomponio Flaco, es llevado á Roma.—Germánico visita á Egipto.—Vuelto á Siria, se refuerza la enemistad entre él y Pisón, y

poco después muere en Antioquía, con general desconsuelo y no menor opinión de veneno por obra de Pisón, el cual, tentando el ocupar con armas la provincia, es rechazado por Sencio, uno de los amigos de Germánico, cuya memoria se solemniza en Roma con exquisitos honores.—Decrétase contra la impudicia de las mujeres.—Recíbese una virgen vestal.—Arminio muere en Germania por engaño.

Todo esto en espacio de cuatro años.

		CÓNSULES.
A. de Roma 769.	De J. C. 16	T. Estatilio Sisena Tauro. L. Escribonio Libón.
770	17	C. Cecilio Rufo. L. Pomponio Flaco Grocino.
771	18	Tiberio César Augusto, por la 3.ª vez. Germánico César, por la 2.ª vez.
772	19	M. Julio Silano. L. Norbano Flaco.

En el consulado de Sisena Estatilio Tauro y Lucio Libón hicieron movimiento los reinos orientales y las provincias sujetas al imperio romano. El principio vino de los Partos, los cuales, pedido y aceptado un rey de Roma, aunque del linaje de los Arsacidas, le despreciaron como á extranjero. Llamábase este rey Vonón, el cual fué dado en rehenes á Augusto por Fraates, su padre: porque si bien siendo este Fraates rey de los Partos había rechazado al ejército y capitanes romanos (1), no por esto dejó de reconocer á Augusto con toda reverencia y respeto (2), hasta enviarle, en confirmación de la amistad, parte de sus hijos, no tanto por temor que tuviese á los nuestros, como por no fiarse de los suyos.

Después de la muerte de Fraates y de algunos reyes que le sucedieron, por causa de las matanzas intestinas, vinieron á Roma embajadores de parte de los principales

---

(1) Alusión al descalabro y retirada de Antonio delante de los ejércitos de Fraates y al degüello de dos legiones al mando de Oppio Estaciano, en el año 718 de Roma.

(2) Como lo prueba el haber restituído á aquel emperador en 734 los estandartes cogidos á Craso y á Antonio.

de Partia, á pedir á Vonón, como al de más edad entre los hijos de Fraates. Tuvo esto César á muy gran gloria, y entregándosele cargado con ricos dones, fué recibido allá con alegría de aquellos bárbaros, como las más veces sucede en mudanzas de príncipes. Comenzaron poco después á avergonzarse, pareciéndoles que habían degenerado de verdaderos Partos, yendo á otro mundo á pedir rey, hecho ya y acostumbrado á los modos de vivir de sus enemigos. Dolíanse de que el trono real de los Arsacidas era ya reputado y distribuído como una de las provincias romanas. «¿Dónde está, decían ellos, la gloria de aquellos que mataron á Craso y de los que pusieron en huída á Antonio, si un esclavo de César, después de haber sufrido tantos años la servidumbre, viene ahora á imperar á los Partos?» Provocaba él también el disgusto universal con apartarse de los institutos y costumbres de sus predecesores, ir pocas veces á caza, no deleitarse con caballos, sino haciéndose llevar por la ciudad en litera, y aborreciendo las viandas y regocijos de su patria. Burlábanse también de que se acompañase de Griegos y de que tuviese cerrada y sellada con su sello (1) hasta la más vil de sus alhajas. Mas la facilidad en dar audiencias y la cortesía que usaba con todos, eran virtudes no conocidas por los Partos; y á causa de no haber sido usadas por sus mayores, las calificaban también por vicios; con que vinieron á aborrecer todas sus acciones buenas y malas.

Á cuya causa levantan á un Artabano (2) del linaje de los Arsacidas, que se crió entre los Dahos. Éste, roto en el primer reencuentro, reforzó después su campo y conquistó el reino. Deshecho Vonón, no halló otro mejor refu-

(1) Los Romanos acostumbraban poner su sello, no sólo en sus efectos más preciosos, sino hasta en las cosas de uso común, tales como el pan, el vino, la carne, etc.

(2) Fué el tercero de este nombre. Descendía de los Arsacidas por línea femenina, según se ve en el lib. VI, 42.

gio que en Armenia, la cual por entonces estaba sin rey y situada en medio de los Romanos y de los Partos, poderosos todos; á cuya causa no era seguro el fiarse de alguno de ellos. Añadida la burla que Antonio hizo á Artavasde (1), rey de Armenia, llamándole so color de amistad, y quitándole la vida, después de haberle tenido algún tiempo en cadenas. Cuyo hijo Artajias (2), ofendido gravemente y enojado contra nosotros por la memoria de su padre, había con las armas de los Arsacidas defendido su persona y su reino: Muerto después Artajías por engaño de sus más propincuos y parientes, hizo César á Tigranes, rey de Armenia, á donde fué llevado por Tiberio Nerón. Ni éste lo tuvo largo tiempo, como tampoco sus hijos, aunque compañeros, al uso bárbaro, igualmente en el matrimonio y en el reino. Fué después por orden de Augusto establecido en este reino Artavasde, y echado de él no sin estrago nuestro.

Envióse tras esto á componer las cosas á Cayo César, el cual, de consentimiento de los Armenios, les dió por rey á Ariobarzanes, de origen medo, estimado por la hermosura de aspecto y nobleza de ánimo. Muerto este desgraciadamente, no quisieron más rey de su linaje, antes probado el imperio de una mujer llamada Erato, y desposeída presto, inciertos y sueltos, antes sin señor que en libertad, reciben

(1) Antonio atribuyó la derrota de su legado Oppio á la inacción voluntaria de Artavasde, rey de Armenia, cerca del cual se había refugiado, y queriendo vengar aquel ultraje, metióse por las fronteras de ese reino, so pretexto de renovar la guerra contra los Partos, atrajo á su campamento de Nicópolis á Artavasde, y una vez le tuvo en su poder le hizo poner cadenas de plata y le llevó á Roma para que diese más importancia á su triunfo.

(2) Llamado á suceder en el trono de Armenia á su padre. Habiendo sido hecho prisionero por Antonio, fué lanzado de él y desposeído por el triunviro, quien repartió sus estados entre Polemón, rey del Ponto, y Artabaces, que lo era de los Medos. Artajias se aprovechó más adelante de la guerra entre Antonio y Octavio para reconquistar su reino, y habiendo vencido á Artabaces, volvió á ceñir la corona de Armenia.

en el reino al fugitivo Vonón. Mas en comenzando Artabano á usar de amenazas, y en viendo nosotros que para emprender la defensa de Vonón había de ser forzoso romper la guerra con los Partos, llamado por Cretico Silano, gobernador de Siria, fué guardado en honesta prisión, dejándole la pompa y nombre real. La forma en que procuró librarse de aquella afrenta diremos á su tiempo.

No le pesó á Tiberio de las inquietudes de Oriente por tener ocasión de apartar á Germánico de sus legiones domésticas, y enviarle á nuevas provincias, sujeto á los engaños y accidentes. Mas Germánico, cuanto era más ardiente para con él la afición de los soldados y más perversa la voluntad de su tío, tanto más deseoso de la victoria iba entre sí considerando el modo de pelear y lo que en tres años le había sucedido de próspero y adverso: imaginaba que se podían vencer los Germanos en batalla formada y en campaña abierta, donde, en contrario, sentían gran refugio con el abrigo de los bosques, con los pantanos, con el verano corto y el invierno anticipado. Conocía también que no eran los soldados tan ofendidos de las heridas que recibían, cuanto por ocasión de los largos viajes y peso de las armas. Consideraba á las Galias cansadas de ofrecer caballos, y que la larga jarcia del bagaje daba gran ocasión á las insidias enemigas, á más de la dificultad de defenderle. Veía en contrario que si llevaba sus gentes per mar, al punto se haría señor de ella, por ser poco frecuentada y menos sabida del enemigo: podíase comenzar la guerra más temprano, llevarse juntas las legiones y las vituallas, los caballos enteros y descansados, todo, hasta el corazón de Germania por aquellos brazos de mar y canales de ríos.

Resuelto, pues, en esto, envía á Publio Vitelio y á Cancio á recoger las rentas corridas en las Galias, encargando á Silio, Anteyo y Cecina la fábrica de la armada. Juzgóse que bastarían mil naves, y con brevedad se pusieron á punto; algunas cortas, con la proa y la popa estrechas y el

vientre ancho, para que más fácilmente rigiesen sobre las ondas; otras llanas de carena, por cuyo medio pudiesen encallar en la baja mar sin peligro. Pusiéronse á muchas timones de entrambas partes, para sin detenerse en dar la vuelta, poder zabordar en tierra por una punta ó por otra, sólo con volver prestamente los remos. Muchas se fabricaron en forma de pontones para conducir los instrumentos y máquinas de guerra, y juntamente servían de llevar caballos y vituallas, diestras de la vela y veloces del remo, aumentadas en el ornamento y en la fiereza por la prontitud y alegría de los soldados. Escogióse la isla de los Batavos (1) para hacer la masa de la armada, por tener el desembarcadero fácil, y ser muy cómoda para recibir y enviar la gente á la guerra. Porque el Rhin, corriendo con solo un brazo ó con el rodeo de pequeñas isletas, en tocando á las tierras de los Batavos se divide como en dos ríos, conservando el nombre y la violencia del curso el que hiende á la Germania, hasta que se mezcla con el Océano: mas el otro brazo, que corre bañando la ribera y límite de las Galias, discurriendo con mayor anchura y quietud y perdido su primer nombre, que se le dan los paisanos de *Vaal*, mudado luego también éste en el de Mosa, con anchísima boca desagua en el mismo mar.

El césar, pues, mientras se junta la armada, envía al legado Silio con gente suelta á correr las tierras de los Cattos; y él, habiendo entendido que el castillo puesto sobre el río Lupia estaba cercado, fué él mismo allá con seis legiones. Silio, respecto á las improvisas lluvias, no pudo hacer más que una pequeña presa, tomar en prisión á la mujer y á una hija de Arpi, príncipe de los Cattos. Ni el césar pudo pelear con los que sitiaban el fuerte, por retirarse ellos á la fama de su venida, habiendo antes deshecho el túmulo levantado poco antes á las legiones de Varo y el viejo

(1) Hoy Holanda.

altar edificado á Druso. Reedificó el altar, y en honra de su padre, acompañado de todas las legiones, corrió alrededor de él. No le pareció tocar más al túmulo; sólo fortificó con nuevos reparos y calzadas todo el espacio contenido entre el castillo, el Alisón y el Rhin.

En llegando la armada, enviadas delante las vituallas, y repartidos los navíos entre legiones y confederados, entró en el canal ó fosa llamada Drusiana (1), á donde hizo oración á su padre, diciendo «que no le tuviese á soberbia el atreverse á emprender lo que él había emprendido, antes bien le ayudase con la memoria de sus empresas y ejemplo de sus consejos. De allí, atravesando por los lagos y por el Océano, llegó con feliz navegación al río Amasis, donde dejó la armada en su ribera siniestra, que fué gran yerro no pasarla á la otra parte, á causa de ser necesario después detenerse mucho en hacer puentes en que pasar la gente al país de la parte diestra del río. Pasó la gente de á caballo y el golpe de las legiones sin temor los primeros brazos de mar, no habiendo aún crecido las ondas; mas de la última tropa de los auxiliarios y Batavos se ahogaron algunos, mientras pensaban burlarse de las aguas y mostrar su destreza en el nadar. Al plantar su campo el césar, fué avisado de que se le habían rebelado á las espaldas los Angrivarios. Y así, enviando luego á Estertinio con golpe de caballería é infantes sueltos, castigó á fuego y á sangre su perfidia.

Corría entre los Romanos y les Queruscos el río Visurgo, en cuya margen se presentó Arminio con otros principales, el cual, preguntando si había venido ya el césar, y respondiéndole que sí, pidió que le dejasen hablar con su hermano. Tenía Arminio un hermano en el ejército, llamado Flavio, de señalada fidelidad para con los Romanos, en

(1) Por haberla mandado construir Druso. Según d'Anville, en el canal llamado hoy día el Nuevo Issel.

cuyo servicio había perdido un ojo militando debajo de Tiberio pocos años antes. Concedióselo, y llegado Flavio á la orilla, fué saludado de Arminio, el cual, haciendo retirar á los que tenía consigo, pidió también que se apartasen los arqueros puestos en nuestra ribera. Apartados, interrogó á su hermano qué era la causa de aquella fealdad que tenía en el rostro, y dádole cuenta Flavio del lugar y de la pelea donde recibió aquel golpe, le pregunta otra vez Arminio qué recompensa había tenido por ello. Contóle Flavio el aumento de sueldo, mostróle el collar, la corona y otros dones militares; riéndose Arminio y menospreciando la vileza del premio de su servidumbre.

Comenzaron después á discurrir, uno de la grandeza de los Romanos, de las riquezas de César, del castigo que daban á los vencidos, de la grande clemencia que usaban con quien se les rendía voluntariamente, y que hasta la mujer y el hijo del propio Arminio no eran tratados como enemigos. El otro alegaba lo mucho que se debe á la patria, su antigua libertad y los dioses internos de Germania, su madre, compañera en los ruegos, exhortándole finalmente á que quisiese antes mandar y conducir á sus parientes y aliados como capitán, que desampararlos y perseguirlos como traidor. Con esto, pasando poco á poco hasta decirse injurias, ni aun el río que tenían en medio bastara á refrenarlos, si, acudiendo allá Estertinio, no hubiera detenido á Flavio, que lleno de ira y de enojo, pedía las armas y el caballo. Veíase en la otra ribera Arminio amenazando y denunciando la guerra, y entendíase lo que hablaba por mezclar muchas palabras latinas, como aquel que había militado ya en otro tiempo en el campo romano en calidad de capitán de su ciudad.

El día siguiente presentaron los Germanos la batalla de allá del Visurgo. Mas no pareciéndole al césar cosa de buen capitán aventurar las legiones sin hacer primero puentes y guarnecerlos bastantemente, hizo pasar por el vado la ca-

ballería, á cargo de Estertinio y Emilio, uno de los primipilares (1). Estos, pues, se separaron, vadeando el río por diversas partes, para separar también al enemigo. Cariovalda, capitán de los Batavos, pasó por donde el río se mostraba más rápido; al cual los Queruscos, fingiendo retirarse, le llevaron hasta un llano rodeado de bosques. De allí saliendo juntos y esparciéndose por todo, cierran con quien les resiste, aprietan á los que se retiran, y en juntándose y apiñándose todos, los atropellan y rompen á los unos de cerca con las armas, y á los otros de lejos con el temor. Cariovalda, después de haber largo espacio sostenido el ímpetu enemigo, exhortando á los suyos á que se apretasen entre sí para abrir las tropas que cerraban, arremetiendo él á la más espesa, y matándole antes el caballo, murió atravesado de flechas y de dardos, y con él muchos nobles. Los demás, con su propio valor, y socorridos por los caballos de Estertinio y Emilio, se libraron del peligro.

El césar, pasado el Visurgo, tuvo noticia por un fugitivo del lugar que había escogido Arminio para la batalla, y cómo en la selva consagrada á Hércules se habían recogido otras naciones con ánimo de acometer aquella noche los alojamientos. Dióse crédito á este hombre, y veíanse ya de lejos los fuegos encendidos; por cuyo medio, acercándose un poco más los corredores romanos, volvieron con aviso de haber oído grandes relinchos de caballos y el murmurio de una confusa y desordenada muchedumbre de gente. Con esto, Germánico, viéndose cercano á haber de tratar de la suma de las cosas, y pareciéndole acertado tentar el

(1) Dábase este nombre al centurión de la primera centuria de la primera cohorte de la legión. Era el encargado de la custodia del águila de la misma. Rich, en su Diccionario de ant. rom. y griegas, dice que era un título que conservaba como una distinción honorífica, aun después de haber recibido su licencia, el oficial que había tenido el grado de primer centurión del primer manípulo de los triarios.

ánimo de los soldados, pensaba en sí el mejor medio para poderlo hacer con verdad y entereza. Sabía bien que los tribunos y centuriones tienen por costumbre decir las cosas, más como saben que han de agradar que como ellos las entienden. Conocía que los libertinos conservan siempre aquel ánimo servil, y que entre los amigos de los príncipes suele reinar de ordinario la adulación. Si hacía parlamento en general á todos, allí también sucedía gritar á bulto muchos lo que comenzaban á decir pocos. Resolvióse al fin, para tener conocido el ánimo de su gente, en procurar oir él mismo lo que los soldados decían á sus camaradas, entre las viandas militares, cuando más seguros estuviesen de que no eran oídos, profiriendo sin respetos su esperanza ó su temor.

Venida la noche, sale por la puerta augural (1), y camina por lugares encubiertos y no practicados de las rondas en compañía de uno solo, y disfrazado con el pellejo de una fiera sobre las espaldas, discurre por los cuarteles, arrimando el oído á las tiendas y ranchos de los soldados y gozando de las pláticas que se hacían de él. Unos le alababan de capitán nobilísimo; otros de gracia y gentileza; muchos engrandecían su paciencia, su cortesía y su valor siempre uno y de una manera, tanto en las cosas de gusto como en las graves, confesando que era general obligación darle las gracias de todo, y corresponderle peleando, y juntamente sacrificando á la gloria y á la venganza á aquellos pérfidos violadores de la paz. Estando en esto, uno de los enemigos que sabía la lengua latina, llegándose con su caballo á los reparos, comenzó á dar voces, prometiendo de parte de Arminio mujeres, campos y dos ducados y medio (cien sextercios) de paga cada día á los que se pasen á su servi-

(1) Dábase el nombre de augural al sitio que estaba á la derecha de la tienda del general (pretorio), donde se consultaban los augurios y se alimentaban las gallinas sagradas.

cio todo lo que durase la guerra. Encendió grandemente esta afrenta la ira de las legiones. «Venga el día, decían, dese la batalla, y verán si saben los soldados tomar los campos de los Germanos y quitarles las mujeres, aceptando el buen agüero con que ellos mismos destinaban á la presa sus matrimonios y sus dineros.» Cerca de la tercia guardia hicieron tocar arma en nuestro campo, sin arrimarse á tiro de dardo, por ver coronadas de gente las trincheras y que se estaba alerta.

Pasó aquella noche Germánico con dulce reposo: parecióle entre sueños que sacrificaba, y que viéndose con la vestidura llamada pretexta rociada de aquella sacra sangre, su abuela Augusta le vestía con sus manos otra mucho más hermosa. Con este segundo agüero, y viendo su empresa aprobada por los auspicios, convocado el parlamento, da cuenta de las provisiones hechas con prudencia y á propósito para la cercana batalla, diciendo «que no sólo era la campaña cómoda á los soldados romanos para pelear, mas que sabiéndose gobernar, lo eran también las selvas y los bosques; porque los escudos desmesurados de los bárbaros y las largas picas no eran de servicio ni se podían manejar entre aquellos troncos de árboles y entre aquella espesura de ramas, con la facilidad que sus dardos y sus espadas (1); á que ayudaban sus armas defensivas, cómodas y apretadas con el cuerpo: que lo que convenía era menudear los golpes, encaminando las puntas al rostro del enemigo; visto

(1) El *pilum* era un arma peculiar de la infantería romana sumamente temible, puesto que, á la vez que arrojadiza, servía como la pica, para cargar al enemigo en ocasiones dadas, y aunque era más corta que la lanza, pues tenía á lo más cuatro codos y medio, ó sea siete pies escasos de largo, estaba armada de un hierro más fuerte y más ancho y de unos tres pies de longitud. En cuanto á la espada romana, no tenía más que unas veinte pulgadas de largo, pero era muy pesada, de dos filos, y de tan buen temple, que se podía con ella romper un escudo ó hacer pedazos una puerta.

que los Germanos no usaban celadas, ni corazas, ni paveses reforzados de nervios ó de hierro, sino algunos de mimbres tejidos, y otros de tablas delgadas y pintadas de colores: que iban bien ó mal armados de picas los de las primeras hileras, pero los otros, cuando mucho, de palos tostados y de otras armas cortas. Sus cuerpos, así como fieros en el aspecto, y por ventura poderosos para sostener algún breve asalto, asimismo eran impacientes de las heridas: poco cuidadosos de honra, desobedientes á sus capitanes; que en antojándoseles huían y desamparaban el campo, y no menos medrosos en las adversidades que insolentes en los sucesos prósperos, y menospreciadores de los hombres y de los dioses. Si deseáis, decía, poner fin al enfado de tan largos viajes y á las descomodidades de la mar, el remedio es vencer esta batalla. Más cercanos estáis ya del Albis que del Rhin; y sin duda acabaremos la guerra, si á mí, que sigo las pisadas de mi padre y de mi tío, me hacéis victorioso en estas mismas tierras». A la oración del general, seguido el aplauso y el ardor de los soldados, se dió la señal de la batalla.

No se descuidaban Arminio y los demás príncipes germanos de exhortar cada uno á los suyos, diciendo «que eran aquéllos las reliquias de aquellos Romanos fugacísimos del ejército de Varo, que por no sufrir la guerra habían movido una sedición; parte de los cuales, cargados de heridas, ofrecían de nuevo las espaldas, y parte los miembros quebrantados de las ondas y borrascas del mar á los enemigos enojados y á los dioses contrarios, sin alguna esperanza de salud: que no se habían valido de la armada y del viaje inusitado del Océano, sino por no ser acometidos en el camino, ni seguidos después de rotos. Lleguemos una vez á las manos, que en vano apelarán los vencidos para el favor de los vientos y ayuda de los remos. Acordaos de la avaricia, crueldad y soberbia de los Romanos, y que para acabar con ellos no os queda ya otro remedio que conser-

var la libertad ó morir por lo menos antes de la servidumbre».

Animados con esto, y pidiendo la batalla, los lleva á un campo llamado Idistaviso (1), puesto entre el río Visurgo y las montañas, de espacio desigual, según que la ribera da lugar á las corrientes de las aguas, ó lo resisten las alturas de los montes. Había á las espaldas un bosque alto, aunque con el suelo limpio entre los troncos de los árboles. La ordenanza bárbara ocupó la campaña y la entrada del bosque; sólo los Queruscos se pusieron en lo alto de los montes, con intento de herir en los Romanos trabada que fuese la pelea. Caminaba de esta manera nuestro ejército: en la frente los auxiliarios galos y germanos; tras ellos los arqueros á pie; después cuatro legiones con la persona del César, dos cohortes de pretorianos y la caballería escogida; seguían las otras cuatros legiones y los armados á la ligera, con los arqueros á caballo y las demás cohortes de confederados. Estando, pues, todos los soldados atentos á conservar su ordenanza y aparejados á menear las manos; Germánico, viendo las escuadras de Queruscos, que por fiereza de ánimo se habían anticipado á pelear, ¡venir cerrando su caballería escogida, envió á Estertinio con el resto de sus tropas y orden de procurar cogerlos en medio y embestirlos por las espaldas, ofreciendo socorrerle en la ocasión. En esto, reparando Germánico en un hermosísimo agüero, es á saber, ocho águilas que entraban en el bosque, comenzó á gritar á los soldados, diciendo «que siguiesen las aves romanas, deidad particular de las legiones». Cierra en esto las infantería por frente, y los caballos enviados primero comienzan á cargar por los costados y por las es-

(1) Los intérpretes andan discordes acerca del sitio que debió ocupar este campo de batalla, que, sin embargo, debía ser en la orilla derecha del Veser. Broher le coloca cerca de Hamein, no lejos del lugar donde el mariscal d'Estrées alcanzó en 1752 la victoria de Hastembeck.

paldas: entonces, cosa maravillosa, dos escuadrones enemigos, es á saber, los que ocupaban los lugares descubiertos del bosque y los que tenían su ordenanza en la campaña abierta, huyendo al contrario los unos de los otros, procuraban éstos salvarse en la espesura, y aquéllos en la aspereza de los montes. Los Queruscos, cogidos en medio, eran arrojados del monte abajo; entre los cuales el famoso Arminio, con la mano, con las voces y con los golpes que daba, sostenía la batalla, y cerrando con los arqueros, rompiendo por ellos, hubiera escapado por allí, si las cohortes de Retios, Vindelicos y Galos no se le hubieran opuesto con sus banderas. Todavía con su fuerza y con el ímpetu del caballo, manchándose el rostro con su propia sangre por no ser conocido, se salvó. Quieren algunos que, conocido por los Caucios, que militaban entre las ayudas romanas, fué dejado pasar. El valor ó el mismo fraude dió ni más ni menos escape á Inguiomaro: los demás, degollados por todas partes, y muchos procurando pasar el Visurgo, perecieron ó de la violencia del río ó de las armas arrojadizas, y, finalmente, del peso de los que caían en él por ocasión de la dificultad y altura de sus orillas. Algunos con vergonzosa huída, trepando hasta las cumbres de los árboles y escondiéndose entre las ramas, sirvieron de blanco y regocijo á los arqueros: á otros mataron cortando los árboles por el pie.

Fué grande esta victoria, y sin sangre nuestra, habiendo durado la matanza desde la quinta hora del día hasta la noche, hinchiéndose los campos por espacio de tres leguas de cuerpos muertos y de armas. Halláronse entre los despojos las cadenas que traían para atar á los Romanos, como seguros de la victoria. Los soldados en el lugar de la batalla saludaron á Tiberio, emperador, y levantando un bastión, pusieron encima las armas enemigas á modo de trofeo, con una larga inscripción de los nombres de las naciones vencidas.

No provocarón tanto la ira y el dolor de los Germanos las heridas, el llanto y la destrucción como los movió la afrenta de este espectáculo; tal, que los que no trataban ya sino de desamparar sus propias tierras y retirarse de allá del Albis, piden de nuevo la batalla: arrebatan las armas, y juntos nobles y plebeyos, viejos y mozos, inquietan y acometen de improviso el campo romano. Escogen, finalmente, un puesto cerrado entre el río y los bosques, dentro del cual había una llanura estrecha y pantanosa. Todo este puesto estaba rodeado de una profunda laguna, salvo un breve espacio donde los Angrivarios habían levantado un trincherón ó calzada muy ancha, por término y mojón entre sus tierras y las de los Queruscos. Aquí alojaron su gente de á pie, escondiendo su caballería en los vecinos bosques consagrados, para embestir la retaguardia de las legiones en viéndolas entrar por la espesura de las selvas.

No ignoraba estos designios Germánico, advertido de los consejos del enemigo y de sus acciones públicas y secretas, de todo lo cual se servía para emplearlo en daño de sus contrarios. Dió el cargo de los caballos y el llano á Seyo Tuberón, legado, y ordenó de suerte la infantería que una parte entrase por la llanura en el bosque, y la otra acometiese el trincherón ó calzada; escogió para sí el puesto más peligroso, dejando los demás á los legados. Los que iban por la campaña pasaron adelante fácilmente, mas los que habían de ganar el trincherón, arrimándose á él, como si se arrimaran al pie de una muralla, eran de arriba gravemente ofendidos. Conoció luego el general la desigualdad que había en pelear los suyos de tan cerca, y haciendo retirar un poco las legiones, ordenó que los honderos y tiradores de otras armas arrojadizas quitasen al enemigo de la defensa. Tirábanse armas enastadas con las máquinas, y cuanto más altos se descubrían los defensores, tanto más eran heridos y derribados. Fué el primero el César, que con las cohortes pretorias se apoderó del trincherón, y cerrando

con el bosque, se vino á las manos á media èspada, tal que, teniendo el enemigo cerradas las espaldas con el estaño ó lago y los Romanos con el río y los montes, daba á todos el sitio necesidad, la virtud esperanza, y sólo la victoria salud.

No eran los Germanos inferiores en el valor, aunque sí en las armas y en el modo de pelear; porque aquella gran muchedumbre no podía en los lugares estrechos manejar las largas picas, ni valerse de la destreza ó velocidad de la persona, constreñida á menear las manos á pie firme. En contrario, los nuestros, con el escudo al pecho y la espada empuñada, herían aquellos cuerpos grandes y desnudos rostros, abriéndose camino con estrago del enemigo, habiendo ya perdido el ánimo Arminio, ó por los continuos peligros, ó por aquel nuevo trabajo. Donde Inguiomaro, discurriendo por la batalla y hallándose en todo, vino á quedar antes desamparado de la fortuna que del valor. Germánico, quitándose la celada para ser mejor conocido, exhortaba á los suyos «á que no perdonasen la vida á enemigo alguno, que no era tiempo de hacer prisioneros, pues sólo con el fin y entera destrucción de aquella gente se podía fenecer la guerra». Hecha partir hacia la tarde una legión á preparar el alojamiento, las otras hasta la noche se hartaron de sangre enemiga, habiendo la caballería peleado sin ventaja.

El césar, loados en el parlamento los vencedores, hizo levantar un trofeo de armas con este soberbio título:

EL EJÉRCITO DE TIBERIO CÉSAR, SOJUZGADAS LAS NACIONES
ENTRE EL RHIN Y EL ALBIS, CONSAGRA ESTA MEMORIA
Á MARTE, Á JÚPITER Y Á AUGUSTO.

No añadió otra cosa de su persona, ó por huir la envidia, ó porque le pareció que es bastante paga de cualquiera acción, por noble y generosa que sea, la satisfacción de nuestra propia conciencia. Ordenó después á Estertinio que mo-

viese la guerra contra los Angrivarios, si no se entregaban luego; mas ellos, rindiéndose á discreción, alcanzaron perdón de todo.

Estando ya muy adelante el verano, se envió por tierra á los acostumbrados invernaderos una parte de las legiones; la otra mayor por el río Amisia condujo el césar al Océano. Rompían al principio el mar quieto y apacible los remos y las velas de mil naves, cuando saliendo de un globo negro de nubes un pedrisquero con tempestad arrebatada, comenzaron las olas á levantarse tan altas, que del todo impidieron á los pilotos el tino y el modo de gobernar, y los soldados, medrosos y no acostumbrados á los peligros y faenas de la mar, mientras embarazan á los marineros ó fuera de tiempo los ayudan, impiden el necesario ejercicio de los prácticos. Resuélvese después todo aquel cielo y mar turbado en un viento soberbio de mediodía, el cual, reforzado por innumerables nubes, arrojadas de las montuosas regiones y profundos ríos de Germania, y hecho más violento por la frialdad del vecino septentrión, arrebata las naves arrojándolas en lo más descubierto del Océano ó en islas rodeadas de escollos ó peligrosas por la incertidumbre del fondo. Escapados algún tanto y con gran dificultad los navíos de estos lugares peligrosos por haberse mudado la corriente que los llevaba á merced de los vientos, cayeron en otro mayor, no pudiendo echar las áncoras, ni agotar el agua que entraba dentro de los bajeles, para alivio de los cuales comienzan á arrojarse caballos, bestias de carga, bagaje y hasta las mismas armas, deseando, con librarse de aquel peso, evitar la entrada de las ondas y vaciar las que ya habían entrado por los costados.

Cuanto es más tempestuoso que los otros mares el Océano y el cielo de la Germania más riguroso y áspero, tanto fué mayor y más nuevo aquel estrago, en medio de las riberas enemigas y del mar tan extendido y profundo, que no sin causa se cree ser el último de todos, y que después de él

no hay tierra alguna. Fueron sorbidas parte de las naves, las más arrojadas á islas apartadísimas y tan deshabitadas y sin género de sustento, que los soldados que no tuvieron estómagos para sustentarse de los caballos muertos arroja dos á la costa por el furor de las ondas, murieron de hambre. La galera capitana sola con Germánico surgió en los Caucios; el cual, días y noches, por todos aquellos escollos y promontorios, llamándose merecedor de aquel trabajo, apenas pudieron defenderle sus amigos que no se arrojase en el mismo mar. Finalmente, cesando la fortuna y volviéndose el viento favorable, vuelven las galeras casi sin remos, las naves con capas y otras vestiduras cosidas en lugar de velas, y las que de una manera ni de otra podían hacer camino eran remolcadas por las menos rotas. Las cuales, remendadas brevemente lo mejor que se pudo, se enviaron luego en busca de las islas, y con esta diligencia se recuperaron muchos soldados. Muchos también fueron enviados por los Angrivarios, venidos de nuevo á la obediencia romana, rescatando los lugares la tierra adentro. Otros, transportados á Inglaterra alcanzaron libertad por obra de aquellos reyezuelos. Contaba cada cual cuanto venía de más lejos mayores maravillas; encarecían la violencia grande de la tempestad; pintaban aves de quien jamás se tuvo noticia, monstruos marinos, formas diversas de animales y de hombres, cosas ó vistas por los ojos ó imaginadas por el miedo.

La fama de haberse perdido la armada, así como incitó á los Germanos á nuevos deseos de guerra, asimismo despertó á Germánico el de procurarlos refrenar. Y habiendo enviado á daño de los Cattos á Cayo Silio con treinta mil infantes y tres mil caballos, él con la mayor fuerza va sobre los Marsos, cuya cabeza, Malovendo, poco antes recibido en devoción, avisó del lugar donde estaba enterrada el águila de la legión de Varo, advirtiendo que la guardaba poca gente. A cuya causa enviada luego la que bastó para

provocar por frente al enemigo, y otras escuadras que entre tanto cavasen la tierra á las espaldas, á todos sucedió prósperamente. Pasa con esto Germánico tanto más animosamente adelante; saquea el país; sigue á los enemigos que no se atreven á hacerle rostro, y rompe á los que se le hacen, jamás con el espanto y terror que entonces, como se supo por relación de prisioneros, á cuya causa «publican á los Romanos por invencibles y por ningún accidente superables, pues que perdida la flota y las armas, después de haber cubierto la playa de hombres y de caballos muertos, los acometían con la misma fuerza y con el mismo ánimo que si hubieran crecido de número».

Redujo después los soldados á sus invernaderos, alegres de haber con esta próspera facción recompensado los trabajos de la mar: añadióseles el gusto con la gran liberalidad del césar, que pagó á cada uno los daños que constó haber recibido. Nadie pone duda en que los enemigos estaban suspensos y con intento de pedir la paz, ni de que el verano siguiente se hubiera podido acabar la guerra; más Tiberio con continuas cartas lo llamaba para recibir el triunfo que se le había decretado, diciendo «que ya había trabajado harto; que había tentado la fortuna bastantemente, dado y ganado grandes y felices batallas; mas que era justo acordarse también de los crueles daños que, aunque sin culpa suya, habían causado la mar y el viento: que él había sido enviado nueve veces á Germania por Augusto, obrando más con el consejo que con la fuerza, rindiéndosele por este medio los Sicambros y los Suevos, obligando á la paz al rey Maroboduo, y que estando, como estaba ya, harto vengada la sangre romana, no había peligro en dejar á los Queruscos y á las demás naciones rebeldes en poder de sus discordias intestinas». Y pidiéndole Germánico un año de tiempo para fenecer aquellas empresas, tentó más apretadamente su modestia ofreciéndole el segundo consulado, para cuya administración era necesaria su presencia; aña-

diendo juntamente que, si todavía quedaba algún rastro de guerra, dejase aquella ocasión á Druso, el cual, no habiendo enemigos en otra parte, no podía ganar nombre de emperador ni láurea sino en Germania. No se detuvo más Germánico, si bien conocía ser todo fingido por envidia y por apartarle del ya ganado esplendor.

En este tiempo fué acusado de tentar cosas nuevas contra el estado Libón Druso, de la familia Scribonia. Contaré distintamente el principio, el orden y el fin de este suceso; habiendo sido hallado entonces lo que después por tantos años afligió y consumió la república. Firmio Cato, senador, amigo íntimo de Libón, tuvo maña de persuadir al mozo incauto y vano el dar oídos á caldeos, á magos y á intérpretes de sueños; y representándole que Pompeyo fué su bisabuelo, Scribonia su tía de parte de padre, mujer que fué de Augusto, los césares sus primos, su casa llena de insignias de nobleza, le exhortaba á vivir viciosamente, tomar dineros prestados, haciéndosele compañero en los deleites y en las demás cosas secretas por convencerle mejor con los indicios.

Cuando le pareció tener suficientes testigos y esclavos que pudiesen testificar lo mismo, pide audiencia al príncipe, dando cuenta del delito y del delincuente por vía de Flaco Vesculario, caballero romano, gran privado de Tiberio, el cual, aunque no menospreció él aviso, no quiso verse con el acusador, diciendo: «que por medio del mismo Flaco se le podía dar entera noticia de todo.» Hace en tanto pretor á Libón; convídale á su mesa sin mudar de rostro ni alterarse de palabras, tanto sabía tener escondido su enojo; y pudiendo atajar los intentos de Libón, quería antes saber lo que hacía y decía, hasta que un cierto Junio, persuadido á que con enredos y conjuros hiciese comparecer sombras infernales, lo refirió á Fulcinio Trión. Era entre los acusadores muy celebrado el ingenio de Trión, como de hombre que se holgaba de tener ruin fama. Pone luego la

acusación al reo, va á los cónsules y requiere que el senado vea la causa. Convócanse con esto los senadores (1), añadiendo que se había de tratar de una cosa grande y atroz.

Libón, en tanto, mudado de vestidos, acompañado de muchas mujeres nobles, va á casa de los senadores, encomendándose á sus parientes y rogándoles que en aquel peligro hablen por él; excusándose todos con varios pretextos, por hallarse preocupados del mismo temor. El día del senado, cansado Libón ó combatido del cuidado ó del miedo, como algunos han dicho, fingiéndose enfermo (2)

(1) En los tiempos de la república, dice Dureau de la Malle, no había nada irrevocablemente establecido acerca de las asambleas del senado, siendo Augusto el que primero ordenó que se celebrasen en las calendas é idus de cada mes. Tenían obligación de asistir á ellas todos los senadores, y á fin de quitarles todo pretexto para excusarse de ello, procuró que en los días de reunión no tuviesen ningún otro negocio que pudiese distraerles, ningún juicio que pudiese ocuparles. A los que dejaban de asistir sin justa causa se les imponía una multa, que Augusto aumentó, y como en semejantes casos el ser muchos los culpables hace que quede impune la falta, estableció que cuando el número de éstos fuese muy crecido, se echasen suertes entre ellos multando á uno por cada cinco.

Además de esas asambleas fijas y regulares, que se llamaban *senatus legitimus*, las había extraordinarias, como en el caso de que habla el autor, y á las cuales se daba el nombre de *senatus indictus*.

Necesitábase el concurso de 400 senadores para que los senatus consultos tuviesen fuerza de ley. Augusto estableció, sin embargo, que fuesen válidos aun cuando no llegasen los asistentes á dicha cifra, y hasta fijó una como especie de tarifa, señalando el número de senadores que se necesitaba para cada clase de negocios. No por dejar de concurrir los senadores necesarios se dejaban de tomar resoluciones, sólo que en este caso se las llamaba *senatus auctoritas*, y no *senatus consulto*. Lo mismo se practicaba cuando había oposición de parte de algún tribuno que impidiese la redacción del *senatus consulto*, ó cuando el senado era convocado precipitadamente.

(2) Según Dión, LVII, 15, Libón había estado realmente enfermo, y Tiberio no quiso citarle á juicio hasta que estuviese bien. Séneca habla de él en su libro de *Clemencia*, y en la *Epis-*

se hizo llevar en litera á la puerta de palacio, y sostenido de su hermano, extendiendo las manos y suplicando con humildes palabras á Tiberio, fué recibido con rostro inmóvil y severo. Recitó César la acusación y los autores de tal suerte, que no se echaba de ver si quería aligerar ó agravar los delitos.

Habíanse añadido por acusadores á más de Trión y Cato, Fonteyo, Agripa y Cayo Vivio, y debatiendo entre ellos sobre quién había de tomar á su cargo el orar primero contra el reo, viendo Vivio que no se concertaba, y que Libón había entrado sin abogado, prometiendo de referir sus delitos uno á uno, declaró desatinados cargos: es á saber, que Libón había consultado sobre si tendría jamás tanto dinero que bastase á cubrir la vía Apia hasta Brindis (1), y otras semejantes locuras y vanidades que, consideradas más mansamente, eran dignas de compasión. Fundábase el acusador en una escritura de mano de Libón, con ciertas notas de ocultos caracteres, que al parecer denotaban alguna gran crueldad, añadidos los nombres de César (2) y de los senadores. Llegado el reo, fué resuelto de examinar con tortura á sus esclavos. Y porque por antiguo decreto del senado había sido prohibido el examen de los tales cuando se tratase de la vida de su señor, Tiberio, sagaz é inventor de nuevas leyes (3), mandó que se vendiesen todos á un procurador de las rentas públicas, por poder, sin contravenir al decreto, proceder contra Libón por vía de sus esclavos. Visto esto por el reo, pidió de tiempo todo el día

---

tola 70, en que refiere su muerte, le llama *juvenem tam stultum quam nobilem.*

(1) Esto es, dice Louantre, en una extensión de trescientos sesenta mil pasos.

(2) El original latino dice *Cæsarum*, de los césares, esto es, de Tiberio, Druso y Germánico.

(3) Según Dión, LV, 5, fué Augusto quien, en 746, inventó esta manera de eludir la ley.

siguiente, y vuelto á su casa con Publio Quirino, su pariente, envió al príncipe los últimos ruegos, sacando por respuesta que acudiese al senado. Estaba entretanto rodeada la casa de Libón de soldados, los cuales hasta en el patio hacían rumor para ser oídos y vistos; cuando Libón, cenando, atormentado de las viandas mismas aparejadas para su postrer sustento, llama á quien le mate, pone el cuchillo en las manos de sus criados ofreciendo el pecho á los golpes, y mientras ellos, medrosos, huyen, dan con las mesas y con las luces en el suelo. Él, en aquella funesta obscuridad, con dos heridas en las entrañas, se mata. Corrieron los libertos, sentido el gemido y la caída, y los soldados, en viendo que había expirado, se fueron de allí y le dejaron. Sin embargo, se siguió la causa en el senado tan criminalmente como antes, jurando Tiberio que hubiera pedido en gracia su vida, aunque pareciera culpado, si no le previniera con muerte voluntaria.

Su hacienda se repartió entre los que le acusaron, y á los que eran senadores se les dió la pretura supernumeraria. Propuso entonces Cotta Mesalino (1) que en las exequias de los descendientes de Libón no se pudiese llevar su imagen. Gneo Lentulo fué de parecer que ninguno de los Scribonianos pudiese tomar el sobrenombre de Druso, y por consejo de Pomponio Flaco fueron ordenados ciertos días en que se hubiesen de hacer procesiones generales. Lucio Pisón, Galo Asinio, Papio Mutilo y Lucio Apronio votaron que se llevasen dones á Júpiter, á Marte y á la Concordia, y que el día de los trece de Septiembre, en que se mató Libón, fuese solemnizado como fiesta. He querido notar aquí las autoridades y adulaciones de estos personajes, para que se sepa que era esto ya mal viejo de la república. Hiciéronse

(1) Este hombre odioso, de quien se habla en otros varios pasajes de los Anales, era hijo del famoso orador M. Valerio Mesala Corvino.

otros decretos en el senado, sobre el expeler de Italia á los astrólogos (1) y magos, entre los cuales Lucio Pituanio fué despeñado de la roca Tarpeya. Los cónsules, conforme al uso antiguo, hicieron justicia á son de trompetas de Publio Marcio, fuera de la puerta Esquilina (2).

En el siguiente senado, Quinto Haterio, que había sido cónsul, y Octavio Frontón, que acababa de ser pretor, habiendo dicho varias cosas contra las grandes pompas y excesiva suntuosidad de Roma, se decretó que no se pudiese usar de vajilla de oro macizo para servir las viandas, ni los hombres osasen vestirse de seda de la India (3); mas Frontón pasó más adelante: que se moderase la plata, los vestidos y la abundancia de criados. Duraba todavía el poder los senadores decir su parecer cuando era servicio de la república, aunque fuese saliendo de lo que se había propuesto. En contrario discurrió Galo Asinio, diciendo: «que habían crecido con el aumento del imperio las riquezas particulares, y que el tenerlas no era cosa nueva, sino con-

---

(1) Ya en 614 el pretor Domicio Hespelo había expulsado á los astrólogos de Roma y de Italia. En tiempo del imperio se renovaron varias veces los edictos contra los que se dedicaban á las ciencias ocultas, sin que se lograse jamás extirparlos. Su número fué, por el contrario, en aumento en los últimos tiempos de Roma, pudiendo decirse que crecían en ella la superstición y la fe en aquellos embaucadores á la par que se debilitaban las creencias.

(2) Los reos eran descabezados de un hachazo, y sus cadáveres arrojados á los pozos. La publicación de las sentencias se hacía á son de trompetas en los sitios más públicos de la ciudad y delante de la casa del culpable; costumbre que se conservó durante toda la Edad Media, y que en algunos pueblos ha llegado hasta nuestros días.

(3) «Esta suerte de seda, á la que Tácito llama *serica*, dice el T. E., quiere Lipsio que se críe en la India en ciertos árboles no diferentes de nuestros sauces.» Es lo cierto que los intérpretes andan muy discordes acerca del sentido de la palabra *serica*. Unos pretenden que sea algodón, otros la lana de que se hace el casimir, si bien la opinión más común es la de que se trata de una tela de seda.

forme á las antiguas costumbres. Que habían sido de una manera las riquezas de los Fabricios y de otra las de los Scipiones, aunque todas proporcionadas á la república, la cual, mientras fué pobre, era necesario que lo fuesen también los ciudadanos. Mas llegada después á tanta grandeza, consecuentemente habían crecido las haciendas particulares; que ni de criados, de plata, ni de otra cosa de las que se ponen en uso, puede decirse que es mucho ó que es poco, pues todo se regula con la fortuna del que lo posee; que á esta causa se distinguían las rentas de los senadores y de los caballeros (1), no porque entre sí sean diversos de naturaleza, mas porque haya precedencia en los lugares, en los órdenes y en la dignidad; y ni más ni menos en las demás cosas que se aparejan por recreación del ánimo ó por la salud del cuerpo; si ya no queremos que los más ilustres y aparentes hayan de tener todo el cuidado, y exponerse á mayores peligros y estar privados de aquellas cosas que facilitan y ablandan semejantes penalidades». La conformidad de los oyentes y la cubierta de vicios, so color de nombres honestos, hizo agradable á todos el parecer de Galo, añadiendo Tiberio: «que no era aquel tiempo de reforma, ni faltaría, si en alguna cosa se excediese á las buenas costumbres, quien estudiase en corregirlas».

Entre estas cosas, reprendiendo Lucio Pisón las ambiciosas negociaciones de los que seguían el foro, la corruptela de los jueces, la crueldad de los oradores, que de ordinario amenazaban de poner acusaciones, protestó de quererse partir de Roma y de irse á vivir en algún lugar en el campo apartado y escondido: y diciendo esto se parte del senado. Conmovido de esto Tiberio, á más de aplacar á Pisón con palabras amorosas, hizo también que sus parientes con su autoridad y ruegos le detuviesen. No dió menor señal

(1) El censo ó renta de éstos debía ser de 400.000, y de 1.200.000 sextercios el de los primeros.

de libertad de ánimo el mismo Pisón con llamar á juicio á Urgulania, la cual, animada del favor y privanza de Augusta, se había venido á hacer más poderosa de lo que permitían las leyes. Y así como Urgulania no obedeció, retirándose en casa de César sin dársele nada por Pisón, así él no cesó de acusarla, por más que Augusta procuró mostrar que con esto se le perdía el respeto y aniquilaba la autoridad. Tiberio, pareciéndole que no era justo sufrir á su madre más que hasta aquel punto, ofreciéndole que quería él mismo comparecer ante el tribunal del pretor por abogado de Urgulania, salió de palacio, dando orden que le siguiesen los soldados de lejos. Causaba admiración al pueblo que concurría, la compostura de su rostro, y el verle con diversos razonamientos alargar el tiempo y el camino; hasta que fatigándose en vano los parientes de Pisón por quitarle, hubo de enviar Augusta el dinero que se le pedía á Urgulania. Este fin tuvo este caso, del cual quedó muy honrado Pisón y César con mejor fama. Mas era tal la autoridad de esta mujer en Roma, que no se dignó de comparecer en el senado por testigo en una causa que se trataba, y fué menester enviar á su casa el pretor para examinarla; siendo así que por usanza antigua se acostumbraba oir en el foro y en juicio hasta las vírgenes vestales, cuando son llamadas por testigos de verdad.

De buena gana dejaría de referir á lo que se extendieron estas cosas el año en que vamos, si no me pareciese útil el saberse la diversidad de opiniones de Pisón y Asinio Galo con ocasión de este mismo negocio. Pisón, puesto que había ofrecido de defender la causa de Urgulania, no dejó de seguirla por eso, antes juzgó que debía insistir tanto más, cuanto por no haberse de hallar el príncipe al juicio del proceso, á causa de haber de hacer el oficio de abogado, podían decir con mayor libertad sus votos los senadores y caballeros: cosa bien conveniente á la república. Galo, á causa de que Pisón había preocupado esta apariencia de

libertad, decía en contrario: «Que no había cosa excelente ó digna del pueblo romano, sino lo que se hacía delante de César: á cuya causa la junta de toda Italia y el concurso de las provincias debía ser reservado á su presencia.» Oyendo estas cosas Tiberio y callando, dado que se trataba con gran contención por ambas partes, fueron al fin diferidas.

Movióse después otra contienda entre Galo y César; porque Galo quería que cada cinco años se hiciesen los comicios ó juntas para la creación de los magistrados: quería también que los legados de las legiones (1), llegados á aquel grado en la milicia antes de ser pretores, estuviesen desde luego destinados para serlo, y que el príncipe nombrase hasta doce candidatos ó pretendientes para presentar en el discurso de los cinco años. No hay duda de que este voto penetraba más altamente en los secretos del imperio. Todavía discurría César como si por ello se le acrecentara autoridad, diciendo: «que era demasiado para su modestia el elegir tantos y diferir tanto: que aun haciéndose la elección cada año era imposible dejar de quedar muchos descontentos y ofendidos, puesto que les quedase esperanza para el año venidero, bastante á consolarlos de la repulsa; ¿cuál sería, pues, el odio de aquellos que se viesen reprobados por cinco? ¿Cómo se puede antever el ánimo, la casa y la fortuna que han de tener, cuando tras tan largo tiempo

---

(1) «Un general de ejército, dice Burnouf, aun cuando no hubiese sido más que pretor, se llamaba *legatus consularis*, de la misma manera que un comandante de legión se llamaba *legatus prætorius*, aun cuando no hubiese ejercido nunca esta importante magistratura. Así, pues, aquel grado era en algún modo asimilado á la pretura y hacía que, á su vuelta á Roma, pudiese el que lo tenía aspirar á ella. Ahora bien, si se hubiese nombrado á los magistrados por cinco años, como proponía Galo, se hubieran tenido que diferir por este mismo espacio de tiempo las esperanzas de los tenientes, y como eso hubiera redundado en su daño, por eso pedía además que fuesen al propio tiempo designados pretores por el derecho mismo de su grado militar.»

lleguen á ser elegidos? Si los que lo son se ensoberbecen con tener aquella honra un año, ¿qué harán cuando sepan que les ha de durar cinco? Multiplicarse hian otras tantas veces los magistrados, trastornarse hian las leyes, las cuales tienen puesto límite á la industria de los opositores, y al procurar y gozar las honras.»

Con esta semejanza de palabras favorables retuvo la fuerza y autoridad del imperio; ganó la gracia de algunos senadores aumentándoles las rentas, y así causó mayor maravilla el ver lo mal que tomó y el poco caso que hizo de los ruegos de Marco Hortalo, mozo noble y de conocida pobreza. Era Marco Hortalo nieto de Hortensio el orador, y habíale obligado á casarse la liberalidad de Augusto, que le dió, á título de que dejase sucesión y no se acabase su noble linaje, veinticinco mil escudos de oro (un millón de sextercios). Este, pues, poniendo en hilera cuatro hijos que tenía, á la entrada de la puerta del senado, que se tenía entonces en palacio, en lugar de decir su voto como los demás, mirando ya á la estatua de Hortensio colocada entre las de los demás oradores, y á la de Augusto, comenzó así: «Padres conscriptos, yo, no de mi voluntad, mas por »exhortación del príncipe, y porque mis mayores merecie»ron sucesión, tengo estos hijos de la edad pueril y del nú»mero que veis. Porque á mí, que por la variedad de los »tiempos no he podido alcanzar hacienda, ni favor del pue»blo ó elocuencia, dote peculiar de nuestro linaje, me hu»biera bastado que mi pobreza no me obligara á mí á pade»cer vergüenza y carga á los demás. Caséme con orden del »emperador: ésta es la descendencia de tantos cónsules, de »tantos dictadores; no lo digo porque me tengáis envidia, »sino por impetrar misericordia. Participarán viviendo tú, »oh César, de las honras que les darás; mas defiende entre»tanto de la pobreza á los biznietos de Quinto Hortensio y á »las crianzas de Augusto.»

La inclinación que mostró el Senado de ayudar á Horta-

lo, sirvió á Tiberio de estímulo para negarle lo que pedía, casi con estas palabras: «Si cuantos pobres hay comienzan »á recurrir acá y á pedir dineros para sus hijos, jamás se »cansará ninguno, y la república se empobrecerá sin duda. »¿No fué concedido de nuestros mayores el salir alguna vez »de la proposición, diciendo su parecer por el bien público, »para que nos sirvamos de esta licencia en negocios particu»lares, y para aumentar nuestros intereses con envidia ó »cargo del senado y del príncipe, no menos en el conceder »que en el negar la demanda? Porque éstos no son ruegos, »sino una extorsión intempestiva y no antevista: habiendo »juntado los senadores para otra cosa, el levantarse en pie, »y con el número y con la edad de los hijos tentar la mo»destia del senado y la mía, es como romper el erario; el »cual, si nosotros le vaciásemos con ambición, sería for»zoso rehenchirle después con tiranía. Verdad es, oh Hor»talo, que te dió dineros el divo Augusto, mas no por eso »hizo ley que se te hubiesen de dar siempre: faltaría la in»dustria, alimentarse ha la pereza, si todos impróvidos y »seguros esperasen la ayuda ajena, haciéndose inútiles á »sí mismos y carga á nosotros.» Estas ó semejantes palabras, aunque oídas con aplauso por los que tienen de costumbre loar todas las acciones del príncipe, buenas ó malas, fueron de muchos recibidas con silencio ó con secreto murmurio. De que advertido Tiberio, después de haber callado un poco, añadió: «que aquello le había parecido responder á Hortalo, mas que si así pareciese á los senadores, daría á cada uno de sus hijos varones cinco mil escudos de oro (200.000 sextercios)». Agradeciéronselo todos: sólo Hortalo calló, ó por temor ó porque entre la cortedad de su fortuna conservase todavía algunos vislumbres de la antigua nobleza de sus abuelos. No tuvo después Tiberio compasión alguna de él, aunque al fin vino á caer la casa de Hortensio en una vergonzosa pobreza.

39 En este año el atrevimiento de un esclavo, si no se re-

mediara presto, hubiera con la discordia y con las armas civiles de nuevo trabajado la república. Un esclavo de Postumo Agripa, llamado Clemente, sabida la muerte de Augusto, no con ánimo servil, imaginó en pasar á la Planosa, y con engaño ó por fuerza robar á Agripa y llevarlo después á los ejércitos de Germania (1). Impidió el atrevido intento de éste la tardanza de una nave de carga, sucediendo el homicidio de Agripa antes que llegase. Y así, volviendo el ánimo á cosas mayores y más precipitadas, hurta las cenizas, y héchose llevar á Cosa, promontorio de Toscana (2), estuvo escondido hasta dejarse crecer el cabello y la barba, no dejando de parecerse algo á su señor en la edad y aspecto. Entonces, por vía de personas aptas y sabedoras del secreto, comenzó á publicar que Agripa era vivo: al principio con hablar entre rincones como de cosa prohibida; después con voz corría á los oídos aparejados de los más ignorantes, y de ellos á la gente más malcontenta y deseosa de novedades. Entra con esto por las villas pequeñas cuando quería anochecer, no dejándose ver descubiertamente ni deteniéndose mucho en una parte. Y sabiendo que la verdad cobra fuerzas con la vista y con la dilación, como la mentira con la incertidumbre y la presteza, procuraba unas veces dejar de sí alguna fama y otras anticiparla y prevenirla.

Divulgábase entretanto por Italia, y creíase en Roma, que Agripa era vivo por merced de los dioses; tal, que llegado á Ostia con grande acompañamiento, comenzaban ya á hacerse en Roma juntas secretas, cuando Tiberio, dudoso si había de castigar á este esclavo con fuerza de soldados, ó bien dejar que el tiempo hiciese desvanecer esta falsa opi-

(1) Suetonio, *Tiberio*, 25, y Dion. XLVII, 16, dicen que Clemente pasó á las Galias y de allí á Italia, y que hasta marchó sobre Roma seguido de un gran número de parciales para hacerse dueño del poder supremo; pero el relato de Tácito parece más verosímil.

(2) Hoy *Monte-Argentaro*, cerca de Orbitello.

nión, combatido de la vergüenza y del temor, y discurriendo entre sí unas veces que no era bien menospreciar nada, y otras que era sobrado recato el recelarse de cada cosa, finalmente escogió el cometer el negocio á Salustio Crispo, el cual, escogiendo dos de sus clientulos (otros dicen soldados), les rogó que, fingiendo amistad, se juntasen con el falso Agripa, y le ofreciesen dinero, fidelidad y compañía en todos sus peligros. Ejecutan éstos su comisión, y escogiendo una noche que no había buena guardia, tomando bastante gente consigo, atándole y con la boca tapada, le llevan á palacio. Dicen que preguntado por Tiberio «que cómo se había convertido en Agripa», respondió: «Como tú en César.» No fué posible hacerle que descubriese los cómplices; y Tiberio, no atreviéndose á castigarle á la descubierta, le hizo matar en la parte más retirada de palacio y escondidamente llevar fuera el cuerpo; y si bien se dijo que muchos de la misma casa del príncipe y otros caballeros y senadores le habían sustentado con dineros y ayudado con consejos, no se hizo otra pesquisa.

En el fin del año se dedicaron el arco junto al templo de Saturno (1), por las banderas recuperadas de Varo por Germánico, debajo de los buenos agüeros y nombre de Tiberio; el templo de Buena Fortuna en las orillas del Tíber en los huertos dejados de César, dictador, al pueblo romano, y juntamente se consagraron un templo á la familia Julia y una estatua al divo Augusto en Bovile (2). En el consulado de Cayo Cecilio y Lucio Pomponio, á veintiséis de Mayo triunfó Germánico César de los Queruscos, de los Catos y de los Angrivarios, y de otras naciones hasta el Albis. Llevábanse los despojos, los cautivos y el designio de montes, de ríos y de las batallas, teniendo ya por fenecida

(1) Este templo, en el cual se guardaba el tesoro público estaba situado detrás de la embajada del Capitolio y á la entrada del Foro.

(2) Bovillas, pueblo situado á once millas de Roma.

la guerra, considerado que se le prohibió el darla fin. Alegraba la vista de todos el nobilísimo aspecto de Germánico y el carro cargado de cinco hijos. Mas mezclábanse ciertos ocultos miedos, acordándose muchos de lo que dañaron á su padre Druso los favores del vulgo y á su tío Marcelo las demostraciones amorosas del pueblo; pues bastaron para que fuese quitado del mundo en flor de su juventud: concluyendo con que eran breves y desdichados los amores del pueblo romano.

Mas Tiberio, habiendo dado á la plebe siete ducados y medio (300 sextercios, por cabeza en nombre de Germánico, que declaró por colega en su consulado, si bien ni aun con esto alcanzó entera fe de que le amaba sinceramente, determinó quitárselo de delante, so color de honrarle, y procuró la ocasión, ó á lo menos se valió de la que le ofreció la fortuna presto. Poseía Archelao cincuenta años había, el reino de Capadocia, aborrecido de Tiberio, porque mientras estuvo en Rodas no hizo alguna demostración de honrarle. No había faltado Archelao por soberbia, sino por advertimiento de los privados de Augusto; porque viviendo Cayo César, enviado á las cosas de Oriente, se tenía por peligrosa la amistad de Tiberio. El cual, después que arruinado el linaje de los Césares ocupó el imperio, con cartas de la emperatriz su madre, en que no disimulaba el enojo de su hijo y le ofrecía perdón siempre que viniese á pedirle, persuadió á Archelao á venir con diligencia á Roma, ó no anteviendo el engaño, ó temiéndose de la fuerza, cuando pusiese su seguridad en duda. Fué recibido Archelao rigurosamente por el príncipe y acusado luego en el senado; poco despues, ó natural ó voluntariamente, dejó los cuidados de la vida, no por las falsas acusaciones, sino por el disgusto y por hallarse cansado de la vejez, como también porque á los reyes, no sólo los agravios, pero las cosas justas parecen inusitadas. Hízose aquel reino provincia, y porque César había dado á entender que con

aquellas rentas se podía descargar el derecho de uno por ciento, como no bastaran á tanto, se redujo á medio por ciento. En el mismo tiempo, siendo muertos Antiocho, rey de Comagena, y Filopator, de Cilicia, estaban aquellas naciones inquietas, deseando unos ser gobernados por los Romanos y otros tener rey. Y las provincias de Siria y de Judea, cansadas de tantos pechos, pedían ser aliviadas de tributos.

De estas cosas y de las ya dichas de Armenia, discurriendo Tiberio en el senado, mostró «que los tumultos de Oriente no podrían quietarse sino por la prudencia de Germánico; porque yo, decía él, hallo que he entrado en la vejez y que Druso no ha salido aún de la juventud». Con esto, por decreto de los senadores se señalaron á Germánico todas las provincias ultramarinas, con mayor autoridad, por donde quiera que fuese, que no solían tener los que salían por suerte ó eran enviados del príncipe. Había quitado el gobierno de Siria Tiberio á Cretico Silano, pariente de Germánico por afinidad, á causa de tener prometida su hija Silano á Nerón, su primogénito, y puesto en él á Gneo Pisón, de espíritu levantado, violento, y que no sabía sufrir, heredero natural de la ferocidad de su padre, que favoreció gallardamente en la guerra civil las partes que volvían á renacer en África contra César. Después, habiendo seguido á Bruto y Casio, le fué permitido el volver á Roma, à donde se abstuvo siempre de pedir honores públicos, tanto, que hubo menester Augusto hacer diligencias para que aceptase el consulado; y á más de los espíritus paternos, era instigado de la nobleza y riquezas de Plancina su mujer; con que, cediendo apenas á Tiberio, despreciaba á sus hijos como á inferiores; ni á él dejaba de ser notorio que el haber sido puesto en aquel gobierno era por refrenar las esperanzas de Germánico. Creyeron algunos que tuvo secretas órdenes de Tiberio, y es cierto que Augusta con mujeril emulación advirtió á Plancina que persiguiese

á Agripina; porque hallándose la corte dividida en favorecer á Druso ó á Germánico, Tiberio, como propio y de su sangre, favorecía á Druso. La poca correspondencia del tío había granjeado á Germánico el amor de los demás, como también el ser de más calidad, respecto á la nobleza de su madre, por cuya vía tenía por abuelo á Marco Antonio y por tío á Augusto; donde en contrario, habiendo tenido Druso por bisabuelo á Pomponio Ático, caballero romano, no igualaba á la grandeza de los Claudios; y la mujer de Germánico, Agripina, vencía en fecundidad y en fama á Livia, mujer de Druso. Mas estos dos hermanos, generosamente unidos entre sí, estaban firmes á las parcialidades de sus parientes.

No mucho después Tiberio envió á Druso al Ilírico por acostumbrarle á la guerra y porque ganase el amor del ejército, juzgando que aquel joven, hecho á las comodidades y deleites de Roma, se haría mejor entre los soldados; teniéndose también por más seguro poniendo las legiones en mano de sus hijos. Con todo eso fingió que le enviaba con el socorro que pedían los Suevos contra los Queruscos, porque quedando aquellos pueblos por la partida de los Romanos sin miedo de fuerzas extranjeras, como habituados á la guerra y émulos de su gloria, volvían las armas contra sí mismos, hallándose iguales en la fuerza de las naciones y en el valor de los capitanes. Hacía Maroboduo odioso al pueblo el nombre de rey, donde Arminio era sumamente amado, mostrando que peleaba por la libertad.

A cuya causa, no sólo los Queruscos, sus aliados y sus soldados viejos, mas muchos de los propios Suevos del reino de Maroboduo, rebelándose junto con los Senones y Longobardos, tomaron las armas en favor de Arminio, con el aumento de los cuales prevaleciera si Inguiomaro, con buen golpe de sus amigos y vasallos, no se pasara al bando de Maroboduo, sin otra cosa que por desdeñarse el tío viejo de obedecer al sobrino mozo. Pusiéronse, pues, el

uno y el otro en batalla con igual esperanza; no como acostumbraban en los Germanos, con correderías á la larga ó con divididas escuadras, porque habiendo guerreado largamente con nosotros, ya estaban prácticos en seguir las banderas, ordenar los socorros y obedecer á los capitanes. Arminio entonces, discurriendo por el campo á caballo, acordaba á todos «la recuperada libertad, las legiones deshechas, mostrando en manos de muchos los despojos y armas quitadas por fuerza á los Romanos. En contrario, llamaba á Maroboduo fugitivo, sin experiencia de guerra, defendido de las madrigueras y cuevas de la selva Hercinia, y que había poco antes con presentes y embajadas pedido la paz, traidor á su patria, corchete del César, digno de ser perseguido por ellos con el mismo aborrecimiento con que fué muerto Varo Quintilio. Pedíales, finalmente, que se acordasen de tantas batallas con cuyo suceso (habiéndose al fin echado de Germania los Romanos) estaba probado bastantemente quién habia llevado lo mejor».

No se abstenía Maroboduo de engrandecer sus cosas y vituperar al enemigo. Y teniendo á Inguiomaro por la mano, afirmaba «consistir en su persona sola el esplendor de los Queruscos, á cuyos consejos debían atribuirse todos sus prósperos sucesos: que Arminio era un hombre de poco juicio y menos experiencia, diestro en aplicarse la gloria de los otros por haber oprimido tres escasas legiones, y con fraude engañado al capitán poco advertido, con gran estrago de la Germania y particular ignominia suya, por tener todavía en servidumbre á su mujer y á su hijo. Mas él, acometido de Tiberio con doce legiones, había conservado sin mancha la gloria del nombre germano, feneciendo la guerra con iguales y honestas condiciones, y que no se arrepentía de que estuviese aún en su elección el hacer la guerra á los Romanos, ó gozar de la paz sin derramamiento de sangre». Animados con estas palabras los ejércitos, eran también incitados por sus causas propias,

peleando los Queruscos y Longobardos por su antiguo esplendor y por la reciente libertad, y los otros por aumentar su señorío. No se vió jamás batalla de ejércitos más poderosos ni de más dudoso suceso, habiéndose rompido en entrambas partes los cuernos derechos. Esperábase nueva batalla si Maroboduo no retirara su ejército á las montañas. Esto fué indicio de haberse llevado lo peor, y privado de los que poco á poco le iban desamparando, se retiró á las tierras de los Marcomanos, habiendo enviado embajadores á Tiberio por ayuda. Respondiósele «que sin razón pedía las armas de los Romanos contra los Queruscos, no habiéndoles ayudado jamás en las guerras que tuvieron contra los mismos Queruscos». Envióse con todo eso á Druso, como se ha dicho, para asentar la paz.

En este año se asolaron en Asia doce ciudades (1) por terremoto venido de noche, que hizo la calamidad más improvisa y más grave, habiendo faltado el acostumbrado socorro de huir á lo descubierto, porque, abriéndose la tierra, eran sorbidos los hombres. Cuentan haberse allanado altí-

(1) En un monumento descubierto en 1693 en Puzzoles, que es un hermoso mármol de siete palmos de largo y otros tantos de ancho, con cinco de altura, y que había servido de base á una estatua colosal de Tiberio, se ven representadas catorce figuras de mujeres representando otras tantas ciudades, y teniendo al pie por leyenda el nombre de la que cada una de ellas simboliza, de lo cual se deduce que fueron catorce, y no doce, como dice Tácito, las ciudades arruinadas. Si hubo en ello equivocación de parte del escritor ó descuido de parte de los copistas, difícil, si no imposible, es resolverlo. Cotejando las inscripciones del monumento con el texto de Tácito, se ve que faltan en éste los nombres de las ciudades de Efeso y Cibira. Sobre ese importante mármol escribió una eruditísima Memoria Antonio Butifón, con una descripción detallada del mismo, del cual dieron un extracto los anotadores de la versión española del Tácito, y al cual remitimos á nuestros lectores. Además del monumento de Puzzoles, destinado, no tanto á inmortalizar el suceso como el acto generoso de Tiberio, se acuñaron medallas en cuyo anverso se leía: TI. CÆSAR. DIVI. AUG. F. AUGUST. P. M. TR. P. XXIII, y en el reverso: CIVIT. ASIÆ RESTIT.

simos montes y levantado las llanuras, vístose llamas de fuego entre las ruinas, habiendo movido á piedad particularmente la miseria cruelísima de los Sardianos, á los cuales, no sólo prometió Tiberio 250.000 ducados (10.000.000 de sextercios), mas los hizo exentos por cinco años de cuanto pagaban al erario y al fisco. Los Magnesios de Sipilio, como los segundos en el daño, lo fueron también en el remedio. Los Temnios, Filadelfos, Egeatars, Apollonienses, llamados Mostenos y Macedonios Hircanos, los de Hierocesarea, Mirina, Cimene y Tmolo, fueron descargados de tributos por el mismo tiempo, y se envió un senador á ver las ruinas y poner remedio, eligiendo para esto á Marco Aleto de entre los que habían sido pretores, para que hallándose al gobierno de Asia un cónsul, no naciese inconveniente por emulación, como entre iguales, tal que bastase á impedir la ejecución.

Añadió César á esta magnificencia pública la liberalidad no menos grata, dando la hacienda de Emilia Musa, riquísima liberta, recaída al fisco por haber muerto sin testamento, á Emilio Lépido, de cuya casa se creía ser; y la herencia del rico Patuleyo, caballero romano, aunque el mismo César estaba instituído por heredero en parte de su hacienda, á Marco Servilio, por hallarle nombrado en el primer testamento, no sospechoso de falsedad; habiendo dicho antes que la nobleza de entrambos merecía aumento de riquezas. No aceptó jamás herencia alguna que no la hubiese merecido con amistad; de los que no conoció ó de los que en odio de otros nombraban por heredero al príncipe, no quería escuchar ni admitir cosa. Mas así como ayudaba á la pobreza honesta de los buenos, así también hizo borrar del orden senatorio, ó sufrió que de sí mismo se saliesen, á Vividio Varrón, Mario Nepote, Apio Apiano, Cornelio Sila y Quinto Vitelio (1), como pródigos y empobrecidos por sus defectos.

(1) Tío del que fué emperador.

En este tiempo se dedicaron los templos comenzados por Augusto y arruinados de antigüedad ó del fuego, es á saber: de Baco, de Proserpina y de Ceres, junto al Circo máximo, edificado ya por voto de Aulo Postumo, dictador; el de Flora, en el mismo lugar, hecho por Lucio y Marco Publicios, entonces ediles, y el de Jano en la plaza de las Hierbas, edificado de Cayo Duilio, el primero que alcanzó victoria naval, honrado de triunfo, por haber vencido en ella á los Cartagineses. Germánico consagró el templo de la Esperanza votado de Atilio en la misma guerra.

Iba entretanto tomando fuerzas la ley de majestad, de que fué acusada Apuleya Varilia, nieta de una hermana de Augusto, imputándole que con palabras injuriosas había hecho burla del divo Augusto, de Tiberio y de su madre, y que sin reparar en el parentesco que tenía con César, había cometido adulterio. De esto fué remitida á la ley Julia. Del delito de majestad quiso César que se hiciese distinción, y que fuese castigada si se hallaba que hubiese hablado indecentemente de Augusto, mas por lo que había dicho de él, no quiso que se le hiciese cargo alguno. Y preguntándole el cónsul lo que le parecía del otro cabo, tocante al haber hablado mal de su madre, no respondió cosa. Después, en el siguiente senado, rogó en nombre de Augusta que no fuese imputado alguno por haber dicho palabras contra ella en manera alguna, y libró á Apuleya de la ley de majestad, rogando que por el adulterio se contentasen con el castigo ordinario, desterrándola al uso antiguo (1), cincuenta leguas (2) de los suyos. Su adúltero Manlio fué desterrado de Italia y de África.

(1) Las penas contra el adulterio eran, para las mujeres, la pérdida de la mitad de su dote, del tercio de sus bienes y destierro en una isla. A los hombres se les desterraba también como á las mujeres y se les confiscaba la mitad de sus bienes. Aunque Tiberio invoca el ejemplo de sus antepasados, se ve que en esta circunstancia no siguió la legislación vigente.

(2) El texto dice *ducentesimum lapidem*, esto es, la *ducenté-*

Después de esto se levantó cierta contienda sobre el subrogar un pretor en lugar de Vipsanio Galo, difunto. Germánico y Druso, que todavía se hallaban en Roma, favorecían á Haterio Agripa, pariente de Germánico; muchos en contrario instaban que se tuviese consideración, como lo disponía la ley, al candidato que tuviese más número de hijos, alegrándose Tiberio de que el senado estuviese en contraste entre el favor de sus hijos y el de la ley, la cual, á la verdad, quedó vencida, aunque no tan presto y por pocos votos, á la manera que cuando valían las leyes lo solían ellas quedar también.

Tuvo principio este año la guerra contra Tacfarinas. Éste, de nación númida, había militado entre los auxiliarios, entre los ejércitos romanos. Después, pasándose á los enemigos, comenzó á juntar vagabundos y ladrones; después, á uso de guerra, á ponerlos debajo de banderas y formar escuadras y tropas de caballos; á lo último, haciéndose llamar capitán de los Musulanos, gente vigorosa, vecina á los desiertos de África, no acostumbrada á poblar ciudades, tomó las armas y llevó á la guerra consigo á los Mauros cercanos con su capitán Mazipa. Dividido entre ellos el ejército, Tacfarinas llevaba los soldados escogidos y armados al uso romano, para instruirlos en la disciplina y obediencia, y Mazipa, con los armados á la ligera, iba matando, abrasando y poniendo terror. Había inducido á lo mismo á los Cinitios, nación de alguna cuenta, cuando Furio Camilo, procónsul de África, habiendo juntado una legión y las ayudas que tenía debajo de las banderas, fué á buscar al enemigo; fuerzas débiles, si se mirara al número de los Númidas y Mauros. Con todo eso no se temía sino que habían de huir

---

sima piedra, que es como si dijese á *doscientas millas*, ya que éstas se señalaban con piedras llamadas del nombre de esta medida de longitud, que era de mil pasos, miliarias. Cayo Graco fué el primero que introdujo la costumbre de señalar de esta suerte las distancias.

antes de llegar á las manos; mas siendo los nuestros tan inferiores en número, no fué dificultoso el inducirlos á la batalla, con la esperanza de la victoria. Y así, metida la legión entre dos cohortes armadas á la ligera, y en los cuernos dos alas de caballería, no rehusó Tacfarinas la batalla, en la cual quedó roto el ejército númida, y célebre por muchos años el nombre de Furio; porque después de aquel restaurador de Roma y su hijo Camilo, había estado en otros linajes la gloria del imperio militar. Ni éste tampoco era tenido en reputación de soldado, á cuya causa celebró Tiberio con mayor prontitud sus hechos en el senado, donde los senadores le decretaron las insignias triunfales, cosa que no dañó á Camilo por su mansedumbre y modestia.

El año siguiente fueron cónsules Tiberio la tercera vez, y Germánico la segunda. Mas Germánico tomó aquel grado en Nicópoli (1), ciudad de Acaya, donde había llegado siguiendo la costa del Ilírico, después de visitar en Dalmacia á su hermano Druso; y habiendo padecido borrasca primero en el Adriático y después en el mar Jonio, gastó algunos días en restaurar la armada y en ver aquel golfo, famoso por la victoria de Actio, los despojos consagrados de Augusto y los alojamientos de Antonio, todo en memoria de sus mayores, siéndole, como se ha dicho, Augusto tío, y Antonio abuelo: espectáculos grandes de dolor y de alegría. Pasó de allí á Atenas, donde por reverencia de aquella antigua y confederada ciudad, no quiso llevar delante más que un solo lictor. Recibiéronle aquellos Griegos con exquisitas honras, trayéndole delante todos los hechos y dichos ilustres de sus predecesores para hacer más agradable la adulación.

Pasó á Eubea y de allí á Lesbos, donde Agripina parió

(1) Colonia romana fundada por Augusto en memoria del combate naval de Accio.

á Julia, su postrer parto. Tocando después las últimas partes de Asia, Perinto y Bizancio, ciudades de Tracia, entró en el estrecho de la Propontide y en la boca del mar Ponto, deseoso de ver aquellos lugares antiguamente famosos, consolando entretanto las provincias maltratadas de las discordias intestinas ó agraviadas por sus propios gobernadores. Y queriendo ver á la vuelta las cosas sagradas de los Samotracios (1), y los demás lugares venerables por la variedad de la fortuna y por nuestro origen, se lo estorbó un viento jaloque; y volviendo á costear la Asia, surgió en Colofonia por oir el oráculo de Apolo Clario. No reside allí mujer, como en Delfos, sino sacerdote de ciertos linajes particulares, lo más ordinario de Mileto, el cual, tomado el número y nombre de los consultantes, entrado en la cueva y bebida el agua de cierta fuente secreta, si bien de ordinario es hombre sin letras ó ciencia de poesía, da las respuestas en versos, formados sobre el concepto que otros tienen en la imaginación. Díjose que á Germánico, con palabras ambiguas, como suelen los oráculos, le cantó la muerte cercana y violenta.

Mas Gneo Pisón, por dar principio con tiempo á sus designios, habiendo con su pasaje soberbio atemorizado la ciudad de los Atenienses, los reprendió con duras palabras, culpando indirectamente á Germánico de que se había tratado con ellos con demasiada familiaridad, contra el decoro del nombre romano. No ya, decía él, entre los Atenienses, acabados con tantos estragos, sino entre aquella escoria de gente que acompañaron á Mitrídates contra Sila y á Antonio contra Augusto; dándoles en rostro hasta con las cosas antiguas hechas desgraciadamente contra los Macedonios y con violencia contra los suyos mismos, ofendido con aquella

(1) Samotracia, isla del mar Egeo, á la altura del Quersoneso de Tracia, célebre por sus misterios, más antiguos que los de Eleusis, que se creía importados de ella.

ciudad también por odios particulares, porque á ruego suyo no habían querido absolver á un cierto Teófilo, condenado de falsedad por el Areópago. De allí, con diligente navegación por las Cicladas y atajos marítimos, llegó á Rodas, donde halló á Germánico, advertido ya de la persecución que se le aparejaba; mas era tan benigno y de tan nobles entrañas, que sobreviniendo un temporal con que iba á dar en las peñas la nave de Pisón, pudiéndose atribuir al caso la muerte de su enemigo, envió las galeras por medio de las cuales fué librado de aquel peligro. No mitigado con esto Pisón, deteniéndose apenas un día, deja á Germánico y pasa adelante. Llegado á las legiones en Siria, comenzando con presentes y con inteligencias á levantar los ánimos de la hez de los soldados, removiendo los centuriones más viejos y los más severos tribunos por dar sus plazas á sus paniaguados y á los más ruines; introducida en las ciudades la licencia y la ociosidad en el ejército, dejando discurrir á los soldados por el país, con sólo el apetito por límite á sus desórdenes, llegó finalmente á tanta corruptela, que en común era llamado padre de las legiones. Hasta Plancina, saliendo de los límites mujeriles, intervenía al manejo de los caballos, á los regocijos de las cohortes, y sobre todo al decir mal de Agripina y de Germánico; no faltándole muchos de los buenos soldados que se ofrecían á obedecerles en cualquiera maldad, por correr voz secretamente de que en ello agradarían al emperador.

Eran notorias todas estas cosas á Germánico; pero cuidó más en anticipar su viaje á los Armenios. Esta nación de toda antigüedad se ha mostrado siempre inconstante y de poca fe, no sólo por su naturaleza, sino también por la calidad de su sitio, que confrontando por largo espacio con muchas de nuestras provincias, se extiende hasta los Medos; con que hallándose rodeados de imperios poderosísimos, están de ordinario en contienda con los Romanos por aborrecimiento natural, y con los Partos por envidia

de su grandeza. Estaba entonces sin rey, habiendo desposeído á Vonón; mas el favor de los Armenios inclinaba á Zenón, hijo de Polemón, rey de Ponto, por haber éste desde niño imitado sus costumbres, institutos y culto, y con ir á caza, frecuentar banquetes y acudir á las demás cosas celebradas por aquellos bárbaros, ganando el corazón con esto igualmente al pueblo y la nobleza. Á ése, pues, puso la corona Germánico en la ciudad de Artajata, de consentimiento de los nobles y gran concurso de gente. Los otros, queriendo reverenciar más al rey, lo saludaron con el nombre de Artajías, á contemplación del de la ciudad. Mas los Capadocios, reducidos en forma de provincia, tuvieron por legado á Quinto Veranio, disminuídos algún tanto los tributos que acostumbraban pagar á sus reyes, por darles esperanza de más dulce tratamiento con el dominio romano. Á los Comagenos se les dió por gobernador Quinto Servio, y entonces fué la primera vez que los pusieron debajo del gobierno de pretor.

Compuestas con tanta felicidad las cosas de los confederados, no se mostraba por eso alegre Germánico á causa de la soberbia de Pisón, el cual, teniendo orden de que él ó su hijo llevasen á Armenia una parte de las legiones, no hizo caso de lo uno ni de lo otro. Finalmente, se vieron en Cirro (1), guarnición de invierno de la legión décima, Pisón, con rostro acomodado á disimular el miedo, y Germánico procurando no mostrar el suyo amenazador, siendo, como he dicho, clementísimo. Mas sus mismos amigos, artificiosos en acriminar las ofensas, mezclando lo cierto con lo dudoso, en varios modos calumniaban á Pisón, á Plancina y á sus hijos. Á lo último, en presencia de algunos pocos de sus familiares, le habló el césar de la manera que pudo dictarle el enojo y la disimulación. Respondióle Pisón

(1) Ciudad de Siria, en la Cirretica, ó Cirrestica, á dos jornadas de Antioquía.

con ruegos, aunque arrogantes, partiéndose con odio descubierto. De allí adelante iba raras veces Pisón al tribunal del césar, y si asistía algunas, se mostraba colérico siempre y pronto á contradecir. Verificóse esto más en un banquete que hizo el rey de los Nabateos, que trayendo coronas de oro de gran peso al césar y Agripina, y ligeras á Pisón y á los otros, dijo «que aquella fiesta se hacía á un príncipe romano, y no á un hijo del rey de los Partos». Dicho esto, arrojó la corona, y añadió otras palabras vituperando el exceso y superfluidad de aquel convite; cosas que, aunque ásperas, eran con todo eso sufridas de Germánico.

En esta ocasión llegaron embajadores de Artabano, rey de los Partos. Enviábalos para traer á la memoria y confirmar la amistad y la paz; ofreciéndose á venir hasta las riberas del Eufrates á visitar á Germánico; rogándole entretanto que no fuese tenido Vonón en Siria, para que con ocasión de estar tan cerca no pudiese solicitar con mensajeros á los grandes de su reino, moviéndoles los ánimos á novedades. Respondió Germánico magníficamente en lo tocante á la amistad de los Romanos con los Partos; y en cuanto á la venida del rey y de la honra que determinaba hacerle, habló con gran decoro y modestia. Vonón fué enviado á Pompeyopoli, ciudad marítima en la Cilicia, no tanto por los ruegos de Artabano, cuanto en despecho de Pisón, á quien era muy acepto por muchos cumplimientos y dones con que había sabido granjear la voluntad de Plancina.

Siendo cónsules Marco Silano y Lucio Norbano, fué Germánico á Egipto por ver aquellas antiguallas, aunque con voz de visitar la provincia; donde abiertos los trojes y graneros, fué causa de que bajase el precio del trigo; y usó de otras muchas cosas agradables al vulgo, como son, ir sin guardia de soldados, con los pies casi descubiertos y lo demás del vestido al uso griego, imitando á Publio Scipión

que hizo lo mismo en Sicilia durante la guerra contra Cartago. Reprendióle Tiberio con dulces palabras lo que miraba al modo de vivir y al traje, pero resintióse ásperamente de que se hubiese atrevido á entrar en Alejandría contra las órdenes de Augusto y sin consentimiento suyo. Porque Augusto, entre otros secretos del estado, había prohibido á senadores y caballeros romanos ilustres el entrar sin su licencia en Egipto, medroso de la facilidad con que se puede ocupar aquella provincia por quien se resolviese en intentarlo, y defenderla con pequeño presidio de gruesos ejércitos, cerrándole los pasos de mar y tierra, con peligro de matar de hambre á Italia.

Mas Germánico, no sabiendo aún que fuese desagradable á Tiberio este viaje, navegaba por el Nilo comenzando desde Canopo. Edificaron esta ciudad los Espartanos en honra de Canopo, piloto de su nave, el cual murió y fué enterrado en aquel puesto cuando Menelao, volviéndose á Grecia, fué de allí arrojado al mar y tierra de Libia. La otra boca del río más cercana á ésta es consagrada á Hércules, nacido entre ellos, como afirman los moradores de aquella tierra, los cuales refieren que después de él fué antigua costumbre honrar con el mismo nombre á los que le eran semejantes en las fuerzas y en el valor. Visto después los grandiosos vestigios de la antigua Tebas, donde para ostentación de su primer grandeza permanecen todavía los soberbios obeliscos, y en ellos esculpidas letras egipcias en que se hace mención de la primer opulencia de esta ciudad, y mandándole á uno de los sacerdotes más viejos que las interpretase, refería haber habido un tiempo en ella setecientos mil hombres de tomar armas, y que con este ejército conquistó el rey Ramses la Libia, Etiopía, los Medos, Persas, Bactrianos y Escitas, y cuanto habitan los Siros, los Armenios y sus vecinos los Capadocios; extendiendo de allí el imperio hasta los mares de Bitinia y de Licia. Leíanse aún los tributos puestos á aquellos pueblos, el peso de la plata

y del oro, el número de las armas y caballos, el marfil y los aromas, dones de los templos; lo que cada nación pagaba de granos y de todos los muebles; cosas no menos magníficas que las que hoy en día se hacen pagar por fuerza los Partos y los Romanos por su potencia.

Quiso Germánico ver también las demás maravillas, de las cuales fueron las principales la estatua de piedra de Memnon, que, herida de los rayos del sol, resuena la semejanza de voz humana; las pirámides levantadas en forma de montes por la emulación de las riquezas de aquellos reyes, combatidas ahora del tiempo entre aquellas incultas y apenas practicables arenas; los lagos cavados para recibir las aguas que sobrasen de las corrientes del Nilo, y en otra parte las gargantas y aberturas impenetrables á quien se atreve á medirlas. De allí pasó á Elefantine y á Siene, término en otro tiempo del imperio romano, el cual se extiende hoy hasta el mar Bermejo (1).

Mientras Germánico iba entreteniéndose aquel verano por diferentes provincias, Druso ganó no poca reputación con alimentar las discordias de los Germanos, y roto ya Maroboduo, hacerlos perseverar hasta su total ruina. Había entre los Gotones un mozo noble llamado Catualda, el cual había sido echado antes de su propia tierra por Maroboduo, con cuya caída, entrado en esperanza de vengarse, entra con buenas fuerzas en los términos de los Marcomanos, y ganando las voluntades de los principales, inclinándolos á seguir su partido, toma por fuerza el palacio real y el castillo vecino á él, donde estaban las antiguas presas de los Suevos, y mucha gente de la que suele seguir los ejércitos,

(1) Alusión á las conquistas de Trajano en Arabia, Mesopotamia y África. Los antiguos extendían la denominación de mar Rojo hasta el Océano Índico. Orelli hace notar lo extraño que es que en ese itinerario tan detallado del viaje de Germánico, no haya Tácito hecho mención de Menfis, siendo así que Plinio y Amiano Marcelino hablan de la estancia de aquél en dicha ciudad.

y mercaderes de nuestras provincias, llevados allí primero por causa del comercio, después por el deseo de enriquecerse, y á lo último olvidados de su patria, resolviéndose en vivir en tierras de enemigos.

Maroboduo, desamparado de todas partes, no le quedó otro refugio que la misericordia del césar, y pasado el Danubio en la parte donde la provincia Norica, escribió á Tiberio, no como fugitivo ó menesteroso de favor, sino conforme á la memoria de su primera fortuna, diciendo: «que aunque había sido llamado á la amistad de muchas naciones como rey ya en otro tiempo de gran nombre, se había resuelto en preferir á todo la amistad de los Romanos». Respondió el césar que, «queriendo retirarse á Italia, estaba en su mano hacerlo segura y honradamente, mas que si juzgaba que le estaba mejor seguir otro consejo, podía volverse debajo de la misma fe con que había venido». Pero en el senado discurrió probando «que no había sido tan tremendo al pueblo romano Pirro ó Antioco, ni Filipo á los Atenienses». Está hoy en día en pie una de sus oraciones en la cual exagera la grandeza de este hombre, la potencia de las naciones que le obedecían, el peligro que padeció Italia con tan cercano enemigo, y sobre todo el trabajo y cuidado que le costó el sujetarle. Al fin Maroboduo, tenido en Ravena por espantajo á los Suevos y como una continua amenaza de volverle al reino siempre que ellos tratasen de inquietarse, por diez y ocho años no se partió de Italia, envejeciéndose y perdiendo gran parte de su opinión por el sobrado deseo de vivir. Catualda tuvo la misma fortuna y el mismo refugio; porque desposeído poco después por los Hermonduros y Vibilio, su capitán, fué recibido y enviado á Frejulio, colonia de la Galia Narbonense. Los bárbaros que habían seguido al uno y al otro, porque mezclándose con los que habitaban en las provincias pacíficas no fuesen causa de turbar la paz, se enviaron á poblar de allá del Danubio entre los río Maro

y Cuso (1), dándoles por rey á Vanio, de nación Cuado.

Venido estos mismos días á Roma el aviso de cómo Germánico había elegido á Artajia por rey de Armenia, deliberó el senado que él y Druso entrasen en Roma *ovantes*. Hiciéronse arcos junto al templo de Marte Vengador, con las imágenes de estos dos césares, y más alegría de Tiberio por haber concluído con prudencia la paz que si hubiera fenecido la guerra con batallas. A cuya causa acomete con astucia también á Rescuporis, rey de Tracia. Había señoreado á toda aquella nacion Remetalce, después de cuya muerte Augusto dividió los Tracios entre Rescuporis, hermano de Remetalce, y Coti, su hijo. En aquella partición tocaron á Coti las tierras de labor, las ciudades y todo el país vecino á Grecia; lo inculto, montuoso y cercano á los enemigos quedó á Rescuporis: conforme á la naturaleza de entrambos reyes, la de aquél mansa, y la de éste cruel, ambiciosa y aparejada á no sufrir compañía. Pasaron primero las cosas con fingida concordia: comenzó después Rescuporis á salir de sus límites, usurpar la partición de Coti y hacer fuerza á la resistencia, aunque lentamente lo que vivió Augusto, temiendo que, como autor de ambos reinos, viéndose menospreciado no se vengase. Mas sabida la mudanza del príncipe, comenzó á enviar cuadrillas de ladrones, desmantelar castillos y dar ocasión de guerra.

Tiberio, no temiendo cosa más que el ver alterada la quietud publica, hizo por un centurión denunciar á aquellos reyes que arrimasen las armas, y al punto despidió Coti la gente de socorro que había aparejado. Rescuporis, con fingida mansedumbre, pide vista en aquel mismo lugar, dando esperanzas de llegar á conciertos por su medio. No se disputó mucho el tiempo, el lugar ni otras condiones, porque el uno por su facilidad, y el otro por su astucia lo daban y lo aceptaban todo. Recuporis, por solemnizar

(1) El Moraba ó March, en Moravia, y el Waag, en Hungría.

como decía, los conciertos, preparó un banquete, en el cual, pasada buena parte de la noche bebiendo y en otros regocijos, acometió al incauto Coti y le puso en cadenas. Coti, visto el engaño, no cesaba de invocar las cosas sagradas del reino, los dioses de la común familia y las mesas del hospedaje. Apoderado así de toda la Tracia el falso tío, escribe á Tiberio que había prevenido á las asechanzas que su sobrino le aparejaba, y juntamente, so color de mover guerra á los Bastarnos y á los Escitas, se refuerza de nuevas levas de infantes y caballos.

Respondióle Tiberio con gran blandura, que no habiendo engaño, podía confiar en su inocencia; mas que ni él ni el senado debían dar tuerto ó derecho á ninguna de las partes sin conocimiento de causa; que entregase primero á Coti y después viniese á Roma, con que acabaría de quitar toda sospecha. Envió á Tracia estas cartas Latino Pando, vicepretor de Mesia, con los soldados á quien había de ser consignado Coti. Mas Rescuporis, suspenso algún tanto entre el temor y la ira, escogió antes hacerse reo de haber puesto esta maldad en ejecución, que de haberla querido ejecutar; y haciendo matar á Coti, finge y echa fama que se había muerto él mismo de su voluntad. No dejó por esto Tiberio el uso de sus caros artificios; mas muerto Pando, á quien Rescuporis tenía por declarado enemigo, envió por gobernador de Mesia á Pomponio Flaco, soldado viejo de aquella milicia, y que por tener estrecha amistad con el Rey sería tanto más apto para engañarle.

Pasado á Tracia Flaco con mil promesas que hizo al Rey, aunque ya sospechoso y no ignorante de sus maldades, le persuade á entrar en los presidios romanos, donde, so color de honrarle como á rey, fué rodeado de buen número de gente, y entre ellos centuriones y tribunos, amonestándole y persuadiéndole; y cuanto más se alejaba de su tierra, con guardia más descubierta: finalmente, conociendo su necesidad, hubo de ser llevado á Roma. Allí, acusado en el

senado por la mujer de Coti, fué condenado á perpetuo y apartado destierro de su reino. La Tracia fué dividida entre Remetalce, su hijo, que se sabía haberse opuesto en los consejos del padre, y entre los hijos de Coti; y por ser pupilos, se ordenó á Trebeliano Rufo, varón pretorio, que gobernase entretanto el reino; á ejemplo de nuestros mayores, que enviaron á Egipto á Marco Lépido por tutor de los hijos de Tolomeo. Rescuporis, llevado á Alejandría, fué allí muerto, ó por haber tentado la huída, ó porque le imputaron ese delito.

En el mismo tiempo Vonón, detenido en Cilicia, como dijimos, so color de ir á caza, y cohechando las guardas, huyó con intento de no parar hasta Armenia, de allí pasar á los Albanos, á los Heniocos (1), y, finalmente, á casa de su pariente el rey de los Escitas: mas dejados los lugares marítimos, y tomando el camino de los bosques á uña de caballo, llegó al río Piramo (2), cuya puente, sabida la huída del Rey, fué rota por los del país; tal, que no pudiéndole pasar tampoco á vado, quedó en la orilla preso por Vibio Frontón, capitán de caballos. Después Remio Evocato, el cual antes había tenido á su cargo la guardia del Rey, con una cierta manera de cólera repentina, le atravesó con la espada el pecho; que fué causa de que muchos se acabasen de persuadir á que la huída había sido con su consentimiento, y la muerte porque no descubriese el delito.

Vuelto de Egipto Germánico halló anulado ó ejecutado al revés todo lo que había dejado ordenado en las legiones y en las ciudades, de que resultaron las palabras pesadas con que se resintió contra Pisón, y los atentados no menos pesados de Pisón contra Germánico. Tras esto determinó

(1) Los Albanos ó Albanenses habitaban la parte oriental del Cáucaso, á lo largo del mar Caspio. Los Heniocos estaban más inmediatos al Ponto Euxino.

(2) Río de Cilicia, que desagua en el golfo de Isso. Es el llamado hoy Geihum, ó mejor, Djiun.

Pisón de partirse de Siria; mas mudó de parecer, advertido de la enfermedad de Germánico. Poco después, con el primer aviso de que mejoraba, viendo que se satisfacía á los votos hechos por su salud, mandó que sus lictores arrojasen por el suelo las víctimas y el aparato de los sacrificios, turbando el regocijo con que solemnizaba aquella fiesta el pueblo de Antioquía. De allí pasó á Seleucia (1) á esperar el suceso de la nueva enfermedad en que Germánico había recaído, cuya violencia era fieramente acrecentada con persuadirse á que había sido atosigado por Pisón; en cuya prueba se hallaban osamentas y reliquias de cuerpos humanos, versos, conjuros, el nombre de Germánico esculpido en planchas de plomo, cenizas medio quemadas mezcladas con sangraza podrida, y otras muchas suertes de hechicerías, por las cuales se cree ofrecer las almas á los dioses infernales. A más de esto, eran acusados algunos de haber venido de parte de Pisón por espías del estado en que estaba la enfermedad.

Tomaba estas cosas Germánico no con menor enojo que miedo: «si por ventura se atrevía Pisón á sitiarle en su propia casa, si rendía el espíritu á vista de sus enemigos, ¿qué sería después de su miserable mujer y de sus tiernos hijuelos? Quizá, decía él, le parecerá que tarda el veneno en hacer su operación y solicitará las cosas á fin de quedar sólo con la provincia y con las legiones; pero aun no está tan acabado Germánico, ni le quedará al traidor el premio del homicidio». Escribe con esto una carta, por la cual despide á Pisón de su amistad. Añaden muchos que le mandó salir de la provincia. Pisón se embarca luego y hace vela, aunque dando tiempo al tiempo para poder ser más presto

(1) Encuéntranse en la geografía antigua hasta trece ciudades de este nombre. La Seleucia de que se hace mención en el texto, estaba situada á algunas millas de Antioquía, cerca del desembocadero del Orontes, y llevaba el sobrenombre de Piería, por estar cerca de una montaña llamada por los Macedonios Pierus.

de vuelta, caso que la muerte de Germánico le restituyese el gobierno de Siria.

Mejorado un poco el césar, y faltándole después del todo las fuerzas, viendo su fin cercano, habló así á los amigos que le estaban cerca: «Si yo muriese, oh amigos míos, de muerte »natural, podría justamente quejarme hasta de los dioses »de verme así robado antes de tiempo y en la flor de mis »años, á mis padres, á mis hijos y á la patria; mas ahora »que soy arrancado del mundo por la maldad de Pisón y »de Plancina, dejo en vuestros corazones mis últimos rue»gos, y os pido que refiráis á mi padre y á mi hermano »con cuántas crueldades despedazado, con cuáles traicio»nes oprimido, haya puesto fin á mi infelice vida con una »muerte mucho más desdichada y miserable. Si los que »pendían de mis esperanzas, si mis conjuntos en sangre »y aun muchos que me envidiaban vivo lloraren y compade»cieren de ver que yo, floreciente ayer y vencedor de tantas »batallas, muera hoy por engaños mujeriles, no perdáis la »ocasión de doleros en el senado y de invocar las leyes: »porque el principal oficio del amigo no es acompañar á su »amigo muerto con lamentos viles, sino tener memoria de »sus deseos y poner en ejecución sus últimas voluntades. »Llorarán á Germánico hasta los que no le conocieron; mas »vosotros tomaréis la venganza si acaso habéis tenido más »amor á mi persona que á mi fortuna. Mostrad al pueblo »romano la nieta del divo Augusto y mi mujer carísima: »contad de uno en uno los seis hijos, que yo me aseguro »que tendrán los acusadores la misericordia de su parte, y »que los que fingieren algunas injustas comisiones, ó no »serán creídos, ó no serán perdonados.» Juraron los amigos, tocando la diestra del mortal enfermo, de dejar primero la vida que la venganza.

Entonces, vuelto á su mujer, le rogó por el amor que le tenía y por los comunes hijos, que echada á un cabo toda altivez, acomodase su ánimo con la crueldad de la fortuna;

para que, vuelta á Roma, no irritase á los más poderosos con la emulación de la grandeza. Estas pa'abras habló en público y otras algunas en secreto, por las cuales se creyó que temía de Tiberio. Poco después rindió el espíritu con llanto universal de la provincia y de los pueblos vecinos. Doliéronse los reyes y las naciones extranjeras: tanta era la afabilidad que usaba con los amigos, y la mansedumbre y benignidad con los enemigos: venerable igualmente á los que le veían y á los que le oían: habiendo sostenido, ajeno de envidia y de arrogancia, la grandeza y gravedad de tan alta fortuna.

Sus funerallas, aunque sin estatuas y sin pompa, fueron harto célebres por sus loores y por la memoria de sus virtudes. Había quien por la belleza del cuerpo, por la edad, por la calidad de la muerte, y, finalmente, por la vecindad de los lugares donde murieron, igualaba sus hados con los del Magno Alejandro: ambos de hermoso aspecto, de nobilísimo linaje, de poco más de treinta años, muertos por asechanzas de los suyos entre gentes extranjeras. Mas que Germánico, además de las perfecciones de Alejandro, se mostraba apacible con los amigos, moderado en los deleites, contento con sola una mujer y cierto de sus hijos: ninguno le confesaba por menor guerrero, y todos le juzgaban por menos temerario, afirmando que le habían quitado como de las manos la honra de haber sujetado á toda Germania amedrentada ya por él con tantas victorias: que si hubiera sido árbitro de las cosas y tenido al fin el nombre y autoridad de rey, tanto más seguramente hubiera alcanzado la gloria de las armas, cuanto le llevaba ventaja en la clemencia, en la templanza y en las demás virtudes. Antes que se quemase el cuerpo, puesto desnudo en la plaza de Antioquía, donde se había de enterrar, no se acabó de declarar que mostrase señal de veneno (1), juzgando cada uno con-

(1) Suetonio, *Cal* I, y Plinio, XI, 71, refieren que al recoger

forme le movía la compasión de Germánico, la presente sospecha y el favor de Pisón.

Consultado después entre los legados y los demás senadores que allí se hallaban, á quién había de encargarse el gobierno de Siria, haciendo los demás poca instancia, estuvo un rato la causa entre Vibio Marso y Gneo Sencio: cedió después Marso á Sencio, como á más viejo y como á más violento solicitador. Éste, á instancia de Vitelio y de Veranio, que hacían el proceso contra los tenidos por culpados, envió á Roma á una mujer llamada Martina, tenida por hechicera pública en aquella provincia, muy amada de Plancina.

Mas Agripina, aunque casi consumida en llanto y con poca salud, impaciente á sufrir todo lo que se le difería la venganza, se embarcó con las cenizas de Germánico y con sus hijos; moviendo generalmente á compasión el ver que una mujer de tan gran nobleza, casada tan altamente, acostumbrada á ser vista en tantos actos de regocijo y veneración, iba ahora con aquellas funestas cenizas en el seno, dudosa de su venganza, cuidadosa de sí misma y por infelice fecundidad tantas veces expuesta á las mudanzas de fortuna. Alcanzóle á Pisón el mensajero con el aviso de la muerte de Germánico en la isla de Coó, y recibióle con tan poca templanza, que no se abstuvo de matar víctimas y visitar templos en hacimiento de gracias, no pudiendo disimular el gozo, mejor que Planeina templar su natural insolencia, la cual mudó luego el luto que traía por muerte de una hermana en hábito de alegría.

---

las cenizas de Germánico se encontró su cuerpo intacto, lo cual, según la física de aquellos tiempos, era una prueba incontestable de envenenamiento. Los acusadores de Pisón se valieron contra él de este argumento, mas se les respondió por una aserción no menos fútil, á saber, que tampoco el fuego consumía el corazón de las personas que habían muerto de consunción, *cordiaco morbo*. (Burnouf.)

Concurrían los centuriones, mostrándole la prontitud con que deseaban obedecerle las legiones y exhortándole á volver al gobierno de la provincia, quitada injustamente y no ocupada hasta entonces por alguno. Con esto, pidiendo consejo sobre lo que era bien hacer en aquel caso, su hijo Marco Pisón fué de parecer que debía ir luego á Roma, diciendo: «que no se había hecho hasta entoces cosa que no se pudiese justificar; que no se debía hacer caso de flacas sospechas, ni de la vanidad de la fama; que la discordia que había tenido con Germánico, por ventura podía ser digna de odio, pero no de castigo; que el dejarse quitar la provincia bastaría por satisfacción á sus enemigos; donde volviendo á ella con la resistencia de Sencio, era dar principio á una guerra civil; que no perseverarían en su parcialidad los centuriones y soldados, en quien estaba fresca la memoria de su general; antes era de creer que prevalecería siempre en ellos el entrañable y envejecido amor para con los césares».

Discurrió en contrario Domicio Celere, íntimo amigo de Pisón, diciendo: «que se debía servir del buen suceso. Que á él y no á Sencio se había consignado el gobierno de Siria. A Pisón se habían dadò los fasces, la autoridad de pretor y las legiones. Si sucede, decía él, algún insulto, ¿quién más justamente puede oponerse con las armas que el que tiene la autoridad del legado y las propias comisiones del príncipe?» Añadía «que era bien dar tiempo á que se fuesen desvaneciendo las nuevas; que á las veces aun apenas los inocentes pueden resistir á los recientes odios. Mas que teniendo el ejército y aumentando las fuerzas, muchas cosas, que no era posible prevenirlas, tendrían mejor salida; si no es que queramos, decía él, solicitar nuestra llegada á Roma para entrar con las cenizas de Germánico, y que el llanto de Agripina y el ignorante vulgo te arrebaten al primer rumor, sin admitirte defensa ni disculpa. Tienes de tu parte la conciencia de Augusta y el favor

de César, aunque disimulados, y el poderte asegurar de que los que lloran la muerte de Germánico, al parecer con mayor sentimiento, son los que más se huelgan de ella».

No fué menester mucho para inducir á Pisón á este parecer, por ser más conformes á su naturaleza todos los consejos feroces y precipitados; y así escribió á Tiberio disculpándose con acusar el fausto y la soberbia de Germánico, y mostrando cómo había sido echado de la provincia por designios de novedades, á donde había vuelto á encargarse del ejército para gobernarle con la misma fe que antes lo había hecho. Despacha juntamente á Domicio con una galera á Siria, mandándole que vaya engolfado, lejos de los puertos y de las islas. Recoge y divide en compañías los fugitivos de las legiones, y arma los mozos de servicio, y arrimados los bajeles á tierra firme, toma una bandera de soldados nuevos que iban á Siria. Escribe á los príncipes de Cilicia que le envíen ayudas, no mostrándose perezoso en los ministerios de la guerra el mozo Pisón, sin embargo de que le había disuadido.

Y así costeando la Licia y la Panfilia, encontradas las galeras que llevaban á Agripina, las unas y las otras como enemigas se pusieron en arma; aunque partiéndose entre ellos el miedo, no llegaron á más que á injuriarse de palabras, entre las cuales, Marso Vibio intimó á Pisón que fuese á Roma á defender su causa; mas él, como haciendo burla, respondió: «que comparecería cuando el pretor de los hechizos hubiese señalado el día al reo y á los acusadores». En tanto, llegado Domicio á Laodicea, ciudad de Siria, y determinado de ir á la guarnición de invierno de la legión sexta, por parecerle más aparejada que las otras á tentar cosas nuevas, fué prevenido por el legado Pacuvio. Sencio escribió á Pisón advirtiéndole que se guardase de inquietar el ejército con alborotadores y la provincia con guerra. Y recogiendo los que se acordaban de Germánico y los que le pareció que eran contrarios de sus enemigos, poniéndo-

les en consideración la grandeza del emperador y que Pisón armaba contra la república, recogió buen número de gente aparejada á menear las manos.

Mas Pisón, aunque no le salieron como pensaba sus primeras empresas, no dejaba de encaminar todas las cosas que por entonces le parecían más seguras. Y así ocupó en Cilicia un castillo harto fuerte llamado Celenderi. Porque habiendo mezclado los socorros enviados por los príncipes cilicios con los fugitivos del campo, los soldados nuevos que dijimos y la chusma de sus esclavos y los de Plancina, los había dividido todos y ordenado en forma de una legión. Y llamándose legado de César, publicaba que no había sido echado de su provincia por las legiones, que antes bien le llamaban, sino por Sencio, el cual con falsas calumnias quería cubrir el odio particular. «Mostrémonos, decía, una vez en batalla, que no pelearán aquellos soldados en viendo á Pisón, llamado ya por ellos padre, pues fuera de que nos acompaña la justicia, no podemos tenernos por inferiores en las armas.» En esto tiende las escuadras delante los reparos del castillo en un collado pedregoso y peinado ceñido por la otra parte de la mar. Mostrábanse en contrario los soldados viejos de Sencio con buena ordenanza y sus acostumbrados socorros. De acá fortaleza de soldados, de allá aspereza de sitio; mas no ánimo, ni esperanza, ni apenas armas, sino rústicas y tomadas acaso. Venidos á las manos, no hubo en qué dudar sino hasta que las cohortes romanas subieron á lo llano: los Cilicios puestos en huída se encerraron en el castillo.

En este medio tentó Pisón, aunque en vano, de acometer la armada de Sencio que esperaba el suceso poco lejos de allí; y vuelto al castillo, desde los muros, ora lamentándose, ora llamando á los soldados por sus nombres, ora ofreciendo premios, procuraba encaminarlos á sedición; tal, que un alférez de la sexta legión se pasó á él con la bandera. Entonces Sencio, al sonido de los cuernos y trompetas, hace

dar el asalto, poner escalas, pasar adelante los más atrevidos, y los otros arrimar las máquinas, arrojar dardos, piedras y hachas de fuego. Finalmente, vencida la pertinacia de Pisón, rogó que, entregadas las armas, se le concediese poder quedar en el castillo hasta que César declarase quién había de presidir en Siria. No admitidas las condiciones, se le dieron solamente navíos y viaje seguro para Italia.

Luego que se publicó en Roma la enfermedad de Germánico, y, como sucede en las cosas que vienen de lejos, aumentándose siempre en peor lo que traía la fama, se hinchó todo de dolor, de enojo y de lamentos. Decían «que no era maravilla si le pretendía él acabarle, haberle desterrado á tan lejos tierras; que para este efecto se había dado á Pisón el gobierno de Siria; que á esto se encaminaban los consejos secretos de Augusta con Plancina; que habían dicho bien, hablando de Druso, los viejos de su tiempo, esto es, que no agrada á los que reinan la naturaleza amable y apacible de sus hijos; y finalmente, que se habían buscado caminos para sacar del mundo al uno y al otro, sólo porque hubieran restituído la libertad al pueblo romano». Este común murmurio del vulgo, sabida con certidumbre la muerte, se encendió de manera que, antes del edicto de los magistrados, antes del decreto del senado, tomando todos de su autoridad las ferias y vacaciones, desamparan los negocios del foro, cierran las puertas de las casas; por todas partes silencio ó gemidos, no por ostentación ó cumplimiento, teniendo más altamente apasionado el ánimo de lo que se podía mostrar en lo exterior con lágrimas y luto. Sucedió que algunos mercaderes partidos de Siria, viviendo Germánico, trajeron buenas nuevas de su salud: créense al punto y al punto se divulgan: cualquiera que oiga alguna cosa, por leve que fuese, lo refería á los otros, y en boca de todos se iba aumentando la ocasión del común regocijo. Con esto corren por la ciudad y desquician las puertas de los templos. Ayudó á la credulidad la noche,

por poderse afirmar en ella las cosas con mayor certeza. No trató Tiberio de oponerse á estas falsas nuevas hasta que el tiempo las desvaneciese, y sabiendo el pueblo la verdad, como si se le arrebataran de nuevo, lo lloró más amargamente.

Fueron hallados ó decretados los honores á la memoria de Germánico, según que cada cual se hallaba rico de invención ó de amor para con él. «Que su nombre se cantase de allí adelante en los versos saliarios (1); que se le pusiesen sillas curules (2) en el teatro, en el lugar dedicado á los sacerdotes augustales, y encima de ellas coronas de encina (3); que en los juegos del circo se llevase siempre delante su estatua de marfil; que no se hiciese flamine, ni agorero en su lugar sino del linaje de los Julios: arcos en Roma, en las riberas del Rhin y en el monte Amano de Siria, con inscripciones de sus hazañas y cómo había muerto por la república; sepulcro en Antioquía donde fué quemado; tribunal en Epidafmo donde acabó la vida.» Sería imposible contar las estatuas que se le dedicaron y los lugares que se le establecieron para ser venerado en ellos. Y tratándose de dedicarle un escudo de oro (4) de notable grandeza entre los autores elocuentes, ordenó Tiberio que no excediese á los que de ordinario se acostumbraban dedicar á los otros, pues no era justo juzgar de la elocuencia por la fortuna, quedando harto ilustrado en esta parte sólo con ser cantado entre los antiguos escritores. El estamento de caballeros llamó Germánica á la tropa de caballos que antes

---

(1) Lo cual era lo mismo que poner á Germánico entre los dioses, que eran los únicos á quienes se dirigían los cantos de los sacerdotes salios.

(2) Honor insigne que sólo se había otorgado á César y á Marcelo, al primero en vida y á éste después de su muerte.

(3) Era la corona cívica que había sido en otro tiempo dada á Augusto.

(4) En el cual se esculpían los bustos de los personajes ilustres, y que se colgaba en la sala del senado.

se solía llamar Junia, instituyendo que en la fiesta de mediado Julio (1) se trajese su imagen por estandarte. Quedan todavía muchas cosas de éstas, algunas se olvidaron luego y otras más tarde por la injuria del tiempo.

Estando todavía fresca la tristeza, Livia, hermana de Germánico y mujer de Druso, tuvo de un parto dos hijos varones; de que, como cosa rara y regocijada hasta entre gente pobre, se alegró tanto Tiberio, que no se pudo contener de alabarse en pleno senado de haber sido el primero entre todos los Romanos de su calidad á quien hubiese sucedido el tener en su linaje dos hijos de un parto, acostumbrado á atribuir á gloria suya hasta las cosas fortuitas. Mas al pueblo en tal tiempo hasta esto le fué ocasión de dolor, pareciéndole que el aumento de hijos en Druso, disminuía más la casa de Germánico.

En aquel año se refrenó con graves decretos del senado la deshonestidad de las mujeres, y en particular se ordenó que ninguna que tuviese ó hubiese tenido abuelo, padre ó marido caballero romano, pudiese ganar torpemente; porque Vestilia, de linaje pretorio, había denunciado al oficio de los ediles su vida deshonesta; costumbre de los antiguos que reputaban por bastante pena á las mujeres manchadas de impudicicia el confesar la profesión del mal. Titidio Labeón, marido de Vestilia, fué requerido á dar cuenta de sí, porque según las leyes no había castigado á su mujer, culpada de este delito; y excusándose él con que no eran pasados aún los sesenta días concedidos para deliberar, pareció que bastaba castigar solamente á Vestilia, la cual fué desterrada á la isla de Serifón (2). Tratóse tambien de

(1) El 15 de Julio se celebraba una fiesta en honor del orden ecuestre, en la cual los caballeros romanos, coronados de ramos de olivo, cubiertos con la trabea (V. nota 2 del lib. III) y adornados con sus decoraciones militares, iban en solemne y ostentosa cabalgata al Capitolio.

(2) Hoy día Serfo ó Serfanto, pequeña isla del Archipiélago y una de las Ciclades.

extirpar la religión de los Egipcios y Judíos, decretando los senadores que cuatro mil de buena edad, de casta de libertinos, inficionados de aquella superstición, fuesen llevados á Cerdeña para reprimir los ladronicios que en aquella isla se hacían; á donde si venían á morir por causa de intemperie del aire, el daño sería de ninguna consideración: á todos los demás se mandó que saliesen de Italia si dentro de cierto tiempo no renunciaban á sus ritos profanos.

Después de esto propuso César que se recibiese una virgen en lugar de Occia, que había presidido cincuenta y siete años con gran santidad á los sacrificios vestales. Y agradeció á Fonteyo Agripa y á Domicio Polión que con la oferta que hicieron de sus hijas, parece que contendían entre sí sobre cuál tenía más amor á la república. Dióse el lugar á la hija de Polión, no por otra cosa sino porque su madre estaba todavía en su primer matrimonio: donde Agripa con discordias, y finalmente con divorcio, había disminuído el número de sus hijos. Consoló Tiberio á la otra por la afrenta de verse estimada en menos con darle veinticinco mil ducados (un millón de sextercios) para su dote.

Quejándose el pueblo de la carestía de vituallas, puso con precio moderado tasa en el trigo, ofreciendo de su dinero dos reales (dos sextercios) por hanega á los mercaderes que lo sacasen á vender á la tasa. Ni por esto quiso aceptar el nombre de *padre de la patria*, puesto que se le habían ofrecido ya otra vez; y reprendido ásperamente á los que habían dado á sus ocupaciones nombre de *divinas* y llamádole *señor*. A cuya causa era peligroso y arduo negocio el hablar en tiempo de un príncipe que temía la libertad y aborrecía la adulación.

Hallo acerca de los escritores y de los más viejos de aquel tiempo haberse leído en el senado las cartas de Adgandestrio, príncipe de los Catos, en las cuales se ofrecía de matar á Arminio si se le enviaba veneno para ejecutarlo, y que se

le respondió «que el pueblo romano acostumbraba tomar venganza de sus enemigos abiertamente y por fuerza de armas, y no con engaños ni con secretas inteligencias»: con cuya gloria se igualaba Tiberio á aquellos primeros generales de ejércitos que evitaron y descubrieron al rey Pirro el veneno que se le aparejaba. Mas Arminio, partidos los Romanos y expedido Maroboduo, tentando el hacerse rey, tuvo por contrarios á los populares, acostumbrados á la libertad; y perseguido con las armas, después de haber hecho la guerra con varia fortuna, fué al fin muerto por engaño de sus parientes: hombre verdaderamente á quien debe la Germania su libertad, y que no provocó al imperio romano á sus principios, como los otros reyes y capitanes, sino cuando estaba más floreciente. No fué siempre victorioso en sus batallas, aunque sí jamás acabó de vencer en sus guerras. Tuvo treinta y siete años de vida y doce de potencia: hoy en día se canta de él entre los bárbaros; no alcanzó á ser conocido en los anales de los Griegos, porque esta gente no hace admiración sino de sus cosas: ni de los Romanos ha sido celebrada su memoria, porque mientras andamos procurando exaltar las cosas antiguas, nos descuidamos de las modernas.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Agripina con las cenizas de Germánico llega á Brindis y de allí á Roma.—Druso vuelve al Ilírico.—Pisón, vuelto á Roma, es acusado de venenos y de majestad ofendida; á cuya causa, viendo por todas partes rigor y desconfianza, se priva de la vida.—Tacfarinas renueva la guerra en Africa, y es roto por Lucio Apronio, procónsul.—Emilia Lepida es acusada y condenada de venenos y adulterios. — Templa Tiberio la ley Papia Popea, ejercitada hasta allí con rigor.—Vuelve otra vez á inquietar la provincia Tacfarinas, para cuya defensa se nombra Junio Bleso.—Son condenados algunos caballeros romanos por el delito de majestad.—Rebélanse las Galias por industria de Sacroviro y Floro, y vuélvelas al yugo el valor de las legiones germánicas.—Propónese y déjase á un mismo tiempo el cuidado de moderar los excesivos gastos y superfluidades.—Toma Druso la potestad tribunicia.—El flamine dial apetece el concurrir al gobierno de las provincias.—Asilos ó lugares de refugio de los Griegos, reformados y reducidos á orden.—Cayo Silano condenado por las leyes de residencia y majestad.—Bleso rompe y disipa á Tacfarinas, tomando en prisión á su hermano.—Muerte y entierro de Junia, nobilísima mujer.

Todo en espacio de tres años.

		CÓNSULES.
A. de R. 773.	De J. C. 20	M. Valerio. C. Aurelio.
774	21	Cl. Tiberio Nerón Druso César.
775	22	C. Sulpicio Galba D. Haterio Agrip

Agripina, navegando en el rigor del invierno sin jamás tomar puerto, llegó á Corfú, isla frontero de Calabria (1): allí se detuvo algunos pocos días, procurando componer el ánimo, precipitosa en el llanto y no acostumbrada á sufrir. Sabida en tanto su venida, los amigos más íntimos de Germánico y muchos soldados que habían militado con él, y otros también no conocidos de las villas vecinas, parte pensando hacer servicio al príncipe, parte por hacer como los otros, acudieron á Brindis, como al puerto más célebre y más seguro que podía tomar la armada. Donde no tan presto fué descubierta en alta mar, que no sólo el puerto y las riberas vecinas, sino los muros, los tejados y los lugares más altos se descubrieron de gente llorosa y afligida, preguntándose unos á otros si habían de recibirla con aclamaciones ó con silencio. Estaba todavía en duda cuál de estas dos cosas convenía hacer en aquella ocasión, cuando poco á poco se llegó la armada, no con los remeros alegres, como acostumbra cuando toma puerto, sino todos llenos de general tristeza. Mas en saliendo del bajel Agripina con sus dos hijos, abrazada con la urna fúnebre, y con los ojos clavados en el suelo, se comenzó un llanto universal indistinto, sin que pudiera conocerse cuál era de amigos ó de extranjeros, cuál de hombres ó cuál de mujeres, sino que los nuevos en el dolor prevalecían á los que venían con Agripina, cansados ya del continuo llanto.

Había enviado César dos cohortes de su guardia con orden que los magistrados de Calabria, de Pulla y de Campania hiciesen los últimos honores á las cenizas de su hijo, las cuales, traídas en hombros de los tribunos y centuriones, marchaban delante las banderas descompuestas y los

(1) Burnouf observa con razón que la isla de Corcira, hoy Corfú, solamente es fronteriza de la Calabria. En cuanto la Calabria antigua, llamada también *Nessapia* y *Yapigia*, era mucho más extensa que la actual, puesto que comprendía la punta de Italia que se adelanta en el mar Jonio al S. E. de la Apulia.

litores con los fasces al revés: y como iban pasando por las colonias, concurría el pueblo vestido de luto, y los caballeros con sus trabeas (1), y los demás, conforme á la posibilidad del lugar, quemaban vestiduras, olores y otras cosas que se acostumbran quemar en los mortuorios. De las villas apartadas del camino salían á él, hacían altares, ofrecían víctima á los dioses Manes, testificando lo íntimo de su dolor con lágrimas y voces. Fuéle á encontrar Druso á Terracina con Claudio, hermano de Germánico, y con los hijos que había dejado en Roma. Los cónsules Marco Valerio y Marco Aurelio, que habían comenzado ya á ejercer su oficio, el senado y gran parte del pueblo cubrían el camino y esparciéndole acá y acullá conforme á sus afectos, lloraban sin adulación alguna; porque á todos era notorio lo mal que podía disimular Tiberio el contento que le causaba la muerte de Germánico.

No salieron en público Tiberio ni Augusta, juzgando que no convenía á la majestad imperial el llorar públicamente, ó porque, expuestos á los ojos de todos, no se descubriese el fingimiento de sus aspectos. No hallo que por los escritores ó por las memorias de cada día (2) se haga mención de haber hecho alguna señalada demostración Antonia, madre de Germánico, hallando nombrados á Agripina, á Druso, á Claudio y á los demás parientes; quizá por hallarse

---

(1) Especie de toga hecha toda de púrpura ó adornada de muchas tiras horizontales de este color. La primera era el vestido sagrado con que se envolvía á las deidades: la segunda era un traje real adoptado por Rómulo y sus sucesores, de los cuales pasó á los cónsules, que la llevaban en ciertas solemnidades públicas, y á los caballeros, que se la ponían para presentarse al *censor* en la fiesta de los idus de Julio, y en circunstancias especiales como la de que se habla en el texto.

(2) Eran las actas oficiales del pueblo romano, donde, al modo que en nuestras gacetas ó boletines, se apuntaban los hechos políticos, los juicios, las fundaciones de edificios, los nacimientos, matrimonios, divorcios y muertes de los personajes ilustres.

enferma aquellos días, ó porque, vencida del dolor, no le bastase el corazón á ver con los ojos la grandeza del mal. Yo creería que la detuvieron consigo Tiberio y Augusta, y que como ellos no salieron de casa, gustaron de acreditar su sentimiento por el mismo camino que le mostraba la madre del difunto.

El día que las cenizas se encerraron en el sepulcro de Augusto parecía Roma, ora un desierto por el silencio, ora un infierno por los llantos. Las calles ocupadas, el campo Marcio lleno de hachas encendidas, los soldados armados, los magistrados sin sus insignias ordinarias, el pueblo dividido en sus tribus, gritando «que era llegada la ruina de la república y que ya no les quedaba esperanza»; y esto tan pronta y descubiertamente como si del todo se hubieran olvidado de que tenían señor. Pero ninguna cosa penetró más el corazón de Tiberio que el aplauso de la gente en general para con Agripina, á quien llamaban «honra de la patria, residuo de sangre de Augusto, único ejemplo de la antigüedad»; y vueltos al cielo rogaban por salud para su descendencia y que viviese más que los ruines.

Había quien deseara la pompa públlca de aquellas funerallas conforme á las honras y magnificencias que hizo Augusto á Druso, padre de Germánico, que le salió á recibir hasta Pavía en medio del invierno asperísimo y sin apartarse jamás del cuerpo; que entró acompañándole en Roma, con el túmulo rodeado de estatuas de Claudios y de Julios; que fué llorado en el foro, alabado en los rostros (1); y que finalmente se hizo cuanto inventaron nuestros mayores, ó acrecentaron los modernos. Donde en contrario á Germánico no se le hicieron cumplidamente las honras debidas y acostumbradas á cualquier hombre noble: que hu-

(1) Dábase este nombre á la tribuna establecida en el foro romano, á la cual subían los oradores para hablar al pueblo, llamada así por estar adornada con los espolones de las naves (*rostra*) cogidos á los Volscos de Antio en la guerra latina.

biese sido quemado bien ó mal el cuerpo en tierras extrañas, respecto al largo viaje, no era maravilla; mas tanto había de ser mayor la honra después, cuanto la suerte se lo había negado antes. No salió su hermano más adelante de una jornada, ni su tío se dignó de salirle á encontrar siquiera hasta la puerta. ¿Dónde están los antiguos institutos? ¿dónde la efigie sobre el túmulo? ¿dónde los versos en memoria de las virtudes del difunto, los loores, las lágrimas y las demás apariencias siquiera de tristeza?

Sabíalo todo Tiberio, y por tapar la boca al vulgo, le amonestó por un edicto, diciendo en sustancia: «que habían muerto muchos ilustres romanos en servicio de la república, y que ninguno había sido tan deseado universalmente: cosa señalada y de gran honra para él y para todos, con tal que no excediese los límites de la razón: porque no convienen aquellas mismas cosas á los príncipes y á un pueblo que manda, que á las casas y ciudades inferiores: que había estado en su lugar dar el debido sentimiento al reciente dolor, y no lo estaría menos el buscar algún alivio á tanta tristeza: que era ya tiempo de retirar el ánimo á su quietud y fortalecerle, como hizo el divo Julio perdida su hija única, y el divo Augusto arrebatados del mundo sus sobrinos, los cuales procuraron echar de sí todo desconsuelo: que no habia necesidad de valerse de ejemplos antiguos, ni acordarse de cuántas veces sufrió constantemente el pueblo romano las rotas de sus ejércitos, la muerte de sus capitanes y la extirpación de sus antiguas y nobles familias: que eran los príncipes mortales, mas la república eterna. Por tanto, que volviesen á sus acostumbrados ejercicios, y acercándose ya el tiempo de los juegos Megalenses (1), tornasen á gozar de sus gustos y pasatiempos».

Rompidas con esto las vacaciones, se volvió á los nego-

(1) Los juegos de la gran diosa. Celebrábanse en las nonas de Abril.

cios, y Druso partió para los ejércitos del Ilírico, estando todos con el ánimo levantado en pedir venganza contra Pisón. Dolíanse de que entretanto se anduviese él recreando por los lugares amenos de Asia y de Acaya, por subvertir con esta arrogante y maliciosa detención las pruebas de sus maldades: porque ya se sabía que aquella Martina, famosa hechicera, enviada, como he dicho, por Gneo Sencio, era muerta súbitamente en Brindis, y que le habían hallado el veneno escondido en las trenzas de los cabellos, sin señal alguna en su cuerpo de haberse quitado ella misma la vida.

Mas Pisón, enviado delante á Roma á su hijo con instrucción de ir mitigando el ánimo del príncipe, se va la vuelta de donde estaba Druso, esperando no hallarle más riguroso para con él á causa de la muerte de su hermano, que favorable por haberle librado de tal competidor. Tiberio, para mostrar la entereza de su justicia, recibiendo al mozo benignamente, usó con él de la misma liberalidad que acostumbraba usar con los demás hijos de personas tan nobles. Druso respondió á Pisón «que si era verdad lo que se publicaba no podía dejar de tener particular sentimiento; mas que deseaba fuese todo falso y vano para que la muerte de Germánico no pudiese ocasionar la ruina de nadie». Todo esto dijo en público, sin concederle audiencia secreta; y no se puso duda en que tuvo instrucción de su padre, porque siendo en las demás cosas poco advertido y fácil por la juventud, usaba en aquella ocasión de astucias de viejo.

Pisón, atravesado el mar de Dalmacia y dejando sus bajeles en Ancona, por la Marca, y después por la vía Flaminia, alcanzó la legión que se hacía venir de Panonia á Roma, para de allí enviarla de guarnición á la provincia de África; de donde después nació la voz de que en la ordenanza y en viaje había hecho muchas veces ostentación de sí á los soldados. De Narni, por no dar sospecha ó porque á quien teme todos los consejos son inciertos, haciéndose

llevar por la Nera al Tíber, acrecentó el enojo del vulgo el ver su barca abordada al túmulo de los césares (1) en un día que acertó á ser solemne, y en aquella frecuencia, desembarcando él con gran acompañamiento de criados y clientes, y Plancina de mujeres, todos con muestras de gran alegría. Provocaba también el odio universal su casa levantada sobre la plaza, ornada como para una gran fiesta (2), banquete copioso, viandas exquisitas, y por el concurso y publicidad del lugar nada escondido.

El día siguiente Fulcinio Trión citó á Pisón ante los cónsules. Por otra parte, Vitelio, Veranio y los otros que habían acompañado á Germánico, decían «que Trión no tenía para qué entrometerse en aquello, ni ellos como acusadores, sino como testigos, querían dar los indicios del hecho y declarar lo que les había encargado Germánico»: por lo cual, dejando Trión de seguir este cabo del proceso, alcanzó el poder acusar á Pisón de su vida pasada, y pidióse al príncipe que se encargase del conocimiento de toda la causa; de que no le pesó al reo por el temor con que estaba del favor del pueblo y del senado. Donde en contrario sabía que Tiberio solía hacer poco caso de los rumores populares, y que se hallaba interesado en los secretos consejos de su madre; fuera de que discierne mejor las cosas verdaderas y las dudosas un juez solo, pudiendo demasiado acerca de los muchos el aborrecimiento y la envidia. No ignoraba Tiberio el peso que tomaría sobre sus espaldas con encargarse del conocimiento de la causa, ni la fama que corría de él; y así, llamando algunos pocos de sus más familiares, oyó de una parte las amenazas de los acusadores y de la otra los ruegos del reo. Hecho esto, remitió enteramente la causa al senado.

---

(1) Este sepulcro se hallaba situado en el Campo de Marte, entre el Tiber y la vía Flaminia.

(2) Esto es, iluminada y decorada al exterior con laureles.

Entretanto, volviendo Druso del Ilírico, sin embargo de que los senadores habían decretado que entrase en Roma con el triunfo de ovación, por haber recibido á merced á Maroboduo y por las demás cosas hechas el verano antes, difiriendo aquel honor para otra ocasión, entró en la ciudad privadamente. Tras esto, pidiendo Pisón por abogados á Lucio Aruncio, Fulcinio, Asinio Galo, Esernino Marcelo y Sexto Pompeyo, y rehusándolo ellos con varias excusas, obtuvo en su lugar á Marco Lepido, Lucio Pisón y Liveneyo Regulo; y así estaba con atención toda la ciudad por ver la fidelidad con que se gobernaban los amigos de Germánico, en que confiaba el reo, y si Tiberio sabía esconder y reprimir bastantemente sus afectos, ó si se le echaban de ver. Atento á estas cosas el pueblo hablaba, aunque secretamente, con más libertad que nunca contra el príncipe, de quien hasta con el silencio publicaba ruines sospechas.

El día que se juntó el senado para esta causa, César con prevenida templanza habló así: «A Pisón, ya en otro tiempo »legado y amigo de mi padre, dí, con parecer vuestro, por »coadjutor á Germánico en la administración de las cosas »de Oriente. Si allí con desobediencia ó emulación ha exas- »perado el ánimo del mozo, alegrándose de su muerte, ó »finalmente dádosela con maldad y traición, bien es que se »juzgue con entereza; porque si el legado ha excedido los »límites de su oficio, perdido el respeto á su superior, y »alegrádose de su muerte y de mi llanto, le aborreceré, le »privaré de mi casa y vengaré las enemistades particula- »res, no como príncipe. Mas si se prueba delito tan atroz, »que deba satisfacerse con la muerte de alguno, dad á vos- »otros mismos, á los hijos de Germánico y á mí, que soy »su padre, el justo consuelo que necesitamos. Considerad »juntamente si á la verdad Pisón ha incitado el ejército á »inquietudes: si movido de ambición ha procurado ganar »el favor de los soldados y vuelto á entrar armado en la »provincia: averígüese si estas cosas son falsas ó engran-

»decidas por los acusadores, de cuyo sobrado afecto y dili»gencias excusadas me duelo con razón. Porque, ¿á qué »propósito poner desnudo en una plaza el cuerpo de Ger»mánico, y manosearle á vista del vulgo, publicar hasta »entre los extranjeros que murió atosigado, si estaba toda»vía en duda, y como veis se investiga la verdad? Confiésoos »que lloro á mi hijo y que le lloraré siempre; mas no por »esto prohibo al reo que deje producir todo lo que pueda »ayudar á su justificación, aunque sea redargüir á los acu»sadores con alguna maldad de Germánico. Y ruégoos que »no porque esta causa es tan conjunta como veis con mi »dolor, os resolváis en admitir por probados los delitos so»lamente imputados al reo. Si el parentesco y la confianza »le han proveído á Pisón de abogados, ayudadle en su pe»ligro muy en buen hora con la elocuencia y cuidado que »pudiéredes. Al mismo trabajo y á la misma distancia me »ha parecido también exhortar á los acusadores. Exceda»mos en esto sólo á las leyes en honra de Germánico; es á »saber, que la causa tocante á su muerte se vea en la curia »y no en el foro; por el senado, y no por los jueces; sea »tratado lo demás con igual modestia y templanza. Ninguno »tenga respeto á las lágrimas de Druso, á mi tristeza, ni »tampoco á lo que puede fingirse contra nosotros.»

Asignaban después de esto dos días para producir la acusación, y al cabo de otros seis, tres al reo para dar sus defensas. Entonces Fulcinio declaró que había gobernado á España con ambición y avaricia; delitos viejos y vanos, que probados, no le dañaban, purgados los nuevos, ni defendidos, le absolvían de los más graves. Después de él, Servio, Veranio y Vitelio con igual afecto, aunque Vitelio con más elocuencia, expusieron: «que Pisón por odio de Germánico y deseo de novedades, con dar sobrada licencia á la gente de guerra y con disimular las injurias hechas á los pobladores de la provincia, había sobornado los ánimos militares hasta hacerse llamar por los más ruines padre de

las legiones; que en contrario había usado mil crueldades con la gente más granada, especial con los amigos y compañeros de Germánico; y últimamente, que no había dudado de quitarle la vida con hechizos y con veneno. Que á este efecto habían hecho él y Plancina mil sacrificios y nefandas inmolaciones; que empuñó después las armas contra la república; tal, que para llegar á poderse conocer de sus excesos, había sido fuerza pelear con él y vencerle en batalla».

Estaba su defensa dudosa en los demás cabos; porque ni el ganar á los soldados con ambición, ni el haber recibido en la provincia gente facinerosa, ni las injurias hechas á Germánico, podían negarse. Sólo el delito del veneno parecía purgado, porque ni aun los mismos acusadores lo confirmaban bien con decir que estando una vez junto á Germánico, por quien fué convidado á un banquete, con achaque de servirle le había atosigado la vianda: pareciendo absurdo y disparate grande el pensar que se pudiese atrever á tal, rodeado de criados ajenos, con tantos ojos sobre sí, sin los del mismo Germánico: y el reo ofrecía que fuese interrogada su familia, pidiendo ministros para la tortura: mas los jueces por diversas cosas se mostraban implacables. César por la guerra movida á la provincia, el senado por no acabarse de persuadir á que Germánico era muerto sin engaño, murmurándose que no negaba menos esta verdad Tiberio que Pisón. Oíanse fuera las voces del pueblo afirmando que emplearían las manos, caso que Pisón se librase del juicio de los senadores: habiendo entretanto arrastrado sus estatuas á las Gemonias, y las despedazaran, si no las hubiera defendido y vuelto á su lugar la autoridad del príncipe. Pisón, pues, metido en una litera, fué vuelto á llevar por un tribuno de las cohortes pretorias; creyendo unos que iba por guardia de su persona y otros para quitarle la vida.

El mismo aborrecimiento universal había contra Planci-

na; pero alcanzaba más favor; y á esta causa se estaba en duda de lo que César emprendería contra ella. La cual, mientras Pisón tuvo algunas esperanzas, se ofrecía de acompañarle en cualquier fortuna, y si el caso lo pedía, hasta en la misma muerte. Mas en obteniendo ella perdón por secretos ruegos de Augusta, comenzó poco á poco á separarse del marido y á dividir las defensas: lo que tomado de Pisón por señal mortal, estando á esta causa en duda si gastaría tiempo en ayudarse, animado por sus hijos se resolvió en entrar de nuevo en el senado: donde hallando renovada la acusación, los senadores más alterados, y toda cosa contraria y cruel, nada le desanimó tanto como el ver á Tiberio sin piedad y sin ira, obstinado y cubierto, por no declarar sus afectos. Llevado otra vez á su casa á título de querer pensar nuevas defensas, escribió algunas cosas, y selladas, las dió á un liberto suyo. Atendió después al usado cuidado del cuerpo, y pasada buena parte de la noche, en saliendo su mujer del aposento, mandó cerrar las puertas, y al nacer del día fué hallado en tierra degollado y la espada cerca de él.

Acuérdome haber oído decir á los muy viejos que fué visto muchas veces en manos de Pisón un papel no divulgado por él; mas decían sus amigos que era de letra de Tiberio, y que contenía los mandatos contra Germánico: el cual estuvo resuelto de producirle en el senado y de argüir con él al príncipe: y lo hiciera, si con unas promesas no se lo disuadiera Seyano. Y que no se mató él mismo, sino que se envió quien le quitase la vida. No me atreveré á afirmar ninguna de estas cosas: mas no he querido callar la relación de aquellos que vivieron hasta nuestra juventud. César, mostrado en lo exterior disgusto de que con esa muerte se había pretendido hacerle aborrecible al senado, con continuas preguntas iba investigando de la manera que Pisón había pasado aquel último día y aquella noche. Y habiéndole dicho sobre esto su hijo muchas cosas con prudencia

y muchas con inconsideración, leyó finalmente el memorial hecho por su padre, dictado casi en esta sustancia: «Oprimido de la conspiración de mis enemigos contra mí y del odio del falso delito, pues que ni mi verdad ni mi inocencia tienen lugar, llamo á los dioses inmortales por testigos de cómo he vivido para contigo, oh César, siempre fiel, y no con menor afición para con tu madre: á entrambos encomiendo mis hijos, de los cuales Gneo Pisón, por haber estado siempre en Roma, no le debe tocar parte de mi mala fortuna. Marco Pisón me disuadió el volver á Siria, y pluguiera á los dioses que hubiera cedido yo antes á mi hijo mozo que él á su padre viejo: por lo cual tanto más apretadamente pido que mi culpa y mi temeridad no arrebaten también al inocente. Ruégote, pues, por mis servicios de cuarenta y cinco años, por el consulado que ejercimos tú y yo juntos, con aprobación del divo Augusto, tu padre, y gusto particular tuyo, y por la memoria de un amigo que ya no te puede pedir otra merced, que me la hagas de conceder la vida á mi infelice hijo.» De Plancina no hizo mención alguna.

Después de esto, Tiberio absolvió al mozo Pisón del delito de la guerra civil, diciendo que no le había sido lícito desobedecer á su padre. Tuvo también compasión á la nobleza de aquel linaje y á la infelicidad de Pisón, aunque en todas maneras merecida. Fué baja y vergonzosa cosa que defendiese á Plancina, poniendo por excusa el habérselo rogado su madre, contra la cual se encendían las secretas pláticas de todos los buenos, diciendo: «¡Es posible que »pueda ver una abuela delante de sí la matadora de su nie»to, y que esta la hable y la libre de las manos del senado! »¡Que á solo Germánico se niegue lo que conceden las leyes »á cualquier ciudadano! ¡Que sea llorado César por Vitelio »y por Veranio, y por el emperador y por su madre defen»dida Plancina! Convierta y emplee de hoy más Plancina »los venenos y encantos tan á su salvo experimentados,

»contra Agripina y sus hijos, para que la venerable abuela »y generoso tío se acaben de hartar de la sangre de esta »más que infelice casa». Pasáronse con esto dos días so color de hacer el proceso de Plancina; instando Tiberio con los hijos de Pisón á encargarse de la defensa de su madre. Y aunque los testigos y acusadores gritaban á porfía contra ella, sin que nadie respondiese, pudo finalmente más la misericordia que el aborrecimiento. Pidióse primeramente el voto al cónsul Aurelio Cota (porque cuando César proponía, hacían también los magistrados oficio de consejeros votando en las causas) (1), y fué de parecer que el nombre de Pisón se rayase de los fastos; que una parte de sus bienes se confiscase y la otra se hiciese gracia de ella á su hijo Gneo Pisón, con tal que mudase su sobrenombre (2). Que Marco Pisón, degradado del senado, dejándole solamente ciento veinticinco mil ducados (cinco millones de sextercios) de hacienda, fuese desterrado por diez años, y que Plancina fuese absuelta, mediante los ruegos de Augusta.

Fueron moderadas por el príncipe muchas cosas de esta sentencia: que no se borrase el nombre de Pisón de los fastos, pues quedaba el de Marco Antonio habiendo hecho guerra á la patria, y el de Julo Antonio que violó la casa de Augusto. Libre á Marco Pisón de aquella ignominia, concediéndole toda la hacienda de su padre, mostrándose, como he dicho atrás, harto firme en menospreciar el dinero, y ya entonces, por la vergonzosa absolución de Plancina, mucho más aplacado. Prohibió que se pusiese estatua de oro en el templo de Marte vengador, como había aconsejado Valerio Mesalino, y altar á la Venganza, como que-

(1) Los magistrados que, en tiempo de la república, no tenían derecho á emitir su opinión en el senado, la daban en el nuevo gobierno, si bien no podían hacerlo hasta que el emperador hubiese puesto á discusión el asunto.

(2) Tomó el de Lucio.

ría Cecina Severo, con decir que estas cosas se suelen consagrar por las victorias ganadas de los extraños, y que los males de casa deben cubrirse con la tristeza. Había añadido Mesalino que en honra de la venganza de Germánico se diesen gracias á Tiberio, á Augusta, á Antonia, á Agripina y á Druso, olvidándose el nombrar á Claudio; á cuya causa Lucio Asprenate, en pleno senado, preguntó á Mesalino si había sido voluntario aquel olvido; y entonces se añadió en el decreto el nombre de Claudio. Verdaderamente que cuanto más voy observando las cosas nuevas é investigando las antiguas, tanto más se me representa ante los ojos la locura y vanidad de los mortales en cualquier cosa que sea: no había hombre de quien tan poco se acordase la fama, á quien se estimase en menos, ni de quien se tuviesen menos esperanzas que éste á quien la fortuna escondidamente nos tenía guardado para príncipe.

Pocas días después el senado, con orden de Tiberio, dió la dignidad de sacerdotes á Vitelio, Veranio y Severo. Á Fulcinio prometió su favor siempre que se opusiese á los honores, advirtiéndole que procurase no precipitar su elocuencia con la sobrada violencia en el hablar. Este fué el fin que tuvo la venganza de la muerte de Germánico, de la cual se discurrió variamente no sólo entre los hombres de aquellos tiempos, sino también en los que siguieron después. Tan inciertas y dudosas son las cosas grandes: miéntras unos tienen por cierto todo lo que oyen, otros vuelven en contrario la verdad, y al fin se van aumentando con el tiempo ambas opiniones. Druso, saliendo de Roma por hacer su entrada con majestad y buen agüero (1), tornó luego á entrar en triunfo de ovación; y pocos días después murió

(1) Como los generales romanos tenían que deponer el mando al entrar en Roma, era indispensable, para que Druso pudiese verificar su ovación, que saliese de la ciudad, á donde había ido para celebrar los funerales de su hermano, y que tomase de nuevo el mando y consultase los auspicios.

Vipsania, su madre, sola la cual, entre todos los hijos de Agripa, dejó de morir de muerte violenta, porque los demás, ó descubiertamente murieron á hierro, ó como se creyó, de veneno y de hambre.

En este año Tacfarinas, vencido, como dije, el año pasado por Camilo, renovó la guerra en África, primero con corredurías no prevenidas por la presteza, después con arruinar villas y hacer grandes presas, y á lo último sitiando junto al río Pagida (1) una cohorte romana. Gobernaba aquel puesto Decrio, soldado valeroso y práctico, el cual, teniendo á deshonra el estar sitiado y exhortando á los suyos á pelear en campaña, los saca fuera del alojamiento en ordenanza. Mas siendo al primer ímpetu rota la cohorte y puesta en huída mientras en medio de las armas y tiros arrojadizos detiene á los que huyen y da voces á los alféreces, que se avergüencen de volver las espaldas á gente fugitiva y desordenada; herido y perdido un ojo, aunque todavía fiero contra el enemigo, no cesó de pelear hasta que, desamparado de los suyos, dejó la vida.

Sabido este suceso por Lucio Apronio, que había sucedido á Camilo, ofendido más de la vileza de los suyos que de la reputación que ganaba el enemigo, hizo matar con las varas á todos los que salieron diezmados de aquella vergonzosa cohorte, castigo hecho raras veces en aquel tiempo, aunque muy usado por los antiguos. Y aprovechó de suerte este rigor, que una sola bandera de quinientos veteranos puso en rota después á la misma gente de Tacfarinas que había ido sobre la fortaleza de Tala (2). En esta batalla Rufo Elvio, soldado ordinario, ganó la honra de haber salvado la vida de un ciudadano, en premio de lo cual le dió Apronio

(1) Probablemente el Abeadh, en la provincia de Constantina.

(2) Ciudad de Numidia, situada no lejos del desierto, si bien se ignora cuál era á punto fijo el lugar que ocupaba. Fué arruinada en la guerra de César contra Juba.

los collares de oro y una lanza. El césar le añadió la corona cívica, doliéndose, no que le pesase, de que Apronio no se la hubiese dado con la autoridad de procónsul. Mas Tacfarinas, viendo á los Númidas perdidos de ánimo, dejándose de sitiar tierras, comienza á dividir la guerra, retirándose cuando era seguido, y de nuevo acometiendo á las espaldas. Todo el tiempo que siguió este consejo, sin recibir daño, cansaba y burlaba á los Romanos; mas mientras vuelto á los lugares marítimos se estaba en los alojamientos atento á guardar la presa, Apronio Cesiano, enviado por su padre con la caballería y auxiliarios junto con los infantes sueltos de las legiones, peleó con él prósperamente haciéndole retirar á los desiertos.

Mas en Roma, Lepida, la cual, fuera de la reputación del linaje Emilio, tuvo por bisabuelos á Lucio Sila y á Gneo Pompeyo, fué acusada de haber fingido la preñez y el parto de Plubio Quirino, hombre rico y sin hijos, añadiéndole adulterios, venenos, y haber investigado cosas por vía de caldeos en daño de la casa de César, defendiendo su causa Manio Lepido, su hermano. Quirino, aborreciéndola aun después de haberla repudiado, puesto que infame y culpada la hacía digna de compasion. No se pudo conocer con facilidad en esta causa la intención del príncipe: de tal manera supo confundir y entremezclar las demostraciones de ira y de clemencia, habiendo rogado primero al senado que no se tratase aquella causa como delito de majestad; mas después apercibió á Marco Servilio, varón consular, y á otros testigos, para que dijesen lo que había mostrado desear que se callase. Tras esto hizo entregar en manos de los cónsules á los criados de Lepida, que hasta entonces había estado con guardia de soldados, si bien no consintió que fuesen examinados con tortura por lo que tocaba á él y á su casa. Quitó á Druso, que estaba nombrado para cónsul, el privilegio de votar primero, atribuyéndolo algunos á humanidad y modestia, por no necesitar á los otros á seguir su parecer, y

otros á crueldad por poderle hacer arrimar después al voto que tratase de condenarla.

Lepida, compareciendo en el teatro en los juegos que se hacían aquellos días que se veía su causa, acompañada de mujeres nobles, con miserables lamentos, llamando sus antecesores y al mismo Pompeyo, cuyas eran aquellas memorias y estatuas que allí se veían, movió á tanta piedad al pueblo, que, deshecho en lágrimas, decía mil males de Quirino, á cuya vejez, privada de sucesión y de nobleza, hubiese sido dada una mujer destinada para serlo de Lucio César, y nuera del divo Augusto. Mas después que con la confesión de los criados en el tormento se sacaron á la luz sus maldades, fué aprobado el parecer de Rubelio Blando, es á saber, que fuese privada de agua y de fuego. A este voto se arrimó Druso, si bien hubo muchos que juzgaron más mansamente. Poco después, á instancia de Escauro, que de ella tenía una hija, se le concedió que no se le confiscasen los bienes. Y entonces descubrió Tiberio haber sabido con certidumbre, hasta de los criados de Quirino, que Lepida le había querido atosigar.

Esta adversidad de estas dos familias ilustres, habiendo casi en el mismo tiempo perdido los Calpurnios á Pisón y los Emilios á Lepida, tuvo algún alivio con la gracia que se hizo á Decio Silano, restituyéndole al linaje de los Junios. Contaré brevemente este suceso. Así como en las cosas públicas tuvo Augusto á la fortuna favorable, asimismo fué en las de su casa poco dichoso, por la deshonestidad de su hija y de su sobrina, que fueron desterradas por él de Roma, y los adúlteros castigados con muerte ó con destierro: porque llamando al pecado público entre hombres y mujeres con el grave nombre de ofendida religión ó majestad, excedía los límites de la clemencia de sus predecesores y de las propias leyes hechas por él. Contaré los sucesos de los otros y las cosas de aquella edad, si, acabadas éstas que traigo entre manos, me sobrare vida para escribir más.

Decio Silano, pues, adúltero de la sobrina de Augusto, aunque no se hizo otra demostración contra él que privarle de la amistad de César, conoció bien que tácitamente se le declaraba el destierro: ni Marco Silano, hermano suyo, estimado por su gran poder, calidad y elocuencia, se atrevió á impetrar perdón del senado ni del príncipe hasta que imperó Tiberio. El cual, dándole Silano las debidas gracias, le respondió en presencia de los senadores que se holgaba también él de que hubiese vuelto su hermano de tan larga peregrinación, y que lo había podido muy bien hacer no habiendo sido desterrado por decreto del senado ni por ley. Si bien para con él quedaban vivas las mismas ofensas hechas á su padre, no habiendo la vuelta de Silano derogado la voluntad de Augusto. Vivió después en Roma sin alcanzar jamás honor ni dignidad alguna.

Trátase después de esto de moderar la ley Papia Popea (1), hecha por Augusto siendo ya viejo, después de las leyes Julias (2), por aumentar las penas á los que no se casaban, y alimentar el erario, si bien no por eso se aumentaban los casamientos, ni la crianza de los hijos, prevaleciendo el uso del celibato; tal, que de día en día crecía la muchedumbre de los que se ponían voluntariamente al

---

(1) Fué promulgada en el año 762 bajo los cónsules subrogados M. Papio Mutilo y Q. Popeo Segundo. El objeto de esta ley era proteger los matrimonios otorgando numerosos é importantes privilegios á los casados con hijos, y desposeyendo de algunos derechos á los célibes de uno y otro sexo, cuyo número crecía, con harto perjuicio de las costumbres y hasta de la misma sociedad, Véase acerca de dicha ley á HEINE, CCII, *ant. roman.*, etc., l I, f. 25; á MONTESQUIEU, *Esprit des lois*, XXXIII, 21; á HUGO. *Hist. du droit romain*, § 295, 296, y la nota 11 al libro XV de los Anales.

(2) La ley Julia, *de Maritandis ordinibus*, fué promulgada por Augusto en 736 con igual objeto que la de que acabamos de hablar, y porque se creía, por medio de ella reparar las inmensas bajas que había tenido la población á consecuencia de las guerras civiles que habían costado á la república, tan sólo en soldados, más de 80.000 hombres.

riesgo de la pena, visto que muchas casas estaban destruídas y acabadas por la interpretación de los acusadores, de suerte que como en otro tiempo daba cuidado la muchedumbre de los vicios, no le daba menor en este la multiplicación de las leyes. Esto nos convida á discurrir desde más atrás del principio que tuvo la administración de la justicia, y el modo en que se ha venido á esta infinita variedad y cantidad de leyes.

Vivían los primeros hombres sin ningún siniestro apetito, sin vituperio ó maldad alguna, y á esta causa, sin penas y sin necesidad de corrección: no había tampoco necesidad de premio, apeteciéndose lo justo y lo honesto por su propia causa, y donde nada se deseaba contra el deber, nada tampoco era vedado con el temor. Mas después que se fueron despojando de esta igualdad, y en vez de la templanza y de la vergüenza entraron la fuerza y la ambición, comenzaron á establecerse los señoríos, perpetuándose acerca de diversos pueblos: y á muchos ó luego ó después de haber experimentado el dominio real agradaron las leyes. Estas al principio eran sencillas y sin artificio, respecto á reinar en los ánimos de los hombres estas mismas calidades, celebrando mucho la fama las de los Cretenses, dadas por Minos, de los Espartanos por Licurgo, y después de éstas las que Solón dió á los Atenienses, más exquisitas y en mayor número. A nosotros nos gobernó Rómulo á su voluntad. Obligó después Numa al pueblo á la religión y al derecho divino. Tulo y Anco inventaron algunas; pero sobre todos fué Servio Tulio el principal inventor de las leyes á quien los reyes obedeciesen también.

Desposeído Tarquino, el pueblo, por defender la libertad y establecer la paz, ordenó muchas cosas contra los bandos y ligas de los senadores. Creáronse los diez varones, y recogidas por todas partes las más famosas leyes, se compusieron las doce tablas, compendio de toda equidad y justi-

cia: porque si bien las leyes que se hicieron después fué algunas veces en orden á castigar delitos, no hay duda en que las más se fueron estableciendo por fuerza ó por disensiones entre los estamentos, ó por adquirir honras ilícitas, ó, finalmente, por echar de la ciudad á los varones de mayor esplendor, y por otras cosas ruines semejantes á éstas. Con este dolor fueron alborotadores del pueblo los Gracos y los Saturninos: ni Druso se mostró menos pródigo en nombre del senado, cohechando á sus aliados con la esperanza, ó engañándolos con varios impedimentos y oposiciones. Después, ni por las guerras de Italia, ni por las civiles que siguieron luego, se dejaron de hacer muchas y diversas leyes, hasta que Lucio Sila, dictador, anuladas ó corregidas las primeras y añadiendo otras muchas más, dió algún breve reposo á esta ocupación, hasta que sobrevinieron las sediciosas leyes de Lépido, y poco después la licencia restituída á los tribunos de barajar el pueblo á toda su voluntad. Y ya desde entonces, no sólo en común, sino contra particulares se hacían estatutos; tal, que nunca se vió más estragada la república que cuando tuvo más número de leyes.

Gneo Pompeyo entonces fué elegido tercera vez cónsul (1) á título de reformar las costumbres: el cual, usando

(1) Había sido nombrado cónsul en 702 de Roma, con el encargo de reformar el Estado. Entre las varias leyes que en aquella ocasión promulgó, fué una de ellas el poner en vigor la que obligaba á los canditatos á solicitar en los comicios los sufragios en persona. Hizo confirmar por el pueblo el senadoconsulto, por el cual se prohibía que se diesen las provincias á los cónsules y á los pretores hasta cinco años después de haber desempeñado su cargo; y por último, hizo otra ley sobre cohecho, que se extendía á los delitos cometidos después de veinte años. Ahora bien, él mismo violó la primera, autorizando á César para pedir el consulado estando ausente; la segunda haciéndose prorrogar por cinco años el Gobierno de España, y la tercera, arrancando á la acción de la justicia á su cuñado Scipión Metelo, á quien se hacían los más severos cargos. Tácito alude á estas violaciones cuando dice en seguida, *suarumque legum auctor idem et subversor.*

de remedios más rigurosos que el propio mal, fué él mismo autor y destruidor de sus leyes, perdiendo por las armas lo que procuró defender con ellas. Después, siguiéndose una continua discordia de veinte años (1), no quedó rastro de justicia ni de buena costumbre, y no sólo quedaban las maldades sin castigo, pero muchas veces se aplicaba á las cosas honestas y á la virtud. Finalmente, César Augusto en el sexto consulado, seguro de su poder, anuló todo lo que había ordenado en su triunvirato, y dió leyes para que nos sirviésemos de ellas en tiempo de paz y debajo del gobierno de un príncipe. Fuéronse tras esto apretando las ataduras de las leyes, especial en la observancia de la Papia Popea, hasta dar salarios y premios á los espías y acusadores, para que si alguno moría sin haber sido padre sucediese el pueblo romano como padre universal. Pero ellos excedían de sus comisiones, despojaban á Roma, á Italia y á los ciudadanos doquiera que los hallaban, de tal manera, que tenían ya destruídos á muchos y atemorizados á todos, cuando Tiberio determinó de remediarlo, sacando por suerte cinco sujetos que habían sido cónsules, cinco del orden pretorio y otros tantos de lo restante del senado: éstos, desatando muchos nudos y varias implicaciones de aquella ley, fueron por entonces de algún alivio.

En este tiempo, no sin risa de los oyentes, rogó Tiberio á los senadores que tuviesen por bien de habilitar á Nerón, hijo de Germánico, entrado ya en la juventud, para que, sin haber ejercitado el oficio del magistrado de los veinte varones (2), pudiese ser admitido al de cuestor cinco años

---

(1) Desde el tercer consulado de Pompeyo hasta la batalla de Accio, en el 723.

(2) Denominación colectiva que comprendía cuatro clases de magistrados, á saber: los *triumviri capitales*, los *triumviri monetales*, los *quatuorviri viales* y los *decemviri litibus judicandi*, ó presidentes de las diferentes secciones del tribunal de los centumviros.

antes de lo que permitía la ley, alegando que á él y á su hermano se había concedido lo mismo á instancia de Augusto: mas ni aun entonces pienso que dejarían de burlar secretamente de semejante demanda, con ser al nacimiento de la grandeza de los Césares, y hallarse más cercanos á las antiguas costumbres, con el parentesco menos estrecho de los antenados para con el padrastro, que del abuelo para con el nieto. Añadiósele el pontificado, y el primer día que compareció en la plaza se dió un donativo al pueblo, alegre y regocijado de ver ya á un hijo de Germánico en edad juvenil. Acrecentó la alegría poco después el matrimonio de Nerón con Julia, hija del Druso; y á esta medida fué el sentimiento universal de que al hijo de Claudio se le destinase Seyano por suegro, pareciendo que con aquello se manchaba la nobleza de aquel linaje, y que levantado ya de suyo Seyano á excesivas esperanzas, se le daba ocasión para esperar más.

A la fin del año murieron dos varones señalados; es á saber: Lucio Volusio y Salustio Crispo. Volusio, de antiguo linaje, aunque sus pasados no habían llegado á más que á ser pretores, él alcanzó el consulado, y fué censor para la elección de las decurias de la gente de á caballo, y el que comenzó á juntar las grandes riquezas de que aun hoy en día florece aquella casa. Crispo fué de linaje de caballeros, aceptado en la familia de aquel Cayo Salustio, excelente historiador de las cosas de Roma, como nieto de su hermana. Éste, aunque pudo fácilmente tener entrada á los honores y oficios honrados de la república, todavía deseando imitar á Mecenas, siguió el mismo estilo, y sin llegar á ser senador se adelantó en autoridad á muchos que habían triunfado y sido cónsules: fué diverso de la antigua forma de vivir, en el ornato de su persona y en el aliño y regalo de su casa, y por la abundancia de riquezas casi pródigo. Tuvo con todo eso el ánimo vigoroso, apto para negocios grandes, y tanto más despierto, cuanto procuraba mostrar-

se más soñoliento y para poco. Viviendo Mecenas, fué la segunda persona y después la primera de quien se confiaron los más íntimos secretos de los emperadores, y uno de los que supieron de la muerte de Postumo Agripa. En llegando á la vejez, retuvo más la apariencia que la fuerza de la privanza del príncipe, como sucedió también á Mecenas: cosa fatal que la privanza de corte sea raras veces durable; quizá porque los príncipes se avergüenzan de haber acabado de dar todo lo que pueden, ó los privados se empalagan viendo que no les queda ya más que desear.

Sigue el cuarto consulado de Tiberio, y el segundo de Druso, memorable por la compañía de padre é hijo; porque dos años antes tuvo Germánico el mismo honor con Tiberio, no tan amable al tío, ni tan conforme á su naturaleza. El cual, al principio de este año, so color de recrearse y mirar por su salud, se retiró en el país de Campania; mas, á la verdad, él pensaba continuar por mucho tiempo aquella ausencia de Roma, quizá porque Druso, faltándole el padre, ejerciese sólo los negocios del consulado; y casualmente una cosa bien ligera, aunque después fué ocasión de notable contraste, la dió al mozo para hacerse bienquisto con el pueblo. Domicio Corbulon, varón pretorio, se quejó en el senado de Lucio Sila, mancebo notable, porque en el espectáculo de gladiatores no le había dado su lugar. Tenía de su parte Corbulon la edad, la costumbre de la patria y el favor de los senadores más viejos: en contrario, Mamerco Escauro, Lucio Aruncio y otros parientes de Sila abogaban por él. Contendióse con largas oraciones, contando ejemplos antiguos en que con gravísimos decretos se habían castigado los desacatos juveniles, hasta que Druso comenzó á discurrir sobre la materia con tanta discreción y razones tan acomodadas á quietar los ánimos alterados, que Mamerco, tío y padrastro de Sila, facundísimo orador de aquella edad, se resolvió en dar satisfacción á Corbulon. El mismo Corbulon, exclamando después que por negligencia

de los magistrados y por fraude de los arrendadores obligados al aderezo de los caminos estaban infinitos por toda Italia del todo impracticables, recibió con gusto la comisión que se le dió de aquel negocio; el cual no salió después tan provechoso para el uso público, cuanto calamitoso á muchos, contra cuyas honras y haciendas con penas y confiscaciones se encruelecía.

Poco después escribió Tiberio á los senadores, como hallándose la provincia de África en trabajo por las correndurías de Tacfarinas, convenía que el senado eligiese un procónsul experto en la milicia y de salud robusta para ejercitar aquella guerra. Esto dió ocasión á Sexto Pompeyo de desfogar el odio que tenía concebido contra Marco Lépido, llamándole hombre de poco, pobre, afrenta de su linaje, y por esto digno también de ser privado de concurrir ni entrar en suerte para el gobierno de Asia. El senado en contrario excusaba á Lépido, juzgando que lo que en él parecía poquedad y descuido no era sino una cierta bondad y llaneza natural, y que la poca hacienda que le dejó su padre y su nobleza, sustentada sin reproche, debían causar en él antes honor que vituperio. Y así, fué enviado á Asia. En cuanto al gobierno de África, se decretó que César nombrase á quien le diese gusto.

Mientras se trataba de estas cosas, aconsejó Severo Cecina que no permitiese á ningún gobernador de provincia el llevar consigo á su mujer, habiendo primero muy á lo largo dado cuenta de cómo vivía él en paz y en concordia con la suya, de quien había tenido seis hijos. Sin embargo, había observado en su casa lo que aconsejaba que se estableciese para servicio público, dejando siempre á su mujer en Italia, aunque por espacio de cuarenta años le había sido forzoso salir diversas veces y á varias provincias. Decía, «que no sin causa ordenaron los antiguos que no se llevasen las mujeres á las tierras de los aliados ni á provincias extranjeras: que donde están las mujeres, embarazan y es-

torban muchas veces la paz con su excesos y disoluciones, y la guerra con su temor, reduciendo la ordenanza romana á una semejanza del marchar bárbaro; que este sexo es no solamente flaco y poco apto para los trabajos, pero si se le deja la rienda, cruel, ambicioso y deseoso de mandar; huélgase de marchar entre los soldados y de tener á su devoción los centuriones: testigo Plancina, que no se avergonzaba de presidir á los ejercicios militares de las cohortes y á las decursiones de las legiones (1): que lo pensasen bien y hallarían que de todas las quejas de residencia, las culpas principales se imponen de ordinario á las mujeres, á causa de arrimarse á su favor de ellas los más ruines de las provincias; que emprenden todos los negocios y los concluyen á su voluntad; que son necesarias dos cortes y dos tribunales, siendo las mujeres mucho más obstinadas y rigurosas en sus mandatos: las cuales, antiguamente puestas en regla por las leyes Oppias y otras (2), limados ya los hierros, no habían parado hasta tomar la superintendencia de las cosas, de los negocios y de los ejércitos.»

Fueron oídas estas cosas con aprobación de pocos, y muchos las reprobaban y contradecían, tanto por no haber sido hecha proposición, como por no parecerles Cecina digno censor de cosa de tanto momento. Tomó, pues, la mano Valerio Mesalino, hijo de Mesala, en quien vivía la imagen de la elocuencia de su padre, y respondió: «que

(1) Decursiones eran ciertas reseñas ó alardes que, armados de todas armas, hacían cada semana los soldados romanos.—*Nota del T. E.*

(2) La ley Oppia fué promulgada en el año 541 de Roma, durante la segunda guerra púnica, por el tribuno C. Oppio. Por ella se prohibía á las mujeres poseer para su uso más de media onza de oro, llevar vestidos de varios colores y hacerse llevar por Roma ó á mil pasos de distancia de ella en carruaje tirado por caballos, como no fuese para ir á los sacrificios públicos. Esta ley fué revocada en 559 á pesar de la oposición de Catón, entonces cónsul.

muchas cosas antiguas, duras y enojosas se hallaban trocadas en otras mejores y más apacibles el día presente, en el cual no estaba Roma, como entonces, rodeada de guerras, ni con las provincias enemigas; que se conceden algunas cosas por la necesidad de las mujeres, que no son cargosas á sus propios maridos, cuanto y más á las provincias. Todo lo demás es común entre los dos, y no trae consigo algún impedimento á la paz: que á la guerra no hay duda en que se debe ir sin embarazos, pero volviendo un hombre de los trabajos de ella, ¿cuál recreación más honesta puede concedérsele que su propia mujer? Que á la verdad han caído algunas en ambición y avaricia: mas sepamos, ¿cuántos y cuántos hombres constituídos en magistrados habemos visto sujetos á mil pasiones desordenadas? ¿Será bien dejarse de enviar por esto quien gobierne las provincias? Concedamos que se han estragado muchos maridos por los defectos y vicios de sus mujeres: por ventura, ¿háse de inferir de aquí que todos los por casar serán enteros y justos gobernadores? Agradaron ya las leyes Oppias por pedirlo así los tiempos de la república; mas no por eso se dejaron de moderar y mitigar después, cuándo y cómo pareció conveniente. En vano vamos procurando dar otros nombres á nuestra flojedad, si la culpa de que las mujeres excedan de sus límites la tienen sólo los maridos; por lo cual sería sin justicia privar á todos del consuelo y recíproca participación en las cosas prósperas y adversas, por la bajeza de ánimo de algunos, y no menor temeridad el dejar aquel sexo naturalmente débil y flaco en poder de sus excesos y de los deseos desordenados de los otros. Si apenas con la vigilante guardia del marido vemos que se conservan sin ofensión los matrimonios, ¿qué será si por discurso de años, casi como en forma de divorcio, las desamparamos y nos olvidamos de ellas? Remédiense, pues, los excesos que se cometen en otras partes de tal manera, que no nos olvidemos de los que se hacen en Roma.» Añadió Druso algunas

pocas cosas de su matrimonio, diciendo: «que muchas veces conviene á los príncipes ir á visitar hasta los lugares más apartados del imperio, y las que el divo Augusto había ido acompañado de Livia al Oriente ó al Occidente, ya que él había ido también al Ilírico, y si el caso lo pidiese, iría ni más ni menos á otras; mas no siempre con el ánimo quieto si le había de ser forzoso el dividirse de su amada mujer, de quien tenía tantos hijos.» Así, fué rechazado el consejo de Cecina.

En el siguiente senado Tiberio, después de haber por indirectas reprendido á los senadores de que dejaban todos los cuidados á cargo del príncipe, nombró á Marco Lépido y á Junio Bleso para que el senado proveyese en uno de ellos el proconsulado de África. Oyéronse entonces los discursos de ambos á dos, excusándose Lépido con su poca salud, con la edad de sus hijos y con tener una hija para casar: entendiéndosele á más de esto mucho mejor lo que callaba, es á saber, que siendo, como era, Bleso tío de Seyano, forzosamente había de ser más favorecido. También hizo Bleso como que se excusaba, aunque mostrando menos resolución que Lépido: con todo eso fué oído con gran aplauso por los aduladores.

Después de esto, las quejas conservadas en los corazones de muchos salieron finalmente á luz. Habíase introducido una licencia á los más ruines de decir injurias y vituperios á gente noble y virtuosa, con sólo el refugio de poderse asir á una estatua de César (1). Y hasta los libertos y esclavos, atreviéndose á decir malas palabras y aun amenazar á señores y patronos, comenzaban ya á hacerse temer. Sobre lo cual Cayo Cesio, senador, discurrió diciendo: «que verdaderamente los príncipes están en la tierra en lugar de los

(1) No sólo se aseguraba la impunidad á los que se refugiaban cerca de la estatua del emperador reinante, sino hasta á los que tenían una imagen suya en las manos.

dioses, los cuales no oyen los ruegos de los suplicantes si no son justos, ni se concede el acudir por refugio al Capitolio y á los demás templos de Roma, para servirse de ellos los ruines como de escudo de sus maldades y atrevimientos: que las leyes debían de estar ya del todo aniquiladas y pervertidas, pues que Ania Rufilia, convencida por él y condenada de falsedad en juicio, osaba injuriarle y amenazarle en la plaza y á la puerta de palacio, sin atreverse él á invocar el favor de la justicia, por estar asida á una estatua del emperador.» Comenzando otros á contar semejantes cosas y aun más ofensivas se levantó un gran murmurio, rogando incesantemente á Druso que se dignase de hacer sobre ello un castigo ejemplar: el cual, llamada y convencida Rufilia, mandó que fuese llevada á la cárcel pública.

Fueron castigados después de esto Considio Equo y Celio Cursor, caballeros romanos, no menos con la autoridad del príncipe que con decreto del senado, por haber puesto falsa acusación de majestad á Magio Ceciliano, pretor. Ambas cosas resultaron en gran loor de Druso; además de que con estarse en Roma y dejarse tratar y conversar familiarmente, hacía que se sintiese menos la condición retirada y escabrosa de su padre. Ni sus excesos y disoluciones se echaban á mala parte, diciendo «que era mejor gastar el día en espectáculos y la noche en banquetes, que estarse solo y sin poderse divertir con algún pasatiempo, de mil cuidados dañosos, pues esto bastaba que lo tuviesen á su cargo Tiberio y sus fiscales; en cuya prueba Ancario Prisco acusó á Cesio Cordo, procónsul de la isla de Creta, de dineros mal llevados, con la añadidura acostumbrada en aquellos tiempos á todas las acusaciones, es á saber, de majestad ofendida. Ni más ni menos Tiberio, viendo que Antistio Vetere, de los más principales de Macedonia, había sido absuelto del delito de adulterio, reprendió ásperamente á los jueces, y le volvió á citar para que se defen-

diese del de majestad ofendida; teniéndole por hombre sedicioso, y que había participado en los consejos y empresas de Rescuporis cuando, habiendo muerto á su hermano Coti (1), trató de hacernos la guerra. Por lo cual le fué prohibido el agua y el fuego, desterrándole á una isla lejos de Macedonia y de Tracia. Porque la Tracia, dividida entre Remetalce y los hijos de Coti, de los cuales, por su menor edad, había sido nombrado tutor Trebeliano Rufo, estaba combatida de varias discordias por el mal gobierno de los nuestros, culpándose no menos á Remetalce que á Trebeliano de no haber castigado los agravios hechos á la gente de aquellos pueblos. Los Celetos, Odrusios (2) y otras naciones poderosas tomaron las armas debajo de varios capitanes, iguales entre sí en bajeza de sangre, causa bastante para no acabarse de unir jamás ni hacer cosa de momento. Una parte de esta gente comenzó á inquietar los lugares vecinos, otros pasaron el monte Hemo para levantar los pueblos más remotos. Los más y mejor en orden sitiaron al rey en Filipópoli, ciudad edificada por Filipo, rey de Macedonia.

Sabido esto por Publio Veleyo, que gobernaba el ejército más cercano, envió algunas tropas de caballos con la gente suelta de las cohortes contra los que esparcidos iban robando ó recogiendo socorros. Él, con el nervio de su infantería, marchó en socorro de los sitiados. Ambas cosas sucedieron prósperamente, porque los robadores fueron degollados; y moviéndose disensión entre los que sitiaban á Filipópoli, hizo el Rey una salida tan valerosa, que con

(1) La palabra latina *frater* debe tomarse aquí por próximo pariente; según el mismo Tácito (A. II, 64), Coti era sobrino de Rescuporis.

(2) Los primeros habitaban, divididos en dos tribus, los unos al pie del monte Heno (hoy día cadena de los Balkanes), y los otros al pie del Rodopo. Los Odrusios residían más cerca de las fuentes del Hebro, en el país llamado en la actualidad la Maritza.

ella y con la llegada de la legión se acabó de ganar la victoria. No es mi intento dar á este suceso nombre de batalla, no muriendo en ella sino gente vagabunda y medio armada, sin pérdida de una gota de sangre nuestra.

En este mismo año comenzaron á rebelarse las ciudades de las Galias oprimidas de deudas; de que fué en los Treveros fiero estímulo Julio Floro, y entre los Eduos Julio Sacroviro, iguales en nobleza y en merecimientos de sus mayores, á cuya causa se les concedió el privilegio de ciudadanos romanos, que se daba raras veces y sólo en premio de virtud. Estos, con secretas plátieas juntando los más atrevidos, ó los que por pobreza ó por miedo de sus maldades se hallaban necesitados á cometerlas, juntan en uno, Floro los Belgas, y Sacroviro los Galos vencidos, y en las juntas y secretos conventículos procuraban encaminar los ánimos á la sedición, discurriendo de la continuación de los tributos, del gran exceso de las usuras, de la crueldad y soberbia de los presidentes, y que los soldados, sabida la muerte de Germánico, habían comenzado á discordar entre sí: mostraban el tiempo cómodo para cobrar su libertad, hallándose ellos en su flor, la Italia deshecha, el vulgo de Roma vil por el ocio y no menos inhábil para la guerra, sin haber otra cosa de algún valor sino los extranjeros.

Con esto no hubo apenas ciudad alguna que no quedase inficionada de esta semilla de sedición. Los primeros á rebelarse fueron los Andegavos y los Turonenses (1): á los Andegavos refrenó Acilio Aviola, legado, con ayuda de la cohorte qne estaba de presidio en León. Los de Turena fueron rotos por los legionarios que envió Viselio Varro, legado de la Germanía inferior, con orden de estar á la del mismo legado Aviola, á quien acompañaron también algunos de los más principales Galos, deseando disimular la

(1) Los de Anjou y los de Tours.—*Nota del T. E.*

traición hasta poderla ejecutar más á su salvo. Entre los cuales fué visto pelear en favor de los Romanos á Julio Sacroviro con la cabeza descubierta, para mostrar, según decía, su valor; mas los prisioneros afirmaron después que no lo había hecho sino por darse mejor á conocer y evitar las heridas de las armas arrojadizas. Consultáronse estas cosas con Tiberio y no hizo caso de los primeros avisos, y con su larga suspensión alimentó la guerra.

Atendía en tanto Floro á ejecutar sus designios y á persuadir á una ala de gente de á caballo levantada en los Treveros debajo de nuestra milicia y disciplina, á que matando los mercaderes romanos, comenzasen la guerra; y ganó las voluntades de algunos, quedando los más en fe. Otra cantidad de gente baja, falidos y endeudados, acompañados de sus clientes y secuaces, tomó las armas y se encaminaban hacia la selva Ardena si no se lo impidieran las legiones enviadas de ambos ejércitos por diferentes caminos de orden de Viselio y Cayo Silo. Julio Indo, de la misma ciudad que Floro, aunque su enemigo y á esta causa más deseoso de honrarse de él, enviado delante con gente escogida, acabó de deshacer aquella desordenada muchedumbre. Floro, burlando á los vencedores deseosos de su prisión, y retirándose á ciertos escondrijos, á causa de verse tomados todos los pasos, con su propia mano se quitó la vida. Este fué el fin que tuvo el tumulto de los Treveros.

En los Eduos fué tanto mayor la conmoción, cuanto la ciudad es más opulenta, y cuanto se hallaban más lejos las fuerzas para reprimirla. Augustoduno (1) es la ciudad capital de aquella gente, de la cual con sus cohortes armadas se apoderó Sacroviro, y de los hijos de la gente más noble de las Galias, recogida allí á estudiar las artes liberales, para con esta piedad ayudarse del favor de sus padres y parientes, y al punto distribuyó entre aquella juventud las

(1) Hoy Autun.—*Nota del T. E.*

armas que secretamente había mandado labrar. Halláronse entre todos 40.000 hombres, los 8.000 armados á la manera de nuestros legionarios, los demás con venablos, alfanjes y otras armas de las que suelen usar los cazadores. Añadió á esta gente cantidad de esclavos destinados para gladiatores, los cuales conforme al uso de aquel país van de pies á cabeza cubiertos de hierro: llámanse éstos crupelarios (1), á cuya causa, así como van seguros de ser heridos, así también son inhábiles para herir. Era aumentada esta multitud por el favor de las ciudades vecinas, que aunque no descubiertamente, ayudaban con particular afecto á los rebeldes; y no menos las diferencias entre los capitanes romanos, que con ambición fuera de tiempo, altercaban sobre quién sería cabeza en aquella guerra, hasta que Varro como más viejo y más débil cedió el lugar á Silio, más mozo y más robusto.

En Roma en tanto, no sólo los Treveros y los Eduos, sino sesenta y cuatro ciudades de las Galias se decía haberse rebelado, que habían hecho liga con los Germanos, y que las Españas vacilaban, teniéndose, como es propio de la fama, á todas estas cosas por mucho mayores de lo que eran. Los buenos se dolían del trabajo de la república: muchos por aborrecimiento del estado presente y deseo de mudanza, se alegraban hasta de sus propios peligros, culpando á Tiberio de que durante aquel movimiento universal gastase los días y las noches en recibir memoriales de acusaciones. «¿Comparecerá, decían ellos, por ventura en el senado Julio Sacroviro, acusado de majestad? Llegado es ya el tiempo en que han de venir hombres que con las armas hagan cesar las cartas escritas con sangre: no será mal trueque el de una honrada guerra por una paz mise-

(1) Palabra céltica empleada por los Galos para designar una clase particular de hombres que combatían, como los gladiadores, cubiertos de pies á cabeza de una armadura completa.

rable.» Mas Tiberio, tanto más compuesto de ánimo, se estaba seguro sin mudar de lugar ni de rostro, ejercitándose todos aquellos días en sus ordinarias ocupaciones, ó que fuese grandeza de ánimo, ó que supiese por más ciertas vías ser el mal menos peligroso de lo que se publicaba.

En tanto Silio, marchando con dos legiones, enviada delante una buena tropa de auxiliarios, destruye y tala las aldeas y burgajes de los Secuanes, que confinando con los Eduos, se habían coligado y armado con ellos. Va luego á gran diligencia sobre Augustoduno, compitiendo entre sí los alféreces, y amenazando hasta los mínimos soldados deseosos de que, sin tomar el reposo acostumbrado, se marchase también la noche, bastando solamente para vencer el ver á los enemigos ó dejarse ver de ellos. Descubrióse Sacroviro en distancia de tres leguas campaña abierta. Había puesto en la frente aquellos sus hombres de hierro, en los cuernos las cohortes y en retaguardia los mal armados. Él, entre los más principales en un hermoso caballo iba acordándoles las antiguas glorias de los Galos, y lo que habían dado en que entender á los Romanos; lo que les sería gloriosa la libertad si alcanzaban la victoria, y cuán intolerable, si perdían la batalla, el volver otra vez á la servidumbre.

No duró mucho esta plática, ni fué recibida con alegría por los que veían venirse acercando la ordenanza de las legiones, mientras ni ojos ni oído eran ya de algún servicio en aquel villanaje mal en orden y no acostumbrado á la guerra. Al contrario Silio, si bien la esperanza cierta de la victoria le quitaba la ocasión de exhortar á los suyos, gritaba con todo eso: «que debían avergonzarse si se acordaban que después de victoriosos de las Germanias eran conducidos contra los Galos, como contra formados enemigos, habiendo poco antes una sola cohorte deshecho á los Turonenses rebeldes, una ala ó banda de caballos á los Treveros, y ellos mismos á los Secuanos. Estos Eduos, cuanto

más ricos y abundantes en regalos, tanto son más cobardes y más viles. Veislos ahí; atadlos y seguid á los que huyen.» Levantando á estas razones un gran alarido, cierra la gente de acaballo por los costados y la infantería por la frente: hallaron poca resistencia los caballos: los hombres de hierro retardaron algún tanto la victoria, no pudiéndose penetrar aquellas láminas con los dardos ni con las espadas; mas los nuestros tomando segures y picos, como si quisieran romper una muralla, cortaban á un tiempo el hierro y los cuerpos: algunos con horcones y varales daban en tierra con aquellos edificios inútiles, los cuales tendidos y sin fuerza para poderse levantar, eran dejados como muertos. Sacroviro, retirándose primero á Autun y después, medroso de que aquella ciudad no se rindiese, con los de más confianza, á una aldea allí vecina, él de su propia mano, y los demás unos á otros se dieron la muerte; quemóse la aldea ó càserío, abrasándolos finalmente á todos.

Entonces, y no antes, escribió Tiberio al senado el principio y el fin de aquella guerra, sin quitar ó añadir á la verdad, diciendo cómo los legados con la fe y con el valor, y él con el consejo habían quedado superiores. Añadió juntamente las causas por qué no habían ido él ni Druso á ella, exaltando la grandeza del imperio, y alegando que no convenía al decoro de los príncipes por la alteración de una ó dos ciudades dejar á Roma, desde donde se gobernaba todo. Mas que ahora, que no se podía decir que le llevaba el temor, iría sin falta á ver aquello personalmente y á poner remedio á las cosas que le necesitasen. Decretó el senado votos, procesiones y otras solemnidades semejantes por su vuelta. Sólo Cornelio Dolabela, queriéndose aventajar á los demás, cayó en una despropositada adulación, proponiendo que de la provincia de Campania, donde estaba Tiberio, entrase en Roma con el triunfo de ovación. Mas él escribió otra carta diciendo: «que no se hallaba tan falto de

gloria que después de haber domado tantas y tan fieras naciones, tras tantos triunfos recibidos ó menospreciados en su juventud, quisiese al cabo de su vejez mendigar un premio tan vano por solo un paseo, sin perder apenas de vista los muros de Roma.»

En este mismo tiempo pidió al senado que la muerte de Sulpicio Quirino fuese honrada con exequias públicas. No tenía ningún parentesco este Quirino con el antiguo linaje patricio de los Sulpicios, antes era natural del municipio de Lanuvio, soldado diligente, de valor y ejercitado en cosas importantes, hasta que en tiempo de Augusto alcanzó el consulado, y por haber ganado las fortalezas de los Homonadenses (1) en Cilicia, las insignias triunfales: dióselé después la dignidad de ayo de Cayo César cuando pasó á las cosas de Armenia, desde honde hizo cuanto pudo por granjear la voluntad de Tiberio, que estaba entonces en Rodas, y de esto dió cuenta César en el senado, alabando las cortesías de Sulpicio para con él, y culpando á Marco Lolio como autor de las maldades y discordias de Cayo César. No era tan grata á los demás la memoria de Quirino, por haber, como he dicho, perseguido á Lepida, y por su viciosa y demasiado poderosa vejez.

A la fin del año Cayo Lutorio Prisco, caballero romano, después de haber compuesto unos famosos versos en que había llorado la muerte de Germánico, y recibido dinero por ello de César, fué acusado de haberla compuesto estando enfermo Druso, para que, sucediendo la muerte, pudiese divulgarla con mayor premio. Habíala leído Lutorio en casa de Publio Petronio, por una vana ostentación, delante de Vitelia, suegra de Petronio, y de otras mujeres ilustres. En presentándose el acusador, amedrentados los que se habían hallado presentes, testificaron cuanto habían

(1) Pueblo de la Cilicia Traquea, cuya capital era Homonada, en el día Ermeneck.

oído, salvo Vitelia, que afirmaba no haber entendido cosa. Pero dándose más crédito á los que probaban el mal, por consejo de Haterio Agripa, nombrado cónsul, se intimó al reo el último suplicio.

Contra el cual habló así Marco Lepido: «Si nosotros, pa»dres conscriptos, considerásemos solamente las infames »palabras con que Lutorio Prisco ha manchado su propio »pensamiento y las orejas de los oyentes, yo confieso que »ni la cárcel, ni los cordeles, ni los tormentos con que se »suele castigar á los esclavos serían bastantes para su cas»tigo. Mas si los delitos y las maldades son sin medida, la »mansedumbre del príncipe, el ejemplo de los mayores y »el vuestro los suelen ir templando y moderando con las »penas y con los remedios. Hágase diferencia entre las »acciones vanas y maliciosas, y entre los dichos y los »hechos: puede darse lugar aquí á una sentencia, por la »cual, ni en éste quede el delito impunido, ni en nosotros »arrepentimiento de sobrada clemencia ó demasiado rigor. »He oído muchas veces á nuestro príncipe dolerse de quien, »con darse la muerte, ha querido prevenir á su misericor»dia. Concédase la vida á Lutorio de manera que no quede »absuelto con peligro de la república, ni muerto con mal »ejemplo. Sus estudios, así como se muestran llenos de lo»cura, asimismo son vanos y transitorios: ni se puede »temer cosa importante ó grave de quien por sí mismo va »descubriendo sus propios defectos, y procura congra»ciarse no los ánimos varoniles, sino el aplauso de algunas »mujercillas. Destiérrese con todo eso de Roma, pierda su »hacienda, prohíbasele el agua y el fuego, que es lo mismo »que condenarle por delito de majestad.»

No hubo entre todos los consulares quien se arrimase al parecer de Lepido, sino sólo Rubelio Blando: todos los demás siguieron el voto de Agripa, con que fué puesto en prisión Lutorio, y allí luego hecho morir. Vituperó Tiberio este caso en el senado con sus acostumbrados rodeos

de palabras, diciendo que si bien alababa su piedad y celo en castigar ásperamente cualquier pequeña injuria hecha al príncipe, con todo esto les rogaba que otra vez no se arrojasen con tan precipitadas penas por sólo palabras, loando á Lepido, sin reprender á Agripa. Fué por esta causa hecho un senatusconsulto, en que se ordenó que los decretos de los senadores no se llevasen al erario antes de diez días (1), prorrogándoseles á los condenados todo este espacio de vida. Mas ni le quedaba al senado lugar de arrepentirse, ni Tiberio se mitigaba por ninguna dilación.

Sigue el consulado de Cayo Sulpicio y D. Haterio. Fué este año quieto cuanto á las cosas extranjeras; mas en Roma no se pasó sin sospecha de alguna rigurosa reformación acerca de los excesos y suntuosas prodigalidades, que sin medida ni tasa habían llegado ya á todo el extremo que pueden el apetito y el dinero: y si bien con disimular los precios se ocultaban á las veces los gastos más graves, todavía los aparejos del vientre y de la lujuria, hechos en las casas de vicio y deshonestidad, divulgándose en las ordinarias conversaciones, daban sospecha de que el príncipe, acordándose de la antigua parsimonia, había de procurar reducir las cosas á su primer forma. Y comenzando Cayo Bibulo, siguieron los demás ediles diciendo: «que se menospreciaba la ley hecha sobre la tasa del gastar; que de cada día se iban aumentando los precios y compras de muebles y alhajas prohibidas, y que ya no eran bastantes á resistir los remedios ordinarios.» Sobre lo cual, pedidos los votos al senado, se remitió al príncipe todo el discurso de este negocio. Mas Tiberio, habiendo entre sí considerado muchas veces si era posible reprimir á unos apetitos tan

(1) Los senadosconsultos, que al principio eran depositados en el templo de Ceres, bajo la custodia de los ediles plebeyos, fueron llevados después al erario ó tesoro público, y no obligaban hasta después de haberse cumplido esta formalidad. Tito Livio, III, 55, y XXXIX, 4.

desenfrenados; si el hacerlo podía ser ocasión de mayor daño que provecho á la república, la indignidad que sería emprender una cosa y no salir con ella, ó si saliendo, se ocasionaba infamia é ignominia á muchos varones ilustres; finalmente escribió al senado una carta de este tenor:

«Por ventura en todas las demás cosas, padres conscrip»tos, hubiera sido mejor que preguntado yo dijera perso»nalmente lo que juzgo por más servicio de la república; »mas en esta relación lo ha sido sin duda el hallarme »ausente; porque cuando vosotros iríades notando la ver»güenza y el miedo en los rostros de los culpados en tan »vergonzosos excesos, por fuerza había de verlos yo tam»bién y cogerlos casi con el hurto en las manos. Si estos »animosos ediles se hubieran aconsejado conmigo, no sé si »les persuadiera á que dejaran correr los vicios tan arrai»gados y crecidos, antes que aventurar á no hacer otra »cosa que descubrir la imposibilidad en que nos hallamos »de corregirlos. Mas á la verdad, ellos han hecho su oficio, »como yo querría que le hiciesen los demás magistrados; »y yo no pudiendo callar con mi honra, no sé lo que me »diga; porque no siendo edil, ni pretor, ni cónsul, mayo»res y más señaladas cosas se deben esperar del príncipe: »y así como en las que son bien hechas procura cada uno »llevarse su parte de alabanza, asimismo en el error que »cometen todos, á uno solo le queda la culpa y el vituperio. »Veamos qué cosa comenzaré á prohibir primero, para »reducirlas todas á la costumbre antigua. ¿Por ventura los »espaciosos términos de las quintas y casas de placer; el »excesivo número de esclavos de infinitas naciones; el »peso inmenso de plata y oro; las estatuas de bronce »y tablas de pinturas milagrosas; las vestiduras de seda, no »menos en los hombres que en las mujeres, ó aquellos »adornos mujeriles por causa de cuyas piedras nos llevan »nuestro dinero las extranjeras y enemigas naciones.

»Sé muy bien que en los convites y en los corrillos se

»reprenden estas demasías y se les desea remedio; mas si »ven que otro hace la ley y establece penas, ellos mismos »dirán á voces que se trastorna la ciudad, que se encara el »tiro á los que viven con mayor esplendor, y que ninguno »quedará sin que se le pueda echar este agraz en el ojo. Si »las dolencias del cuerpo envejecidas y aumentadas con »largo espacio vemos que no se pueden sacar de él sino »con violentos y ásperos remedios, ¿cómo se curarán el »enfermo y el que causó la enfermedad, siendo todo un »fuego de deseos desordenados, sino con medicamentos »mucho más fuertes que su propia concupiscencia? Tantas »leyes inventadas por nuestros mayores, y tantas instituí»das por el divo Augusto, las primeras con el olvido, y las »segundas, lo que es más de sentir, anuladas con el me»nosprecio, han asegurado más los excesos y los desórde»nes: porque si tú apeteces lo que aun no está prohibido, »sólo estás con miedo de que no se prohiba; mas si traspa»sas sin castigo las cosas vedadas, perdido has del todo el »temor y la vergüenza. ¿Por qué reinaba ya en otro tiempo »la parsimonia? Porque cada cual trataba de moderarse á »sí mismo; porque todos éramos ciudadanos de una ciudad; »porque, señoreando solamente á Italia, no teníamos los »incentivos y estímulos que hoy tenemos. Mas ahora, con »las victorias extranjeras, nos habemos enseñado á gastar »y consumir la hacienda ajena, y con las civiles la propia. »¡Qué pequeñuela cosa es ésta que nos amonestan los edi»les, y si se ha respecto á las demás, cuán digna de esti»marse en poco! Mas no veo, por Hércules, que haya quien »se queje de ver que Italia necesita de ayudas forasteras, y »que el sustento y la vida del pueblo romano penden de la »incertidumbre del mar y de las tempestades de los vien»tos. ¿Por ventura si los ejércitos que residen en las pro»vincias no defendiesen á los amos, á los criados y á los »campos, defendernos han nuestros jardines y nuestras »casas de placer? Estas cosas son, padres conscriptos, de

»las que debe tener cuidado el príncipe, faltando el cual, »faltaría el apoyo de la república; para las demás la medi»cina se ha de aplicar interiormente al espíritu, procurando »mejorar nuestras costumbres generalmente todos; con»viene á saber, nosotros con una honesta vergüenza, los »pobres con su necesidad y los ricos con su empalago y »con su propia hartura. Con todo esto, si alguno, de cual»quier magistrado que sea, se promete tanta industria y »severidad que baste á remediar estos inconvenientes, le »alabaré, y desde ahora le confieso que me descargaría de »una parte de mis trabajos; mas si este mal se contenta »con llevarse la loa de acusar los vicios y libra en mis es»paldas todo el peso del odio y de la enemistad, creedme, »padres conscriptos, que tampoco yo gusto de hacerme mal»quisto: y si tal vez por servicio de la república lo parezco »en cosas más graves, las más veces sin causa, no queráis, »os ruego, darme ocasión á que lo sea por las que son tan »leves, sin ningún fruto vuestro ni mío.»

Vistas las cartas de César, quedaron los ediles fuera de aquel cuidado, y la suntuosidad y vicio de las comidas, después de haberse continuado con todo género de gastos excesivos espacio de cien años, es á saber, desde el fin de la guerra Actiaca hasta las armas que hicieron emperador á Sergio Galba, poco á poco se fueron desvaneciendo. Pláceme investigar la causa de esta mudanza. Antiguamente las familias nobles, ricas ó de señalado esplendor caian en disminución y se arruinaban por su sobrada magnificencia, porque hasta entonces fué lícito el ganar con dones la gracia del pueblo, de los aliados y de los reyes, y dejársela ganar por el mismo camino. Y cuanto uno era más rico y mostraba su casa con mayor adorno y aparato, tanto por séquito y por fama era tenido por más ilustre. Mas después que comenzó á derramarse sangre y que la grandeza del nombre llegó á ser ocasión de total ruina, cobraron nueva prudencia los demás, escarmentando en cabeza ajena.

Ayudó el gran concurso de hombres nuevos venidos de los municipios y colonias y hasta de las provincias, y admitidos en muchas ocasiones á los oficios y dignidades más preeminentes de la ciudad, los cuales introdujeron en ella su propia parsimonia. Y si algunos con la industria ó por beneficio de la fortuna llegaron á una rica vejez, mantuvieron con todo esto el ánimo primero. Mas el principal autor de moderar los excesos fué Vespasiano con su comer y vestir al uso antiguo; porque el afecto de imitar y complacer al príncipe tiene más fuerza que el miedo de la pena establecida por las leyes, si ya no damos en todas las cosas con una cierta revolución y mudanza alternativa, por medio de la cual se mudan y truecan las costumbres como los tiempos. Ni los de nuestros abuelos gozaron de todas las cosas mejores, antes no ha traído muchas nuestra edad dignas de alabanza y de ser imitadas con arte por nuestros sucesores. Todavía no alabo el sustentar esta emulación con los antiguos, sino en las cosas honestas.

Tiberio, habiendo adquirido nombre de mansedumbre con quitar la ocasión á la codicia de los acusadores, escribió al senado pidiendo para Druso la potestad tribunicia. Había Augusto inventado este nombre á la suprema dignidad, por no tomarle de rey ó de dictador, queriendo todavía declarar con algún vocablo la preeminencia sobre todos los otros magistrados. Eligió después Augusto por compañero de aquella potestad á Marco Agripa, y muerto él, á Tiberio Nerón, para que no se dudase de quien le había de suceder, pensando así reprimir las ruines esperanzas de los otros, fiado también en la modestia de Nerón y en su propia grandeza. A imitación, pues, de Augusto promovió Tiberio á Druso, no habiéndose, mientras vivió Germánico, declarado aquella suprema dignidad por alguno de los dos. Al principio de la carta, después de haber invocado á los dioses y pedídoles que encaminasen los consejos de la república, refirió algunas pocas cosas de las

costumbres del mozo, sin exceder los límites de la verdad. Es á saber: «que era casado y que tenía tres hijos; que se hallaba en la propia edad que se halló él cuando fué por Augusto nombrado para aquel oficio; que no se podía decir que era antes de tiempo, habiendo adquirido la experiencia de ocho años, quietado las sediciones, apaciguado las guerras, triunfado y tenido dos veces la dignidad de cónsul; y finalmente, que le metía á la parte en los trabajos, como quien tan bien los conocía.»

Tenían ya los senadores entendido mucho antes este lenguaje, y así fué tanto más exquisita y premeditada la adulación; si bien no por esto supieron inventar más que estatuas á los príncipes, altares á los dioses, templos y arcos, y semejantes otras cosas acostumbradas; sólo Marco Silano, con injuria y afrenta de la dignidad consular, pidió que se hiciese un nuevo honor á los príncipes, proponiendo que en los actos y notas para memoria de los tiempos tanto particulares como universales, no se escribiese más el nombre de los cónsules, sino el de aquel que tuviese la potestad tribunicia. Provocó notablemente á risa Quinto Haterio con proponer que los decretos hechos aquel día se escribiesen con letras de oro y se fijasen en palacio; no pudiendo sacar aquel viejo otro premio que su infamia, por tan baja y vergonzosa adulación.

Entre estas cosas, prorrogado el gobierno de la provincia de Africa á Junio Bleso, Servio Maluginense, flamine dial, pidió el concurrir al de Asia, negando ser verdad la voz que corría de que no era lícito á los flamines diales (1) el salir de Italia, y alegando «que no tenía en esto

(1) Dábase el nombre de flamen á todo sacerdote romano destinado al servicio de una divinidad, de la cual tomaba la denominación: así, por ejemplo, llamábase *Dial* al que lo era de Júpiter, *Marcial* al de Marte, *Quirinal* al de Rómulo. El traje pontifical del flamen era la *læna* sujeta con un broche á la garganta, un palo de olivo y el gorro llamado *apex* que remataba en una especie de mazorca ó copo de lana. Los pontífices se dis-

diferente instituto que los demás flamines marciales y quirinales; y que dándoseles á éstos gobiernos de provincias, no era justo negarlos á sólo los diales; que no se hallaría estatuto del pueblo ni libro ceremonial que lo prohibiese; que muchas veces habían hecho los pontífices el oficio de los diales, cuando por enfermedad ó por servicio público se hallaban impedidos. Cuando mataron á Cornelio Merula (1) vacó este cargo setenta y dos años, y no por esto la religión y el culto. Y si por tanto tiempo se pudo pasar sin él con ningún daño de aquellos sacrificios, ¿con cuánta mayor facilidad se suplirá la falta que puede hacer el flamine en el discurso de un año que le duraba el proconsulado? Las enemistades particulares fueron causa de que los pontífices máximos prohibiesen á los diales el salir á los gobiernos de provincias: mas el día de hoy, por la bondad de los dioses, el pontífice sumo lo es también entre los hombres, no sujeto á envidias ni á rencores, y descargado de toda pasión.»

Contra esto, habiendo discurrido Lentulo, augur, y otros diversamente, concluyeron que se esperase el parecer del pontífice máximo. Tiberio, diferido el conocimiento de la justicia del flamine, moderó las ceremonias decretadas en el senado por la potestad tribunicia de Druso, reprendiendo en particular la novedad de aquel voto de las letras de oro contra las costumbres de la patria. Leyéronse después las cartas de Druso, las cuales, aunque parecía que se habían encaminado á mostrar modestia, fueron tenidas por muy

---

tinguían de los flamines en que estaban consagrados al culto de todos los dioses, por cuyo motivo podían suplir á aquéllos cuando, como dice Tácito, se hallaban impedidos por enfermedad ó por servicio público.

(1) El original dice *post Cornelli Merulæ cædem*, después de la muerte de Cornelio Merula. En efecto, Merula no fué muerto, sino que se suicidó después de la vuelta de Mario en 667, al pie del altar de Júpiter, del cual era flamen, rogando á este dios que hiciese que cayera su sangre sobre Cinna y los de su partido.

soberbias, lamentando todos que se hubiesen reducido las cosas á tal término, «que un mozo de tan poca edad, tras haber recibido una honra tan grande, no se dignase de visitar los dioses de Roma, entrar en el senado, y comenzar sus auspicios en la ciudad á donde había nacido. ¿Tiénele por ventura, decían, ocupado la guerra, ó hállase en lugares apartados? Basta que pasee por las riberas y lagos de Campania. Esto es lo primero que se le enseña al que ha de gobernar el mundo; estos son los primeros documentos que aprende de su padre. Cánsese enhorabuena el viejo emperador de la vista de sus ciudadanos, y excúsese con su mucha edad y con los trabajos pasados. Mas Druso ¿qué disculpa tiene ni qué impedimento, sino sola su arrogancia?»

Mas Tiberio, atendiendo á establecerse en el principado, dejaba á los senadores alguna apariencia de la antigüedad con remitirles las peticiones de las provincias. Crecía por momentos en las ciudades de Grecia la licencia de edificar altares y lugares de refugio para huir el castigo. Henchíanse los templos de los esclavos más disolutos, y hallaban el mismo socorro los adeudados en daño de sus acreedores. y los indiciados en delitos capitales. Ni había fuerzas bastantes para reprimir las sediciones de los pueblos, los cuales defendían las maldades de los hombres como ceremonias divinas. Á cuya causa se resolvió en el senado que las ciudades enviasen embajadores con la información de sus derechos. Algunas que falsamente se habían usurpado este privilegio, dejaron de enviar. Muchas se fiaban en la antigüedad de aquellas supersticiones y en sus méritos para con el pueblo romano. Grande y magnífica fué verdaderamente la apariencia de aquel día, en el cual el senado reconoció los beneficios de sus predecesores, las convenciones de los confederados, los decretos de reyes que vivieron antes de la grandeza romana, y hasta las religiones de los mismos dioses; y esto con el poder y libertad de conservarlas ó mudarlas como cuando había república.

Los primeros á comparecer fueron los Efesios, alegando que Diana y Apolo no eran naturales de Delo, como vulgarmente se cree; antes bien había en su tierra una selva llamada Ortigia, junto al río Cencrio, donde Latona, cercana al parto y arrimada á un olivo, que aun permanece, parió á aquellas deidades. Que por orden de estos dos dioses se consagró aquella selva; que el mismo Apolo, después de haber muerto los cíclopes, evitó en este lugar la ira de Júpiter; que poco después el padre Libero, victorioso en la guerra de las amazonas, perdonó á todas las que con humildad pudieron acogerse al altar, que la ceremonia de este templo había sido aumentada con permisión de Hércules, cuando era señor de Lidia, sin que durante el imperio de los Persas se les menoscabase su derecho, el cual, observado después por los Macedones, lo había sido también por nosotros.

Siguieron luego los Magnesios, que se ayudaban de ciertos estatutos de Lucio Scipión y de Lucio Sila, los cuales habiendo el primero vencido al rey Antíoco, y el segundo á Mitrídates, honraron el valor y la fe de los Magnesios confirmándoles el poder gozar de inviolable y perpetuo refugio en el templo de Diana Leucofrina. Los Afrodisios y Estratonicenses presentaron después un decreto de César, dictador, por sus antiguos méritos durante las guerras civiles, y otro nuevo del divo Augusto. Fueron estos loados también de haber sostenido, sin mudar de fe para con el pueblo romano, las invasiones de los Partos. Los Afrodisios mantenían la religión de Venus, y los Estratonicenses la de Jupiter y Diana. Los de Hierocesarea tomaban el agua de más lejos, es á saber, que tenían dedicado el templo de Diana Pérsica desde el tiempo del rey Ciro; haciendo mención de Perpena, de Isáurico y de otros nombres de generales de ejércitos, que no sólo al templo, pero á media legua alrededor, habían concedido la misma santidad. Los de Chipre vinieron después con sus tres templos; el más

antiguo de ellos á título de Venus Pafia, edificado por Aerias; otro de su hijo Amato, con nombre de Venus Amatusia, y el último en honra de Júpiter Salamino, dedicado por Teucro cuando huía la ira de su padre Telamón.

Oyéronse también las embajadas de las demás ciudades; más enfadados los senadores de tanto número, viendo que porfiaban sobre quién tenía mayores méritos para con la república, los remitieron á los cónsules para que examinasen la justicia de todos, y si echaban de ver alguna maldad so color de ella, de nuevo volviesen á remitir toda la causa al senado. Los cónsules hicieron relación, que, sin las ciudades sobredichas, se había tenido noticia de un altar dedicado á Esculapio en Pérgamo, añadiendo que todos los demás se fundaban sobre principios obscuros á causa de la antigüedad: porque los de Esmirna alegaban el oráculo de Apolo, por cuya orden habían dedicado un templo á Venus Stratonicida; y los Tenios producían los versos del mismo oráculo, por los cuales se les mandaba que consagrasen la estatua de Neptuno y le edificasen un templo. Los Sardianos, hablando de tiempos más modernos, hacían autor de su exención al vencedor Alejandro, y los Milesios al rey Darío, ayudándose unos y otros con la veneración y culto en que siempre habían tenido á Diana y á Apolo. Los Cretenses pedían lo mismo en honra del simulacro de Augusto. Despacháronseles los títulos por senatusconsulto, en los cuales, aunque con mucha honra, se les daba la forma de usar de sus preeminencias, y orden de que en los mismos templos se hiciesen altares (1) á perpetua memoria, para que, so color de religión, no se incurriese en ambición.

---

(1) El traductor español no vió las ediciones de Lipsio posteriores á Pichena, y así siguió la lección *facere aras.* Pero el mismo Lipsio enmendó después el texto según el citado Pichena. El sentido es que se pusiesen en láminas de bronce los decretos con modificaciones ó restricciones nuevas, para evitar que con título de religión se excediesen en los honores concedidos.—*Nota de la E. E.*

En este mismo tiempo, enfermando gravemente Julia Augusta (1), obligó al príncipe á volver de improviso á Roma. Conservábase en pie hasta entonces una sencilla concordia entre madre é hijo: á lo menos si había aborrecimientos estaban ocultos; porque habiendo poco antes Julia dedicado á Augusto estatua junto al teatro de Marcelo, había puesto el nombre de Tiberio después del suyo: creyéndose que como cosa que ofendía la majestad imperial, se había disgustado, por más que procurase disimular la ofensa. Mas entonces ordenó el senado que se hiciesen rogativas por su salud á los dioses, y se celebrasen los juegos llamados grandes, de que solían cuidar los pontífices, los augures, junto con el colegio de los quince y de los siete varones y los cofrades augustales. Había votado Lucio Apronio que presidiesen también en estas fiestas los sacerdotes feciales, mas contradijo César, haciendo diferencia entre los institutos de los sacerdotes, y trayendo ejemplos de que no se había dado jamás aquel honor á los feciales, á cuya causa se habían añadido los augustales, como sacerdocio propio de aquella casa, por quien se hacían aquellos votos.

No he tomado por asunto el referir aquí los pareceres de todos, sino los más excelentes por su honestidad, ó los más notables por su infamia: cuidado y ocupación precisa de quien se encarga de escribir anales, para que no se pasen en silencio los actos virtuosos, y sea temida por los venideros la deshonra de los hechos y dichos infames. Mas aquellos tiempos fueron tan inficionados de una fea y vil adulación, que no sólo los más principales de la ciudad, á los cuales era necesario el sufrir la servidumbre por mantener su reputación, mas todos los consulares, gran parte de los que habían sido pretores, y muchos de los que entraban en el senado, sin estar escritos en los libros de los

(1) La emperatriz á quien otras veces llama el autor Livia — *Nota del T. E.*

censores (1), se levantaban á porfía para votar cosas nefandas y exorbitantes. Escriben algunos que Tiberio todas las veces que salía de palacio (2), solía decir en griego estas palabras: «¡Oh hombres aparejados y prontos á sufrir la servidumbre!» Como recibiendo él mismo, que no temía cosa más que la libertad pública, particular enfado por tan abatida paciencia en aquellos ánimos serviles.

De estos actos indignos y deshonestos pasaban poco á poco á otros perniciosos y peligrosos. Cayo Silano, que había sido procónsul de Asia, llamado á residencia por los de su provincia, fué acusado también por Mamerco Escauro, consular, Junio Oton, pretor, y Brutidio Nigro, edil, de haber violado la deidad de Augusto y menospreciado la majestad de Tiberio. Aprovechándose Mamerco de ejemplos antiguos, alegaba como Lucio Cota había sido acusado de Scipion Africano, Sergio Galba de Catón Censorino (3), Pu-

---

(1) Tácito llama á esta clase de senadores *pedarii*, acaso porque en la votación los que no habían ejercido ninguna magistratura curul no podían hablar hasta el fin, y por lo común daban su voto pasando, *pedibus eundo*, al lado de aquellos á cuyo parecer se adherían.

(2) El escrúpulo de no emplear esta palabra latina, en el día tan admitida, y que de querer españolizarla debería traducirse por *palacio del senado*, ha hecho que pueda dudarse á veces en las traducciones españolas de los antiguos clásicos de si se habla del lugar donde celebra sus juntas el senado ó de la morada de los emperadores. Y sin embargo, el que mostraba tener reparo en usar las palabras *curia* y *triunviros*, etc., ¡cuántas veces emplea voces latinas sin necesidad, ya que podía hallarlas más propias y castizas en nuestra lengua!

(3) Acusado Galba por Scribonio Libo, tribuno de la plebe, y por Catón el Censor, de haber degollado á traición millares de Lusitanos, fué absuelto por el senado, á pesar de haber confesado su crimen y de la elocuencia y autoridad del rígido censor. Por desgracia para la república, pudo salvarse de aquel degüello Viriato, el cual se encargó de vengar con muerte de millares de Romanos la infamia cometida con sus paisanos y la buena fe ultrajada, y que de aquella traición salió la guerra llamada de Viriato, «terror de Roma».

blio Rutilio de Marco Escauro: como si Catón, y Scipión, y su bisabuelo Escauro, á quien en esta ocasión Mamerco, oprobio de sus antepasados, vituperaba con acción tan infame, procuraran el castigo de semejantes cosas. Junio Otón, cuyo principio fué ser maestro de escuela, hecho después senador por el poder y autoridad de Seyano, iba acabando de manchar sus obscuros principios con desvergonzado atrevimiento. Brutidio, dotado de buenas partes y apto para conseguir cualquier grandeza siguiendo el derecho camino, fué arrebatado de su impaciencia, mientras procuraba sobrepujar primero á sus iguales, después á sus superiores, y últimamente á sus propias esperanzas; consejo que ocasionó también la ruina de muchos buenos, por darse prisa á alcanzar antes de tiempo y con peligro de precipicio lo que con espaciosa seguridad no les hubiera faltado.

Acrecentaron el número de los acusadores Gelio Publícola y Marco Paconio, aquél cuestor de Silano, y éste legado. No había duda en que el reo estaba culpado de crueldad y de haber tomado dineros; mas fuera de esto se le añadían otras muchas cosas, las cuales, aun á quien se hallara inocente podían ser ocasión de peligro: pues fuera de tener á tantos senadores por adversarios, habiéndose escogido para su acusación los más fecundos sujetos de toda Asia, fué obligado á responder él mismo, ignorante del arte oratoria, amedrantado en su propia causa, que suele quitar el ánimo al más elocuente; y lo que es peor, Tiberio mismo no se podía abstener de amilanarle con palabras y con el aspecto. Interrogábale cada momento, sin permitirle el contradecir ni enflaquecer las objeciones; tal, que muchas veces le era necesario el otorgar, por no avergonzarle, mostrando la vanidad de la pregunta. Compró el procurador fiscal los esclavos de Silano por poderlos atormentar si negaban el interrogatorio; y para acabarle de privar del favor y ayuda que le pudieran dar sus amigos y parientes en un estado tan peligroso, se le impusieron delitos de majes-

tad; atadura fortísima y necesidad precisa de callar. A cuya causa, pidiendo la dilación de algunos días, renunció las defensas, atreviéndose á enviar á César un memorial, y en él una mezcla de quejas y de ruegos.

Tiberio, para hacer más excusable su pasión y ejecutar con mayor color lo que maquinaba contra Silano, alegando ejemplos en semejante caso, mandó recitar ciertos escritos de Augusto y el decreto del senado hecho contra Voleso Mesala, procónsul de la misma Asia. Pidió tras esto su parecer á Lucio Pisón, el cual, después de haber engrandecido la clemencia del príncipe, votó que se le debía prohibir el agua y el fuego y desterrarle á la isla de Giaro. Siguieron este voto los demás, salvo Gneo Lentulo, que fué de parecer que se apartasen los bienes maternos de Silano, como nacido de otra madre, y se diesen á su hijo; y Tiberio lo aprobó.

Mas Cornelio Dolabela, continuando más á la larga su adulación, después de haber reprendido las costumbres de Silano, añadió: «que ninguno de vida deshonesta ni manchado de infamia pudiese sortear gobierno de provincia, y que el conocimiento de esto se dejase al príncipe: porque si bien quedaba á cargo de las leyes el castigo de los delincuentes, era mayor piedad para ellos y para las provincias el prevenir que no los hubiese.» Discurrió en contrario César, diciendo: «que sabía muy bien lo que se decía de Silano, mas que no se debían hacer establecimientos por la opinión del vulgo, porque muchos se habían gobernado en sus provincias, algunos peor de lo que se esperó y otros mejor de lo que se temió de ellos. Que á unos anima á ser mejores la grandeza de los mismos negocios que traen entre manos, y á otros los incita á lo contrario, sin que pueda el príncipe con su ciencia comprenderlo todo; á quien en ninguna parte está bien el dejarse llevar de la ambición ajena: que la causa por que se hicieron las leyes sobre el hecho, fué por la gran incertidumbre que tiene lo porvenir,

y en razón de esto ordenaron los antiguos que precediendo y constando el delito siguiese la pena, y que así no alterasen las cosas inventadas con prudencia y observadas con aplauso y gusto universal; pues era harto grande de suyo el peso de los príncipes, y bien excesiva la fuerza de su poder, el cual, cuanto más se aumentase, tanto mayor diminución admitirían la razón y la justicia. Por lo cual no había necesidad de usar de potencia absoluta mientras había camino para servirse de las leyes.» Fueron oídas estas cosas con tanto mayor alegría y gusto universal, cuanto Tiberio solía ser menos afable y popular en su trato. Y como era prudente en moderarse si no era arrebatado de su propio enojo, añadió: «que siendo la isla de Giaro inculta y deshabitada, pedía que concediesen á Silano el poder cumplir su destierro en la de Citera en honra de la familia Junia, y de haber tenido Silano la propia dignidad que ellos: que esto mismo pedía su hermana Torcuata, doncella de antigua santidad.» Y al fin alzando los senadores las manos (1), convinieron todos en conceder esta demanda.

Oyéronse después de Cirenenses, y Cesio Cordo fué condenado en la ley de residencia, acusándole Ancario Prisco. César no quiso que Lucio Enio, caballero romano, acusado de majestad por haber fundido una estatua de plata del príncipe y hecho de ella toda suerte de vasos de servicio, fuese tratado como reo; contradíjolo descubiertamente Ateyo Capitón casi como mostrando libertad y entereza, diciendo: «que no se les debía impedir á los senadores la facultad de ordenar las cosas, ni dejar sin castigo un delito tan grave. Sea Tiberio, decía él, muy enhorabuena demasiado sufrido en su propio dolor, mas no haga liberalidades de las injurias hechas á la república.» Entendió estas cosas Tiberio más como ellas eran que como sonaban, y no mudó

(1) A esta manera de votar llama el autor *facta discessio.—Nota del T. E.*

de parecer, quedando tanto más notable la infamia de Capitón, cuanto, siendo doctísimo en las leyes divinas y humanas, se consoló de afrentar la reputación pública y la suya.

Nació después cierto escrúpulo de religión sobre en cuál templo se había de colocar el don votado por los caballeros romanos á la salud de Augusta, en honra de la Fortuna Ecuestre (1); porque dado que había en Roma muchos de aquella diosa, no se sabía de alguno que se nombrase así, y hallándose después que en Antio había uno con este apellido, y que todas las religiones, imágenes y templos de diosas que hay por las tierras de Italia se entiende estar debajo la jurisdicción del imperio romano, se ordenó que se llevase el don á la ciudad de Antio. Con esta ocasión, tratándose cosas de religión, publicó César la respuesta diferida poco antes contra Servio Maluginense, flamine dial, y recitó el decreto de los pontífices en esta substancia: «Cada vez que el flamine dial se hallare con poca salud, puede estar ausente de la ciudad á arbitrio del pontífice máximo, con tal que no haga más que dos noches de ausencia, que no sea en día de público sacrificio, ni más que dos veces en el año.» Estos estatutos, hechos durante el principado de Augusto, mostraban bien que no se concedía á los diales gobiernos de provincias, ni ausencias de un año, contándose el ejemplo de Lucio Metelo, pontífice máximo, que vedó el salir de Roma á Aulo Postumio, flamine (2). Y así la suerte

---

(1) Probablemente por haber sido ofrecido por el orden de este nombre. La imposibilidad de conciliar el aserto de Tácito, de que no había en Roma ningún templo de este nombre, con el pasaje de T. Livio, XL, 40, en que se dice que Fulvio había consagrado un templo á dicha divinidad en 573, ha hecho creer que había alguna alteración en el texto. Burnouf conjeturó que el templo ofrecido por Fulvio habría cambiado de nombre ó que habría sido quemado y reedificado.

(2) Disponíase este sacerdote á partir para la Sicilia durante la segunda guerra púnica cuando se lo prohibió el pontífice Metello, so pretexto de que siendo flamen de Marte le estaba

de concurrir al proconsulado de Asia fué dada á uno de los consulares más propincuo al Maluginense.

En aquellos días Lepido pidió licencia al senado para poder reedificar y adornar á su costa el palacio llamado la basílica de Paulo (1), memoria del linaje de los Emilios. Estaba todavía en uso la magnificencia pública: ni Augusto impidió á Tauro, á Filipo, ni á Balbo (2) el gastar los despojos enemigos y sobradas riquezas en ornamento de la ciudad y gloria de sus sucesores; con cuyo ejemplo Lepido, aunque no muy rico, renovó el esplendor de sus abuelos. Habíase quemado accidentalmente el teatro Pompeyano, y César prometió de reedificarle, por cuanto no quedaba ya persona de aquel linaje que tuviese caudal para emprenderlo, ordenando que se le quedase el mismo nombre de Pompeyo. Loó mucho con esta ocasión el trabajo y diligencia con que Seyano había impedido la mayor parte del daño que pudiera haber hecho el fuego, en cuya remuneración decretó el senado que se le pusiese una estatua en el mismo teatro. No mucho después, honrando César con las insignias triunfales á Julio Bleso, procónsul de Africa, dijo que daba aquella honra á Seyano, de quien Bleso era tío, dado que sus acciones verdaderamente eran dignas de aquel honor. Porque si bien Tacfarinas había sido echado muchas veces de la provincia, reparado con las ayudas de los lugares mediterráneos de Africa, había llegado á tanto atrevimiento, que envió embajadores á Tiberio, pidiéndole que

vedado, lo propio que á los flamines de Júpiter y de Quirino, ausentarse de Roma.

(1) Esta basílica, empezada en 704 por L. Emilio Paulo, cónsul, fué acabada en 720 por Paulo Emilio Lepido, siendo también cónsul, y reedificada después de un incendio por otro Emilio, lo que justifica el titulo que le da Lepido de monumento de los Emilios.

(2) Estatilio Tauro, prefecto de Roma en tiempo de Augusto, levantó á sus espensas un anfiteatro en el Campo de Marte, Marcio Filipo un templo á Hércules Musagete, y Balbo un teatro.

le diese tierras en aquella provincia para poblar él y su ejército, amenazándole, si no lo hacía, con perpetua guerra. Dicen que César no sintió jamás tanto disgusto por injuria hecha á él ó al pueblo romano, como el ver que un ladrón fugitivo tratase con él en calidad de justo enemigo. «No se concedió, decía él, á Espartaco el ser recibido á pactos en tiempos que, después de tantas rotas de ejércitos consulares, iba abrasando la Italia, con estar la república entonces oprimida y casi deshecha por las armas de Sertorio y Mitrídates; y ahora en tiempos tan floridos, ¿ha de atreverse un ladrón como Tacfarinas á pretender que se rescate su paz á costa de campos y de tierras?» Comete con esto á Bleso que, dando esperanza de perdón á los demás que se resolvieren en dejar las armas, procure en todas maneras haber á las manos á su cabeza.

Y pasándose á los nuestros muchos con este perdón, procede después en la guerra usando las mismas artes y astucias que solía usar el propio Tacfarinas; el cual, no teniendo fuerzas con que hacer rostro sino sólo para robar y hacer corredurías con muchas tropas, huyendo y de nuevo tentando emboscadas, hizo Bleso lo mismo, dividiendo en tres partes su ejército; la una llevó á su cargo Cornelio Scipión, legado, guiándola á la parte donde creyó que andaba robando á los pueblos Leptinos, y escudriñando las retiradas de los Garamantes. De otra parte, para librar del saco á las aldeas Cirtenses, llevó la segunda tropa de gente escogida Bleso el mozo, hijo del procónsul. Bleso, pues, con lo restante de su campo se puso en medio de los dos, y con hacer fuertes y poner guardias en lugares oportunos, acabó de dificultar del todo el progreso del enemigo; porque á cualquiera parte que se encaminase hallaba alguna escuadra de los nuestros por frente ó por los costados, y muchas veces por las espaldas; y en esta forma fueron muertos y presos cantidad de enemigos. Entonces, repartido en muchas escuadras el ya dividido ejército, asignó á cada

una un centurión de probado valor. Y acabado el verano, no retiró la gente como se acostumbraba, ni la distribuyó por los invernaderos de la vieja provincia; mas como si comenzara entonces la guerra, fabricaba muchos fuertes en diferentes partes, con soldados sueltos y prácticos en aquellos distritos iba inquietando á Tacfarinas, que de ordinario andaba mudando de alojamientos, hasta que habiendo tomado en prisión á su hermano, se volvió; aunque antes de lo que fuera menester para la quietud de aquella provincia, quedando entera la semilla de la guerra. Mas Tiberio, dándola ya por acabada, quiso también conceder á Bleso que por las legiones fuese llamado *emperador;* honor que antiguamente se daba á generales de ejércitos, que gobernándose valerosamente en servicio de la república, eran aclamados con este nombre por un favor y alegría militar, hallándose tal vez en un campo muchos emperadores sin que el uno se tuviese por mayor que el otro. Augusto concedió también á algunos este título, como en esta ocasión Tiberio á Bleso.

Murieron finalmente en este año de hombres ilustres Asinio Salonino (1), señalado por ser nieto de Marco Agripa y de Asinio Polion, hermano uterino de Druso, y concertado de casar con una nieta de César, y Ateyo Capitón, de quien arriba se ha hecho memoria, el cual alcanzó el primer lugar entre los más célebres jurisconsultos de Roma; y aunque su abuelo Sulano fué centurión y su padre no pasó del orden de pretorio, Augusto le solicitó el consulado, porque con la honra de aquella dignidad precediese á Labeón Antistio, también famoso en la misma profesión. Floreció aquella edad de estos dos esplendores de paz; mas Labeón alcanzó mayor fama por su incorrupta libertad, donde Capitón, por asentársele mejor la servidumbre, fué

(1) Hijo de Asinio Galo y de Vipsania Agripina, primera esposa de Tiberio y madre de Druso.

más grato á los príncipes. Al primero ocasionó alabanza el agravio de no haber pasado más adelante del oficio de pretor, y al segundo aborrecimiento la envidia de haberle visto llegar hasta el de cónsul.

Acabó sus días también Junia, hija de una hermana de Catón, mujer de Cayo Casio y hermana de Marco Bruto (1). sesenta y cuatro años después de la jornada Filípica. De su testamento se dijeron muchas cosas en el vulgo; porque habiendo testado de sus excesivas riquezas en favor de casi todas las personas aparentes de la ciudad, se olvidó de César, cosa que tomadá por él con cortesanía, no impidió el recitarse sus alabanzas *pro rostris*, permitiendo que fuese honrado su mortuorio con las demás solemnidades. Llevábanse delante veinte estatuas de los más ilustres linajes, es á saber, Manlios, Quincios, y otros nombres de igual nobleza, pero sobre todas resplandecían las que dejaron de llevarse, esto es, las de Bruto y Casio (2).

---

(1) Servilia, hermana de Catón de Utica, estuvo casada de primeras nupcias con D. Junio Silano, que fué cónsul después de Cicerón y con M. Bruto. Del primer matrimonio nació Junia y del segundo M. Bruto, el matador de César; y he aquí cómo pudo ser hermana de éste y sobrina de Catón.

(2) Tácito dice que las imágenes de Bruto y Casio brillaron más por lo mismo que dejaron de llevarse, esto es, por lo mismo que se echaron de menos. El pensamiento de Tácito, tal como se halla en él expresado, es magnífico, tal como lo traduce Coloma pareca trivial y flojo.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO.

Píntase el ingenio y costumbres de Elío Seyano, prefecto del pretorio, el cual aspira al imperio, y para facilitarlo quita la vida con veneno á Druso, hijo único de Tiberio, ayudado de Livia, mujer del mismo Druso, inducida primero al adulterio.—Introduce al mismo fin los alojamientos ó cuarteles militares, donde antes alojaban los soldados separados y esparcidos por la ciudad.—Represéntase con esta ocasión el estado de las cosas en el imperio romano, el número de legiones, cohortes y fuerzas de mar y tierra.—Muerto Druso, entra Tiberio en el senado metiendo consigo los dos hijos mayores de Germánico para encomendarlos á los senadores como herederos del imperio.—Seyano, para conseguir su intento, calumnia cavilosamente á Agripina y echa la semilla de los odios venideros de Tiberio para con ella y con sus hijos.—Oye Tiberio las embajadas y quejas de algunas provincias y ciudades.—Destiérranse de Italia los representantes.—Promúlgase una ley sobre la diferencia introducida por el flamine dial.—Encomiendan á los dioses con solemnes votos los sacerdotes á Druso y á Nerón, hijos de Germánico, tomándolo á mala parte Tiberio.—Cayo Silio es condenado por amigo de Germánico.—Senadores acusados y condenados.—Acaba Publio Dolabela la guerra de África con muerte de Tacfarinas.—Apágase en sus principios una guerra servil en Roma.—Bibio Sereno es acusado de su hijo y desterrado.—Son condenados muchos, y entre ellos Cremucio Cordo, historiador, por haber alabado á Bruto y á Casio, y quemado sus libros.—Pierden los Cizicenos su libertad.—Rehusa Tiberio el templo que le ofrece la ulterior España.—Seyano, saliéndole las cosas á pedir de boca, aspira á cosas mayores y pide por mujer á Livia.—Niégasela modestamente Tiberio, á quien poco después persuade el ausentarse de Roma.—Nuevas embajadas de los Griegos por causa de los asilos ó lugares de refugio,—Muere en España el pretor Pisón á manos de un villano Termestino.—Muévese guerra en Tracia.—Sosiega la provincia Popeo Sabino y saca en premio las insignias triunfales.—Claudia Pulcra es acusada y condenada en Roma por adúltera.—Agripina pide marido, aunque en vano, á Tiberio. Contienden once ciudades en Asia sobre el templo destinado para Tiberio, y vencen los de Esmirna.—Va Tiberio á la provincia

de Campania.—Pasa notable peligro de muerte en una gruta, y defiéndele Seyano.—Nerón, el mayor de los hijos de Germánico es calumniado con varias artes.—Ruina de un anfiteatro en Fidenas con muerte de muchos millares de personas.—Incendio grande en Roma.—Pasa Tiberio á la isla de Caprí.—Sabino es acusado y condenado.—Muere Julia, nieta de Augusto.—Rebélanse los Frisones, á quien acomete con poca felicidad Lucio Apronio, propretor de la inferior Germania.—Gneo Domicio toma por mujer á Agripina, hija de Germánico.

Todo esto en espacio de cerca de seis años.

		CÓNSULES.
A. de Roma 776.	De J. C. 23	C. Asinio Polión. C. Antisticio Veto.
777.	24	Cornelio Cetego. Viselio Barrón.
778.	25	N. Asinio Agripa. Coso Cornelio Lentulo.
779.	26	C. Cornelio Lentulo Getúlico. C. Calvicio Savino.
780.	27	M. Licinio Craso. L. Calpurnio Pisón.
781.	28	Ap. Julio Silano. P. Silio Nerva.

Era el año del consulado de Cayo Asinio y Cayo Antistio, noveno del imperio de Tiberio, con la república quieta y la casa florida, y contando él á la muerte de Germánico entre las prosperidades cuando comenzó improvisadamente la fortuna á turbar las cosas, con hacerle cruel ó factor de las crueldades ajenas. Principio y causa de esto fué Seyano, prefecto de las cohortes pretorias, de cuya potencia arriba se ha hecho mención. Contaré ahora su origen, sus costumbres, y con qué artificios y maldades tentó de usurpar el imperio. Nació Seyano en Bolseno (1). Su padre fué Seyo Estrabón, caballero romano, y habiendo seguido en su primer juventud á Cayo César, sobrino del divo Augusto, no sin opinión de haber entregado su cuerpo por dine-

---

(1) Vulsinia ó Volsinio, ciudad de Etruria, cuyos habitantes adoraban con el nombre de Nursia una diosa que se cree ser la Fortuna, y hoy Bolsena, pueblo de los Estados pontificios.

re á Apicio, rico pródigo, con diferentes artificios después se hizo tan caro á Tiberio, que siendo para los demás cerrado y fingido, para sí sólo le hizo incauto y descubierto; no tanto por su sagacidad, pues con las mismas artes fué vencido, cuanto por ira de los dioses contra la grandeza romana, para cuya ruina igualmente vivió y murió. Fué vigoroso de cuerpo, de ánimo atrevido, encubridor secreto de sus faltas y público fiscal de las ajenas, igualmente adulador y soberbio, de fuera ostentativo, de dentro codiciosísimo: á esta causa unas veces largo y suntuoso, otras todo industria y vigilancia; virtudes no menos dañosas que los vicios cuando se fingen para tiranizar el estado.

La autoridad del prefecto de los pretorianos (1) no era muy grande antes de él; mas acrecentóla con reducir las cohortes pretorias, antes esparcidas por la ciudad, á estar juntas en los alojamientos, para que pudiesen ser mandadas, y para que con el número, con el valor, y con verse y comunicarse entre sí tomasen ánimo para ellos y le quitasen á los otros. Alegaba que la soldadesca esparcida se distrae, y unida puede servir en las ocurrencias repentinas, y conservarse más disciplina de dentro de los reparos y fuera de los regalos de la ciudad. En acabándose de fortificar los alojamientos comenzó á ganar poco á poco los ánimos de los soldados, visitándolos, llamándolos por sus nombres, y juntamente á nombrar él los tribunos y centuriones, sin abstenerse de granjear con ambiciosas pláticas las voluntades de los senadores, haciendo dar á los amigos

(1) El número de los pretorianos fué en su origen de nueve ó diez mil, pues andan discordes acerca de él Tácito y Dion, divididos en nueve ó diez cohortes. Vitelio los aumentó hasta diez y seis mil. Este cuerpo subsistió aumentando ó disminuyendo en número bajo el mando de los diferentes emperadores, según buscaban éstos un apoyo ó en ellos ó en las legiones. Constantino los licenció, y mandó destruir el campamento permanente que tenían en Roma.

y allegados de los tales, honras, cargos, y hasta gobiernos de provincias: en que Tiberio se mostraba tan fácil y tan inclinado á tener por bien cuanto Seyano hacía, que no sólo en los razonamientos particulares, pero en el senado y al pueblo le celebraba por compañero de sus trabajos, y permitía que sus estatuas estuviesen por los teatros, por las plazas, y en los principios de las legiones.

Mas lo que retardaba sus intentos era el ver la casa imperial tan llena de Césares (1), el hijo ya hombre, los nietos crecidos, y el conocido peligro que había en quererlos oprimir á todos de una vez. Y pareciéndole que el proceder con engaño necesitaba de varios intervalos, eligió el camino más oculto y el comenzar por Druso, con quien tenía odios recientes. Porque Druso, sufriendo impacientemente á Seyano por émulo, tratándole con ánimo alterado, llegando acaso á palabras, alzó la mano para herirle, y al querer Seyano volverse contra él le alcanzó á dar en el rostro. Y así pensándolo todo, escogió por más breve camino el ganar á Livia, mujer de Druso y hermana de Germánico, la cual, de fea muchacha que era, se había hecho hermosísima mujer. Con ésta, engañada con falsos amores, cometió adulterio; y después que perpetrada la primer maldad se apoderó de ella, siendo así que la mujer que una vez abandona su honestidad no sabe ni puede negar cosa á quien dió la de más estima, con facilidad la induce á esperanza de mujer propia, compañía en el reino, y á dar la muerte á su marido. Aquélla, digo, de quien era abuelo Augusto, Tiberio suegro, llena de hijos de Druso, que con un mal nacido y vil adúltero (2) se infamaba á sí misma, á sus mayores y á sus descendientes; trocando el estado presente honesto, por unas infames y dudosas espe-

---

(1) A saber: Druso y sus hijos y los de Germánico.
(2) Tácito le llama *municipali adultero*, esto es, nacido en un municipio, que no era ciudadano romano.

ranzas. Fué recibido en la conjuración Eudemo, médico y gran amigo de Livia, domesticado ya bastantemente so color del arte para poder tratar con él sin sospecha. Seyano, por no darla á la adúltera, repudia á su mujer Apicata, de quien tenía tres hijos. Mas la grandeza de la maldad traía consigo miedo, dilación, y á las veces resoluciones nuevas.

En este medio Druso, uno de los hijos de Germánico, tomó al principio del año la toga viril, renovándose en él todo lo que el senado decretó para Nerón, su hermano. Añadió César una oración en loor de su hijo, alabándole de que amaba con amor paternal á los de su hermano. Porque Druso, dado que sea difícil cosa estar en un mismo lugar el poder y la concordia, corría voz de que tenía particular amor á aquellos mozos, ó por lo menos que no les era contrario. Después de esto, la deliberación que Tiberio había mucho tiempo que fingía de visitar las provincias comenzó á ponerse otra vez en práctica, tomando por pretexto la necesidad que había de rehinchir de soldados nuevos las plazas, que forzosamente habían de vacar por tantos millares de veteranos, y esto á causa de hallarse pocos que voluntariamente quisiesen seguir la guerra, y si acaso se hallaban algunos, no concurrían en ellos las partes necesarias de valor y obediencia; porque por la mayor parte los que seguían la milicia de su propia voluntad eran gente pobre y vagabunda, y sobre esto hizo un breve discurso, contando el número de las legiones y las provincias que se defendían con ellas; cosa que me ofrece ocasión de dar cuenta de las fuerzas romanas de aquel tiempo, de los reyes que teníamos confederados, y cuánto más estrecho era el imperio.

Guardaban á Italia en sus dos mares otras tantas armadas; en Misena la una, y la otra en Ravena, y las riberas vecinas de la Galia las naves rostradas presas en la victoria Actiaca y enviadas entonces por Augusto con buena

chusma á Frejulio. Mas el nervio principal erán ocho legiones junto al Rhin, ayuda pronta y común contra los Germanos y contra los Galos. Tres había en las Españas nuevamente conquistadas, dos en lo restante de África, habiendo los Romanos dado los Mauros al rey Juba (1). Otras tantas en Egipto, y cuatro de la Siria hasta el Eufrates; cuanto rodea todo aquel gran seno de tierra, confinada del Hibero, del Albano y de los otros reyes defendidos con nuestra potencia de los imperios extranjeros. La Tracia estaba partida entre Rometalce y los hijos de Coti. Guardaban las riberas del Danubio dos legiones en Panonia y dos en la Misia: otras dos estaban en Dalmacia á sus espaldas, como por socorro de las cuatro, y en lugar acomodado para acudir con presteza á Italia en los casos improvisos; si bien tenía Roma su guardia de por sí, es á saber: tres cohortes urbanas y nueve pretorias de soldados escogidos, por la mayor parte de Toscana, de la Umbría, del antiguo Lacio y de las viejas colonias romanas. Había fuera de esto en los lugares oportunos de las provincias galeras de confederados, cohortes de infantería y alas de caballos de las ayudas; fuerzas poco inferiores á las sobredichas, aunque no estables ni siempre de una manera, mudándose de unas partes á otras, creciendo y menguando de número conforme á la necesidad.

No me parece que será fuera de propósito dar cuenta también del estado en que se hallaban las demás cosas de la república, y de la forma en que se sustentaron hasta este año, que fué en el que comenzó Tiberio á empeorar su gobierno. Primeramente los negocios públicos y de los particulares los más importantes se trataban ante los senadores, dándose á los más aparentes facultad de discurrir, tal, que cayendo en adulación, el mismo Tiberio los refre-

(1) Era hijo del otro Juba que había combatido en Africa contra César y que se suicidó después de la batalla de Tapso.

naba. Distribuía los honores, teniendo consideración á la nobleza de los pasados, al valor en la milicia y á las demás virtudes civiles, hasta hacer constar bastantemente que se habian procurado escoger los mejores sujetos. A los cónsules y á los pretores se les conservaba la misma apariencia y majestad, y á los magistrados menores la autoridad acostumbrada. De las leyes, salvo la de la majestad, no se usaba mal. Los trigos, gabelas, tributos y otras rentas públicas eran administradas por las compañías de caballeros romanos. Sus propias cosas encargaba Tiberio á personas excelentes y conocidas por él; y á los que no lo podían ser, libraba sus esperanzas en la buena fortuna; todos los cuales, admitidos una vez, no se despedían más; tan sin género de mudanza en esto, que muchos se envejecían en los mismos cargos. Fué trabajado el pueblo por ocasión de carestía, más sin culpa del príncipe, que no perdonó á gasto ni á diligencia, procurando remediar la esterilidad de la tierra, y que se evitasen los peligros de la mar y facilitasen los acarreos: proveyendo también que las provincias no fuesen trabajadas con tributos nuevos, y que la crueldad y avaricia de los ministros no fuese causa de que no se pudiesen sufrir los viejos. No se usaban azotes, ni confiscaciones de bienes.

Tenía por Italia César pocas posesiones, no muchos esclavos, la casa en manos de pocos libertos, y si le convenía pleitear con particulares no se diferenciaba de los demás en el modo de seguir su justicia. Estas cosas, no por vía de mansedumbre, sino rostrituerto siempre y las más veces temido de todos, mantuvo al fin, hasta que con la muerte de Druso se trastornó todo; porque mientras él vivió se conservaron, á causa de que, dando entonces Seyano principio á su grandeza, quería hacerse conocer en los buenos consejos; temeroso de otra parte de un castigador tal como Druso, no ya adversario oculto, y que muchas veces se dolía de que en vida del hijo del emperador

se nombrase nadie coadjutor del imperio. «¿Por ventura, decía él, dista mucho este nombre del de compañero? Las primeras esperanzas del mandar son á la verdad dificultosas, mas en tomando pie no faltan ayudas y ministros. Él ha hecho á su gusto los alojamientos militares; tiene en su mano el favor de los soldados, vense sus estatuas entre las memorias de Gneo Pompeyo, sus nietos serán comunes con la familia de los Drusos. ¿Qué remedio nos queda ya sino rogar á la diosa Modestia que se contente con esto?» Decía estas y semejantes cosas Druso, no raras veces ni entre pocos; fuera de que hasta sus más íntimos secretos se divulgaban por boca de su infame mujer.

Y así juzgando Seyano que le convenía solicitar, escogió un veneno de tal calidad que, penetrando poco á poco, hiciese su efecto semejante á las enfermedades casuales. Este veneno se dió á Druso por medio de Ligdo, eunuco, como se descubrió ocho años después. Tiberio por todos aquellos días que duró la enfermedad de Druso, quizá por hacer ostentación de la fortaleza de su ánimo, y también después de muerto y antes de que se le diese sepultura, fué al senado y amonestó á los cónsules, los cuales en señal de tristeza se sentaron en los asientos más vulgares y bajos, que se acordasen de su honor y del lugar que ocupaban; y juntamente deshechos en llanto los senadores, venciendo él á los suspiros y á las lágrimas, sin interrumpir su oración los consoló diciendo: «Que sabía bien cuán justamente debía ser reprendido de ellos por venir á su presencia con tan reciente dolor; que era verdad que muchos con aflicción semejante á la suya no podían sufrir las oraciones consolatorias de sus parientes, ni aun mirar la luz del día, sin ser por eso imputados de flaqueza ó falta de corazón; mas que él, como menesteroso de mayor consuelo, se había resuelto en buscarle, abrazando y cuidando de la república.» Lamentada después la excesiva vejez de Augusta, la incapaz y tierna edad de sus nietos

y la ya inclinada suya, pidió que entrasen los hijos de Germánico, consuelo último de sus males presentes. Salieron los cónsules, é instruídos por ellos los mozuelos de lo que habían de decir, los traen á la presencia de César, el cual teniéndolos por la mano, «estos pupilos, dijo, padres conscriptos, había entregado á su tío, aunque con hijos propios, para que los tuviese y amparase como tales, por fundamento suyo y de sus sucesores; mas ahora que me veo privado de Druso, vuelvo á vosotros mis ruegos, pidiéndoos por los dioses presentes y por la patria que recibáis y amparéis estos biznietos de Augusto, nacidos de esclarecidos progenitores, supliendo á vuestro deber y al mío. A éstos, oh Nerón y Druso, os doy en lugar de padres, habiendo nacido vosotros tales que vuestro bien y mal pertenece y toca á la república.»

Fueron con gran llanto y después con ruegos de suma felicidad oídas estas palabras; y si parara aquí, hinchiera de su gloria y de general compasión los ánimos de los oyentes; mas volviendo á sus vanidades, tantas veces murmuradas, de dejar la república, y que los cónsules ó algún otro se encargase del gobierno, quitó también la fe que se había dado á lo honesto y á lo verdadero. Decretáronse á la memoria de Druso las mismas cosas que á Germánico, añadiéndose algunas, como de ordinario lo traen consigo las últimas adulaciones. La pompa fúnebre fué ilustre por el espectáculo de las imágenes, viéndose Eneas origen del linaje de los Julios, todos los reyes de Alba, el fundador de la ciudad, Rómulo; seguía la nobleza Sabina (1), Apio Clauso, y en larga ordenanza todas las demás estatuas de los Claudios.

En dar cuenta de la muerte de Druso he referido cuanto dejaron escrito fidelísimos autores; mas no quiero pasar

(1) A causa del sabino Ato Clauso, fundador de la familia de los Claudios, á la cual pertenecía Druso.

en silencio la voz publicada por tan constante en aquellos tiempos que aun hoy en día vive; y es que Seyano, después de haber instigado á la maldad á Livia, granjeó también deshonestamente el ánimo de Ligdo, eunuco, el cual por la edad y por la hermosura del rostro era muy caro á su señor y ocupaba gran lugar entre los mayores ministros. Que este Ligdo, después de haber sido admitido en la conjuración y después de haber señalado el lugar y el tiempo de dar el veneno, llegó á tanto atrevimiento que emprendió echar toda la culpa á Druso, y para conseguir su intento por este camino, advirtió á su padre que se guardase del primer vaso en que se le traería la bebida comiendo con su hijo. Y que engañado con este aviso Tiberio, tomando el brebaje lo presentó á Druso, el cual, bebiendo con alegría juvenil y sin género de sospecha, hasta esto la ocasionó mayor; como si por miedo ó por vergüenza hubiera querido tomar para sí la muerte que tenía aparejada para su padre.

Estas cosas contadas por el vulgo, fuera de que ningún autor las confirma, se pueden también refutar prontamente. Porque ¿cuál fuera el hombre de mediana prudencia, cuanto y más Tiberio, cursado en tantos negocios, que sin oir las defensas de su hijo, de su propia mano y sin espacio de poderse arrepentir lo diese la muerte? ¿Por qué no antes de atormentar al ministro del veneno, obligándole á declarar el autor y tomar tiempo y dilación, acostumbrándose dar á los extraños, antes de quitar la vida á un hijo solo que tenía, no culpado hasta entonces en alguna maldad? Mas porque Seyano era tenido por inventor de toda suerte de maldades, por la afición entrañable que César le tenía, y por el aborrecimiento universal contra los dos, todas las cosas por grandes y fabulosas que fuesen eran creídas: acostumbrando, fuera de esto, á traer siempre consigo la fama cosas atroces en las muertes de los grandes príncipes. Verdad es que la orden de aquella traición,

revelada por Apicata, mujer de Seyano, se descubrió con la tortura de Eudemo y de Ligdo. Ningún escritor, por poco amigo que fuese de Tiberio, le ha objetado tal cosa, habiéndole inquirido y aplicado todas las demás. He querido referir y reprender esta voz del vulgo, para quitar con este claro ejemplo el crédito á semejantes patrañas, rogando á los que vieren estos mis trabajos que no antepongan á las cosas verdaderas y no corrompidas con maravillas las opiniones vulgares, y, aunque de suyo increíbles, oídas con gusto y aceptación.

Loando, pues, Tiberio á su hijo en la plaza llamada de los Rostros, el senado y el pueblo tenían en lo exterior hábito y voces de luto y de tristeza, mas interiormente gustaban de ver resucitar la casa de Germánico, á quien este principio de favor y el no saber Agripina disimular sus esperanzas le apresuraron la ruina. Porque Seyano, habiéndole salido bien la muerte de Druso, sin peligro de los conjurados y sin dolor público, enconado en el mal y en la prosperidad de sus primeros sucesos, iba pensado entre sí el modo y la forma con que podía sacar del mundo á los hijos de Germánico, á los cuales tocaba indubitablemente la sucesión. Era imposible atosigar á tres de un golpe, por la fidelidad grande de las guardas y por la invencible honestidad de Agripina, de cuya sobrada altivez, del odio viejo de Augusta y de las nuevas causas en que se hallaba interesada la conciencia de Livia, se sirvió para hacer creer á César que la soberbia de esta mujer, ayudada de su fecundidad y del favor del pueblo, la hacían demasiado deseosa de mandar. Encaminóse este trato por vía de astutísimos acusadores, entre los cuales Julio Póstumo, por el adulterio que cometía con Mutilia Prisca, familiarísimo de Augusta, con quien Prisca privaba mucho y á esta causa, muy á propósito para efectuar sus designios, hacían de manera que aquella vieja, de su propia naturaleza amiga de reinar, no pudiese sufrir la compañía de su nue-

ra; incitando por otra patre á los parientes de Agripina, á decir en su favor algunas palabras perniciosas, para irritar después con ellas el ánimo hinchado y vengativo de Livia.

Mas Tiberio, no sólo no apartándose del cuidado de los negocios, pero tomando las ocupaciones por recreo, atendía á administrar justicia á los ciudadanos y á oir las demandas de los confederados. Hízose por su orden un decreto en que se dió por tres años exención de tributos á las ciudades de Cibiro (1) en Asia y de Egira (2) en Acaya, poco menos que asoladas por un terremoto. Y Vivio Sereno, procónsul en la España ulterior, convencido de haber usado pública violencia (3), fué por la fiereza de sus costumbres desterrado á la isla de Amorgo (4). Carsidio, sacer-

---

(1) Ó Cibira, ciudad considerable de la Frigia, conocida, dice d'Anville, en los anales turcos con el nombre de Buruz.

(2) «Había en el Peloponeso, dice la Bletterie, tres ciudades cuyos nombres se parecían mucho, á saber: Ægion, Ægæ y Ægira, situadas las tres cerca del golfo de Corinto. ¿Debe leerse en Tácito *Ægiensi*, *Ægensi* ó *Ægirensi?* La cuestión es en sí de poca monta; pero como es preciso elegir, nos inclinamos al dictamen de Ernesto y Gronovio, que leyeron *Egiensi*. Así, pues, suponemos que se trata de *Ægium*, ciudad famosa donde celebraba en otro tiempo sus asambleas la liga aquea, y en la cual, en tiempo de los emperadores, se reunían aún los diputados de las ciudades de Acaya, según se ve en Pausanias.» El traductor español lee *Ægirensi*, mas sus anotadores parecen inclinarse al parecer de Gronovio.

(3) Con más propiedad, condenado en virtud de la ley llamada de *vi publica*. Por ella se castigaban los atentados cometidos de cualquier manera que fuese contra la república. La primera ley de *vi* fué establecida en el año 664 de Roma por el tribuno Plautio (ó Plotio) Silvano, del cual tomó el nombre de ley Plotia, Hacia el año 746, Augusto promulgó bajo el nombre de *Julias*, nuevas leyes *de vi publica* y *de vi privata*, la primera de las cuales castigaba con el destierro á todo funcionario público que hubiese muerto ó hecho matar, dado tormento, azotado, condenado ó preso á un ciudadano que hubiese interpuesto apelación al emperador.

(4) Isla del archipiélago griego, conocida aún en el día con este mismo nombre.

dote, y Cayo Graco, acusados de haber socorrido con trigo al enemigo Tacfarinas, fueron absueltos. Este Graco fué llevado siendo niño por su padre Sempronio á su destierro en la isla Cercina (1), donde, criado entre foragidos y personas ignorantes de las artes liberales, dió después en ganar su vida mercadeando y trocando vilísimas mercadurías en las provincias de Sicilia y África. Mas no por esto pudo huir los peligros que suele traer consigo una gran fortuna, porque á no ser ayudada su inocencia por Elio Lamia y Lucio Apronio, que habían tenido el proconsulado de África, por su desventurada nobleza hubiera sido arrebatado de los infortunios de su padre.

Hubo también en este año embajadas de algunas ciudades de Grecia, pidiendo los de Samo para el templo de Juno y los de Coo para el de Esculapio la confirmación de los antiguos privilegios de asilos y franquezas. Los Samios se fundaban en un decreto de los Anfictiones, á quien principalmente tocaba el juzgar de todas las cosas en tiempo que los Griegos, después de haber edificado ciudades por la Asia, poblaban aquellas costas marítimas. No era menor antigüedad la que alegaban los Coenses, por quien abogaban también los méritos del lugar y del templo, en el cual recogieron y salvaron las vidas á muchos ciudadanos romanos, cuando por orden del rey Mitrídates eran hechos morir cuantos se hallaban en todas las islas y ciudades de Asia. Después de esto, tras varias quejas en vano y gastos hechos por los pretores, propuso César que se reprimiese la desvergüenza de los histriones, mostrando que en público no cesaban de ir intentando cosas encaminadas á sedición, y en secreto muchas deshonestidades, feas y escandalosas. «¿Quién creerá, decía él, que esta raza de gente

(1) Había sido desterrado á la isla de Cercina, en la costa de África, por sus relaciones criminales con Julia, hija de Augusto.

infame venida de los Oscos (1), so color de dar algún recreo al vulgo, haya llegado á tener tanta mano, que para refrenarla sea menester la autoridad de todo el senado? Y así entonces fueron echados de Italia los histriones.

En este mismo año tuvo César ocasión de otra nueva tristeza por la muerte de uno de los dos mellizos de Druso, aunque no la sintió menor por la de un amigo. Fué éste Lucilo Longo, compañero suyo en los gustos y en las tristezas, y el que sólo entre todos los senadores le siguió en la retirada de Rodas. Por esto, sin embargo de ser Lucillo de moderno linaje, se le hicieron funerales como si hubiera sido censor, y se puso su estatua en la plaza de Augusto á gastos públicos, porque hasta entonces se trataban todas las cosas ante los senadores, los cuales hicieron comparecer á Lucilio Capitón, procurador de Asia, á defenderse de los delitos en que le culpaban los pobladores de aquella provincia, con grandes atestaciones del príncipe en que afirmaba no haberle dado autoridad de juzgar, sino de diferencias entre esclavos y libertos, y solicitar la cobranza de sus dineros particulares: que en lo demás, dado que se hubiese usurpado la jurisdicción de pretor ó valídose del poder de los soldados, excediendo de ambas cosas á las órdenes que tenía suyas, muy justo era que los confederados fuesen oídos. Averiguada, pues, la verdad del caso, fué condenado el reo; por cuyo castigo y por el que el año antes se le dió á Silano, decretaron las ciudades de Asia que se dedicase un templo á Tiberio, á su madre y al senado, y en siéndoles concedido, lo edificaron. Por esta causa, Nerón, hijo de Germánico, oró en hacimiento de gracias y alabanza del senado y de su abuelo con grandes muestras de alegría entre los oyentes, pareciéndoles que

(1) Esos juegos ó representaciones escénicas se llamaban *Atelanas*, del nombre de Atela, ciudad de los Oscos, donde habían sido inventadas.

oían y que veían á su padre, cuya memoria estaba muy fresca en los ánimos de todos: ayudando también la modestia y hermosura del mozo, digna de un príncipe, tanto más gratas á todos, cuanto era más notorio el peligro que corría por el aborrecimiento de Seyano.

En este mismo tiempo trató César de elegir el flamine dial en lugar de Servio Maluginense, difunto, y de hacer nueva ley: porque antiguamente se nombraban tres patricios de padre y madre confarreados (1), de los cuales se acostumbraba elegir uno; mas ahora no se hallaba como antes tanta copia, habiéndose olvidado el uso de la confarreación en los matrimonios, ó conservándose entre pocos.

---

(1) Ó casados por confarreación. De tres distintas maneras se celebraba el matrimonio entre los Romanos, á saber: *usu, coemptione et confarreatione.*

Si una mujer habitaba durante un año con un hombre, con consentimiento de sus tutores, sin ausentarse más de dos noches, se hacía esposa suya como por prescripción (*usu*), sin que hubiese necesidad de nuevas formalidades.

La segunda especie de matrimonio era como una compra simulada, *coemptio*, por la cual los dos esposos se compraban mutuamente. La mujer traía tres *ases*, uno en la mano, que era para su marido; otro en el zapato, que ofrecía á los dioses lares, y otro que depositaba en una especie de cobertizo ó soportal improvisado, que se llamaba el *compitum vicinale.* Con el primer as la mujer compraba á su marido, con el segundo los dioses Penates, y con el tercero el derecho de entrar en la casa.

El matrimonio por *confarreación* traía su nombre de una especie de pan hecho con el *far* (trigo), que comían los dos esposos durante el sacrificio. Esta manera de contraer matrimonio fué tenida siempre por la más solemne y estuvo en todos tiempos reservada á los solos patricios, aun después que los plebeyos participaron de sus prerrogativas. La celebración exigía la presencia de diez testigos, del sumo pontífice y del flamen de Júpiter. Sus ceremonias eran muy largas y podían durar muchos días. Un trueno, el menor presagio siniestro bastaba para turbar la fiesta, que era preciso en este caso empezar de nuevo. Esta clase de matrimonios eran indisolubles, y para romperlos era necesario pasar por otra ceremonia llamada *diffarreatio*, más desagradable acaso que la primera.

Dábanse para ello muchas causas, y particularmente la negligencia de los hombres y de las mujeres; á más de la dificultad de la misma ceremonia, dejada voluntariamente por esto, y porque así el flamine dial como la que le tomaba por marido salían de la potestad paterna (1). Por lo cual significó que convenía tratarse del remedio con decreto del senado ó con ley, á la manera que solía Augusto reducir al uso presente muchas cosas de aquella rústica antigüedad. Y así, considerados los respetos de religión, concluyeron que no se mudase nada del instituto de los flamines; mas hízose ley que la flamínica dial estuviese sujeta á la potestad del marido en las cosas de aquel sacerdocio, y que en todo lo demás se gobernase como las otras mujeres: y consecutivamente fué sustituído el hijo del Maluginense en el lugar de su padre. Y para que fuese en aumento la reputación de los sacerdotes y ellos se animasen á ejercitar con mayor prontitud aquellas ceremonias, fué decretado que se diesen

---

(1) «El poder del padre sobre los hijos, tanto varones como hembras, dice Burnouf, no terminaba en Roma sino por la muerte, la esclavitud ó el destierro de aquél y la emancipación ó adopción de éstos. Sin embargo, las vestales y los flamines estaban libres de ella. Lo estaban igualmente las mujeres casadas cuando por una de las tres especies de matrimonio que acabamos de indicar entraban á formar parte de la familia de su marido ó caían bajo su potestad, ó por mejor decir, bajo su mano, *in manum.* Y esto es lo que sucedía siempre á la esposa del flamen, quien estaba obligada á consagrar su matrimonio por la confarreación. Y he aquí por qué Tácito ha dicho *quæque in manum flamine conveniret*, y no simplemente *quæque uxor flaminis fieret.* La ley de que se hace mención más abajo (*sed lata lex qua flaminica dialis*, etc.) dispuso que la mujer no tendría necesidad de estar bajo la potestad de su marido sino en los actos relativos al culto, y que en lo demás permanecería en el derecho común ó independiente, *sui juris*, si lo estaba ya, ó bajo la potestad del padre. Más claro: siendo rigurosamente obligatoria para los flamines la confarreación, se limitaban sus efectos, en cuanto á la potestad marital, á los asuntos dependientes de su sacerdocio.»

á Cornelia, virgen, aceptada en lugar de Scancia (1), cincuenta mil ducados (dos millones de sextercios), y que todas las veces que la emperatriz entrase en el teatro pudiese tomar asiento entre las vestales.

Siendo cónsules Cornelio Cetego y Viselio Varrón, los pontífices y con su ejemplo los demás sacerdotes, haciendo votos y rogativas por la salud del príncipe, encomendaron á los mismos dieses también á Nerón y á Druso, no tanto por amor que tuviesen á estos mozos, como por adulación; la cual en donde reinan depravadas costumbres es tan sospechosa cuando es demasiada, como cuando ninguna. Porque Tiberio, jamás inclinado á la casa de Germánico, sintió disgusto y se dolió de que aquellos mozos se le igualasen á su vejez, y llamando á los pontífices, les preguntó si lo habían hecho por ruegos ó por amenazas de Agripina. Y habiéndolos, aunque lo negaron, reprendido blandamente, por ser la mayor parte de ellos sus amigos, y todos de los más granados de la ciudad, en el senado después, con oración formada, les advirtió para en lo venidero: «que ninguno con honrarlos antes de tiempo, hiciese ensoberbecer los ánimos inconstantes de aquellos mancebos»: instigado también de Seyano, el cual le representaba «que la ciudad se dividía en particularidades y como en guerra civil. Que había ya quien se osaba publicar por del bando de Agripina, y que si no se ponía remedio, crecería sin duda el número con evidente peligro: que él no hallaba mejor expediente para prevenir el daño que podía ocasionar la discordia, que cada día iba en aumento, que sacar del mundo á dos ó tres de los más prontos y atrevidos.»

Para esto se escogió Cayo Silio y Tito Sabino, á los cuales fué del todo calamitosa la amistad de Germánico. La

---

(1) El verbo de que se sirve en este pasaje Tácito parece hacer alusión al modo como se hacía la investidura de las vestales, y á las palabras que pronunciaba el pontífice al recibirlas: *Te, amata, capio.*

ruina de Silio, el cual por espacio de siete años había gobernado gruesos ejércitos, ganado en Germania las insignias triunfales, y quedádose victorioso en la guerra contra Sacroviro, era cierto que había de causar tanto mayor terror y asombro cuanto se viese caer de más alto. Creyeron algunos que le dañó su poca prudencia, pues llegó á jactarse impertinentemente de que sus soldados se habían conservado en obediencia, mientras los demás se amotinaban, y que si hubieran hecho lo mismo no fuera Tiberio emperador. Parecíale con esto á César que se le menoscababa su fortuna, hallándose incapaz de satisfacer á tan gran mérito. Porque los beneficios son aceptos hasta aquel grado que se puede recompensar; mas en excediendo mucho, en lugar de gratitud se pagan con aborrecimiento.

Era mujer de Silio Sosia Gala, á quien el príncipe quería mal por la voluntad que le mostraba Agripina. Resuelto, pues, el derribar á estos dos, dejando el tratar de Sabino para otra ocasión, movieron á este efecto el ánimo del cónsul Varrón, para que, so color de cierta enemistad que su padre tuvo en tiempo con Silio, se hiciese ministro de los odios de Seyano, sin reparar en el vituperio que de ello se le seguiría. Y como el reo pidiese alguna dilación hasta que el acusador acabase el tiempo de su consulado, lo contradijo César, diciendo: «que otras muchas veces se había visto llamar los magistrados á juicio á gente particular; que no era justo cercenar la autoridad del cónsul, con cuya vigilancia se provee á la salud de la república procurando evitarle daños y peligros.» Fué esta acción muy propia de Tiberio, cubrir las maldades nuevas con la gravedad de palabras antiguas. Y así con gran encarecimiento, como si se procediera contra Silio por virtud de las leyes, ó como si el tener enojado al cónsul Varrón fuera delito contra la república, quiso que se juntasen los senadores: y callando el reo, ó hablando para quererse defender, nunca podía esconderse la mano de quien con tanta

ira le arrojaba la piedra. Eran las culpas, que se entendía con los que comenzaron la guerra; que disimuló largo tiempo con Sacroviro; que con su avaricia había manchado el honor de la victoria; y, finalmente, que tenía por mujer á Sosia. No hay duda en que se hallaban confusos por no saber cómo encajar el delito de residencia; más resolviéndose en tratar este negocio por el de majestad ofendida, Silio con una muerte voluntaria previno á la cercana condenación.

Sin embargo, se procedió contra sus bienes, no por restituir las pagas á los soldados, no habiendo quien las pidiese, sino por quitarle lo que liberalmente le había dado Augusto, restituyendo por menudo al fisco todo aquello en que pretendía haber sido defraudado. Esta fué la primer diligencia que hizo Tiberio contra la hacienda ajena. Sosia fué desterrada por consejo de Asinio Galo, que quería que se le confiscase una parte de sus bienes y la otra se dejase á sus hijos. Mas en contrario, Marco Lepido fué de opinión que conforme á la necesidad de la ley, se diese la cuarta parte á los acusadores y lo restante se concediese á sus hijos. Este Lepido hallo haber sido hombre grave y muy prudente en aquel'os tiempos, porque en cuanto pudo, encaminó siempre á la razón las crueles adulaciones de los otros: ni le fué necesario nunca gobernarse con respetos, á causa de haber conservado siempre igualmente la gracia de Tiberio y su propia autoridad. De que me resuelvo en poner en duda, si el hado ó la suerte del nacimiento causan, como las demás cosas, la gracia de los unos y el disfavor de los otros para con los príncipes, ó si aprovecha de algo el saberse un hombre gobernar, y entre la fiereza inconsiderada y la vil lisonja, seguir un camino seguro de ambición y exento de peligros. Pero Mesalino Cota, no menos noble de sangre que él, aunque de ingenio diverso, votó que se debía establecer, con decreto del senado, que los magistrados y gobernadores de provincias

no fuesen menos castigados por los delitos cometidos en ellas por sus mujeres, que si los cometieran ellos propios; y esto aunque fuese sin culpa ó sabiduría suya.

Tratóse después de esto de Calpurnio Pisón, hombre noble y fiero. Éste, como dije arriba, había dicho públicamente en pleno senado que se quería desterrar de Roma por no ver los bandos de los acusadores; y poco después, menospreciando el poderío de Augusta, se había atrevido á citar en juicio á Urgulania, sacándola de la propia casa del príncipe, cosas que por entonces no las tomó mal Tiberio. Mas como en aquel ánimo tenaz en la ira, dado que al parecer se hubiese amortiguado el primer ímpetu, vivía todavía la memoria de la ofensa, ordenó que Quinto Granio acusase á Pisón de secretas juntas contra la majestad del príncipe, añadiendo que tenía venenos en casa y que iba con armas secretas á palacio: cosas que por exceder demasiado á la verdad no se atendió á ellas: más culpado por otros muchos cabos, no se pudo fenecer la causa por sobrevenirle la muerte en buena ocasión. Deliberóse también de Casio Severo (1), desterrado, el cual, nacido de bajo linaje y viviendo una vida digna de vituperio, aunque famoso orador, se había concitado tantos enemigos, que por sentencia del senado, dada con juramento, fué desterrado á la isla de Creta, donde continuando su mala suerte de vida, y añadiendo nuevos aborrecimientos á los viejos, quitándole al fin todos sus bienes y bandeándole de nuevo con la privación acostumbrada de agua y fuego, se acabó de envejecer en la roca Serifia.

Por este mismo tiempo Plaucio Silvano, pretor, ignóranse las causas, arrojó de un precipicio abajo á su mujer Apronia, y acusado ante César por su suegro Lucio Apro-

(1) Había sido desterrado á Creta en tiempo de Augusto como autor de libelos infamatorios, y destruídos sus escritos por orden del senado.

nio, respondió turbada y confusamente como si el caso hubiera sucedido durmiendo él y sin su sabiduría, queriendo dar á entender que ella se había despeñado de su voluntad. Mas Tiberio, sin poner dilación, fué á su casa, y reconociendo el aposento, se vieron en él diferentes indicios y señales que mostraban la resistencia que la mujer había hecho, y cómo había sido arrojada por fuerza. Refiriólo en el senado, y en asignándole jueces, Urgulania, abuela de Silvano, envió á su nieto un puñal; y creyóse que por advertimiento del príncipe, respecto á la amistad de Augusta con Urgulania. El reo, habiendo probado en vano los aceros de la daga y faltándole el ánimo, se hizo cortar las venas. Y siendo después acusada Numantina, su primer mujer, de haberle hecho enloquecer con hechizos, fué hallada inocente.

Este año, finalmente, libró al pueblo romano de la larga guerra contra el númida Tacfarinas. Porque los primeros capitanes, en pareciéndoles haber hecho lo que bastaba para impetrar las insignias triunfales, dejaban al enemigo. Veíanse ya en Roma tres estatuas laureadas (1), mientras todavía Tacfarinas andaba robando la provincia de África, acrecentando de las ayudas de los Mauros, los cuales, por la descuidada juventud de Ptolomeo (2), hijo del rey Juba, de libertos y esclavos de aquellos reyes se habían convertido en soldados. Habíase hecho compañero de éstos en el saquear y en el guardar las presas el rey de los Garamantes: no que marchase con ejército formado, mas con enviar algunas escuadras á la ligera, supuesto que fueron siempre menores que su fama: y de la misma provincia muchos que por su pobreza y estragadas costumbres aborrecían la

(1) Á saber, las de Furio Camilo, Junio Bleso y, según J. Lipsio, la de L. Apronio, que también habia vencido á Tacfarinas.

(2) Hijo del rey Juba, de que se ha hecho mención en la nota 5.ª, y de Cleopatra Selene, nacida de los amores de Marco Antonio y la reina de Egipto.

quietud se le juntaban con facilidad: porque César, después de las facciones de Bleso, como si no quedaran enemigos en África, había sacado la legión nueve. Ni el procónsul de aquel año, Publio Dolabela, se había atrevido á detenerla, temiendo más el contravenir á los mandatos del príncipe que la incertidumbre de la guerra.

Tacfarinas, pues, echando de ver que las tierras y haciendas de los Romanos eran saqueadas en otras partes también por las demás naciones, y que por esta causa poco á poco iban desamparando la provincia de África, protestaba que era ya llegado el tiempo en que le sería fácil el oprimir á los restantes, si resolviéndose en amar más la libertad que la esclavitud se disponía á ello. Aumentado de fuerzas con esto y hechos los alojamientos, se puso á sitiar á Tubusco (1). Mas Dolabela, recogidos los soldados que había, con el terror del nombre romano, porque los Númidas no se atreven á esperar la ordenanza de nuestros infantes, en moviéndose hizo levantar el sitio, y presidiados los lugares oportunos, mandó cortar las cabezas á los principales de los Musulanos que comenzaban á tumultuar. Después, porque ya había mostrado la experiencia en las guerras pasadas que no convenía seguir con grueso número de gente ni por sola una parte al enemigo inconstante y fiado en su celeridad, llamando al rey Ptolomeo con sus vasallos, pone en orden cuatro batallones, y distribuídos entre los legados y tribunos, dejando guiar á las cabezas de los Mauros sus tropas de robadores, él con el consejo y con el cuidado acompañaba á todos.

Poco después se supo que los Númidas habían puesto su alojamiento junto á un castillo medio destruído llamado Auzea, que había sido quemado ya en otra ocasión por

(1) Ciudad de la Mauritania Cesárea. D'Anville la coloca en un sitio llamado actualmente Burg. en el cantón de Kuko, no lejos del mar.

ellos, fiándose en el sitio, rodeado todo de grandes bosques. Entonces, puestas á punto las cohortes sueltas y tropas de caballos, haciendo marchar con presteza sin que se supiese á dónde al nacer del día, con ruido de trompetas y de gritos, da sobre aquellos bárbaros medio dormidos, con los caballos ocupados en diferentes ejercicios ó sueltos por las pasturas. Y donde los Romanos estaban cerrados entre sí, bien en orden y con toda arte de guerra, así los Númidas desproveidos, desarmados, sin orden, sin consejo, como si fueran ovejas, eran heridos, muertos y presos. Los soldados, encendidos con la memoria de los trabajos pasados y de ver las muchas veces que se les habían escapado con huir la batalla tan deseada, se hartaban con la venganza y con la sangre. Pasó la palabra de mano en mano por los manípulos que todo hombre persiguiese á Tacfarinas, conocido ya de todos por tantos reencuentros, porque sin la muerte del que era cabeza no se podía fenecer aquella guerra. Él, escogidos los más valerosos de su guardia, viendo á su hijo ya preso y á los Romanos esparcidos por todo, metiéndose por las armas enemigas, huyó la infamia del cautiverio muriendo no sin venganza.

Puso el presente suceso fin á la guerra, y pidiendo por ello Dolabela las insignias triunfales, se las negó Tiberio por respeto de Seyano, temiendo que se oscurecería la gloria de su tío Bleso: mas no quedó por ello Bleso más ilustre, y á este otro el honor negado aumentó la reputación, habiendo con menor ejército llevado más famosos prisioneros, la muerte al fin del capitán, y el traer consigo la fama de haber fenecido del todo la guerra. Añadíasele más á Dolabela el venirle siguiendo los embajadores de los Garamantes, vistos raras veces en Roma, enviados, muerto Tacfarinas, por aquella gente atemorizada y no sin culpa á dar satisfacción al pueblo romano. Sabida después la voluntad con que había ayudado Ptolomeo en esta guerra, se le envió con un senador el cetro de marfil y la toga de

púrpura bordada de oro, antiguos dones de los senadores romanos, con título de rey, de compañero y de amigo.

En el mismo verano la semilla de un levantamiento de esclavos movido en Italia fué oprimida de la buena fortuna. Autor de este tumulto fué Tito Curtisio, ya en otro tiempo soldado pretoriano, primero con secretas juntas en Brindis y en las tierras vecinas, después con publicar carteles llamando á la libertad á los esclavos rústicos y fieros, que estaban esparcidos hasta por los bosques más apartados; cuando casi por merced de los dioses, tres fustas de á dos remos por banco que se tenían en aquel mar por la comodidad de los pasajeros, tomaron puerto en Brindis. Hallábase en aquellas partes Curcio Lupo, cuestor, á quien, conforme á la antigua costumbre, había tocado la provincia llamada Cales. Éste, valiéndose de los soldados y gente de las dichas fustas, apagó á su principio el fuego de aquella sedición. Sabida por Tiberio la primer nueva, envió á Estayo, tribuno, con buen golpe de gente, el cual trujo en prisión á Roma al capitán y á los más principales fautores de aquel atrevimiento, sacando á la ciudad de un temor harto grande en que estaba por el gran número de esclavos, que de cada día iba creciendo, al paso que faltaba la gente libre (1).

En este mismo consulado sucedió un caso extraño, miserable y cruel. Son traídos al senado un padre y un hijo, el padre reo y el hijo acusador, entrambos de un mismo nombre de Quinto Vivio Sereno. El reo, llegado en aquel punto de su destierro, macilento y roto, en cadena entonces, mientras su hijo informaba contra él. El hijo con ricas vestiduras, y mostrando muy alegre semblante, culpaba al padre de asechanzas contra el príncipe, y de haber en-

(1) Véase en la traducción de Burnouf, tomo II, pág. 412 y 413, una larga é interesante nota acerca de la disminución de la población libre y sus causas.

viado á las Galias quien incitase aquellos pueblos á la guerra, haciendo él mismo ambos oficios de acusador y de testigo. Añadiendo que le había acudido con dineros para esto Cecilio Cornuto, que había sido pretor, de quien afirmaba que el cuidado de esta empresa y la desesperación de poder salir con honra de tan gran peligro, le habían obligado á solicitarse la muerte. El padre, en contrario, sin mostrar temor, vuelto con rostro severo á su hijo, sacudía las cadenas, llamaba á los dioses vengadores rogándoles que le restituyesen el destierro para poder vivir lejos de donde se permitían tan fieras costumbres, y diesen algún día á su mal hijo el merecido castigo. Afirmaba la inocencia de Cornuto, espantado de tan gran mentira, como se podía averiguar fácilmente; obligándole á nombrar los cómplices, no siendo posible que él con solo un compañero se atreviese á maquinar la muerte del príncipe y á revolver el estado de la república.

Nombró entonces por cómplices el hijo á Gneo Lentulo y Seyo Tuberon, avergonzándose Tiberio de oir cosa semejante de los más graves personajes de la ciudad y sus mayores amigos; Lentulo decrépito y Tuberon lleno de enfermedades, ser acusados de hacer tumultuar las provincias y de alborotar la república. Mas éstos fueron luego asegurados. Contra el padre se pusieron á cuestión sus esclavos, que declararon contra el acusador. El cual, fuera de sí, con la conciencia de su maldad y sordo con los gritos del vulgo, que le amenazaba con el castigo del robre y la piedra (1) ó con las penas de los parricidas, se huyó

(1) Según Lipso era cierto paraje de la cárcel, que se llamó tambien tulliano. Así Salustio en la *Catilinaria* dice: *est locum in carcere, quod tullianum appellatur*. Valerio Máximo dice también que algunos reos eran precipitados desde el robre, lo cual indica igualmente el castigo de la piedra ó roca Tarpeya. «Acaso los reos que entraban al robre, ó eran allí degollados ó

de Roma. Fué con todo eso hecho volver de Ravena y forzado á seguir la causa; nó pudiendo Tiberio disimular el odio antiguo contra el desterrado Sereno, porque después de la condenación de Libón, había escrito á César dándole en rostro con que solos sus servicios habían quedado sin recompensa; añadiendo algunas cosas con menos respeto de lo que convenían á orejas tan soberbias y mal sufridas. De esto, pues, se resintió al cabo de ocho años, arguyéndole de varias cosas durante este tiempo; y aunque los tormentos, por la constancia de los criados y esclavos, obraron todo al revés de lo que pretendía el fisco, prevaleciendo con todo eso el voto de que Sereno fuese castigado al uso de los antiguos, por no hacerse César aborrecible, lo contradijo. Y diciendo Galo Asinio que se desterrase á Giaro ó á Donusa, no lo consintió tampoco, alegando que aquellas dos islas carecían de agua, y que era justo dar modo de vivir á quien se daba la vida; y así Sereno fué desterrado á la isla de Amorgo. Y porque Cornuto se mató con sus manos, se trató de privar al acusador del premio siempre que el iniciado de majestad se quitase la vida antes de declararse la causa. Y prevaleciera este voto, si César obstinadamente, y contra su costumbre, á la descubierta no hubiera tomado á su cargo la defensa de los acusadores: doliéndose de que con esto perderían

---

de allí los sacaban al precipicio Tarpeyo. Llamóse robre aquel lugar, por estar hecho antiguamente de gruesos robres.» Así Ernesto; pero según lo describe Salustio, era un calabozo en lo bajo, muy obscuro y terrible, fabricado de piedra.—*Nota de la E. E.*—*Rich.* en su *Dic. de ant. rom. y grieg.*, nos da en menos palabras una idea más clara de lo que se entiende *por el castigo del roble y de la piedra.* «Llamábase así, dice, en toda prisión (*carcere*) el calabozo subterráneo donde se ejecutaban las sentencias de muerte; de donde la expresión, *dignum carcere et robore*, para indicar el que merecía la prisión y la muerte.» En la Edad Media dábase á esta clase de calabozos, harto comunes entonces, los nombres más significativos de *infierno*, *pudrideros*, *de profundis*, *ollas*, etc.

su efecto las leyes y se pondría la república en precipicio. «Destrúyase, decía, del todo la justicia, si habemos de privarnos de los ministros que la guardan.» Así los acusadores secretos, linaje de hombres nacido para pública ruina, nunca bastantemente refrenados con penas, eran entonces acariciados con premios.

Entre tantos y tan continuos casos de tristeza parece que se interpuso éste de algún gusto, es á saber, que Cayo Cominio, caballero romano, convencido de haber hecho versos en vituperio de César, alcanzó perdón á instancia de un hermano suyo, senador; de que resultaba tanta mayor maravilla, cuanto conociendo Tiberio lo mejor, y cuán dignas de alabanza eran la clemencia y benignidad, seguía de ordinario todo aquello que podía ocasionar tristeza y desconsuelo. Porque él no pecaba por ignorancia; ni es posible disimularse del todo, cuando con verdadera ó fingida alegría se celebran las acciones de los emperadores. Y lo que es más, él mismo, que en las otras cosas se hallaba como embarazado en sus razonamientos y siempre con palabras repugnantes y contrarias entre sí, cuando se trataba de beneficiar y socorrer á alguno, hablaba mucho más libre y desenvueltamente. Pero tras esto, tratándose de Publio Suilio, que había sido tesorero de Germánico, convencido de haber tomado dineros por juzgar, y condenándose por ello á destierro de Italia, declaró César que se entendiese haberle de cumplir en una isla, con tanta alteración de ánimo, que juró interesarse en ello el bien de la república. Tomóse ásperamente entonces este rigor, aunque después le aprobó la edad siguiente, la cual vió perdonado al mismo Suilio, hombre venal y favorecido del emperador Claudio, de quien con mucha prosperidad gozó de larga amistad y privanza, pero nunca bien. La misma pena se dió á Cato Firmio, senador, por haber perseguido á una hermana suya propia con falsas acusaciones de majestad. Cato, como he dicho, fué el que hizo caer en sus

falsas redes á Libón, y el que le acusó después. Acordóse Tiberio de este servicio, y tomando diferentes pretextos, pidió que se le alzase el destierro, aunque no insistió en que le fuese restituída la dignidad de senador, de que había sido privado.

Sé muy bien que muchas cosas de estas que he contado y pienso contar, parecerán por ventura muy leves y no dignas de ponerse en memoria; mas no se haga comparación de nuestros anales con las materias por donde pudieron discurrir los que recogieron las cosas antiguas del pueblo romano: porque aquéllos trataron libremente de guerras grandes, de expugnaciones de ciudades, de reyes presos ó puestos en huída; y si á las veces se volvían á los sucesos de casa, les ofrecían noble materia las discordias de los cónsules con los tribunos, las leyes agrarias y frumentarias, y las diferencias entre el pueblo y los nobles. Nuestro trabajo está ceñido más estrecho, y por el consiguiente es capaz de menor gloria: una paz no alterada, ó bien poco, las cosas de Roma afligidas, y el príncipe sin cuidado de extender el imperio. Todavía no será fuera de propósito el considerar estas cosas, despreciables á primera vista, dado que pueden sacarse de ellas notables documentos.

Porque todas las naciones y ciudades son gobernadas ó por el pueblo, ó por los nobles, ó por un príncipe solo. Otra forma de república fuera de éstas, antes se puede alabar que hallar; ni dado que se hallase podría durar largo tiempo. Así, pues, como entonces, prevaleciendo la plebe, era necesario conocer la naturaleza del vulgo y el modo de saberle regir y manejar, ó cuando gobernando los senadores eran tenidos por prudentes y astutos los que conocían las inclinaciones del senado y de los nobles, así ahora, habiéndose mudado el estado de la ciudad y reducídose las cosas al gobierno de uno solo, á éstas conviene atender y de éstas es necesario y provechoso tratar: siendo

así que son pocos los que con la prudencia sola saben discernir las cosas honestas de las que no lo son, y las útiles de las dañosas, y muchos los que se enseñan á costa de los sucesos ajenos. Es bien verdad que así como estas cosas son de mucho fruto, son también de poco deleite; porque la descripción de las provincias y reinos, la variedad de las batallas, la muerte de los grandes capitanes son las cosas que más entretienen y recrean el ánimo del que lee. Mas nosotros no escribimos otra cosa que mandatos crueles, acusaciones continuas, amistades falsas, ruina de inocentes, y las causas de estos efectos, siempre conformes en sus medios y en sus fines, con una semejanza de cosas bastante para cansar á quien quiera. Fuera de que son raros los que dicen mal de los escritores antiguos, importando poco que alguno se haya alargado en engrandecer con mayor gusto las escuadras cartaginesas que las romanas. Mas ahora viven todavía muchos descendientes de los que en tiempo de Tiberio sacaron vergüenza ó castigo. Y cuando bien demos que hayan acabado aquellos linajes, se hallarán muchas que, por la conformidad de costumbres, pensarán que se les prohija á ellos todo el mal que se dice de los otros. A más de esto, la gloria y la virtud tienen sus émulos, según que el espíritu del hombre discurre en sí al contrario de lo que pide su natural. Mas volvamos á nuestro propósito.

En el consulado de Cornelio Coso y Publio Asinio Agripa fué acusado Cremucio Cordo de un nuevo y nunca oído delito: de haber en sus anales, que sacó á luz, loado á Marco Bruto y llamado á Cayo Casio el último Romano. Eran los acusadores Satrio Secundo y Pinario Nata, ambos favorecidos de Seyano; calidad perniciosa para el reo, como también el ver que César comenzó á oir con disgusto la defensa de Cremucio. El cual, certificado ya de su muerte, habló en esta substancia: «A mí, padres conscriptos, me hallan de manera inocente en obras, que vengo

»á ser acusado de solas palabras; y éstas no contra el »príncipe ni contra su madre, que son los comprendidos »en la ley de Majestad, mas por haber loado á Bruto y á »Casio, cuyos hechos, habiendo sido notados por muchos »autores, ninguno ha dejado de honrarlos ni engrandecer»los. Tito Livio, clarísimo entre todos los escritores, de »elocuencia y fidelidad, celebró con tantas alabanzas á »Gneo Pompeyo, que Augusto le llamaba Pompeyano, sin »que por esto se le mostrase jamás menos amigo. Y »cuando hace memoria de Scipión, de Afranio, de este »mismo Casio, de este Bruto, no se hallará que los llamase »ladrones ó parricidas, como los llaman ahora, sino mu»chas veces varones ilustres y señalados. De los mismos »hacen honradísima memoria los escritos de Asinio Po»lión. Mesala Corvino (1) llamaba á boca llena su empera»dor á Casio, y el uno y el otro vivieron largos años llenos »de riquezas y cargados de honras. Al libro de Marco Ci»cerón, en el cual levanta hasta el cielo las alabanzas de »Catón, ¿qué otra cosa hizo el dictador César que respon»derle con una oración, como si estuvieran ante los jueces? »Las epístolas de Antonio, las oraciones de Bruto contienen »grandes vituperios de Augusto, aunque llenas de falsedad »y malicia. Léense hoy en día los versos de Bibáculo y de »Catulo llenos de oprobios de los césares; y con todo eso, »el mismo divo Julio, el mismo divo Augusto, no sé si con »mayor ejemplo de mansedumbre ó de prudencia, sufrie»ron estas cosas y las dejaron pasar sin hacer caso de ellas; »porque las mismas injurias, que menospreciadas se des»vanecen, mostrando que nos causan enojo nos confesamos »por culpados de ellas.

»No trato aquí de los Griegos, á quien se concedió, no »sólo libertad, pero desenfrenada licencia de hablar, sin

(1) Se pasó del partido republicano al de Augusto, de quien era compañero de consulado en el año de la batalla de Accio.

»temor de castigo, y si alguno se resentía, vengaba las »palabras con palabras. Siempre fué grande y poco sujeta »á maldicientes la libertad de escribir de aquellos á quien »la muerte hizo exentos de afición ó aborrecimiento. ¿Por »ventura sigo yo á Casio y Bruto armados en los campos »Filípicos, ó incito y persuado al pueblo con oraciones á »la guerra civil? ¿Acaso no murieron ellos cerca de setenta »años ha? Y así como ahora son conocidos por sus estatuas »á quien el propio vencedor no derribó, así ni más ni me»nos vive parte de su memoria en los libros de los escri»tores. La posteridad restituye á cada cual el honor que »le es debido, y así es cierto que cuando yo sea conde»nado habrá alguno que no sólo de Casio y Bruto, pero »también de mí tendrá memoria.» Salido después del senado, acabó la vida con abstinencia voluntaria. Decretaron los senadores que los ediles hiciesen quemar aquellos libros; mas quedando entonces escondidos muchos, se publicaron después. Cosa que ofrece harto gran materia de risa, pues es grande la ignorancia de los que con la potencia presente piensan que han de poder borrar la memoria de las cosas en los tiempos venideros. Antes en contrario, con el castigo de los buenos ingenios se aumenta mucho más su autoridad. De suerte que ni los reyes extranjeros, ni otro alguno de los que, como ellos, procuraron parecérseles en la crueldad, sacaron otro fruto que concitarse á sí mismos deshonra, y dar ocasión de nueva gloria y alabanza á los que tuvieron valor para vituperar sus acciones.

Fué este año tan fértil de acusaciones, que en los mismos días de las ferias llamadas latinas (1), habiendo subido

---

(1) Existía entre los pueblos del Lacio una confraternidad religiosa. Estos pueblos en número de cuarenta y siete, y teniendo á su cabeza á los Romanos, se reunían todos los años en monte *Albano*, hoy día *Monte Cavi*, para ofrecer en nombre de todos los Latinos un sacrificio á Júpiter: y eso era lo que se

Druso al tribunal de prefecto de Roma, para tomar con buen auspicio la posesión de aquel magistrado (1), poniéndosele delante Calpurnio Salviano para acusar á Sexto Mario, fué Salviano reprendido públicamente de César, y á esta causa condenado después á destierro. A los Cizicenos, inculpados públicamente de haber tenido poca cuenta con el culto del divo Augusto, añadidos delitos de violencia usados con ciudadanos romanos, se les quitó la libertad que merecieron sosteniendo el sitio en la guerra de Mitrídates, y ayudando con su constancia á las fuerzas de Lúculo para echar de allí á aquel rey. Fonteyo Capitón, procónsul que había sido de Asia, fué absuélto, averiguándose que sus culpas habían sido inventadas falsamente por Vibio Sereno, el cual no fué castigado, conservándole más seguro el aborrecimiento universal: porque los acusadores famosos eran tenidos como sacrosantos; los menores y de menor cuantía, éstos sí que eran sujetos al castigo y á las leyes.

En este tiempo la España ulterior envió embajada al senado por licencia para poder edificar un templo á Tiberio y á su madre, como se había concedido á los de Asia. Con cuya ocasión, César, harto constante de suyo en menospreciar las honras excesivas que se le ofrecían, pare-

---

llamaba *las ferias latinas*. Asistían á ellas todos los magistrados de Roma, desde el emperador hasta el último de los tribunos; y durante su ausencia quedaba gobernando la ciudad el llamado *prefecto de Roma á causa de las ferias latinas*, cuya autoridad acababa con la fiesta, que duraba al principio uno sólo, y más adelante tres días.

(1) Todos los magistrados en el primer día que tomaban posesión de sus destinos se ensayaban en negocios de poca monta. Dábase á esto el nombre de *auspicari*, porque este ensayo era como tomar los auspicios. Y como éstos hubieran podido ser turbados por asuntos graves ó criminales, este motivo, unido á la incompetencia de esa magistratura efímera y á las ideas religiosas que consagraban las ferias latinas á la paz y á la concordia, debía hacer que los Romanos se enojasen contra la bárbara prisa que se daba en aquella ocasión Salviano.

siéndole bien responder á los que le culpaban de que se había comenzado á inclinar á la ambición, habló de esta manera: «Asegúrome, padres conscriptos, que de muchos »seré tenido por fácil y mudable, no habiendo, poco ha, »contradicho á las ciudades de Asia que me pedían esto »mismo. Justificaré, pues, la causa del pasado silencio, y »juntamente declararé lo que tengo determinado de hacer »en lo porvenir. Porque el divo Augusto no prohibió que »en Pérgamo se edificase un templo á él y á la ciudad de »Roma, yo que guardo y tengo por ley todos sus dichos y »hechos, seguí tanto más prontamente su agradable ejem»plo, cuánto con la honra que se me hacía se aumentaba »más la veneración del senado. En lo demás, así como pa»rece excusable el haber aceptado una sola vez este honor, »asimismo el consentir que debajo de especie de deidad se »consagre mi nombre por todas las provincias, sería cosa »ambiciosa y soberbia: fuera de que perdería mucho de »sus quilates el honor de Augusto profanándole con la co»mún adulación.

»Yo, padres conscriptos, sé que soy mortal, y que »ni hago ni puedo hacer mayores obras que los otros »hombres, contentándome, como desde ahora me contento, »con poder satisfacer el lugar de príncipe que ocupo. »Certifícoos de verdad, y sírvame esto también para los »siglos venideros, que no me quedará más que desear, si »desde ahora sé que los que desean eternizar mi memoria »me tiene por digno de mis mayores, por próvido en »vuestras cosas, por constante en los peligros, y que no »temo incurrir en la malquerencia de los hombres donde »se atraviesa el servicio y el bien de la república. Estas »cosas me servirán de templo dentro de vuestros ánimos y »de durables y hermosísimas estatuas. Porque las que »se levantan de piedra, si el juicio de los venideros las »convierten en aborrecimiento, como los sepulcros se »menosprecian. Ruego, pues, á los confederados y á los

»ciudadanos, á los dioses y á las diosas, á éstos que »me presten hasta el fin de mi vida un entendimiento »quieto y capaz de la inteligencia de los derechos divinos »y humanos, y á aquéllos que después de mi muerte favo»rezcan con loores y honrada recordación la fama de mis »acciones y la memoria de mi nombre.» Continuó después hasta en las conversaciones más secretas en apartar de sí semejante veneración y culto, atribuyéndolo algunos á modestia, muchos á desconfianza, y los más á bajeza de ánimo: «porque los mejores, decían ellos, y los más excelentes entre los mortales apetecieron siempre altísimas cosas. De esta manera Hércules y Baco entre los Griegos, y Quirino entre nosotros, se agregaron al número de los dioses. Que lo había entendido mejor Augusto, pues aspiró á ello; que las demás cosas residen de ordinario en los príncipes, faltándoles sólo una á que continuamente deben aspirar, que es la prosperidad de su memoria, porque con el menosprecio de la fama quedan igualmente menospreciadas las virtudes.»

Mas Seyano, ciego del favor de la fortuna, y estimulado también de la mujeril ambición de Livia que instaba por el prometido matrimonio, escribió un papel á César: usábase entonces tratar los negocios con el príncipe por escrito, aunque estuviese presente: decía el papel así en sustancia: «Que por la mucha afición que le había tenido su padre Augusto, y después por las grandes señales de amor que había conocido en Tiberio, había hecho costumbre el no representar sus esperanzas y sus votos á los dioses antes que á los oídos del príncipe. Ni había jamás rogado por honras ni esplendores, queriendo más velar y trabajar como soldado ordinario por la salud del emperador. Todavía, lo que después de ganado tenía por prenda inestimable, era el ser tenido por digno de emparentar con César: de aquí tomaba origen el principio de sus esperanzas. Y porque entendía que Augusto en la colocación de su hija no se

desdeñó de poner los ojos en caballeros romanos, le acordaba que cuando se tratase de casar á Livia, tuviese memoria de un amigo que no sabría estimar otra cosa sino la gloria del parentesco. Ni quería por este camino descargarse del peso que le habían cargado sobre sus espaldas, quedando bastantemente satisfecho sólo con fortificar su casa contra las inicuas persecuciones de Agripina, y esto sólo por respeto de sus hijos, que cuanto á él, bastábale el acabar la vida á la sombra de tan gran príncipe.»

A estas cosas Tiberio, loado el amor de Seyano, recopilando brevemente las mercedes que le había hecho, casi como pidiendo tiempo para responder á su demanda, añadió: «que los demás hombres no tienen otra cosa que considerar sino lo que á ellos sólo conviene, donde á los príncipes, en contrario, conviene principalmente poner la mira en el blanco de la fama: que esto le obligaba á dejarle de responder lo que de improviso pudiera: que tocaba á Livia el escoger por sí misma lo que le estaría mejor, ó el volverse á casar después de Druso, ó el sufrir la viudez en la misma casa; sobre que tendrían sin duda su madre y su abuela consejos más propios: que le hablaría con mayor certitumbre en lo tocante á las enemistades de Agripina, en orden á la cual le aseguraba que serían sin duda mucho mayores si el matrimonio de Livia redujese como á parcialidad en la casa de los césares: que echándose sin esto bien de ver la emulación de aquellas mujeres, pues llegaban á destruirse sus nietos con estas discordias; ¿qué sería si mediante el matrimonio se aumentase la ocasión? Mucho te engañas, Seyano, si piensas que te conservarías en el mismo estado, y que Livia, mujer ya de Cayo César (1) y después de Druso, se contentaría de envejecer en compañía de un simple caballero romano. Y cuando yo lo su-

(1) Hijo de Agripa y de Julia, hija de Augusto, muerto en el año 752 de Roma.

friese, ¿piensas tú que lo sufrirían los que han visto á su hermano, á su padre y á nuestros mayores en la cumbre del imperio? Yo quiero creer de ti que te consolarías de no pasar del grado y calidad en que ahora estás; mas aquellos magistrados, aquellos graves personajes que á pesar tuyo se adelantan y no cesan de discurrir de todo, dicen públicamente que ha mucho tiempo que has comenzado á pasar más allá de la dignidad de caballero, y subido más alto de lo que era lícito por la amistad de mi padre, y como te aborrecen, murmuran también de mí. Pensó Augusto en casar á su hija con un caballero romano; gran maravilla, por Hércules, si considerándolo todo y anteviendo la grandeza á que se levantaba cualquiera que con este parentesco se encumbrase sobre los demás, puso los ojos en Cayo Proculeyo (1) y en otros de vida quietísima y apartada de los negocios de la república. Mas si esta duda de Augusto fuese bastante para movernos, ¿cuánto más lo debería ser la resolución que finalmente tomó, dándola primero á Marco Agripa y después á mí? He querido por el amor que te tengo no encubrirte estas cosas, supuesto que no seré jamás contrario á tus designios ni á los de Livia. Lo que yo tengo depositado en mi ánimo, y el modo de parentesco con que pienso igualarte conmigo, dejo de decir. Sólo diré ahora, que no hay cosa tan alta donde tus virtudes y el amor que me tienes no merezcan hacerte llegar, como en su ocasión pienso declararlo en el senado ó en parlamento al pueblo.»

Con esto Seyano, menos cuidadoso del matrimonio que atemorizado de las secretas sospechas de Tiberio y de la voz del vulgo, procuraba defenderse del aborrecimiento universal á que le parecía estar ya cercano. Y porque con quitar el concurso grande de gente que de ordinario había

---

(1) Es el que menciona Horacio en la nota 2 del lib. II.
Vivit extento Proculeius aevo.....

en su casa no se debilitase su autoridad, ni consintiéndole se diese ocasión á nuevas calumnias, tomó á pechos el persuadir á Tiberio que se fuese á vivir lejos de Roma en lugares amenos y deleitosos. Prevenía con esto muchas cosas, principalmente el tener en su mano las audiencias del príncipe, poder disponer á su voluntad de la mayor parte de las cartas que escribía ó recibía el emperador, acostumbrando á traerlas y llevarlas soldados súbditos suyos. A más de que, comenzando ya Tiberio á irse arrimando á la vejez y haciéndose perezoso, descuidado y amigo de lugares escondidos y deleitosos, era de creer que dejaría pasar por alto muchos de los más importantes negocios del imperio y los encomendaría á su cuidado y resolución. Disminuírsele hía á él la envidia y aborrecimiento, quitada la ocasión de las visitas y acompañamientos, y echadas á un cabo estas cosas vanas y de ningún efecto, crecería en verdadera potencia. Con esto iba poco á poco disgustando á Tiberio de los negocios de Roma, del concurso del pueblo, de la muchedumbre de los negociantes, loando la quietud y la soledad, donde fuera de disgustos y pesadumbres pueden tratarse cómodamente las cosas importantes.

Sucedió acaso aquellos días el verse la causa de Votieno Montano, varón de señalado ingenio, y de ella el acabarse de persuadir Tiberio, supuesto que hasta entonces había estado irresoluto, á que le convenía evitar las juntas del senado y en el concurso las voces de muchos, que con no menor verdad y entereza le era forzoso haber de oir. Porque citado Votieno por haber dicho palabras injuriosas y feas de César Emilio, hombre militar, que era testigo, mientras con deseo de probar bien la intención del fisco quiso obstinadamente y por menudo relatar todo, sin embargo del ruido que muchos hicieron para estorbarlo, Tiberio hubo de oir de una vez todo el mal que se decía de él en secreto. Con que se alteró de suerte, que comenzó á

dar voces que quería justificarse allí luego ó durante el conocimiento de la causa, y apenas bastaron á componerle el ánimo los ruegos de los que le estaban más cerca y las adulaciones de todos. Votieno fué castigado con la pena de majestad, y César, haciéndose más cruel el verse ya culpado de crueldad contra los reos, condenó en destierro á Aquila, acusada de adulterio con Vario Ligure, puesto que Lentulo Getulico, nombrado cónsul, la había ya condenado según la ley Julia (1), é hizo raer de la tabla blanca ó matrícula donde estaban escritos los nombres de los senadores á Apidio Merula, por no haber querido jurar la observancia de los actos del divo Augusto.

Oyéronse después de esto las embajadas de los Lacedemonios y Mesenios, tocantes á los derechos que cada uno de estos pueblos pretendía tener sobre el templo de Diana Limnete (2). Los Lacedemonios afirmaban haber sido edificado y dedicado en su término y por sus predecesores con las memorias de sus anales y con los versos de los poetas, mas que habiéndoles quitado por fuerza de armas Filipo, rey de Macedonia, con quien tenían guerra, les había sido restituído por sentencia de Cayo César y de Marco Antonio. En contrario, los Mesenios produjeron una antigua división del Peloponeso entre los sucesores de Hércules, por virtud de la cual el campo y territorio llamado Teliates, donde está situado el templo, había cabido en la porción de su rey, cuyas memorias permanecían todavía esculpidas en piedras y en los antiguos bronces, y que siendo necesario presentar por testigos los anales y los poetas, tenían ellos muchos más y de mayor autoridad. Que Filipo no se le quitó con las armas por fuerza, sino

(1) Ley contra el adulterio promulgada por Augusto en èl año 732 de Roma.

(2) Del nombre del pueblo *Limnæ*, en griego Λιμναι, los pantanos, situado en los confines de la Laconia y la Mesinia, cuyos habitantes mantenían un templo en común.

con la justicia, por derecho; que habían juzgado lo mismo el rey Antígono y el emperador Mummio, y declarándolo los Milesios, teniendo pública licencia de juzgar, como árbitros; y últimamente había ordenado lo propio Atidio Gemino, pretor de Acaya. Por estas razones se dió la sentencia en favor de los Mesenios. Los Segestanos pidieron también que fuese reedificado el templo de Venus en el monte Erice, destruído por la antigüedad, trayendo á la memoria sus conocidos principios agradables á Tiberio, el cual, como de la sangre de aquella diosa (1), lo tomó con gusto á su cargo. Entonces se disputó también sobre la pretensión de los Marselleses, y se aprobó el ejemplo de Publio Rutilio, el cual habiendo sido desterrado de Roma en virtud de las leyes (2), fué recogido por los de Esmirna y recibido por su ciudadano. Con el ejemplo de este decreto, Vulcacio Mosco, desterrado también y recibido por ciudadano de Marsella, dejó sus bienes á aquella república, como á su patria.

(1) Preciábanse los del linaje Julio de descender de Eneas, hijo de Anquises y de Venus; y como Tiberio había sido adoptado por Augusto, y la adopción daba todos los derechos de la consanguinidad, de ahí el que el emperador pudiese llamarse á sí mismo consanguíneo de Venus.

(2) «De que Tácito asegure que Rutilio fué desterrado de Roma en virtud de las leyes, dice Burnouf, no debe deducirse que aprueba su destierro. ¿Acaso no se invoca siempre á éstas hasta para condenar á un inocente? El proceso de Rutilio tuvo lugar en el año 662 de Roma. Habíase atraído el odio de los caballeros ayudando á Scévola, procónsul de Asia, á reprimir los latrocinios de los arrendadores; y como éstos eran en su mayor parte caballeros, y el orden ecuestre estaba en posesión exclusiva de los juicios, era casi imposible que siendo acusado de los mismos crímenes que él mismo había perseguido, por sus propios acusadores, no fuese por éstos condenado. Retiróse á Asia, donde fué acogido como un bienhechor. Hallábase en Esmirna cuando Mitrídates mandó degollar á todos los ciudadanos romanos establecidos en aquellas comarcas, y huyó disfrazado, si es que no debió su salvación, como generalmente se cree, al respeto que inspiraban sus virtudes.»

Este año murieron de personas ilustres Gneo Lentulo y Lucio Domicio. A Lentulo, á más de haber sido cónsul y triunfado de los Getulios, daba reputación, primero la pobreza sufrida con paciencia, y después las grandes riquezas ganadas sin culpa y poseídas con modestia. Domicio heredó honra de su padre, que fué gran soldado de mar, hasta que en la guerra civil siguió el bando de Antonio y después el de César. Su abuelo murió peleando por el bando de los buenos en la batalla de Farsalia, y él fué escogido por marido de Antonia, la menor de las hijas de Octavia. Después de lo cual pasó con su ejército el río Albis, y entró más adentro en la Germania que otro alguno antes que él, á cuya causa fué honrado con las insignias triunfales. Murió también Lucio Antonio, varón de señalada nobleza, aunque desdichado; porque como Julio Antonio, su padre, pagase con la vida el adulterio de Julia, él de muy poca edad fué enviado por Augusto, de quien era sobrino por hermana, á la ciudad de Marsella, donde so color de atender á sus estudios disimulaba el nombre de destierro. Fué con todo eso honrado en las funerallas, y por decreto del senado se pusieron sus huesos en la sepultura de los Octavios.

En este mismo consulado sucedió un caso atroz en la España citerior por obra de un villano termestino. Este, acometiendo de improviso en un camino á Lucio Pison, pretor de aquella provincia, que por ocasión de la paz iba sin cuidado, con una sola herida lo mató, y escapado á uña de caballo, apeándose de él á la entrada de unos grandes bosques, arrojándose después por quebradas y caminos inaccesibles burló las diligencias de los que le seguían: mas no le aprovechó la suya, porque hallado el caballo y llevado por las aldeas, conocido por él el dueño, fué finalmente preso; y puesto al tormento para que declarase los cómplices, comenzó á gritar en alta voz, diciendo en su lenguaje: «que en vano se cansaban en interrogarle, pues

era cierto que podían hallarse presentes sus compañeros con seguridad de que ninguna fuerza de dolor sería bastante para hacerle declarar la verdad.» Al otro día, llevándole para volverle á renovar los tormentos, se sacudió con fuerza de las guardias, y escapándose de ellas pudo dar voluntariamente tal golpe con la cabeza en una piedra, que al punto acabó la vida. Créese que Pison fué muerto por orden de los Termestinos, movidos de que cobraba los dineros de las rentas públicas con mayor aspereza de la que podían sufrir aquellos bárbaros.

En el consulado de Lentulo Getulico y Cayo Calvisio se dieron las insignias del triunfo á Popeyo Sabino por haber domado aquella parte de los Tracios que habitan las cumbres de los montes; gente rústica y por el consiguiente tanto más inculta y feroz. La causa de la rebelión, fuera de su mala naturaleza, fué por no poder sufrir que se escogiesen los más robustos de entre ellos para nuestra milicia, acostumbrados á no obedecer á sus mismos reyes, sino á su modo; y si enviaban socorros, habían de enviar ellos también las cabezas, rehusando el guerrear si no era en tierras vecinas. Sin esto, lo que les acabó de mover fué el haberse persuadido, por ocasión de cierta voz que pasó, á que esparcidos y mezclados entre otras naciones, habían de ser enviados á extrañas tierras. Antes, pues, de mover las armas despacharon embajadores, acordando que habían sido siempre amigos y obedientes, y mostrándose prontos á continuarlo si se excusaba el oprimirlos con nuevas cargas: mas que cuando se pretendiese en tenerlos en esclavitud, tenían armas, juventud y ánimo dispuesto á la libertad ó la muerte. Mostraban juntamente sus fortalezas situadas sobre altísimos montes, donde tenían retirados á sus padres y sus mujeres, amenazándonos con una larga guerra, sangrienta y dificultosa.

Mas Sabino, dándoles buenas palabras hasta juntar su gente, aguardó en Misia á Pompinio Labeon con una legión

y al rey Remetalce con las ayudas de sus vasallos que se conservaban en fidelidad. Reforzado con estas gentes, Sabino va en busca de los enemigos, que puestos ya en las estrechuras de los bosques, y descubriéndose muchos de los más atrevidos por los collados, fueron con facilidad rotos y puestos en huída á la llegada del ejército romano, con poca sangre de aquellos bárbaros, á causa de la retirada vecina. Fortificados después los alojamientos con buen golpe de soldados, ocupa la cima de un monte estrecho igualmente y llano hasta la cercana fortaleza, guardada de mucha gente armada, pero sin orden, y al mismo tiempo arroja contra los más atrevidos, que con alegres cantos y saltos á su modo se mostraban delante de los reparos, una banda escogida de sus arqueros; los cuales, mientras tiraron de lejos sin peligro, hirieron á muchos, mas queriéndose llegar demasiado, cargando con ímpetu los enemigos, los pusieran en desorden á no ser socorridos por la cohorte Sicambra, á quien el capitán romano tenía de resguardo cerca de allí para en semejante accidente: soldados no menos espantables que los enemigos, por sus voces y cantos (1) y por la forma de sus armas.

Después de esto arrimó Sabino el campo junto al enemigo, dejando á los Tracios, que, como dije, venían con nosotros, en los primeros alojamientos; permitiéndoles que todos los días pudiesen correr la tierra quemando y prendiendo, con tal que á las noches se retirasen al puesto y allí reposasen con seguridad y buena guardia. Hiciéronlo al principio; mas después, dejándose caer en disolución y cebándose en las riquezas, comenzaron á desamparar sus puestos, y darse á banquetes y borracheras, con que del todo se entregaron al vino y al sueño. Descubierta, pues, por los enemigos su negligencia, pusieron á punto dos

(1) Alusión al bardito ó canto de guerra de los Germanos, y á su costumbre de acompañar dicho canto golpeando los escudos con sus armas.

escuadras, una para acometer á los que saqueaban la tierra, y otra para embestir el fuerte de los Romanos: no porque esperasen entrarle, sino por necesitar á cada uno á asistir á su propio peligro con el estruendo y con las armas, y hacer de manera que no pudiesen oir el ruido de la otra refriega; esperando á más de esto á la noche para acrecentar el espanto. Los que tentaron los reparos de las legiones fueron fácilmente rechazados; mas los Tracios auxiliarios, espantados del improvisto acontecimiento, hallándose muchos de ellos durmiendo, aunque dentro del fuerte, y muchos fuera al pasto de sus caballos, fueron acometidos y degollados con tanto mayor enojo, cuanto para con ellos estaban en opinión de fugitivos y traidores, y de haber tomado las armas para poner en esclavitud á sí mismos y á su patria.

El día siguiente Sabino les presentó la batalla en un lugar sin ventaja, por si acaso gustaban de aceptarla aquellos bárbaros movidos de la alegría del suceso pasado. Mas viendo que no se movían de su fuerte ni de las montañuelas cercanas, comenzó á sitiarlos con reductos en lugares reconocidos antes; y abriendo un foso con su estacada por espacio de una legua de circuito con intento de quitarles el agua y el pasto, poco á poco les fué ciñendo de más cerca, fabricando también una plataforma desde donde se pudiesen arrojar sobre el enemigo ya cercano piedras, dardos y fuegos. Mas nada afligía tanto á los de dentro como la sed, quedándoles sola una fuente común á la multitud de los soldados y á la demás gente desarmada. También los caballos y ganados, recogidos con ellos al uso bárbaro, morían por falta de forraje. Caían en aquellos suelos los hombres muertos, unos de heridas y otros de sed: corrompíalo todo la putrefacción, el mal olor, y finalmente el contacto. Añadióse al fin, para remate de tantos males, la discordia entre ellos, porque queriendo algunos rendirse y otros morir, comenzaban ya á prepararse para venir entre

sí á las manos: y había quien por morir vengado, persuadía que se embistiese al enemigo; no abatidos, aunque de varios pareceres.

Mas entre los capitanes, uno llamado Dinis, ya viejo, y que con la larga experiencia había probado la fortaleza y la piedad romana, decía que el arrimar las armas era sólo el remedio que quedaba á tantos afligidos. Y en prueba de esto él, primero que todos, se entregó á sí mismo, á su mujer y á sus hijos á la clemencia del vencedor. Siguiéronle los más débiles por edad ó por sexo, y todos los que amaban la vida más que la reputación. Estaba la juventud partida entre Tarsa y Turesio, y ambos á dos dispuestos á morir libres. Mas Tarsa, dando voces que no se diese más lugar á la esperanza ó al temor sino que acabase con todo, dió ejemplo á los demás atravesándose con su espada el pecho. No faltaron muchos que le imitaron. Turesio con los suyos se cubre del manto de la noche; y avisados los nuestros de ello, refuerzan las guardias: sobreviene con la obscuridad una lluvia cruel, y el enemigo, unas veces dando horribles gritos, otras callando todos de golpe, tenía suspensos á los Romanos. No faltaba Sabino de ir por todas partes exhortando á los suyos, advirtiéndoles á no dar lugar ni ocasión á las asechanzas del enemigo, por ruido hechizo, ni por quietud fingida, antes bien que cada cual hiciese su oficio sin moverse, ni tirase alguno sino á tiro hecho y con seguridad de ofender.

Entre tanto los bárbaros, discurriendo á tropas, tiraban á los defensores piedras, palos tostados, troncos de robres, procurando henchir el foso con fagina, con zarzos y con cuerpos muertos. Otros arrimaban puentes y escalas á los reparos para apartar de ellos y herir á los que asistían á la defensa. Defendíanse nuestros soldados, aprovechándose de toda suerte de armas, hasta con encuentro de los hombros y escudos; otros arrojaban dardos de los que se suelen tirar en defensa de murallas, y tras ellos gruesos peda-

ces de las mismas murallas y de otros edificios. Á éstos animaba la esperanza de la victoria ya en las manos y la vergüenza de perderla; á aquéllos ponía coraje el ver que consistía su salud en pelear con valor; y á muchos la presencia de sus madres, de sus mujeres y su llanto. La noche servía á unos de ejercitar su atrevimiento, y á otros de disimular su temor: los golpes eran inciertos, las heridas improvistas: el no discernir amigos de enemigos, los ecos de las voces entre aquella quebrada de montes, haciéndose sentir engañosamente, como si vinieran por las espaldas, lo confundían de manera todos, que los Romanos desampararon una parte de los reparos, creyendo tener ya dentro á los enemigos. Con todo esto no pudieron pasar de ellos sino muy pocos: los otros, habiendo sido muertos ó heridos los más feroces, y descubriéndose ya la luz del día, fueron seguidos hasta dentro en la fortaleza, que últimamente fué forzada á rendirse junto con los lugares y puestos comarcanos. A los más, para no ser expugnados por fuerza ó por sitio, aprovechó el anticipado y riguroso invierno del monte Hemo.

Mas en Roma, estando ya revuelta la casa del príncipe para comenzar á dar su curso á la destrucción de Agripina, fué acusada Claudia Pulcra, su prima hermana, por Domicio Afro. Éste, constituido poco antes en el oficio de pretor, hombre de poca reputación y pronto á hacerse famoso con cualquier género de maldades, la acusaba de crimen de impudicicia, especificando haber cometido adulterio con Furnio, y de haber usado de hechicerías y encantamientos contra la persona del príncipe. Agripina, mal sufrida siempre, y entonces mucho más por el peligro de su prima, se va á Tiberio, y hallándolo acaso que sacrificaba á su padre, tomando de aquí ocasión para desfogar su enojo: «¿Qué proporción, dijo, tiene el adorar á Augusto con perseguir á »sus descendientes? Aquel divino espíritu no se ha trans»portado á las estatuas mudas; mas su verdadera imagen,

»nacida de la sangre celeste, siente bien mis peligros y »participa de mis miserias. Sin justicia es proceder contra »Pulcra, parando todos sus delitos en sólo haber tenido »amor á Agripina, si ya no lo es la imprudencia con que »se ha olvidado del reciente ejemplo de Sosia, afligida por »la misma causa.» Sacaron estas razones de aquel pecho hondo y escondido unas claras y descubiertas palabras, pocas veces dichas por él; y reprendiéndola ásperamente, la amonestó con un verso griego, que dice en sustancia: ¿Por qué te das por ofendida; por qué no reinas? Pulcra y Furnio quedaron condenados, y Afro añadido al número de los principales oradores, divulgado su buen ingenio, y siguiendo el testimonio de César, que le aprobó por famoso en su profesión. Fué después en el acusar y en el defender los reos loado más de elocuencia que de bondad; hasta que la demasiada vejez le quitó también mucha parte de ella, mientras pudiendo conocer la flaqueza de su sujeto, no supo tener paciencia de callar.

Mas Agripina, tenaz en su enojo, enfermando y siendo visitada de César, prorrumpió luego en lágrimas, y estuvo un rato sin poder hablar palabra. Después, haciendo una mezcla de quejas, de enojos y de ruegos, comienza á anteponerle: «que quiera remediar su soledad con darle marido; que se hallaba todavía en edad conveniente para ello, y con sólo el consuelo de las buenas, que es el matrimonio: que no faltaría en la ciudad quien se honrase de recibir la mujer de Germánico y sus hijos, y de mirar por ellos.» Mas César, conociendo de la consecuencia que era para la república aquella demanda, por no darse por ofendido ni confesar el temor, sin embargo de la mucha instancia que hacía por respuesta, la dejó sin ella. Yo he hallado esta particularidad, que no especificaron los demás escritores en sus anales, en los comentarios que su hija Agripina, madre de Nerón, emperador, dejó á sus descendientes de los sucesos suyos y de su casa.

Mas Seyano oprime más altamente el ánimo de la afligida y poco cauta Agripina con enviarle á advertir por sotamano con personas que fingían su amistad, de que ya se le había aparejado el veneno, y que procurase huir de los convites del suegro. Ella, que no sabía disimular, comiendo á su lado un dia, no doblando su condición á fingir alegría en el rostro ni en las palabras, se estaba sin osar tocar á las viandas, hasta que, cayendo en ello Tiberio, ó casualmente ó porque fué advertido, por certificarse más, alabando mucho ciertas manzanas que estaban en la mesa, de su propia mano le ofreció una. Aumentó esto la sospecha de Agripina, y sin llegarla á la boca la dió á los criados. Tiberio disimuló por entonces, mas volviéndose á su madre, le dijo: «No será maravilla, si yo hago contra ésta alguna severa demostración, pues ha creído de mí que quiero atosigarla.» Y de aquí tuvo origen la voz de que el emperador había querido hacerla morir secretamente.

César, por divertir esta fama, yendo al senado de ordinario, dió muy largas audiencias á los embajadores de Asia que contendían entre sí sobre en cuál ciudad se había de edificar el templo á Tiberio y al senado. Once ciudades con igual ambición, aunque con fuerzas desiguales, contrastaban sobre esto, sin que entre ellas se descubriese diferencia notable en lo que referían de su antigüedad y nobleza, y en la afición con que habían procurado servir al pueblo romano en las guerras de Perseo, Aristónico y con otros reyes. Los Ipepinenses, Trallanos, Laodiceos y Magnesios fueron excluídos, dando por de poco fundamento sus razones. Ni los Ilienses negociaron mejor (1), no ale-

(1) Los habitantes de Ilium pretendían que su ciudad ocupaba el sitio donde había estado la antigua Troya, á pesar de hallarse á treinta estadios de distancia. Durante mucho tiempo no fué Ilium más que un miserable villorrio. Alejandro y después Lisimaco le agrandaron. Arruinada por Fimbria en 668, fué reedificada por Sila y después por César.

garon otra cosa que la gloria de su antigüedad con mostrar á Troya madre de Roma. Estúvose con alguna suspensión sobre lo alegado por los Halicarnáseos (1), que afirmaban no haber padecido terremoto en mil y doscientos años, ofreciéndose á edificarle sobre peña viva. A los Pergamenos, que se ayudaban de tener un templo de Augusto en su término, se respondió que se contentasen con aquello. Y porque las ciudades de Efeso y Mileto pareció que estaban bastantemente ocupadas en las ceremonias, ésta de Apolo y aquélla de Diana, se redujo todo el juicio entre los Sardianos y Esmirneses. Recitaron los de Sardis un decreto de los Etruscos, como de su misma sangre, en que constaba que Tirreno y Lido, hijos del rey Atis, dividieron entre sí sus gentes por su gran muchedumbre, y quedándole á Lido su país natural, le fué necesario á Tirreno buscar nuevas tierras que poblar: y de que los nombres de estos dos capitanes le habían tomado estas dos naciones, la una en Asia y la otra en Italia. Que aumentada otra vez la opulencia de los Lidos, enviaron á Grecia aquellos pueblos, que después se llamaron de Pelope, mostrado á más de esto cartas de emperadores, ligas hechas con nosotros en la guerra de Macedonia, anteponiendo la fertilidad de sus ríos, la templanza de su cielo y la riqueza de los pueblos vecinos.

Mas los Esmirneses, contada su antigüedad, ó que desciendan de Tántalo, hijo de Júpiter, ó de Teseo, de estirpe al fin divina, ó de una de las Amazonas, pasaron á lo que les daba más confianza, que eran los servicios hechos al

---

(1) Halicarnaso, capital de la Caria, célebre por su puerto, sus fortificaciones y sus riquezas, no menos que por el famoso sepulcro de Mausoleo, que era tenido por una de las siete maravillas del mundo. Fué patria de Herodoto y de Dionisio, historiador de las antigüedades romanas. D'Anville cree que estaba situada en el lugar donde se levanta en el día un castillo llamado Bodrún.

pueblo romano, acordando como habían enviado armadas, no sólo en ayuda de las guerras extranjeras, pero cuando las padecía la misma Italia. Que fueron los primeros que edificaron templo á la ciudad de Roma en el consulado de Marco Porcio, cuando verdaderamente era grande el pueblo romano aunque mucho antes de haber llegado al colmo de su grandeza, floreciendo todavía Cartago y en Asia muchos reyes poderosos. Llamaban también por testigo á Lucio Sila, cuyo ejército, hallándose á mal partido por el rigor del invierno y faltándoles á los soldados vestido con que cubrirse, llegada la nueva á Esmirna mientras los ciudadanos estaban juntos á parlamento, todos los que se hallaron presentes, desnudándose sus propias vestiduras, las enviaron al punto á las legiones: con que pedido el voto á los senadores, fueron preferidos á los demás. Aconsejó Vivio Marso que á Marco Lepido, á quien había tocado el gobierno de aquella provincia, se diese un legado más que los acostumbrados para que se encargase del templo. Y porque Lepido por su modestia rehusó el hacer la elección, fué sacado por suerte Valerio Nason, de dignidad pretoria.

Finalmente después de haberlo bien pensado y diferido muchas veces la ejecución, César se va á Campania so color de edificar en Capua un templo á Júpiter y otro en Nola á Augusto; aunque lo más cierto por ausentarse de Roma. Yo, aunque siguiendo la mayor parte de los escritores, he atribuído á Seyano la causa de esta retirada, todavía al ver que después de haberle hecho morir continuó por otros seis años más (1), me hace pensar algunas veces que fué pensamiento suyo para encubrir con el retirado secreto de los lugares de su habitación sus actos crueles y sensuales, que desenfrenadamente ejercitaba.

(1) Tiberio salió de Roma en 779 y murió en 790 (30 de J. C.): así, pues, su ausencia duró once años.

Creyeron algunos que á su vejez (1), conociendo su fealdad, se avergonzaba de ser visto; con el cuerpo extremadamente flaco, largo y echado para adelante, la parte más alta de la cabeza calva, el rostro lleno de úlceras, y por la mayor parte cubierto de parches con medicamentos, y que desde su estada en Rodas, se enseñó á vivir retirado, á huir el comercio y á encubrir sus deleites. Sospechóse también que lo hizo por no poder sufrir á su madre, enfadándose de tenerla por compañera en el imperio, sin poderse aliviar de aquel peso, visto que el imperio mismo le venía por don y beneficio de su mano: porque Augusto estuvo en duda si pondría al gobierno de la república á Germánico, nieto de su hermana, alabado y querido de todos; mas vencido de los ruegos de su mujer, adoptó Germánico á Tiberio, y Tiberio á sí mismo; y con esto le daba en rostro diversas veces Augusta.

La partida fué con poco acompañamiento: un senador consular, es á saber, Cocceyo Nerva (2), buen legista: de caballeros romanos sólo Seyano; de los ilustres Curcio Atico; los demás eran hombres instruídos en las artes liberales; la mayor parte Griegos por divertirse con sus discursos. Decían los doctos en las influencias celestes que había salido de Roma Tiberio en tal constelación que le negaba la vuelta; causa de la ruina de muchos, que conjeturaban de aquí y publicaban que moriría presto: no pudiendo antever una ocasión tan poco creíble, como que pudiese estar once años en voluntario destierro de su patria. Conocióse después cuán á los confines de la mentira está la

(1) He aquí en contraposición del retrato que traza Tácito de Tiberio en su vejez el que nos ha dejado Suetonio de él en su edad madura: *Corpore fuit amplo atque robusto; statura quod justam excederet; latus ab humeris et pectore; cæteris quoque membris usque ad unos pedes æqualis et congruens..... facie honesta, in qua tamen crebri et subiti tumores.* Suet. *Tit.* 68.

(2) El abuelo del emperador de este nombre.

astrología, y con qué velo tan frágil se suele muchas veces cubrir la verdad. Fuélo el decir que no volvería á Roma; mas no antevieron que podía pasearse por las quintas vecinas, entretenerse en las costas del mar, y arrimarse muchas veces á las murallas de la ciudad sin entrar en ella, y juntamente vivir hasta la última vejez.

Dió mucho que decir el peligro que casualmente corrió en aquellos días, y á la ocasión de fiarse mucho más de la constancia y fe de Seyano. Comiendo en la Espelunca (1), quinta así llamada entre el mar de Amucla y los montes de Fundi, dentro de una cueva natural, despegándose de improviso las piedras que formaban la boca ó entrada, cogieron debajo algunos ministros del banquete, y espantaron á todos, poniéndose en huida la mayor parte de los convidados. Mas Seyano, con las rodillas, con el rostro y con las manos, casi como encorvado sobre César, se opuso á la ruina y á las piedras que iban cayendo, y en esta postura le hallaron los soldados que acudieron al socorro. Comenzó con esto á crecer su grandeza de suerte, que aunque aconsejase cosas perniciosas, como de persona descuidada de sí mismo, se daba fe á ellas. Hacía disimuladamente oficio de juez contra los del linaje de Germánico, y á este fin ganó las voluntades de algunos, persuadiéndoles á servir de acusadores de todos, y de espiar de más cerca á Nerón, el mayor de los hijos y el más propincuo á la sucesión. El cual, aunque de mansa y modesta juventud, no dejaba de olvidarse muchas veces de lo que más le convenía para el tiempo, mientras por sus amigos y libertos, que contaban las horas por llegar á la grandeza que esperaban, era incitado á mostrarse de ánimo confiado y generoso: dándole á entender, «que lo quería así el pueblo, y no deseaban otra

(1) Hoy Sperlonga, en el reino de Nápoles, cerca de Fondi, en la orilla del mar.—*Amycla*, pueblo del Lacio, entre Gaeta y Terracina.

cosa los ejércitos: que Seyano no se atrevería á mostrarse contrario, donde ahora se burlaba á un mismo tiempo de la paciencia del viejo y del poco valor del mozo.»

Oyendo estas y semejantes cosas Nerón, puesto que no causaba en él algún mal pensamiento, se le escapaban con todo eso algunas palabras altivas y poco consideradas, las cuales, referidas por las espías que á este fin le andaban cerca, y aumentadas, sin que Nerón pudiese justificarse, ocasionaban otras mil formas de cuidadosas solicitudes: porque algunos huian de encontrarle; otros, saludado apenas, le volvían las espaldas; muchos atajaban las pláticas, instando falsamente lo contrario, y burlándose de todos los fautores de Seyano. Mirábale rostrituerto Tiberio ó con falso ceño, hablase ó callase. Todo, finalmente, era delito en el triste mancebo, no menos el silencio que las palabras: ni le aseguraba el de la noche, dando su mujer menuda cuenta á su madre Livia, y ellas á Seyano de las vigilias, de los sueños y de los suspiros. El cual llevó á su parcialidad á Druso, hermano de Nerón, dándole esperanza de llegar al primer lugar si derribaba á su hermano mayor, ya de suyo bien quebrantado. La naturaleza altiva de Druso, añadido el deseo de llegar á la suma grandeza y la emulación acostumbrada entre hermanos, tomaban gran aumento con la envidia, viendo que su madre Agripina mostraba mayor amor á Nerón. Mas no por esto favorecía Seyano á Druso de manera que dejase de ir premeditando para con él también la semilla de su futura ruina, conociéndole por mozo indómito y feroz, y por muy fácil á ser insidiado.

A la fin del año murieron dos varones señalados, Asinio Agripa, nacido no tanto de antigua familia, cuanto de claros y valerosos progenitores, de los cuales no degeneró, y Quinto Haterio, de linaje de senadores, y de famosa elocuencia mientras vivió. Sus escritos no son ahora tan estimados; prevaleciendo en él más la eficacia del decir que

no el arte; y así como el estudio y los trabajos de los otros fueron ganando opinión con el tiempo, así la voz sonora y aquel torrente de Haterio acabaron con él.

En el consulado de Marco Licinio y Lucio Calpurnio, un mal improviso, que feneció en su principio, puede igualarse al estrago de cualquier guerra. En Fidenas, un cierto Atilio, de casta de libertos, fabricó un anfiteatro para celebrar el juego de gladiatores sin afirmar bien en lo macizo los fundamentos, ni encadenar las vigas y tablas sobrepuestas, como aquel que se había movido, no por abundancia de dineros que tuviese ó por ganar la gracia á los ciudadanos, sino sólo por el interés de una vil ganancia. La gente que se deleitaba en semejantes cosas, tenidas en ningún entretenimiento en tiempo de Tiberio, acudió de toda edad y sexo, y por la vecindad del puesto (1) en tanto número, de que se aumentó tanto más el daño, que en acabando de henchirse de gente aquella máquina se abrió; y entre los que cogió á plomo debajo y trujo al suelo consigo, precipitó y cubrió una inmensa cantidad de personas, ocupadas en mirar el espectáculo, y muchos de los que estaban alrededor del edificio. Los que tuvieron suerte de morir al principio de aquel trabajo evitaron infinitos tormentos; pero los que se pudieron tener por más miserables eran los que, habiendo perdido una parte de sus cuerpos, les duraba todavía la vida; y de día por la vista, y de noche por el llanto y por los gemidos reconocían sus mujeres ó sus hijos. De los demás que no habiéndose hallado en aquel espectáculo acudían á la fama de la desgracia, unos lloraban al hermano, otros al primo, quién al padre, quién á la madre, y muchos á todos estos parentescos juntos. Y los que por varias causas tenían ausentes á sus amigos y á sus deudos, estaban también con temor; tal, que hasta que se

(1) Fidenas estaba situada según el cálculo de d'Anville á unas cinco millas escasas de Roma.

supo de cierto á quien tocaba el daño, el miedo fué universal.

En acabando de quitar las ruinas corrió cada cual á besar y abrazar sus muertos: y muchas veces por el rostro desfigurado, ó por semejanza de él ó de la edad, nacía confusión y no pequeño contraste al reconocer cada uno los suyos; habiéndose hallado entre muertos y estropeados en aquella ruina cincuenta mil personas (1). Proveyó el senado que ninguno de allí adelante pudiese hacer juego de gladiatores que no tuviese por lo menos diez mil ducados (cuatrocientos mil sextercios) de hacienda, ni se hiciese anfiteatro que no fuese bien firme y seguro; y Atilio fué condenado en destierro. En esta ocasión estuvieron abiertas á todos las casas de la gente principal y rica, con médicos y medicinas, representándose en aquellos días Roma, aunque afligida y triste, como en los tiempos antiguos, cuando después de las sangrientas batallas sustentaban los heridos con dádivas y buenos tratamientos.

Apenas había acabado de suceder este trabajo, cuando la violencia del fuego afligió extraordinariamente á la ciudad, quemándose el monte Celio. Tenían todos á aquel año por desdichado: y afirmando haber hecho resolución de partirse el príncipe con mal agüero, le culpaban, como acostumbra el vulgo, hasta de los casos fortuitos: mas él lo remedió con mandar restaurar los daños á todos: de que se le dieron gracias por los nobles en el senado, y con el pueblo ganó gran fama; porque sin ambición y sin ruegos de sus amigos había ayudado y socorrido con su propia liberalidad, llamando y haciendo participantes hasta á los no conocidos por él. Añadióse el parecer del senado que de allí adelante el monte Celio se llamase Augusto, porque

(1) No tiene este número nada de sorprendente si se toma en cuenta la mucha capacidad de los anfiteatros, y se recuerda que el de Vespasiano, entre otros, podía contener ciento y nueve mil espectadores.

ardiendo todo lo demás, quedó solamente intacta en casa de Junio, senador, la estatua de Tiberio. Que había sucedido lo mismo antiguamente á la estatua de Claudia Quinta (1), escapada dos veces del fuego, y á esta causa consagrada de nuestros mayores en el templo de la Madre de los dioses: que se echaba bien de ver que los Claudios eran santos y amados de los dioses, y que así convenía aumentar las ceremonias en aquel lugar donde ellos habían querido honrar á un príncipe tan grande.

No será fuera de propósito dar cuenta cómo aquel monte fué antiguamente llamado *Querquetulano* por la abundancia y fecundidad de los robres que en él se criaban. Llamóse después Celio, de Celo Viviena, capitán de los Etrurios, el cual, viniendo en socorro de Tarquino Prisco, ó sea de otro rey, que en esto difieren los escritores, tuvo aquel sitio por alojamiento de su gente, cuya muchedumbre, de que no se duda, ocupaba también el llano y los lugares vecinos al foro; de donde vino el llamarse Tusco aquel barrio, tomando el apellido de los forasteros que se alojaron en él.

Mas así como la caridad de los grandes personajes y el donativo del príncipe habían traído algún consuelo á tan infelices accidentes, así la violencia de los acusadores, haciéndose cada día mayor y más molesta, iba creciendo sin remedio. Varo Quintilio, hombre rico y cercano pariente de César, había sido acusado por Domicio Afro, aquel mismo que había hecho condenar á Claudia Pulcra, madre del mismo Quintilio. Mas no era maravilla que éste, ya mucho tiempo pobre y gastadas luego pródigamente las nuevas recompensas, se arrimase después á semejantes maldades: pero lo que se tuvo por milagro fué que le acompañase Publio Dolabela en proseguir esta acusación, porque nacido de gente ilustre y pariente de Varo, ofendía á un

(1) Es la misma de la cual refiere T. Livio que arrastró con su cinto la nave que llevaba la madre de los dioses, y que acababa de llegar de Pesinunta.

mismo tiempo á su nobleza y á su propia sangre. Hizo resistencia el senado, y deliberó que se aguardase al emperador, no hallándose otro refugio que el tiempo á tan urgentes males.

Mas César, habiendo dedicado sus templos por la provincia de Campania, aunque mandase por edicto público que ninguno se atreviese á interrumpirle su quietud, y pusiese soldados para impedir el concurso de los naturales del país, cansado con todo eso de los municipios, de las colonias y de todos los lugares situados en tierra firme, se escondió en la isla de Capri, apartada del promontorio de Sorrento espacio de tres millas de mar: agradándole aquel puesto, á lo que creo, por la soledad; porque el mar entorno, privado de puerto, no recibe sino bajeles pequeños, ni era posible arrimarse alguno sin ser descubierto por las guardias. Gozaba de un cielo templado y agradable en el invierno á causa de tener los montes opuestos al ímpetu del viento, y en el verano el estar vuelta aquella isla al Favonio, con el mar libre y abierto por todas partes, y el gozar de la vista de aquel agradable seno, antes que el monte Vesubio con sus cenizas mudase la forma de aquellos lugares, la hacían extremadamente apacible y amena. Es fama que los Griegos poseyeron toda aquella tierra, y que fué poblada la isla de Capri por los Teleboyos (1). Ocupábase Tiberio en el edificio de doce casas de placer, y cuanto antes atento á los negocios públicos, tanto ahora empantanado en sus deleites y perdido en el ocio infame. Duraban todavía las sospechas y la temeridad en darles crédito: las cuales Seyano, acostumbrado á acriminarlas en Roma, las iba procurando hacer mayores con la persecución, no ya encubierta, contra Agripina y Nerón, no sólo teniéndoles cerca soldados que registrasen como anales todas sus acciones, con quién platicaban, quién entraba

(1) Eran, según Estrabón, un pueblo de Acarnania.

en su casa y todo lo que hacían en público ó en secreto, sino instruyendo á otros que los aconsejasen el huirse á los ejércitos de Germania, ó que en el mayor concurso de gente congregada en el foro se abrazasen con la estatua de Augusto, llamando al pueblo y al senado en su ayuda: y de todas estas cosas contradichas por ellos, les hacían cargo después como si hubieran querido ejecutarlas.

Hechos cónsules Junio Silano y Silio Nerva, se dió á este año un infame principio con la presión de Ticio Sabino, caballero romano, amigo de Germánico; porque no había dejado de ser, como antes, aficionado á su mujer y á sus hijos, cortejándolos en casa y fuera de ella: sólo entre tantos amigos, y por esto tanto más loado de los buenos y aborrecido de los malos. Latinio Laciar, Porcio Catón, Petilio Rufo y Marco Opsio, que todos habían sido pretores por deseo del consulado, á que no se podía llegar sino por vía de Seyano, ni su gracia era posible ganarla con otra cosa que con traiciones y maldades, acometen al pobre Sabino, concertando entre ellos que Laciar, algo familiar suyo, ordenase el engaño, y que sirviendo los demás de testigos, se comenzase la acusación. Laciar, pues, primero con palabras que parecían dichas acaso, después loando la constancia con que habiéndose mostrado amigo de aquella casa en su felicidad, no la había desamparado, como otros, en la adversa fortuna, discurría tras esto honradamente de Germánico, mostrando compadecerse mucho de Agripina: y habiendo Sabino, como suelen ser tiernos en las calamidades los ánimos humanos, reventado en lágrimas y suspiros, comenzó más atrevidamente á vituperar á Seyano su crueldad, su soberbia, sus esperanzas, sin abstenerse de culpar también á Tiberio. Estos razonamientos, como de cosas prohibidas, causaban entre ellos una apariencia de estrechísima amistad. Tras esto no sabía ya Sabino vivir sin Laciar. Búscale en su casa, desfoga con él sus dolores como con un amigo cordialísimo.

Consultan en tanto los que tengo dicho la forma en que podían hacer que oyesen muchos estas pláticas, porque el lugar á donde los dos se hablaban era necesario darle forma de escondido, y el acechar detrás de la puerta era ponerse á peligro de ser oídos ó vistos, ó de causar algún género de sospecha en el insidiado. Tres senadores, pues, usando no menos detestable engaño que sucio escondrijo, se meten entre el zaquizamí y el techo, y apercibiendo el oído, lo aplican á los resquicios y hendiduras de las tablas. Entre tanto, Laciar, haciéndose encontradizo en la plaza con Sabino como para darle cuenta de algo de nuevo, le lleva á su casa y á su aposento, donde comienza á replicar á vuelta de los presentes discursos, también los ya pasados entre ellos, acumulando nuevos temores. Respóndele Sabino á propósito, volviendo á confirmar lo pasado y añadiendo mucho más: porque comenzando una vez un hombre á descubrir su tristeza y á publicar sus quejas, con dificultad se va á la mano. Solicitada con esto la acusación, no se avergonzaron de escribir á César la orden del engaño y juntamente su propio vituperio. No se vió aquella ciudad jamás tan afligida y amedrentada como entonces, recatándose todos hasta de las personas más suyas: huíanse las conversaciones, las pláticas y los oídos, tanto de conocidos como de extraños; hasta las cosas inanimadas y mudas causaban sospecha: los techos y las paredes se reconocían y se investigaban.

Mas César en sus cartas para el senado, dándole primero el buen principio de año por las calendas de Febrero, vino á tratar de Sabino, quejándose de que había tentado los ánimos de algunos de sus libertos en daño de su propia persona y pidiendo claramente su castigo. Vióse sin dilación su causa, y al punto fué arrastrado á la muerte, gritando él á grandes voces, cuanto le era concedido por las vestiduras en que le traían envuelto, y por los cordeles con que le apretaban la garganta: *mirad qué buen principio*

de año; notad las víctimas que se matan á Seyano. Con esto, donde quiera que volvía los ojos, donde encaminaba las palabras se huían los circunstantes, dejándolo todo en soledad. Desamparábanse las calles y las plazas, salvo algunos, que volviendo atrás, procuraban ser vistos de nuevo, temerosos de sólo haber temido. Porque, ¿en qué día se podía estar sin miedo de castigo, si entre los sacrificios y entre los votos, en cuyo tiempo es costumbre abstenerse hasta de las palabras profanas, se ejercitaban las cadenas y los lazos? «No se ha concitado, decían, Tiberio tanto aborrecimiento de balde; antes ha buscado y premeditado la ocasión, para mostrar que ninguna cosa puede impedir que los nuevos magistrados, de la manera que en estos días se suelen abrir los templos y los altares, tengan abiertos también los calabozos y patentes las cárceles.» Llegaron luego otras cartas en agradecimiento de haber castigado á un hombre enemigo de la república. Añadiendo «que se hallaba obligado á pasar una vida triste y temerosa, viéndose sujeto á recatarse de las asechanzas de sus enemigos»; pero sin señalar alguno: mas no se estaba en duda de que lo entendía por Nerón y Agripina.

Si yo no hubiera determinado de referir de por sí los sucesos de cada año, de buena gana me hubiera anticipado á contar el fin que tuvieron Latinio, Opsio y los demás inventores de estas maldades, no sólo después que sucedió en el imperio Cayo César, mas también en vida de Tiberio: el cual, así como no quería que nadie se atreviese á castigar á los ministros de sus crueldades, así, las más veces, cansándose de ellos y hallados otros para el mismo ejercicio, afligía él mismo á los malsines viejos con enfado particular: mas del castigo de éstos y de otros como ellos diremos á su tiempo. Asinio Galo, de cuyos hijos era tía Agripina (1), pro-

(1) Agripina era tía de los hijos de Asinio Galo, porque Vipsana, esposa de éste, era hermana consanguínea de aquélla.

puso que se escribiese al príncipe que manifestase al senado de quién se temía, y les dejase hacer á ellos. No amaba Tiberio, á lo que se creyó siempre, ninguna de sus virtudes tanto como á la disimulación; de que le resultó tanto mayor disgusto por haber de descubrir lo que deseaba tener secreto. Mas Seyano le mitigó, no por hacer servicio á Galo, sino porque no dilatase más el príncipe en descubrir su pecho, sabiendo que así como era largo en deliberar, así en resolviéndose una vez solía acompañar las malas palabras con cruelísimas obras. En este tiempo murió Julia, nieta de Augusto, la que, habiendo sido convencida de adulterio y desterrada por ello á la isla de Trimeria, no lejos de las riberas de Pulla, después de haber sufrido veinte años de destierro, mantenida entre tanto de la hacienda de Augusta, la cual, habiendo, por vías ocultas, arruinado á sus hijastros cuando estaban en su grandeza, mostraba después compadecerse de ellos en las miserias.

En este mismo año rompieron la paz los Frisones, pueblo de allá del Rhin, más por avaricia de los nuestros, que por deseo que ellos tuviesen de sacudir el yugo. A éstos, por su mucha pobreza, había impuesto Druso un tributo harto moderado; es, á saber, que pagasen cierta cantidad de cueros de bueyes para el uso de los soldados, sin especificar más de su calidad ó medida; hasta que puesto al gobierno de Frisa Olennio, uno de los primipilares, escogió las espaldas de ciertos bueyes salvajes llamados *Uros*, pidiéndolos de aquella misma grandeza. Esto, difícil aun entre las demás naciones, era más difícilmente sufrido por los Germanos, teniendo los bosques llenos de grandes fieras, mas muy pequeños los ganados domésticos. Daban por esto al principio los mismos bueyes, después sus campos, y á lo último consignaban por esclavos á sus mujeres é hijos. Nació de aquí el enojo y las quejas, y visto que no les eran de provecho, tomaron por remedio la guerra. Echan mano de los soldados exactores del tributo, y pó-

nenlos en sendas horcas. Olennio se escapó huyendo de la primer furia, retirándose después á una fortaleza llamada Flevo (1), donde con un buen presidio de Romanos y confederados se guardaban las riberas del Océano.

Avisado de esto Lucio Apronio, propretor de la Germanía inferior, y convocadas las banderas de las legiones de las provincias de arriba, con infantes y caballos escogidos de los auxiliarios, pasando el Rhin ambos ejércitos juntos, van sobre los Frisones; habiendo ya los rebeldes levantado el cerco de aquella fortaleza y vuelto á defender sus casas. Apronio, pues, hechos puentes y calzadas sobre las lagunas y brazos de mar para pasar más cómodamente sus escuadrones gruesos, hallados entretanto los vados, envía la ala de caballos caninefates (2) y toda la infantería germana que militaba entre nosotros á dar en la retaguardia del enemigo. El cual, puesto en batalla, pone en huida dos escuadrones confederados y los caballos de las legiones enviados en su socorro. Entonces arrojan de delante tres cohortes á la ligera, después otras dos, y poco después, con más velocidad, nuevas tropas de caballos; fuerzas que todas juntas hubieran hecho mucho efecto; pero llegando por intervalos y unos después de otros, no sólo no bastaron á hacer volver el rostro á los que ya iban rotos, mas de los mismos que huían quedaban ellos también dasbaratados. Para cuyo remedio consigna lo restante de los confederados á Cetego Labeon, legado de la legión quinta, el cual, viendo las cosas reducidas á mal partido, envió á pedir socorro á las legiones. Entran de vanguardia en la refriega con valor los de la quinta, y rechazado el enemigo, rescatan las cohortes y los caballos, harto débiles por las heridas y cansados del trabajo. No siguió la venganza el capitán romano, ni

(1) Hoy Hoorn.—*Nota del T. E.*
(2) Los Caninefates habitaban la parte occidental de la isla de las Batavos.

menos hizo enterrar lo muertos, aunque lo quedaron muchos tribunos, prefectos y centuriones señalados. Súpose después por los fugitivos como en la selva consagrada, á quien llaman Baduena, habían sido muertos nuevecientos Romanos, después de haber peleado sin dejar las armas hasta el día siguiente, y que otro golpe de cuatrocientos, ocupada cierta casería de Crutorix, que había militado con los Romanos, medrosos finalmente de traición, se habían muerto los unos á los otros.

Engrandecióse mucho por estos sucesos la fama de los Frisones en Germanía, disimulando el daño Tiberio por no atreverse á dar á alguno el cargo de aquella empresa. No se daba por entendido el senado de una deshonra como aquella, recibida en los últimos confines del imperio. Teníales apretado el ánimo otro más interno y cercano temor, para que no hallaban otro remedio sino adulaciones y lisonjas: tanto que, proponiéndose cosas muy diferentes, decretaron que se hiciesen dos altares, uno á la Clemencia y otro á la Amistad, y que junto á ellas se pusiesen las estatuas de César y de Seyano, rogando incesantemente á entrambos que se dignasen de dejarse ver. Mas no por esto llegaron á Roma, ni á los lugares vecinos, pareciéndoles mucho haberse desaislado un poco y héchose ver en la provincia de Campania, adonde acudieron con presteza los senadores, los caballeros y gran parte del pueblo, todos desalentados por Seyano, cuya audiencia, cuanto se alcanzaba con mayor dificultad, tanto más se iba procurando con secretas inteligencias y con hacerse cada cual compañero de sus designios. Echábase claramente de ver que se aumentaba su insolencia al paso que iba creciendo en aquella gente el gusto de tan fea y pública servidumbre: porque en Roma, como es grande y continuo el concurso, no se puede conocer, á causa de la grandeza de la ciudad, lo que cada uno intenta ó pretende. Mas allí, echados en el campo ó en la ribera de la mar, sin distinción de personas,

noche y día estaban todos procurando ganar la gracia y favor de los porteros, ó sufrir con paciencia su arrogancia. Hasta que aun esto se les vedó también, volviéndose á Roma amedrentados aquellos á quien Seyano no había hecho dignos de sus palabras ni de su vista; aunque otros, más contentos y confiados, á los cuales, por su infelice amistad, se aparejaba notable ruina.

Mas Tiberio, habiendo en su presencia hecho desposar con Agripina, hija de Germánico, á Gneo Domicio, mandó que las bodas se celebrasen en Roma. A Domicio, á más de la nobleza de su linaje, valió mucho el ser pariente de los Césares, habiendo tenido por abuela á Octavia y siéndole tío por esta razón Augusto.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO.

Muere Livia Augusta, madre de Tiberio.—Crece la potencia de Seyano.—Agripina y Nerón, su hijo, acusados al senado por cartas de Tiberio.—No mucho después, descubiertos los intentos depravados de Seyano, cae con grande y general estrago de sus amigos.—Publícase un falso Druso en las islas Cícladas, y queda preso por diligencia y cuidado de Popeo Sabino.
Todo esto en espacio de casi tres años.

		CÓNSULES.
A de Roma 782.	De J. C. 29	C. Rubelio Gémino. C. Rufio Gémino.
783	30	M. Vinicio Quartino. C. Casio Longino.
784	31	Cl. Tiberio César V. L. Elio Sejano.

En el consulado de Rubelio y de Fusio (1), entrambos por sobrenombre Géminos, murió Julia Augusta en extremada vejez: mujer de esclarecido linaje por la familia Claudia, y por la adopción de los Livios y Julios. Su primer matrimonio y sus primeros hijos fueron de Tiberio Nerón, el cual

(1) Fufio.

fugitivo en la guerra de Perusa (1), seguida después la paz entre Sexto Pompeyo y los triunviros, se tornó á Roma. César después, prendado de su gran hermosura la quitó á su marido: dúdase si fué con su voluntad ó sin ella; lo cierto es que se la metió en casa con tanta prisa, que no tuvo paciencia para aguardar que pariese. No tuvo después de esto más hijos; pero unida con la sangre de Augusto por el matrimonio de Agripina y Germánico (2), alcanzó á ser bisabuela de los que también eran biznietos de Augusto. Gobernó su casa con la santidad de costumbres que se usaban antiguamente, aunque con mayor afabilidad y llaneza de lo que hubieran loado las mujeres de aquellos tiempos. Fué madre sin poder alguno para con su hijo, mujer tratable y fácil á su marido, y harto acomodada á los artificios del uno y á la disimulación del otro. Sus exequias fueron ordinarias, y su testamento tardó mucho en ponerse en ejecución. Loóla *pro rostris* su biznieto Cayo César (3), que después fué emperador.

Mas Tiberio, excusándose por cartas de no haberse podido hallar á las últimas obligaciones para con su madre respecto á muchos y graves negocios aunque sin dejar un punto sus deleites y recreos, cercenó como por modestia los honores decretados largamente del senado, contentándose con algunos pocos, y añadiendo que en ninguna manera se le ordenase culto y religión celeste, por cuanto ella lo había mandado así. Y en un capítulo de la misma carta reprendía las amistades y favores mujeriles, culpando tácitamente al cónsul Fusio. Este se había hecho grande con el favor de Augusta, y era hombre harto acomodado

(1) Entre Octavio y L. Antonio, hermano del triunviro. Perusa fué tomada y Antonio obligado á rendirse en 714.
(2) Este era nieto de Livia, por Druso, su padre, y Agripina de Augusto por su padre Agripa y Julia, su madre.
(3) Calígula.

á ganar la voluntad de las mujeres : decidor tan atrevido, que solía burlarse de Tiberio con gracias mordaces, de que los hombres tan poderosos se olvidan tarde.

Después de esto comenzó á empeorarse la forma del gobierno, haciéndose mucho más pesado, duro y riguroso: porque viviendo Augusta, quedaba todavía una cierta forma de refugio á causa del envejecido respeto de Tiberio para con su madre, y porque Seyano no se atrevía á oponerse á su autoridad; mas en viéndose sin ella comenzaron á precipitarse como caballos desenfrenados. Y por buen principio envían cartas contra Agripina y contra su hijo Nerón, persuadiéndose el vulgo á que habiendo sido despachadas antes, no había querido Augusta que se publicasen, visto que se recitaron poco después de su muerte. Estaban estas cartas llenas de palabras picantes y de exquisita malicia contra el nieto: no que le inculpase de cosas de armas, ni de haber mostrado deseo de novedades, sino de amores ilícitos y de otros diversos géneros de deshonestidades. Contra la nuera, no atreviéndose á fingir cosas de esta calidad, acusaba la arrogancia del aspecto y la altivez del ánimo. Oyólas el senado con particular temor y silencio, hasta que algunos pocos, acostumbrados á no esperar bien alguno por medios honestos, sino á procurar favores á costa del daño universal, requirieron que se introdujese la causa, mostrándose el más pronto de todos Cota Mesalino con su voto atroz. Mas los otros principales, y en particular magistrados, estaban con miedo, porque aunque Tiberio se había quejado con gran resentimiento, había con todo eso dejado en duda lo demás.

Hallóse en el senado Junio Rustico, escogido por Tiberio para notar y registrar los actos de los senadores (1), á cuya

(1) César fué el que, siendo por primera vez cónsul en el año 59 antes de J. C., introdujo la costumbre de hacer redactar y publicar los actos del senado (*acta diurna*). Augusto le siguió en cuanto á la redacción, pero prohibió que se publicasen: Tiberio

causa estaba en común opinión de saber con certidumbre sus más íntimos secretos. Este, movido de fatal impulso, no habiendo dado hasta entonces alguna muestra de constancia, ó de alguna impertinente diligencia, mientras olvidado de los peligros inminentes teme los inciertos y dudosos, arrimándose á los que estaban perplejos, persuade á los cónsules á no votar la causa, discurriendo: «que las cosas grandes y levantadas podían trastornarse en un momento, y que era bien dar algún intervalo para que el viejo tuviese lugar de arrepentirse.» El pueblo entonces, llevando consigo las estatuas de Agripina y de Nerón, rodea el palacio gritando, con buen agüero de César, y deseándole mil bienes, que las cartas eran falsas, y que contra la voluntad del príncipe se procuraba la ruina de aquella casa. Con esto no se hizo ninguna triste ejecución aquel día. Leíanse públicamente con falso nombre de personas consulares sentencias fingidas contra Seyano, ejercitando muchos escondidamente, y por esto con tanta mayor libertad, las quimeras de sus ingenios. Causaban estas cosas en él más vehemente enojo, y de nuevo le daban materia de acriminarlas, diciendo: «que en el senado no se hacía caso del dolor del príncipe; que se alteraba el pueblo á gusto del senado; que se leían ya y se oían nuevas oraciones y nuevos decretos de los senadores; que no faltaba sino tomar las armas, y por cabezas y emperadores á aquellos cuyas estatuas habían seguido en lugar de banderas.»

Por lo cual César, declarando otra vez los vituperios del nieto y de la nuera y reprendido ásperamente y amenazado el pueblo por un edicto, se dolió con el senado de que por engaño de un senador hubiese sido menospreciada la majestad imperial, y se advocó la causa. Con esto, viendo el senado que le era prohibido el pasar á la final sentencia,

---

empero pasó más adelante, pues no sólo prohibió que se diesen á luz, sino que encomendó su redacción á un senador elegido por él mismo.

protextó de que estando dispuestos todos á la venganza, eran impedidos por los mandamientos del príncipe (1).....

. . . .

---

(1) **Hé aquí** el sumario de los hechos más importantes que debían llenar el vacío que hallamos aquí en Tácito, y que comprende el final del año corriente, todo el que sigue y las tres cuartas partes del tercero, sacados de Suetonio, Josefo y Dión Casio.

Matrimonio de Druso, hijo de Germánico, con Emilia Lepida.—Son condenados todos los amigos de Augusta.—Agripina, presa por orden de Tiberio y llevada á la isla Pandataria.—El tribuno encargado de llevarla le saca un ojo.—Destierro de Nerón, hijo mayor de Germánico, á la isla Pontia (hoy Ponza).

Año 783.—Druso es enviado de Caprera á Roma, acusado por el cónsul Cosio Longino y encerrado en el palacio.—Honores prodigados á Seyano por el Senado.—Mientras que Asinio Galo, enviado á Tiberio, cena con él, un pretor enviado por el senado, á consecuencia de una carta del mismo príncipe que le denunciaba, viene á apoderarse de él estando en la mesa. Asinio intenta suicidarse. Tiberio se lo estorba y le hace conducir á Roma, obligándole á guardar el más riguroso secreto.

Año 784.—El senado quiere conceder el consulado á Tiberio y á Seyano por cinco años. Tiberio se niega á aceptarlo á fin de que Seyano tenga que hacer lo mismo.—El emperador desconfía de su favorito, á quien niega el permiso de volver á Caprera — Tiberio hace que Cayo tome la toga viril y deja entrever su intención de nombrarle su heredero.—Ordena la muerte de Nerón.—Seyano al verse caído en desgracia conspira contra Tiberio, quien, al saberlo, después de haber disimulado algún tiempo, le manda prender en medio del senado por Macrón.—Seyano es encarcelado, estrangulado y arrojado á las Gemonias.—Su hijo mayor y su tío Bleso son muertos por orden del senado.—Apicata, su esposa repudiada, se da la muerte después de haber revelado á Tiberio los autores del envenenamiento de Druso. Tiberio perdona á Livia según unos, y según otros la hace matar secretamente.—Continúan las persecuciones contra los amigos de Seyano.

«Por tu mala fortuna, oh Tácito (dice Lipsio unas palabras casi en esta sustancia en la octava anotación sobre el libro quinto), faltan aquí no solamente páginas, sino libros enteros, pereciendo con ellos la memoria de las cosas sucedidas en el espacio de casi tres años, especial el destierro de Agripina y sus hijos, los designios y empresas de Seyano, su muerte y castigo, junto con una gran tropa de amigos y allegados suyos, y principalmente el de su infame y vil mujer Livia, al fin la flor de tus escritos. ¡Oh ciega antigüedad, que teniendo cuidado de preservar de las injurias del tiempo á los

Hiciéronse sobre esta materia (1) cuarenta y cuatro oraciones, de las cuales pocas por temor, muchas por costumbre..... «Pensé que pudiera ocasionarme á mí vergüenza ó aborrecimiento á Seyano..... Trocádose ha la suerte, y aquél que le había escogido por compañero y por yerno, se perdona á sí mismo. De los demás, los que con infamia le favorecieron, le persiguen con maldad..... No me atrevo á determinar cuál sea cosa más miserable, ser uno acusado por conservar la amistad, ó acusar él á su amigo..... No pienso hacer experiencia de la crueldad ó de la clemencia de hombre viviente, antes bien libre y probado para conmigo mismo, iré en busca del peligro; rogándoos que no queráis conservar de mí antes triste que alegre memoria, y que me pongáis en el número de los que con generoso fin huyeron las públicas calamidades.»

Dicho esto, gastó gran parte del día en retener ó despedir á cada uno, conforme á como querían irse ó conversar con él. Y mientras todavía le hacía compañía gran número de gente, y muchos, que por verle el rostro sin muestras de temor, pensaban que no se resolvería tan presto en morir, sacando un cuchillo que había escondido en el seno,

---

(1) Probablemente sobre la conjuración de Seyano. El fragmento que aquí se lee es sin duda de algún amigo de Bleso.

Orosios, á los Vopiscos, y á otros historiadores menudos de esta clase, te olvidaste de conservar este oro acendrado!»

Y más abajo en la siguiente anotación añade, que todo lo arriba dicho sucedió al principio del año en que fueron cónsules Fufio y Rubelio; y lo que luego refiere, siéndolo Cayo Memmio Regulo y Fulcinio Trión. De suerte que faltan todos los sucesos de este año, que fué el de setecientos y ochenta y dos de la fundación de Roma; y el siguiente, en que fueron cónsules Marco Vinucio y L. Casio; y muchos del año en que volvemos á cobrar el hilo de la historia, que es el de setecientos ochenta y cuatro, en que habiendo sido cónsules Tiberio y Seyano, les sucedieron Trión y Regulo, desde las calendas de Mayo. Entra, pues, de nuevo la narración con unos fragmentos tan desencuadernados, que los dejara de buena gana, á no obligarme á lo contrario la autoridad de Lipsio, que los pone, y por su camino más la de nuestro autor, cuyos retazos es cierto que tienen más valor que piezas enteras de otros muchos; y dice así:

se mató. No pasó César á inculpar ó á injuriar al muerto, como hizo con Bleso, que le imputó de muchos casos infames y feos.

Tratóse después la causa de Publio Vitelio y de Pomponio Secundo. Vitelio era acusado de haberse ofrecido á abrir las arcas del tesoro público, como prefecto que era del erario, para pagar de aquel dinero á la gente de guerra, caso que se tentasen novedades; y á Pomponio inculpaba Considio, varón pretorio, de haber tenido tan estrecha amistad con Elio Galo, que castigado Seyano, se retiró como á segurísimo refugio á los huertos de Pomponio. Estando en este peligro, no se pudieron librar con otra cosa que con la constancia de sus hermanos, que se atrevieron á salirles fiadores. Vitelio después, enfadado de las continuas prorogaciones, y no menos impaciente de la esperanza que del temor, pidiendo un cuchillo de cortar plumas, como para servirse de él en sus estudios, se picó ligeramente las venas, y con impaciencia y angustia de ánimo acabó la vida. Mas Pomponio, que era hombre de generosas costumbres y de nobilísimo ingenio, mientras sufre constantemente la adversidad de su fortuna, vivió al fin más que Tiberio.

Pareció después justo el proceder contra los hijos de Seyano, puesto que se iba resfriando ya la ira del pueblo, quedando muchos aplacados con los primeros castigos, y así fueron llevados á la cárcel el hijo, que no le faltaba del todo el conocimiento de lo que se pretendía hacer con él, y su hermanilla todavía tan simple, que por momentos preguntaba que á qué y á dónde la llevaban, que no lo haría otra vez, y que bastaban unos azotes. Escriben los autores de aquel tiempo, que porque era cosa nunca oída el quitar la vida con lazo y garrote á una virgen, se tomó por expediente que el verdugo las desflorase junto al mismo lazo. Tras esto, ahogados aquellos cuerpecitos de tan tierna edad, fueron arrojados por las escalas Gemonias.

En este mismo tiempo tuvieron un gran espanto las provincias de Asia y Acaya, por ocasión de cierta voz que corrió, aunque menos durable que vehemente, de que Druso, hijo de Germánico, había sido visto en las islas Cicladas, y después en tierra firme. Era este un mozo de la misma edad que Druso, á quien seguían engañosamente algunos libertos de César fingiendo haberle conocido. Los que nunca vieron á Druso, y los Griegos inclinados á novedades y á milagros, venían llamados de la fama de aquel nombre, fingiendo unos y creyendo otros á un mismo tiempo que, escapado de las prisiones, iba á los ejércitos de su padre para asaltar á Egipto ó á Siria. Ya tenía el concurso de la juventud, ya comenzaba á ser honrado con públicos cumplimientos, alegre del estado presente y lleno de vanas esperanzas, cuando fué acusado á Popeo Sabino. El cual, teniendo á su cargo entonces á Macedonia, cuidaba también de las cosas de Acaya. Para prevenir, pues, á la nueva, ó verdadera ó falsa que fuese; pasados con diligencia los golfos de Toron y de Termes, y dejando tras sí á Eubea, isla en el mar Egeo, el Pireo de Atenas y las playas de Corinto, entrando en el otro mar, atravesada la estrechura del Istmo, llegó á Nicopoli, colonia de Romanos: donde entendió finalmente..... y preguntado con mayor diligencia quién era, dijo ser hijo de Marco Silano, y que desamparado de muchos de sus secuaces, se había embarcado como para pasar á Italia. Escribiólo todo á Tiberio: ni del principio ni del fin de este suceso habemos hallado otra cosa.

A la fin de este año acabó de declararse del todo la discordia entre los cónsules, disimulada largo tiempo. Porque Trión, fácil en ganar enemistades y curtido en pleitos, había indirectamente culpado á Régulo de negligencia en el oprimir los ministros de Seyano. Régulo, acostumbrado á conservar su modestia en todas ocasiones, salvo cuando era provocado, no contento con rebatir á su colega, pasó hasta á llamarle á juicio, como cómplice en la conjuración;

y aunque muchos de los senadores se interpusieron con ellos pidiéndoles que olvidasen los rencores, de que podía resultar la destrucción de entrambos, se quedaron todavía enemigos y amenazándose el uno á otro para en acabando de deponer el magistrado.

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO.

Usa Tiberio en Capri de feas y secretas lujurias.—Son acusados muchos, entre los cuales Marco Terencio se defiende valerosa y libremente.—Muere Lucio Pisón, prefecto de Roma, y trátase del origen y progresos de este oficio.—Consúltase sobre el admitir ciertos versos sibilinos.—Causa sedición en Roma la carestía.—Casa César dos hijas de Germánico.—Usureros acusados.—Modéranse las usuras y remédianse otros daños de este género por la liberalidad de Tiberio.—Nuevas acusaciones de majestad y mueren á este título muchos de los que conspiraron con Seyano.—Cásase Calígula, y dase cuenta de sus costumbres y astuta disimulación para con su abuelo, el cual pronostica el imperio á Sergio Galba, y otras cosas á Calígula, por haber aprendido en Rodas de Trasulo, astrólogo.—Muere miserablemente Druso, hijo de Germánico, y tras él Agripina.—Nerva, jurisconsulto, se priva de la vida, y otros muchos hombres ilustres.—Muéstrase en Egipto el ave fénix, y dase cuenta de su naturaleza y maravillas.—Embajadores partos vienen á Roma á pedir nuevo rey.—Dásele Tiberio.—Guerra entre Armenios y Partos.—Artabano, echado del reino, huye á los Escitas.—Queda el reino á Tiridates, por los consejos y armas de Vitelio.—Nuevas muertes y condenaciones en Roma.—Clitos, Capadoces, rebeldes á su Rey y refrenados.—Sale Tiridates de Armenia, y vuelve Artabano.—Incendio atroz en Roma, aliviado por la liberalidad de César.—Trata Tiberio de sucesor.—Enferma y muere.

Sucede esto en el espacio de casi seis años.

CÓNSULES.

A. de Roma 785.	De J. C. 32	Cn. Domicio Ahenobarbo. M. Furio Camilo Scriboniano.
786.	33	Ser. Sulpicio Galba. L. Cornelio Sila.

A. de Roma 787.	De J. C. 34	Paulo Fabio Pérsico. L. Vitelio.
788.	35	C. Cestio Galo. M. Servilio.
789.	36	Q. Plautio. Sex. Papinio.
790.	37	Cn. Acerronio. C. Pontio.

Había comenzado el consulado de Cneo Domicio y Camilo Scriboniano: César, pasado el estrecho que hay entre Capri y Sorrento, costeando la Campania, dudoso sobre ir ó no ir á Roma, ó que procurase dar á entender que quería entrar en ella, quizá porque tenía resuelto lo contrario, visitando muchas veces los lugares vecinos, y llegando hasta los jardines, riberas del Tíber, de nuevo se volvió á sus peñascos y á la soledad de su mar; avergonzándose de sus propias maldades y vicios deshonestos, de los cuales ardía tan desenfrenadamente, que al uso de los reyes bárbaros iba violando la juventud más noble, apeteciendo no sólo la hermosura y gallardía de los cuerpos, sino de unos la modestia y vergüenza pueril, y de otros la nobleza y antigüedad de sangre le servía de incentivo para sus lujurias. Inventáronse entonces los nombres nunca antes oídos de selarios y espintros, infames por la suciedad del lugar y por los varios modos de sufrir, teniendo esclavos diputados para buscarle y traerle estos mozos, los cuales pagaban muy bien á los voluntarios y amenazaban á los remitentes. Y si acaso eran defendidos por sus padres ó por sus parientes, los arrebatan á toda su voluntad y los llevaban por fuerza, como si fueran prisioneros de guerra.

Mas en Roma, al principio del año, como si se comenzaran á descubrir entonces las maldades de Livia, y como si no estuvieran ya castigadas, se daban nuevas y crueles sentencias contra sus estatuas y contra todo lo que era memoria suya. Y entonces los Escipiones propusieron que los bienes de Seyano quitados del tesoro público se aplicasen al fisco. Estas mismas, casi con las propias palabras ó

poco diversas, decían con particular exageración los Silanos y los Casios, cuando de improviso Togonio Galo, queriendo ingerir la bajeza de su sangre con los nombres de semejantes personajes, se hizo oir con mucha risa; porque en su voto rogaba al príncipe que escogiese un número de senadores, de los cuales, sacados por suerte veinte, asistiesen armados en guardia de su persona todas las veces que entrase en el senado. Y no era maravilla, si había dado crédito á la carta de Tiberio en que pedía uno de los dos cónsules para poder venir seguro desde Capri á Roma. Con todo eso Tiberio, acostumbrado á mezclar donaires con los negocios graves, agradeció á los senadores aquella muestra de voluntad, y añadió: «Sepamos cuáles tengo de tomar ó cuáles dejar. ¿Serán siempre unos mismos ó irlos hemos mudando? ¿Serán de los que han gozado ya de los honores ó de los que aspiren á ellos? ¿De los senadores particulares ó de los magistrados? Donoso espectáculo será verlos ceñir las espadas en el patio del senado. De mí sé decir que no me será gustosa la vida desde el día que me parezca necesario haberla de guardar con las armas.» Con estas palabras mortificó á Togonio, sin pasar adelante en anular su consejo.

A quien reprendió ásperamente fué á Junio Galión (1), porque votó que se permitiese á los soldados pretorianos que, en siendo jubilados, pudiesen asentarse en las catorce gradas del teatro; y preguntábale como si le tuviera presente: «Quién le mete á Galión con la gente de guerra, la cual de sólo el emperador debe recibir los mandatos y los premios? ¿Habrá hallado Galión por ventura lo que no supo hallar Augusto, sino es que como ministro de Seyano busca la discordia y la sedición, y so color de honores y premios estudia en granjear aquellos ánimos incultos y pervertir las costumbres militares?» Este fué el premio que tuvo Galión

(1) Era hermano de Séneca.

por su bien pensada lisonja, y el ser privado luego del oficio de senador, y poco después echado de Italia. Y porque se dijo que sufría fácilmente el destierro, habiendo escogido el residir en Lesbos, isla noble y amena, fué vuelto á Roma y guardado en las casas de los magisrados (1). Con las mismas cartas y con gran gusto de todo el senado barajó César también á Sexto Pagoniano, varón pretorio, llamándolo arrogante, mal intencionado, curioso, especulador de los secretos ajenos, y escogido de Seyano para poner asechanzas á Cayo César. Descubierto esto, se descubrieron también los rencores concebidos de antes, y hubiera sido condenado á muerte, si no se dejara entender que tenía una acusación, como después se declaró, contra Catiuio Laciar, aborrecidos igualmente el acusador y el reo; con quo dieron gratísimo espectáculo. Laciar, como he dicho, fué el primer autor de la caída de Ticio Sabino, y el primero también á pagar la pena.

Entretanto, Haterio Agripa reprendió á los cónsules del año antecedente, porque habiéndose acusado el uno al otro callaban entrambos. El miedo y la conciencia cargada, decía él, los ha hecho conciliar entre sí; mas no conviene ni se puede disimular una cosa, oída una vez por los senadores. Régulo dijo que quedaba todavía tiempo para solicitar el castigo de Trión, y que él continuaría su causa delante del príncipe. Respondió Trión que era mejor olvidarse de los enojos con los colegas y de lo que se habían dicho arrebatados de sus discordias. Mas apretando Agripa, Sanquinio Máximo, varón consular, rogó al senado que no quisiese con nuevos remordimientos aumentar cuidados y dar nuevos disgustos al príncipe, el cual, sin otra ayuda, bastaba para poner remedio á mayores inconvenientes. De-

---

(1) Á veces se encerraba á las personas de distinción en casa y bajo la vigilancia de los magistrados, y hasta en la de los particulares y bajo su responsabilidad.

esta manera se salvó Régulo y se le dilató la muerte á Trión. Quedó con esto tanto más aborrecido Haterio, cuanto él, entregado al ocioso sueño ó á las vigilias de sus lujurias, dado que por su bajeza de ánimo estaba exento de la crueldad del príncipe, andaba entre las rameras y los estupros maquinando con tanta mayor malicia la destrucción y ruina de los hombres ilustres.

Tras esto Cota Mesalino, autor de las más crueles sentencias y caído por ello en un arraigado y envejecido aborrecimiento, fué acusado de muchas cosas en la primer ocasión que se ofreció; y entre otras, de haber dicho que no sabía si Cayo César era hombre ó mujer; que comiendo con los sacerdotes el día del nacimiento de Augusta, había llamado á aquella cena novendial (1), y que doliéndose del gran poder que alcanzaban Marco Lepido y Lucio Aruncio, con quienes traía pleito civil, dijo: «Si ellos son defendidos del senado, yo lo seré de mi Tiberillo.» No se tardara mucho en convencerle con testigos de los principales de la ciudad, si por huir la instancia que le hacían no apelara para el emperador, de quien poco después llegaron cartas, en las cuales, en forma de defensa, contaba el principio de la amistad entre él y Cota y gran número de servicios que le había hecho; pidiendo que no se le atribuyesen á delito las palabras mal entendidas, ni la sencillez de los donaires de la mesa.

Fué notable el principio de esta carta, que comenzaba con estas palabras: «¿Qué os escribiré yo, padres conscriptos?, ó ¿cómo os escribiré?, ó por mejor decir, ¿qué dejaré de escribiros en estos tiempos? Los dioses y las diosas me hagan morir de peor muerte que la que pruebo cada día, si yo lo sé.» De tal manera se le convertían en tormentos sus sucesos y sus propias maldades. No en vano solía afirmar

(1) Llamábase así al festín que se celebraba nueve días después de la muerte de un pariente ó de un amigo.

aquel excelente entre todos los sabios (1), que si los corazones de los tiranos pudiesen verse con los ojos, se verían también los golpes y las heridas: porque así como el cuerpo de los azotes, asimismo el alma queda acribillada de la crueldad, de la lujuria y de los malos pensamientos: no defendían á Tiberio la fortuna ni la soledad, de suerte que no se hallase obligado á confesar sus propias penas, y los potros y tocas que padecía su espíritu.

Y entonces, habiendo dado al senado facultad de resolver la causa de Ceciliano, senador, que había sacado á plaza muchas cosas contra Cota, prevaleció el voto de que se condenase con la misma pena que se dió á Sanquinio y Aruseyo, acusadores de Lucio Aruncio; que fué la mayor honra que se pudo hacer á Cota (de noble linaje á la verdad, aunque pobrísimo por sus desórdenes y excesos no menos que infame por sus maldades), el igualarle en la dignidad de la venganza con la suma virtud y santas costumbres de Aruncio. Después de esto se propusieron en el senado Quinto Serveo y Minucio Termo. Serveo había sido pretor y uno de los amigos de Germánico; Minucio era de linaje de caballeros y habíase gobernado modestamente con la amistad de Seyano, digno por esto de mayor compasión. Mas Tiberio, reprendiéndolos como si fueran los principales instrumentos de todo aquel mal, mandó á Cestio, pretor, que refiriese en el senado lo que le había escrito. Tomó Cestio á su cargo la acusación, cosa calamitosa de aquellos tiempos; pues los más aparentes del senado emprendían hasta las más bajas acusaciones, algunos á la descubierta, otros en secreto: no se discernía el extraño del pariente, el amigo del no conocido, ni los casos recién hechos de los obscurecidos ya con la antigüedad. De cualquier cosa que se hablase en la plaza y en los convites al punto se cuajaba una acusación, anticipándose cada cual en acusar al com-

(1) Sócrates.

pañero por escaparse de ser acusados de él: muchos lo hacían por asegurarse á sí mismos; pero á los más arrebataba la contagión, como suele una peligrosa y fiera pestilencia: y hasta Minucio y Serveo condenados, se reservaron para acusar con ellos á otros. Al mismo peligro llegaron Julio Africano, natural de Saintes, ciudad de la Galia, y Seyo Quadrato. No tengo noticia del origen de esta causa: aunque sé bien que la mayor parte de los escritores han dejado de escribir los castigos y los peligros de muchos, cansados de la gran abundancia, ó temerosos por ventura de que, así como para ellos eran materias pesadas y tristes, lo serían también para quien las leyese. Con todo, habiéndome venido á las manos algunas particularidades dignas de memoria, no me ha parecido dejarlas de notar, aunque veo que por otros han sido pasadas en silencio.

En el tiempo que fingidamente se habían retirado todos los demás de la amistad de Seyano, Marco Terencio, caballero romano, acusado de este delito, tuvo atrevimiento de confesarlo, hablando en senado así: «Por ventura será me»nos provechoso al estado de mis cosas el confesar la culpa »que el negarla; mas venga lo que viniere, yo me resuelvo »en decir que he sido amigo de Seyano, que lo deseé mu»cho ser y que me alegré infinito cuando llegué á serlo. »Habíale visto compañero de tu padre en el gobierno de las »cohortes pretorias, y poco después ejercitar juntamente el »de la ciudad y el de la milicia. Yo veía que los parientes »y amigos de Seyano eran promovidos á grandes cargos y »dignidades, y que no estaba ninguno seguro de la gracia »de César hasta tener la de Seyano: y en contrario, se me »representaban ante los ojos los que él aborrecía, azotados »de un continuo temor, miserables y tristes. No es mi in»tento servirme aquí del ejemplo de alguno; con mi peligro »sólo defenderé á todos los que no habemos tenido parte »en estos últimos consejos. Porque ellos y yo, ¡oh César!, no »honrábamos á Seyano el Volseno, sino á una parte de la

»familia Claudia y Julia, con las cuales había contraído es»trecho vínculo de afinidad; á un yerno tuyo, á un colega »en tu consulado, y finalmente á uno que hacía siempre tu »parte en los negocios de la república. No es dado á nos»otros el juzgar quién es la persona á quien tú engrandeces »sobre las demás, ni las causas que te mueven á ello. Dado »te han á tí los dioses suma prudencia y juicio para todo, »y á nosotros nos han dejado la gloria y el descanso que »trae consigo el obedecer. En lo demás no consideramos »otra cosa que lo que vemos delante los ojos, es á saber, la »persona á quien tú das las riquezas y las honras, y cuál »es el que tiene en su mano los medios de aprovechar y »de destruir; y de que ambas cosas estuvieron en Seyano, »ninguno lo negará: las resoluciones escondidas del prín»cipe y lo que en secreto intenta, dado que no es lícito ni »seguro investigarlo, es al fin afán perdido. No consideréis, »padres conscriptos, el último día de Seyano; considerad, »os pido, los diez y seis años antecedentes, cuando de tal »manera venerábamos á Satro y Pomponio, que se tenía á »gran reputación el ser un hombre conocido de sus porte»ros y de sus libertos. ¿Infiero de aquí por ventura que á »todos indiferentemente aproveche esta mi defensa? No, »por cierto, antes digo que se le den sus justos límites y »excepciones, y se castiguen las asechanzas contra la re»pública y los consejos de muerte contra el emperador. »Mas cuanto al deber y á la amistad, la misma intención, »¡oh César!, nos absolverá á nosotros y á tí.»

La generosa constancia de esta oración, y el haberse hallado uno que representase lo que todos tenían en el corazón pudieron tanto, que añadidos á sus acusadores los delitos viejos, fueron todos castigados con destierro ó con muerte. Después de esto comparecieron otras cartas de Tiberio contra Sexto Vestilio, varón pretorio, carísimo á Druso, su hermano, cuando le acompañaba como uno de los de su cohorte. La causa de hallarse ofendido Tiberio de

Vestilio fué, ó por haber hecho ciertos versos contra Cayo César, arguyendo su deshonestidad, ó porque prohijándosele estos escritos, creyese que habían sido hechos por él. Y como por esta causa se le vedase el ir á comer á la mesa del príncipe, después que con sus manos, débiles por la vejez, tentó, aunque en vano, el quitarse la vida, se ató las venas; y habiendo antes pedido con un papel perdón, vista la respuesta del príncipe áspera y cruel, se las abrió del todo. Sigue una tropa de acusados de majestad, es á saber, Anio Polión, Apio Silano, Escauro Mamerco y Sabino Calvisio, añadido Viciniano á su padre Polión, todos nobles, y algunos de los más honrados, con gran espanto de los senadores: porque ¿cuál había entre todos ellos que por sangre ó por amistad no participase con alguno de tantos ilustres y excelentes personajes? Mas Celso, tribuno de una cohorte urbana, entonces uno de los acusadores, libró del peligro á Apio y á Calvisio. César, por ver junto con el senado la causa de los otros tres, la difirió, dando algunas tristes señales contra Escauro.

No quedaban las mujeres libres de esta persecución, y porque no podían ser acusadas de haber querido ocupar la república, lo eran de las lágrimas que habían derramado. Entre otras fué hecha morir Vitia, ya vieja, por haber llorado la muerte de Fusio Gémino, su hijo. Estas fueron acciones del senado. No eran diversas las del príncipe allá donde estaba, pues hizo matar á Vesculario Atico y Julio Marino, dos de sus más viejos amigos y compañeros indivisibles en Rodas y en Capri. A Vesculario como medianero en la traición contra Libón; á Marino como partícipe con Seyano cuando se trazó la ruina de Curcio Atico: cosa que se oyó con gusto universal, viendo caer sobre las cabezas de los consultores los daños que habían procurado para otros. En este mismo tiempo Lucio Pisón, prefecto de la ciudad, murió de su muerte natural, cosa bien rara para un hombre de tanta calidad y nobleza. De éste se puede

decir que de su voluntad no fué jamás autor de algún consejo servil, y cuando la necesidad le constreñía, procuraba moderarlos con tiento y prudencia. Tuvo, como he dicho, el padre censor, y vivió hasta edad de ochenta años. Mereció en Tracia el honor del triunfo, pero lo que le ocasionó mayor gloria fué que, siendo últimamente prefecto de Roma, templó con maravillosa modestia su continua potestad, tanto más grave, cuanto estaba menos en uso la obediencia.

Porque antiguamente, ausentándose los reyes y después de ellos los magistrados, para que la ciudad no quedase sin gobierno se elegía algún personaje grave que por cierto tiempo administrase justicia y proveyese á los casos repentinos. Y dicen que Rómulo dejó á Dentre Romulio, Tulo Ostilio á su sobrino Numa Marcio, Tarquino el Soberbio á Espurio Lucrecio. Usaron tras esto del mismo estilo los cónsules, y dura hoy en día esta semejanza, cuando por causa de las ferias latinas se elige uno que toma á su cargo el oficio consular. Mas Augusto, durante las guerras civiles, mandó ejercer el cargo de prefecto en Roma y por toda Italia, á Cilnio Mecenas, del estamento militar. Hecho después señor de todo, viendo la gran multitud del pueblo y que la ayuda de las leyes era sobradamente tardía, eligió de entre los consulares quien refrenase á los esclavos y aquella suerte de ciudadanos que por su atrevimiento harían insolencia si no temiesen la fuerza. Mesala Corvino fué el primero que tuvo este magistrado, aunque pocos días, como no apto para él. Ejercitóle después egregiamente Tauro Estatilio, aunque ya muy viejo. Ultimamente le administró espacio de veinte años Lucio Pisón con universal aplauso; cuyo entierro mandó el senado que fuese honrado con exequias públicas.

Quintiliano, tribuno del pueblo, dió después cuenta al senado de un libro de la Sibila (1), que Caninio Galo, uno

(1) «Una mujer desconocida, dice Burnouf, que el pueblo

de los quince varones, pedía se admitiese entre los demás de aquella profetisa, y que sobre este se interpusiese decreto del senado. Y habiéndose concedido por discesión (1), escribió César reprendiendo algún tanto al tribuno que, como mozo, supiese poco de las costumbres antiguas, dando en rostro á Galo con que, envejecido en la ciencia y en las ceremonias, antes de tener el voto del colegio, sin leer, como se acostumbra, los versos, no examinados aun por el magistrado y de incierto autor, hubiese tratado de ella en senado, y ese no pleno. Advirtióle también de que Augusto, porque debajo de nombres célebres se iban publicando muchas cosas vanas, había ordenado los días dentro el número de los cuales habían de ser presentadas al pretor de la ciudad; y que semejantes cosas no era lícito que las tuviese gente ordinaria: lo que había sido decretado también por nuestros mayores después que en la guerra social (2) se abrasó el Capitolio, haciendo buscar en Samo,

---

creyó ser la Sibila de Cumas, vendió á Tarquinio el Soberbio tres libros de prentendidos oráculos. El monarca, que por ventura había suscitado la profetisa y hecho escribir los libros, confió su custodia á dos ciudadanos de la más alta nobleza. En el año 387 de Roma fué elevado á diez el número de los guardadores, hasta que por fin Sila dispuso aumentarlos hasta quince. Dichos libros se guardaban encerrados en un cofre de piedra, debajo una bóveda del Capitolio, y sólo se les consultaba en las grandes calamidades públicas ó cuando estallaba alguna sedición peligrosa. Es fácil adivinar que en uno y otro caso los jefes del estado no leían en ellos más que las predicciones que á su política convenía. Es probable que al aumentar el número de los encargados de su custodia, se había querido hacer más difícil el soborno; mas esto no impidió que, al pretender César que le fuese concedido el título de rey, se hallase un colegio de quindecimviros que declarasen que, según los libros sibilinos, los Partos no podían ser vencidos sino por un rey.»

(1) Era una manera de dar el voto que se hacía levantándose el votante y pasándose á sentar junto al que había hecho la proposición.—*Nota del T. E.*

(2) Lo fué durante la guerra civil entre Mario y Sila. ¿Se ha de atribuir este error á descuido de los copistas, ó fué que Tácito quiso, á sabiendas y con intención, sustituir la palabra *socialis* á *civilis*?

en Ilio, en Eritre y en Africa, como también en Sicilia y por todas las colonias de Italia, los versos de la Sibila, ó una ó más que hayan sido; dando cargo á los sacerdotes de reconocer los verdaderos cuanto con fuerzas humanas fuese posible. Entonces también se sometió el conocimiento de este libro al juicio de los quince varones.

En el mismo consulado estuvo para suceder sedición respecto á la carestía, habiéndose continuado muchos días el pedir en el teatro varias cosas con mayor licencia de lo que se acostumbra contra los emperadores. De que conmovido Tiberio, reprendió á los magistrados y senadores de que no hubiesen refrenado al pueblo con la autoridad pública: añadiendo de cuáles provincias y cuánta cantidad de grano les había hecho traer más que Augusto. Por lo cual se hizo en el senado un decreto conforme al antiguo rigor para tener á raya al pueblo. No se mostraron perezosos los cónsules en publicarlo, ni Tiberio se declaró más en esta materia, dado que no se atribuyó su silencio á modestia, como él pensaba, sino á pura soberbia y arrogancia.

Á la fin del año fueron hechos morir por el delito de la conjuración Geminio, Celso y Pompeyo, caballeros romanos; de los cuales Geminio, por la prodigalidad y regalo de vida, era amigo de Seyano, no ya para las cosas graves; Julio Celso, tribuno, tirando á sí la cadena con que estaba aprisionado, pudo dar de golpe con la cabeza en la pared y hacérsela pedazos. Mas á Rubrio Fabato, el cual inculpado de que, como desesperado de las cosas de Roma, se huía á la misericordia de los Partos, fueron dobladas las guardias. Éste, hallado á la verdad en el estrecho de Sicilia y vuelto del camino por un centurión, no sabía dar alguna causa probable á su larga peregrinación: con todo eso, escapó la vida, antes por olvido que por benignidad.

En el consulado de Sergio Galba y Lucio Sila, César, después de haber pensado largamente las personas con quien le estaba bien casar á sus sobrinas, viéndolas ya en edad

para ello, eligió á Lucio Casio y Marco Vinicio (1). Los predecesores de Vinicio habitaron en villas fuera de Roma y traían su origen de Cales (2): fué de padre y abuelo consulares, aunque de allí arriba no más que caballeros. Él, de su natural apacible y de agradable facundia. Casio, de linaje plebeyo, aunque romano y arto antiguo. Crióle su padre con severa disciplina, y fué loado antes de fácil que de industrioso. A éste dió á Drusila y á Vinicio á Julia, hijas de Germánico, y escribió al senado loando escasamente á los mozos. Y luego, habiendo dado algunas causas harto insubsistentes de su ausencia, se volvió á las cosas más graves acerca de las enemistades que había cobrado por la pública, pidiendo que Macrón, prefecto, y algunos centuriones y tribunos, le acompañasen todas las veces que entrase en el senado; sobre que se hizo un amplísimo decreto sin alguna limitación, ni en la calidad ni en el número. Mas no sólo no fué á público consejo, pero tampoco entró en la ciudad, rodeándola por caminos inusitados, antes dudoso que resuelto de no entrar en su patria.

Durante este tiempo se levantó una gran tropa de acusadores contra los que prestaban dinero á usura con mayor ganancia de lo que les concedía la ley de César dictador, la cual trataba del modo de prestar dineros y del tener posesiones en Italia; olvidada ya por el mal uso de preferir siempre al útil público el particular. Este abuso de los logros ha sido siempre una continua y antigua peste en Roma, y una funesta ocasión de discordias y sediciones; á cuya causa se procuró siempre reprimir en aquellos tiempos que gozaron de menos estragadas costumbres. Porque primero se ordenó en las leyes de las doce tablas que no

(1) Este personaje, que es el mismo á quien dedica Veleyo Patérculo su historia, había sido cónsul en 783. Fué envenenado por Mesalina, por haberse resistido á sus impúdicos deseos.

(2) *Cales*, hoy Calvi, en la provincia de Campania.—*Nota del T. E.*

se llevase más de uno por ciento al mes, como quiera que antes la usura era al gusto de los ricos. Después, por una ley del tribuno se redujo á medio por ciento. Finalmente se prohibió del todo, y con participación del pueblo se atajaron también los fraudes, que vistos y remediados tantas veces, volvían á renacer con artificios dignos de admiración. Mas Graco, entonces pretor, á quien tocó esta causa, oprimido de la muchedumbre de los interesados, la remitió al senado; el cual, amedrentado también, no hallándose alguno de los senadores sin culpa en este delito, pidieron perdón al príncipe, y concediéndosele, se dió á cada uno año y medio de tiempo en que acomodar las cuentas para lo de adelante, conforme á la ordenanza de la ley.

Nació de aquí gran penuria de dinero contante, procurando cobrar cada cual sus créditos, y también porque vendiéndose los bienes de tantos condenados, todo el dinero caía en manos del fisco ó en el erario. Acudió á esto el senado, ordenando que los deudores pudiesen pagar á sus acreedores dándoles, de lo procedido por las usuras, las dos partes en bienes raíces en Italia. Mas ellos lo querían por entero: ni era justo faltar la fe y la palabra á los convenidos. Comenzó con esto á haber grandes negociaciones y ruegos, y á la postre grandes voces ante el tribunal del pretor. Y las cosas que se habían buscado por remedio, venían á hacer el efecto contrario, á causa de que los usureros tenían reservado todo el dinero para comprar las posesiones. A la abundancia de los vendedores siguió la vileza de los precios, y cuando cada uno estaba más cargado de deudas, tanto vendía con más dificultad. Muchos quedaban pobres del todo, y la falta de la hacienda iba precipitando también la reputación y la fama hasta que César lo reparó, poniendo en diversos bancos dos millones y quinientos mil ducados (cien millones de sextercios) para ir prestando sin usura á pagar dentro de tres años, con tal que el pueblo quedase asegurado del deudor en el doble

de sus bienes raíces. Con esto se mantuvo el crédito, y poco á poco se iban hallando también particulares que prestaban. La compra de los bienes raíces no fué puesta en práctica conforme al decreto del senado, porque semejantes cosas, aunque al principio se ejecutan con rigor, á la postre entra en lugar del cuidado la negligencia.

Volvieron después los usados temores, siendo acusado de majestad Considio Proculo, el cual, celebrado sin sospecha alguna el día de su nacimiento, fué á un mismo punto arrebatado, llevado al senado, condenado y muerto; y su hermana Sancia, bandida con la usada privación de agua y fuego. Fué el acusador Quinto Pomponio, hombre inquieto de costumbres, que con esta y semejantes hazañas pretendía ganar la gracia del príncipe, deseoso de remediar el peligro de Pomponio Secundo, su hermano. Fué desterrada también Pompeya Macrina, cuyo marido, natural de Argos, y el suegro lacedemonio, de los principales de Acaya, habían sido ya afligidos de César. Su padre, ilustre caballero romano, y su hermano, varón pretorio, viendo ya cercana la condenación, se mataron con sus manos. Hacíaseles cargo de que Gneo Pompeyo magno había tenido por amigo intrínseco á Teofanes Mitileneo (1), su bisabuelo, y que al mismo Teofanes, después de muerto, le había atribuído honores celestes la griega adulación.

Después de éstos, Sexto Mario (2), el más rico de las Españas, acusado de haber cometido incesto con su propia hija, fué despeñado de la roca Tarpeya; y porque no se estuviese en duda de que sus riquezas le habían ocasionado aquel trabajo, Tiberio tomó para sí sus minas de oro, aun-

(1) El amigo é historiógrafo de Pompeyo. Habiendo éste devuelto á instancias suyas á los Lesbios la libertad que perdieran por haber abrazado el partido de Mitrídates, agradecidos á tamaño favor le decretaron honores divinos.

(2) La causa de su muerte fueron sus minas de oro y el pretexto el haber alejado á su hija, que era muy hermosa, para sustraerla á las violencias de Tiberio.

que ya estaban confiscadas. Encarnizados después con tantas muertes, mandó matar á todos los que estaban presos por amigos de Seyano. Mostrábase un estrago grande de toda edad y de todo sexo; nobles y plebeyos, esparcidos y amontonados, ni podían los parientes ni los amigos llegarse á ellos, derramar lágrimas, ni tan solamente mirarlos con atención. Estaban puestas guardias que, notando el sentimiento de cada uno, seguían los ya podridos cuerpos muertos, mientras se arrastraban al Tíber; donde ni los que iban sobreaguados, ni los que la corriente del agua arrojaba á las orillas se podían tocar, cuanto y más quemarse. Había la fuerza del temor de tal manera interrumpido el comercio de la humana naturaleza, que cuanto más crecía la crueldad, tanto más iba menguando la compasión.

En este tiempo Cayo César, acompañando á su abuelo, que partía de Capri, se casó con Claudia, hija de Marco Silano, cubriendo la fiereza de su ánimo con una maliciosa modestia; porque ni de la condenación de su madre ni del destierro de sus hermanos se le oyó jamás hablar palabra; antes de tal manera mostraba conformarse con el humor de su tío, que no estudiaba sino en imitarle, usando el mismo traje, el mismo aspecto y casi las mismas palabras. A cuya causa no tardó mucho en divulgarse el dicho del orador Pasieno, es á saber: «que no se había visto jamás mejor criado ni peor señor que Calígula.» No pasaré tampoco en silencio el pronóstico que Tiberio hizo de Sergio Galba, entonces cónsul; porque llamándole, después de haberle tentado con diversas pláticas, á la postre en lengua griega le dijo estas palabras: «Y tú también, Galba, alguna vez gustarás del imperio»; dando á entender que su grandeza sería tardía y de poca dura. Quedóle este conocimiento de la ciencia del arte de los Caldeos, aprendida en el ocio de Rodas de su maestro Trasulo, á quien experimentó de esta manera.

Todas las veces que quería consultar sobre algún nego-

cio, se iba al lugar más alto de su casa acompañado de sólo un liberto, de quien se fiaba. Éste, ignorante de toda suerte de letras y de fuerza aventajada, iba por caminos inusitados y despeñaderos (siendo como era la casa situada sobre altísimos peñascos) delante de aquel cuya ciencia quería experimentar; y si á la vuelta lo hallaba con muestras de vanidad ó sospechoso de engaño, le hacía echar en la mar desde aquellos precipicios porque no le descubriese sus secretos. Llevado, pues, Trasulo por las mismas breñas, después de haberle respondido á sus preguntas, pronosticándole el imperio y manifestándole con gran sutileza las cosas por venir, le volvió á preguntar Tiberio «si había jamás calculado su propio nacimiento y el peligro que aquel año y aquel día se le aparejaba». Él, considerados los aspectos de las estrellas y medidos los espacios, comenzó primero á estar suspenso, después á mostrar temor, y cuanto más lo miraba, tanto más se iba arrebatando de admiración y miedo. Finalmente, comenzó á gritar «que se hallaba en el punto más dudoso y por ventura el último de su vida». Tiberio entonces, abrazándole, se alegró con él de que hubiese sido pronóstico de su propio peligro, y asegurándole tuvo después por oráculo todo lo que le había dicho, y á él entre sus amigos más íntimos.

Mas cuando oigo estos y semejantes casos no me atrevo á juzgar con certidumbre si las cosas de los mortales son gobernadas por el hado y necesidad inmutable, ó por accidente y caso fortuito; porque tú hallarás á los más sabios de los antiguos y á los secuaces de sus sectas muy diversos entre sí; y muchos son de opinión que de nuestros fines, y finalmente de nosotros mismos, no tienen ningún cuidado los dioses; y que es esta la causa por qué muchas veces padecen tristezas y trabajos los buenos cuando los ruines están gozando de mil felicidades. Otros en contrario confiesan que interviene y concurre el hado, y niegan que esto sea por medio de los planetas, sino de los principios

y trabazón de las causas naturales: que, sin embargo, nos dejan la elección en la forma y manera de vivir, la cual, una vez escogida, hay un cierto orden de cosas que forzosamente nos han de suceder; y añaden que ni el verdadero mal ni bien son los que el vulgo tiene por tales, porque á la verdad, hay muchos dichosos, á quien juzgamos que viven combatidos de mil desdichas, y otros infelicísimos aunque cargados de infinitas riquezas; y esto viene de que los unos sufren constantemente sus infortunios, y los otros usan de sus propiedades con imprudencia; en lo demás, no se quita que no se haya destinado á muchos lo porvenir por el principio de su nacimiento, ni que sucedan muchas cosas diversas de lo pronosticado por defecto de los que dicen lo que no saben; con que se desacredita una ciencia de la cual la edad antigua y la nuestra han producido clarísimas experiencias. Cosa cierta es que por el hijo del mismo Trasulo fué pronosticado el imperio de Nerón, como diré á su tiempo por no alejarme ahora de la empresa comenzada.

Durante los mismos cónsules se divulgó la muerte de Asinio Galo. No se pone duda en que fué de hambre; pónese en si fué violenta ó voluntaria. Y consultado con César sobre si gustaba de que fuese enterrado, no se avergonzó de dar licencia para ello, ni de dolerse de los accidentes que le habían quitado de las manos aquel reo antes que pudiese ser convencido; como si durante el espacio de tres años hubiera faltado tiempo para despachar la causa de un viejo consular y padre de tantos consulares. Acabó finalmente la vida Druso después de haberse sustentado nueve días con miserables alimentos, comiendo la lana del lecho en que dormía. Han escrito algunos que Macrón tuvo orden, caso que Seyano tentase las armas, de sacar de la cárcel á Druso, porque estaba detenido en palacio, y darlo por cabeza al pueblo; mas después, porque supo que había pasado voz de que César se reconciliaba con Agripina y con Druso, quiso antes ser culpado de crueldad que de arrepentimiento.

Y lo que es más, habló muy mal del muerto, reprochándole la deshonestidad de su cuerpo, que era pernicioso á los suyos, y de mal ánimo para con la república. Mandó tras esto que se recitasen sus hechos y dichos, notados día por día, sin que pueda ofrecerse cosa más cruel que haberle tenido á los lados quien por discurso de tantos años notase su rostro, sus gemidos y sus secretas murmuraciones, sino el poderlo escuchar, leer y publicar su propio abuelo. Pareciera imposible, si no se leyeran las mismas notas del centurión Actio y de Didimo liberto que nombraban los esclavos, según que cada uno de ellos ponía las manos en Druso al salir de su cámara ó le espantaba con amenazas, habiendo el centurión notado como hecho heroico hasta sus mismas palabras llenas de crueldad dichas á Druso, y las que él le respondía cercano ya al fin de su vida. El cual, fingiéndose al principio loco, maldecía á Tiberio, y después, viéndose ya sin esperanza de vivir, en su sano juicio blasfemaba de él con razones bien compuestas, rogando á los dioses que, así como había muerto á su nuera, al hijo de su hermano y á sus propios nietos y llenado su casa de homicidios, asimismo le diesen el castigo conveniente á la fama de sus mayores y grandeza de sus descendientes. Hacían ruido los senadores en la curia como detestando el oir tales cosas; mas suspendiólos el temor y la admiración de ver á un hombre tan astuto y acostumbrado á tener escondidas sus maldades, haber llegado á tanta confianza, que casi derribadas las paredes, mostraba á su nieto debajo del azote del centurión y entre los golpes de los esclavos, pedir en vano con ruegos lastimosos los últimos alimentos de la vida.

No estaba aún acabado este luto cuando se comenzó á oir hablar de Agripina, la cual, justiciado Seyano, creería yo que había vuelto á alimentar las esperanzas de vivir, y que viendo todavía en su punto la crueldad, se dejó de este cuidado, resolviéndose en dejar la vida, si ya no es que

negándole los alimentos, se procuró dar á entender que ella misma se había muerto con no quererlos tomar; porque Tiberio no cesaba de infamarla feamente, acusándola de impudicia y de adulterio con Asinio Galo, queriendo inferir que después de su muerte había ella aborrecido la vida. Mas, á la verdad, Agripina, no contenta con el deber y deseosa de mandar, con los pensamientos de hombre se había desnudado de los vicios de mujer. Añadió César que se debía notar cómo moría en el propio día en que dos años antes había sido castigado Seyano, jactándose de que no la había hecho dar un garrote ni mandado echar su cuerpo en las Gemonias. Diéronsele por estas cosas gracias en el senado, donde se hizo un decreto que cada año, el día de los diez y siete de Octubre, que fué en el en que sucedieron estas dos muertes, se consagrase un don á Júpiter.

No mucho después Cocceyo Nerva, que jamás se apartaba del lado del príncipe, docto en los derechos divinos y humanos, en su entero estado y sana salud determinó de dejarse morir. Sabido esto por Tiberio, se vió al punto con él, preguntóle las causas que á ello le movían, y añadió muchos ruegos y protestos del ruin renombre que cobraría su fama imperial viendo el mundo que el mayor de sus amigos huía de la vida sin alguna causa de desear la muerte. Mas Nerva, sin reparar en las razones de Tiberio, perseveró en no comer hasta que murió. Decían los que tenían alguna inteligencia de los pensamientos de Nerva, que viendo él de más cerca que otros los males que se aparejaban á la república, arrebatado de la ira y del temor, había querido morir de una honesta muerte mientras todavía estaba en buen estado, y sin que hasta entonces se hubiese procedido contra él. Mas lo que parece increible es que la ruina de Agripina llevase tras sí también á Plancina, aquella que siendo mujer de Gneo Pisón se alegró á la descubierta de la muerte de Germánico, y la que, muerto Pisón, fué defendida no menos por el aborrecimiento que le tenía

Agripina que por los ruegos de Augusta. Pero faltando el odio de aquélla y el favor de ésta, tuvo su lugar la justicia; y así acusada de delitos harto claros, con sus propias manos, antes tarde que inocente, pagó la merecida pena.

La ciudad, afligida por tantos llantos, sintió este dolor más de ver vuelta á casar á Julia, hija de Druso, mujer ya de Nerón, hijo de Germánico, con Rubelio Blando, natural de Tivoli, á cuyo abuelo se acordaban muchos haber conocido del estamento de caballeros romanos. A la fin de este año, la muerte de Elío Lamia fué honrada con las mismas exequias que suelen hacerse á los censores. Este, descargado del gobierno de Siria, de que gozaba solamente el nombre, obtuvo el oficio de prefecto de Roma. Fué de sangre noble, de vejez robusta, y tal, al fin, que la negada provincia no le sirvió sino de aumento de reputación. Muerto después Flaco Pomponio, propretor de Siria, se leyeron en el senado cartas de César en que se quejaba de que los más valerosos y aptos á regir ejércitos rehusaban este cargo, y que á esta causa se hallaba necesitado á rogar con él á los que ya habían sido cónsules; olvidado de que había diez años que se le impedía á Aruncio el ir á su gobierno de España. Murió el mismo año también Marco Lepido, de cuya modestia y prudencia he dicho harto en los primeros libros; ni es necesario mostrar más por extenso su nobleza, siendo la casa Emilia fértil de buenos ciudadanos, y los que hubo de estragadas costumbres vivieron al fin con esplendor y nobleza.

Después de un largo discurrir de siglos, en el consulado de Paulo Favio y de Lucio Vitelio, pareció en Egipto la ave fénix (1), la cual dió materia á los más doctos de aquella

---

(1) Ave fabulosa, célebre en las tradiciones egipcias. Los autores que hablan de ella la pintan del tamaño de una águila, con un hermoso moño en la cabeza, las plumas del cuello de color de oro, la cola blanca salpicada de plumas encarnadas y los ojos brillantes. Cuando siente acercarse su fin, dicen, se

provincia y de la Grecia para discurrir mucho sobre este milagro. Pláceme el contar las cosas en que todos concuerdan y muchas en que difieren, las cuales no son del todo indignas de ser sabidas. Que sea este animal consagrado al sol, y que en el pico y en el color de las plumas sea diverso de las demás aves, concuerdan todos los que de él escriben. Cuanto al número de los años, lo escriben variamente. Algunos afirman de mil cuatrocientos y sesenta y uno; pero la más común opinión es que se ve cada quinientos. Vióse la primer vez en tiempo de Sesostris, la segunda de Amasis, la tercera de Tolomeo, que fué también el tercero rey Macedón, en una ciudad llamada Heliópolis, volando con una gran banda de otras aves que seguían la maravilla de aquel nuevo aspecto. Mas son obscuras las cosas de la antigüedad. Entre Tolomeo y Tiberio corrieron menos de doscientos y cincuenta años, de que resultó la opinión de algunos que ésta no fué verdadera fénix, ni venida de Arabia, no concurriendo en ella ninguna cosa de las que las memorias antiguas dicen que concurren en las otras; porque fenecido el número de sus años y acercándose á la muerte, suele hacer un nido en su patria, echa en él su virtud generativa, de donde nace su cría; el cual, ante todas cosas, toma á su cargo el cuidado de sepultar á su padre; mas no lo hace acaso, antes tomando un pedazo de mirra y llevándolo un largo viaje, si se siente capaz de aquel peso y de aquel camino, toma sobre sí á su padre, y llevándolo al altar del sol, quemándolo allí, lo sacrifica; cosas ni ciertas de suyo, y aumentadas con fábulas. Mas lo

---

construye un nido de plantas aromáticas, que expone á los rayos del sol y en cuyas llamas se consume. En el apartado en que habla de esa ave Tácito parece haberse complacido en repetir cuanto acerca de ella se sabía ó se creía saber en su tiempo, y si bien reconoce que hay mucho de fabuloso en lo que de la misma se refiere, se ve que creía en su existencia. Tan cierto es que hasta las inteligencias más privilegiadas pagan tributo á los errores y preocupaciones de la época en que viven.

que no se duda es haberse visto estos pájaros muchas veces en Egipto.

Continuábanse en Roma las muertes; y Pomponio Labeón, que dije haber obtenido el gobierno de la Mesia, abriéndose las venas, se dejó desangrar. Siguióle poco después su mujer Paxea, porque el miedo del verdugo facilitaba aquella manera de muerte, y también el ver que á los condenados se confiscaban los bienes y se les prohibía la sepultura, concediéndose lo uno y lo otro á los voluntarios en premio de su solicitud. Mas César escribió al senado que era costumbre antigua, siempre que se quería renunciar la amistad de alguno, prohibirle la entrada de su casa, y con esto se ponía fin á la familiaridad; que habiéndole parecido renovar esta costumbre con Labeón, él, apretado y temeroso por la provincia mal gobernada y por los demás delitos, había querido cubrir sus culpas propias con las afrentas ajenas, espantando sin propósito á su mujer, la cual, aunque no estuviera inocente, estaba fuera de peligro. Hecho esto, Mamerco Escauro, de gran nobleza y famoso orador, aunque de costumbres dignas de vituperio, fué de nuevo acusado. A Mamerco no le dañó la amistad de Seyano, sino el aborrecimiento de Macrón, no menos fuerte para la ruina de muchos, por usar las mismas artes, aunque con mayor secreto. Éste había mostrado á Tiberio el argumento de una tragedia compuesta por Escauro (1), añadiendo cierto versos que se podían torcer contra el mismo Tiberio. Mas sus acusadores, Servilio y Cornelio, le imputaban de haber hecho sacrificios mágicos. Escauro, como digna sangre de los antiguos Emilios, previno la condenación, exhortado de su mujer Sextia, que habiéndole

---

(1) DION refiere, XVIII, 24, que Escauro había compuesto una tragedia en Atreo, de la cual Tiberio creyó ver su retrato. «Ya que ha hecho de mí un Atreo, dijo, yo haré de él un Ajax», aludiendo á que éste se había dado la muerte por su propia mano.

incitado á que se diese la muerte, le acompañó con resolución en ella.

No se escapaban en su ocasión los acusadores de ser también castigados, como sucedió á Servilio y Cornelio, los cuales, infamados con la ruina de Escauro, porque habían tomado dinero de Vario Ligure á título de renunciar la acusación, fueron desterrados á ciertas islas con el entredicho de agua y fuego; y Abudio Rusón, que había sido edil, mientras solicita el infortunio de Lentulo Getulico, debajo de cuyo dominio había tenido el gobierno de una legión, acusándole de que había escogido por yerno á un hijo de Seyano, fué, sin que alguno le acusase, condenado él y desterrado de Roma. Gobernaba entonces Getulico las legiones de la Germania superior, amado grandemente por su liberal clemencia y modesta severidad; ni lo era poco del ejército vecino por causa de Lucio Apronio, su suegro, con cuyo calor corrió voz harto constante de que se atrevió á escribir á César «que no había él de su cabeza comenzado el parentesco con Seyano, sino á persuasión suya; que se había podido engañar, como se engañó el mismo Tiberio, y que un mismo yerro no debía excusarle á él solo y ser causa de la ruina de todos los demás; que tendría fe sincera y durable mientras no se le armasen asechanzas, y en lo demás le desengañaba que admitiera el sucesor como al anuncio de su muerte; que se estableciese entre ellos una forma de conciertos tales, que al príncipe le quedase todo lo demás y á él el gobierno de su provincia». A estas cosas, aunque excesivas, se dió bastante fe, viendo que de todos los aliados y parientes de Seyano, fué sólo Lentulo el que, no sólo quedó salvo, pero muy favorecido; considerando en sí Tiberio que era aborrecido del pueblo, que se hallaba ya muy adelante en la edad, y que su estado se fundaba más en la reputación y fama que en la fuerza.

En el consulado de Cayo Sestio y Marco Servilio vinieron á Roma algunos de la nobleza de los Partos, sin sabiduría

de Artabano, su rey. Éste, por miedo de Germánico, se había mostrado al principio fiel al pueblo romano y tratable á los suyos; mas poco después comenzó á ensoberbecerse contra nosotros y á mostrarse cruel con sus vasallos, desvanecido con algunos sucesos prósperos de las guerras circunvecinas; y menospreciando la desarmada vejez de Tiberio, deseoso de apoderarse del reino de Armenia en muriendo el rey Artaxias, dió la investidura al mayor de sus hijos llamado Arsaces, y, lo que fué tenido por mayor menosprecio, envió á pedir el tesoro que en Siria y Cilicia había dejado Vonón, amenazando que quería ensanchar los límites de su reino, conforme á como antes los tenían los Persas y Macedones, y jactándose que estaba en su mano el ocupar cuanto poseyó el rey Ciro y después el Magno Alejandro. El principal autor de enviar los embajadores secretos á Roma fué Sinaces, varón muy rico y de señalada nobleza, y con él un eunuco llamado Abdo. No se tiene por menosprecio entre aquellos bárbaros el ser un hombre castrado, antes son los tales constituídos en mayores cargos y dignidades. Estos dos, después de haber atraído á su opinión á otros, algunos de los más principales, viendo que no quedaba ya ninguno del linaje Arsacido á quien dar el reino, siendo muertos la mayor parte por Artabano y los demás de edad insuficiente, instaban en Roma que se les diese á Frahates, hijo del rey Frahates, diciendo «que no necesitaban de otra cosa que del nombre y de la autoridad de César para que por su medio fuese visto uno de la sangre de los Arsacidas en las riberas del Eufrates».

Deseaba esto Tiberio, y así sin dilación pone en orden á Frahates, mandándole dar todo lo necesario para ocupar el reino paterno, firme en su antigua determinación de tratar y emprender las cosas extranjeras con artificios y astucias, procurando tener apartadas las armas y la guerra fuera de casa. Descubrió entretanto Artabano el trato de los suyos, y unas veces retardado del temor, otras incitado del deseo

de la venganza (tienen los bárbaros por cosa baja y servil el diferir y disimular, y por acto real el ejecutar con presteza), prevaleció al fin en él el provecho de convidar á Abdo so color de amistad, y quitarle la vida con lento veneno, y disimular con Sinaces, entreteniéndole con dones y ocupándole con negocios. Llegado Frahates á Siria, mientras dejado el vivir á la romana, á que estaba acostumbrado por muchos años, vuelve á ejercitar los institutos de los Partos; no pudiendo sufrir el rigor de las costumbres de su patria, enferma y muere. No desistió por esto Tiberio de su empresa, antes eligió por émulo de Artabano á Tiridates, del mismo linaje, y para recuperar la Armenia á Mitridates Hibero, reconciliándolo primero con su hermano Farasmanes, que tenía el dominio de aquella nación, encargando el gobierno supremo de todos aquellos designios orientales á Lucio Vitelio. No dudo de que Vitelio tenía ruin opinión en Roma, donde se han contado de él muchas cosas feas y deshonestas; con todo eso, en el manejo de las provincias que tuvo á cargo se gobernó con entereza y virtud, semejante á lo que antiguamente se profesaba. Mas vuelto después de ellas, y por la crueldad de Calígula y familiaridad de Claudio transformado en una torpe y vil servidumbre, quedó á la posteridad por ejemplo de infame adulación; cedieron finalmente en él las primeras á las últimas calidades, y con los vicios de la vejez puso en olvido las virtudes de la juventud.

Mas Mitridates, el mayor entre todos los magnates de Hiberia, constriñó á su hermano Farasmanes á ayudarle en sus empresas con fuerzas y con engaños. Hallóse ante todas cosas camino cómo ganar con dineros á los más principales ministros del rey de Armenia Arsaces, hasta hacerle atosigar; y consecutivamente entraron los Hiberos en el reino con grueso ejército, y se apoderaron de la ciudad de Artaxata. Avisado de estas cosas Artabano, puso en orden á su hijo Orodes para tomar venganza, y dándole

gran número de Partos, envió á tomar á sueldo cantidad de gente de socorro. Farasmanes de otra parte juntó consigo los Albanos y Sarmatas, de los cuales los Ceptrusios, tomando dineros de ambas partes, servían á todos según su costumbre. Los Hiberos, ocupados ciertos puestos, arrojaron con diligencia á los Sarmatas sobre los Armenios por la vía Caspia (1). Mas los que iban viniendo en favor de los Partos eran rechazados con facilidad, á causa de haber el enemigo cerrado los pasos; salvo uno entre la mar y los últimos montes de Albania, el cual también estaba impedido por causa del verano, soplando en él los vientos del Norte y arrojando á la orilla las ondas hasta cubrir todos aquellos vados, que en el invierno, con el austro que sopla de tierra, se secan y descubren.

Farasmanes en tanto, aumentado su ejército con ayudas, presenta la batalla á Orodes, que se hallaba todavía con solos los Partos, y porque no la acepta, comienza á inquietarle con escaramuzas y á impedirle los forrajes, y como si tratara de ponerle sitio, le va ciñendo los alojamientos, hasta que los Partos, no acostumbrados á sufrir afrentas, se presentan delante del Rey y piden la batalla. Las fuerzas de los Partos consisten sólo en caballería, y Farasmanes tenía también buen golpe de gente de á pie: porque los Hiberos y Albanos, que habitan lugares ásperos y montuosos, están más acostubrados al trabajo y descomodidades. Pretende esta gente traer su origen de los de Tesalia, en tiempo que Jasón, después de haber robado á Medea y tenido hijos de ella, volvió al vacío palacio de Aetas y á la desamparada isla de Colcos. Celebran muchas cosas de su nombre, como también del oráculo de Frixo: ninguno tiene atrevimiento de sacrificar carneros, por la opinión que tienen de que por este animal fué traido Frixo; si ya no es que tuviese esta

(1) Según Walcknaer es el desfiladero de Derbend, llamado por los turcos *Demi capi* ó puerta de hierro.

insignia la nave que le pasó. Estando, pues, en ordenanza los dos ejércitos para darse la batalla, el Parto acordó á los suyos «el imperio de Oriente, y la nobleza de los Arsacidas, diciendo en contrario: que los Hiberos eran de baja sangre y su gente mercenaria y vil». Farasmanes ponía en consideración á los suyos, «que habiendo sido siempre libres del imperio de los Partos, cuanto más grande fuese la empresa, tanto más gloriosa sería la victoria y de mayor vergüenza y peligro el volver las espaldas. Mostrábales á más de esto sus escuadrones horribles y espantosos, y las tropas de los Medos pintadas y adornadas de oro; dándoles, finalmente, á entender cómo estaba de su parte de ellos el esfuerzo varonil, y de la otra el premio de la victoria».

Mas los Sarmatas, no tanto por las palabras del capitán cuanto por sí mismos, se animaban y exhortaban unos á otros á no pelear de lejos con las saetas, sino prevenir al enemigo y llegar luego con él de cerca á las manos. Fué vario el modo de pelear, mientras los Partos con su acostumbrado artificio de dar y tomar la carga y procurar desunir al enemigo, buscan lugar para arrojar sus tiros, y los Sarmatas, dejados los arcos, el uso de los cuales es breve, con las lanzas y con las espadas los acometen, ora á modo de combate á caballo, mostrando una vez la frente y otra las espaldas, ora apiñados en cerrado escuadrón, con las fuerzas de los cuerpos y de las armas rechazaban ó eran rechazados. Ya los Albanos y los Hiberos comenzaban á apretar y á cargar de veras, haciendo la refriega dudosa al enemigo, sobre quien los caballos y de más cerca los infantes herían, cuando Farasmanes y Orodes, mientras acompañan á los valerosos y animan á los que temen, vistosos por los ornamentos y por esto reconocidos entre sí, con grandes voces, las lanzas bajas, dejan correr sus caballos el uno contra el otro. Hirió con más gallardía Farasmanes á Orodes pasándole el yelmo; mas no pudo redoblar el golpe, llevado de su caballo y defendiendo al herido los

más fuertes de sus acompañantes. Con todo eso, la voz de que era muerto atemorizó de suerte á los Partos, que con facilidad cedieron la victoria al enemigo.

Luego que Artabano supo este suceso, comenzó á prepararse á la venganza con todas las fuerzas del reino, diciendo «que no habían ganado la batalla los Hiberos por otra causa sino por tener mejor conocidos los puestos»; y aunque ya vencido, no hubiera desamparado á la Armenia si Vitelio, juntadas las legiones, no echara voz de que quería acometer la Mesopotamia, atemorizándole con las armas romanas. Entonces, sacando Artabano sus fuerzas del reino, comenzaron á encaminarse mal sus cosas, persuadiendo Vitelio á los naturales de él á dejar la obediencia de aquel rey, cruel en la paz y calamitoso con las guerras adversas. En tanto, Sinaces, que ya dije ser enemigo de Artabano, mete en la liga á su padre Abdageses y á otros que hasta entonces no habían osado descubrirse, haciéndolos el ejemplo de tan continuas rotas más prontos á la rebelión. Fueron viniendo poco á poco también todos aquellos que servían á Artabano más por miedo que por amor, levantándoles el ánimo el ver que tenían cabezas y capitanes á quienes seguir. Ya no le quedaban á Artabano más que algunos soldados extranjeros de la guardia de su persona, gente desterrada de su misma patria y sin alguna noticia del bien ni cuidado del mal, los cuales, entretenidos á sueldo, suelen hacerse ministros de toda maldad. Acompañado, pues, de éstos, tomó una diligente huída á provincias apartadas hasta los confines de la Escitia, esperando ayuda por el parentesco de los Hircanos y de los Carmanos, y que aplacados en tanto los Partos con los ausentes y mudables con los presentes, sería posible arrepentirse.

Mas Vitelio, huído Artabano y dispuestos á nuevo rey los ánimos de aquellos populares, después de haber exhortado á Tiridates que se aprovechase de la ocasión, con el nervio de las legiones y auxiliarios puso su campo sobre el

río Eufrates, donde sacrificando éstos al modo romano el puerco, la oveja y el toro (1), y aquéllos por aplacar al río un caballo enjaezado, refirió después la gente de la tierra «que el Eufrates por sí mismo y sin ayuda de lluvias había crecido extraordinariamente, y que de sus blancas espumas se figuraban ciertos círculos en forma de guirnaldas, cosa que anunciaba feliz y próspero pasaje». Otros más astutos interpretaban «que los principios serían dichosos, aunque de poca dura, siendo así que de ordinario se da más crédito á las cosas pronosticadas en el cielo ó en la tierra que no á los ríos, de naturaleza instable, y que á un mismo tiempo muestran y llevan consigo los agüeros». Hecho el puente con los navíos y pasado el ejército, Ornospades fué el primero que vino al campo con muchos millares de caballos. Este, desterrado un tiempo de su patria, ayudó á Tiberio valerosamente á fenecer la guerra de Dalmacia, y alcanzó por esto servicio la dignidad de ciudadano romano. Vuelto después á la gracia del Rey, le favoreció mucho, y le dió el gobierno de aquellos fertilísimos campos, que por estar rodeados de los dos ínclitos ríos Tigris y Eufrates, se les dió nombre de Mesopotamia. Llegó poco después Sinaces con nuevas gentes, y su padre Abdageses añadió el aparato y riquezas reales, que era la seguridad y el nervio de aquella liga. Vitelio, pareciéndole que bastaba haber hecho ostentación de las armas romanas, advertidos Tiridates y los suyos, «aquél á tener memoria de su abuelo Frahates y de César que le había criado», ambas cosas dignas de estima, y éstos «á conservar la obediencia á su rey, respetarnos á nosotros y guardar á todos el honor y la fe», dió la vuelta con sus legiones á Siria.

He puesto juntos los sucesos de estos dos estados por dar algún reposo al ánimo, cansado de las calamidades domés-

---

(1) Se llamaba este sacrificio *suovetaurilia*, porque en él se inmolaba un puerco, *sus;* una oveja, *ovis*, y un toro, *taurus*.

ticas; porque Tiberio, aun tres años después de la muerte de Seyano, ni por el tiempo, ni por ruegos ni por hartura, cosas que suelen ablandar á otros, se aplacaba de manera que no hiciese castigar por gravísimas y por nuevas las cosas inciertas ó envejecidas. Por este miedo Fulcinio Trión previno al furor de sus acusadores, y en los últimos codicilos dejó escritas muchas cosas bien atroces contra Macrón y contra los más principales libertos de César; dándole en rostro á él también con que había vuelto á los ejercicios de la niñez, convirtiéndose casi en foragido por su continua ausencia. Estas cosas, ocultadas por los herederos, quiso Tiberio que se leyesen públicamente por hacer ostentación de su paciencia contra la ajena libertad, ó porque ya no hiciese caso de su propia infamia, ó porque no informado por mucho tiempo de las maldades de Seyano, gustase de verlas divulgar de cualquier manera, y, aunque á costa de oir sus propias injurias, conocer la verdad sin mancha de adulación. En los mismos días Granio Marciano, senador, acusado de majestad por Cayo Graco, se quitó la vida. Y Tacio Graciano, que había sido pretor, fué condenado á muerte por virtud de la misma ley.

El mismo fin tuvieron Trebeliano Rufo (1) y Sextio Paconiano; Trebeliano, por sus propias manos, y Sextio con un garrote que se le dió en la cárcel, por haber allá dentro compuestro versos contra el príncipe. No recibía ya Tiberio estas nuevas con mensajeros que venían de lejos, ni estando apartado de Italia y dividido de mar, sino vecino á Roma; tal que en un día y una noche respondía á las cartas que había recibido de los cónsules, casi como viendo con los ojos correr los ríos de sangre que inundaban las casas y la que derramaban las infames manos del verdugo. Murió á la fin del año Popeo Sabino, hombre de humilde

(1) Es el mismo que había sido dado por tutor á los hijos de Cotys, rey de Tracia.

linaje; mas por amistad de los príncipes honrado del consulado y del honor triunfal, gobernó las mayores provincias por espacio de veinticuatro años, no porque fuese de extraordinario valor, mas porque valía bastantemente para sólo aquello.

Sigue el consulado de Quinto Plaucio y de Sexto Papinio. En este año ni que Lucio Aruseyo..... fuesen hechos morir, por la costumbre del mal, parecía cosa atroz; mas espantó con grande extremo el ver que Vibuleno Agripa, caballero romano, en acabando los acusadores de declarar sus culpas, sacándose en el mismo senado el tósigo del seno, se lo tragó en un punto, el cual caído en tierra medio muerto, fué por los lictores llevado prestamente á la cárcel, donde, acabado ya de morir, le dieron un garrote como si todavía fuera vivo (1). Ni á Tigranes, ya rey de Armenia, y entonces reo, pudo librar el nombre real de padecer la misma pena que si fuera ciudadano. Mas Cayo Galba, varón consular, y los dos Blesos murieron voluntariamente; Galba, por haberle prohibido César con cartas bien resentidas el sortear las provincias, y los Blesos porque los sacerdocios que se les destinaron cuando su casa estaba entera, en amenazando ruina se los difirieron; y entonces como ya acabada del todo, se transfirieron á otros: tomaron esto por señal de muerte, y así la solicitaron por sus manos. Emilia Lepida, que fué casada, como he dicho, con Druso el mozo, á quiem imputó de varios delitos, puesto que infame ella y detestable, pasó con todo eso sin castigo mientras vivió su padre Lepido. Acusada después de adulterio con un esclavo suyo, no dudándose de la maldad, renunciadas las defensas, dejó voluntariamente la vida.

En este tiempo la nación de los Clitaros, sujetos á Arche-

(1) Burnouf observa que no era un lujo de crueldad, una barbarie inútil. «Importaba, dice, que Vibuleno no escapase á los verdugos, á fin de que no escapasen sus bienes á la confiscación.»

lao de Capadocia, porque era constreñida á pagar los censos y tributos á nuestro uso, se retiró á las cumbres del monte Tauro, y por la calidad del sitio se defendía de los soldados poco valerosos de aquel rey, hasta que Marco Trebelio, legado, con cuatro mil legionarios y una banda escogida de gente de socorro enviada por Vitelio, presidente de Siria, después de haber rodeado con trincheras dos montañas, llamada la menor Cadra y la otra Dabara, sobre las cuales se habían alojado los bárbaros, con las armas á los que se atrevieron á tentar el paso, y á los demás con la sed forzó á rendirse. Mas Tiridates, de consentimiento de los Partos, recobró á Niceforia, Antemusiada y las demás ciudades, que, edificadas por los Macedones, conservan el nombre griego, y Halo y Artemia, villas de Partos; ayudando con alegre emulación los que, después de haber detestado la crueldad de Artabano, criado entre los Escitas, esperaban en la benignidad de Tiridates, hecho á las costumbres romanas.

Mostraron notable lisonja los de Seleucia, ciudad poderosa, rodeada de murallas, la cual no tiene nada de lo bárbaro, antes conserva muchas cosas de su fundador Seleuco. Tiene como para su senado trescientos varones escogidos de los más ricos y más sabios ciudadanos. Tiene también el pueblo su autoridad, y cuando están unidos entre sí no estiman á los Partos; mas en dividiéndose con discordias, mientras cada cual busca socorros contra el émulo, llamados por una de las partes, prevalecen al fin contra todos. Esto sucedió poco antes, reinando Artabano, el cual, por su interés, hizo que el pueblo estuviese sujeto á los más aparentes; porque el dominio del pueblo se arrima tanto á la libertad, como el imperio de pocos á la voluntad y apetito de los reyes. Recibieron á Tiridates con mucho aplauso y con los honores acostumbrados á los reyes antiguos; añadiendo también los que con mayor largueza había inventado la nueva edad, y á un mismo tiempo diciendo injurias con-

tra Artabano, y afirmando que sólo tenía bueno el ser por su madre del linaje Arsacido, porque había degenerado en todo lo demás. Tiridates, restituido el gobierno de aquella ciudad al pueblo, consultaba sobre el día en que había de ser su coronación, cuando llegaron cartas de Frahates y de Hieron, que tenían dos de los gobiernos más principales, suplicándole se entretuviese un poco. Pareció conveniente el esperar á estos personajes de tanta autoridad. Fuese entretanto Tiridates á Ctesifon, silla y cabeza del imperio; mas difiriendo éstos de día en día su venida, Surena, en presencia de muchos que aprobaron este acto, con las usadas solemnidades le ornó de las insignias de rey.

Y si luego se hubiera hecho ver en el centro del reino, reprimiera las dudas en que estaban los que ponían largas al negocio, y confirmara la fe de todos. Mas entreteniéndose en un castillo donde Artabano había dejado el tesoro y sus concubinas, dió tiempo de arrepentirse de las convenciones hechas. Porque Frahates y Hieron, con los demás que por no haberse aplazado el día de la coronación no habían podido hallarse en ella, parte por miedo, parte por odio que tenían á Abdageses, que era todo el gobierno y la privanza del nuevo rey, se vuelven á la parte de Artabano, hallándolo en Hircania tan falto de todo, que vivía de la caza que podía matar con su arco. Espantóse al principio creyendo que se le urdía algún engaño; mas como después de asegurado, supo que venían para restituirle el reino, comenzando á cobrar ánimo, preguntó la causa de una mudanza tan repentina. Entonces Hieron comenzó á vituperar la juventud de Tiridates, diciendo «que no reinaba un Arsacida, sino un nombre vano de rey en un mancebo no guerrero, perdido y afeminado en las costumbres extranjeras; reduciéndose todo lo demás á la casa de Abdageses».

Conoció él, como práctico en el reinar, que éstos habían fingido la amistad con Tiridates y que no fingían el aborrecimiento, y así, sin aguardar á más que á juntar los soco-

rros de los Escitas, camina con toda velocidad por no dar lugar á los enemigos de usar astucias y estratagemas, ni á los amigos de arrepentirse, de la manera que estaba, deslucido y roto, por mover á compasión al vulgo, no dejando engaños, ni ruegos, ni artificio alguno para animar los sospechosos y conservar los dispuestos. Ya se hallaba un buen número de gente junto á Seleucia, cuando Tiridates, atemorizado á un mismo tiempo de la fama y de la llegada del mismo Artabano, estaba todavía irresoluto y combatido de varios consejos: si iría luego á encontrarle, ó si trataría la guerra maduramente. Aquellos á quien agradaba la guerra y las prestas resoluciones alegaban el estar los enemigos desordenados, cansados del largo viaje, ni aun bien dispuestos á obedecer, siguiendo al mismo á quien poco antes habían sido traidores y enemigos. Mas Abdageses proponía que se volviese á Mesopotamia, donde con la oposición del río, juntados los Armenios y Elimeos, y levantados los otros á las espaldas, aumentado el ejército de milicia confederada y de los soldados que enviaría el general romano, se podría con más seguridad tentar la fortuna. Prevaleció este voto por la mucha autoridad de Abdageses y por no ser Tiridates experto en los peligros; mas fué la retirada especie de huída, comenzando á desbandarse los Árabes, y los demás á retirarse á sus casas ó al campo de Artabano; hasta que reducido Tiridates con pocos á Siria, dió á todos ocasión de rebelarse sin vergüenza.

En este mismo año fué Roma ofendida grandemente del fuego, quemándose una parte del circo pegado al Aventino y todo el mismo Aventino; de cuyo daño resultó gloria á César, habiendo pagado el precio de las casas y de los barrios aislados con dos millones y medio de oro (cien millones de sextercios). Fué tanto más agradable al vulgo esta liberalidad, cuanto él se deleitaba menos en fabricar para sí, no habiendo hecho en público más que dos edificios, es á saber: el templo de Augusto y el tablado en el teatro de

Pompeyo, y éstos, acabados, ó por no parecer ambicioso ó por su vejez, dejó de dedicarlos. Para el aprecio del daño recibido de cada uno se eligieron los maridos de sus cuatro nietas, Gneo Domicio, Casio Longino, Marco Vinicio y Rubelio Blando, añadido Publio Petronio, de nombramiento de los cónsules. Decretáronse por esto muchos honores al príncipe, según lo que cada particular sabía inventar; mas por su muerte, que sobrevino poco después, no pudo saberse los que aceptaba ó rehusaba. Porque no tardaron mucho en tomar posesión del magistrado los últimos cónsules del tiempo de Tiberio, conviene á saber: Gneo Aceronio y Cayo Poncio, habiéndose ya hecho extraordinaria la potencia de Macrón: el cual habiendo procurado conservarse siempre en la gracia de Cayo César, entonces la iba ganando cada día más, hasta que, muerta Claudia, mujer de Cayo, como se ha dicho, le prestaba á su mujer Enia, con artificio de hacerle aficionar de suerte que se casase con ella, prometiéndolo todo el mozo á trueque de mandar. Porque si bien era de naturaleza pronta y resentida, había con todo eso aprendido el arte de disimular del pecho de su abuelo, el cual, conociéndole bien, estaba en duda á cuál de los nietos había de encomendar la república. El hijo de Druso, aunque en sangre y afición más próximo, le parecía demasiado niño. El hijo de Germánico, en la flor de su juventud, amado del vulgo y aborrecido por esto del abuelo. Pensó tal vez en su sobrino Claudio, por ser de edad competente y aficionado á las artes liberales; pero hízole daño el ser algo falto de juicio. Buscar el sucesor fuera de su casa temía no fuese afrenta é injuria á la memoria de Augusto y al nombre de los Césares; no haciendo él tanto caso de la gracia de los presentes cuanto de la ambición de agradar á los venideros. Hallándose después irresoluto de ánimo y enfermo de cuerpo, dejó al hado la resolución que él con discurso no supo tomar: aunque antes de esto se dejó decir algunas palabras, de que se podía colegir que tenía prevenido á lo

venidero. Porque á Macrón dió descubiertamente en rostro con decir que dejaba el Occidente por mirar al nacimiento del sol. Y á Cayo César, mientras conversando acaso se reía de Sila, pronosticó que tendría todos los defectos de Sila y ninguna de sus virtudes; y luego, con muchas lágrimas abrazando al menor de sus nietos, volviendo el rostro á Cayo con semblante fiero, le dijo: «Tú matarás á éstos (1), y otro á ti.» Mas agravándose el mal, sin abstenerse de sus torpezas sensuales, sufría la dolencia fingiendo tener salud, acostumbrado á burlarse del arte de los médicos y de aquellos que al cabo de treinta años de experiencia tenían necesidad de consejo para saber lo que dañaba ó aprovechaba á su propia salud.

Echábanse, entretanto, en Roma peligrosas semillas para ir continuando la matanza, aun después de muerto Tiberio. Lelio Balbo había acusado de majestad á Acucia, mujer que fué de Publio Vitelio: la cual, condenada, tratándose de decretar el premio al acusador, se opuso á ello Junio Otón, tribuno del pueblo, quedando entre los dos un odio grande, y Otón al fin desterrado. Después de esto, Albucila, famosa por su honestidad, la cual tuvo por marido á Satrio Secundo, aquel que descubrió la conjuración, fué acusada de impiedad para con el príncipe, y con ella Gneo Domicio, Vibio Marso y Lucio Aruncio, culpados en el caso y en sus adulterios. De la nobleza de Domicio he tratado arriba. Marso era también de antiquísimos y honrados progenitores, y excelente en sus estudios; mas el ver por las interrogaciones del proceso que envió al senado que Macrón asistía al examen de los testigos y al tormento de los esclavos, y que no había cartas del emperador contra los reos, ó por ocasión de su enfermedad ó porque ignoraba el caso, daba sospecha de que muchas de aquellas cosas las fingía Macrón

(1) En efecto, Cayo Calígula hizo matar al joven Tiberio en el primer año de su reinado.

por la descubierta enemistad que profesaba con Aruncio.

Y así Domicio, tomando tiempo para defenderse, y Marso después de haber determinado de matarse de hambre, alargaron la vida. Aruncio, á los amigos que le persuadían el diferir y esperar, respondió «que no eran honradas á todos unas mismas cosas: que habiendo ya vivido harto, no se arrepentía de otra cosa que de haber pasado la vejez con tantas ansias entre menosprecios y peligros, primero á causa de Seyano, y después de Macrón, siempre aborrecido de algún poderoso, no tanto por alguna culpa suya, cuanto por no poder sufrir las ajenas. Confieso, decía él, que es posible evitar los pocos y últimos días que le quedan de vida al príncipe; mas, ¿seràlo por ventura el escapar de la juventud de su sucesor? Si en Tiberio, después de tan larga experiencia de todo, vemos que la fuerza del mandar ha causado en él tan gran mudanza, ¿qué hará en Cayo César, salido apenas de la niñez, ignorante de todas las cosas y criado entre los peores? Diremos por suerte que hará milagros con la guía de Macrón, el cual, elegido como peor para oprimir á Seyano, ha afligido á la república con mayores maldades. Yo anteveo una servidumbre mucho más rigurosa, y así me resuelvo á librarme á un mismo tiempo de las pasadas y de las venideras miserías». Dicho esto, que fué una verdadera profecía, se abrió las venas. Las cosas que sucedieron después mostraron lo bien que hizo Aruncio en quitarse la vida. Albucila, tentando en vano el puñal para matarse, fué por orden del senado puesta en prisión. De los ministros de sus lujurias, Carsidio, sacerdote, varón pretorio, fué desterrado á una isla, y Poncio Fregelano, privado del orden senatorio; y las mismas penas fueron decretadas contra Lelio Balbo con aplauso universal, á causa de que Balbo con su terrible elocuencia se mostraba de ordinario prontísimo contra los inocentes.

En aquellos mismos días Sexto Papinio, de familia consular, escogió una súbita y extraña muerte, arrojándose de

un precipicio. Atribuíase la causa á su madre, que, repudiada poco antes de su marido, había con halagos y con actos lascivos inducido al mozo á aquello de que no podía salir mejor librado que con la muerte. Ella, acusada por esto en el senado, aunque arrodillándose á los pies de los senadores triste y miserable, se excusase con el lecho común y con ser más flaco en aquellos casos el ánimo mujeril, con otras muchas cosas que le dictaba el dolor, fué con todo eso desterrada de Roma por diez años, hasta que el hijo menor acabase de pasar el ardor de la juventud.

Íbanle faltando ya á Tiberio el cuerpo y las fuerzas, mas no la disimulación. Mostraba la fuerza y vehemencia acostumbrada en el ánimo y en las palabras, y muchas veces con un fingido regocijo procuraba encubrir el manifiesto desfallecimiento y la flaqueza del sujeto. Con esto, finalmente, después de haber mudado muchos lugares, paró en el cabo de Miseno, en la quinta que fué ya de Lucio Luculo. Conocióse su cercana muerte de esta manera: Caricles, famoso médico, aunque no curaba al príncipe, acostumbraba á darle de ordinario advertimiento para su salud. Éste, tomando licencia como para irse á sus negocios, so color de besarle la mano le tocó el pulso. Cayó en ello Tiberio, y por ventura enfadado de esto, por disimular el enojo, mandó cubrir la mesa de más viandas que lo acostumbrado como por favorecer y honrar en su partida al médico, á quien tenía por amigo. Con todo esto, Caricles aseguró después á Macrón que le iba faltando el espíritu y que no viviría dos días. De este aviso resultó el comenzar á solicitar de palabra á los presentes, y con correos á diligencia á los legados y á los ejércitos. Á los diez y seis de Marzo, con un desmayo que le sobrevino se creyó que había acabado la vida, y ya comenzaba Cayo César á salir con gran acompañamiento de los que venían á dar el parabién para introducirse en el imperio, cuando de improviso se supo que Tiberio había cobrado la habla y la vista y que

á gran priesa pedía la vianda. Amedrentados todos y esparcidos, unos procuraban volver á componer el rostro conforme á las pasadas muestras de tristeza, y otros disimular el caso. Enmudeció Calígula, y caído de tan altas esperanzas, comenzaba ya á temer de su propia persona. Sólo Macrón sin alguna alteración ordenó que aquel viejo fuese ahogado con echarle encima cantidad de ropa, mandando salir antes á todos del aposento. Este fin tuvo Tiberio á los setenta y ocho años de su edad.

Fué hijo de Nerón y descendiente por ambos lados de la familia Claudia, aunque su madre fué primero adoptada en la Livia y después en la Julia. En su primera juventud estuvieron sus cosas en duda; porque á más de haber seguido á su padre en el destierro, cuando después entró á ser antenado de Augusto contrastó con muchos émulos mientras vivieron Marcelo y Agripa, y después Cayo y Lucio, césares: y su hermano Druso era también más amado de la ciudad. Mas en ningún tiempo estuvo en mayor balanza el estado de sus cosas que desde que tuvo por mujer á Julia, siéndole necesario sufrir su deshonestidad ó apartarse de ella. Vuelto después de Rodas, estuvo en casa del príncipe doce años sin que en ella hubiese hijos: y al cabo de ellos obtuvo el señorío supremo de la república romana, y gozó de él cerca de otros veintitrés. Sus costumbres fueron diversas y se mudaron según el tiempo. Fué de egregia vida y fama mientras vivió hombre particular ó durante el imperio de Augusto; oculto y cauteloso en fingir y profesar virtud lo que vivieron Germánico y Druso, entremezclando el mal y el bien viviendo su madre; detestable en todo género de crueldad, aunque encubierto en sus lujurias mientras amó ó temió á Seyano; y finalmente, se precipitó á un abismo de maldades y deshonestidades cuando, despojado enteramente de la vergüenza y del temor, se fué tras la corriente de sus propios inclinaciones y naturales apetitos.

ÍNDICE.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

BIBLIOTECA CLASICA.

LOS ANALES

DE

CAYO CORNELIO TÁCITO

TRADUCIDOS POR

D. CARLOS COLOMA

TOMO II

MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle del Arenal, núm. 11

1891

LOS ANALES

DE

CAYO CORNELIO TÁCITO.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, 20.

BIBLIOTECA CLÁSICA.
TOMO XVIII.

LOS ANALES

DE

CAYO CORNELIO TÁCITO

TRADUCIDOS POR

D. CARLOS COLOMA

TOMO II.

MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle del Arenal, núm. 11

1891

ANALES DE CAYO CORNELIO TÁCITO.

LIBRO UNDÉCIMO.

ARGUMENTO.

Valerio Asiático muere por fraude de Agripina y de Vitelio.—Tásase el premio á los abogados.—El reino de los Partos inquietado con guerras intestinas.—Hácense en Roma los juegos seculares.—Añade Claudio tres letras al alfabeto.—Tratase con esta ocasión del origen de las letras.—Itálico constituído rey de los Queruscos.—Corbulon en la inferior Germania, severo y valeroso capitán.—Alcanza Curcio Rufo los honores triunfales: su calidad y fortuna.—Auméntase el número de los patricios.—Cuéntanse los ciudadanos.—Mesalina, la más deshonesta de las mujeres, se casa públicamente con Cayo Silio.—Sábelo su marido Claudio y toma justa venganza de ella y de otros muchos por consejo de sus libertos.
Esto en espacio de casi dos años.

CÓNSULES.

A. de R. 800.	De J. C. 47.	L. Vitelio, III. T. Claudio César, IV.
801.	48.	Aulo Vitelio. L. Vipsanio.

. . . .

. . . .

Porque tuvo opinión (1) que Valerio Asiático, honrado de dos consulados, había en otro tiempo sido su adúltero (2), y

(1) Mesalina.

(2) ¿De quién? Según los principales anotadores, de Popea. Burnouf lo declara así en el texto mismo de su traducción. Mesalina, cuya calculada crueldad era las más de las veces hija

juntamente desalentada por los huertos que Asiático había comprado de Lúculo, á quien adornaba con señalada grandeza, echó de manga á Suilio para que acusase á entrambos. Añadido Sosibio, ayo de Británico, para que con capa de celo y amor advirtiese á Claudio «de que la fuerza del oro y las riquezas en los particulares eran capitales enemigas del príncipe; que habiendo sido Asiático el principal autor de la muerte de Cayo César, no había dudado de aprobarlo en el parlamento al pueblo romano, ni de pedir descubiertamente la honra de tan gran maldad; que habiendo adquirido por esto un gran renombre en la ciudad, la fama se extendía por las provincias, y él se aparejaba para ir á los ejércitos de Germania, como hombre que, habiendo nacido en Viena, apoyado de muchas y poderosas alianzas y parentelas, podía fácilmente levantar los pueblos de su nación.» Con esto Claudio, sin otras averiguaciones, despachó á Crispino, prefecto del pretorio, con una banda de soldados sueltos y diligentes, como si le enviara á reprimir los principios de una guerra; el cual, hallándolo en Baya, le prendió y trujo bien atado á Roma, donde, sin darle lugar de presentarse ante el senado, fué oído en el retrete del emperador en presencia de Mesalina.

Acusábale Suilio de haber conmovido los ánimos de la

---

de los celos y de la codicia, movida por una parte por los que tenía de Popea, su rival en el amor del histrión Mnester, de quien estaba perdidamente enamorada, y por otra del deseo de apoderarse de los jardines de Lúculo, que poseía Asiático, supone, á fin de poder librarse de aquélla y hacerse dueña de éstos, la existencia de relaciones criminales entre Asiático y Popea, y busca acusadores para perderlos. Tal es el hecho con que principia el también mutilado libro XI, después de ese vacío de cuatro libros que debían abarcar los hechos acaecidos en el desastroso reinado del bárbaro Calígula y parte del no menos triste del débil Claudio, en el espacio de diez años, objeto de grave dolor para las letras, y sobre todo para la historia, condenada á ignorar, acaso para siempre, cómo habia pintado y juzgado Tácito al odioso hijo del más querido de los césares, Germánico, y al flojo y confiado esposo de Mesalina.

gente de guerra, ganándolos con dineros y deshonestidades, en orden á ejecutar con ellos cualquier maldad. Acumulábale también el adulterio con Popea, y finalmente que había hecho con su cuerpo oficio de mujer. A esto, rompiendo el silencio el reo, «pregúntalo, dijo, á tus hijos, oh Suilio, que no me podrán negar que soy varón.» Y entrando después de esto en sus defensas, movió grandemente á Claudio é hizo también llorar á Mesalina; la cual, saliendo de la cámara como para enjugarse las lágrimas, advirtió de paso á Vitelio que no dejase escapar aquel criminal. Y solicitando la ruina de Popea, envió quien con falsos asombros de una larga prisión, la incitase á quitarse voluntariamente la vida: tan sin sabiduría de César, que pocos días después preguntó á su marido Scipión, que comía con él, la causa por qué no había traido consigo á su mujer, y él respondió que porque era muerta.

Claudio, pues, tomando acuerdo sobre la absolución de Asiático, Vitelio con lágrimas en los ojos, hecha conmemoración de la amistad vieja, y de cómo, juntos los dos, habían servido á Antonia, madre del príncipe, no olvidando los servicios que Asiático había hecho á la república, y nuevamente en el viaje de Inglaterra, con todo lo demás que podía decir para mover á compasión, propuso que le fuese permitido escogerse la muerte, y Claudio con la misma clemencia lo concedió. Después de esto, aconsejado Asiático por algunos, que escogiese una muerte blanda, cual lo era el privarse de la comida, respondió que renunciaba á tal beneficio; y habiendo usado de sus acostumbrados ejercicios, lavado su cuerpo y cenado alegremente, diciendo que le hubiera sido más honroso morir á manos de las astucias de Tiberio ó por el ímpetu de Cayo César, que no por engaños de una mujer y por sentencia salida de la deshonesta boca de Vitelio, se hizo cortar las venas; habiendo querido antes ver el rimero de leña en que había de ser quemado su cuerpo, y héchololo mudar á otra parte para

que el calor del fuego no marchitase la sombra de los árboles: con tanta seguridad y franqueza de ánimo caminó aquel último paso de la vida.

Después de esto, vueltos á juntar los senadores, prosiguió Suilio en acusar á dos ilustres caballeros romanos, ambos del sobrenombre de Petra. Fué la causa de su muerte el haber prestado la casa para las vistas y asignaciones dè Valerio con Popea; si bien al uno de ellos se añadió el haber visto en sueños á Claudio con una corona de espigas de trigo, vueltas las aristas hacia atrás, y dicho que significaba hambre. Otros escriben que lo que vió no fué sino una guirnalda de pámpanos con las hojas marchitas y amarillas; atribuyéndole el intérprete á que moriría el príncipe á la fin del otoño. Mas lo que no se duda es que, sea el sueño el que fuere, no costó á él y á su hermano menos que la vida. A Crispino se le dieron treinta y siete mil y quinientos ducados (un millón y medio de sextercios), honrándolo á más de esto con título de pretor. Añadió Vitelio, que se diesen veinticinco mil (un millón de sextercios) á Sosibio, porque sirviendo á Británico con la enseñanza, servía también á Claudio con el consejo. Preguntado su parecer á Scipión, respondió «que sintiendo él lo que todos los demás en lo tocante á las faltas cometidas por Popea, no podía dejar de decir lo mismo que ellos»; que fué una discreta templanza entre el amor de marido y la necesidad de votar como senador.

Desde entonces Suilio fué continuo y cruel acusador de los criminales, seguido de otros muchos, imitadores de su atrevimiento. Porque habiendo el príncipe usurpado todo el poder y autoridad de las leyes y de los magistrados, había dado materia á todo género de robos. Tal que no se vió jamás mercancía pública tan venal como la perfidia de los abogados. En cuya prueba, Samio, insigne caballero romano, habiendo dado á Suilio diez mil ducados (cuatrocientos mil sextercios), y cayendo en la cuenta de que le

engañaba, en casa del mismo Suilio se dejó caer sobre la punta de su espada. Esto dió ocasión á que comenzando Cayo Silio, nombrado para cónsul (de cuyo poder y ruina diré en su lugar), se levantaron en pie los senadores á pedir la observancia de la ley Cincia (1), por la cual era antiguamente prohibido el recibir dinero ó presentes por defender las causas. Mas haciendo ruido los interesados, Silio, poco amigo de Suilio, se encolerizó ásperamente, «contando ejemplos de los antiguos oradores, á los cuales bastó la fama con los venideros para un honesto premio de su elocuencia: que haciéndolo de otra suerte, se manchaba con la fealdad del oficio la hermosura de la reina de las artes. Fuera de que, no puede esperarse entera y franca lealtad cuando no se pone la mira sino en que sea mayor la ganancia: que defendiéndose las causas sin algún interés serían sin duda muchas menos; donde ahora se fomentan con él las enemistades, las acusaciones, los odios y las injurias: y así como la violencia de las enfermedades hinche las bolsas á los médicos, así la peste de los pleitos enriquece á los abogados: que se acordasen de Cayo Asinio y de Mesala, y entre los modernos de Aruncio y de Esernino, los cuales llegaron á los mayores puestos por medio de su loable vida y elocuencia incorrupta.» Dicho esto por el destinado para cónsul y consintiendo todos los otros, se preparaba un decreto para obligarlos á la ley de residencia, cuando Suilio, Cosuciano y los demás que veían ordenarse contra ellos, no ya el juicio (siendo la causa demasiado clara), sino la pena, se arrimaron á César, suplicándole no hiciese cuenta de las cosas pasadas; y haciendo con la cabeza señas de que era contento, comenzaron así: «¿Quién será aquel

(1) Cincio, tribuno de la plebe en el año 549 de la fundación de Roma, dió una ley acerca de los dones y regalos, por cuyo motivo la llamó Plauto *muneral*. Habiendo caído en desuso, fué restablecida por Augusto, confirmándola con un nuevo decreto del senado, pero sin que por eso durase mucho tiempo su observancia.

de tanta soberbia, que presuma esperar un renombre de eterna fama? Al uso y á la necesidad ordinaria se acude para que ninguno, por falta de abogados, quede por presa de los más poderosos. No se adquiere de balde la virtud de la elocuencia; ni es cordura desamparar los cuidados propios por desvelarse en los negocios ajenos. Muchos buscan la vida ejercitando la milicia, otros cultivando los campos, y ninguno desea cosa de la cual no tenga ya antevisto el fruto que se le espera. Asinio y Mesala, enriquecidos con los despojos de la guerra entre Antonio y Augusto, y los Eserninos y Aruncios, dejados por herederos de amigos riquísimos, trataron la profesión á lo grande: que tenían también ellos ejemplos aparejados para mostrar con qué recompensa y por cuán altos precios ejercitaron esta arte Publio Clodio y Cayo Curión: que ellos, de los medianos senadores, no pedían otra cosa á la república sino sólo aquello que se debe y puede pretender en tiempo de paz: que hasta el ínfimo vulgo procura merecer ilustrarse con la toga: mas quitadas las recompensas y premios de los estudios, ¿quién duda de que perecerán también los mismos estudios?» Pareciéronle al príncipe estas razones de algún momento, y sólo quiso que se moderase la cantidad de dineros que se podían recibir, reduciéndolo á 250 ducados (diez mil sextercios) (1); y que de allí arriba quedasen culpados por la ley de residencia.

En este mismo tiempo, Mitrídates (aquel que dije arriba haber reinado en Armenia, que después fué traído á la presencia de Cayo César) volvió á su reino por consejo de Claudio, fiado en las fuerzas de su hermano Farasmanes,

(1) La misma cantidad prefinió Nerón, según Suetonio. Muchas veces se repitió esta ley, pues daba lugar á ella la corrupción de los tribunales. Trajano concedió á los abogados esta misma cantidad, con la circunstancia de dar concluídos los asuntos. Este es también el honorario que señala Ulpiano para la defensa de cada pleito, ley I, de var. et ext. cognt.—*Nota de la E. E.*

rey de los Iberos, de quien fué avisado que los Partos con sus discordias tenían poco cuidado de las cosas importantes de aquel reino, y de las menores ninguno. Porque durante muchos actos crueles de Gotarces (que había intentado quitar la vida á su hermano Artabano y á su mujer é hijos, de quien también los demás vivían con espanto) se habían resuelto en llamar á Bardanes. Este, siendo como era atrevido y pronto para cosas grandes, habiendo caminado en dos días al pie de ochenta leguas (1), acomete y ahuyenta á Gotarces, desproveído y medroso; y sin poner dilación, se apodera de los gobiernos vecinos, recibido de todos, salvo de los de Seleucia. Airado, pues, contra ellos, como contra gente que había sido también rebelde á su padre, llevado del enojo más de lo que le conviniera en aquella sazón, determinó de poner sitio á aquella ciudad fortísima de murallas, rodeada de un gran río y bien proveída de municiones. Entre tanto, Gotarces, reforzado del poder de los Dahos y de los Hircanos, renueva la guerra; y Bardanes, constreñido á levantarse de sobre Seleucia, lleva su ejército á los campos Bactrianos.

Con esto, hallándose divididas las fuerzas de Oriente con gran incertidumbre del suceso, se dió comodidad á Mitrídates de ocupar el reino de Armenia, sirviéndose para expugnar los lugares difíciles del valor de los soldados romanos, y de los Iberos para correr y robar la campaña. No hicieron los Armenios otra resistencia después de la rota de Demonactes, prefecto suyo, que se atrevió á presentar la batalla. Quien dió algún impedimento fué Cotis, rey de Armenia la Menor, habiendo acudido á él algunos de los principales; mas refrenado por cartas de César, cayó todo en manos de Mitrídates, mucho más cruel y riguroso que

(1) (El original dice tres mil estadios). Probablemente el pequeño estadio de Aristóteles, en cuyo caso sería la distancia de setenta y cinco leguas francesas. Cuesta trabajo concebir tanta velocidad.

convenía á un reino conquistado de nuevo. Los reyes partos, pues, mientras se hacen rostro para llegar á la batalla, al improviso concluyen la paz. Habiendo Gotarces descubierto la traición de sus vasallos, y avisado á su hermano; llegados tras esto á vistas, estuvieron al principio suspensos; y dándose después las manos sobre los altares de los dioses, concertaron de vengar las traiciones de sus enemigos y de acomodarse entre sí. Pareció más á propósito Bardanes para quedar en la posesión del reino; y Gotarces, por quitar toda sospecha de emulación, se retiró bien adentro en Hircania. En volviendo Bardanes, se le rindió la ciudad de Seleucia, siete años después de su rebelión, no sin vergüenza de los Partos, viendo que había podido burlarse tanto tiempo de ellos una ciudad sola.

Pasó después á la conquista de las provincias más principales; y preparándose para recuperar la Armenia, le detuvo Bibio Marso, legado de Siria, amenazando de hacerle la guerra. Gotarces en tanto, arrepentido de haber cedido á su hermano el reino, y llamado de la nobleza, á quien la paz hace más dura de sufrir la servidumbre, junta el ejército, y se va la vuelta del río Erinde (1), en cuyo tránsito, habiendo peleado diversas veces, quedó al fin la victoria por Bardanes; el cual con prósperas batallas sujetó á aquellas tierras hasta el río Sindeu, que divide los Dahos de los Arios. Allí puso fin á sus felices progresos, porque los Partos, aunque se hallaban victoriosos, rehusaron el hacer más la guerra tan lejos de sus casas. Con esto, levantadas memorias en testimonio de sus grandezas y de que ningún otro de los Arsacidas había llegado á sacar tributos de aquellos pueblos, dió la vuelta cargado de gloria, hecho por esto más fiero y más intolerable á sus súbditos; los cuales, conjurados mucho antes contra él, hallándole des-

(1) Es, según Rickius, el que coloca Tolomeo entre la Hircania y la Media con el nombre de Charondas.

apercibido y atento á la caza, le matan estando todavía en la flor de su juventud. Mas pocos de los antiguos reyes se le aventajaron en esplendor, si hubiera sabido hacerse amar de sus vasallos como supo hacerse temer de sus enemigos. Por la muerte de Fardanes quedaron los Partos divididos en la elección de nuevo rey. Inclinábanse muchos á Gotarces y otros á Mehordates, hijo de Erahates, el que tuvimos en rehenes. Obtuvo finalmente Gotarces el reino; mas en viéndose señor del cetro real, con su crueldad y lujuria necesitó á los Partos á rogar secretamente al príncipe romano que quisiese enviar á Meherdates para poseer el reino paterno.

Debajo de estos mismos cónsules se vieron los juegos seculares (1) del año ochocientos de la fundación de Roma, y sesenta y cuatro de Augusto, que los celebró. Dejo las razones que movieron á entrambos príncipes, habiéndolas notado largamente en los libros que escribí de los hechos del emperador Domiciano, el cual hizo también celebrar los juegos seculares, que más particularmente observé, por hallarme uno de los Quince Varones sacerdotes y entonces pretor. No lo digo por vanagloria, sino por hacer saber que antiguamente el colegio de los Quince Varones tenía aquello á su cargo, y que los magistrados más particularmente ejecutaban el oficio de las ceremonias. Estando Claudio sentado á los juegos del circo, como representasen los mozos nobles á caballo el de la guerra de Troya, y estuviesen entre ellos Británico, hijo del emperador, y Lucio Domicio, adoptado y después llamado al imperio con el sobrenombre de Nerón, se tomó por ruin agüero que el pueblo alabase más á Domicio. Divulgábase también que en su niñez se habían visto cerca de él dragones como que le guardaban;

(1) Fueron instituídos, según unos, en el año 245 de Roma después de la expulsión de los reyes, y en el año 353, según otros. Celebrábanse cada ciento diez años, por haberlo así mandado un oráculo sibilino, y duraban tres días y tres noches.

cosa inventada para igualar con esta fábula á los milagros extranjeros; porque él mismo, poco acostumbrado á menoscabarse lo que se contaba en su favor, solía decir que sólo se había visto en su cámara una culebra.

Mas esta inclinación y favor del pueblo venía de la memoria de Germánico, de cuyos hijos no había otro nieto varón: y la piedad común que se tenía de su madre Agripina, se aumentaba á causa de la crueldad de Mesalina; la cual, su contraria y enemiga siempre, lo mostraba entonces mucho más, sin que bastase cosa alguna á divertirla de buscarle cada día delitos y acusadores, sino la nueva ocupación, ó por mejor decir locura en que la tenían envuelta los amores de Cayo Silio, el más hermoso y gallardo mozo de Roma, de quien se aficionó tan fieramente, que por gozárselo á solas le hizo repudiar á su mujer Junia Silana, nobilísima matrona. Conocía Silio el mal y el peligro á que se ponía; mas era cierta su muerte si se retiraba, y viviendo, todavía le quedaba alguna esperanza de encubrir el caso, consolándose entretanto con grandes premios y con poder esperar las cosas futuras gozando de las presentes. Ella, no ya escondidamente, sino con gran acompañamiento, iba muchas veces á buscarle á su casa, le llevaba á su lado cuando salía fuera, le cargaba de riquezas y de honras, y á lo último, como si se hubiera pasado á Silio la fortuna imperial, los esclavos, los libertos y los aparatos del príncipe no se veían ya sino en casa del adúltero.

Mas Claudio, olvidado de las cosas de su casa, usurpando el oficio de censor, corrigió con rigurosos edictos los desórdenes que el pueblo hacía en el teatro, en donde habían cargado de injurias á muchas mujeres ilustres, y á Publio Pomponio, varón consular, que daba las poesías á los representantes. Reprimió también por ley el rigor de los acreedores prohibiéndoles el dar dineros á usura á hijos de familia á pagar cuando muriesen sus padres. Trujo á la ciudad fuentes de agua encañadas desde los collados Sim-

bruinos (1). Añadió y publicó en su nombre nuevas formas de letras al alfabeto (2); mostrando que el griego tampoco se comenzó y perfeccionó todo de una vez.

Los Egipcios, antes que las demás naciones, expresaron sus conceptos por figuras de animales, y las más antiguas reliquias de la memoria humana se ven esculpidas en sus piedras; con que se atribuyen á sí la invención de las letras. De allí los Fenices, á causa de que eran señores de la mar, las trujeron á Grecia, atribuyéndose la gloria de inventores de los trabajos ajenos. Porque es común opinión que Cadmo, llevado en la armada de los Fenices, fué para los pueblos todavía toscos de la Grecia, autor de esta arte. Otros dicen que Cecrope, ateniense, ó Lino, tebano, inventaron diez y seis figuras de letras; y en tiempo de los Troyanos, Palamedes, argivo, añadió cuatro, y que después otros, y particularmente Simónides, inventaron las demás. En Italia lo aprendieron los Toscanos de Damarato, corintio, y los

---

(1) He aquí lo que dice Plinio, XXXV, 24, acerca de este sorprendente trabajo: «Ninguno de los acueductos anteriores puede compararse en el coste al de la última obra de este género empezada por Calígula y terminada por Claudio. Los arroyos Curtio, Ceruleo y Anio Novo han sido traídos de cuarenta millas de distancia y elevados á una altura tal que se derraman por todas las colinas de Roma. Gastáronse en ella cincuenta y cinco millones y medio de sextercios. Si se considera con atención la increíble cantidad de agua que se ha traído para el consumo público, para los baños, fuentes, canales, jardines, arrabales y casas de campo; si se examinan las arcadas construídas para traerla de tan lejos, los montes que ha sido necesario atravesar, los valles que se ha tenido que terraplenar, no se podrá menos de convenir en que no hay en el mundo ninguna maravilla que tenga tanto derecho á nuestra admiración como ésta.»

(2) Claudio había compuesto antes de ser emperador un libro sobre la necesidad de completar el alfabeto. No es extraño, pues, que intentase realizarlo, como en efecto lo intentó, inventando tres letras, á saber: el digamma eólico, cuya forma es una f inversa; el antisigma, ó sea dos cc vueltas, y otra que no se sabe cuál era. Unicamente la primera estuvo en uso mientras vivió Claudio.—*Nota de la E. E.*

Aborígenes de Evandro, de Arcadia. Y la forma de los caracteres latinos es la misma de que usaban los más antiguos Griegos; mas tampoco á nosotros nos las dieron todas juntas al principio, habiéndose añadido las demás después, con cuyo ejemplo Claudio añadió otras tres letras, las cuales, usadas mientras él vivió y olvidadas después, se ven hoy en día en planchas de metal fijadas en los templos, á donde se pusieron para publicar los decretos del pueblo.

Después de esto propuso en el senado el caso del colegio de los adivinos, llamados arúspices, «para que se diese orden como por negligencia no se olvidase el uso de la más antigua disciplina de Italia; pues que muchas veces, durante las adversidades de la república, se habían hecho venir diferentes personas, por cuyo medio, restaurándose una vez las ceremonias, se habían observado después mejor. Y que los Toscanos más principales, con este ejemplo, de su mera voluntad ó persuasión del senado romano, habían aprendido la ciencia, propagándola después en sus sucesores; cosa que parecía ya tomarse con gran tibieza por el descuido que la república tiene en conservar las buenas ciencias y por el gusto de dejar prevalecer á las supersticiones extranjeras. Que á la verdad iban todas las cosas por el presente con prosperidad; mas que era necesario dar gracias por ello á la benignidad de los dioses, y procurar que los ritos sagrados á que se atendía durante los tiempos dudosos, no se pusiesen en olvido en la prosperidad.» Dió esto ocasión á que se hiciese un decreto por *Senatusconsulto*, en que se ordenó que los pontífices viesen lo que de allí adelante se había de observar en lo tocante á los arúspices.

En este mismo año la nación de los Queruscos pidió rey de Roma; habiendo perdido toda su nobleza en las guerras civiles, y no quedando de la sangre real sino uno solo, llamado Itálico, que residía en Roma. Era éste hijo de Flavio, hermano de Arminio, y de una hija de Catumero,

príncipe de los Catos, de hermosísimo aspecto, ejercitado en las armas y en el andar á caballo á nuestro modo y al suyo. Y así César, reforzándole de dineros y dándole gente de guerra para su guardia, le exhortó á recibir con ánimo generoso el honor para que era llamado de los suyos. Y le advirtió de que era el primero que, habiendo nacido en Roma, no como rehen, sino como ciudadano, salía de ella para reinar en un reino extranjero. Fué al principio muy agradable á los Germanos su venida; y más echando de ver que, como no interesado en sus discordias, trataba con igual afición á todos. Celebraban y loaban en él, unos su cortesía y su templanza, virtudes agradables á los mejores; y el verle muchas veces borracho y deshonesto le granjeaba las voluntades de los más, como vicios agradables á aquellos bárbaros. Ya comenzaba á ser famoso, no sólo en los lugares cercanos, sino también en los apartados, cuando los que se habían engrandecido con las parcialidades, temiendo á su poder por sospechoso, recurrieron á los pueblos vecinos, poniéndoles por delante que á un mismo tiempo se destruía la libertad de Germania y se aumentaba el poderío de Roma. «¿Tan estériles serán estas provincias, »decían, que no producirán alguno digno de ocupar el »lugar de príncipe, sin que sea forzoso haber de levantar »sobre todos la raza de una espía como Flavio? Poca nece»sidad teníamos de desterrar á Arminio, de cuyo hijo, »criado entre los enemigos, podía temerse con razón el »verle ocupar el reino, como inficionado de alimentos, de »servidumbre y de culto del todo extranjeros, si reinando »Itálico conserva el ánima del padre, que fué el mayor ene»migo y persecutor de su patria y de sus dioses domés»ticos.»

Con este y semejantes artificios juntaron grandes fuerzas. No era menor el número de los que seguían á Itálico, en cuyo favor decían: «que no se había metido él entre »ellos contra su voluntad, antes le habían ido ellos mismos

»á buscar; y que pues excedía en nobleza á todos los de»más, que hiciesen prueba de su valor, y verían si se mos»traba digno de haber tenido á Arminio por tío, y por abuelo »á Catumero. Que no le avergonzaba ninguna de las accio»nes de su padre, pues sabía todo el mundo que había con»servado sin quiebra la fe que con voluntad de los Germa»nos dió una vez al pueblo romano. Y finalmente, que era »notable injusticia cubrirse con capa de libertad los que, »degenerando de su particular nobleza y procurando la »ruina del bien público, no tenían otra cosa en que confiar »sino en las sediciones.» Hacía alrededor de él extraordinarias muestras de regocijo el vulgo; y victorioso el rey en una porfiada batalla dada entre aquellos bárbaros, ensoberbecido después por la prosperidad de la fortuna, fué echado del reino; y rehaciéndose de nuevo con las fuerzas de los Longobardos, con prósperos y adversos sucesos iba trabajando el estado de los Queruscos.

En este tiempo los Caucios, apaciguadas las disensiones domésticas y alegres con la muerte de Sanquinio, en tanto que acaba de llegar Corbulón, que le sucedió en el cargo, hacen diversas corredurías en la Germania inferior á orden de Gannasco su capitán; el cual, de nación caninefate, habiendo militado entre nuestra gente auxiliaria mucho tiempo, y huyéndose después, hecho cosario, con algunos bajeles ligeros inquietaba en particular las riberas de los Galos, sabiendo que como gente rica no eran aptos para la guerra. Mas Corbulón, entrando en la provincia, primero con diligencia y cuidado, y después con gran reputación, cuyo honrado progreso tuvo principio de esta milicia, enviando galeras por el Rhin y otros bajeles menores, conforme á la capacidad del fondo, por los lugares anegados, navilios y cortaduras, echó á fondo y tomó las fustas enemigas, haciendo retirar á Gannasco con afrenta y pérdida. Hecho esto y compuestas bastantemente las cosas, redujo las legiones, olvidadas ya de las faenas y trabajos y sólo amigas

del saco y de la presa, á las antiguas costumbres, prohibiendo que ninguno se apartarse de la ordenanza ni trabase escaramuza sin orden; que las guardias, las centinelas y los demás oficios militares, tanto de noche como de día, se hiciesen siempre con las armas á cuestas. Dicen que hizo morir á dos soldados, uno porque trabajaba sin espada en las trincheras, y otro porque cavaba en el foso sin más armas que sólo la daga; que á la verdad fué sobrado rigor y quizá hablilla; pero lo cierto es que tuvo origen de la severidad del capitán, para que se entienda cuán inexorable debía de ser en los delitos graves, pues se creía de él que aplicaba tan gran castigo á las culpas ligeras.

Basta que este terror causó en los soldados y en los enemigos diversos efectos: en los nuestros aumentó el valor, y en los bárbaros mortificó la fiereza; y hasta los Frisones, que después de la rebelión comenzada, tras la rota de Lucio Apronio, se habían mostrado enemigos ó poco fieles á nuestro partido, dando rehenes vinieron á poblar las tierras que les asignó Corbulón. Él mismo les ordenó senado, magistrados y leyes. Y para quitarles la ocasión de menospreciar algún día sus mandamientos, fortificó un puesto capaz de tener en él buena guarnición, y á un mismo tiempo envió gente á exhortar á los Caucios mayores á rendirse, y juntamente por armar traición á Gannasco. No dejaron de hacer efecto las asechanzas, ni se pueden vituperar contra un fugitivo y violador de fe. Por la muerte de Gannasco se alteraron los ánimos de los Caucios, y Corbulón echó con esto entre ellos una semilla de rebelión, la cual, aunque agradaba á muchos, había otros que lo tomaban mal. «¿Para qué es bueno, decían ellos, provocar al enemigo? la adversidad visto está que resulta siempre en daño de la república; la prosperidad dará sin duda nombre de valeroso al capitán, pero haràle molesto y formidable en tiempo de paz á un príncipe cobarde.» Y dijeron bien, porque no sólo no consintió Claudio que se hiciesen en Germania nuevos

esfuerzos de guerra, pero dió orden que se retirasen las guarniciones de acá del Rhin.

Y de hecho le llegaron á Corbulón las cartas en esta sustancia, cuando estaba ya moviendo la tierra para plantar los alojamientos en país enemigo. Él, oyendo una tan súbita resolución, y tomado al improviso, puesto que se le representaron á un mismo tiempo muchas cosas en la fantasía, el miedo que tenía al emperador, el menosprecio en que le tendrían aquellos bárbaros, y la burla que harían de él los confederados, todavía diciendo solas estas palabras: «¡Oh, qué dichosos fueron antiguamente algunos de los capitanes romanos!» dió la seña para retirarse. Con todo eso, porque los soldados no estuviesen ociosos, les hizo hacer un canal de cerca de seis leguas entre la Mosa y el Rhin para enjugar aquel país, gastado de las inciertas inundaciones del Océano; y César, aunque le negó la guerra, no dejó de concederle las insignias del triunfo. Poco después obtuvo la misma honra Curcio Rufo (1), por haber abierto en los campos Matiacos (2) una mina de plata, aunque de poco provecho y de menos dura. Mas á las légiones, á más del peligro, era desagradable el trabajo de agotar aguas, cavar la tierra y hacer debajo de ella lo que en campaña abierta se hace con dificultad: oprimidos los soldados de tan penosos y bajos ejercicios, y porque en otras provincias se padecía lo mismo, escribieron secretamente cartas en nombre de los ejércitos, suplicando al emperador que de allí adelante á cualquiera á quien diese cargo de gobernar ejércitos les diese ante todas cosas las insignias y honores triunfales.

Del origen de Curcio Rufo, hijo, según han dicho algunos, de un gladiator, no querría referir mentira, puesto

---

(1) Este Curcio Rufo quieren algunos que fué Q. Curcio, el que escribió la vida y hechos de Alejandro.—*N. del T. E.*

(2) Comarca de la Germania, más allá del Rhin.

que me avergüenzo de decir verdad. En llegando á edad juvenil, siguió en África al cuestor á quien tocó aquella provincia; y hallándose en Adrumeto al mediodía, paseándose pensativo debajo de unos soportales, se le apareció una sombra en figura de mujer mayor que humana, de quien oía esta voz: «Tú eres Rufo, aquel que vendrá á ser procónsul en esta provincia.» Con este agüero, hinchiéndosele el corazón de grandes esperanzas, se volvió á Roma, donde con la liberalidad de sus amigos y con su ingenio levantado alcanzó el oficio de cuestor; y después de esto, entre muchos nobles competidores, por voto del príncipe, la pretura; cubriendo Tiberio la bajeza de su nacimiento con estas mismas palabras: «A mí me parece que Curcio Rufo es hijo de sí mismo.» Con esto y con vivir después muchos años siempre maligno adulador con los mayores, arrogante con los inferiores y con los iguales insufrible, alcanzó el imperio consular, las insignias triunfales y á lo último el gobierno de África, donde, muriendo, cumplió el pronóstico fatal.

En Roma entretanto, sin causa descubierta entonces ni sabida después, entre el concurso de los que saludaban al príncipe fué hallado con armas ofensivas Gneo Nonio, insigne caballero romano, el cual, habiendo confesado de sí, aunque después le despedazaron á tormentos, no fué posible hacerle revelar los cómplices, ó que no los tuviese, ó porque no le faltó valor para encubrirlos. En este mismo consulado se decretó, á proposición de Publio Dolabela, que la fiesta de gladiatores se hiciese cada año á costa de los que llegasen al grado de cuestores. En el tiempo antiguo servía este cargo de recompensa de la virtud, y entonces podían todos los ciudadanos, confiados en su bondad y méritos, pedir cargos y magistrados, sin ninguna distinción de edad, pudiendo obtener hasta en la primera juventud los consulados y las dictaduras. Mas los cuestores se ordenaron desde que los reyes mandaban á Roma, como lo

muestra la ley Curiata (1), renovada por Lucio Bruto. Quedó después de ellos en los cónsules la autoridad de elegirlos, hasta que el pueblo quiso también esta honra para sí, siendo los primeros que salieron nombrados por él, Valerio Potito y Emilio Mamerco, con obligación de seguir los ejércitos (2), treinta y tres años después que fueron echados los Tarquinos. Creciendo después los negocios, se añadieron otros dos para que residiesen en Roma. Doblóse tras esto el número luego que acabó de ser tributaria Italia, para exigir los pechos y alcabalas de ella y de las provincias. Después por una ley de Sila llegaron á ser veinte, para henchir el senado á quien había dado autoridad de juzgar el mismo Sila. Y aunque después cobraron los caballeros la autoridad de juzgar, se concedían con todo eso graciosamente las

---

(1) Llamábase así al acto por el cual el pueblo romano, reunido en curias, confirmaba un testamento ó una adopción, ó aquel por el que investía á los magistrados del mando militar, *imperium*, y sin el cual no poseían más que la autoridad civil, *potestas*. «Aquí se trata, dice Burnouf, de la ley que regulaba el poder de los reyes y que se renovaba al principio de cada reinado. Bruto la renovó también, á fin de conferir á los cónsules los mismos poderes que habían tenido los reyes, á quienes venían á reemplazar.»

(2) En este caso se aparta Tácito de Livio y de otros muchos: primeramente, dice, fueron creados dos cuestores militares, después se crearon otros dos urbanos, y á esto dice Livio, IV, 43, que al principio no había sino dos urbanos, añadiendo posteriormente otros dos militares que ayudasen á los cónsules cuando estaban para marchar á la guerra. Toda esta disputa juzga Ernesto que se reduce á que siempre hubo cuestores creados por los cónsules; pero teniendo éstos precisión de valerse en la guerra de los cuestores, á cuyo cargo estaba el manejo del dinero, fué también preciso que ellos fuesen creados por el pueblo en los comicios curiados, para que se hiciesen cargo de la milicia. Esto se infiere de que por la ley Curiata se creaban cuestores que asistiesen á los cónsules y á los mismos procónsules. Cuidaban del tesoro público, después iban á campaña, y por esta razón en tiempo de guerra casi siempre estaban fuera de la ciudad, de donde provino la costumbre de crearse dos urbanos, cuando los cónsules salían á la guerra.—ERNESTO.—*N. de la E. E.*

cuesturas, según la calidad de los pretendientes ó facilidad de los que las daban, hasta que por consejo de Dolabela se pusieron como al encante.

Siendo cónsules Aulo Vitelio y Lucio Vipsanio, tratándose de rehenchir el senado, y los principales de la Galia que se llama *Comata*, habiendo ya mucho antes alcanzado alianza y título de ciudadanos romanos, pidiendo con esta ocasión el participar de los honores dentro de la ciudad, la dieron para hacerse varios discursos. Disputóse este negocio delante del príncipe con diversas opiniones. Sustentaban los unos «que no era tanta la enfermedad de Italia que no bastase á proveer de sujetos para el senado de su ciudad; que los naturales habitantes habían bastado en otro tiempo á henchir los pueblos de su misma sangre, y que no eran de menospreciar las costumbres de la antigua república, y más contándose hasta hoy nobilísimos ejemplos de lo que ha podido su imitación para levantar los ánimos á honradas acciones, y encaminar á la gloria y á la virtud el buen natural romano. ¿Tan poco les parece, decían, haber los Venetos y los Insubros penetrado hasta la curia, que pretendan ahora arrojarnos en ella una muchedumbre de extranjeros para tenernos en esclavitud? ¿Qué lugar tendrán de aquí adelante los pocos nobles que nos quedan en los honores de la república, ó algun pobre senador latino? ¿Ocuparlo han aquellos ricazos cuyos abuelos y bisabuelos, siendo capitanes de naciones enemigas, con las armas y con la fuerza degollaron nuestros ejércitos, y sitiaron en Alesia al divo Julio? Mas todo esto fué, como dicen, ayer; vengamos á ejemplos más antiguos. ¡Qué diremos de aquellos que quemaron la ciudad, y con sus propias manos destruyeron el Capitolio y el altar de Roma! Concedáseles que gocen del nombre de ciudadanos y que sean tenidos por tales; mas cuanto á las insignias de senadores y honores magistrales, no se comuniquen con tanta facilidad.»

Mas no movido por estas y semejantes razones el prínci-

se mostró luego que lo entendía de otra suerte, y mandado juntar otra vez al senado, comenzó así: «Mis antepasados (1) »(de los cuales el primer Claudio, de origen sabino, fué »hecho juntamente ciudadano y patricio romano) me ex»hortan á tratar las cosas de la república con los mismos »consejos que ellos, transfiriendo aquí todo lo que se halla »ser bueno y provechoso en otra parte. Porque no ignoro »que los Julios fueron llamados de Alba, los Coruncanios de »Camerio, los Porcios de Túsculo, y por no escudriñar las »cosas más antiguas, de Toscana y de Lucania, y de todas »las partes de Italia se fué llamando gente para entrar en »el senado. Finalmente, se extendió la ciudad hasta los Al»pes, tal, que no sólo los particulares, mas las tierras y »naciones enteras se iban acrecentando debajo de nuestro »nombre. Entonces tuvimos quieta y segura paz en casa y »florecimos en daño de los extranjeros, cuando, recibidos »como ciudadanos á los de allá del Po, y juntando á este »cuerpo las fuerzas de las provincias, como si fueran innu»merables legiones esparcidas por el mundo, pudimos sub»venir y ayudar al imperio, ya debilitado. ¿Arrepentímonos »por ventura de tener acá los Balbos de España, y tantos »hombres ilustres de la Galia Narbonense? Viven todavía »sus descendientes, sin reconocernos ventaja en el amor de »esta patria. ¿De qué tuvo origen la ruina de los Lacedemo»nios y Atenienses, puesto que fueron grandes en las ar»mas, sino de haber tratado como á extranjeros á todos los »pueblos que sojuzgaban? No lo hizo así nuestro fundador »Rómulo, el cual con singular prudencia supo tener á mu-

(1) Este discurso de Claudio existe casi entero grabado en unas tablas de bronce que fueron descubiertas en Lión, donde se conservan, en 1528. Al comparar este monumento histórico con el texto de Tácito, se ve una grande analogía entre uno y otro, en lo cual, si no una prueba, se reconoce un indicio de que cuando nuestro historiador hace hablar á sus personajes, á la vez que les presta su estilo y elocuencia, procura ser fiel á la verdad histórica.

»chos pueblos en un mismo día por enemigos y por ciuda»danos suyos. Reinado han ya extranjeros en esta ciudad, »y no es cosa nueva, como muchos piensan, el darse tal vez »los magistrados á hijos de libertos, sino muy usada en la »antigua república. Si habemos peleado contra los Senones, »los Volscos y los Equos, ¿no formaron muchas veces ejér»citos contra nosotros? Si nos ganaron la ciudad los Galos, »¿no nos obligaron los Toscanos á darles rehenes, y los »Samnites á pasar debajo de su yugo? Y si traemos á la »memoria todas las guerras, veremos que ninguna se acabó »más brevemente que la de los Galos, con los cuales habe»mos tenido después firme y continua paz. Y así, ahora que »se han mancomunado con nosotros en las costumbres, en »las artes y en los parentescos, más vale que nos traigan »acá sus riquezas y su oro, que no dejárselas gozar á solas. »Todas las cosas, padres conscriptos, que ahora se tienen »por antiquísimas, fueron ya en otro tiempo nuevas. Los »magistrados populares se crearon después de los patricios; »los Latinos siguieron á los populares, y tras los Latinos »vinieron todas las demás gentes de Italia. Envejeceráse »esto también, y lo que ahora extendemos con ejemplos, »servirá de ejemplo á nuestros sucesores.»

A la oración del príncipe siguió luego el decreto de los senadores, y los Eduos fueron los primeros que en Roma recibieron la facultad de poderlo ser, honrándolos con esto á causa de la antigua confederación, visto que solos ellos entre todos los Galos usan del nombre de hermandad con el pueblo romano. En los mismos días hizo César escribir en el número de los patricios á todos los más viejos senadores, ó hijos de padres ilustres; habiéndose reducido á pocas las familias que Rómulo llamó del linaje mayor, y Lucio Bruto del menor; acabadas también las que el dictador César sustituyó con la ley Casia, y Augusto con otra ley llamada Senia. Agradando á todos estos oficios amorosos para con la república, se ejecutaron con mucha alegría de César, que era

censor; el cual, pensada después la forma en que podía sacar del senado á algunos senadores conocidamente viciosos, se sirvió de una harto apacible y nueva, aunque con cierta apariencia de la antigua severidad. Hizo advertir á cada uno «que examinase su vida y su propia conciencia, y pidiese facultad de salir del orden senatorio, asegurándoles que les sería concedida, y que los reformados del senado serían nombrados por él, juntamente con los que se excusaban, para que de esta manera, templándose el juicio de los censores, con el respeto de haber cedido voluntariamente, se aligerase la infamia.» Por estas cosas propuso el cónsul Vipsanio, «que fuese llamado Claudio padre del senado, á causa de que habiéndose hecho ya demasiado común el nombre de padre de la patria, los méritos para con la república debían honrarse también con títulos y renombres nuevos.» Mas él hizo callar al cónsul, ofendido de la sobrada adulación. Hízose después la descripción y muestra general del pueblo que llamaban Lustro (1), y fueron escritos seis millones novecientos cuarenta y cuatro mil ciudadanos. Aquí tuvo fin la ignorancia y descuido de Claudio para las cosas de su propia casa, hallándose forzado no mucho después á echar de ver las maldades de su mujer y castigarlas, para encenderse luego en deseo de unas bodas incestuosas.

Ya Mesalina, empalagada de la abundancia de los adúlteros, pasaba á extraordinarias maneras de deshonestidades, cuando Silio, ó por su locura fatal, ó porque juzgase que peligro tan grande como el que corría no podía remediarse sino con otro mayor, comenzó á representarle descubiertamente «que no consentía ya el estado de sus cosas el esperar más en la vejez del príncipe. Convienen, decía él, los

(1) La cifra que arroja el censo, y acerca de la cual están discordes los manuscritos, era la de todos los ciudadanos esparcidos en las provincias.

consejos sabios á los que se hallan sin culpa; mas para las maldades manifiestas no hay otro remedio que acudir por él al atrevimiento. Añadía, que se veían ya muchos cómplices, estimulados del mismo temor: que él se hallaba sin mujer y sin hijos, aparejado á casarse con ella y con resolución de adoptar á Británico: que daría ya con esto á Mesalina la misma grandeza y autoridad con seguridad de entrambos, si prevenían á Claudio, hombre no menos precipitoso en la ira que fácil á ser insidiado.» Fueron oídas con poca atención estas palabras, no por amor que ella tuviese á su marido, sino por sospecha de que llegado Silio á ser emperador la menospreciaría como adúltera, y que la maldad que se cometía y aprobaba por evitar el peligro, en saliendo de él sería estimada por su justo valor. Dióle con todo esto gusto el nombre de casamiento, por el exceso de la infamia, que es el postrer apetito y último deleite de los que del todo se entregan al vicio. Y sin diferirlo más de cuanto Claudio se ausentase, como lo hizo yendo á ofrecer ciertos sacrificios á Ostia, celebró su matrimonio con todas las solemnidades nupciales.

No dudo de que parecerá cuento fabuloso el escribir que ha sucedido entre los hombres una temeridad semejante, como que en una ciudad donde todo se sabe y nada se disimula, se haya visto un hombre, y ese nombrado para cónsul, que á día señalado se case con la mujer del príncipe, llamados testigos para verificar y firmar de sus nombres como se juntaban por causa de tener hijos; y que ella oyese las palabras de los sacerdotes llamados auspices, prestase su consentimiento, sacrificase, asistiese entre los convidados, pasase el día entero en circunstancias y actos lascivos y la noche en todo aquello que se acostumbra entre marido y mujer (1). Y la verdad es que no he ido en busca de estas

---

(1) Según la forma legal, la cual requería que estuviese la

cosas para contar milagros, y que no lo son, sino una relación pura de lo que vieron y dejaron escrito nuestros antiguos.

Llena, pues, con esto de horror y espanto la casa del príncipe, especial entre los de más autoridad para con él que se veían con mayor ocasión de temer mudanza en las cosas, no discurrían como hasta allí con secretas murmuraciones, sino á la descubierta, diciendo: «que mientras Mesalina escondía sus adúlteros industriosamente en los retretes del príncipe había á la verdad deshonra, pero no peligro; mas ahora visto está que un mancebo tan noble, admirado por su gentileza, seguido por su juventud, y por estar tan vecino al consulado, se apercibe á mayores esperanzas, y se trasluce lo que pretende y lo que puede suceder tras el matrimonio.» Tenían á la verdad razón de temer, «considerando la falta de entendimiento en Claudio, y que teniéndole de todo punto sujeto su mujer, habían sido ejecutadas diversas muertes por su mandado de ella.» En contrario, el natural del emperador, fácil á ser llevado á cualquier cosa, les daba esperanza «de que previniéndole con la atrocidad del delito sería posible encaminar que la condenase y oprimiese antes de caer en que era culpada.» Mas el peligro consistía en dar oídos á su defensa, conviniendo hacer de manera que hallase cerrado los del príncipe, aunque entrase confesando la culpa.

Juntados, pues, Calisto, nombrado ya por mí en la muerte de Cayo César; Narciso, autor de la muerte de Apio, y Palante, entonces gran privado, trataron si era bien apartar á Mesalina del amor de Silio con secretas amenazas, disi-

---

nueva casada en el regazo del marido. Esta costumbre la explica Juvenal en este verso:

Ingens cœna, sed et gremio jacuit nova nupta mariti,

cual si esto fuese ceremonia indispensable de las bodas.—LIPSIO.—*N. de la E. E.*

mulando todo lo demás; pero medrosos de provocarse ellos mismos su propia ruina, desistieron de ello. Palante, por vileza de ánimo; Calisto, por la experiencia que tenía en el gobierno de la corte pasada, y por saber que se conservaba más segura la grandeza con los consejos prudentes que con los precipitados. Sólo Narciso fué siempre de un parecer, mudando sólo de lo acordado el no adelantarse en palabras de manera que la pusiesen en sospecha de delito ó de acusadores. Éste, pues, aguardando con cuidado alguna buena ocasión, y viendo que Claudio se detenía mucho en Ostia, persuadió á dos mancebas con quien más particularmente trataba el emperador á emprender la denunciación, cargándolas de dádivas y promesas, y mostrándolas que, derribada la emperatriz, crecería su autoridad.

Con esto la una de ellas, llamada Calpurnia, aguardando tiempo de hallar solo á César, echándosele á los pies, comienza á decir á voces que Mesalina se había casado con Silio; y juntamente pregunta á Cleopatra, su compañera, que sólo aguardaba aquello, si tenía noticia de aquel caso. Y haciendo ella señas con la cabeza que sí, pide que llamen á Narciso, el cual, pidiendo á César perdón de lo pasado y de haberle callado los tratos que Mesalina tenía con Vectio y con Plaucio, añade: «también ahora, señor, callaría de buena gana sus adulterios, y si en mí fuese, le dejaría gozar al adúltero de la casa, de los esclavos y de los demás arreos y aparatos imperiales, con tal que te restituyese la mujer y rompiese los capítulos matrimoniales. ¿Por ventura, señor, ha llegado á tu noticia tu divorcio? Porque el pueblo, el senado y los soldados han visto las bodas de Silio; y si le das tiempo, no tardará mucho el nuevo marido en apoderarse de Roma.»

Entonces Claudio, convocados sus principales amigos, pregunta lo que saben de esto, primero á Turranio, comisario de los trigos, y después á Lusio Geta, capitán de las cohortes pretorias. Confesándolo éstos también, comenza-

—

ron todos los otros á rodearle y á hacer estruendo, diciendo á grandes voces: «que fuese luego á los alojamientos de los pretorianos, y confirmándolos en su devoción, tratase antes de asegurar su persona que de tomar venganza.» Lo cierto es que Claudio quedó tan atónito y con tanto miedo, que preguntó muchas veces si estaba el imperio por él, ó si acaso era Silio todavía hombre particular. Mas Mesalina, nunca tan desenfrenada como entonces en sus deleites y desórdenes, estando ya el otoño muy adelante, celebraba en su casa la fiesta de las vendimias. Unos pisaban las uvas, otros daban vueltas al husillo y hacían correr el mosto á las cubas por sus canales; y las mujeres, vestidas de pellejos, andaban por todo dando grandes saltos, como las que suelen celebrar los sacrificios á Baco, hasta que en ellos dan muestras de enloquecer del todo. Ella, con los cabellos sueltos pór las espaldas, blandiendo el tirso (1), tenía á su lado á Silio vestido de hiedra, calzado con una cierta forma de borceguíes, llamados coturnos, y dejando caer la cabeza á una parte y á otra, mientras en torno de ellos discurría bailando y dando voces un desvergonzado y disoluto coro de mujeres. Dicen que Vectio Valente, habiendo por travesura ó por mostrar su agilidad trepado hasta la cumbre de un árbol muy alto, preguntado lo que descubría desde allí, respondió que veía venir de hacia Ostia una terrible y furiosa tempestad, ó que se le representase alguna sombra de esto, ó que saliéndole de la boca aquellas palabras acaso, vinieron después á tomarlas por pronóstico de lo que sucedió.

En tanto, no por fama incierta, sino por diversos mensajeros, es avisada Mesalina de que Claudio lo sabe todo y

---

(1) Era un palo largo cuya cabeza ó puño estaba formado de una piña, de un ramo de hiedra ó de pámpanos. Era atributo de Baco, cual lo era el caduceo de Mercurio. Al principio hacía las veces de tal una lanza con el hierro cubierto como acabamos de indicar.

que viene resuelto en tomar venganza. Con esto, retirándose ella á los huertos que fueron de Lúculo, y Silio, por disimular el miedo, á los negocios del foro, mientras los demás van doblando cantones y procurando esconderse, alcanzados por los centuriones, eran presos y maniatados donde quiera que se hallaban ó en público ó escondidos. Mas Mesalina, puesto que las adversidades que le sucedían le quitaban el miedo de tomar consejo, se resuelve con todo en salir al encuentro al marido y en hacerse ver de él; cosa que otras veces le había sido de provecho, ordenando que Británico y Octavia fuesen á abrazar á su padre. Rogó también á Vibidia, la más antigua de las vírgenes vestales, que fuese á aplacar al pontífice máximo y á pedirle en su nombre misericordia. Ella, en compañía de solas tres personas (de tal manera se halló desamparada de todos en un momento), después de haber caminado á pie de todo lo largo la ciudad, subió en una carreta de las que suelen limpiar la basura de los huertos, y tomó el camino de Ostia, sin hallar quien se compadeciese de ella: tan aborrecible la había hecho para con todos la fealdad de sus maldades.

Temblaba César con todo eso de miedo, porque no se fiaba mucho de Geta, capitán de los pretorianos, como hombre liviano y de poca firmeza tanto en el bien como en el mal. Y así Narciso, acompañado de otros que tenían el mismo miedo que él, advirtió á César que no quedaba otro camino para la seguridad de su vida, sino transferir por sólo aquel día el cargo de los soldados en alguno de sus libertos, ofreciéndose él á tomarle. Y porque en el camino de Roma no le pudiesen mudar de propósito Lucio Vitelio y Publio Largo Cecina, pide lugar en la misma carroza donde iba Claudio, y realmente le toma.

Corrió después de esto una voz harto constante de las palabras que iban saliendo de la boca del príncipe, el cual unas veces vituperaba las maldades de su mujer, otras volvía á traer á la memoria su matrimonio y la tierna edad de

sus hijos, sin que Vitelio dijese jamás otras palabras que: «¡oh infame cosa; oh maldad grande!» Y por más que Narciso procuró persuadirle á que se declarase y dijese lo que sentía sin rebozo, no pudo sacarle de palabras de dos sentidos, y tales que después del suceso las pudiese interpretar al que mejor le estuviese; y con su ejemplo hizo lo mismo Largo Cecina. Ya se mostraba en presencia de todos Mesalina, dando grandes voces á César que oyese á la madre de Octavia y de Británico, mientras levantando también la suya el acusador, y haciendo ruido, procuraba encaminar á otra parte la vista del príncipe, acordándole á Silio y á sus bodas, y entregándole en sus manos ciertas memorias donde estaban escritas todas sus deshonestidades. Y no mucho después, entrando por la ciudad, se le presentaran delante los comunes hijos, si Narciso no hubiera mandado apartarlos de allí. No pudo hacer lo mismo con Vibidia, la cual con palabras ásperas y resentidas, no sin cargar en ellas á César, le pidió con grande instancia que no consintiese que su mujer fuese condenada antes de ser oídas sus defensas. Respondió á esto Narciso que el príncipe la escucharía y tendría lugar de purgarse del delito; pero que ella entretanto, pues era religiosa, se fuese á ocupar en sus sacrificios.

Fué cosa digna de admiración el silencio que á todo esto tuvo Claudio. Y Vitelio no mostró tener más noticia del caso; pero todo obedecía al liberto, el cual manda que se abra la casa del adúltero y que vaya allá el emperador, mostrándole de paso en el patio la estatua del padre de Silio, prohibida por decreto del senado, y después todo aquello que poseyeron antiguamente los Nerones y los Drusos dado por Mesalina á Silio en premio del adulterio y de la deshonra del príncipe: el cual, encendido con esto en cólera, y viéndole el liberto que arrojaba amenazas, le lleva á los alojamientos, teniendo prevenida antes la junta de los soldados para oir la plática. Y amonestado de Narciso á que

les hablase, gastó pocas palabras: porque cuanto más justo era el dolor, tanto más le tapaba la boca el haber de pronunciar su propia vergüenza. Entonces se levantó una común y continuada voz de los soldados, pidiendo los nombres de los delincuentes y su castigo. Y el mismo Silio, que había sido traído al tribunal, no tentó el pedir defensa ó dilación alguna, antes rogó que se le apresurase la muerte: dando con esto ejemplo á los demás ilustres caballeros romanos para desear morir con la misma presteza. Ticio Próculo, á quien Silio había encargado la guardia de Mesalina; Vectio Valente, que se ofrecía á dar bastante prueba de los cómplices en el delito, después de haberse confesado él por uno de ellos; Pompeyo Urbico y Saufeyo Trogo fueron llevados á ajusticiar como partícipes del caso. Decio Calpurniano, también capitán de las guardias que se hacían de noche; Sulpicio Rufo, procurador de los juegos públicos, y Junio Virgiliano, senador, fueron castigados con la misma pena.

Sólo Muester alcanzó alguna dilación; porque, rasgadas las vestiduras, daba voces «que mirase las señales de los azotes, y que se acordase de las palabras con que le había mandado que obedeciese á los mandamientos de Mesalina: que los otros se habían dejado inducir al mal con esperanzas ó con dádivas, mas él por fuerza y necesidad, no habiendo alguno en tan conocido peligro de morir como él, si imperaba Silio.» Conmovido César con estas razones, y viéndolo los libertos ya inclinado á la misericordia, le forzaron con decirle: «que no era bien perdonar á un representante después de haber condenado á tantos varones ilustres, y que en tan grave culpa importaba poco haber entrado voluntariamente ó por fuerza. Tampoco se admitió la disculpa de Traulo Montano, caballero romano. Era éste un mozo de gran modestia y de hermosísimo aspecto; el cual, sin solicitarlo él, fué en una sola noche llamado y después de ella desechado de Mesalina, con igual inconti-

nencia en el apetito que en el menosprecio. A Suilio Cesonino y á Plaucio Laterano se perdonó la pena de muerte. A Plaucio por los muchos méritos de su tío paternal, y Cesonino fué defendido de sus propios vicios, como quien en aquella sucia y abominable compañía había servido de mujer.

Mesalina en tanto alargaba la vida en los huertos de Lúculo, componiendo peticiones, algunas llenas de confianza y otras de enojo: tan vencida la tuvo la soberbia hasta en los últimos accidentes. Y si Narciso no le hubiera solicitado la muerte, fuera posible que la ruina cayera sobre el acusador: porque Claudio, llegado á casa y recreado con un banquete aparejado en buena sazón, después que comenzó á calentarse del vino, mandó que se notificase luego á aquella miserable (usó, dicen, de esta misma palabra) que el día siguiente compareciese á defender su causa. Notado esto bien por los que estaban presentes, viendo que se amortiguaba la ira y que comenzaba á ocupar su lugar el amor, medrosos de que si llegaba la noche ya cercana y con ella la memoria del lecho conyugal se ablandaría del todo, toma Narciso el negocio á su cargo, y da orden con resolución al tribuno y centuriones que estaban de guardia en palacio, que, en virtud de la que él tenía de César, fuesen luego á donde estaba Mesalina, y allí mismo la matasen; enviando con ellos á Evodo, uno de los libertos, por asistente y ejecutor. Este yendo con gran diligencia á los huertos, la halló tendida en tierra y sentada junto de ella á su madre Lépida; la cual, mal avenida con la hija en su prosperidad, movida al fin á compasión en aquel último trance, la estaba persuadiendo á que no aguardase al matador: que, estando ya al fin de su vida, no le quedaba que apetecer sino una honrada muerte. Mas en aquel ánimo estragado con todo género de sensualidades no podía caber ningún estímulo de honra ni de valor; y así no le respondía con otra cosa que con lágrimas y suspiros vanos. Entonces, rompidas las

puertas del ímpetu de la gente, comparecieron el tribuno y el liberto, aquél con silencio, y éste injuriando á Mesalina con vituperios serviles.

Conoció á este punto ella el estado de sus cosas, y tomando el puñal, mientras se toca levemente con él la garganta y el pecho, sin ánimo ni fuerzas para herirse, la atraviesa el tribuno de una estocada. Hecho esto, se concedió el cuerpo á su madre. Estaba todavía en la mesa Claudio, cuando fué avisado que Mesalina era muerta, sin declarar si había sido por su mano propia ó por ajena; ni él cuidó de preguntarlo; antes pidió de beber y pasó adelante con la solemnidad del banquete. Ni en los días siguientes dió señal ninguna de odio, de alegría, de ira ó de tristeza, ni de algún otro afecto humano; ni cuando veía alegres á los acusadores, ni menos cuando se le presentaban tristes y llorosos sus hijos. Ayudando también el senado á este sobrado olvido con decretar que se quitasen de los lugares públicos y particulares el nombre y las estatuas de Mesalina. A Narciso se dieron las insignias de que usaban los cuestores, grado, aunque honrado, harto pequeño para su grandeza; siendo el mayor privado después de Palante y de Calisto, de los cuales procedían malísimas consecuencias, no siendo castigados sus delitos.

LIBRO DUODÉCIMO.

ARGUMENTO.

Claudio determina de casarse.—Propónensele mujeres, y prefiere á las demás á Agripina, hija de su hermano Germánico.—Decreta las bodas el senado, y á su modo dispensa en el parentesco.—Mátase Lucio Silano, destinado yerno de César.—Alzase el destierro á Séneca.—Octavia, hija de Claudio, casa con Nerón.—Piden de Roma los Partos por rey á Meherdates, el cual, peleando con Gotarces, queda roto.—Mitrídates tienta de recuperar el reino de Ponto, y rendido, viene á Roma.—Lolia, mujer ilustre, condenada por artificios de Agripina.—Ensancha Claudio el circuito de la ciudad.—Nerón Domicio adoptado por Claudio.—Colonia edificada en los Ubios.—Los Catos corren la inferior Germania y son rotos.—Vanio, rey de los Suevos, echado del reino.—Cuéntanse los sucesos de Publio Ostorio en Inglaterra, y la presa del rey Caractaco.—Británico pospuesto á Nerón por engaño de Agripina.—Prodigios en Roma y carestía.—Guerra entre Iberos y Armenios, en que se interesan las armas de Romanos y Partos.—Furio Escriboniano desterrado.—Senatusconsulto de Claudio contra las mujeres que se casan con esclavos.—Movimientos en Judea entre soldados y naturales.—Claudio sangra el lago Fucino después de haber hecho en él una batalla naval.—Establece la autoridad de los procuradores de provincias.—Concede inmunidad á los Coenses.—Perdona por algunos años el tributo á los Bizantinos.—Lepida hecha morir.—Claudio muere con veneno por obra de su mujer Agripina, y apodérase del imperio Nerón. Esto en espacio de seis años.

CÓNSULES.

A. de R. 802.	De J. C. 49	C. Pompeyo. Q. Veranio.
803.	50	C. Antistio. M. Suilio.
804.	51	T. Claudio César V. Sev. Cornelio Orfito.
805.	52	P. Cornelio Sila. L. Salvio Otho.

A. de R. 806. De J. C. 53 { D. Junio Silano. / Q. Haterio.
807. 54 { M. Asinio Marcelo. / M. Acilio Aviola.

La muerte de Mesalina puso en revuelta la casa del príncipe, contendiendo entre sí los libertos sobre cuál había de trazarle mujer, viéndole resuelto á no estar sin ella, como nacido para serles sujeto. No era menor entre ellas la emulación, exagerando cada una su nobleza, su hermosura y sus riquezas, para mostrarse dignas de tan gran matrimonio. Con todo eso, la principal duda viene á quedar entre Lolia Paulina, hija de Marco Lolio, varón consular, y Julia Agripina, hija de Germánico, favorecidas, ésta de Palante y aquélla de Calixto. Narciso ayudaba á Elia Petina, del linaje de los Tuberones. Claudio, arrimándose ya á un partido ya á otro, según le arrebataba la fuerza de la persuasión, viéndolos discordes, los llama á consejo y ordena que funden en razón sus opiniones.

Narciso anteponía el primer matrimonio en que había vivido con Petina; la familia común (porque Claudio tuvo en ella á su hija Antonia), que no causaría en casa novedad alguna volviendo á ella la primer mujer, en la cual no había que temer aborrecimiento de madrastra contra Británico ni Octavia, prendas las más cercanas á su propia sangre. Calixto en contrario alegaba el haber sido ya reprobada con largo divorcio, y que el llamarla ahora la haría volver con mayor arrogancia y soberbia; que era mucho mejor recibir á Lolia, porque no habiendo jamás tenido hijos, entraría ajena de toda emulación en casa y serviría de madre á los de su marido. Mas Palante hallaba en Agripina esta ventaja más, que traía consigo un nieto de Germánico, digno en todo y por todo de la fortuna imperial; que siendo, como era, de nobilísimo linaje, de conocida fecundidad, y hallándose en la flor de su juventud, era mejor volver á unir en los descendientes de entrambos la sangre de la familia

Claudia, que no dar lugar á que pudiese llevarse ella consigo á otra casa el esplendor y grandeza de los Césares.

Prevalecieron al fin estas últimas razones, ayudadas de los regalos y caricias de Agripina; la cual, so color del parentesco, visitando muy á menudo á su tío, le obligó á preferirla á todas las demás y á dejarle gozar del poderío de esposa antes de serlo. Porque en viéndose segura del casamiento, comenzó á designar mayores cosas, trazando el casar á su hijo Domicio, habido de su primer marido Gneo Domicio Aenobarbo, con Octavia, hija de César: cosa á que no se podía llegar sin gran maldad y falta de fe, habiéndola ya César desposado con Lucio Silano, y adelantado al mozo, notable también por otras consideraciones, con las insignias triunfales y con la magnificencia de los juegos de gladiatores que se hicieron en nombre suyo, todo en orden á granjearle el aplauso y amor de la plebe. Pero nada parecía difícil en el ánimo de un príncipe privado de voluntad, juicio y aborrecimiento, sino cuanto se le infundia y mandaba que tuviese.

Vitelio, pues, escondiendo debajo del nombre de censor los engaños serviles, pronosticando el nuevo gobierno que se aparejaba, deseoso de ganar la gracia de Agripina con hacerse partícipe de sus designios, comenzó á acusar criminalmente á Silano de sospecha de amores incestuosos con su hermana Junia Calvina, que poco antes había sido nuera del mismo Vitelio, tomando ocasión de una gran amistad que había entre los dos, aunque poco recatada, y principalmente de la gran belleza y desenvoltura de Junia. Y César, llevado del excesivo amor que tenía á su hija, daba oídos á estas sospechas contra el yerno. Silano, sin alguna noticia de estas asechanzas y hallándose por suerte aquel año pretor, se vió en un punto privado de oficio de senador por decreto del censor Vitelio; dado que poco antes se había renovado la matrícula del senado con la ceremonia llamada Lustro. Al mismo punto rompió César el parentes-

co, y Silano fué forzado á renunciar el magistrado de pretor, dándose por lo restante del tiempo á Eprio Marcelo.

En el consulado de Cayo Pompeyo y Quinto Veranio comenzó la fama á divulgar el casamiento, concluído ya entre Claudio y Agripina, y no menos el amor ilícito; mas no por esto se aventuraban á celebrar solemnemente las bodas, no habiendo ningún ejemplo de haberse casado un tío con la hija de su hermano. Antes se temía que, reprobadas del pueblo como ilícitas y entendido el incesto, había de ocasionar aquel menosprecio dañosos efectos á la república. Y de hecho no se supieran resolver, si Vitelio no se encargara de ello con sus artificios. Porque preguntando á César si obedecería en este caso al pueblo y á la autoridad del senado, y habiendo respondido él que en esto era como los demás ciudadanos y demasiado flaco para repugnar al consentimiento universal, le ordena que le espere dentro de palacio. Entrando él en la curia, significando que tenía que tratar de una cosa importantísima para la república, pedida licencia para hablar primero que todos, comenzó á decir: «que á los gravísimos trabajos que sufría el príncipe en el gobierno del mundo convenia ayudar de manera que, aliviado de los cuidados caseros, pudiese atender á los públicos con mayor comodidad; que él no hallaba mayor ni más honesto alivio para quien ha de censurar y corregir á todos, que la propia mujer á quien tener por compañera en los sucesos prósperos y en los dudosos, y con quien poder comunicar los más secretos pensamientos, y entregar los propios hijos; y más no siendo Claudio hombre desordenado en deleites lascivos, sino desde su primera juventud obediente á las leyes.»

Después de haber hecho este exordio con palabras encaminadas á disponer los ánimos de los senadores, viendo que aprobaban lo dicho con adulación semejante á la suya, toma otra vez la mano, diciendo: «que pues concordaban todos en casar al príncipe, convenia escogerle una mujer

señalada, capaz para tener hijos y de inculpable vida: que no era necesario hacer larga pesquisa para mostrar que Agripina excedía á todas las demás en claridad de sangre: que había hecho prueba de su fecundidad, y juntamente se hallaban en ella todas las partes que se podían desear en una mujer honesta: que era cosa digna de gran ponderación el hallarse, por la providencia de los dioses, viuda (1), para que pudiese casar con ella un príncipe que no había admitido jamás otro amor que el de su propia mujer: que habían oído decir á sus padres, y aun vístolo ellos mismos, que algunos de los Césares, por sólo su gusto, tomaban las mujeres á sus propios maridos; cosa bien apartada de la modestia presente, la cual para lo venidero podría servir de ejemplo de la forma en que debían tomar mujer los emperadores. Parecernos ha por ventura novedad el casarnos con las hijas de nuestros hermanos; sin embargo, es cosa muy usada entre otras naciones y no prohibida por ley alguna. También los casamientos entre primos hermanos, no usados antiguamente, se han ido frecuentando con el tiempo, acomodándose la costumbre á la necesidad, y lo que ahora parece nuevo será también de las cosas que vendrán á ser imitadas con el tiempo.»

No faltaron algunos que á porfía unos de otros salieron con gran furia del senado, sustentando que cuando César pusiese largas al matrimonio, convenía forzarle á que le hiciese. Juntóseles con esto una gran multitud de gente de toda broza, gritando á una voz: «que el pueblo romano quería lo mismo.» Y Claudio, sin esperar otra cosa, sale á la plaza, dejándose encontrar de los que iban viniendo á regocijarse con él y á darle la enhorabuena. Entrado tras esto en el senado, pide que se haga un decreto en que se

(1) Agripina lo era en efecto á la sazón del orador Crispino Pasieno, con el cual se había casado después de la muerte de Cn. Domicio, padre de Nerón, y á quien, según se cree, envenenó para gozar más pronto de los bienes que en su testamento le legaba.

declaren por ilícitos de allí adelante los casamientos entre tío y sobrina. Con todo eso no se halló quien desease semejantes bodas, sino un caballero romano llamado Tito Aledio Severo, y aun éste, dijeron muchos que lo hizo en gracia y adulación do Agripina. Desde el casamiento tomó la ciudad nueva forma, gobernándolo todo la emperatriz, no por vía de deshonestidades como Mesalina, que se burlaba del imperio romano, mas haciéndose servir y obedecer como si fuera varón. En lo público se mostraba severa, y muchas veces soberbia: no había en su casa cosa deshonesta, sino cuanto le convenía para mandar. Á su inmensa codicia servía de cubierta el deseo de tener una masa con que acudir á las necesidades del imperio.

El mismo día de las bodas se mató Silano, ó que hasta entonces le hubiese durado la esperanza de vivir, ó que escogiese aquel día por hacer el caso más digno de aborrecimiento. Su hermana Calvina fué desterrada de Italia. Añadió Claudio que se hiciesen los sacrificios conforme á las leyes y ceremonias del rey Tulo, por los pontífices, en el bosque consagrado á Diana, en satisfacción del pecado de Silano y Calvina, no sin risa universal de que en tales tiempos se tratase de penas y purificaciones por amores incestuosos. Agripina, pues, por no darse á conocer solamente en las cosas mal hechas, impetró remisión de su destierro á Anneo Séneca, y juntamente el oficio de pretor; sabiendo que daba gusto al pueblo por el esplendor de sus estudios, y porque Domicio saliese de la niñez á la juventud debajo de la doctrina de tal maestro, y pudiese gozar de sus consejos para efectuar las esperanzas del dominio á que aspiraba; creyendo que con la memoria de este beneficio le sería tan fiel, cuanto por la de la injuria enemigo á Claudio.

Tras esto se tomó resolución de no esperar más en concluir lo tratado; induciendo con muchas promesas á Memmio Polión, electo cónsul, á que en són de decir su voto, exhortase á Claudio que hiciese el casamiento de Octavia

con Domicio; cosa no ajena de razón, en orden á la edad de entrambos, y que podía servir de abrir el camino á mayores cosas. Votólo así Polión, usando casi las mismas palabras que poco antes había usado Vitelio: con que Octavia quedó otorgada con Domicio, y él, á más del primer parentesco, hecho con éste yerno de César, ayudado de las astucias de su madre y del artificio de los que, por haber acusado á Mesalina, podían temer de su hijo, comenzó á igualarse con Británico.

Por este tiempo los embajadores de los Partos enviados, como he dicho, á pedir á Meherdates, entrando en el senado, declararon sus comisiones de esta manera: «Que no venían allí olvidados de la confederación que tenían con el pueblo romano, ni por rebelarse al linaje de los Arsacidas, sino para pedir el hijo de Vonón, nieto de Frahates, contra el duro imperio de Gotarces, intolerable igualmente á los nobles y al pueblo. El cual, habiendo consumido y acabado con muertes violentas á sus hermanos y á sus parientes, sin perdonar á los muy apartados, no contento con esto, añadía mayores crueldades; matándoles á sus mujeres preñadas y á las crianzas de sus tiernos hijuelos, mientras imprudente en la paz y desdichado en la guerra, iba cubriendo con crueldades su natural cobardía; que era muy antigua y comenzada de consentimiento público la amistad que profesaban con nosotros, y no menos justo socorrer á los amigos émulos en fuerzas, y que no nos confesaban inferioridad sino por cortesía: que no se daban por otra causa en rehenes los hijos de los reyes, sino para que, en cansándose del imperio de algún rey de los admitidos por sucesión, pudiesen recurrir al príncipe y senadores por otro mejor, como criado entre sus costumbres.»

Y después que hubieron dicho estas y otras muchas razones á este propósito, comenzó César su oración, discurriendo de la grandeza y majestad del imperio romano, de los buenos oficios recibidos de los Partos, igualándose en

esto con el divo Augusto, y contando como le pidieron también rey, sin hacer mención de Tiberio, puesto que, como dicho es, les envió á Frahates. Añadió por instrucción y avisó á Meherdates (hallábase allí presente) «que no imaginase que iba en calidad de señor á mandar á esclavos, sino en la de gobernador á regir ciudadanos; que usase clemencia y justicia, virtudes cuanto menos conocidas de los bárbaros, tanto más aparejadas á ser sufridas por ellos.» Volviéndose después á los embajadores, celebra las alabanzas del mozo, llamándole «alumno y crianza de la ciudad, y en particular su probada modestia; mas que con todo eso les convenía sufrir el natural y condición de los reyes, no menos que el irse á la mano en mandarlos; que el imperio romano había llegado á tanta grandeza y á tal colmo de gloria, que hasta en las naciones extranjeras deseaba quietud.» Mandó después á Cayo Casio (1), que gobernaba á Siria, que acompañase al joven hasta la ribera del Eufrates.

Era Casio el más célebre jurisperito de aquella edad, y si bien (cuando falta por el ocio la disciplina militar) la paz no diferencia á los negligentes de los solícitos, todavía en la manera posible, no habiendo guerra, procuraba instituir la costumbre antigua, ejercitando las legiones con el mismo cuidado y vigilancia que si tuviera el enemigo á la frente; juzgando convenir así á la fama de sus mayores y del linaje de los Casios, celebrado también entre aquellas naciones. Convocados, pues, por Casio todos los que habían sido de parecer de pedir de Roma el rey, alojó su campo en Zeugma, que es la parte por donde el río se puede pasar más fácilmente. Casio, viendo que habían llegado ya los nobles Partos y Acbaro, rey de los Arabes, advirtió á Meherdates que el ímpetu ardiente de los bárbaros suele entibiarse con

---

(1) Uno de los asesinos de César, el cual había defendido la Siria contra los Partos después de la derrota de Craso, de quien había sido cuestor.

el tiempo y convertirse después en traiciones, para cuyo remedio convenía darse prisa por acabar lo comenzado. Fué menospreciado este consejo por engaño de Acbaro, habiendo entretenido en la ciudad de Edesa muchos días al incauto Meherdates, el cual tenía á los regalos y vicios por el colmo de su grandeza. Y así llamado de Carhenes, que prometía con solo usar diligencia todas las cosas en su favor, marchó, no por el camino derecho de Mesopotamia, sino torcido por la vía de Armenia, impracticable en aquella sazón por ser á la entrada del invierno, tal que trabajados de las nieves y de los montes, al calar últimamente en las llanuras, se juntaron con Carhenes.

Pasado tras esto el río Tigris, llegaron á los Adiabenos, cuyo rey Jazates, sobre tener hecha pública confederación con Meherdates, secretamente se inclinaba con mayor fe á Gotarces. Tomóse de paso con todo esto la ciudad de Nino, antiguo asiento de los reyes de Asiria, y el castillo de Arbela, famoso por la última batalla entre Alejandro y Darío, con la cual feneció la grandeza de los Persas. Entretanto, hacía Gotarces en el monte llamado Sambulo votos á los dioses de aquel lugar, el más reverenciado de los cuales es Hércules. Este suele en ciertos tiempos advertir en sueños á los sacerdotes que pongan cerca del templo caballos aderezados para ir á caza. Los caballos en poniéndoles las aljabas llenas de todo género de flechas, discurriendo sueltos por aquellos bosques, las tornan á la noche vacías, volviendo ellos ijadeando y llenos de sudor. Entonces el mismo Hércules, apareciéndoles en sueños también la siguiente noche, les avisa de los bosques por donde han corrido, y saliendo ellos, hallan por todas partes el destrozo y matanza de las fieras.

Mas Gotarces, no teniendo aún reforzado bastantemente su ejército, se servía por reparo del río Corma. Y aunque los enemigos le provocaban cada día á la batalla por embajadas y motejándoles de cobardes, él se andaba entrete-

niendo, mudando alojamientos y procurando de secreto comprar voluntades, obligando á los enemigos á mudar de fe. Los primeros en quien hicieron efecto estas trazas fueron Jazates Adiabeno y el rey Acbaro con sus Arabes; ó por la natural liviandad de aquella gente, ó por haber enseñado la experiencia que los bárbaros quieren más pedir rey de Roma que tenerle. Meherdates, despejado de tan gran ayuda y sospechoso de traición en los que le quedaban, tomó por último remedio tentar la fortuna y venir á la batalla. No la rehusó Gotarces, animado con las fuerzas que le faltaban al enemigo. Peleóse con gran mortandad y estuvo el suceso en duda hasta que Carhenes, rotas las escuadras que se le opusieron y pasando adelante demasiadamente, fué por un escuadrón que entraba de refresco acometido por las espaldas y roto. Entonces, perdida toda esperanza Meherdates, fiado en las promesas de Parraces, amigo de su padre, fué por él con engaño preso y entregado al vencedor. El cual, no como pariente ó como hombre de linaje Arsacido, mas vituperándolo como extranjero y romano, cortándole primero las orejas, le concedió la vida por ostentación de su clemencia y de nuestra deshonra. Murió poco después de este suceso Gotarces de enfermedad, y fué llamado al reino Vonón, que gobernaba entonces á los Medos. No le sucedió á éste cosa próspera ó adversa digna de memoria, habiendo reinado poco tiempo y con menos reputación; viniendo á parar después el imperio de los Partos en su hijo Vologeso.

Mas Mitrídates, rey de Bósforo, el cual, habiendo perdido todas sus fuerzas y poder, andaba por esto vagabundo, después que supo que Didio, capitán romano, se había partido con el nervio del ejército y que quedaba en el nuevo reino Coti, mozo de poca experiencia, y pocas cohortes á cargo de Julio Aquila, caballero romano, estimando á entrambos en poco, comienza á levantar aquellas naciones y á animar á los fugitivos, y finalmente, juntado un buen ejército, des-

barata al rey de los Dandarides (1) y se apodera del reino. A la noticia que se tuvo de estos sucesos, y temiéndose que Mitrídates no se aparejase para asaltar el Bósforo, Aquila y Coti, no confiando en sus propias fuerzas, porque Zorsines, rey de los Siracos, se había vuelto á declarar por enemigo, recurrieron ellos también á las ayudas extranjeras, habiendo enviado embajadores á Eunón, el más principal entre los Adorsos (2), con el cual no hubo dificultad en asentar la liga, parangonándole la potencia romana contra un rebelde como Mitrídates. Concertaron, pues, que Eunón hiciese la guerra con la caballería y los Romanos emprendiesen los cercos y expugnaciones de las ciudades; puestos en ordenanza, marchaban con la vanguardia y retaguardia de Adorsos, en medio de las cohortes romanas, y los Bosforanos armados á nuestro modo.

Echado de esta suerte el enemigo de la tierra, se llegó á Soza, ciudad de la Dandarica, desamparada por Mitrídates, donde, fiando poco del pueblo, se deja bastante presidio. Pasados de allí á las tierras de los Siracos y atravesado el río Panda, pusieron sitio á la ciudad de Uspe, situada en alto y fortalecida de buenos fosos y murallas, salvo que éstas no eran de piedra, sino de zarzos de ambas partes y terraplenados en medio, ni hábiles al fin para resistir asaltos. Y así, arrimándoles algunas torres de madera de tanta altura que sobrepujaban los muros, los soldados romanos dentro de ellas con hachos de fuego, dardos y otras armas arrojadizas, ponían en desorden y confusión á los sitiados; tal, que si no sobreviniera la noche, fuera en un mismo día la ciudad acometida y tomada.

El día siguiente enviaron embajadores pidiendo perdón

(1) Estrabón cuenta á los Dandarides entre los Meotas, pueblos Sármatas que habitaban en la costa oriental del mar de Azof (Palus-Meotides), entre el Kuban y el Don ó Tanais.

(2) Todos estos reinos están situados á lo último de Europa, hacia el río Tanais.—*Nota del T. E.*

y la vida para los hombres libres, dejando á discreción diez mil esclavos que había dentro. No se aceptó esta condición, porque parecía crueldad matar los rendidos, y no matándolos, imposible guardar bien tanta multitud. Y así, deseando hacerlos morir con razón de guerra, se dió la señal á los que ya habían escalado el muro para que los pasasen á cuchillo. El estrago de los Uspenses espantó á todos los demás, considerando que no había lugar seguro, pues que no menos que las personas quedaban también sobrepujadas y sujetas al mismo ímpetu y furor las armas, las murallas, eminencia de sitios, ríos caudalosos y ciudades fuertes. Zorsines, habiendo bien considerado lo que le estaba mejor, favorecer las cosas de Mitrídates reducidas á última desesperación, ó proveer á las de su reino paterno, en prevaleciendo en él la comodidad y provecho de su gente, dando rehenes, vino á postrarse de hinojos ante la imagen de César con mucha gloria del ejército romano, el cual, sin perder gota de sangre de los suyos, es cosa cierta que se hallaba victorioso menos de tres jornadas del río Tanais. Mas no fué tan felice la vuelta, porque algunas naves que venían por aquel mar, arribando á las riberas de los Tauros, fueron presas de aquella gente bárbara, á cuyas manos murió el prefecto de una cohorte y muchos centuriones.

Mitrídates en tanto, faltándole el socorro de las armas, consulta y discurre entre sí la persona cuya misericordia le convenía más experimentar. Tienta á su hermano Cotis, como á quien, sobre haberle sido antes traidor, entonces le era declarado enemigo. De los Romanos no había en el ejército ninguno de tanta autoridad á cuyas promesas se debiese dar entero crédito. Y resolviéndose acudir á Eunón, con quien no tenía enemistades particulares y se hallaba en gran reputación por la nueva amistad que había asentado con nosotros, acomodándose de hábito y de aspecto conveniente á la presente fortuna, entra en su palacio, y abrazado con las rodillas de Eunón, le dice estas pa-

labras: «Aquel Mitrídates, perseguido de los Romanos tan largos años por mar y por tierra, viene ahora voluntariamente á ponerse en tus manos. Haz lo que te pareciere del sucesor del gran Aquemenes; que esto sólo no me han podido quitar mis enemigos.»

Mas Eunón, conmovido del esplendor de aquel varón y de la mudanza de su fortuna, y no menos de los generosos ruegos de que usaba, levanta y anima al suplicante, loándole el haber escogido al pueblo Adorso para alcanzar perdón por medio de su amistad. Despacha tras esto embajadores á Roma con cartas para César de este tenor: «Que la conformidad y semejanza de la fortuna fué siempre la primer ocasión de amistad entre los emperadores romanos y los reyes de otras grandes naciones; mas que la que había entre él y Claudio procedía de la verdad con que se podía llamar común aquella victoria: que no era posible dar más generoso fin á una guerra que perdonando al enemigo: que en prueba de esto no se le quitó cosa alguna de su estado al vencido Zorsines. Y que así, conociendo por mayor el delito de Mitrídates, no pedían para él otra cosa que la vida y no ser llevado en el triunfo.»

Claudio, aunque era benigno con la nobleza extranjera, estuvo todavía dudoso entre si recibiría al preso con el perdón de la vida, ó si le conquistaría con las armas. De la una parte le obligaba el dolor de la injuria y deseo de venganza; de la otra discurrían algunos «el yerro que era emprender una guerra tan apartada por caminos difíciles, la mar sin puertos, los reyes feroces, el pueblo vagabundo y sin asiento, el país estéril, donde de la tardanza resultaría pesadumbre, y de la presteza peligro: aventurábase á ganar poco loor con la victoria, y á padecer con la pérdida gran mengua de reputación: que era mejor aceptar las condiciones ofrecidas, y conceder la vida á un foragido: que cuanto ella más le durase en su pobreza, tanto más continuado y largo sería el castigo.» Persuadido Claudio con

estas razones, escribió á Eunón «que Mitrídates verdademente merecía tal castigo, que pudiese servir de ejemplo á los demás, y que no le faltaban fuerzas para dársele; mas que los antiguos Romanos se habían preciado siempre de ser tan fieros y rigurosos contra los enemigos, cuanto benignos y fáciles con los que se ponían humildes en sus manos, y que los triunfos no se alcanzaban sino después de haber sojuzgado pueblos y reinos enteros.»

En recibiendo esta carta fué entregado á los nuestros Mitrídates y llevado á Roma por Junio Silón, procurador de Ponto. Díjose que habló Mitrídates á César con mayor libertad de lo que pedía su fortuna. Y el vulgo engrandeció sus palabras, afirmando que fueron éstas: «No pienses, oh César, que he sido yo enviado á tu presencia; de mi voluntad vengo, y si no lo crees, suéltame y venme á buscar.» La misma entereza mostró en el aspecto, sin dar algunas señales de temor mientras rodeado de guardas fué mostrado *pro rostris* al pueblo. A Silón se dieron por decreto las insignias consulares, y á Aquila las pretorias.

En este mismo consulado Agripina, tenaz en el aborrecimiento, y enemiga mortal de Lolia por haber competido con ella en el casamiento del príncipe, inventa delitos, y halla acusador que la culpe de haber consultado con Caldeos y Magos, y de haber interrogado al simulacro de Apolo Clario sobre el matrimonio con el emperador. Con esto Claudio, sin oir á la culpada, después de haber dicho en el senado muchas cosas de su nobleza, y como era hija de una hermana de Lucio Volusio y bisnieta de un hermano de Cota Mesalino, que había sido casada con Memmio Regulo, callando de industria su casamiento con Cayo César, añadió que los consejos y designios de aquella mujer eran perniciosos á la república, y que así, conviniendo el apartar de ella toda ocasión de maldad, convenía también confiscar los bienes á Lolia y desterrarla de Italia. Con que de todas sus inmensas riquezas no se le dejó más que por valor de

ciento y cincuenta mil ducados (cinco millones de sextercios) (1). Fué también destruída Calpurnia, mujer ilustre, porque el príncipe sin algún mal pensamiento, en cierta conversación acaso la alabó de hermosa, que fué causa de que la violencia de Agripina no llegase á hacer contra ella todo lo que podía. A Lolia se le envió un tribuno para que la hiciese morir. Cadio Rufo, acusado por los Bitinios, fué también condenado por la ley de residencia.

A los de la Galia Narbonense, por el notable respeto y reverencia que habían mostrado siempre para con el senado, se concedió el mismo privilegio de que gozaban los Sicilianos, esto es, que pudiesen ir á visitar sus haciendas sin licencia del príncipe (2). Los Itureos y Judíos, muertos sus reyes Soemo y Agripa, fueron agregados á la provincia de Siria. Decretóse que el agüero de la salud (3), olvidado ya por veinticinco años, se renovase y se continuase para lo de adelante. Acrecentó Claudio el circuito de Roma (4)

---

(1) Plinio refiere, á propósito de Lolia, que en una cena de bodas se presentó á los convidados con un adorno de perlas y esmeraldas que valía cuarenta millones de sextercios. Sus inmensas riquezas eran fruto de los escandalosos robos de su abuelo Lolio.

(2) Ni aun en los tiempos de la república ningún senador podía viajar sino con licencia ó como delegado del gobierno. Los emperadores limitaron todavía este derecho, y Claudio se reservó el concederlo á sí solo y sin el concurso del senado, como se había verificado hasta entonces.

(3) Especie de adivinación que se empleaba cuando la república gozaba de una paz completa para saber si aprobaban su continuación los dioses.

(4) Hízolo después que se hubo agregado al imperio la Bretaña. He aquí la inscripción en que se testifica este hecho:

TI. CLAVDIVS
DRVSI. F. CÆSAR
AVG. GERMANICVS
PONT. MAX. TRIB. POT.
VIII. IMP. XVI. COS. IIII
CENSOR PP
AVCTIS. POPVLI. ROMANI
FINIBVS POMERIVM
AMPLIAVIT. TERMINAVIT.

al uso antiguo, que daba facultad á quien aumentaba el imperio de poder ensanchar también los términos de la ciudad. Si bien ninguno de los capitanes romanos, aun después de haber sojuzgado grandes naciones, se valió de este privilegio, si no fueron Lucio Sila y el divo Augusto.

Por lo que toca á los reyes, hay varias opiniones si lo hicieron por vanagloria ó porque realmente sus acciones lo mereciesen. Mas no será fuera de propósito dar cuenta del primer circuito que tuvo Roma, y cuál fué el que Rómulo le dió. Abrióse, pues, un surco para designar con él el ámbito que había de tener la ciudad, desde el mercado de los bueyes, donde hasta hoy se ve aquel toro de bronce, porque este animal es propio para el arado, que abrazaba el gran altar consagrado á Hércules. De allí se fueron poniendo piedras á trechos y espacios determinados, bajando por las raíces del monte Palatino hasta el altar de Conso (1). De allí á las curias viejas (2), y después á la capilla de los dioses Lares. Porque se tiene por cierto que la plaza llamada Foro romano y el Capitolio no fueron agregados á la ciudad por Rómulo sino por Tito Tacio. Después de esto el

---

Tanto en la lápida que acabamos de trascribir, copiada de las anotaciones de la edición castellana, como en el texto latino de Tácito, se usa la voz *pomærium*, que traduce nuestro Coloma por circuito. «Si se atiende tan sólo á lo etimología, dice T. Livio, la palabra *pomærium* significa que está detrás de las murallas. Sin embargo, se la emplea para designar el espacio sin edificar que los Etruscos consagraban al construir una ciudad y que la circuía tanto interior como exteriormente.»

(1) Era el mismo dios á quien se adoraba también con el nombre de Neptuno ecuestre, y cuya fiesta sirvió de pretexto para el robo de las Sabinas. Como dios del consejo, tenía en el gran circo un altar medio hundido en el suelo para dar á entender que los designios deben ser secretos.

(2) Nombre que se daba á las curias edificadas por Rómulo. Las curias eran los edificios donde se reunían en días determinados los miembros que formaban una curia, ya para ofrecer sacrificios á los dioses, ya para celebrar comidas en común. Había, además de ellas, la en que se reunía el senado.

circuito de Roma se ha ido aumentando conforme á sus riquezas y buena fortuna, y los términos que entonces le puso Claudio son fáciles de conocer, fuera de que se hallan escritos en los libros de los actos públicos.

En el consulado de Cayo Antistio y de Marco Suilio, por obra y autoridad de Palante se solicitó la adopción de Domicio. Dependía Palante absolutamente de Agripina, como medianero de su matrimonio, y hallábase con nueva obligacion y atadura por el adulterio que cometía con ella: «á cuya causa incitaba á Claudio á que proveyese á la necesidad de la república, rodeando de fuerzas suficientes la niñez de Británico: que de esta manera florecieron para con el divo Augusto los hijos de su mujer, aunque pudiera hacer fundamento en sus nietos propios; y Tiberio, antes que á su natural descendencia, se había resuelto en adoptar á Germánico: que no le convenía menos á él armarse de un mancebo capaz de llevar sobre sus hombros parte de la carga.» Vencido, pues, de estas razones Claudio, prohijando á Domicio, le antepone á su propio hijo Británico con solos dos años más de edad, después de haber hecho sobre esto una oración en el senado, fundándola en las mismas razones que le había infundido el liberto. Notaban los curiosos que no se hallaba otra adopción hasta entonces en el linaje de los Claudios Patricios, habiéndose contiuuado por sucesión desde Ato Clauso.

Diéronse con todo gracias al príncipe, aunque con más exquisita adulación para con Domicio, haciendo ley que pasase á la familia Claudia con nombre de Nerón. Agripina fué engrandecida también con el sobrenombre de Augusta. Hechas estas cosas, no quedó hombre alguno tan sin piedad que no se compadeciese de la mala fortuna de Británico. El cual, dejado sólo poco á poco hasta de sus oficiales esclavos, á quien, por apartarlos de él, sin sazón ni tiempo ocupaba su madrastra en mayores oficios, conociendo la falsedad, lo recibiría como por menosprecio suyo. Porque,

según dicen, no dió muestras de tener poco entendimiento, ó por ser ello así, ó porque la compasión común de sus peligros le conservó en esta opinión, sin que llegase á experimentarla.

Mas Agripina, por hacer ostentación de su grandeza hasta en las naciones confederadas, manda que en una villa de los Ubios donde ella había nacido, se junten los soldados veteranos en forma de colonia, y se funde allí una ciudad á quien hizo llamar de su nombre. Y acaso había sucedido que cuando pasó esta nación de esta parte del Rhin, fué su abuelo Agripa el que la recibió debajo de su protección y amparo. En estos mismos tiempos hubo alguna alteración y miedo en la superior Germania, por la bajada que hicieron los Catos, robando y destruyendo la tierra, con cuyo aviso Lucio Pomponio, legado de aquella provincia, añadidos á las gentes de socorro de los Vangiones y Nemetos (1) los caballos legionarios, los advirtió á que con diligencia se opusiesen á los enemigos que saqueaban la tierra, y que si los hallaban desbandados, rodeasen de improviso y acometiesen por todas partes. Siguió la industria de los soldados al consejo de su capitán, porque divididos en dos tropas, los que tomaron por el camino de la mano izquierda embisten y rompen á los enemigos, al mismo tiempo que, acabando de llegar cargados de presa, se entregaban en poder de los deleites y del sueño. Aumentó el gusto de este suceso el haber librado de servidumbre á algunos soldados de los que cuarenta años antes se perdieron en la rota de Varo.

Mas los otros que habían tomado por la mano derecha, que era el camino más corto, encontrando por frente al enemigo, que se atrevió á hacerles rostro, hicieron en él mayor estrago: con que cargados de presa y reputación, dieron la vuelta al monte Tauno, donde Pomponio los espe-

(1) Hoy los de Vorms y Espira.—*Nota del T. E.*

raba con las legiones, por si los Catos, con deseo de vengarse, diesen ocasión para venir á la batalla. Mas ellos, por temor de no ser cogidos por una parte de los Romanos y por otra de los Queruscos, con quien están en perpetua guerra, enviaron embajadores y rehenes á Roma, y á Pomponio (1), de quien no quedó otra fama á sus sucesores sino de gloria de poesía, fué decretado el honor triunfal.

Por el mismo tiempo Vanio, á quien Druso César había hecho rey de los Suevos, fué echado del reino, habiendo sido muy estimado antes y amado de sus súbditos; mas aumentándole la soberbia la duración del dominio, ellos mismos le hicieron traición, tanto por haberse hecho aborrecer de sus vecinos, como por las discordias domésticas. Fueron los autores Vibilio, rey de los Hermonduros, y Vangión y Sidón, sobrinos del mismo Vanio, hijos de una hermana suya. Y Claudio, aunque rogado diversas veces, no quiso poner sus armas entre las discordias de aquellos bárbaros; sólo prometió á Vanio seguro refugio cuando quedase vencido. Escribió con todo eso á Publio Atilio Histro, gobernador de Panonia, que alojase una legión y el mayor golpo de gente auxiliaria que pudiese escoger de la provincia sobre la ribera del Danubio, por socorro de los vencidos y espanto de los vencedores; para que, ensoberbecidos en los sucesos prósperos, no se atreviesen á perturbarnos nuestra paz; visto que de cada día iban bajando grandes fuerzas y multitud de Ligios y otras naciones á la fama de aquel reino lleno de riquezas, aumentadas en espacio de treinta años por Vanio con ladronicios y tributos. Las fuerzas de Vanio consistían en gente de á pie de sus vasallos: la caballería que le servía eran Sarmatas Jacigios, muy inferiores á la cantidad de los enemigos, á cuya causa había determinado de retirarse á las fortalezas y alargar la guerra.

Mas los Jacigios, impacientes de estar cercados, co-

(1) Fué poeta trágico.

rriendo en torno las campañas, le pusieron en necesidad de venir á la pelea; obligado también de ver que los Ligios y Hermonduros acometían por aquella parte. Salido, pues, Vanio de sus fuertes y venido á batalla, fué roto, aunque con harta loa en su adversa fortuna de haber peleado valerosamente y recibido honradas heridas, haciendo rostro al enemigo. Mas viendo que ya no era de provecho su resistencia, se retiró á la armada que le esperaba en el Danubio. Y seguido después de los de su bando, pobló en Panonia, donde se les asignaron tierras en que vivir. Dividieron entre sí el reino Vangión y Sidón, conservándose en señalada fidelidad para con nosotros; mas con sus súbditos, ó por defecto suyo ó por naturaleza de aquellos pueblos, siendo amados al principio con gran afecto, fueron con otro mayor aborrecidos después.

Por otra parte, llegado Publio Ostorio, vicepretor, á Inglaterra, halló todas las cosas en conocida confusión y desorden, corriendo y devastando los enemigos las campañas de los confederados, con tanta mayor violencia, cuanto que por ser el capitán nuevo, sin conocer aún su ejército y con el invierno en casa, tenían menos temor de ser acometidos por nuestras fuerzas. Mas Ostorio, sabiendo que los primeros sucesos suelen engendrar confianza ó temor, sacando en campaña con gran velocidad algunas cohortes, va á buscar al enemigo; y muertos los que hicieron resistencia, sigue á los que andaban desbandados por impedir que no se volviesen á juntar otra vez. Y porque la paz ofensiva y poco fiel no concedía quietud al capitán ni á los soldados se apareja á quitar las armas á los sospechosos y á tenerlos refrenados, rodeándolos con los alojamientos, como ya lo estaban de los dos ríos Antona y Sabrina (1). Los Icenos, gente valerosa y no trabajada hasta entonces en ninguna

(1) Este último es el Saverne. El Auvora, no Antona como leyó nuestro traductor, se cree ser el Avón, afluente del Saverne, si

guerra, fueron los primeros que rehusaron de obedecer, como más ofendidos que otros por haber venido voluntariamente á nuestra amistad; y con su ejemplo hicieron lo mismo las naciones circunvecinas, eligiendo un puesto para pelear, rodeado de una cierta forma de trincheras que suelen hacer los villanos para guardar sus campos, y con la entrada angosta para dificultar el paso á los caballos. El capitán romano, puesto que hallándose sin el nervio de las legiones tenía solamente consigo la gente auxiliaria, se prepara á embestir á aquellas fortificaciones; y dispuestas las cohortes al asalto, sirviéndose en aquella ocasión también de sus caballos, dada la seña, rompen los nuestros los reparos y deshacen á los enemigos, hallándose embarazados en sus propias defensas. Los cuales, por la mancha que les ponía á sus conciencias la rebelión, y viendo que les tenían tomados todos los pasos, hicieron grandes y señaladas pruebas de su valor. Marco Ostorio, hijo del legado, ganó la honra de haber salvado en la pelea un ciudadano romano.

Con la rota de los Icenos, acomodadas las cosas hasta en los ánimos que más vacilaban entre la paz y la guerra, pasó el ejército contra los Cangios (1), donde se robó y taló la tierra, no atreviéndose los enemigos á presentar la batalla; y si tal vez con estratagemas ó emboscadas acometían á los desbandados, pagaban siempre la pena de su atrevimiento. Ya se había acercado Ostorio á la costa de la mar que mira á la isla de Hibernia, cuando le llamaron á sí las discordias nacidas entre los Brigantes (2), con firme resolución de no ponerse á nuevas empresas hasta haber dado fin á las pri-

---

bien Cambden y Cellarius son de parecer que es el Nen ó Nyne que pasa por Northampton y desagua en el mar del Norte.

(1) Habitaban al Norte del país de Gales, cerca de los Ordoviscos.

(2) Residían al Norte de los Cangios y de los Ordoviscos, en los que son en el día condados de Lancaster, Cumberland, Durham y York.

meras. Mas los Brigantes, muertos algunos de los que primero tomaron las armas, se sosegaron por virtud del perdón que se concedió á los demás. A la gente de los Siluros (1), que ni por severidad ni por clemencia mudaba de propósito, para dejar de hacer la guerra, convino apretar asentando en sus tierras los alojamientos de las legiones; y por efectuarlo con mayor facilidad y presteza, Ostorio fundó en el país conquistado al enemigo una colonia de buen golpe de valerosos soldados veteranos, llamada Camaloduno (2), para servirse de ella de socorro contra los rebeldes, y de acostumbrar á los confederados á vivir conforme á las leyes.

Pasó después contra los Siluros, los cuales, á más de su natural ferocidad, fiaban mucho en la fuerza y poder de Caractaco; á quien no menos los sucesos dudosos que los prósperos habían engrandecido de manera que excedía á todos los demás capitanes ingleses. Este, superior en las astucias y en la noticia de la tierra, aunque muy inferior en el valor de los soldados, pasó la guerra á los Ordovicas, arrimándosele también los que temían nuestra paz. Y así, resuelto en llegar al último trance, ocupó un puesto con la entrada y la salida dañosas para nosotros y aventajadas para él. Entonces aloja su ejército en unos montes de difícil subida, fortificando los pasos por donde se podía penetrar más fácilmente con levantar una cierta forma de trincheras de piedra. Por frente corria un río con vados inciertos y peligrosos, y detrás de los reparos se pusieron diferentes tropas de gente escondida de aquellas naciones. Andaban las cabezas y capitanes rodeando á los suyos, exhortándolos, aliviándoles el temor y aumentándoles las esperanzas

(1) Habitaban el Mediodía del país de Gales, entre el Saverne y el mar de Irlanda.

(2) Según unos Colchester, pero según los citados Cambden y Cellarius es Malden, más abajo de Colchester, hacia el Sur y en el país que habitaban los Trinobantes.

con todo aquello que se suele decir para mover los ánimos militares á pelear con valor y resolución. Caractaco, corriendo por todas partes, «juraba que aquel día la batalla había de recuperarle la libertad ó ser principio de una eterna servidumbre. Invocaba también los nombres de sus predecesores que echaron de la isla á César, dictador, por virtud de los cuales vivían exentos de los segures y tributos romanos, y se conservaban los cuerpos de sus mujeres é hijos incorruptos y enteros.» A estas ó semejantes palabras gritaba el vulgo, jurando todos según los ritos de su propia religión que nadie desampararía su puesto por armas ni por heridas.

Maravilló al capitán romano la prontitud y alegría grande de los enemigos, y de nuevo le espantaba el río que tenía delante, la fortaleza de las defensas, la altura de los montes y el ver todas las cosas llenas de peligrosas y casi invencibles dificultades. Los soldados pedían á voces la batalla, asegurando que todo aquello era fácil de vencer con el valor: y el decir lo mismo los prefectos y tribunos, acrecentaba mucho el ardor del ejército. Ostorio, reconocidos primero los lugares inaccesibles y los que se podían penetrar, saca fuera los soldados á grados y bien dispuestos, y pasa sin dificultad el río. Mas en llegando á los reparos, mientras se peleó con las armas arrojadizas llevaron los nuestros lo peor y hubo de nuestra parte más muertos y heridos; pero en formando la tortuga con los escudos (1), y pudiendo echar á una parte y á otra aquellas piedras bastas y mal compuestas de las trincheras, y finalmente en llegando á las manos sin ventaja, los bárbaros se retiraron á las cumbres de los montes. Pero allí fueron también acometidos de

(1) Hacer la tortuga era cubrirse todos con escudos las cabezas, y recibir sobre ellos y ellas á otros soldados que peleaban de más alto.—*N. del T. E.*—Véase en nuestra edición de Salustio la nota 70 á la *Guerra de Jugurta*, en que se explica con alguna mayor extensión qué era y cómo se formaba aquélla.

los nuestros tanto por los armados á la ligera como por los de grave armadura: aquéllos con todo género de armas arrojadizas, y éstos en ordenanza cerrada: estando en contrario turbadas las escuadras inglesas; porque entre ellas no había coseletes ni celadas con que cubrirse de los golpes; y si tentaban el defenderse de nuestros auxiliares, los legionarios los derribaban con los dardos y con las espadas, y los que escapaban de éstos, quedaban muertos por los montantes y picas de los auxiliarios (1). Fué nobilísima esta victoria, y quedando en prisión la mujer y una hija de Caractaco, fueron poco después recibidos sus hermanos á merced.

Él, pues, como quiera que todas las cosas son poco seguras en la adversidad, habiendo recurrido á la fidelidad de Cartismandua, reina de los Brigantes, fué preso y entregado al vencedor nueve años (2) después que se comenzó la guerra en Inglaterra. De donde pasada la fama de su nombre á las islas y provincias circunvecinas, era celebrado hasta en Italia, deseando ya cada cual ver á un hombre que por tantos años había menospreciado nuestras fuerzas. Estaba también en Roma en gran estima el nombre de Caractaco; y César, mientras ensalzaba el honor propio, añade reputación al vencido; porque convocado el pueblo como para

(1) Los que traduce Coloma por montantes, *spathæ*, eran unas espadas largas y anchas de dos filos y con punta muy aguda, bastante parecidas á las espadas que usa la caballería, aunque algo más cortas. La pica, *hasta*, era una especie de lanza, ó mejor acaso venablo ó lanza corta, que servía para herir de cerca y que se usaba además como arma arrojadiza. Componíase de tres partes distintas, á saber: la cabeza, *cuspis*, de bronce ó de hierro, el asta, por lo común de madera de fresno, y el regatón, también de metal, que servía para fijarla verticalmente en el suelo y de arma ofensiva cuando se rompía la punta.

(2) Parece haber error en este número, pues habiendo empezado la guerra en el tercer consulado de Claudio y segundo de L. Vitelio, no habían transcurrido desde entonces más que siete años.

un famoso espectáculo, puestas en armas las cohortes pretorias en la plaza que está delante los alojamientos, comparecieron primero los criados y allegados del rey, los aderezos y jaeces de sus caballos, las cadenas y collares de oro, y otras cosas de este género, ganadas por él en las guerras extranjeras; seguían sus hermanos, su mujer y su hija, y finalmente fué mostrado él mismo. Los ruegos de todos los otros no correspondieron á la nobleza de sus linajes; tanto fué lo que se mostraron temerosos. Mas Caractaco, no dando ni en el rostro ni en las palabras señal alguna de pedir misericordia, llegando junto al tribunal donde estaba César, habló de esta suerte:

«Si como no me ha faltado nobleza y buena fortuna, hubiera yo tenido discreción para saberme moderar en las »prosperidades, fuera posible haber venido á esta ciudad »antes amigo que prisionero. Ni te hubieras desdeñado, oh »César, de recibir con estas condiciones de paz á un hom»bre de ilustres y claros antepasados, y que mandaba á »tantas naciones. Mi presente calamidad, cuanto es más »miserable para mí, tanto es para tí gloriosa y magnífica. »Tuve caballos, vasallos, armas y riquezas; ¿qué maravilla »si lo he perdido todo á pesar mío? ¿Por ventura sólo por»que queréis mandar á todos se sigue que todos han de ad»mitir voluntariamente la servidumbre? Si yo me hubiera »rendido y entregado desde el principio, ni mi fortuna ni tu »reputación campearan tanto. A mi muerte seguirá luego »el olvido; mas si me concedes la vida, quedaré por eterno »ejemplo de tu clemencia.» Dichas estas palabras por Caractaco, César le perdonó á él, á su mujer y á sus hermanos; los cuales, sueltos de las cadenas, fueron todos á dar las gracias á Agripina que estaba en otro tribunal aparente y alto, no lejos del de César, usando de los mismos loores y agradecimientos que habían usado con su marido. Cosa verdaderamente nueva y repugnante á la costumbre de los antiguos el ver á una mujer sentada entre los estandartes y

banderas romanas: mas ¿qué mucho si se atrevía á decir públicamente que era compañera en el imperio, fundado por sus antepasados?

Después de esto, mandados juntar los senadores, hicieron largos y magníficos discursos engrandeciendo la prisión de Caractaco, y pintando aquel espectáculo por no menos noble y digno de memoria que cuando Publio Scipión mostró al pueblo el rey Sifaze, Lucio Paulo á Perseo, ó cualquier otro en que los antiguos capitanes mostraron reyes presos y vencidos al pueblo romano. A Ostorio se dieron las insignias triunfales, cuya fortuna, pasando hasta entonces prósperamente, mudó después de forma, ó porque, quitado de por medio Caractaco, dando los nuestros por acabada la guerra, se tuviese menos cuenta de lo que fuera razón con la disciplina militar, ó porque los enemigos, por la compasión de tan gran caudillo, quedasen más animados á la venganza. Porque habiendo cercado por todas partes al prefecto del campo y á las cohortes legionarias que Ostorio había dejado en los Siluros, con orden de levantar algunos fuertes en lugares y puestos acomodados, si los que estaban en los villajes y castillos vecinos no acudieran prestamente al socorro, fueran todos pasados á cuchillo. Con todo eso, murieron allí el prefecto y ocho centuriones con la gente más valerosa y granada de todos los manípulos. Poco después rompieron también á nuestra gente que forrajeaba y á las compañías de caballos que le hacían escolta.

Con este aviso envió Ostorio contra el enemigo las cohortes de infantería más desembarazadas: y no fueran de provecho para detener á los fugitivos, si las legiones no se opusieran en batalla y mostraran el rostro; con cuyas fuerzas al principio se igualó la refriega y después llevamos nosotros lo mejor, si bien pudo huir el enemigo con poco daño por beneficio de la noche. Hubo después de éstos varios reencuentros, y lo más de ordinario á modo de ladronicios,

por los bosques y por los pantanos, según que la suerte ó la virtud ofrecía ocasión al valor de cada uno. Unas veces llevados de temeridad impensada; otras del deseo de la presa, ya con orden de sus cabezas, y ya sin ella: todo esto con particular obstinación de los Siluros, que andaban irritados de ciertas palabras que se publicó haber dicho el capitán romano, es á saber: «que así como en otro tiempo habían sido extirpados de su patria los Sicambros y trasportados á la Galia, asimismo convenía destruir y acabar del todo el nombre de los Siluros.» Encendidos, pues, con esto, deshicieron dos cohortes de auxiliarios, que por avaricia de sus capitanes andaban robando con poco recato, y prendieron muchos; con cuya libertad, y con el beneficio de restituir la presa, procuraban obligar á la rebelión á las demás naciones; cuando Ostorio, cansado de la pesadumbre de tantos cuidados, dejó los de la vida, no sin gran alegría de los enemigos, que le tenían por capitán de estima, y porque, si no en batalla, era al fin muerto en la guerra.

Sabida por César la muerte del legado, porque la provincia no estuviese sin gobernador, envió en su lugar á Aulo Didio, el cual, pasando allá con diligencia, halló las cosas aún en peor estado que las había dejado su antecesor. Había peleado entretanto desgraciadamente la legión que estaba á cargo de Manlio Valente, y los enemigos engrandecían la fama de aquel suceso por dar terror al nuevo capitán; y aun él hacía lo mismo en orden á ganar mayor loor cuando por su medio se apaciguasen aquellas inquietudes y á tener más justa excusa en el suceso contrario. Hecho este daño por los Siluros, corrían largamente la tierra, hasta qae fueron rechazados por Didio, que salió contra ellos. Después de la prisión de Caractaco, el mejor capitán que les quedaba á los enemigos era Venusio, de la ciudad de los Brigantes; fiel, como dije arriba, mucho tiempo á los Romanos, y defendido de sus armas mientras tuvo por mujer á la reina Cartismandua: mas nacida

después discordia entre ellos, ó inmediatamente la guerra, había tomado también las armas contra nosotros; y Cartismandua, con astucias, prendió al hermano y otros parientes de Venusio. Con esto, encendidos los enemigos y estimulados de la ignominia que les causaba el sujetarse al imperio de una mujer, con un ejército de escogida y generosa juventud le acometen el reino. Mas antevisto por los nuestros este peligro, y enviadas en socorro de la reina las cohortes romanas, tuvieron una batalla bien reñida, cuyo principio dudoso tuvo muy alegre fin. Peleó con igual suceso la legión que gobernaba Cesio Nasica; porque á Didio, cargado de años y lleno de honras, le bastaba hacer la guerra por ministros y tener apartado al enemigo. He juntado las cosas de estos dos vicepretores, Ostorio y Didio, aunque sucedidas en muchos años, por la dificultad que causara el dividirlas para retenerlas en la memoria.

Volviendo ahora á la orden de los tiempos, digo que siendo cónsules Tiberio Claudio la quinta vez, y Servio Cornelio Orsito, se anticipó el dar á Nerón la toga viril (1) para que pareciese con esto capaz de ocuparse en el manejo de los negocios públicos. Y César en esta parte se dejó vencer con facilidad por la adulación del senado, que Nerón pudiese administrar el consulado á los veinte años de su edad, y que entretanto, nombrado así para cónsul, tuviese fuera de Roma la autoridad proconsular, y que fuese llamado príncipe de la juventud. Dióse tras esto en su nombre el donativo á los soldados y á la plebe el congiario. A los juegos del circo, que se celebraban en orden á granjear el favor del vulgo, fueron llevados Británico, vestido con la vestidura pueril llamada pretexta, y Nerón en hábito triunfal, para que viendo el pueblo al uno con traje de emperador y al otro de muchacho, supiese lo que había de creer de

(1) Nerón entraba á la sazón en los catorce años, y la toga viril no sé tomaba hasta cumplidos éstos.

la fortuna de entrambos. Los centuriones y tribunos que mostraban compadecerse de la mala fortuna de Británico fueron removidos de sus oficios, unos con causas fingidas, y otros so color de acrecentamientos. Y cuanto á los libertos, si sabían de algunos que conservasen para con su señor lealtad y fe incorrupta, al momento los despedían y apartaban con los mismos pretextos. Encontrándose una vez Nerón y Británico, Nerón saludó á Británico por su nombre y él le llamó Domicio. Esto, como origen y principio de discordias, contó Agripina á su marido con mucho sentimiento, diciendo: «que se menospreciaba la adopción; que se anulaba en casa del príncipe lo que se había hecho con decreto del senado y voluntad del pueblo, y que si no se castigaba la malicia de los que aconsejaban á Británico el usar de tan injuriosas palabras, reventaría con daño universal de la república.» Alterado, pues, Claudio con estas cosas y acriminándolas por graves delitos, hizo morir y desterrar á los mejores maestros que tenía su hijo, entregándole en poder de maestros escogidos por su madrastra.

No se atrevía con todo eso Agripina á poner en ejecución las cosas de mayor consideración que tenía trazadas, hasta quitar del cargo de los pretorianos á Lusio Geta y Rufio Crispino, los cuales creía que acordándose de los beneficios recibidos por Mesalina, serían obligados y dependientes del todo de sus hijos. Y así, mostrando á Claudio que las cohortes, con la ambición de dos cabezas, podían dividirse en parcialidades, y que se conservaría mejor la disciplina militar gobernándolas uno solo, hizo de suerte que al fin se transfirió el cargo de aquellas guardias en Burrho Afranio, hombre señalado en cosas de guerra, mas que no ignoraba á instancia de quién había alcanzado aquel puesto. Quiso también Agripina señalar más altamente su grandeza y majestad con subir al capitolio en carroza; cosa concedida antiguamente á solas las sacerdotisas y á las estatuas consagradas á los dioses, y que aumentó grandemente la ve-

neración de esta mujer, la cual, con ejemplo único hasta nuestros días, fué hija, hermana, mujer y madre de emperador. Entre estas cosas, su principal defensor y gran privado Vitelio, ya en la última vejez (tan incierto y peligroso es el estado de los grandes) fué acusado por Junio Lupo, senador, de majestad ofendida y de haber deseado el imperio. Y hubiera dado oídos César á esta acusación, si dejándose llevar más de las amenazas que de los ruegos de Agripina, no se doblara á castigar al acusador con prohibirle el agua y el fuego. No quiso Vitelio que se le diese mayor castigo.

Sucedieron aquel año muchos prodigios. Pusiéronse sobre el capitolio aves infaustas y de mal agüero. Cayeron muchas casas por los continuos terremotos, y mientras va pasando de sus límites el temor con la huída universal y confuso tropel del vulgo, quedaron oprimidos los más débiles. La esterilidad de la cosecha y la hambre que de esto resultó, era también tomado por prodigio; tal, que no contentándose el pueblo con hacer sus quejas en secreto, hallándose un día Claudio en su tribunal administrando justicia, le cercan por todas partes con gritos sediciosos, llevándole de vuelo hacia un rincón de la plaza, le apretaban allí, hasta que hubo de romper con una tropa de soldados de su guarda por medio de aquella enfadosa muchedumbre. Es cosa cierta que en Roma no había que comer sino sólo para quince días; mas por la gran bondad de los dioses y blandura del invierno, que concedió libre comercio por la mar, la ciudad fué socorrida en su necesidad extrema. Y con todo eso es verdad que Italia solía proveer de vituallas á provincias muy distantes: ni ahora padecemos hambre porque la tierra sea menos fértil que entonces; mas queremos antes cultivar las provincias de África y Egipto, y poner la vida del pueblo romano á discreción de las naves y de la fortuna.

En este mismo año la guerra que se levantó entre los

Armenios y los Iberos fué ocasión de grandes movimientos entre los Partos y Romanos. Mandaba á la gente de los Partos Vologeso, el cual, nacido de una Griega, manceba de su padre, había por consentimiento de sus hermanos alcanzado el reino. Farasmanes tenía antigua posesión de los Iberos, y su hermano Mitrídates poseía con nuestras fuerzas á los Armenios. Tenía Farasmanes un hijo llamado Radamisto, de hermoso aspecto, gallarda disposición y fuerzas notables; y junto con esto, no estando mal instruído en las astucias de su padre, le hacían todas estas cosas famoso entre sus vecinos. Éste, con mayor atrevimiento y más de ordinario que debiera para encubrir sus ambiciosos deseos, solía decir que para gozar de un reino tan pequeño como el de Iberia era sobrada dilación la que le causaba la vejez de su padre. Sabido esto por Farasmanes, viéndole tan deseoso de reinar presto, y no temiendo menos de la prontitud y favor de sus vasallos para con él que de verse ya casi al fin de su vida, resuelto en alimentarle con otras esperanzas, le muestra el reino de Armenia y le trae á la memoria cómo después de echados los Partos le había dado él mismo á Mitrídates; mas que convenía á diferir la vía de fuerza y procurarle oprimir impensadamente con engaños. Siguiendo, pues, este consejo Radamisto, y fingiendo estas reñidas con su padre, como quien se hallaba incapaz de poder sufrir más los aborrecimientos de su madrastra, se va á su tío; del cual recibido con mucha benignidad y tratado como hijo, comienza á levantar los ánimos de los principales Armenios á deseo de novedades; mientras Mitrídates, no pensando en cosa menos que en recatarse de él, trataba de procurar su reconciliación.

Radamisto, tomando á la intercesión del tío por capa y color de su vuelta, torna á su padre y le da cuenta de cómo todo lo que se podía conseguir con engaño quedaba ya á punto, y que sólo faltaba lo que había de ejecutarse con las armas. Fingió en tanto Farasmanes las causas de la

guerra, conviene saber, «que cuando él la tuvo con el rey de los Albanos, acudiendo á los Romanos por socorro, le había su hermano hecho contrario; injuria que la determinan á vengar con su total destrucción.» Entrega tras esto un grueso ejército á su hijo, el cual hizo con él una entrada tan improvisa en Armenia, que obligó á Mitrídates á dejar la campaña y á retirarse al castillo de Gorneas; seguro por la fortaleza de su sitio, por la guarnición romana que se hallaba en él á cargo de Celio Polión, prefecto, y Casperio, centurión. De ninguna cosa tienen menos noticia los bárbaros que del uso de las máquinas y del arte de las expugnaciones, supuesto que nosotros tenemos muy bien entendida esta parte de la milicia. Y así Radamisto, habiendo probado las defensas de la plaza, no sólo en vano, pero á su costa, asentó sobre ella el sitio. Y viendo que los enemigos no tenían temor alguno de sus fuerzas, tentó la avaricia del prefecto, comprándole con dineros la entrega del castillo, no sin repugnancia grande de Casperio y protestas de que no permitiese que un rey confederado y un reino, dádiva del pueblo romano, se vendiesen infamemente por dinero. A lo último, porque Polión se excusaba con la multitud de los enemigos y Radamisto con las órdenes apretadas de su padre, asentadas primero treguas, se sale Casperio del castillo para ir, cuando no pudiese remover á Farasmanes de la guerra, á dar cuenta á Tito Umidio Quadrato, presidente de Siria, del estado en que se hallaban las Armenias.

Partido el centurión, quedando el prefecto á sus anchuras, como libre de la guardia, comenzó á exhortar á Mitrídates «que escuchase los conciertos, acordándole las obligaciones fraternales; que al fin Farasmanes era mayor de edad, que tenía por mujer á una hija suya, y juntamente era suegro de Radamisto; que no rehusarían los Iberos la paz, aunque superiores en fuerzas; que estaba harto conocida la poca fidelidad de los Armenios, pues como veía, no

le quedaba otro refugio que el de aquella fortaleza, y ésa falta de vituallas; y finalmente, que no quisiese aventurar con las armas lo que podía obtener sin sangre.» Mientras va difiriendo Mitrídates la resolución de cosa tan ardua, teniendo ya por sospechosos los consejos del prefecto, por haber tenido trato con una de sus concubinas, y reputándole á esta causa por hombre aparejado á cometer cualquier maldad por dinero, llega Casperio á Farasmanes, y le requiere que dé orden á los Iberos para que levanten el cerco. Él, respondiendo en público palabras de dos sentidos, y dándole algunas veces esperanza, adquiere con secretos mensajeros á Radamisto que solicite cuanto le sea posible la expugnación. Aumentóse entretanto el precio de la maldad; con parte del cual, sobornando Polión en secreto á los soldados, los induce á pedir la paz con amenazas de que se saldrían del castillo. Forzado Mitrídates con esta necesidad, señala el día y el lugar en que se habían de estipular los conciertos, y sale del castillo.

Radamisto, en viéndole, se le arroja en los brazos, y fingiendo obediencia y respeto, lo llama muchas veces suegro y padre. Añade á más de esto el juramento de no ejercitar contra él hierro ó veneno. Luego le lleva á un bosque sagrado cerca de allí, diciendo «que tenía en él preparado el sacrificio para autenticar la paz con testimonio de los dioses.» Usan aquellos reyes cuando hacen sus confederaciones asirse de las manos derechas, entremezclando los dedos unos con otros, y juntando los pulgares, se los atan estrechamente, hasta que, recogida en las puntas la sangre, con un ligero corte se sacan algunas gotas de ella, y se la lamen el uno al otro. Esta suerte de confederación y amistad se tiene por la más sacramental y estrecha, al fin, como consagrada con la propia sangre. Mas esta vez el que apretaba el lazo, haciendo como que caía, se abraza con las rodillas de Mitrídates y da con él en tierra, y en un punto acudiendo los demás, lo encadenan y ponen grillos

á los pies, cosa ignominiosa entre aquellos bárbaros. Luego el vu'go á quien él había tratado con aspereza, cargándole primero de vituperios, amenazaba de poner en él las manos, si bien no faltaban en contrario algunos que se doliesen de semejante mudanza de fortuna. Seguíale su mujer, y acompañada de sus pequeños hijuelos, rompía el airé con gemidos. Pónenlos en diversos carros cubiertos y cerrados hasta que Farasmanes ordenase lo que se había de hacer de ellos. El cual, vencido antes del deseo de reinar que del amor fraternal y aun del de su propio hijo, mostrando el ánimo pronto á ejecutar cualquier maldad, sola ésta le faltó por hacer; que al fin no quiso verlos matar ante sus ojos, y Radamisto, casi como acordándose del juramento, no ejercitó hierro ni veneno contra su hermana y tío, pero tendido en tierra, cubriéndolos con cantidad de ropa, los ahogó. Hasta los hijos de Mitrídates, porque habían llorado la desventura de sus padres, fueron degollados.

Quadrato, presidente, como se ha dicho, de Siria, avisado de la traición hecha á Mitrídates y de que ocupaban el reino los matadores, juntado el consejo, dió cuenta de lo sucedido, pidiendo los votos sobre si se había de tomar venganza. Pocos cuidaban del bien público, y los más, aficionados al partido más seguro, concordaban «en que se debían oir siempre con gusto las maldades cometidas por los bárbaros, y que convenía alimentar entre ellos enemistades, aborrecimientos; consejo usado diversas veces por príncipes romanos, los cuales, so color de liberalidad, concediéndoles la misma Armenia, les habían dado ocasión de varias disensiones y guerras. Que se gozase en buena hora Radamisto el reino mal ganado, infame y odioso á todos. El haberlo adquirido por tan malos medios, era de más provecho para los Romanos que si le hubiera ganado con reputación»; y al fin prevaleció este voto. Con todo eso, porque no pareciese que se aprobaba tan gran maldad, y medrosos de que mandase César contra lo acordado, se

despacharon mensajeros á Farasmanes para que saliese de los límites de Armenia, y sacase también de ella á su hijo.

Era en aquella sazón procurador de Capadocia Julio Peligno, por su vileza y cobardía y por la fealdad de su cuerpo despreciable y ridículo, aunque gran privado de Claudio, desde que, siendo hombre particular, gustaba de entretener su vil y floja ociosidad con la conversación de semejantes truhanes. Este, pues, juntado el mayor número de gente auxiliaria que pudo sacar de la provincia, y entrando en Armenia como para recuperarla, mientras se ocupa en robar y ofender antes á los aliados que á los enemigos, desamparado de los suyos y acometido por aquellos bárbaros, faltándole todo otro refugio y socorro, acude al mismo Radamisto; donde vencido y obligado de sus dádivas, por su propio motivo y sin ser requerido para ello, le incita y persuade á tomar las insignias reales, y él mismo asiste á la coronación, no sólo como autor de ella, sino como uno de los de la guardia de su persona. Divulgada la fama de esta indignidad y bajeza, porque no se pensase que todos los demás eran como Peligno, se envió á Helvidio Prisco (1), legado, con una legión, para que proveyese á aquellas cosas desordenadas y confusas conforme le aconsejasen el tiempo y las ocasiones. Pasado, pues, Helvidio con diligencia al monte Tauro, tenía ya compuestas muchas cosas, más con blandura que con fuerza, cuando le llegó orden que diese la vuelta á Siria, por no dar con aquello ocasión á los Partos de romper la guerra.

Cuyo rey Vologeso, no pareciéndole perder la que se le ofrecía de cobrar el reino de Armenia, poseída ya por sus pasados y ocupada entonces pérfidamente por un rey extranjero, junta un ejército con intento de poner en él á su

(1) Este fué yerno de Traseas, de quien adelante se hace honrada mención.—*N. del T. E.*—Tácito habla, en efecto, muchas veces de él, no sólo en los *Anales*, sino en sus *Historias*, en su *Agrícola* y en el *Diálogo de los oradores*.

hermano Tiridates, porque no quedase ninguno de su familia sin reinar. A la llegada de los Partos desampararon sin resistencia el reino los Iberos, rindiéndose las principales ciudades de Armenia, es á saber, Artajata y Tigranocerta. Después de esto, el rigor del invierno, la poca provisión de vituallas, y por ocasión de ambas cosas, la peste que sobrevino en el ejército, forzaron á Vologeso á dejar la empresa comenzada. Con esta ocasión entra de nuevo Radamisto en Armenia, por hallarla vacía de defensores; gobernándose con mayor crueldad y rigor que antes, como contra gente que le había desamparado y que en cualquier ocasión haría lo mismo.

Mas ellos, aunque habituados á la servidumbre, perdida del todo la paciencia, rodean con tanto ímpetu el palacio real, que no le dejaron otro refugio que la ligereza de sus caballos, con que sacó de peligro á sí y á su mujer. Ella, hallándose preñada, sufrió como pudo la primera huida, necesitada del temor y obligada del gran amor que tenía á su marido. Mas cuando por el continuo y acelerado movimiento sintió que se le abría el vientre y desencajaban las entrañas, inhábil para sufrir más trabajo, ruega á su marido que con una honesta muerte la libre de las afrentas del cautiverio. El, abrazándola al principio, la anima y la exhorta á tener paciencia, maravillado algunas veces de su gran valor, y otras movido del temor de que, si la dejaba, no la gozase otro. Finalmente, vencido de la violencia del amor y probado en todo ejemplo de maldades, empuñando el alfanje y dándole con él una gran herida, la lleva á la ribera del río Araxes y la arroja en él, para que ni aun el cuerpo quedase en poder del enemigo. El, con mayor prisa entonces, llega finalmente á Iberia, reino de su padre. En tanto Zenobia (así se llamaba esta mujer) llevada primero del río y arrojada á la orilla por una creciente sosegada y mansa, echándola de ver ciertos pastores y viendo que todavía respiraba y daba muestras de estar viva, juzgándola por

persona noble, á causa de la hermosura y gravedad de su rostro, le atan la herida y la aplican á ella rústicos medicamentos, con que cobró salud. Sabido después su nombre y suceso, la llevan á la ciudad de Artajata, de donde, por mandado de aquella república, fué enviada á Tiridates, que la recibió benignamente y la trató y honró como á reina.

En el consulado de Fausto Sila y Salvio Otón fué desterrado Furio Scriboniano, porque había procurado saber por vía de astrólogos caldeos cuándo moriría el príncipe. Era tenida también por cómplice en el delito su madre Junia, como impaciente del primer caso porque había sido desterrada. Y el acordarse Claudio de que Camilo, padre de Scriboniano, había movido antes las armas en Dalmacia, le hacía que atribuyese hasta esto á clemencia suya, visto que de nuevo perdonaba la vida á aquel linaje enemigo. Mas con todo eso no vivió el desterrado, sea que le llegó la muerte por su curso natural ó por veneno, supuesto que se dijeron ambas cosas y que cada uno lo entendió como quiso. Hizo después de esto el senado un terrible decreto, aunque vano y sin fruto, por virtud del cual se desterraban de Italia todos los matemáticos. Después de esto el príncipe oró en público en alabanza de los que por verse pobres renunciaban voluntariamente la orden senatoria, y reformó á otros porque añadieron á su pobreza la desvergüenza del quedarse.

Entre estas cosas se propuso en senado la pena que merecían las mujeres que se casaban con esclavos; y ordenóse que las que cayesen en este yerro sin sabiduría del señor quedasen por esclavas; mas que si el señor lo consentía, fuesen tenidas por libertas. Barea Sorano, nombrado para cónsul, propuso que á Palante, á quien César había publicado por autor de este consejo, se diesen las insignias pretorias y trescientos y setenta y cinco mil ducados (quince millones de sestercios); añadiendo Scipión Cornelio «que debían dársele públicas gracias, porque descendiendo de

los reyes de Arcadia, anteponía el servicio público á su antiquísima nobleza, y se contentaba con sólo tener lugar entre los ministros del príncipe.» Mas Claudio afirmó que Palante se contentaba con el honor, y cuanto á lo demás, escogía el quedarse dentro de los límites de su antigua pobreza. Y de hecho se fijó este decreto del senado en público, grabado en bronce, por el cual era loado y engrandecido este liberto con todo aquello que se solía atribuir á la antigua templanza y parsimonia, sin embargo de que llegaba el valor de su hacienda á siete millones y medio de oro (trescientos millones de sestercios).

No procedía con la misma modestia un hermano suyo llamado Félix (1), poco antes puesto al gobierno de la Judea; el cual, confiado en la grandeza y apoyo de Palante, le parecía que podía cometer toda maldad sin castigo. A la verdad, los Judíos habían dado muestras de rebelarse al principio de la sedición, cuando rehusaron de obedecer á Cayo César, por otro nombre Calígula. Mas sabida su muerte, se quietaron, salvo que les quedaba entero el miedo de que otro príncipe no les mandase lo mismo (2). Entre tanto Félix iba acriminando estos delitos con aplicar remedios fuera de tiempo, teniendo por imitador en todo mal consejo á Ventidio Cumano, que tenía á su cargo parte de la provincia, dividida de esta suerte: que á Ventidio obedecían los Galileos, y á Félix los Samaritanos; naciones antiguamente discordes entre sí, y entonces con más descubierto aborrecimiento, por el poco respeto con que trataban á sus gobernadores. Llegaba el negocio á robarse unos á otros á la descubierta; enviaban cuadrillas de ladrones, hacían emboscadas, y algunas veces llegaban á justas bata-

(1) Este es ante quien fué llevado San Pablo á Cesarea. (Act., cap. XXIII.)—*N. del T. E.*

(2) Lo que les mandó Calígula, según Josefo, fué que pusiesen en el templo de Jerusalén su estatua Galileos y Samaritanos, enemigos entre sí.—*N. del T. E.*

llas; y de cualquier manera presentaban los despojos y la presa á los procuradores de su provincia. Los cuales al principio se alegraban; mas creciendo después poco á poco los males y daños, interesando también las armas militares, para encaminar su sosiego, murieron á sus manos muchos soldados, y se abrasara en guerra toda la provincia, si Quadrato, presidente de Siria, no proveyera de remedio. No se puso duda en castigar de contado con pena de muerte á los Judíos que habían tenido atrevimiento de matar á los soldados romanos. Cumano y Félix procuraban poner largas á su negocio particular; porque Claudio, sabida la causa de la rebelión, había dado autoridad de juzgar también las culpas de los procuradores al presidente Quadrato. Mas él, poniendo á Félix entre los jueces, recibiéndole y dándole asiento en el tribunal, entibió el ardor de los acusadores. Y al fin fué sólo Cumano castigado por las maldades de entrambos, con que se quietó la provincia.

No mucho después los villanos de la nación de los Cilices, llamados Clitas, que ya otras muchas veces se habían alborotado, tomadas las armas debajo de la conducta de Trosobor, su capitán, ocuparon la aspereza de los montes; y plantado allí su alojamiento, bajaban hacia las ciudades y costas marítimas, inquietando los labradores por los campos, y atreviéndose á robar y saquear á los mercaderes y gente de mar. No contentos con esto, pusieron sitio á la ciudad de Anemuria, y rompieron el socorro de caballería enviado de Siria á cargo del prefecto Curcio Severo; porque siendo la tierra áspera y cómoda sólo á gente de á pie, no se pudieron valer de los caballos. Antioco después, rey de aquellas costas, usando de buenas palabras y lisonjas para con el pueblo y de engaños contra el capitán, dividiendo primero las fuerzas de aquellos bárbaros y quitando la vida después á Trosobor junto con algunos de los principales, sosegó á los demás con la clemencia.

Por este mismo tiempo, habiendo Claudio hecho abrir y

cortar un monte entre el lago Fucino (1) y el río Liris, para que pudiese ver más número de gente la grandeza de aquella obra, se preparó en el mismo lago una batalla naval, como hizo antes Augusto, cavando para esto un estanque de acá del Tíber, aunque con bajeles pequeños y en menos número. Hizo Claudio poner en orden cien galeras de tres y de cuatro órdenes de remos por banco, y guarnecerlas con diez y nueve mil hombres, ciñendo en torno las orillas del lago con una calzada, como si fuera tierra firme, fundada sobre gruesas estacas trabadas y reforzadas entre sí, para quitar á los combatientes la esperanza de la huída. Abrazaba con todo eso el circuito bastante espacio para el uso de los remos, y para conocer el arte de los pilotos en el divertir ó procurar el encuentro, y en las demás cosas que se acostumbran en batallas de mar. Estaban sobre las calzadas las cohortes pretorias y la gente de á caballo, y tenían delante de sí grandes torres y plataformas, desde donde podían descargar las balistas y catapultas. Lo restante del lago ocupaban las dos armadas que habían de pelear, con las galeras empavesadas y á punto de guerra; y como si fuera todo aquello un teatro, se hinchieron de innumerable cantidad de gente, venida de las tierras comarcanas y de la misma Roma á ver aquel espectáculo y dar gusto al príncipe, no sólo las riberas y los collados, sino las cumbres más altas de los montes. Estaba Claudio con el vestido imperial, llamado paludamento (2), y no lejos de él Agri-

---

(1) En el día lago Celano, en el Abruzo ulterior.—El río *Lirim* es el Garigliano.

(2) Era el manto militar que llevaban los generales y jefes superiores sobre su armadura, sujeto al hombro por un broche, igual al *sagum* que llevaba sobre la suya el soldado, sólo que era más grande, de un tejido más fino y de un color más delicado y rico, tal como el azul claro, el escarlata ó púrpura. Se equivoca, pues, el traductor español al llamarle *vestido imperial*, ya que era únicamente una pieza del traje, y aun ésta no peculiar y exclusiva de los emperadores.

pina con un manto de brocado de oro corto á lo soldadesco (1), ambos en soberbios tronos. Peleóse, aunque entre malhechores, con ánimo de hombres valerosos, y después de largo combate y muchas heridas, mandando poner fin á la batalla, fueron los combatientes librados del último trance.

Mas acabada la fiesta y abierto el camino al agua, se echó de ver la poca diligencia de los ingenieros; porque ni á los lados ni en medio del lago habían ahondado lo que era menester. Y así poco tiempo después se ahondaron más las zanjas, y para juntar otra vez la multitud, se hizo en el mismo lugar el espectáculo de gladiatores, habiendo hecho fabricar puentes sobre el lago, capaz de representar en ellos una batalla terrestre. Fuera de esto, el banquete que César había hecho aparejar sobre la sangradura del lago dió ocasión de un gran espanto á los convidados: porque reventando la fuerza del agua, comenzó á llevarse tras sí todo lo que estaba cerca, y á somover y atormentar lo demás con el estruendo y són horrible. Con esto Agripina, valiéndose de la ocasión que le daba el miedo de su marido, acusó de codicioso y de ladrón á Narciso, ministro de aquella obra; pero no calló él tampoco, vituperando en ella la insolencia mujeril y sus demasiado levantadas esperanzas.

En el consulado de Decio Junio y Quinto Haterio, Nerón, ya de diez y seis años, consumó el matrimonio con Octavia, la hija de César. Y para hacerle resplandecer con la ostentación de sus honestos estudios y con la gloria de la elocuencia, habiéndose encargado de defender la causa de los

---

(1) El original dice simplemente *chlamide aurata.* Era la clámide una especie de manto de origen griego y que no empezó á generalizarse hasta muy tarde entre los romanos, algo más corto que el llamado *paludamento.* Algunas, aunque raras veces, lo usaron también las mujeres. El llamarle el traductor *manto corto á lo soldadesco* sería acaso para dar á entender, no que los soldados usasen una *clámide más corta,* sino que se parecía en serlo al *sagum* ó manto de los soldados.

llienses, y contado con mucha elegancia cómo los Romanos descendían de Troya, y que Eneas había sido autor y origen del linaje de los Julios, y otras cosas antiguas que tienen de lo fabuloso, obtuvo que de allí adelante fuesen francos y libres de todos pechos, imposiciones y cargas públicas. Por intercesión del mismo orador fué ayudada la colonia Bononiense, maltratada del fuego, con un donativo de doscientes cincuenta mil ducados (diez millones de sestercios): se volvió á los de Rodas la libertad (1) diversas veces quitada y restituída, según que lo granjeaban socorriendo al pueblo romano en las guerras extranjeras, ó delinquían con inquietud y sediciones domésticas; y á los Apamienses, casi asolados de un terremoto, se perdonó el tributo por cinco años.

Mas Claudio era inducido con las mañas de Agripina á ejercitar muchos actos de crueldad: porque deseando ella ardientemente los huertos de Estatilio Tauro, famoso por sus grandes riquezas, le procuró la ruina, siendo el acusador Tarquicio Prisco. Este, habiendo sido legado de Tauro cuando tuvo el proconsulado de África, vuelto á Roma, le acusaba de algunas cosas contra la ley de residencia, y á más de esto le imponía delitos de supersticiones mágicas. Tauro, indigno de aquel tratamiento, no pudiendo sufrir más el falso acusador, antes de la sentencia del senado se mató con sus manos. Sin embargo, Tarquicio fué echado de la curia, habiendo tenido más votos el parecer contrario al gusto de Agripina por el universal aborrecimiento contra este mal fin.

En el mismo año se oyó muchas veces decir al príncipe que las cosas establecidas judicialmente por sus procuradores habían de tener la misma fuerza que si las ordenara él. Y porque no pareciese que había dicho aquellas pala-

(1) Les había sido quitada nueve años antes por haber puesto en cruz á algunos ciudadanos romanos.

bras acaso y sin fundamento, se proveyó lo mismo con decreto del senado, y mucho más favorablemente que antes lo estaba. Porque el divo Augusto permitió que se pudiesen tratar todo género de causas, conforme á las leyes, ante los del estamento de caballeros que presidiesen en Egipto, mandando que sus decretos fuesen tenidos como hechos por los magistrados romanos: por las otras provincias después, y en la misma Roma, se permitió á los del dicho estamento el conocer de muchas cosas que antiguamente solían tocar á la jurisdicción de los pretores. Mas ahora Claudio les entregó todo el poder y autoridad; sobre cuya posesión se compitió tanto en Roma con sediciones y con armas: como fué cuando á instancia de los Sempronios se pusieron los caballeros en posesión de ejercer actos judiciales, ó cuando las leyes Servilias (1) restituyeron otra vez al senado esta autoridad. Y sobre esto principalmente pelearon en los tiempos pasados Mario y Sila. Mas entonces

---

(1) Cum Semproniis rogationibus. «Hasta el tiempo de los Gracos los jueces, dice Montesquieu (*Espír. de las leyes*), eran elegidos en el orden de los senadores. Tiberio (*léase* Cayo) alcanzó que lo fuesen de entre los caballeros, y tal era la importancia que daba el tribuno á esta reforma, que se jactaba de haber, con una sola rogación, debilitado considerablemente el orden senatorio.» Esta rogación ó ley, llamada Sempronia del nombre de la familia de su autor, era una verdadera revolución en favor del pueblo, puesto que los caballeros no formaban aún un orden distinto y se hallaban por su prestigio y sus riquezas al frente del partido popular.

«En 648, quince años después de la muerte de C. Graco, dice Burnouf, el cónsul C. Servilio Cepio creyó poner fin á los bandos que traian agitada la república y conciliar los intereses de todos, dividiendo las funciones de jueces entre los senadores y los caballeros. Mas como sucede con frecuencia cuando se pretende satisfacer exigencias encontradas, cediendo un poco á cada una de ellas, su rogación le atrajo el odio del pueblo, que dió en llamarle protector del senado, *patronus senatus*, quien por su parte tampoco le agradeció lo que en favor suyo creía haber hecho. Seis años después otro Servilio, el famoso Servilio Glaucia, devolvió los juicios á los caballeros, con exclusión de los senadores. En 663 el tribuno Livio Druso quiso res-

los estamentos de que se hacía el cuerpo de la ciudad estaban con las voluntades encontradas, prevaleciendo en el gobierno público los más poderosos. Cayo Opio y Cornelio Balbo fueron los primeros que con las fuerzas de César pudieron libremente tratar las cosas de paz y arbitrar las de guerra. No habrá necesidad que cansemos en nombrar tras esto á los Matios y á los Vedios y á otros muchos poderosos caballeros romanos que alcanzaron el mismo poder; pues Claudio no se desdeñó de igualar consigo y con las leyes á los libertos, á quien encargó las cosas de su hacienda.

Propuso después que se concediese extensión de tributos á los de la isla de Coo, alegando muchas cosas tocantes á su antigüedad. Conviene saber que los Argivos traídos por Ceo, padre de Latona, habían sido los primeros habitadores de aquella isla, á la cual llegado después Esculapio trujo consigo el arte de la medicina, en que principalmente alcanzó gran fama entre sus descendientes, refiriendo consecutivamente los nombres de todos y el tiempo en que florecieron. Dijo más, «que Jenofonte, su médico, descendía de aquella familia: cuyos ruegos debían admitirse, concediendo de allí adelante á los de Coo exención y franqueza de todos tributos, para que, libres de esta vejación, habitasen aquella isla consagrada y obligada al culto de tan gran dios.» No hay duda de que pudiera contar de los mismos muchos méritos para con el pueblo romano y no pequeñas victorias alcanzadas en su compañía. Mas Claudio, con su

---

tituirlos, al menos en parte, al senado: mas aquel mismo año fueron abolidos su ley y todos los actos de su tribunado. Dos años más tarde se dió otra ley con el mismo objeto por el tribuno Plaucio Silvano. Sila, durante su dictadura, devolvió el derecho de juzgar á los senadores; mas en 684 el pretor L. Aurelio Cotta, secundado por Pompeyo, á la sazón cónsul, repartió ese derecho entre los senadores, los caballeros y los tribunos del tesoro. Tales fueron las principales alternativas por que pasó el poder judicial durante el siglo VII de Roma.»

acostumbrada facilidad, no usó de otro color para encubrir lo que hacía en gracia de uno solo.

Mas los de Bizancio, alcanzada licencia de hablar, mientras ruegan al senado que los descargue de los excesivos tributos que pagaban, repitieron todo cuanto les podía ser de provecho en su pretensión. «Comenzaron por la confederación asentada con nosotros cuando hicimos la guerra al rey de Macedonia, llamado por su vileza Filipo falso. Y prosiguieron con que después de esto habían enviado su ejército en nuestra ayuda con Antioco, Perseo y Aristónico, y ayudado á Antonio en la guerra contra los corsarios; trayendo también á la memoria los ofrecimientos y servicios que habían hecho á Sila, á Lúculo y á Pompeyo. Y finalmente, alegaron los recientes méritos para con los Césares, cuando se hallaban en aquellas partes, las comodidades dadas á sus capitanes y á sus ejércitos en sus pasajes y tránsitos de mar y tierra, portes de vituallas y otras cosas necesarias.»

Porque los Griegos fundaron á Bizancio en el extremo y remate de Europa sobre el estrecho que la divide de Asia; y fué así, que consultando con el oráculo de Apolo Pitio sobre el puesto donde edificarían una ciudad, les dió por respuesta «que tomasen asiento frontero de la tierra de los ciegos.» Esta obscura y ambigua respuesta se facilitó considerando la ceguedad de los Calcedonios, los cuales, habiendo aportado allí primero, no advirtiendo la comodidad del mejor sitio, escogieron el peor. Tiene Bizancio el territorio fertilísimo y el mar fecundo, porque una cantidad infinita de pescado, saliendo del Ponto Euxino medroso de los grandes peñascos que hallan atravesados debajo de las ondas, dejando el curso de la otra costa, se arroja todo dentro de aquellos puertos. Cosa que habiendo sido primero causa de sus ganancias y trato, y después de infinitos pechos y cargas insoportables, les obligaba á pedir fin ó por lo menos alivio á tanto peso: ayudándolos el príncipe con

decir que merecían ser aliviados, cuando no hubiera otra consideración, que lo que habían padecido en las últimas guerras de Tracia y del Bósforo: y á esta causa se les per donaron los tributos por cinco años.

Siendo cónsules Marco Asinio y Manio Acilio, la frecuencia grande de prodigios que se vieron pronosticó y amenazó mudanza en peor en el estado de las cosas. Abrasáronse con fuego del cielo algunas banderas y tiendas de los soldados. Asentóse un enjambre de abejas en la cumbre del Capitolio. Nacieron criaturas con dos cabezas, y de una puerca algunos lechones con uñas de ave de rapiña. Contábase también entre los prodigios el haberse disminuído el número de todos los magistrados, muriendo en pocos meses un cuestor, un edil, un tribuno, un pretor y un cónsul. Mas la que excedía á todos en temor era Agripina, por ocasión de ciertas palabras que oyó decir á Claudio estando tomado del vino; esto es, que había nacido con aquel hado de haber de sufrir las maldades de sus mujeres y castigarlas después. Y así con este miedo se resuelve en solicitar sus trazas, habiendo antes hecho condenar á muerte á Domicia Lepida por ocasiones bien leves y competencias mujeriles: porque siendo Lepida hija de la menor Antonia, sobrina de Augusto, y ella prima hermana de Germánico, padre de Agripina, añadido á esto ser hermana de Gneo Domicio, su primer marido, se tenía por tan noble como ella. Ni en hermosura, edad y riqueza se diferenciaban mucho. Ambas á dos deshonestas, infames, soberbias y competidoras entre sí, no menos en los vicios que en las grandezas y dones de fortuna. Era terrible el contraste de quién podría más con Nerón, la madre ó la tía; porque Lepida, con halagos y con dones granjeaba el ánimo del joven; donde en contrario Agripina, siempre fiera, siempre amenazadora, quería bien haber dado á su hijo el imperio, pero no sufrirle emperador.

Imputósele, pues, á Domicia que había procurado casar con el emperador por vía de hechizos y abominables invo-

caciones, y que turbaba la paz de Italia con la ruin disciplina en que tenía á las tropas de esclavos que poseía en Calabria. Y por estas causas fué condenada á muerte con repugnancia y contradicción grande de Narciso, el cual, sospechoso cada día más de Agripina, era fama haberse dejado decir semejantes palabras entre sus amigos y familiares: «Que de cualquier manera tenía cierta su perdición y ruina, ora imperase Británico, ora Nerón; mas que había recibido tantas mercedes de César y reconocía tales obligaciones, que no quería aplicar el precio de su propia vida sino á sólo aquello que había de redundar en mayor servicio del mismo César: que á instancia suya habían sido acusados y convencidos Mesalina y Silio, sin que parase el daño en aquello; pues de nuevo se ofrecían las mismas causas de acusación, y á él el mismo peligro imperando Nerón. Si no, veamos por otra parte, decía él: ¿de qué príncipe puedo yo esperar agradecimiento si llega Británico á ser emperador? Trastornarse ha toda la casa con asechanzas de la madrastra, y será mi mayor delito el no haber de callar la deshonestidad de Mesalina, como si ahora faltasen cosas de este género que acriminar en Agripina: pregúntenselo á su adúltero Palante, y verán cómo á trueque de reinar no hace caso de honra, de vergüenza, ni de su propio cuerpo.» Diciendo estas ó semejantes palabras muchas veces, abrazaba á Británico, rogando á los dioses que le dejase llegar á edad madura; y tendiendo las manos ora á él, ora á los mismos dioses, pedía á ellos que le diese presto fuerzas para extirpar los enemigos de su padre, y á él que, en teniéndolas, no dilatase más el tomar venganza de los matadores de su madre.

En medio de tanta carga de cuidados enferma Claudio, y para cobrar fuerzas con la templanza de los aires y bondad de aquellas aguas salutíferas, se va á Sinuesa. Agripina entonces, resuelta ya mucho antes á cometer su maldad, abraza la ocasión que se le ofrecía, y no ne-

cesitando de persona alguna para la ejecución, consulta solamente de la calidad del veneno. Porque temía que siendo su efecto violento y repentino se descubriría fácilmente la maldad, y si le escogía de operación tardía y enfermiza, corría peligro que llegado Claudio al fin de su vida y advertido del engaño, no volviese al amor de su propio hijo. Pareció, pues, que convenía buscar alguna cosa exquisita, que turbándole primero el entendimiento, le acabase la vida poco á poco. Escogióse para esto una singular maestra de semejantes compuestos llamada Locusta (1), condenada poco antes por inventora de venenos, y guardada largos dias por uno de los instrumentos del Estado. Por artificio, pues, de esta mujer se preparó la ponzoña, y el ministro que la dió á Claudio fué uno de sus eunucos llamado Haloto, que solia llevar la vianda y hacer la salva (2).

---

(1) Famosa envenenadora. Nada pinta mejor la terrible habilidad de esta mujer infame, á la vez que la inmoralidad del gobierno imperial, que la frase de Tácito en que se dice que fué *guardada largos días por uno de los instrumentos del Estado* (et diu inter instrumenta regni habita). Después del envenenamiento de Británico, Nerón la colmó de favores y le dió algunos discípulos para que los instruyese en su arte infernal. Locusta halló al fin en el reinado de Galba el castigo que merecían sus crímenes.

(2) Porque hacía que sus ministros registrasen vianda y bebida. Al que se le daba este empleo, se ve frecuentemente en las inscripciones que se le daba el nombre de *prægustator*, y también *apotione*. Esta costumbre fué desconocida de los Romanos en tiempo de la república libre, la cual se conjetura por poderosas razones principió desde el imperio de Augusto, según una inscripcion que se halla en Roma, y dice así:

GENZO
CÆLI. HERODIANUN.
PRÆPUSTATOR
DIVI AUGUSTI
IDEM POSTEA VILLICUS IN
HORTIS SALLUSTIANIS
DECESSIT NONIS AUGUSTIS
M. COCCEIO NERVA } COSS.
C. VIBIO RVFINO }

Fueron después tan notorias estas cosas, que los escritores de aquel tiempo dejaron dicho hasta que el veneno se le dió en un guisado de hongos, de que solía gustar mucho, y que no se conoció tan presto la violencia del tósigo, ó por la tontedad de Claudio ó por su embriaguez. Y sobreviniéndole luego flujo de vientre, comenzó á dar muestras de mejoría. Aterrorizada, pues, Agripina y no haciendo caso de la nota que se le había de seguir, á trueque de escapar del peligro que se le aparejaba, mete á la parte á Jenofonte, médico, confidente ya suyo en este caso, el cual es fama que so color de provocarle á vómito, le tocó la garganta con una pluma untada de un veneno subitáneo; sabiendo que las grandes maldades se comienzan con peligro y se acaban con recompensa.

Convocábase entretanto el senado, y los cónsules y sacerdotes hacían votos por la salud del príncipe, cuando muerto él ya, le procuraban calentar con paños y con fomentos, mientras se acomodaban las cosas para confirmar el imperio de Nerón. Antes de esto, Agripina, mostrándose aparentemente vencida de dolor, con achaque de buscar algún alivio, tenía abrazado apretadamente á Británico, llamándole verdadero retrato de su padre y entreteniéndole con diferentes ocasiones, todo para estorbar que no saliese de su cámara, donde estaba. Detuvo también á Antonia y á Octavia, sus hermanas, habiendo cerrado todas las puertas y puesto guardias, echando muy de ordinario voz de que mejoraba el príncipe, para que los soldados se entretuviesen con buenas esperanzas, y por aguardar el punto feliz señalado por los astrólogos caldeos para comenzar su empresa.

Llegado, pues, el mediodía de los trece de Octubre,

Lo tuvo también Tiberio y otros. Esta costumbre, según parece y es creible, vino principalmente de los Persas, en donde se acostubraba probar la comida antes de empezar á comer. LIPSIO.—*Nota de la E. E.*

abiertas de golpe las puertas de palacio, Nerón, acompañado de Burrho, se muestra á la corte, que, á uso de guerra, estaba de guardia: á donde, por advertimiento del capitán, fué recibido con alegres aclamaciones y después metido en una silla de manos. Dícese que muchos estuvieron suspensos, mirando y preguntando por Británico, y que no mostrándose alguno que pudiese oponerse á lo contrario, siguieron al príncipe que se les ofrecía. Llegado, pues, Nerón á los alojamientos, después de haber hablado allí como convenía al tiempo presente y prometido el donativo, conforme á la libertad que usó su padre, fué saludado emperador. Siguieron al aplauso de los soldados los decretos de los senadores y el consentimiento de las provincias. A Claudio se decretaron honores celestes y se le celebraron solemnes exequias, conforme á las que se hicieron al divo Augusto, compitiendo en esto Agripina con la grandeza de su bisabuela Livia. No se recitó el testamento por no alterar los animos del vulgo con el enojo y desabrimiento de ver preferido en el imperio el antenado al hijo.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

ARGUMENTO.

Silano, procónsul de Asia, muerto con veneno por fraude de Agripina.—Muere también Narciso, liberto.—Claudio, enterrado con exequias censorias, es alabado del príncipe.—Buenos principios de Nerón, que deja muchas cosas al arbitrio del senado.—Los Partos aspiran al reino de Armenia, á quien se opone Domicio Corbulón.—Ama Nerón á la liberta Acte, con enojo grande de su madre Agripina, á cuya causa le quita el hijo mucha parte de su poder y de su gracia.—Palante, liberto, es removido de sus grandes cargos.—Británico, muerto con veneno, y su enterramiento acelerado.—Agripina acusada de deseo de novedades y absuelta por su hijo.—Lascivias y desórdenes nocturnos de Nerón.—Contiéndese sin resolución sobre el volver á la servidumbre á los libertos ingratos. —Condenaciones y muertes de muchos hombres ilustres.—Nueva discordia con los Partos sobre la Armenia, para cuya guerra restituye Corbulón en sus soldados la antigua disciplina militar.—Entra Corbulón en Armenia; gana algunos castillos: toma y quema la ciudad de Artajata.—Rehusa el rey Tiridates la batalla.—Publio Suilio es condenado en Roma.—Culpa y reprende á Séneca Octavio.—Sagita mata á su adúltera Poncia, porque rehusa el casamiento.—Hácese culpado un esclavo suyo con generoso ejemplo de fidelidad.—Comienza Nerón á amar á Popea Sabina, de cuyas costumbres y vida se da cuenta.—Cornelio Sila, desterrado á Marsella, es sospechoso al príncipe.—Témplase la maldad y tiranía de los cogedores de las rentas públicas.—Levántanse en Germania los Frisones, y tratan, aunque en vano, de poblar junto al Rhin.—Ocupan luego los mismos campos los Angrivarios con el mismo suceso.—Pelean los Catos y Ermonduros con gran estrago de los Catos.

Todo esto en espacio de cuatro años.

		CÓNSULES.
A. de Roma 808.	De J. C. 55	Nero Claudio César. L. Antistio Veto.
809.	56	Q. Volusio Saturnino. P. Cornelio Scipión.

A. de Roma 810. De J. C. 57 { Nero Claudio César II. L. Calpurnio Pisón.
811. 58 { Nero Claudio César III. M. Valerio Messala.

El primero que corrió fortuna en el nuevo principiado fué Junio Silano (1), procónsul de Asia, á quien maquinó la muerte Agripina, sin sabiduría de Nerón, no porque se la hubiese concitado con viveza de ingenio, siendo persona descuidada, simple y tan despreciada de los emperadores

---

(1) Como en Tácito se hace frecuente memoria de los Silanos, nos ha parecido oportuno dar noticia de los principales individuos de esta familia, según el orden de los tiempos, principiando desde los que florecieron en el reinado de Tiberio.

C. Junio Silano. Hijo de Cayo. Fué cónsul con Dolabela reinando Augusto y en el año 763 de Roma, procónsul de Asia en tiempo de Tiberio, condenado por defraudador de las rentas públicas y últimamente desterrado á la isla de Citeres. Tácito, *An.*, lib. III, 66, y sig.

M. Junio Silano, hijo de Marco. Fué cónsul en el reinado de Tiberio en 771, y procónsul de Africa en el de Calígula (Tác., *Hist.*, IV, 48), de quien fué suegro. Se suicidó por orden del mismo.

Décino Junio Silano, hermano del anterior. Fué desterrado por crimen de adulterio con Julia, nieta de Augusto. Habiéndosele levantado más adelante el destierro por influencia de su hermano Marco, volvió á Roma, donde vivió sin alcanzar nuevos honores. Tác., *An.*, III, 224.

Appio Junio Silano. Fué cónsul en tiempo de Tiberio en 780, consuegro, según Suetonio, de Claudio, procónsul de España, esposo primero de Emilia Lépida y después de Domicia Lépida, madre de Mesalina, y una de las víctimas de Claudio.

L. Junio Silano, hijo del anterior. Estuvo casado con Octavia, hija de Claudio. Vióse obligado por Agripina á darse la muerte. *An.*, XII, 4, 8.

M. Junio Silano, el que se cita en el pasaje á que se refiere esta nota, hermano del anterior. Fué cónsul con Valerio Asiático en 796, y procónsul de Asia. Murió envenenado por Nerón, según Plinio, y según Tácito, por Agripina.

D. Junio Silano Torcuato, cónsul en 806. Fué víctima también de Nerón. *An.*, XII, 58, y XV, 35. Algunos le creen hermano de los dos anteriores.

L. Junio Silano, sobrino de Torcuato. Fué condenado á muerte por el mismo emperador. *An.*, XVI, 9.—LIPSIO.

pasados, que Cayo César le solía llamar oveja de oro; mas porque habiendo Agripina trazado la muerte á Lucio Silano, su hermano, temía no tomase él á su cargo la venganza. Murmurábase públicamente entre el vulgo que á Nerón, salido apenas de pañales y llegado al imperio con infames medios, se le antepondría un hombre como Silano, de edad madura, inculpable, de gran nobleza, y, lo que entonces se estimaba en mucho, descendiente de los Césares; porque también Silano era rebisnieto de Augusto (1). Esta fué la causa de su muerte. Los ministros fueron Publio Celere, caballero romano, y Elio, liberto, procuradores en Asia de la hacienda particular del príncipe. Éstos dieron el veneno al procónsul en un banquete con más publicidad de la que hubiera menester para tenerlo secreto. Con la misma presteza fué derribado Narciso, liberto de Claudio, de cuyo contraste con Agripina he ya tratado arriba. Hízose poniéndole primero en una dura y áspera prisión, y reduciéndole á tal necesidad y miseria, que hubo de tomar voluntariamente la muerte. Fué esto sin sabiduría del príncipe; con cuyos vicios, hasta entonces disimulados, de avaricia y prodigalidad admirablemente se conformaba.

Y hubiéranse ejecutado otros muchos homicidios semejantes, si Afranio Burrho y Aneo Séneca no se interpusieran. Estos ayos y guías de la juventud del príncipe, conformes entre sí en la partición de la autoridad, eran por diversos caminos igualmente grandes. Burrho le instruía en los cuida-

---

(1) Como aparece del siguiente árbol genealógico sacado de Justo Lipsio:

JULIA, hija de Augusto, esposa de M. AGRIPA.

JULIA, esposa de L. EMILIO PAULO.

EMILIA LEPIDA — APPIO JUNIO SILANO.

L. SILANO y M. SILANO, *de quo hic.*

dos militares, severidad y gravedad de costumbres; Séneca en los preceptos de la elocuencia y en una cortés y honesta humanidad; ayudándose el uno al otro para sostener más fácilmente la peligrosa edad del príncipe con deleites permitidos, cuando se resolviese á menospreciar el camino de la virtud. Ambos tenían perpetua guerra contra la ferocidad de Agripina, la cual, ardiendo de todos los perversos apetitos que pueden caber en un mal gobierno, tenía de su parte á Palante, autor de sus bodas incestuosas y de la infeliz adopción, por cuyo medio encaminó Claudio su propia ruina. Mas ni Nerón se domesticaba con esclavos, ni Palante, excediendo los límites serviles, dejaba de enfadarle cada día más con su desapacible arrogancia. Con todo eso honraba César en lo público cuanto le era posible á su madre. Y al tribuno, que según la costumbre militar le pidió una vez el nombre (1), le dió éste: MADRE BONÍSIMA. Decretó también el senado que la acompañasen dos lictores, y que fuese hecha sacerdotisa flamínica de Claudio, cuyas exequias se hicieron como se acostumbraban hacer las de los censores; y tras ellas fué consagrado y puesto en el número de los dioses.

El día de las exequias recitó el príncipe sus alabanzas; y mientras se entretuvo en engrandecer su nobleza, contar sus consulados y triunfos de sus predecesores, él y todos los oyentes estuvieron con grande atención. También se oyeron con aplauso el amor que tuvo á las artes liberales, y lo que exageró la tranquilidad en que había estado la república durante su gobierno; mas después que pasó á tratar de su providencia y sabiduría, no hubo quien pudiese templar la risa, sin embargo del mucho artificio con que Séneca compuso aquella oración, habiendo poseído aquel gran

(1) Esto es, la señal ó tablilla que se daba á los tribunos; como diríamos en el día, *el santo y seña*. Daban esta seña el cónsul ó pretor, ó el jefe superior del ejército, pero el tribuno del pretorio sólo la recibía del príncipe.—*N. de la E. E.*

hombre un ingenio apacible y acomodado á los oídos de aquel tiempo. Notaban los viejos, cuya ociosa ocupación no pasa de comparar las cosas pasadas con las presentes, que Nerón fué el primero entre los emperadores que hubo menester valerse de elocuencia ajena. Porque César, dictador, fué émulo de los oradores antiguos; Augusto, de pronta y desembarazada elocuencia conveniente á un príncipe; Tiberio sabía también perfectamente el arte con que iba pesando sus palabras y declarar sus conceptos, unas veces en sentido eficaz y varonil, y otras cerrado y ambiguo. Ni en Cayo César pudo la lesión del entendimiento impedirle la fuerza de la elocuencia. Claudio, finalmente, cuando hablaba de pensado hablaba bien y con elegancia: mas Nerón desde sus tiernos años torció á otras cosas la viveza de su ingenio; á esculpir, pintar, á entretenerse en la música y ejercitarse á caballo; y tal vez cuando componía versos daba muestras de tener algunos principios de letras.

En lo demás, acabados que fueron todos los fingimientos de tristeza, entrando Nerón en el senado y dichas algunas cosas de la autoridad de los senadores y de la unión de los soldados para con él, dió cuenta de sus designios y de los ejemplos que quería imitar para gobernar bien la república; y que no teniendo instruída su juventud en armas civiles ni en discordias domésticas, no conservaba aborrecimientos, ni memoria de ofensas, ni deseos de venganzas. Discurrió tras esto sobre la forma de gobierno que pensaba seguir en el futuro principado, apartándose de todo aquello cuyo aborrecimiento estaba todavía corriendo sangre. «Porque no era su intención adjudicarse todas las cosas, para evitar que, encerrándose dentro de una casa los acusadores y los reos, no se diese el absoluto dominio de todos al gobierno de pocos. En su corte no habría cosa vendible, ni en ella se abriría camino á la ambición, porque eran dos cosas separadas y distintas su casa y la república: que tuviese el senado muy en buen hora sus ordinarios cuidados y antigua

autoridad: que Italia y las provincias públicas viniesen á pedir justicia al tribunal de los cónsules, y que tocase á ellos el introducirlos y darles audiencia en el senado (1); que él no quería para sí otra ocupación que cuidar de los ejércitos que se enviasen á las provincias.»

Y cumplió su palabra, porque muchas cosas se remitieron al arbitrio del senado, y entre otras, que ninguno se vendiese por dinero, presentes ó promesas para orar en favor de alguno ó defender su causa; que ni tampoco los nombrados para cuestores fuesen obligados á celebrar á su costa el espectáculo de gladiatores (2). Cosa que el senado obtuvo á pesar de Agripina, que defendió el voto contrario so color de que se anulaban y pervertían los decretos de su marido. Juntábanse á título de tratar de esto en palacio los senadores, para que dando muestras de tener cerradas las puertas, pudiese asistir ella sin ser vista, y oir por detrás de una cortina lo que se tratase; y hasta una vez, orando los embajadores de Armenia sobre cierta causa de su gente ante Nerón, ella se iba á subir al mismo asiento imperial con intención de presidir juntamente con él en este acto; y lo hiciera si Séneca, viendo á los demás turbados y medrosos, no hubiera advertido á Nerón que saliese

---

(1) Estableció que los cónsules introdujesen al senado á los que viniesen de las provincias á pedir justicia. Esta oración de Séneca fué tan agradable á los senadores que, como dice Jifilino, se esculpió en una columna de plata, y se leía todos los años al tomar posesión los cónsules; ni era este modo de decretar nuevo en el senado: lo único que había de singular era esculpirlo en plata, pues siempre, aun las oraciones de los príncipes, se esculpían en bronce y se leían en las calendas de Enero.—Lipsio.—*N. de la E. E.*

(2) Alude á la abolición del decreto de Claudio, el cual por consejo de Dolabela estableció que se celebrasen los juegos gladiatorios todos los años con el dinero de los que conseguían la cuestura. Este decreto de Nerón lo abolió por la segunda vez Domiciano.—Lipsio.—*Ibid.*

al encuentro á su madre; con que, so color de reverencia, se remedió aquella deshonra.

Hacia la fin del año llegaron á Roma unas nuevas que á toda la ciudad pusieron en revuelta y turbación; es á saber, que los Partos habían bajado otra vez al reino de Armenia y echado de él á Radamisto; el cual, habiéndose apoderado muchas veces del reino y huído otras tantas de él, últimamente se había resuelto también en desamparar la guerra. Discurríase á esta causa en Roma, pueblo amigo de juzgarlo todo, diciendo unos: «que cómo era posible que un príncipe, salido apenas de los diez y siete años de su edad, tuviese fuerzas para sustentar sobre sus hombros tan gran peso ó discreción para rehusarle. Júzguese, decían ellos, el recurso que puede tener la república á un mozo gobernado por una mujer, sino es remitir las batallas, los sitios de tierras y los demás oficios militares á la administración de sus ayos y pedagogos.» Decían otros en contrario «que antes se podía tener por felicidad grande el suceder aquella inquietud en el tiempo presente y no en el de Claudio: pues su débil vejez y natural flojedad, que le hacían incapaz de sufrir los trabajos de la guerra, no se la dejaran gobernar sino por las órdenes y mandatos de sus esclavos y libertos; mas que Burrho y Séneca eran al fin conocidos y probados en el manejo de muchos negocios; que le faltaba poco al emperador para llegar á la edad robusta, visto que Gneo Pompeyo, de diez y ocho años, y Octaviano César, de diez y nueve, sostuvieron el peso de las guerras civiles; que se ejecutaban mejor muchas cosas de los grandes príncipes con el favor de la fortuna y con el buen consejo que con las armas y con la mano; que era buena ocasión aquella para echar de ver si quería servirse de buenos ó de ruines amigos, introduciendo sin pasión alguna antes un capitán insigne y valeroso, que otro rico y levantado por medio de favores, sobornos y ambición.»

Mientras en el vulgo se hacían estos y semejantes dis-

cursos, manda Nerón «que la juventud escogida en las provincias vaya en suplemento de las legiones orientales, y que las mismas legiones se arrimen todo lo posible al reino de Armenia: que los dos antiguos reyes Agripa y Antíoco (1), con sus gentes, entren en las tierras de los Partos: que se fabriquen puentes sobre el Eufrates; y finalmente que la Armenia Menor se dé á Aristóbulo, y á Sohemo la región de Sofenes, con insignias y ornamentos reales.» Mas habiéndosele descubierto en buena ocasión un competidor á Vologeso en el reino, no menos que su propio hijo Vardanes, dejaron los Partos á la Armenia casi difiriendo la guerra.

Mas en el senado todas estas cosas se amplificaban por la adulación de los que votaron «que se hiciesen procesiones en acción de gracias, y que el príncipe en aquellos días usase de vestiduras triunfales; que entrase en Roma con el triunfo de ovación, y que su estatua, de igual grandeza que la de Marte vengador, se colocase en el mismo templo.» Decretaron todas estas cosas los senadores, además de su acostumbrada adulación, alegres de ver que había escogido para la defensa de Armenia á Domicio Corbulón, pareciendo que con aquello se abría un ancho camino al valor y á la virtud. Las fuerzas de Oriente se dividieron de esta manera: que una parte de los auxiliarios con dos legiones quedasen en Siria á cargo del legado Quadrato Ummidio, y á Corbulón se le diesen otros tantos soldados romanos y confederados, añadiendo las cohortes y bandas de caballos que invernaban en Capadocia. Dióse orden que los reyes confederados obedeciesen conforme á las necesidades de la guerra, puesto que todos servían de mejor gana debajo de la mano

---

(1) Este Agripa es el hijo del otro Agripa, llamado el joven, que fué rey de la Galia (sic) Traconitide (región de la Palestina entre el monte Líbano y el lago de Tiberíades) y parte de la Judea. De este habla Josefo, libro 20. *Antioco* era rey de Comagena, parte de la Cilicia, y el mismo que menciona el mismo escritor en el libro 19.—*Ibid.*

de Corbulón, el cual, por corresponder á su fama, que es cosa que ayuda mucho en las nuevas empresas, apresurando su camino, encontró á Quadrato en Egea (1), ciudad de Cilicia. Habíasé adelantado Quadrato á recibirle allí, porque si acaso Corbulón entraba en Siria para entregarse de la gente asignada, no llevase tras sí los ojos de todos con la grandeza de cuerpo y magnificencia de palabras; siendo hombre que, á más de su experiencia y sabiduria, procuraba ganar el favor del vulgo hasta con la ostentación de semejantes vanidades.

Sin embargo, enviaron entrambos mensajeros á Vologeso, persuadiéndole á que escogiese antes la paz que la guerra, y á que, dados rehenes, continuase la acostumbrada reverencia y el antiguo respecto que sus antecesores solían tener al pueblo romano. Y así Vologeso, ó por aparejarse á la guerra con más comodidad y juntar fuerzas iguales al enemigo, ó por ventura deseando apartar de sí con nombre de rehenes á los que tenía por sospechosos en el Estado, entrega á los Romanos todos los más principales de la familia Arsacida, recibidos del centurión Ostorio, enviado por Ummidio, que acaso se hallaba cerca de aquel rey, con quien había ido á tratar otros negocios anteriores. Lo cual sabido por Corbulón, envió luego á Arrio Varo, prefecto de una cohorte, para entregarse de ellos. Nació de aquí contienda y malas palabras entre el prefecto y el centurión; mas por no hacerse espectáculo de aquellos extranjeros, convinieron en remitirse al arbitrio de los mismos rehenes y de los embajadores que los llevaban; los cuales, por la reciente gloria de Corbulón y por una cierta inclinación para con él hasta en sus enemigos, le prefirieron á Ummidio; de que se movió discordia entre los generales,

---

(1) Ciudad marítima de la Cilicia, no lejos de Iso. Créese que debió estar situada donde está hoy el fuerte de Arás, en el golfo de Alejandreta.

doliéndose Ummidio do que se le quitase de las manos el fruto de lo que había alcanzado por su consejo y solicitud. Mas Corbulón protestaba en contrario que no se había dispuesto el rey á ofrecer los rehenes hasta que, por la elección que se hizo de su persona para general de aquella empresa, se le convirtió la esperanza en temor. Nerón, por acomodar las diferencias entre ellos, mandó que se publicase cómo por los prósperos sucesos de Quadrato y de Corbulón se había podido añadir la corona de laurel á los fasces imperiales (1). He puesto juntas todas estas cosas aunque sucedieron en el siguiente consulado.

En este mismo año pidió César al senado que con su decreto se dedicase una estatua á Gneo Domicio, su padre, y que se diesen las insignias consulares á Labeón Asconio, que había sido su tutor; y juntamente prohibió que á él se le dedicasen estatuas de oro y plata macizas, como se le ofrecieron. Y aunque ordenaron los senadores que de all adelante se contase el principio del año desde el primer día de Diciembre, en que nació Nerón, quiso con todo eso conservar la antigua religión de comenzarle en las calendas de Enero; y no consintió que se admitiese la acusación que cierto esclavo hacía contra Carinato Celere, senador; ni

(1) Cuando un general había alcanzado una victoria, dice en su Dic. Rich., se adornaban con hojas de laurel las haces que llevaban delante de él, y los emperadores añadían también una corona ó un ramo de laurel á las suyas en honor de sus generales que se hubiesen hecho dignos de aquella distinción. Más adelante, empero, como observa Lipsio, se vino á corromper esta costumbre por la adulación, y se estableció que las haces de los príncipes estuviesen siempre laureadas para que se distinguiesen de las de los demás magistrados. No se sabe á punto fijo cuándo se principiaron á usar las haces laureadas; lo cierto es que poco á poco se fueron introduciendo no sólo laureadas sino también doradas. Claudiano en su panegírico al sexto consulado de Horacio dice:

Agnoscunt rostra curules
Auditas quondam desuetaque cingit,
Regius auratis fora fascibus Ulpia lictor.

quiso que se tratase de castigar á Julio Denso, caballero inculpado de que favorecía á Británico.

Siendo cónsules Claudio Nerón y Lucio Antistio, como jurasen los magistrados de observar y obedecer los actos, esto es, las leyes y ordenanzas de los príncipes, no consintió que Antistio, su colega, jurase de obedecer á los suyos (1) con grandes alabanzas que le dieron los senadores, para que el ánimo juvenil, levantado con la gloria de las cosas livianas, le fuese continuando en las mayores. Poco despues dió otras nuevas muestras de benignidad con Plaucio Laterano, restituyéndolo al orden senatorio de que había sido privado por el adulterio de Mesalina, prometiendo clemencia en sus ordinarias oraciones, las cuales Séneca, ó por testificar la bondad de la doctrina que le enseñaba, ó por ostentación de su ingenio, publicaba por boca del príncipe.

Menoscabada en tanto poco á poco la autoridad de Agripina, se enamoró Nerón de una liberta llamada Acte (2), haciendo participantes del secreto á Otón y á Claudio Seneción, bellísimos mozos: Otón, de familia consular, y Seneción, hijo de un liberto de César: al principio sin sabiduría de la madre, y después á pesar suyo. No lo contradecían los amigos más viejos y criados más graves del príncipe, porque desfogando sus deseos con esta mujercilla sin agravio de nadie (visto que, ó por su destino, ó porque de ordinario prevalecen los gustos ilícitos, no se inclinaba á Octa-

(1) «No sé, dice Lipsio, que en los tiempos de la libertad se jurase nunca por los actos de nadie; jurábase, sí, por las leyes. En cuanto á los actos de los magistrados, eran sometidos, al ser relevados éstos de su cargo, al juicio del senado, que los confirmaba ó anulaba. Los triunviros fueron los primeros que establecieron el jurar ellos mismos y hacer jurar á los demás que mirarían como inviolables y sagrados los actos de Julio César. Este juramento tuvo lugar el 1.º de Enero del año 712.»

(2) Esta mujer era oriunda del Asia, y Nerón para ennoblecerla decia que descendia del rey Atalo.—*N. de la E. E.*

via, noble verdaderamente y de señalada bondad), temían que cuando se le impidiese no encaminase su gusto á estupros de mujeres ilustres.

Bramaba Agripina de haber de sufrir el tener por émula á una liberta y por nuera una esclava, y de semejantes consideraciones mujeriles; y sin tener paciencia ni aguardar á que su hijo se arrepintiese ó se empalagase, cuanto más le daba en rostro con su bajeza, tanto más fieramente le encendía; hasta que, vencido de la fuerza del amor, acabó de romper con su madre, entregándose del todo á Séneca. De cuyos amigos, Aneo Sereno (1), con fingirse enamorado de la misma liberta, había al principio encubierto los amores del mozo, prestándole el nombre, para poder dar en público á la liberta todo lo que el príncipe le daba de secreto. Entonces Agripina, encaminando sus astucias por otra vía, acomete al hijo con lisonjas, ofreciéndole su propia cámara y su mismo regazo para encubrirle los apetitos de la juventud y de la suma grandeza. Confesando á más de esto haber sido fuera de propósito su sobrada severidad, y pidiendo que se valiese de sus riquezas, poco menores que las imperiales. Y así como se había mostrado antes excesiva en refrenar al hijo, así ahora lo era también en sometérsele y humillarse demasiado. No engañó á Nerón esta mudanza; antes fué causa de que, temerosos sus mayores amigos y privados, le rogaban que se guardase de las asechanzas de aquella mujer, terrible siempre y atroz, y en aquella ocasión también falsa. Acaso aquellos días, visitando Nerón la recámara donde conservaban los arreos y atavíos con que las mujeres y madres de emperadores solían resplandecer á vista del pueblo, escogiendo algunos

(1) Prefecto de las guardias nocturnas, y según Plinio, de la guardia de Nerón. Séneca habla de él como de su amigo, y como á tal le dedicó sus libros de *Tranquilitate*. ERNESTO.—*N. de la E. E.*—Algunos han deducido de la semejanza de su nombre que podía ser pariente del filósofo.

vestidos y joyas de valor, hizo de ello un presente á su madre; sin mostrarse escaso, visto que, como se le daba de buena gana, procuró enviar de lo mejor y de lo más estimado. Mas Agripina se alteró mucho, diciendo «que no se hacía aquello para aumentar sus arreos, sino para excluirla de todos los demás; y que su hijo daba y repartía lo que enteramente le había dado ella.»

No faltaron algunos que refirieron estas palabras aun en peor sentido á César; el cual, enojado contra aquellos en quienes estribaba la soberbia de su madre, quitó á Palante el cargo que le dió Claudio, por cuyo medio le había hecho árbitro y superintendente universal del imperio. Díjose que saliendo este liberto de palacio con grande acompañamiento, y viéndole Nerón, le motejó harto á propósito, diciendo así: «Parece que va Palante á renunciar el oficio» (1). Verdad sea que Palante había hecho pacto con el príncipe que no se le pudiese hacer cargo de cosas pasadas, y que las cuentas entre él y la república se tuviesen por fenecidas sin alcance de una parte ni de otra. Desatinada con esto Agripina, comienza á despeñarse en amenazas, no absteniéndose de amedrentar al príncipe y de decir á sus propios oídos «que ya era hombre Británico, verdadera sucesión y digno heredero del imperio paterno, gobernado ahora por un ingerto adoptivo que debía su grandeza á los agravios y engaños hechos por su madre. No quiero de hoy más, decía, procurar que no se manifiesten todos los desastres de esta infelice casa, y en primer lugar mis bodas, mis venenos. Sólo este consuelo me han dejado los dioses, que vive mi antenado; iré con él á los alojamientos militares; veráse de esta parte la hija de Germánico, y de aquella Burrho, infame y vil, y el desterrado Sé-

(1) El texto dice *ut ejuraret;* acción que hacían todos los magistrados cuando espiraban sus oficios, jurando que se había gobernado con entereza; y para esto acostumbraban ir muy acompañados.—*N. del T. E.*

neca; el uno con su mano cortada y el otro con su lengua de maestro de escuela pretender el gobierno del género humano.» Alzaba tras estas palabras las manos al cielo, añadiendo injurias, invocando al ya consagrado Claudio á las almas infernales de los Silanos, y tantas otras maldades que no le habían sido de provecho.

Turbado por estas cosas Nerón y acercándose el día en que Británico cumplía los catorce años de su edad, comenzó á considerar entre sí mismo, unas veces el ímpetu violento de su madre, otras el gentil natural y amable condición del mozo, habiendo poco antes experimentado en cierta ocasión la gran parte que tenía en la gratitud y amor del pueblo. Fué el caso que en los días de las fiestas de Saturno, entre los otros juegos en que se recreaban los de aquella edad, sacando por suerte el oficio de rey y tocándole á Nerón, mandó á los otros diversas cosas capaces de poderse hacer sin vergüenza. Llegado á mandar á Británico, le ordenó que, levantado en pie y en medio de todos, comenzase á cantar alguna cosa, creyendo que, no acostumbrado á saberse gobernar entre personas sobrias, cuanto y más entre borrachos, había de dar ocasión á que se burlasen de él; mas Británico, con generoso atrevimiento, comenzó á cantar unos versos (1), en que vino á significar como había sido echado de la suma grandeza y de la silla de su padre; cosa de que nació una general compasión, tanto más á la descubierta cuanto la noche y la licencia de los juegos había quitado la obligación de disimular. Nerón, pues,

---

(1) Se cree que fueron los siguientes de la *Andrómaca* de Ennio, citados por Cicerón, *Tuscul.*, III, 19.

O pater, o patria, o Priami domus,
Septum altisono cardini templum!
Vidi ego te, abstante ope barbarica,
Tectis cælatis, laqueatis,
Auro, oberc instructam regifice:
Hæc omnia vi vidi inflamari,
Priamo vi vitam avitari,
Joves aram sanguine turpari.

conocido el cargo que se le hacía, comenzó á aborrecer á Británico de suerte, que apretándole cada día más las amenazas de Agripina, no hallándose delitos que acomularle, ni atreviéndose á hacer matar descubiertamente á su hermano, trazó de hacerlo de secreto. Para lo cual manda aparejar el veneno por obra de Polión Julio, tribuno de una cohorte pretoria, que tenía en guardia á la malvada Locusta condenada por inventora de venenos y famosa por sus maldades; porque ya mucho antes estaba prevenido que ninguno de los que asistían al servicio de Británico hiciese caso de honra ni de lo que debía á su obligación. Dióselo el primer veneno por mano de sus mismos ayos; el cual, ó por no ser demasiado vehemente, ó porque se hubiese preparado de operación lenta y tardía, causándole alteración de vientre, lo echó de sí. Mas Nerón, impaciente de sufrir tanto la ejecución de su maldad, amenaza al tribuno y manda que se dé la muerte á la hechicera; porque mientras miraban al decir de la gente y á prevenirse de defensas retardaban su seguridad; y ofreciéndole ellos después de hacerle morir con la misma presteza que si le mataran á hierro, junto á la cámara del príncipe se hizo el compuesto del veneno, escogiéndole, entre otros muchos que se probaron, por el más violento.

Acostumbrábase en aquel tiempo que los hijos del príncipe comiesen en mesa aparte, con aparatos más moderados, en compañía de otros nobles de su edad, á vista de sus parientes más cercanos. Comiendo, pues, así Británico, porque á su vianda y bebida se hacía de ordinario la salva, por no causar sospecha con dejar esta costumbre, ni manifestar el delito con la muerte de dos, se inventó este engaño. Trújosele á Británico la bebida sana y sin veneno, y hecha la acostumbrada salva, aunque tan caliente, que no pudiéndola beber, se templó con agua fría atosigada; y en bebiendo, de tal manera penetró por todos los miembros, que en un instante perdió la voz y el espíritu. Medrosos los

que comían con él, los menos discretos huyeron, y los de más entendimiento quedaron atónitos y con los ojos clavados en Nerón; el cual recostado en la mesa, como si aquella no fuera obra de sus manos, dijo «que sin duda era aquel uno de los desmayos ó mal de corazón que Británico padecía desde su niñez, y que poco á poco le volvería el sentido y la vista.» Mas en Agripina se echó de ver tal espanto y un ánimo tan alterado, por más que procuró encubrirlo con el semblante del rostro, que se vió bien claro que no era más cómplice en el delito que Octavia, hermana de Británico, la cual (Agripina) perdió en él su postrer refugio, y conoció con este ejemplo la maldad del parricidio. Octavia también tuvo particular terror del caso, dado que en aquella tierna edad se había enseñado á encubrir el dolor, el amor y los demás afectos y pasiones del ánimo. Así, pues, tras un pequeño espacio de silencio se volvió al regocijo del banquete.

Concurrieron la muerte y el entierro de Británico en una misma noche, estando ya prevenido el aparato fúnebre, que fué bien moderado. Sepultóse con todo eso en el campo Marcio, con una tempestad de agua tan grande, que creyó el vulgo pronosticar la ira de los dioses contra aquella maldad, de la cual era el autor disculpado por muchos, considerando las discordias antiguas de ambos hermanos y que el reino es incompatible. Refieren muchos escritores de aquellos tiempos que Nerón, algunos días antes de la muerte de Británico, se había aprovechado sucia y torpemente de él diversas veces; tal, que no podía parecer antes de tiempo ni cruel el homicidio, aunque abusando con él la santa libertad de la mesa, sin darle tiempo tan solamente de abrazar á su hermana y despedirse de ella, y hecho delante de los ojos de su enemigo en aquella última sangre de los Claudios, manchada antes con estupro que con veneno. Excusóse con un edicto César de haber hecho apresurar las exequias de Británico, mostrando «que era instituto de

los mayores el quitar presto delante de los ojos los muertos en tan tierna edad, sin entretenerlos á vista del pueblo con oraciones y con las acostumbradas pompas funerales. Y que él, habiendo perdido el socorro y ayuda de un hermano y reduciendo todas sus esperanzas á la república, debían tanto más los senadores y el pueblo amparar á un príncipe, residuo de aquella familia, nacida para la suma grandeza.»

Hizo después grandes dádivas y mercedes á sus mayores amigos, y no faltó quien vituperase á los que, haciendo profesión de gravedad y entereza, se dividieron entre sí, como si fueran despojos de enemigos, las casas, las heredades y las quintas. Otros fueron de opinión que los forzó á ello el príncipe, como quien sabía en su conciencia la maldad que había cometido, y pensaba borrar la memoria de ella obligando con beneficios á los grandes y poderosos. No se mitigaba la ira de Agripina con ninguna largueza ni liberalidad; antes amparaba y favorecía á Octavia, y hablaba muy á menudo y en secreto con los amigos. Y á más de su natural avaricia, recogiendo dineros por todas vías como en socorro de sus trabajos, acariciaba á los tribunos y centuriones, honrando el nombre y la virtud de los nobles que habían quedado en la ciudad, á modo de introducir parcialidades y buscar cabeza. Cayendo en esto Nerón, mandó que se le quitase la guardia de soldados que antes tenía como mujer de emperador, y entonces como madre, y juntamente la de Alemanes (1) que se le había añadido para

(1) Así como el príncipe tenía dos géneros de guardias, así también Agripina, la cual se componía de soldados pretorianos, Germanos ó Alemanes, según Suetonio. Hacía mucho tiempo que los Germanos tenían este honor, pero antes de ellos lo tuvieron los Españoles. El mismo Suetonio dice que Julio César tenía para su guardia una cohorte de Españoles, y Augusto, de Calagurritanos (de Calahorra), los cuales fueron despedidos y recibidos en su lugar los Germanos; pero éstos fueron también separados por la sospecha que hizo concebir al príncipe la desgracia de Varo. Lipsio es de opinión que Augusto los

honrarla más. Y porque no fuese frecuentada de la muchedumbre de gente que iba á cortejarla, apartó casa, aposentando á su madre en las que fueron de Antonia; y todas las veces que iba á visitarla se hacía acompañar de una buena tropa de centuriones, y en saludándola, se despedía.

No hay cosa entre los mortales tan deleznable y perecedera como la fama y reputación de grandeza no sostenida con sus mismas fuerzas. Al momento desampararon todos los umbrales de Agripina. Ninguno iba á visitarla, ninguno á consolarla, salvo algunas pocas mujeres; y esas está todavía en duda si era por amor ó por aborrecimiento. Una de las cuales era Julia Silana, aquella que, como dije arriba, fué casada con Cayo Silio y repudiada de él por obra de Mesalina, mujer de señalada nobleza, de hermosura lasciva, y que había sido largo tiempo amada de Agripina hasta que se desavinieron con secretas ofensas; porque Agripina había divertido á Sestio Africano, mozo noble, del matrimonio con Silana, diciendo de ella que era deshonesta y que inclinaba ya á la vejez; no porque ella quisiese para sí á Africano, sino porque él no gozase de sus grandes riquezas, hallándose ella sin herederos. Y así, ofreciéndosele á Silana esperanza de vengarse, apareja por acusadores á Titurio y Calvisio, dos de sus allegados, para que dejando á una parte las cosas viejas de que tantas veces se le había hecho cargo, como el haber llorado la muerte de Británico y divulgado los malos tratamientos de Octavia, la acusasen de que había determinado de levantar y engrandecer para cosas nuevas á Rubelio Plauto (1), el cual por su madre descendía del

---

volvió á recibir. Tiberio los tuvo al principio de su reinado, y después de él otros emperadores hasta Galba.—*N. de la E. E.*

(1) Era hijo de Rubelio Blando, esposo de Julia, hija de Druso y nieta de Tiberio. Así, pues, era descendiente en cuarto grado de Augusto, aunque por adopción y como sigue: AUGUSTO; 1, TIBERIO, hijo adoptivo; 2, DRUSO, hijo de Tiberio y de

divo Augusto en el mismo grado que Nerón, y casando con él, apoderarse otra vez del imperio y afligir de nuevo la república. Confirieron esto Titurio y Calvisio con Atimeto, liberto de Domicia, tía de Nerón; el cual, alegre del aviso, porque entre Domicia y Agripina había celos y enemistades sobre la privanza, constriñó á Paris, representante, liberto también él de Domicia, á poner con presteza estas cosas en los oídos del príncipe, y á agravar el delito.

Había ya pasado gran parte de la noche, y Nerón estaba todavía borracheando, cuando entró Paris, como solía entrar otras veces á aquellas horas, para asistir á los vicios y desórdenes del príncipe y acrecentarlos. Y aparejándose primero á representar en el rostro una gran tristeza, declaró punto por punto todos los indicios del caso, como se los habían pintado á él. Con que puso á Nerón en tal terror, que no sólo determina de dar la muerte á su madre y á Plauto, sino también quitar á Burrho el cargo de los pretorianos, como hechura de Agripina y persona que deseaba pagarle por aquel camino el beneficio. Escribe Fabio Rustico que ya se había escrito á Cecina Tusco que viniese á encargarse de aquellas guardias, mas que por obra de Séneca fué conservado Burrho en su dignidad. Plinio y Cluvio dicen que no se dudó jamás de la fe del prefecto. A la verdad, hallo á Fabio muy inclinado á loar á Séneca, con

---

Vipsania Agripina; 3, JULIA, hija de Druso y de Livia, esposa de Rubelio Blando; 4, RUBELIO PLAUTO. De él es de quien habla Juvenal en los siguientes versos, donde, ora sea por error del poeta ó de los copistas, se le llama *Blando* como á su padre:

His ego quem monui? tecum es mihi sermo, Rubelli
Blande; tumes alto Drusorum stemmate tanquam
Feceris ipse aliquid, propter quod nobilis esses,
Ut te conciperet quæ sanguine fulget Juli,
Non quæ ventoso conducta sub aggere texit.

Rubelio, denunciado junto con Agripina, escapó esta vez; pero fué por poco tiempo, como puede verse en el mismo Tácito, libro XIV, 22 y 58, donde cuenta su destierro y después su muerte.

cuya amistad floreció. Yo, que acostumbro á escribir llanamente todo aquello en que los autores concuerdan, en viéndolos discordes entre sí, pienso calificar las opiniones poniendo sus nombres. Amedrentado Nerón y deseoso de dar la muerte á su madre, no lo difiriera si Burrho no le hubiera prometido de hacerla morir en el mismo punto que fuese convencida del hecho. «Mas que á nadie, cuanto más á su madre propia, se podían negar las defensas: que no habían comparecido aún los acusadores, ni se había oído otra cosa que el dicho de un enemigo respecto á la casa en que vivía: que no alababa las resoluciones tomadas de noche, y más en noche de banquete, pues cuanto se hiciese en ella estaba más cerca de ser tenido por temeridad que por prudencia.»

Mitigado con esto el temor del príncipe, y venido el día, se va el prefecto á notificar la acusación á Agripina para que se justifique ó pague la pena. Llevó Burrho comisión de hacer la embajada delante de Séneca, asistiendo también algunos libertos para notar las palabras que se dirían. Y habiendo Burrho declarado los delitos y sus autores, usó después de grandes amenazas. Mas Agripina, no pudiendo olvidar su fiereza natural y sobrado brío: «No me maravillo, dijo, que Silana, que jamás parió, ignore los afectos y »pasiones maternales. No se pueden trocar y olvidar tan »fácilmente los hijos por las madres, como por las mujeres »deshonestas los adúlteros. Y si Titurio y Calvisio, después »de haber consumido en glotonerías sus haciendas, quieren »dar á una vieja este último contento de tomar á su cargo »el acusarme, no por eso es razón que yo quede expuesta »á la infamia del parricido ó en el pecho de César la sos»pecha de él. Daría gracias por cierto á Domicia hasta del »mal que me desea, si toda su emulación para conmigo »fuese sobre cuál de las dos quiere más á mi Nerón. ¿Qué »tiene que ver este cuidado, con estarse ella ahora en com»pañía de su adúltero Atimeto y de su Paris, comediante,

»inventando fábulas, como si hubieran de representarlas en »el teatro? Estábase ella labrando sus estanques y pesque»ras de Bayas cuando con mi consejo se procuraba la adop»ción, la autoridad proconsular, la nominación para ser »cónsul, y se aparejaban las demás cosas que me parecían »á propósito para que Nerón obtuviese el imperio. Si hay »alguno que presuma convencerme de haber en Roma so»licitado los ánimos militares, ó procurado que en las pro»vincias se falte á la fidelidad debida al imperio romano, ó »finalmente que he sobornado á los esclavos y libertos en »orden á cometer tan gran maldad, dígame: ¿pudiera yo »vivir debajo del imperio de Británico, de Plauto ó de cual»quier otro que hubiese gobernado la república? ¿Faltaran »por ventura en este caso acusadores que pusieran por de»lante, no sólo las palabras dichas inadvertidamente por »impaciencia de amor materno, sino delitos de que no »puede ser absuelta una madre sino de su propio hijo?» Movidos los que asistían con estas palabras, y haciendo todo lo posible por mitigar su cólera, pidió que quería verse con su hijo, delante del cual no quiso tratar de su inocencia por no mostrar que tenía necesidad de defenderse, ni de los beneficios que la había hecho por no zaherírselos Sólo pidió y obtuvo castigo para los acusadores y premio para los amigos.

A Fenio Rufo se dió la superintendencia de las provisiones; á Aruncio Stela la comisión de ordenar las fiestas que preparaba César, y á Cayo Balbilo (1) el gobierno de Egipto. Designóse también el gobierno de Siria á Publio Anteyo, mas burlado con diversos artificios, al fin no salió de Roma. Silana fué desterrada perpetuamente, y lo mismo Calvisio y Titurio, aunque por tiempo limitado. A Atimeto se dió pena de muerte, y fuera lo propio de Paris si no le librara

---

(1) Séneca, *Quæst. natur.*, IV. 2, le llama el mejor de los hombres y el más extraordinario en todo género de conocimientos.

lo mucho que pudo con el príncipe el ser éste uno de los principales ministros de sus lujurias. De Plauto no se trató cosa por entonces.

Fueron acusados poco después de esto Palante y Burrho de haber consentido en hacer emperador á Cornelio Sila, no menos por la claridad y nobleza de su sangre, que por la afinidad que tenía con Claudio, como marido de su hija Antonia. Autor de esta acusación fué un cierto hombre llamado Peto, harto conocido por el oficio que tenía de cobrar y vender los bienes de los deudores al tesoro público, y después mucho más por la vanidad y mentira que usó en este negocio. Sin embargo, no fué tan agradable la inocencia de Palante, cuanto insufrible y demasiada su arrogancia: porque nombrados sus libertos por cómplices, con quien él confería estos intentos, respondió: «que en su casa no acostumbraba mandar cosa alguna sino por señas, ó con la cabeza, ó con las manos, y cuando era necesario declarar muchas, tomaba por expediente el darlas por escrito por no acompañar su voz con la de gente tan baja.» Burrho, aunque culpado en esta causa, concurrió entre los jueces y dió su voto. Fué al fin desterrado el acusador, y quemáronse unos papeles suyos en que iba sacando á luz las memorias ya olvidadas del erario.

Al fin de este año se quitó el cuerpo de guardia de una cohorte que solía asistir cuando se celebraban fiestas en el teatro para dar aquella apariencia de libertad, y porque los soldados, quitada la ocasión de mezclarse en la licencia de los teatros, viviesen con mayor disciplina; y juntamente por probar si la plebe se conservaba en modestia sin aquel freno. También César, por consejo de los arúspices, purificó la ciudad con sacrificios, habiendo tocado un rayo en los templos de Júpiter y de Minerva.

Siendo cónsules Quinto Volusio y Publio Scipión, gozaban los de fuera de una ociosa paz, y dentro de Roma se padecía grandemente por las crueles, feas y pesadas travesuras

que andaba haciendo de noche Nerón, vestido de traje de esclavo por no ser conocido, discurriendo desefrenadamente por las calles, tabernas y burdeles de la ciudad, acompañado de muchos que robaban las cosas que estaban para venderse, hiriendo á los que encontraban tan sin conocerse unos á otros, que en cierta escarapela sacó muy bien señalada la cara el mismo Nerón. Mas después que se supo que era él el que hacía estos robos y desafueros, comenzaron á ir en aumento las injurias contra hombres y mujeres de calidad; porque muchos con esta licencia, y aprovechándose del nombre de Nerón, en tropas y en cuadrillas hacían lo mismo: tal, que en siendo de noche, estaba la ciudad como entrada por enemigos y dada á saco. Julio Montano, del orden senatorio, mas que no había aún comenzado á ejercer oficios públicos, acometido acaso en una noche obscura por el príncipe, porque haciendo rostro le rechazó valerosamente, y conociéndole después le pidió perdón, como si con aquello le diera en rostro y le ofendiera, le forzó á que se diese la muerte. Hecho con esto Nerón más temeroso y más cauto, usó de allí adelante el acompañarse de soldados y gladiatores, ordenándoles que le dejasen á él comenzar las pendencias como solo á solo, y hallada resistencia demasiada se mostrasen con sus armas. Hizo también con no castigar los delitos, y aun con dádivas, que las diferencias de los juegos y fiestas públicas, y las parcialidades de los representantes llamados histriones se redujesen casi á batallas formadas, recreándose de estar escondido á verlo, y muchas veces descubierto, hasta que creciendo los desórdenes del pueblo con las parcialidades, y temiéndose mayores inconvenientes, no se halló otro remedio sino echar de Italia á los histriones y volver á poner en el teatro la guardia de soldados.

Por este mismo tiempo se trató en el senado de los engaños que hacían los libertos á sus señores, y se pidió con gran instancia que contra los que fuesen ingratos al bene-

ficio de su libertad, se diese poder á los señores para revocársela; y no faltaban senadores que fuesen de este parecer. Mas no atreviéndose los cónsules á hacer esta proposición sobre el caso sin sabiduría del príncipe, le avisaron de la intención del senado por si gustaba hacerse autor de aquel decreto, visto que no había sino pocos senadores de contrario parecer, siendo muchos los que murmuraban y se quejaban á voces de que hubiese llegado á tal término el atrevimiento de los libertos, que consultaban entre sí sobre si ofrecerían voluntariamente las espaldas á los azotes, ó resistirían con fuerza cuando tratasen de darles aquella su ordinaria pena los mismos que disuadían ahora su castigo: «¡Qué otra cosa, decían, se concede al dueño ofendido que desterrar al liberto fuera de las cinco leguas de la ciudad á las riberas de Campania! Las demás acciones, iguales y comunes las tienen con los otros ciudadanos. Necesario es señalar contra ellos alguna arma que no pueda ser menospreciada: ni á los libertos mismos les debe ser enojoso el conservar la libertad por la misma obediencia y sumisión con que la ganaron. Con razón, pues, deben ser vueltos á la servidumbre los convencidos notoriamente de ingratitud, para que obre el terror lo que no pudo el beneficio.»

«En contrario, decían otros que la culpa de pocos había de dañar á solos ellos, sin perjudicar al común de todos los libertos, cuyo cuerpo estaba muy extendido por la ciudad, habiendo salido de él mucha parte de las tribus, las decurias, los ministros de magistrados y de sacerdotes, y gran número de cohortes levantadas en la ciudad: que de ellos descendían muchos caballeros y no pocos senadores: que si se apartaban los libertinos de entre los demás, se echaría de ver la falta de gente bien nacida (1): que no sin

(1) Montesquieu, *Espíritu de de las leyes*, XV, comenta de esta suerte la idea de Tácito: « Déjase comprender claramente,

causa, dividiendo los antiguos las órdenes y grados de calidad entre los ciudadanos de Roma (1), habían dejado al arbitrio de cada uno el dar libertad á los esclavos, para que tuviese lugar el arrepentimiento, ó la nueva gracia: que aquellos á quien su señor no hacía libres delante los magistrados arrastraban todavía sus hierros de la servi-

---

»dice, que cuando en el gobierno republicano hay muchos es»clavos es necesario emanciparlos en gran número. El mal está »en que si existen demasiados esclavos pueden difícilmente ser »contenidos, y si se tienen muchos libertos no pueden vivir y se »convierten en una carga para la república, la cual corre ade»más de esto un grave peligro, ya sea de la abundancia de és»tos, ya de la multitud de aquéllos. Conviene, pues, que la »ley atienda á remediar ambos inconvenientes, y las muchas »que se hicieron en Roma en favor ó en contra de los esclavos, »ora para facilitar, ora para dificultar las emancipaciones, ma»nifiestan con sobrada evidencia lo embarazado que se hallaba »el gobierno acerca de este particular. Hasta hubo épocas en »que no se atrevió á legislar sobre este punto; y así, por ejem»plo, cuando en tiempo de Nerón se pidió al senado que se per»mitiese á los dueños volver á la esclavitud á los siervos ingra»tos, el emperador escribió que era mejor resolver los casos »particulares que tomar una medida general.»

(1) Este es uno de los varios pasajes que hay en la versión de Coloma que no se entienden ó se entienden mal, á menos de conocer el latín y poder buscar en el original la claridad de que la traducción carece. Dice Tácito que para eso se establecieron dos especies de manumisiones, á fin de dar lugar al arrepentimiento ó á un nuevo beneficio, ya que el esclavo no manumitido por vindicta quedaba en cierto modo sujeto todavía á la servidumbre, etc.—«De dos maneras, dice Lipsio, se daba »la libertad, unas veces pública y otras privadamente, que tam»bién se llamaban justa é injusta; la pública ó justa era la que »se hacía por medio de la vindicta, censo ó testamento; la par»ticular ó injusta la que se hacía entre amigos, bien por carta »ó bien en el banquete..... Los que recibían la libertad con la »manumisión justa, quedaban enteramente libres; los otros aun »quedaban con algún género de sujeción y podían volver á la »esclavitud. Puteano cita cierto fragmento antiguo de un juris»consulto, que dice: *Hi qui domini*, etc., y añade: *sed nunc* »*habent*: así, por el miedo de esta segunda servidumbre (de »que se habla también en la Novela LXXVIII) dice Plauto: *sed* »*meliore est opus auspicio, liber perpetuo ut siem.*»—*N. de la E. E.*

dumbre. Y que así, que considerase cada cual los méritos de su esclavo antes de darle lo que una vez concedido no se podía quitar.» Y al fin prevaleció esta opinión. César escribió al senado que se examinasen bien en particular las cosas de los libertos cuando fuesen acusados por sus señores; mas que en común no se innovase cosa alguna contra aquella gente. No mucho después se le quitó á Domicia, tía de Nerón, el poderío sobre su liberto Paris, con color de que se seguía en aquello derecho civil, no sin vituperio del príncipe por cuya orden se había ventilado y resuelto la causa de su libertad.

Quedaba con todo eso una cierta apariencia de república; porque movida diferencia entre Vibulio, pretor, y Antistio, tribuno del pueblo, sobre que el tribuno había hecho librar á ciertos insolentes fautores de los histriones presos por orden del pretor, los senadores aprobaron la captura y reprendieron al tribuno de su presunción. Prohibióse tras esto á los tribunos del pueblo «el usurpar la autoridad de los pretores y de los cónsules, y de citar á su tribunal persona alguna de Italia con quien se pudiese proceder conforme á las leyes municipales»; y Lucio Pisón, nombrado para cónsul, añadió: «que tampoco pudiesen los tribunos en sus propias casas castigar á ninguno; y que los cuestores del erario no pusiesen en los libros públicos las condenaciones hechas por ellos antes de cuatro meses, y que fuese lícito á los condenados dentro de este término contradecirlas, y esperar lo que conforme á justicia resolviesen los cónsules.» Reformóse más estrechamente la potestad de los ediles, y ordenóse lo que podían prendar los curules y los plebeyos, y hasta qué cantidad hacer pagar de penas. Esto dió ocasión á Elvidio Prisco, tribuno del pueblo, de mostrar la enemistad particular que tenía con Obultronio Sabino, cuestor del erario: tomando por capa el haberse gobernado ásperamente contra los pobres, haciéndoles vender al encante sus propios bienes para pagar las penas confiscadas.

Pasó después de esto el príncipe el cuidado de los libros de las rentas públicas de los cuestores á los prefectos, habiéndose variado diversas veces la forma de esto. Porque Augusto concedió al senado que pudiese elegir los prefectos á cuyo cargo estuviese el tesoro público. Después, sospechando de la negociación de los votos, se sacaron por suerte de entre los del orden pretorio. Tampoco duró esto mucho, cayendo tal vez la suerte en personas inméritas. Entonces Claudio restituyó de nuevo en este cargo á los cuestores, concediéndoles otros honores y oficios públicos, porque no ejerciesen el suyo con negligencia de miedo de ofender á algunos. Mas por ser este el primer magistrado que se daba á la gente moza, venía á faltar la ayuda del juicio que se adquiere con la edad; y así, Nerón escogió después hombres que hubiesen sido pretores y de conocida y larga experiencia.

Debajo de estos mismos cónsules fué condenado Vipsanio Lenate por haber gobernado con avaricia la provincia de Cerdeña. Y Cestio Proculo fué absuelto en su residencia, renunciando la causa los acusadores. Clodio Quirinal, prefecto de la chusma de la armada que asistía en Ravena, habiendo con la crueldad y con la lujuria tiranizado á Italia como si fuera la nación más ínfima y de menor nombre, previno la condenación dándose la muerte con veneno. Aminio Rebio, tenido por uno de los más célebres jurisperitos de la ciudad y de excesivas riquezas, no pudiendo sufrir los trabajos y dolores de una vejez enferma, se libró de ella cortándose las venas y despidiendo el espíritu con la sangre, contra lo que se esperaba de un hombre infame y afeminade como él; pues nadie creyó que tuviera fortaleza de ánimo para quitarse la vida con sus manos. Mas Lucio Volusio pasó de esta vida con egregia fama, después de haber vivido noventa y tres años, dejando gran hacienda y bien ganada, y conservando la amistad de tantos emperadores sin ofensa de nadie.

En el consulado de Nerón la segunda vez, y de Lucio Pisón, sucedieron pocas cosas dignas de memoria, si ya no se le antoja á alguno henchir sus libros con alabar los fundamentos y trabazón con que César fabricó la máquina del anfiteatro en Campo Marcio; habiéndose observado siempre, para mayor decoro del pueblo romano, que las cosas ilustres se registren en los anales, y las de este género en los actos diarios de la ciudad. Diré con todo eso cómo se reforzaron de veteranos las colonias de Capua y de Nocera, y que se dió á la plebe de Roma el donativo llamado congiario, de cuatro escudos (cuatrocientos sestercios) por cabeza, y se metió en el erario un millón de oro (cuarenta millones de sestercios) por conservar el crédito al pueblo. Quitóse también la imposición de cuatro por ciento de los esclavos que se vendían, aunque más en apariencia que en efecto, porque pagándola el vendedor venía á desembolsar esto más el que compraba. Hizo un edicto César en que mandó que ningún magistrado ó procurador de provincia hiciese espectáculos de gladiatores ó de fieras, ni otro género de fiestas públicas: porque antes no maltrataban menos á los súbditos por medio de semejante liberalidad, que con lo que robaban y cohechaban en el oficio, mientras procuraban valerse del regocijo y aplauso popular para cubrir los delitos de sus gustos.

Hízose también un decreto por el senado que miraba á la seguridad y al castigo de los esclavos; es á saber, que si alguno fuese muerto por sus propios esclavos, fuesen obligados á la misma pena que los matadores los que, habiendo ya alcanzado libertad por testamento, habitasen en la misma casa del señor. Restituyóse al orden senatorio Lucio Vario, consular, del cual había sido reformado por delitos de avaricia. Y Pomponia Grecina, matrona ilustre, mujer de Plaucio, el que volviendo de Inglaterra entró en Roma con el triunfo de ovación, acusada de religión extranjera, fué remitida al juicio de su propio marido; el cual, vista la

causa, conforme al uso antiguo en presencia de sus parientes, y examinada la honra y la vida de su mujer, la dió por inocente. Vivió Pomponia largos años en continua tristeza. Porque después de muerta Julia, hija de Druso, por asechanzas de Mesalina, cuarenta años continuos no vistió sino luto, ni fué vista jamás alegre: lo que hecho sin peligro en tiempo de Claudio, le fué á ella de reputación en los otros tiempos.

En el mismo año fueron acusados muchos, entre los cuales lo fué Publio Celere por los de Asia; y no hallando César de justicia camino para absolverle, fué alargando la causa hasta que murió de vejez. Porque habiendo, como se ha dicho, Celere muerto al procónsul Silano, con esta gran maldad cubría todas las demás. Habían los Cilicios acusado á Cosuciano Capitón de hombre vicioso, avariento y lleno de maldades, tal, que le había parecido que podía atreverse á usar en la provincia las mismas insolencias que usó en la ciudad. Este, después de haber contrastado largos días la perseverancia de los acusadores, renunció las defensas y fué condenado por la ley de residencia. Eprio Marcelo, acusado de los de Licia por haber contravenido á la misma ley, se ayudó de suerte con inteligencias, que algunos de los acusadores, como si hubieran perseguido á un inocente, fueron condenados á perpetuo destierro.

Siendo la tercera vez cónsul Nerón, entró con él en el consulado Valerio Mesala, cuyo bisabuelo, el orador Corvino, se acordaban algunos pocos viejos haberle visto compañero de Augusto, rebisabuelo de Nerón. Mas á esta noble familia se añadió también la honra de una pensión anual de doce mil quinientos ducados (medio millón de sestercios), para que Mesala pudiese sustentar la pobreza en que, sin culpa suya, había caído. Ordenó también el príncipe que se diese un tanto al año á Aurelio Cota y á Haterio Antonino, puesto que ambos habían disipado desordenadamente sus antiguas riquezas. En el principio de este año la

guerra que se había movido entre Romanos y Partos sobre el reino de Armenia, diferida hasta entonces con ligeros movimientos, se reforzó vivamente; porque ni Vologeso quería que su hermano Tiridates fuese despojado del reino que tenía de su mano, ni que le poseyese por beneficio de otro príncipe: y Corbulón juzgaba por cosa conveniente á la grandeza del pueblo romano el cobrar lo que antiguamente conquistaron Lúculo y Pompeyo. Los Armenios con su incierta fe convidaban á la guerra á los unos y á los otros; aunque por la vecindad del sitio y semejanza de costumbres parece que se conformaban más con la condición de los Partos, como emparentados con ellos, y, no habiendo gozado nunca de libertad, más inclinados á su servidumbre.

Pero á Corbulón daba más trabajo el corregir los defectos de sus soldados, que cuidado el haber de castigar la deslealtad de los enemigos. Porque las legiones que habían pasado de Siria, flojas y perezosas por la costumbre de una larga paz, sufrían con gran dificultad los trabajos y ejercicios de la milicia romana, siendo certísimo que en aquel ejército había veteranos que jamás habían tenido ocasión de entrar de guardia ni de hacer una centinela: del cavar fosos y levantar trincheras se admiraban como de cosas nuevas y maravillosas; acostumbrados á andar sin celadas, corazas y otro cualquier género de armas; á estarse por las guarniciones pacíficas lucidos y ocupados en sus ganancias. Y así Corbulón, dando licencia á los que por vejez ó enfermedad no estaban de servicio, pidió que se hiciesen nuevas levas para rehenchir las legiones. Y á este fin se levantó mucha gente por las provincias de Galacia y Capadocia. A más de la cual, se le envió una legión de las de Germania con los caballos de ellas y algunas cohortes de naciones. Tuvo Corbulón el ejército en campaña debajo de tiendas cubiertas de pieles, aunque el invierno fué tan riguroso y el hielo tan continuo, que no se podían plantar los partellones sin primero cavar

con grande afán la tierra. A muchos se les helaron las extremidades de los dedos, y algunos murieron en la centinela. Por cosa señalada se notó que un soldado que traía un haz de leña se le helaron de suerte las manos, que asidas á la fagina, las arrojó de los brazos, quedándose solo los troncos de ellos. Corbulón, vestido harto ligeramente, con la cabeza descubierta, hallándose siempre en la ordenanza cuando se marchaba, y en los trabajos loando los valerosos y confortando los débiles, daba á todos un natural y propio ejemplo. Y porque con todo eso habia muchos que por el rigor del tiempo y de la milicia se huían y desamparaban el campo, libró en el rigor toda la fuerza del remedio; porque allí no se perdonaba como en los demás ejércitos á primera y á segunda culpa, mas quien se atrevía á desamparar una vez la bandera, lo pagaba luego con la vida: remedio que calificó la experiencia por más saludable y mejor que la piedad y misericordia. Porque entre éstos fueron muchos menos los que desampararon el campo, que entre los otros donde se perdonaba.

Entretanto, Corbulón, habiendo tenido las legiones en los alojamientos hasta que entrase bien adelante la primavera, y puestas en lugares convenientes las cohortes auxiliares, les advirtió que en manera alguna fuesen ellos los primeros á trabar la batalla. El cuidado de gobernar estos presidios le dió á Pactio Orfito, que había sido primipilar. A éste, aunque había escrito al general que los bárbaros estaban desapercibidos y que se ofrecía buena ocasión de darles una mano, se le respondió que no saliese de sus fuertes hasta que le llegasen mayores fuerzas. Mas él, menospreciando este mandato, á la llegada de algunas pequeñas tropas de caballos venidos de los castillos circunvecinos, que poco experimentados pedían la batalla, llegando á las manos fué roto. Y con su daño, atemorizados los que habían de socorrerle, se pusieron también en huída hasta sus alojamientos. Sintió mucho este suceso Corbulón, el cual,

después de haber reprendido á Pactio, quiso que él, los prefectos y soldados todos alojasen fuera de los reparos, teniéndolos en aquella vergüenza hasta que los perdonó á ruego de todo el ejército.

Mas Tiridates, demás de su propia gente, ayudado también de las fuerzas de Vologeso, su hermano, inquietaba la Armenia, no ya con correrurías, sino con guerra descubierta, saqueando y destruyendo á los que sabía que permanecían en nuestra devoción. Y en saliendo á él con golpe de gente, burlaba nuestras diligencias, volando á una parte y á otra, y espantando más con la fama que con las armas. Corbulón, después de haber diversas veces tentado en vano la batalla, forzado con el ejemplo del enemigo á llevar la guerra á varias partes, dividió sus fuerzas, con orden de que á un mismo tiempo los legados y prefectos asaltasen diversos lugares. Y juntamente avisa al rey Antíoco que se arrime á los presidios vecinos á su reino. Porque Farasmanes, después de haber muerto á su hijo Radamisto, que le era traidor, por mostrar que nos era fiel ejercitaba con mayor afecto su antiguo aborrecimiento contra los Armenios. Aquí también fué la primera vez que llamados en favor nuestro los Insiquios, gente nunca antes confederada con los Romanos, corrieron la parte más montuosa y áspera de Armenia. Tal, que no saliéndole bien sus designios á Tiridates, se resolvió en enviar embajadores que en nombre suyo y de los Partos supiesen de él la causa «por qué habiendo dado poco antes rehenes y renovado la amistad, que al parecer abría la puerta á nuevos beneficios, se tratase de quitarle la antigua posesión de Armenia. Para cuyo remedio no había tratado de moverse Vologeso, deseoso de acabar aquellas diferencias antes con la razón que con la fuerza. Mas que si con todo era así que había de llegarse á las armas, le advirtiesen que no faltaría en los Arsacidas aquel valor y fortuna tantas veces experimentados con estrago y muertes de los Romanos.» Respon-

dió á esto Corbulon, sabiendo muy bien que Vologeso se hallaba ocupado en castigar la rebelión de los Hircanos, persuadiendo á Tiridates «á que, arrimadas las armas, acometa á César con ruegos, último y necesario camino para conservarse en el reino sin sangre; siguiendo antes el más breve y oportuno remedio, que la esperanza remota y tardía.»

Resolvieron después, visto que por medio de embajadas y mensajeros no se llegaba al punto principal de la conclusión de la paz, que, señalado lugar y tiempo, se estableciesen vistas entre los dos. Decía Tiridates que traería una guardia de mil caballos, y que no se curaba de cuántos soldados pudiese llevar consigo Corbulón, con tal que, á uso de paz, viniesen desarmados de corazas y de celadas. Por cualquier hombre, por inexperto que fuese, cuanto más por un capitán tan viejo y prudente, estaba fácil de conocer la astucia bárbara; pues era cierto que sólo por engañarle tomaba para sí el número menor, dando el mayor á los nuestros, para que, oponiéndose á la caballería del Rey, ejercitada en el uso de las flechas, los cuerpos desarmados, fuese de ningún provecho la multitud. Con todo eso, Corbulón, disimulando y fingiendo no haberlo entendido, respondió que el parlamento que se había de tener sobre negocio tocante al bien público, era mejor tenerle en presencia de ambos ejércitos. Y á este efecto elige un puesto en donde de la una parte se levantaban apaciblemente ciertos collados para recibir la infantería en sus escuadrones, y de la otra se extendía un hermoso llano, cómodo para poner en ala tropas de caballos. Al día señalado se presentó Corbulón, teniendo á sus costados las cohortes confederadas y los socorros de los reyes, y en medio la legión sexta, con la cual había mezclado tres mil soldados de la tercera que había hecho venir la noche antes de los otros alojamientos; pero debajo de una sola águila, por no hacer muestra de más que una legión. Tiridates, hacia la tarde,

se mostró tan apartado, que podía antes ser visto que oído. De esta manera, sin llegar al parlamento, el capitán romano hizo volver su gente á las alojamientos.

El Rey, ó que sospechase de algún engaño viendo mover las legiones hacia diversas partes, ó por impedirnos las vituallas que venían del mar Ponto y de la ciudad de Trapisonda, se partió á gran priesa. Mas no pudo embestir el convoy de las vituallas, por venir por la vía de los montes y guardado de buena escolta. Y Corbulón, por no llevar el negocio en largas, y por necesitar á los Armenios á defender sus cosas propias, determinó de destruir los castillos circunvecinos; y él mismo toma para sí la expugnación del más fuerte, llamado Volando. Los menos importantes cometió á Cornelio Flaco, legado, y á Isteo Capitón, teniente de maestro de campo general (1). Con esto, reconocidas las defensas enemigas y proveídas las cosas convenientes para el combate, amonesta á sus soldados «que se apresuren en quitar aquel refugio y retirada al enemigo vagabundo; el cual, rehusando igualmente la batalla y la paz, confesaba con la huída su cobardía y falta de fe. Y que así procurasen sin dilación ganar á un mismo tiempo honra y provecho.» Hechas, pues, del ejército cuatro partes, á unos mandó hacer la tortuga para debajo de ella arrimarse y zapar la mu-

(1) Nuestros lectores podrán aceptar ó no esta denominación tratándose de ejércitos romanos. Nosotros preferimos dejar á las cosas su propio nombre, y llamarle á Capitón, *prefecto del campamento*, sobre todo cuando, como en el caso actual, no se pueden con exactitud equiparar las atribuciones de un jefe militar con ninguno de los cargos de nuestra milicia. He aquí lo que dice el autor inglés del *Dic. de antig. romanas y griegas*, tantas veces citado, acerca de ese empleado: «Era un oficial agregado á cada legión romana, que tenía á su cargo el escoger el sitio á propósito para sentar los reales, proporcionar á los soldados los instrumentos y materiales necesarios para ello, vigilar la construcción de las obras de defensa, cuidar de los bagajes de las legiones, atender á los enfermos y heridos, á los abastos, máquinas de guerra, etc.»

ralla; á otros con escalas ordena que trepen hasta las almenas del castillo; á otros muchos manda que arrojen con ingenios hachas y lanzas de fuego. Alojáronse también en los lugares competentes los honderos y los que tiraban la mano, para con piedras y pelotas de plomo tirar continuamente á las defensas, haciendo igual por todas partes al enemigo el daño y el temor. Fué tal después el ardor y fiereza del ejército, que antes que pasase la tercera parte del día fueron barridos los muros de defensores, rotas las puertas, escaladas las murallas y muertos todos los mayores de catorce años, sin pérdida de un soldado tan sólo de nuestra parte, y pocos heridos. Vendida, pues, al encante la turba inútil de viejos, mujeres y niños, quedaron las demás cosas por premio del vencedor. La misma fortuna tuvieron el legado y el teniente maestro de campo general, habiendo ganado en un día tres castillos; los demás se rindieron, parte de miedo y parte de voluntad de los moradores. Esto dió ánimo á los nuestros de hacer la empresa de Artajata, cabeza del reino. Con todo eso, no pareció llevar las legiones por el camino más corto, por no descubrirse á los tiros del enemigo al pasar el puente del río Araxes, que baña los muros de la ciudad, sino por el vado más ancho y más apartado. Tiridates en tanto, combatido de la vergüenza y del temor, porque dejando asentar el cerco mostraba lo poco que se podía confiar en sus fuerzas, y tentando el socorro, temía el encerrarse con su caballería en aquellos lugares estrechos y embarazosos, se resolvió finalmente en mostrarse en batalla y darla aquel propio día, si se le ofrecía ocasión, ó fingiendo retirarse, procurarla para ejecutar algún engaño. Así, pues, al improviso rodea las escuadras romanas que marchaban, no ignorándolo nuestro capitán; el cual, para remedio de este acometimiento, había ordenado el ejército de suerte que pudiese juntamente defenderse y marchar. La tercera legión llevaba el lado derecho, el siniestro la sexta, en medio la gente escogida

de la décima; el bagaje marchaba cerrado dentro de la ordenanza, y la retaguardia iba defendida de mil caballos, á quien se ordenó que siendo acometidos de cerca peleasen, mas que no siguiesen al enemigo aunque le viesen huir. En los cuernos marchaban los infantes flecheros y el resto de la caballería, habiendo extendido algo más el cuerno siniestro hacia abajo de los collados; porque si el enemigo se atrevía á entrar por allí á la carga, pudiese ser ofendido en forma de arco por la frente y por el fondo de nuestro ejército. Tiridates acometía á los nuestros por todas partes, aunque sin arrimarse á tiro de dardo, unas veces amenazando la arremetida, otras mostrándose medroso, para dar ocasión de apartarlos de la ordenanza y oprimirlos en desorden. Mas viendo que cada cual estaba advertido, y que sólo un decurión de caballos, que saliendo de su tropa temerariamente quedó atravesado de saetas, con cuyo ejemplo los demás se hicieron más obedientes, acercándose ya la noche, se retiró.

Corbulón, plantado en aquel mismo lugar su alojamiento, estuvo en duda si con las legiones desembarazadas era bien seguir á la noche el camino de Artajata, para ponerle sitio, pensando que Tiridates se habría metido dentro. Mas advertido por los espías de que tomaba otro camino, incierto si hacia los Medos ó los Albanos, se resolvió en esperar el día, enviando delante los armados á la ligera para que entretanto rodeasen los muros y comenzasen el sitio á lo largo. Mas los de la ciudad, abriendo las puertas, se dieron á discreción y á merced de los Romanos, que fué su salvación; porque la ciudad se hizo ceniza y se desmanteló hasta los cimientos, por no poderse sustentar sin grueso presidio, en razón del gran circuito de los muros, no teniendo nosotros tantas fuerzas que bastasen para dividirlas en presidios y continuar la guerra en campaña. Y si se dejaba entera y sin guardia, no se sacara provecho alguno ni honra de haberla ganado. Añaden que se vió aquí un milagro,

como cosa sucedida por voluntad de los dioses, que estando todo lo demás ilustrado con la luz del sol, aquel espacio sólo que rodeaban los muros fué en un instante cubierto de una nube obscurísima, separada de la claridad con espesos relámpagos y rayos, tal, que casi visiblemente se echaba de ver que concurría la ira divina en la destrucción de aquella ciudad. Fué por estos sucesos Nerón saludado con nombre de emperador, y por decreto del senado se hicieron procesiones y rogativas á los dioses, se le dedicaron al príncipe estatuas y arcos, y concedióse le que fuese perpetuamente cónsul. Decretóse también que el día de la victoria, en el que vino la nueva, y el día en que se refirió al senado fuesen solemnizados como fiestas, y otras cosas semejantes, en que excedieron tanto de los términos debidos, que Cayo Casio, consintiendo en todas las demás cosas, dijo «que si se hubiesen de dar gracias á los dioses conforme á la benignidad de la fortuna, no sería bastante todo el año para emplearle en fiestas y procesiones; mas que era necesario compartir los días sagrados y los útiles de manera que se pudiese satisfacer á las cosas divinas sin daño de las humanas.»

Después de esto, un reo que había combatido con varios accidentes y granjeado el aborrecimiento de muchos, fué acusado y condenado, no sin vituperio de Séneca. Este fué aquel Publio Suilio que, imperando Claudio, se dió á conocer por hombre terrible y venal; ni con la mudanza de los tiempos se mostró tan humilde como sus enemigos desearan; siendo de tal condición, que gustaba más de parecer culpado que suplicante. Túvose por cierto que sólo para poderle oprimir se renovó el senatusconsulto y la pena de la ley Cincia contra los que se atreviesen á defender causas por dinero. No se abstenía Suilio de formar quejas y publicar vituperios contra los que mandaban; hecho más libre, demás de su natural ferocidad, por su extrema vejez, diciendo contra Séneca: «Que era enemigo de los amigos de

Claudio, por quien justísimamente había sido desterrado; que acostumbrado á estudios viles y á enseñar á gente moza, ignorante y sin experiencia, tenía envidia á los que ejercitaban en defensa de los ciudadanos su elocuencia incorrupta y viva; que él había sido cuestor de Germánico, y Séneca adúltero de su casa. ¿Será por ventura, decía él, tenido por más grave delito recibir premio dado voluntariamente por el litigante en paga de honrados trabajos, que violar los retretes y lechos de las mujeres de la casa del príncipe? ¿Con qué sabiduría, con cuáles preceptos de filósofos en solos cuatro años de amistad con el príncipe ha podido juntar Séneca cerca de ocho millones de oro (trescientos millones de sestercios) de hacienda? Si no, veamos: ¿hace otra cosa en Roma que coger, como con red barredera, legados de testamentos, haciendas de los que mueren sin hijos, y con las excesivas usuras destruir á Italia y á las provincias? Yo, en contrario, con moderada hacienda, pero ganada con mi trabajo, quiero más sufrir las calumnias, los peligros y cualquier otra persecucion, que sujetar mi antigua y bien ganada reputación á una repentina felicidad.»

No faltó quien refiriese á Séneca las mismas palabras, y quizá en peor sentido. Halláronse acusadores que denunciaron contra Suilio cómo cuando tuvo á su cargo la provincia de Asia había saqueado los confederados y robado el tesoro público. Después, porque de esto había impetrado un año de tiempo para justificarse, pareció más expediente que se comenzase por los delitos hechos en Roma, para lo cual estaban á mano los testigos. Decían los tales: «Que Suilio con la crueldad de sus acusaciones había necesitado á Quinto Pomponio á emprender guerra civil; que había hecho morir á Julia, hija de Druso, y á Sabina Popea; que había oprimido con engaño á Valerio Asiático, á Lucio Saturnino y á Cornelio Lupo; que habían sido condenadas por su orden escuadras enteras de caballeros romanos; y final-

mente, le imputaban á él todas las crueldades de Claudio.» Excusábase él con decir «que no había emprendido alguna de estas cosas voluntariamente, sino por orden del príncipe»; hasta que le atajó César diciendo «que le constaba por las memorias y escritos de su padre no haber forzado jamás á ninguno á tomar á su cargo acusaciones.» Entonces acude por excusa á las órdenes y mandatos de Mesalina, con que comenzó á desacreditar sus defensas; porque «¿cómo era posible, decían, que no se hallase otra lengua que la de Suilio para servir á la crueldad de aquella mujer deshonesta? Que era tanto más conveniente y justo castigar los ministros de las cosas atroces, cuanto después de quedarse con el precio de sus maldades, procuraban cargar ellos la culpa sobre las espaldas de otros.» Con esto, quitándole una parte de sus bienes, dándose otra parte á su hijo y á su nieta, y sacándose también lo que por testamento de su madre y de su abuelo le pertenecía, fué desterrado á las islas Baleares, no perdiendo jamás el ánimo en la discusión de la causa, ni menos después de la condenación. Díjose que sufrió alegremente aquella soledad y destierro, viviendo una vida regalada y espléndida. Y queriendo los acusadores que se procediese contra Nerulino, su hijo, en odio de su padre, imputándole de hechizos y otros delitos, se interpuso el príncipe, diciendo que se había ya cumplido bastantemente con el castigo.

En este tiempo Octavio Sagita, tribuno del pueblo, fuera de juicio con los amores de Poncia, mujer casada, comprando primero el adulterio con grandes dádivas, y después el divorcio prometiendo de tomarla por mujer, concierta las bodas. Mas Poncia, en viéndose suelta del primer matrimonio, comienza primero á poner dilaciones, diciendo que su padre no consentía. Y finalmente, entrando en esperanza de marido más rico, le falta á la palabra y se desdice de la promesa. Octavio en contrario, quejándose unas veces y otras amenazando, llamaba á los dioses por testigos

de cómo habiendo perdido por su amor la reputación y la hacienda, determinaba de entregarle lo que solamente le quedaba, que era la vida. Mas después, viendo que estimaba en poco todo esto su ingrata Poncia, la pide como por despedida y último consuelo las vistas de una noche sola, para poderse animar con aquel favor á pasar lo restante del tiempo que viviría sin ella. Señálase la noche, y Poncia encarga el cuidado de su cámara á una criada, sabedora de todo el secreto. Octavio, acompañado de sólo un liberto, acudió á lo aplazado sin otras armas que un puñal escondido debajo de la ropa. Entonces, como sucede entre enamorados, después de muchos desdenes, contiendas, ruegos, zaherimientos y satisfacciones, pasada buena parte de la noche en sus deleites, encendido Octavio en cólera y celos, hiere á Poncia, que no se temía de cosa alguna, y atravesándola el pecho, la mata. Corre la criada al ruido, y herida también, dejándola desmayada en el suelo y á su parecer muerta, se sale furioso de la casa. El dia siguiente, sabido el homicidio, no había quien dudase del matador; porque estaba convencido Octavio de haber estado con ella toda la noche pasada. Mas el liberto afirmaba haber él cometido el delito por vengar la injuria de su señor; y ya, con la grandeza del ejemplo había movido los ánimos de algunos, cuando la criada, vuelta en sí del desmayo de las heridas, declaró la verdad del caso. Con que citado el tribuno ante los cónsules por el padre de Poncia, en deponiendo el oficio de tribuno, fué condenado por sentencia del senado en virtud de la ley Cornelia, hecha contra los homicidas (1).

Otra no menos notable deshonestidad dió principio aquel año á más graves males en la república. Vivía en Roma Sa-

(1) La llamada *lex Cornelia de sicariis* fué promulgada por Sila, siendo dictador, en 673 de Roma. Imponíanse en ella la pena de confiscación y destierro en una isla. A los culpables de humilde condición se les castigaba con la pena capital.

bina Popea, hija de Tito Olio; mas había tomado el apellido de su abuelo materno Popeo Sabino, varón de ilustre memoria, cuya casa resplandecía con honras consulares y con triunfos. Porque Olio, sin llegar á tener oficios de honra en la república, naufragó con la amistad de Seyano. No le faltó á esta mujer ninguna cosa sino la honestidad del ánimo. Porque su madre, que excedió á todas las de su tiempo en hermosura, le había dado igualmente fama y beldad, hacienda la que bastaba para conservar el esplendor de su linaje, habla graciosa, é ingenio acomodado á ser lasciva y parecer honesta. Dejábase ver pocas veces en público, y esas con el rostro medio cubierto, ó por cansar menos la vista, ó porque de aquella manera parecía más hermosa. No hizo jamás cuenta de honra, ni de fama, ni distinción de adúlteros á maridos; y sin entregarse á los ajenos apetitos, ni aun á los suyos, solamente encaminaba su afición á donde imaginaba que había de sacar provecho. Esta, pues, siendo casada con Rufo Crispino, caballero romano, de quien había tenido un hijo, la trujo Otón á su voluntad, tanto por verle mozo, disoluto y gastador, como por la privanza grande que alcanzaba con Nerón. Y no se dilató mucho el juntar el matrimonio con el adulterio.

Mas Oton, ó poco recatado con la fuerza del amor, ó por aficionar al príncipe y aumentar su grandeza, domesticándose con él y cebándole con el sainete de los comunes amores, no hacía otra cosa en su presencia que alabar la hermosura, donaire y gracia de su mujer. Y hubo quien le oyó decir muchas veces, levantándose de cenar con el príncipe, «que se iba alegre á gozar de aquel asombro de hermosura y nobleza, concedido á él solo, aunque deseado de todos por última felicidad.» A estos y á otros semejantes incentivos no se puso mucha dilación: y alcanzada licencia de visitar á Popea, se sirvió al principio de lisonjas y artificios del arte, fingiendo que no podía resistir á su deseo, y confesándose ya por del todo rendida á la hermosura de

Nerón. Mas en viéndole en el lazo, comenzó á ensoberbecerse y á decir, si la detenía consigo una noche ó dos, «que era casada, que no quería deshacer aquel casamiento, habiéndole sabido ganar la voluntad Otón con una manera de vida y costumbres en que ninguno se le igualaba: que Oton sí que era hombre magnífico en su trato y en el atavío de su cuerpo, viéndose en él muchas cosas que le hacían digno de la suma grandeza, y no Nerón, pues se sujetaba á los amores de Acte, infame y vil esclava, de cuya conversación y trato servil no podía haber aprendido otra cosa que pensamientos y acciones del mismo jaez.» Quítasele con esto á Otón la demasiada familiaridad; después la entrada en la cámara y acompañamiento del príncipe; y al fin, por no tenerle competidor en Roma, le envía al gobierno de Lusitania, á donde estuvo hasta las guerras civiles, viviendo, no como se juzgaba de la infamia de su vida pasada, sino con entereza y prudencia; mostrándose tan desordenado y disoluto en el ocio, cuanto modesto en el poder y en el mando.

Hasta este punto procuró Nerón poner velo y capa á sus maldades. Temíase principalmente de Cornelio Sila (1), á cuyo espíritu descuidado y flojo daba nombre de disimulación y astucia; temores falsos en que le puso uno de sus libertos llamado Grapto, hombre que por mucha edad y larga experiencia era practiquísimo en palacio, donde se había criado desde el tiempo de Tiberio. Ponte Mole era en aquel tiempo un puesto muy celebrado á donde acudía de noche gran cantidad de gente desocupada á recrearse, y Nerón iba allí muchas veces por poder atender á sus desórdenes más libremente, siendo, como era, fuera de la ciudad. Fingió, pues, con esta ocasión el liberto, que volviéndose una noche Nerón por los huertos Salustianos, por

(1) Esposo de Antonia, hija de Claudio, á quien Palas y Burrho quisieron, al menos se les acusó de ello, dar el imperio.

buena suerte había escapado las asechanzas que Sila le tenía aparejadas en la vía Flaminia, que era por donde acostumbraba tornarse á palacio. Y sirvióle de ocasión para su mentira el suceder casualmente aquella noche, que volviéndose por la misma calle algunos de los acompañantes del príncipe, ciertos insolentes con la licencia juvenil, harto practicada entonces, les habían tocado arma falsa, sin que fuese conocido en la cuadrilla criado ni allegado alguno de Sila, cuyo natural pusilánime y de todo punto incapaz de acciones atrevidas, estaba bien ajeno de todo delito. Con todo eso, como si fuera convencido legítimamente, le mandan que deje la patria y que se encierre dentro de los muros de Marsella.

En este mismo consulado fueron oídos los diputados de Puzol (Puzzoles), enviados del senado y del pueblo de aquella ciudad separadamente; quejándose los unos de la violencia de la plebe, y los otros de la avaricia de los magistrados y gente principal. Y habiendo pasado la revuelta de piedras y amenazas de fuego á las armas y á los homicidios, fué escogido Cayo Casio para que fuese á remediar aquel desorden. Mas porque ni unos ni otros podían sufrir su demasiada severidad, pidiéndolo él al senado, se encargó aquello á los dos hermanos Escribonios, dándoles una cohorte pretoria; con cuyo temor y con el castigo de pocos volvió aquel pueblo á su quietud.

No referiría aquí un divulgadísimo decreto del senado, en virtud del cual se daba licencia á la ciudad de Zaragoza (Siracusa) de Sicilia de exceder el número estatuído para celebrar el juego de gladiatores, si habiendo contradicho Peto Trasea, no se diera ocasión á los murmuradores de reprender su opinión, diciendo: «¿A qué propósito, si cree »Trasea que la república necesita de la libertad senatoria, »apura y contradice cosas tan leves? ¿Por qué no persuade »ó disuade en materia de paz, de guerra, de tributos, de »leyes ó de otras cosas semejantes, sobre las cuales se

»funda la grandeza romana? Es lícito á los senadores, en »teniendo facultad de decir su parecer, hacer las proposi»ciones que quieren en orden al bien de la república y »pedir que se voten. ¿Por ventura no hay otra cosa que »enmendar sino que en Siracusa no se hagan fiestas con »tan grandes gastos como hasta aquí? y más estando las »demás por todas las partes del imperio tan bien en orden, »como si en lugar de Nerón que las gobierna, las goberna»ra Trasea. Y si á todas ellas las dejamos correr con tanta »disimulación, ¿cuánto más nos debemos abstener de can»sarnos en buscar remedio á las frívolas, vanas y sin sus»tancia?» Trasea, en contrario, á sus amigos, que querían saber de él la causa por qué había hecho aquello, respondía: «que él corregía semejantes decretos, no porque le »faltase noticia del estado de las cosas presentes, sino ce»loso de la reputación de los senadores, porque se echase »de ver que no faltaría cuidado para las cosas grandes en »quien le tenía para las que de suyo eran tan menudas.»

En el mismo año, habiéndose quejado diversas veces el pueblo de los excesos que hacían los cogedores de las rentas públicas, estuvo Nerón á pique de quitar todas las imposiciones y derechos, haciendo aquel nobilísimo presente al linaje humano. Pero los más viejos del senado, alabando primero su grandeza de ánimo, detuvieron aquel primer ímpetu, mostrándole que la grandeza del imperio se aniquilaría del todo si se disminuían los frutos y rentas con que se sustentaba la república; porque quitados una vez los derechos de entradas y salidas, se seguiría el pedir luego que se quitasen también los tributos, y que muchas de estas imposiciones se habían ordenado por diversos cónsules y tribunos aun cuando estaba en su flor la libertad del pueblo romano; asentando y estableciendo con el tiempo las demás con tal proporción, que la entrada de las rentas correspondiese con la salida de los gastos: que á la verdad convenía reprimir la codicia de los cogedores, para

que las cosas que se habían sufrido tantos años sin pesadumbre, no se hiciesen insoportables con el aborrecimiento de nuevas extorsiones.

Hizo á esta causa un edicto el príncipe, ordenando «que se publicasen los establecimientos de las aduanas públicas que hasta entonces se habían tenido secretos, y que lo que no se pidiese dentro del año no se pudiese pedir después: que en Roma el pretor, y en las provincias los pretores ó procónsules, pudiesen conocer sumariamente de las quejas que se diesen contra los cogedores ó arrendadores: que se conservase su exención á los soldados, salvo en el trato y mercancía», y otras muchas cosas puestas en razón; las cuales, observadas poco tiempo, se olvidaron después del todo. Queda con todo eso la reformación del cuarenteno y cincuenteno, y de los otros nombres semejantes que los colectores habían hallado para disimular sus extorsiones. Moderóse el precio de las tratas de trigo en las provincias ultramarinas; ordenóse que no se contase por hacienda de mercaderes el valor de los navíos con que contratasen, y que por ellos no pagasen tributo alguno.

Tras esto absolvió César á Sulpicio Camerino y Pomponio Silvano, acusados por la provincia de Africa, donde habían sido procónsules. Camerino era imputado antes de haber usado crueldad con algunos pocos particulares, que de dineros mal llevados. Silvano, rodeado de un gran tropel de acusadores que pedían tiempo para producir los testigos, instando el reo que se le admitiesen luego sus defensas. Para cuyo buen despacho no le aprovechó poco el ser rico y verle viejo y sin hijos; aunque alcanzó después más vida que los que le habían ayudado con esperanza de heredarle.

Hasta este tiempo habían estado quietas las cosas de Germania por la industria y cuidado de los capitanes romanos, los cuales, viendo lo poco en que se estimaban ya las insignias del triunfo y cuán comúnmente se daban, juzgaban por cosa digna de mayor reputación el conservar la

paz. Gobernaban entonces ambos ejércitos Paulino Pompeyo y Lucio Vetere, y por no tener los soldados ociosos, acabó Paulino la calzada comenzada por Druso sesenta y tres años antes con intento de refrenar el curso del Rhin; y Vetere se preparaba para juntar los ríos Arar y Mosela, haciendo un foso entre ellos (1), para que, llevados de Italia los ejércitos por mar al Ródano y de él al Arar, pudiesen llegar al Océano, entrando por el dicho foso en la Mosela y de ella en el Rhin. De suerte que, quitadas así las dificultades del viaje, se hiciesen navegables entre sí y se comunicasen aquellas dos riberas de Occidente y Septentrión. Tuvo envidia á la gloria de esta obra Elio Gracil, legado de la Galia Bélgica (2), y procuró apartar de ella á Vetere, poniéndole miedo y diciéndole que no metiese las legiones en provincia que no era de su gobierno, ni procurase granjear la gracia y benevolencia de las Galias: añadiendo muchas veces «que se guardase de hacer con aquello sospechoso al emperador»; espanto harto practicado para divertir los ánimos de generosas empresas.

Con esto, continuándose el ocio en los ejércitos romanos, pasó voz que se había quitado la autoridad á los legados de llevar la gente contra el enemigo. Con esta confianza, los Frisones, enviando su juventud por los bosques y pantanos y llevando la gente inútil por los lagos, se arrimaron á la orilla del Rhin y ocuparon las tierras y campañas desiertas, reservadas para el uso de los soldados romanos y para su aprovechamiento; siendo autores de esta salida Verrito y Maloriges, que gobernaban á esta nación de los Frisones, sujeta por entonces á los Germanos. Ya habían

(1) Navigio entre el Arar (hoy la Sona) y la Mosela.—*Nota del T. E.*

(2) Son hoy las provincias de Lorena y Champaña y todo el curso de la Mosela hasta que desagua en el Rhin. Algunos, y no sin causa, cuentan también á las provincias de Artois y Henao.—*N. del T. E.*

edificado casas, sembrado y labrado la tierra como cosa suya, cuando Dubio Avito, sucesor de Paulino en aquella provincia, amenazándolos con las armas romanas si no volvían á ocupar su antiguo asiento ó impetraban de César la nueva habitación, forzó á Verrito y Maloriges á que escogiesen el postrer partido. Los cuales, llegados á Roma para este efecto, mientras solicitaban su despacho con Nerón, y él se le dilataba ocupado en otros negocios, entre las cosas que se suelen mostrar á los bárbaros por ostentación de nuestra grandeza, los hicieron entrar en el teatro de Pompeyo para que viesen el excesivo número de gente que había en la ciudad. Estándose, pues, allí ociosos, como gente que no entendían aquella suerte de juegos ni se deleitaban de verlos, mientras van preguntando particularmente de quién eran aquellos asientos en lo cavo del teatro (1), y se informan de las diferencias de los estamentos y calidades, cuáles eran de caballeros, cuáles de senadores, echaron de ver entre los asientos de los tales algunos hombres vestidos en traje de forasteros; y preguntando quién eran, cuando oyeron que aquella era honra que se hacía á los embajadores de las naciones que excedían á las demás en valor y en afición al pueblo romano, diciendo á grandes voces: QUE NADIE ENTRE LOS MORTALES, EN VALOR Y EN FE PODÍA ANTEPONERSE Á LOS GERMANOS, parten y van á asentarse entre los senadores. Cosa que, tomada bien por los circunstantes, se tuvo por uno de aquellos ímpetus antiguos y loable emulación. Nerón los hizo á entrambos á dos ciudadanos romanos, y mandó á los Frisones que dejasen los campos que habían ocupado; y porque rehusaron de obedecer, la caballería auxiliaria que repentinamente cargó sobre ellos, los obligó á desalojar, dejando muertos ó presos los que se atrevieron á hacer resistencia.

(1) *Consessum caveæ*, dice el original. Llamábase *cavea* al recinto donde estaban sentados los espectadores, y *consessus* á la reunión de éstos.

Ocuparon luego aquellos mismos campos los Ansibarios, nación más poderosa, no sólo por su muchedumbre, sino también por la compasión que les tenían los pueblos comarcanos; porque echados de sus tierras por los Caucios, no hallando donde reposar, pedían con ruegos un destierro seguro. Traía esta gente por cabeza á un varón señalado entre ellos, y no menos fiel para nosotros, llamado Boyocalo. Este, contando como había estado en prisión cuando se rebelaron los Queruscos por mandado de Arminio, y que había militado después debajo del gobierno de Tiberio y de Germánico, á cincuenta años de servicio quería añadir por nuevo mérito el someter su nación á nuestro imperio. «¿Qué »necesidad hay, decía él, de que tanta tierra esté ocupada »y sirva de sólo apacentar el ganado mayor y menor de los »soldados? Resérvese en buena hora para esto la parte de »los campos que pareciere bastante, aunque sea á costa de »la hambre de los hombres, con tal que no queráis más un »desierto y una soledad baldía que la compañía de una »gente tan vuestra devota. Estos campos sobre que se liti»ga fueron antiguamente de los Chamavos, después de los »Tubantes, y tras éstos de los Usipios. Así como vemos que »el cielo es habitación de los dioses, asimismo se concedió »la tierra al linaje humano. De que infiero que las que se »hallan vacías de moradores son y deben ser públicas y »comunes.» Tras esto, mirando al sol y llamando á los demás planetas, como si los tuviera presentes, les preguntaba, «si por ventura les era agradable el mirar aquellos »campos desiertos y deshabitados, y que antes que su»frir esto derramasen la mar sobre los usurpadores de la »tierra.»

Conmovido Avito de estas palabras, después de haber respondido en público á los Ansibarios, dijo: «Que se había de sufrir el imperio y mando de los más poderosos: que era voluntad de los mismos dioses, á quien ellos invocaban, que se diese y se quitase todo á arbitrio de los Romanos, y

que no presumiese nadie ser juez de ellos, sino ellos mismos.» Dijo en particular á Boyocalo, «que á él, en memoria de la amistad que había tenido con el pueblo romano, le daría campos y tierras en que vivir.» Mas él, rehusando el ofrecimiento como premio de traición, añadió estas palabras: «Faltarnos puede á la verdad tierra donde vivamos, pero no donde murámos»; y así se partieron de las vistas con los ánimos indignados. Los Ansibarios llamaban para ayudarse de ellos en la guerra á los Bruteros, Tenteros y otras naciones más apartadas. Avito, habiendo avisado á Curtilio Mancia, legado del ejército superior, que pasase el Rhin y mostrase las armas á las espaldas, entró con las legiones por las tierras de los Tenteros amenazando de ponerlas á saco si no se apartaban de la liga. Desistiendo, pues, los Tentĕros de lo ofrecido, amedrentados los Bruteros con el mismo temor, y desamparando los demás confederades los peligros ajenos, viéndose solos los Ansibarios, hubieron de tornar atrás á las tierras de los Usipios y Tubantes, de donde expelidos también, caminando de allí á los Catos y después á los Queruscos, tras una larga peregrinación, vagabundos, pobres y enemigos de todos, fué finalmente muerta la juventud, y los de edad inútil y flaca divididos en presa.

En el mismo verano hubo una gran batalla entre los Hermonduros y los Catos, mientras cada cual de estas dos naciones procuraba apoderarse de un río que las divide, cuyas aguas producen gran copia de sal (1); en que, demás del gusto con que acostumbran tratar sus cosas por vía de armas, los incitaba cierta superstición admitida entre ellos, de que aquellos lugares están los más cercanos al cielo, y que de ninguna otra parte oyen los dioses de más cerca los ruegos de los mortales. Afirmando proceder de aquí que por gracia particular de los mismos dioses nacía la sal en

(1) Probablemente el Saale ó Sala.

aquel río y en aquellos bosques; no como en las otras naciones por la creciente del mar, secándose después las aguas, sino por medio de la que se echaba sobre una gran hoguera, quejándose del contraste y pelea de los dos elementos agua y fuego. El suceso, pues, de esta batalla, que dejó victoriosos á los Hermonduros, ocasionó la total ruina de los Catos; porque ambas naciones habían consagrado á Marte y á Mercurio los escuadrones contrarios, si eran vencedores; y en cumplimiento de este voto, los caballos, los hombres y todo lo demás que se quitase á los vencidos había de ser muerto y sacrificado. Y así cayeron aquí sobre los Catos las amenazas que ellos mismos habían echado sobre sus enemigos. En este mismo tiempo la ciudad de los Juhones, nuestra confederada, fué afligida de un daño repentino; porque salieron fuegos de la tierra, que abrasaban las aldeas, las caserías y sembrados, caminando siempre hacia los muros de la colonia (1) poco antes edificada. No se apagaban estos fuegos con lluvia que cayese del cielo, ni con agua del río, ni con otra cualquiera humedad que arrojasen sobre ellos, hasta que á falta de otros remedios, y con el enojo que aquellos villanos recibían por tan gran estrago, algunos de ellos comenzaron á tirar piedras desde lejos, con que se amortiguaron algún tanto las llamas; y pudiéndose llegar más cerca les daban con palos y las azotaban como si fueran bestias. A la postre arrojan sobre el fuego paños, y hasta los vestidos para sofocar el incendio, los cuales, cuanto más sucios y traídos estaban, tanto mejor apagaban el fuego (2).

---

(1) Colonia Agripina.—*N. del T. E.*

(2) No puede uno menos de admirarse al ver cómo un hombre de una inteligencia tan elevada como Tácito creía en semejantes cuentos; mas la antigüedad, semejante en esto á la Edad Media, era muy inclinada á dar crédito á lo maravilloso, y no se tomaba mucho trabajo en averiguar la verdad ó falsedad de los hechos extraordinarios ó que en su ignorancia le parecían tales.

En este mismo año la higuera llamada Ruminal (1), que está en la plaza donde se hacen las juntas del pueblo, que ochocientos y treinta años antes cubrió la niñez de Remo y Rómulo, habiendo perdido sus ramos y comenzado á secarse ya por el tronco, se tuvo por prodigio de mal agüero, hasta que volvió á reverdecer con nuevos pimpollos.

Algunos anotadores han querido hallar la explicación del hecho que refiere Tácito en los fenómenos físicos, y creyeron encontrarlo en la tradición desfigurada de alguna erupción volcánica: nosotros, empero, somos de parecer que es muy difícil, si no imposible, dar explicaciones satisfactorias cuando se trata de anécdotas tan inverosímiles, y que no debemos ver en ellas más que una prueba de la excesiva credulidad de los hombres de aquellas edades.

(1) De *Ruma*, nombre primitivo de Roma, y en latín antiguo, pecho, teta. Es el árbol de Roma, que más tarde cambió la *u* de la palabra etrusca en *o*, en cuanto el orgullo nacional se complugo en hacer derivar el nombre de la ciudad soberana de una palabra griega que significa *fuerza*. Véase acerca de esto la erudita disertación de Burnouf, t. III, págs. 450 á 455.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

ARGUMENTO.

Nerón, enfadado de su madre, al fin la mata.—Excúsase de este hecho en el senado, que no sólo se lo perdona, pero se lo alaba.—Quita tras esto la represa á toda maldad, vicio y bajeza.—Guía carros y canta en el teatro.—Juegos quinquenales instituídos en Roma, con varios pareceres del vulgo.—Rubelio Plauto es desterrado.— Gobiérnase en Armenia egregiamente Corbulón.—Toma á Tigranocerta y pone por rey á Tigranes.—Entra Suetonio Paulino en la isla de Mona, en Inglaterra.—Revuélvese la isla.—Acude Suetonio, y en una batalla vence al enemigo y sosiega la provincia.—El prefecto de Roma es hallado muerto en su casa.—Litígase el cumplimiento de la ley sobre el castigar la familia, y prevalece el parecer de Casio.—Modérase la ley de majestad.—Muere Burrho.—Séneca, envidiado de los malos, pide licencia á César y no la alcanza.—Tigelino, dueño del manejo de los negocios, procura acreditarse con la muerte de Plauto y de Sila.—Nerón repudia á Octavia y se casa con Popea.—Altérase por este caso el pueblo, y al fin matan á Octavia en la isla Pandataria.

Esto en cosa de cuatro años.

		CÓNSULES.
A. de R. 812.	De J. C. 59	C. Vipsanio Aproniano. C. Fonteio Capitón.
813	60	Nerón Claudio César IV. Coso Cornelio Lentulo.
814	61	C. Cesonio Peto. C. Petronio Turpiliano.
815	62	P. Mario Celso. L. Asinio Galo.

Siendo cónsules Cayo Vipsanio y Fonteio, no dilató más Nerón la maldad que muy de atrás tenía pensada, aumentándosele la osadía con la costumbre de ser emperador, y

ardiendo cada día más en el amor de Popea: la cual, no esperando que él se casase con ella, ni que repudiase á Octavia mientras vivía Agripina, usaba muchas veces de palabras picantes, y otras por vía do donaire culpaba al príncipe, llamándole pupilo, como aquel que sujeto á las órdenes ajenas, no sólo no era emperador, pero tampoco libre. «Porque ¿á qué ocasión difería tanto sus bodas? ¿Desagradábale acaso su hermosura? ¿ofendíale la grandeza de sus abuelos, honrados con tantos triunfos? ¿temía su fecundidad y entereza de ánimo, ó que, efectuado el casamiento, no descubriese los agravios hechos al senado, y el enojo del pueblo contra la soberbia y avaricia de su madre? Si es así, decía ella, que Agripina no puede sufrir una nuera que no sea molesta y enojosa á su hijo, restitúyanme á mi marido Otón, con quien iré de muy buena gana á cualquier parte del mundo, á trueque de oir y no ver las afrentas que se hacen al emperador, y excusar que no vayan tan mezcladas con mis peligros.» Estas y otras semejantes palabras, que lágrimas y artificios eficaces de la adúltera hacían más penetrativas, no eran prohibidas por nadie, deseando todos ver menoscabado el poder de Agripina, y no persuadiéndose alguno á que el aborrecimiento de su hijo pudiera llegar á quitar la vida á su propia madre.

Escribe Cluvio que Agripina, con el ardiente deseo que tenía de conservar su grandeza, llegó á tal término, que cuando pasado mediodía se hallaba Nerón más encendido con las viandas y el vino, y finalmente borracho, le visitaba muchas veces ofreciéndosele compuesta y aparejada para cometer con él abominable incesto, y que echando de ver los que le estaban cerca por los besos deshonestos y caricias lascivas los mensajeros de tan feo delito, Séneca, contra los regalos mujeriles, había buscado remedios que lo fuesen también, haciendo que la liberta Acte, mostrándose congojada, no menos de la infamia de Nerón que de su propio peligro, le dijese: «que estaba ya muy divulgado el

incesto; que se alababa de ello su madre, y que los soldados no estaban puestos en sufrir un príncipe menospreciador de la religión.» Fabio Rústico dice que no nació este deseo de Agripina, sino de Nerón, y que fué apartado de él por astucia de la misma liberta. Mas en lo que escribe Cluvio convienen los demás autores, á que también se inclina la fama; ó porque Agripina hubiese concebido en su ánimo un deseo tan desordenado y tan contra naturaleza, ó porque cualquier apetito sensual es más creíble en una mujer que en los años de su niñez, movida de deseo de mandar, había consentido á los apetitos deshonestos de Lepido (1), entregándose después por la misma causa á Palante, y habituada á cualquier maldad desde que se casó con su tío.

Nerón, pues, comienza á recatarse de estar á solas con ella; y cuando, por su recreación, se iba á los huertos y quintas que tenía en Tusculo y en Ancio, la alababa de que buscaba la quietud y desterraba de sí la ociosidad. Finalmente, habiéndole acabado de enfadar del todo, en cualquier parte que estuviese, determinó de matarla, consultando solamente si la mataría con veneno ó con hierro, ó con otro género de violencia. Agradóle al principio el veneno; mas si se le daba en la mesa del príncipe, no se podía atribuir al acaso, y más con el reciente ejemplo de la muerte de Británico; fuera de la dificultad grande que traía consigo el tentar los ministros y criados de una mujer que, con la experiencia y uso de tantas maldades, vivía tan advertida contra cualquier asechanza, que usando de remedios preservativos, tenía ya hecho el cuerpo á prueba de cualquier ponzoña. Si se mataba con hierro, juzgaban todos que era imposible ocultar el delito; dudándose también de hallar

(1) M. Emilio Lepido, favorito de Calígula y esposo de Drusila, había tenido relaciones criminales con las otras dos hermanas Julia Livila y Agripina. Si tales abominaciones tenían lugar en la familia augusta, ¡qué debía suceder en las demás familias y clases de la sociedad!

persona que dejase de rehusar el cometerle. Mas Aniceto, liberto, capitán de la armada que residía en Miseno, y ayo que había sido de Nerón en su niñez, movido de enemistad particular con Agripina, propuso cierta invención de fabricar una galera con tal artificio, que abriéndose por una parte, la anegase en la mar antes que ella pudiese caer en el engaño. Añadió Aniceto que no había cosa tan sujeta á los casos fortuitos como la mar; y que viéndola perecer por naufragio, ¿quién sería tan maligno que atribuyese á traición el daño ocasionado por el viento y sucedido en el agua? y más pudiendo después el príncipe dedicarle templo, ofrecerle altares, y cubrirse con otras semejantes muestras de piedad.

Contentó la industria de Aniceto, ayudada también del tiempo con la ocasión de los Quincuatruos (1), fiestas dedicadas á Minerva, que Nerón celebraba en Baya; con que pudo sacar de Roma á su madre, usando de halagos y persuasiones, y diciendo que se habían de sufrir los enojos paternos, y que era justo hacer los hijos todo lo de su parte para aplacarles el ánimo: y hacíalo él, porque pasando voz de que madre é hijo se habían reconciliado, viniese ella á su poder con mayor confianza; cebándola también con aquellas fiestas y regocijos, cosa con que se engaña más

(1) Suetonio los llama los cinco días solemnes. Horacio las fiestas *quinquatras* por el motivo de ser éstos los días de Minerva, festivos para los niños y mozos. De los niños habla Horacio:

Puer et festus quinquatribus olim,
Exiguo gratoque irruaris tempore raptim:

y Simaco en el libro V, *Nempe Minerva*, etc. Las ferias se hacían con el fin de divertir á los niños, y los espectáculos de gladiadores para esparcimiento de los mozos. Ovidio hace mención de ellos, diciendo:

Sanguine prima vacat, nec fas concurrere ferro, etc.,

y en los siguientes versos manifiesta su nacimiento al sexto día después de los idus de Marzo.—*N. de la E. E.*

fácilmente la natural credulidad de las mujeres. Sale tras esto á recibirla á la marina, porque ella venía de Ancio, y dándole la mano al saltar en tierra, y abrazándola, la lleva á Baulo: así se llamaba la casa de placer que, bañada del mar, se asienta en aquella ensenada, entre el cabo de Miseno y el lago de Baya. Estaba entre las galeras una la más adornada y compuesta, como si hasta esto hubiera hecho aparejar Nerón en honra de su madre, la cual solía gustar de que la llevasen por aquellas costas en alguna galera, con la mejor gente de marina por remeros. Túvosele aparejado un banquete de cena, para que la noche ayudase también á encubrir la maldad. Es cierto que Agripina fué advertida de la traición, y que mientras estuvo dudosa en si le daría crédito, mostró gustar de que la llevasen en silla á Baya. Mas recibida aquella noche con mucho amor, y puesta por su hijo en el lugar más honrado de la mesa, las caricias y regalos grandes le aliviaron el miedo: porque discurriendo Nerón con su madre, unas veces familiarmente y entreteniéndola con conversaciones juveniles, y otras componiendo el rostro con severidad, dando á entender que trataba con ella cosas muy graves, entretuvo la cena lo más que pudo: y acabada la acompañó hasta la mar, clavando á la despedida los ojos en ella, y abrazándola con mayor ternura de lo que acostumbraba, ó por cumplir en todo con la disimulación, ó porque aquella última despedida de su madre que iba á morir le enterneciese algún tanto el ánimo, aunque fiero y cruel.

Permitieron los dioses que hiciese una noche muy serena, y que estuviese la mar muy sosegada para convencer mejor aquella maldad. No se había alargado mucho la galera, llevando consigo Agripina dos de sus criados, de los cuales Creperio Galo estaba en pie cerca del timón, y Acerronia, recostada junto á los pies de Agripina, que acababa de echarse en una camilla, contaba con gran regocijo el arrepentimiento de Nerón, y con cuánta facilidad había la

madre vuelto á cobrar su gracia, cuando, dada la seña, cae el techo de aquella parte que venía bien cargado de plomo, y cogiendo debajo á Creperio le mata al punto. Agripina y Aceronia fueron defendidas por ser de su parte las paredes que sostenían el techo más altas y casualmente más fuertes; y así no cayeron, aunque doblaron con la fuerza del peso. No seguía tras esto el acabarse de abrir la galera como estaba trazado por la confusión grande en que se hallaban todos, y porque los ignorantes del engaño, que eran los más, impedían á los sabedores y ejecutores de él, los cuales tomaron por partido dar á la banda y trabucar la galera. Mas no pudiendo concertarse todos en un caso tan repentino, cargando los que no sabían el intento á la otra parte, dieron lugar á que la galera no se anegase tan presto, y que con menos peligro pudiesen tratar todos de salvarse, arrojándose en la mar. Mas Aceronia, poco discreta, mientras dice á voces que es Agripina, y pide ayuda para la madre del príncipe, con las batallolas, con los remos y con las demás armas navales que se hallaban á mano, le quitaron la vida. Agripina callando, y presto, menos conocida, se salvó aunque herida en un hombro. Y procurando ganar á nado la orilla, fué socórrida por algunas barquillas de la costa que llegaron al ruido, en las cuales, por el lago Lucrino fué llevada á su quinta: donde considerando y discurriendo en sí el fin para que había sido llamada con cartas tan engañosas, el fingimiento de tantas honras y caricias tan particulares, y que la galera había naufragado junto á la costa sin fuerza de viento ni choque de escollo, y comenzando á abrirse por la parte superior, como si fuera edificio terrestre, advirtiendo la causa de la muerte de Aceronia y su propia herida, juzgó por último remedio, para evitar las asechanzas, fingir no haberlas entendido. Con esto envió un recado á su hijo por un liberto suyo llamado Agerino, diciéndole: «cómo por la benignidad de los dioses y en virtud de la buena fortuna del príncipe había escapado

de tan grave accidente; pidiéndole que sin dejarse llevar del amor que le tenía, ni atemorizándose del peligro de su madre, difiriese el visitarla por entonces, que necesitaba mucho de reposo.» Entretanto, fingiendo seguridad de ánimo, atiende á curar la herida y á restaurar las fuerzas del cuerpo. Mandó tras esto que se buscase el testamento de Aceronia, y que se inventariasen y sellasen sus bienes, que fué sólo lo que hizo sin disimulacion.

Mas Nerón, que aguardaba el aviso de que se hubiese ejecutado la maldad, sabe que se había escapado su madre herida livianamente, y que el caso había pasado de manera que no se podía dudar del autor. Entonces, perdido del todo el ánimo, juraba con la fuerza del temor, «que ya estaba cerca de allí su madre; que venía sin duda á tomar venganza; que armaría los esclavos, ó incitaría la cólera y furor de los soldados contra él; que acudiría al favor del senado y del pueblo, representando el naufragio, la herida, la muerte de sus amigos; que no le quedaba ya remedio si Burrho y Séneca no se le buscaban con la agudeza de sus ingenios». á los cuales había hecho llamar en sabiendo el suceso: dúdase si estos dos personajes tuvieron antes noticia del trato de Aniceto. Entrambos estuvieron gran rato suspensos y sin hablar palabra, por no trabajar en vano disuadiéndole su determinación; echando de ver por otra parte que habia ya llegado el negocio á término que el no asegurarse de Agripina era condenar á muerte á Nerón. Con todo eso, Séneca, aunque solía ser más pronto en responder, pone los ojos en Burrho como si le preguntara si se debia encomendar á sus soldados aquella muerte. Él, entendiéndole, respondió: «que hallándose los pretorianos tan obligados á toda la casa de los Césares y á la memoria de Germánico, no tendrían ánimo para emprender una crueldad como aquella con su propia hija: que acabase Aniceto de ejecutar lo que había prometido.» El cual, sin dilación alguna, pide que se le encargue la última ejecución de aquella maldad.

Animado con estas palabras Nerón, confiesa «que aquel día se le daba el imperio, no avergonzándose de reconocer tan gran dádiva de un liberto. Dícele que se dé prisa, y que lleve gente de confianza y sobre todo obediente.» Aniceto, oyendo decir que había venido Agerino enviado por Agripina, apareja en su fantasía un paso de comedia que representar él mismo para dar mejor color á su maldad, y fué hacer como que alzaba del suelo un puñal de los pies de Agerino, mientras refería su embajada: y luego, como si le hubiera cogido en el delito de haber venido á matar al príncjse, ase de él y le manda poner en hierros, para poder fingir con esto que Agripina había trazado á su hijo la muerte, y que, avergonzada de que se hubiese descubierto tan gran maldad, se la había dado ella á sí misma.

Divulgado en tanto el peligro de Agripina, como si hubiera sucedido acaso, todo el mundo corría á la ribera de la mar desde donde le tomaba la voz. Unos subían sobre los muelles, otros se embarcaban en los primeros barcos que topaban; muchos entraban por el agua delante todo lo que podían apear, y desde allí ofrecian las manos á los que venían, procurando salvarse á la orilla. Al fin toda aquella costa se hinchió de lamentos, de gritos, de votos, y de demandas y respuestas inciertas y confusas, concurriendo gran multitud de gente con luces; y como entendieron que Agripina era viva y estaba libre de peligro, se preparaban para irse á alegrar con ella, cuando al comparecer de una gruesa escuadra de gente armada que los amenazó, se esparcieron todos á diferentes partes. Aniceto, habiendo rodeado de soldados la quinta donde estaba Agripina, y derribando la puerta, se fué asegurando de todos los esclavos y criados que encontraba hasta llegar á la de la cámara en que dormía guardada de pocos, habiéndose huído los demás, medrosos de los que impetuosamente iban entrando. Había dentro de la cámara una luz harto pequeña, y sola una esclava; y Agripina por momentos se iba afligiendo

más, viendo que ni le enviaba á visitar su hijo ni Agerino volvía. Casi en aquel punto había mudado de aspecto la marina, dejándola sola y desierta toda aquella confusa muchedumbre de gente: de otra parte estruendo y ruidos repentinos, indicios del último trabajo que se le aparejaba. Tras esto, yéndose también de allí la esclava, al punto que Agripina le decía «y ¿tú también me desamparas?» vió entrar en su cámara á Aniceto, acompañado de Herculeo, capitán de una galera, y de Oloarito, uno de los centuriones de la armada; y vuelta á Aniceto, le dijo «que si venía á visitarla, podía volverse y decir que estaba mejor; mas que si era su venida á cometer alguna maldad, no pensaba creer que fuese con orden de su hijo el mandarle á él ejecutar tan injusto parricidio.» No respondiendo á esto los matadores y rodeando todos la cama, fué Herculeo el primero que la hirió en la cabeza con un bastón. Ella, viendo al centurión que con la espada desnuda venía para matarla, descubrió el vientre y dijo á grandes voces: «hiéreme aquí»; y de esta suerte, dándole muchas heridas, la acabaron de matar.

En esto convienen todos los autores. Mas que Nerón después consideró el cuerpo de su madre muerta y alabó su hermosura, habiendo algunos que lo afirman, hay otros que lo niegan. Fué quemado su cuerpo la misma noche en una camilla donde se solía reclinar para comer y con viles exequias. Y mientras Nerón imperó no se recogieron ni enterraron sus cenizas. Después, por diligencia de algunos criados suyos, alcanzaron un ordinario sepulcro entre el camino que va al monte Miseno y la quinta de Cesar, dictador, que colocada en altísimo sitio, señorea aquellos senos del mar que tiene debajo. Después de encendida la hoguera, un liberto suyo llamado Mnester se atravesó con su espada el pecho: no se sabe si por amor que tuviese á su señora, ó por miedo de otra muerte más cruel. Tenía Agripina creída y menospreciada muchos años antes la

muerte de que acabó; porque consultando con los caldeos sobre la fortuna que había de tener Nerón, le respondieron que sería emperador y que mataría á su madre. Y ella respondió: «Mate, con tal que reine.»

Mas César no acabó de conocer el exceso de su maldad hasta que la hubo cometido. Pasando lo que quedaba de la noche, unas veces pensativo y sepultado en silencio, otras atemorizado y como fuera de sí, saltaba del lecho, esperando la luz con tanto asombro y alteración como si el día le hubiera de traer una muerte violenta y cruel; hasta que, yendo por consejo de Burrho los centuriones y tribunos á besarle la mano y á darle el parabién de que hubiese escapado del peligro no antevisto y de la maldad de su madre, comenzó á cobrar ánimo á fuerza de adulaciones. Fueron después los amigos á dar gracias á los dioses por su salud; y á su ejemplo las villas circunvecinas de la provincia de Campania, con sacrificios en los templos y embajadas que le enviaban, dieron muestra de su alegría. El con varias disimulaciones no sólo fingía estar triste, pero en orden á declarar el sentimiento que le causaba la muerte de su madre, quería con lágrimas dar á entender que aborrecía su propia vida.

Mas como no se mudan las formas y figuras de los lugares como los rostros de los hombres, aborreciendo la vista infelice de aquel mar y de aquellas riberas (había también algunos que afirmaban oirse en las cumbres de aquellos collados horribles trompetas y llantos alrededor del túmulo materno), se retiró á Nápoles y de allí escribió al senado una carta en esta sustancia: «Que Agerino, uno de los más favorecidos libertos de su madre, había sido enviado por ella con armas secretas para quitarle la vida; y que ella, con el remordimiento de conciencia, había pagado la pena, cual se debia, á tan gran maldad.» Añadía después otros delitos viejos: «que había querido hacerse compañera con él en el imperio; que las cohortes pretorias prestasen el

juramento en mano de una mujer; que hiciese la misma indignidad el senado y el pueblo, y que después de haber procurado estas cosas en vano, con el aborrecimiento que cobró á los soldados, al senado y á la plebe, disuadía el donativo y el congiario, maquinando contra la vida de los ciudadanos más ilustres. Ponderaba lo que le había costado el remediar que no entrase en el senado y que no respondiese á las embajadas de las naciones extranjeras. Y tomando de aquí ocasión para vituperar los tiempos de Claudio, imputaba todas las maldades de aquel imperio á su madre, diciendo que su muerte se debía contar entre las felicidades de la república. Y, finalmente, relataba el naufragio con gran desenfado.» Mas, ¿quién había de ser tan simple que lo tuviese por caso fortuito, ni creyese que una mujer escapada por milagro, enviase á un hombre solo para romper con un puñal las cohortes y armadas imperiales? Tal, que no sólo Nerón, cuya crueldad vencía á las quejas de todos, pero también Séneca quedaba inculpado, cuando no por otra cosa, á lo menos porque con aquel modo de escribir había firmado de su nombre la confesión del delito.

Mas con todo eso, con espantos á competencia de aquellos grandes, se decretó que se hiciesen procesiones y plegarias públicas por todos los templos y altares de los dioses; que los cinco días festivos llamados Quincuatruos, en los cuales se había descubierto la traición, se celebrasen cada año con juegos públicos, que se pusiese una estatua de oro de Minerva en la curia y á su lado otra del príncipe, y que el día en que nació Agripina fuese contado entre los infelices y de mal agüero. Trasea Peto, acostumbrado á dejar pasar las adulaciones de los otros ó con silencio ó con ligero consentimiento, se salió entonces del senado, con que se causó á sí mismo graves peligros y no dió á los demás principio de libertad. Sucedieron muchos prodigios, aunque vanos y sin efecto. Una mujer parió una culebra; á otra mató un rayo estando en el acto venéreo con su ma-

rido. Oscurecióse repentinamente el sol y fueron heridas de fuego del cielo catorce partes de la ciudad. Todas las cuales cosas sucedían tan sin cuidado y providencia de los dioses, que continuó Nerón muchos años en el imperio y en sus maldades: el cual, por hacer más aborrecible la memoria de su madre, y por dar á entender que faltando ella sería más benigno, restituyó á la patria á Junia y Calpurnia, mujeres ilustres, y á Valerio Capitón y Licinio Gabolo, que habían sido prefectos, desterrados por Agripina. Permitió ni más ni menos que se trujesen á Roma los cenizas de Lolia Paulina y se hiciese sepulcro, librando de la pena á Titurio y á Calvisio, desterrados poco antes por él; porque Silano había acabado sus días en Tarento, de vuelta de aquel su apartado destierro, ó porque comenzaba ya á declinar la grandeza de Agripina, por cuya enemistad había padecido aquel trabajo, ó porque se le había ya pasado el enojo.

Mientras Nerón, entreteniéndose por los lugares de Campania, alargaba su partida para Roma, dudoso de cómo había de entrar en ella, si procurando confirmar la obediencia del senado ó granjeando el favor del pueblo, los ruines que le andaban cerca, de los cuales no se vió jamás corte tan bien proveída, en contrario de todo esto, le decían: «Que el nombre de Agripina era tan aborrecido en Roma que con su muerte se había encendido más para con él el amor popular; que fuese sin temor y experimentase el respeto y veneración en que era tenido.» Tras esto, pidiéndole que vaya delante quien avise de cómo va el príncipe, hallaron á la entrada todas las cosas más bien dispuestas de lo que habían prometido. Saliéronle á recibir las tribus, el senado en hábito de fiesta, cuadrillas de mujeres casadas y de sus hijos, repartidas conforme á la edad y al sexo. Veíanse todas las calles por donde iba pasando con gradas y tablados, donde se hacían todas las diferencias de juegos y fiestas que se suelen hacer en los triunfos. Con esto, lleno

de arrogancia y soberbia y como victorioso de la pública servidumbre, entra en la ciudad, sube al Capitolio, y allí da gracias á los dioses y ofrece sacrificios. Quita después la represa á todo aquel género de desórdenes y apetitos, que aunque mal corregidos, le había ido obligando á diferir el respeto de su madre, aunque siempre le tuvo poco.

Cosa vieja era ya en él gustar de entretenerse en guiar carros de cuatro caballos: tenía también otro estudio poco menos vergonzoso, que era cantar al son de la cítara cuando cenaba, de la manera que suelen los que cantan en las comedias y otras fiestas públicas: calificándole con decir, «que habían hecho aquello muchas veces los reyes y capitanes antiguos: que era muy celebrada la música de los poetas, los cuales se servían de ella para alabar á los dioses, porque la música estaba consagrada al dios Apolo. Y que con el mismo traje de que él usaba en tales ocasiones se veía figurada aquella principal deidad, que pronostica las cosas por venir, no sólo en las ciudades de los Griegos, pero también en los templos de Roma.» Y ya no era posible irle más á la mano, cuando les pareció á Séneca y á Burrho que era cordura concederle una de estas dos cosas, porque no las quisiese á entrambas; y así le hicieron cercar de muros un espacio de tierra en el valle Vaticano, donde pudiese correr y regir caballos á su gusto, sin comunicarse á los ojos de todos. Mas él poco después hizo convocar al pueblo romano, el cual comenzó á darle mil loores, como es la costumbre del vulgo apetecer deleites y pasatiempos, especial cuando es el príncipe el que los incita y provoca. Mas aunque publicaba él mismo su propia vergüenza, no sólo no le causó, como pensaron, hartura y empalago, antes le sirvió de incentivo para apetecer estas cosas con mayor afecto. Y pareciéndole buen camino para disminuir su infamia el tener compañeros en ella, hizo que muchos descendientes de familias nobles saliesen á representar en el teatro, comprándolos con dinero para este vil

ejercicio; cuyos nombres me ha parecido callar, por ser ya muertos y en honra de sus mayores, y porque toda la culpa queda en quien gastaba dineros, antes por incitarlos al mal que porque no le cometiesen. Forzó también con grandes dádivas á algunos caballeros romanos bien conocidos á ofrecer sus personas para salir á los juegos y ejercicios del anfiteatro, si ya no concedemos que los precios de quien puede mandar obran lo mismo que la fuerza y necesidad de obedecer.

Mas con todo eso, por no quitarse de golpe el velo de la vergüenza presentándose personalmente en el teatro, ordenó los juegos llamados Juveniles (1), para cuyo ejercicio daban á porfía sus nombres todos, y se hacían alistar, sin que la nobleza, la edad, ni las honras alcanzadas fuese de impedimento alguno para dejar de ejercitar el arte de los histriones griegos y latinos, hasta llegar á hacer gestos y meneos mujeriles; y aun las mujeres ilustres no imaginaban sino cosas torpes y feas. En la alameda que hizo plantar Augusto junto al lago en que por su orden se representó una batalla naval, se edificaron cantidad de tabernas y bodegones para que en ellas se vendiese todo aquello que pudiera servir á incitar la gula y la lujuria, contribuyendo para ello indiferentemente todos los buenos por fuerza, y los disolutos por ostentación y vanidad. Fué creciendo con esto la maldad y la infamia, de suerte que en el tiempo en que más estragadas estuvieron las costumbres, no se vió tan abominable avenida de lujurias como las que concurrieron en este abismo de suciedades. Si la vergüenza es una virtud que se conserva con dificultad aun en los actos y estudios honestos, bien se puede juzgar lo que sería en donde todas las competencias se fundaban sobre quién ten-

---

(1) Según Dión, LXI, 19. Nerón instituyó estos juegos al nacerle barbas, cuyos pelos consagró á Júpiter Capitolino después de haberlos encerrado en una cajita de oro.

dría más vicios, y el lugar que se le daría á la virtud, á la honestidad, á la modestia, ó á cualquier otra buena y loable costumbre. Ultimamente el mismo Nerón, acompañado de todos sus privados y familiares, se presentó en el tablado, templando con gran arte y atención las cuerdas de su instrumento, y pensando lo que había de cantar. Habíase llegado también á la fiesta la cohorte que estaba de guardia, y los centuriones y tribunos; y Burrho, aunque triste y corrido de ver un acto tan vil, no se atrevía á dejarle de loar como los demás. Entonces primeramente fué cuando se escribieron en lista los caballeros romanos llamados augustanos (1), notables todos por su edad juvenil, fuerza y gallardía; parte de los cuales se movieron á ello por ser naturalmente libres y sin vergüenza, y los demás por la esperanza que les daba para engrandecerse el seguir el gusto del príncipe. Todos éstos andaban hundiendo las calles de día y de noche, dando grandes palmadas en señal de regocijo, y celebrando con títulos y nombres divinos la hermosura y voz de Nerón, con que vinieron á hacerse conocer y estimar de todos, más que si toda su vida hubieran resplandecido en ejercicios de virtud.

Mas porque no se publicasen del emperador solamente estas habilidades en juegos y pasatiempos, dió en mostrar afición á componer versos, juntando, no sólo á los excelentes en esta profesión, sino á cuantos sabía tener algunos principios de poesía. A todos éstos hacía sentar cabe sí, los cuales, tomando los versos que Nerón iba componiendo de repente, y mezclándolos con los que ya ellos traían pensados, los trababan unos con otros y hacían de todos juntos una poesía, supliendo á las palabras en cualquier manera

(1) Esa tropa, cuyo número se elevó hasta cinco mil, se reclutaba entre el pueblo. Los mejores, si no únicos títulos para entrar en ella, eran la robustez de los pulmones y la sonoridad de la voz. Los jefes recibían cuarenta mil sestercios de paga.

que él las pronunciase; confusión que se echa bien de ver en los mismos versos, flojos, traídos por los cabellos, sin elegancia ó ímpetu poético, y al fin partos de diferentes entendimientos. Gastaba también parte del tiempo, después de levantadas las mesas, en oir disputas de filósofos, por el gusto que le daba el ver la variedad de sus opiniones, y no faltaban algunos que, aunque profesores de gravedad en el rostro y en la voz, deseaban ser vistos entre los pasatiempos imperiales.

En este mismo tiempo de una ocasión harto ligera nació una matanza bien grande entre los habitantes de Nocera y Pompeya, en el juego de gladiatores que se hacía por orden de Livineyo Régulo, aquel que, como dije, fué privado de la dignidad de senador. Porque provocándose estos dos pueblos uno á otro con injurias, por medio de la licencia que se suele tomar la plebe en semejantes concursos, llegaron primero á tirarse piedras, y después á menear las armas, prevaleciendo la parte de los Pompeyanos, donde se hacía la fiesta. Fueron, pues, llevados á Roma muchos de los Nocerinos heridos y estropeados, donde llegaron otros llorando la muerte de sus hijos y de sus padres. Remitió el príncipe el conocimiento de esta causa al senado, y el senado á los cónsules; de los cuales, vuelta de nuevo al senado, se prohibió á los Pompeyanos el hacer semejantes juntas por tiempo de diez años, y se deshicieron los colegios que habían instituído contra las leyes. Livineyo y los otros movedores de la revuelta fueron castigados con destierro perpetuo.

Pedio Bleso fué privado de la dignidad senatoria, acusado por los Cirenenses de haber violado el tesoro de Esculapio, y que en cierta leva que había hecho de soldados se había dejado cohechar con intercesiones y con dineros. Estos mismos Cirenenses acusaban también á Acilio Estrabon, á quien envió Claudio con autoridad pretoria á componer las diferencias movidas por las tierras que fueron del rey

Apión (1); las cuales, dejadas por él, junto con el reino, al pueblo romano, usurpaban mucha parte de ellas los confrontantes, fundados en una larga, aunque tiránica posesión, con la misma porfía que si las poseyeran con buen título. Y así, por haber sentenciado contra ellos Estrabón, cobraron gran aborrecimiento al juez, y el senado respondió que no teniendo noticia de las comisiones que Estrabón había recibido de Claudio, era fuerza consultarlo con el príncipe. El cual, sin embargo que aprobó la sentencia, escribió que con todo eso quería ayudar á los confederados, y que les hacía merced de los que ya ellos se habían usurpado.

Poco después murieron Domicio Afro y Marco Servilio, varones ilustres, que en su tiempo florecieron alcanzando los supremos honores y singular elocuencia. Domicio fué famoso en defender causas en público; Servilio se acreditó siguiendo largo tiempo el foro, y después escribiendo los sucesos de Roma; vivió una vida llena de gentileza y aseo, con que acrecentó su renombre, y así como igualó en el ingenio á Domicio, asimismo fué muy diferente de él en las costumbres.

Siendo cónsules la cuarta vez Nerón y Cornelio Coso, se instituyeron en Roma los juegos quinquenales (2) á la usanza de los combates griegos. De esto se hablaba variamente en el pueblo, como siempre sucede en las cosas nuevas. Porque algunos decían «que Gneo Pompeyo había sido tam-

---

(1) Descendiente de los Lagidas. Fué el último soberano de esa parte de la Libia, en la cual había las ciudades de Berenice, Tolemaida y Cirene, pues legó sus estados al pueblo romano en el año 660 de Roma.

(2) Existen monedas de Nerón, en las que se ve una mesa con corona y una paldera con esta inscripción: CERTA. QUINQ. ROM. CONS., ó sea: *Certamen quinquenale Romæ constituit.* Lipsio, de quien es esta nota, presume que Nerón tomó la idea de estos juegos de los Napolitanos, los cuales los habían instituído en honor de Augusto.—*N. de la E. E.*

bién culpado por los antiguos, porque hizo el teatro de asiento y firme; porque antes, para semejantes juegos, se solían hacer los asientos y gradas en la ocasión, y pasada la fiesta se deshacían, y que si se traían á la memoria los tiempos más antiguos, se hallaría que acostumbraba el pueblo á mirar los espectáculos en pie, teniendo consideración á que si se sentaban gastarían todos los días floja y ociosamente. Mas que con no observarse después el estilo antiguo, jamás se había visto que los pretores en las fiestas que celebraban hubiesen obligado á ciudadano alguno, no sólo á entrar en ellas, pero tampoco á mirarlas. En lo demás, decían éstos, desusadas poco á poco las costumbres de la patria, se acaban de arruinar del todo con los vicios que se traen de fuera; tal, que ya se ve en nuestra ciudad cuanto puede corromper y ser corrompido, y nuestra juventud, degenerando de su antigua nobleza, anda desalentada por los ejercicios extranjeros, cursando las escuelas de las luchas, profesando una vida ociosa, amores torpes, y, lo que es peor, dando por autores de ello al príncipe y al senado, y no se engañan; pues no sólo permiten estos vicios, pero fuerzan á que se hagan, obligando á los principales de Roma á que, so color de recitar oraciones y poesías, manchen sus honras entrando en el tablado: con que no les falta ya sino desnudarse en carnes, embrazar los cestos (1), y estudiar las tretas de este vil ejercicio, en vez de la milicia y de las armas. ¿Aprenderán con esto por ventura la ciencia de los agüeros, la forma de guiar las decurias de los caballeros, el oficio noble del juzgar, ó basta para todo ello el entender bien los quebrados de la música, y admirar la dulzura de los instrumentos y suavidad de las

(1) Dábase este nombre á una especie de manoplas que se usaban para el pugilato y que consistían en correas que se ataban al rededor de las manos y de los puños, y que subían á veces hasta los codos, armadas de pedazos de plomo ó de clavos de metal.

voces? Y por remate, porque no quede momento de tiempo que dar á la vergüenza y al recato, han añadido las noches á los días, á fin de que en aquella confusa mezcla de gente, todo atrevido y desvergonzado, con la comodidad de la noche, pueda poner las manos en lo que apeteció de día.»

Agradaba en contrario á muchos aquella libertad; mas no atreviéndose á alabarla descubiertamente, la cubrían con honestos títulos, diciendo: «que tampoco los antiguos, según la fortuna de entonces, aborrecieron el gusto de semejantes juegos y espectáculos, en cuya prueba fueron ellos los que hicieron venir de Toscana los representantes llamados histriones; de los Turios los combates de á caballo (1), y después de conquistadas Asia y Acaya, habían celebrado los juegos públicos con mayor aparato y curiosidad, sin que por esto se hubiese visto ningún hombre de calidad tan poco cuidadoso de su honra, que se atreviese á mezclarse en los ejercicios del teatro en doscientos años que habían pasado desde el triunfo de Lucio Mummio, que fué el primero que dió á los Romauos este linaje de entretenimientos: que el teatro perpetuo se había hecho por ahorrar el gasto de levantarle y edificarle cada año: que no se consumían por esto las haciendas propias de los magistrados, ni se daba ocasión al pueblo de pedir los combates al uso griego, haciéndose todo á costa de la República: que las victorias de los oradores y poetas servían de despertar los ingenios de la juventud: que á ninguno, por grande que sea

(1) También dice Livio, lib. I, 31, que el juego de caballos trae su origen de los Tuscos: *Ludicrum fuit*, etc., y siendo antiquísimo en Roma este certamen, apenas se puede creer que hubiera venido de países tan distantes, particularmente cuando la Grecia Magna y toda aquella región en que estaban situados los Turios no era tan conocida de los Romanos, y esto le movió á Lipsio á separarse de Tácito, dando á entender que los Turios eran vecinos de los Tarentinos, vencidos por éstos, según cuenta Estrabón, los cuales tenían un lugar llamado Sibaris, célebre por su amenidad: Augusto condujo allí una colonia y tropas.—*N. de la E. E.*

el cargo de su judicatura, debe ser desagradable el acomodar los oídos á los ejercicios honestos y pasatiempos permitidos: que aquellas pocas noches que cada cinco años se conceden, en las cuales con tantas luces no se puede encubrir cosa ilícita, eran más para recrear los ánimos que para iniciar á vicio y disolución.» Y á la verdad pasaron estas fiestas sin alguna notable honestidad, ni el pueblo anduvo demasiado en sus competencias; porque aunque volvieron á salir al tablado los pantomimos, se les prohibió el intervenir en las contiendas sagradas. Ninguno llevó el premio de la elocuencia; sólo á César declararon por vencedor: y entonces se dejaron de traer vestidos á la usanza de los Griegos que habían usado muchos aquellos días.

Pareció en estos mismos días un cometa, de los cuales tiene por opinión el vulgo que pronostican mudanza de rey. Y así, como si hubieran acabado con Nerón, no se discurría sino sobre quién sería bueno para emperador; celebrando todos á una voz á Rubelio Plauto, que por parte de madre descendía de la familia Julia. Vivía éste á lo antiguo, y deleitábase en vestir un traje grave y severo, y de tener su casa llena de castidad y apartada de conversaciones. Y cuanto más encogido le tenía el miedo, en tanto mayor estima se conservaba su reputación. Aumentó este rumor otra interpretación no menos vana que se hizo de un rayo: porque estando Nerón comiendo junto á los estanques Simbruinos en una casa de placer llamada Sublaco (1), tocó á las viandas y derribó las mesas. Y porque fué en los confines del Tívoli, donde Plauto tenía su origen de parte de padre, creían que le destinaban los dioses la grandeza del imperio. Y de hecho comenzaron á favorecerle muchos que

(1) Tácito hace mención de los montes Simbruinos en el lib. XI, 13. Plinio, III, 17 (12) habla de tres lagos muy deliciosos formados por el Anio ó Teverón, que han dado nombre al sitio llamado *Sublaqueum*.

por una desordenada ambición, las más veces engañosa y falsa; suelen irse tras las cosas nuevas y peligrosas. Turbado de esto Nerón, escribió á Plauto «que mirase por sí, y procurase apartarse de los que con malignidad le infamaban. Y que, pues tenía en Asia muchas posesiones heredadas de sus abuelos, podía pasar allá seguramente y sin cuidado su juventud»: y así con su mujer Antistia y algunos pocos de sus familiares se retiró á aquellas partes. En estos días el desordenado deseo que tenía Nerón de satisfacer en todo sus apetitos le ocasionó vituperio y peligro grande; porque habiendo entrado á nadar en la fuente del agua Marciana (1), que se había traído á la ciudad, parecía que con haberse lavado en ella se hubiesen profanado aquellas sacras bebidas y la religión de aquel lugar: con que, sobreviniéndole una enfermedad muy peligrosa, se atribuía la causa de ella á la ira de los dioses por aquel desacato.

Corbulón, después de haber destruído la ciudad de Artajata, pareciéndole á propósito el valerse de aquel terror para apoderarse de Tigranocerta, con cuya ruina se acabaría de amedrentar el enemigo, ó perdonándola ganaría él para sí fama de clemente, caminó la vuelta de allá con su ejército, no dando muestras de enojo con hacer daño en la tierra, por no quitarle la esperanza de perdón, ni yendo tampoco sin su acostumbrada vigilancia; teniendo bastante noticia de la poca firmeza de aquella gente, y de que así como era vil en los peligros, asimismo era infiel en viendo la ocasión. Los bárbaros, según la inclinación y naturaleza

---

(1) Era uno de los más célebres acueductos de la antigua Roma. Plinio, XXXI, 3, le supone construído por el rey Anco Marcio, y dice que fué restaurado por el pretor Q. Marcio Rex, y más tarde por Agripa. Pero lo más probable es que Quinto Marcio lo mandase construir, siendo pretor, en el año 608 de Roma, y que su sobrenombre de *Rex* por un lado, y por otro la vanidad romana bastaron para acreditar la opinión contraria. Todavía se ven en Roma imponentes ruinas de ese magnífico acueducto.

de cada uno, cuáles se iban entregando voluntariamente, y cuáles desamparaban los lugares retirándose á sitios fuertes y montuosos. Y hubo muchos que con su mujeres y cosas de más estima se escondieron en cuevas. Y asimismo el capitán romano procedía diversamente con ellos, mostrándose piadoso con los humildes, diligente con los fugitivos, y con los que buscaban escondrijos fiero y cruel, abrasándolos dentro con hinchir las bocas y respiraderos de las cuevas de fagina y sarmientos encendidos. Al pasar por los confines de los Mardos (1), le acometió aquella gente, acostumbrada á robar á los caminantes y á retirarse luego, tomando por guardia la aspereza de los montes. A éstos destruyó Corbulón, echándoles en su tierra á los Iberos; con que á costa de sangre extranjera castigó la temeridad de los enemigos.

Pero él y su ejército, aunque no recibieron daño por las armas, no dejaron de padecer muchos trabajos por falta de vituallas: tal, que cuando por buena suerte hallaban algún ganado, eran forzados á matar la hambre con carne sola. Añadíase la gran falta de agua y ardor del estío. Mas todo esto y el fastidio de tan larga jornada no era posible mitigarse con otra cosa que con la paciencia del general y el verle sufrir más incomodidades y trabajos que al menor soldado. Con esto llegaron al fin á tierras cultivadas, donde segaron los panes; y de dos castillos donde se habían retirado los Armenios, tomaron el uno al primer asalto, y

(1) Según Anquetil Duperron, era un pueblo pastor, que habitaba primitivamente al Este del mar Caspio, y que á consecuencia de emigraciones totales ó parciales, se estableció sucesivamente en la Carmania desierta, en las puertas Caspias, en la Media Atropatene, al Norte del Euxino, y que al través de la ruina de los imperios y bajo las dominaciones de los Persas, de los Griegos, de los Partos y de los Romanos, supo, á favor de su vida nómada y de sus costumbres salvajes, conservar su nacionalidad é independencia.

el otro, que hizo resistencia, se hubo de rendir con cerco. Pasados de allí á las tierras de los Tauranicios, escapó Corbulón de un notable y no antevisto peligro; porque no lejos de su tienda fué hallado un bárbaro con armas, persona de alguna cuenta entre ellos; el cual, examinado con tormentos, confesó la orden de la traición, el modo con que pensaban ejecutarla y los cómplices de que él era cabeza; y después de convencidos, fueron castigados los que con fingidas muestras de amistad tramaban la maldad. Poco después llegaron los diputados de Tigranocerta ofreciendo las llaves de su ciudad, y el pueblo pronto á obedecer al capitán romano, á quien, en señal de que le admitirían en fiel hospedaje, le presentaron una corona de oro. Recibióla Corbulón, y con grande honra á los diputados, despachándolos seguros de que no quitarían privilegio alguno á la ciudad para que con mayor prontitud se conservasen enteros en su obediencia.

Mas entrando en ella, no fué posible ganar sin batalla el castillo real donde se había recogido la juventud feroz con intento de defenderle; la cual, atreviéndose á salir á pelear fuera de los reparos, rechazados al principio valerosamente, cedieron al fin á los asaltos. Sucedían todas estas cosas con tanta facilidad por hallarse los Partos ocupados en la guerra con los Hircanos; los cuales habían enviado embajadores al príncipe pidiéndole que los admitiese en su confederación, alabándose de que por prendas de esta amistad inquietaban y entretenían á Vologeso. Y volviendo ya estos embajadores de Roma, Corbulón, porque pasado el Eufrates no cayesen en manos de las guardias que allí tenía el enemigo, los hizo acompañar de buena escolta hasta las orillas del mar Bermejo (1); desde donde, procu-

(1) Los antiguos comprendían bajo este nombre no sólo los golfos Arábigo y Pérsico, sino hasta una parte del mar de las Indias.

rando apartarse de los confines de los Partos, volvieron finalmente á su patria.

Y habiéndose sabido que entraba Tiridates por las tierras de los Medos, en los últimos límites de Armenia, enviado delante al legado Verulano con la gente de socorro, siguiéndole Corbulón con las legiones á diligencia, le forzó á retirarse bien lejos y á dejar los pensamientos de la guerra. Estaba Corbulón comenzando á dar á saco la tierra y destruyendo á fuego y sangre todas las que había visto que nos eran contrarias y seguían la voz del rey, y finalmente tomando la posesión de Armenia y usando de ella como de cosa propia, cuando llegó elegido por Nerón para el dominio de aquel reino Tigranes, nieto del rey Archelao, de la nobleza de Capadocia; aunque por haber estado en Roma muchos años en rehenes, había abatido su ánimo hasta mostrar una paciencia servil. Este no fué recibido con gusto de todos, durando todavía la afección en algunos para con los del linaje Arsacido: sin embargo, aborreciendo los más la soberbia de los Partos, querían antes el rey dado por los Romanos. Añadiósele á Tigranes un presidio de mil legionarios, tres cohortes auxiliarias y dos bandas de caballos. Y porque más fácilmente pudiese defender el nuevo reino, se ordenó á Trasipoli, Aristobulo y Antioco que cada uno por su parte confinante, cuando fuese necesario, acudiese á su defensa. Tras esto, sucediendo la muerte de Ummidio, legado de Siria, se dió aquella provincia á Corbulón, para donde se partió.

En aquel año Laodicea, una de las más ilustres ciudades de Asia, arruinada de un terremoto, se restauró con sus propias riquezas, sin ayuda ni socorro nuestro. Y en Italia la antigua ciudad de Puzol alcanzó de Nerón el privilegio y nombre de colonia (1). Los veteranos señalados para po-

(1) ¿Alcanzaron los Puteolos el derecho de colonia? Este lugar, según dicen Livio y Veleyo, había mucho tiempo que go-

blar en Tarento y en Antio no suplieron la falta que había de moradores, habiéndose huído muchos á las provincias donde habían militado, y muchos, no acostumbrados al matrimonio (1) ni á criar los hijos, dejaban las casas yermas y sin sucesión; porque no se juntaban ya para fundar una colonia, como antes solían las legiones enteras con tribunos, centuriones, y con todas las órdenes militares, para que, unidos y aficionados entre sí, formasen una república;

---

zaba de este derecho, y comenzó esta colonia de los Puteolos á los 560 años de la fundación de Roma, siendo cónsules P. Scipión Africano y Tit. Sempronio; lo confirman algunas inscripciones, y entre ellas la siguiente, que dice:

AB COLONIA. DEDUCTA.
ANNO. XC.
ET ÆDILIS. COLON. PUTEOLANORUM.
ET GENIO. COLONIAE. PUTEOLANORUM.

No desagrada á Lipsio el parecer de Pighi, que lee: *Puteoli novum jus coloniæ.—N. de la E. E.*

(1) Antes del emperador Severo el soldado romano no podía contraer el *conjugium* ó matrimonio, según las leyes romanas, que tan sólo podía verificarse entre un ciudadano y una ciudadana y que era el único por el cual se transmitían á los hijos los títulos y los derechos de sus padres. Permitíase con todo á los soldados una especie de unión, llamada *matrimonium*, acaso porque los hijos que de él nacían no tenían más estado que el de la madre, *matris*. A esas mujeres se les llamaba sin embargo *uxores*, esposas, y el soldado podía tenerlas en los diferentes países donde servía, y como los hijos que de ellas nacían no podían ser ciudadanos, sino que permanecían extranjeros ó esclavos, sus padres no se tomaban el trabajo de mantenerlos (*neque liberis alendis sueti*), sino que los abandonaban ó vendían. El abate Brotier menciona dos licencias otorgadas, la una por Galba y la otra por Domiciano, á dos soldados extranjeros que habían servido con distinción por espacio de veinticinco años, en las cuales se ve que, al darles el título de ciudadanos para ellos y sus descendientes, se les concedía como una recompensa, el *conjugium romanum* con las esposas con que estaban unidos al recibir la licencia. Si tenían muchas, no se autorizaba el matrimonio más que con una.

sino de diversas escuadras, sin conocerse unos á otros, sin cabezas, sin amor recíproco, los juntaban repentinamente como si fueran hombres de otro mundo; tal que con razón se podía llamar antes muchedumbre que colonia.

Puso orden el príncipe en las elecciones de pretores, que se acostumbraban hacer á voluntad del senado; y esto á causa de las grandes negociaciones, favores y sobornos con que se hacían, dando el gobierno de tres legiones á tres de aquellos pretendientes que excedían el número de las plazas vacas. Aumentó también la dignidad de los senadores, mandando que los que apelasen de los jueces particulares al senado, corriesen riesgo de pagar la misma cantidad de dinero que solían pagar los que apelaban al emperador; porque antes era esta apelación libre y sin pena alguna. Al fin de este año Vivio Secundo, caballero romano, acusado de los Mauritanos, fué condenado por la ley de residencia y desterrado de Italia, valiéndole, para no llevar mayor pena, el favor de su hermano Vivio Crispo.

En el consulado de Cesonio Peto y Petronio Turpiliano recibieron los romanos una gran rota en Inglaterra, donde, como tengo dicho, no había el legado Avito hecho otra cosa que conservar lo ganado; y á su sucesor Veranio, habiendo con ligeras correrurías saqueado las tierras de los Silures, le atajó la muerte los progresos de la guerra; hombre tenido, mientras vivió, por famoso en severidad y entereza; mas, por lo que se coligió después de las últimas palabras de su testamento, muy ambicioso. Porque después de largas lisonjas para con Nerón, añadía: «que si le durara la vida dos años más, le hubiera acabado de sojuzgar aquella provincia.» Gobernaba entonces á Inglaterra Paulino Suetonio, en ciencia militar y en fama con el pueblo, que no deja ninguno sin darle competidor, igual á Corbulón; y deseaba, con domar á aquellos rebeldes, igualar la gloria de haber el otro recuderado el reino de Armenia. Y

así, resuelto en acometer la isla de Mona (1), llena de valerosos pobladores y receptáculo de fugitivos, hizo fabricar naves chatas, respecto al poco fondo y mal seguro de aquel mar, para con ellas pasar la infantería. Siguiendo, pues, los caballos por aquellos bajíos, y donde hallaban las aguas altas nadando, pasaron á la isla.

Estaban los enemigos á la lengua del agua en varios escuadrones espesos de hombres y de armas, corriendo entre ellos mujeres con el cabello suelto, en hábito fúnebre, como se suelen pintar las furias infernales, con hachas encendidas en las manos. Y los druidas, dando vueltas alrededor de los suyos, alzaban las manos al cielo, concitando con horribles imprecaciones la ira de los dioses contra los soldados romanos; los cuales, con la novedad de aquellos aspectos, quedaron al principio tan asombrados, que casi con los cuerpos y miembros pasmados, y sin movimiento ni defensa se ofrecían á las heridas enemigas. Mas animándolos el general, avergonzándose unos de otros para no temer á un ejército mujeril ni á vanos asombros, pasan adelante con las banderas, y embistiendo á los que hacían resistencia, los envuelven en sus mismos fuegos. Puso tras esto Paulino buena guarnición en los lugares vencidos, y mandó talar aquellos bosques consagrados con crueles supersticiones; porque tenían por cosa lícita sacrificar allí los cautivos, bañar con su sangre los altares, y consultar á los dioses por medio de las entrañas humanas. Mientras Suetonio Paulino andaba ocupado en esta empresa, tuvo aviso de una repentina rebelión de la provincia.

Prasutago, rey de los Icenos, muy esclarecidos por sus grandes riquezas, había en su testamento dejado por here-

---

(1) Existen dos islas de este nombre, una de que habla César, y es la llamada en el día *Man*, y otra, que es la mencionada en este pasaje por Tácito, y corresponde á la que es conocida con el nombre de *Anglessey*.

deros á César y á dos hijas suyas, pareciéndole que con esta demostración de amor para con el príncipe aseguraba el reino y su casa de toda injuria. Mas salióle tan al revés, que por esta misma causa los centuriones destruyeron el reino, y los esclavos saquearon su casa como si fueran despojos de enemigos. Y antes de esto la reina Boudicea, su mujer, había sido azotada y violadas sus hijas. Y como si de toda aquella región se hubiera hecho un presente á los Romanos, fueron despojados los principales Icenos de sus antiguas posesiones, y los parientes del Rey puestos en el número de los esclavos. Movidos, pues, con estas afrentas, temerosos de otras mayores, y viéndose ya reducidos á sujeción en forma de provincia, arrebatan las armas después de haber incitado á la rebelión á los Trinobantes (1) y á otros pueblos no habituados aún á la servidumbre, y en sus secretas juntas jurado de comprar la libertad con la vida: mostrando particular aborrecimiento á los soldados veteranos, porque llevados poco antes á poblar la colonia de Camaloduno, los echaban de sus casas, les quitaban sus heredades y posesiones, llamándoles cautivos y esclavos. Favorecían también los demás soldados la insolencia de los veteranos jubilados, por la conformidad de la vida y por la esperanza de tener la misma licencia. A más de esto, el templo poco antes edificado en honra del divo Claudio, era mirado de ellos como por una señal y muestra de nuestro perpetuo dominio; y los sacerdotes señalados para servicio del mismo templo, so color de religión, les consumían todos sus bienes. Y no les parecía cosa dificultosa á los Ingleses el apoderarse de una colonia mal fortificada: habiendo nuestros capitanes faltado en esto, mientras pensaron antes en la amenidad del sitio que en la necesidad que se les podía ofrecer de defenderse.

(1) Pueblo situado al Norte del Támesis, cuya capital era Londinum (Londres), y que ocupaba lo que son actualmente los condados de Middlesey y Essex.

Entre otras cosas, on Camaloduno cayó una estatua quo allí había de la Victoria, sin ninguna causa aparente, vuelta con el rostro en contrario de donde podía venir el enemigo, como cediendo y dándole lugar: y las mujeres, llevadas de un furor desatinado, cantaban que estaba ya cerca la destrucción de aquellos pesados huéspedes. Y el ruido y bramidos espantosos que se oyeron en las casas del ayuntamiento, el eco de terribles aullidos en el teatro, y cierta visión ó fantasma (1) que se vió en el reflujo del mar, amenazaban la total destrucción de aquella colonia. Tras esto, el ver al Océano de color de sangre, y las figuras como de cuerpos humanos que iba dejando impresas en la arena el agua á su menguante, así como los Ingleses lo tomaban por buen agüero, asimismo causaban en los veteranos particular terror. Mas porque Suetonio se hallaba lejos, pidieron socorro á Cato Deciano, procurador de la provincia, el cual les envió solamente doscientos hombres mal armados; y en la colonia había pocos soldados, asegurados, á su parecer, con la fortaleza del templo; aunque por estorbarlo, los que se entendían secretamente con los rebeldes, no abrieron fosos, no levantaron trincheras, ni acabaron de resolverse en descargarse de la gente inútil y quedarse solamente con la juventud para resistir con ellos al enemigo. Estando, pues, así desproveídos y descuidados como en tiempo de paz, los rodea, acomete y entra de improviso una gran multitud de bárbaros, y en aquel primer ímpetu fué saqueado y abrasado todo. El templo donde se retiraron los soldados se tomó por asalto con sola la resistencia de dos días. Los Ingleses victoriosos, saliendo al encuentro á Petilio Cerial, legado de la novena legión, que venía en soco-

(1) Aquí el traductor se separa del original, sin que gane claridad este pasaje. Tácito dice que se vió en el Támesis la *imagen de una colonia destruída* (speciem subversæ coloniæ), y que esta visión, unida á los demás prodigios, eran motivos de esperanza para los Bretones y de temor para los veteranos.

rro de los Romanos, rompieron la legión y degollaron toda la infantería, salvándose Cerial con los caballes dentro de los alojamientos por beneficio de las trincheras. Atemorizado de esta rota el procurador Cato, y del aborrecimiento concebido contra él por toda la provincia, á quien su avaricia había hecho tomar las armas, se retiró á la Galia.

Mas Suetonio, con maravillosa constancia, pasando por medio de los enemigos, llegó con la gente á Londres, lugar no ennoblecido con el nombre de colonia, aunque harto célebre por el concurso de mercaderes y por la abundancia de mantenimientos; donde estando en duda si haría allí el asiento de la guerra, considerado el poco número de soldados con que se hallaba y escarmentado en el suceso que tuvo la temeridad de Petilio, determinó de salvar las demás cosas con daño de una sola ciudad, y sin dejarse vencer de lamentos y llantos de los que le pedían ayuda, dió la señal de marchar, no rehusando de recibir en el ejército á todos los que le quisieron seguir. La gente inútil por sexo ó por edad, ó los que detenidos por la dulzura y afición de la tierra se quedaron en Londres, murieron á manos del enemigo. En la misma calamidad cayó el municipio Verulamio; porque los bárbaros, dejando los castillos y tierras donde había gente de presidio, saquearon los lugares más ricos, y puesta en salvo la presa, iban alegres la vuelta de los otros más insignes. Es cosa cierta que en los dichos lugares murieron setenta mil personas entre ciudadanos y confederados, que no habiéndose usado entonces el tomar en prisión, vender ó rescatar los presos, no se puso en práctica ningún otro género de contratación de buena guerra; todo era muertes, tormentos, fuegos y cruces, y anteviendo que habían de padecer el mismo castigo, vengaron las injurias hechas y por hacer.

Ya Suetenio, entre la legión décimacuarta, los jubilados de la veintena y los socorros de los lugares vecinos, tenía juntos al pie de diez mil soldados, cuando se resolvió á no-

diferir más el dar la batalla, habiendo escogido un puesto con la entrada estrecha y cerrado por los costados de bosque, seguro de que el enemigo no le podía acometer sino por la frente y que la campaña rasa quitaba toda sospecha de emboscadas. Formando, pues, un escuadrón de los legionarios, le rodeó de la gente armada á la ligera, poniendo en las alas la caballería. Pero la gente inglesa iba por toda la campaña á escuadras y á tropas saltando y haciendo fiesta: no se vió jamás junto tan gran número de esta gente, y venía con ánimo tan feroz, que para tener testigos de la victoria, traían consigo á sus mujeres en carros, que pusieron de retaguardia en lo llano.

Y Boudicea en el suyo, llevando consigo á sus hijas, según se iba acercando á las escuadras de aquellas naciones, les decía: «que no era cosa nueva á los Britanos pelear debajo del gobierno de mujeres; mas que, sin embargo, quería ella entonces proceder, no como descendiente de tan famosos y ricos progenitores, sino vengar como una de las demás mujeres del vulgo la libertad perdida, el cuerpo molido á azotes y la virginidad quitada á sus pobres hijas; habiendo pasado tan adelante los apetitos desordenados de los Romanos, que ni á los cuerpos, ni á la vejez, ni á la virginidad perdonaban, violándolo y contaminándolo todo. Mas que los dioses favorecían más á las venganzas justas, como lo mostraba bien la legión degollada que se atrevió á pelear. Los demás, decía ella, ó escondidos en sus alojamientos, ó buscando caminos por donde huirse, no sufrían el estruendo y vocería de tanto número de soldados, cuanto y más el ímpetu y las manos. Vosotros, si consideráis bien la cantidad de la gente de ambas partes y las causas de la guerra, haréis resolución de vencer ó morir en esta batalla: las mujeres, á lo menos, hecha tenemos esta cuenta. Vivan los varones, si quieren, en perpetua servidumbre.»

No callaba Suetonio en tan gran peligro; el cual, aunque confiaba mucho en el valor de sus soldados, no por eso de-

jaba de mezclar exhortaciones y ruegos, incitándolos á que «menospreciasen las vanas y resonantes amenazas de aquellos bárbaros: mostrándoles como había entre ellos mayor número de mujeres que de juventud; que era gente vil, desarmada y muchas veces vencida. Cederán sin duda; decía él, en viendo las armas y el valor de los vencedores. Hasta en los ejércitos de muchas legiones son pocos los que desbaratan al enemigo; y nosotros añadiremos esto más á nuestra gloria, si con este poco número que somos ganamos fama como de ejército entero. Advirtióles que procurasen ir bien cerrados, y de que en habiendo arrojado los dardos, continuasen la matanza con las espadas, cubriéndose bien con los escudos, sin acordarse de la presa, pues ganada la victoria había de ser todo suyo.» Seguía á las palabras del capitán tal ardor en la gente y estaban tan apercibidos y dispuestos á arrojar los dardos aquellos soldados viejos y experimentados en tantas peleas, que Suetonio, seguro de tener buen suceso, dió al punto la señal de la batalla.

Estuvo firme al principio la legión, teniendo en lugar de reparo la estrechura del puesto; mas después que llegados los enemigos á tiro de dardo, hubieron los nuestros gastado, y no en vano, todas sus armas arrojadizas, cerraron impetuosamente en escuadrón apiñado. No fué menor el ímpetu con que embistió la gente de socorro, y la caballería con las lanzas en ristre, rompe y atropella cuanto topa y le hace resistencia. Volvieron los demás las espaldas, aunque podían escapar con dificultad, habiéndose ellos mismos cerrado el paso con sus propios carros. No se abstuvieron los nuestros de matar hasta las mujeres; y los caballos, atravesados con nuestros dardos, hacían mayor el número de los cuerpos muertos. Grande y esclarecida gloria fué la que se ganó este día, digna de compararse á las antiguas y más nobles victorias; porque hay quien escribe que con la pérdida sola de cuatrocientos de los nuestros y

pocos más heridos, quedaron en el campo degollados al pie de ochenta mil ingleses. Boudicea acabó su vida con veneno, y Penio Postumo, prefecto del campo de la segunda legión, viendo el suceso próspero de las legiones catorce y veinte; por haber defraudado de la misma honra á los de la suya, no habiendo, contra las órdenes militares, cumplido las que le dió el general, se atravesó el pecho con su propia espada.

Recogido después todo el ejército, se tuvo debajo de tiendas con intento de fenecer la guerra, aumentando César las fuerzas de él con enviar de Germania dos mil legionarios, ocho cohortes de auxiliarios y mil caballos; con cuya venida se rehizo de legionarios la novena legión; las cohortes y bandas de caballos se pusieron en nuevos alojamientos, con orden de hacer la guerra á fuego y á sangre á todos los pueblos que en aquellos tumultos habían sido contrarios ó neutrales. Mas ninguna cosa les afligía tanto como la hambre, habiendo por acudir chicos y grandes á la guerra olvidado del todo el uso de cultivar y sembrar los campos, fiados en que no les podían faltar nuestras vituallas; gente feroz y de las que con dificultad se inclinan á la paz. Desayudaba también Julio Glasiciano, enviado por sucesor de Cato, mostrándose enemigo de Suetonio y haciendo poco caso del bien público á trueque de fomentar sus pasiones particulares. Este echó voz que convenía esperar al nuevo legado, el cual, sin ira de enemigo ni soberbia de vencedor, trataría con clemencia á los que se nos fuesen rindiendo. Escribía á más de esto á Roma que no esperasen el fin de aquella guerra si no se enviaba sucesor á Suetonio; atribuyendo todos los sucesos adversos á sus maldades, y los prósperos á la fortuna de la república.

Y así se envió á Policleto, uno de los libertos de César, con orden de visitar el estado en que estaban las cosas en Inglaterra, con gran esperanza de Nerón de que con la autoridad de éste, no solamente se pacificarían el legado y el

procurador, mas que sería posible inclinar los ánimos fieros de aquellos bárbaros á la paz. Y no faltó por su parte Policleto en atemorizar hasta nuestros propios soldados, pasada la mar, después de haberse mostrado cargoso y molesto á Italia y Francia con su terrible y soberbio acompañamiento. Mas á los enemigos todo aquello era ocasión de burla y escarnio; entre los cuales, viviendo aún el nombre de libertad y menospreciando la grandeza y poder de los libertos, se espantaban de ver que el general y el ejército victorioso en una guerra tan importante se consolasen de obedecer á esclavos. Refiriéronse con todo esto al emperador estas cosas más blandamente de lo que pasaban; y Suetonio continuó en el gobierno de la provincia: al cual, porque después perdió en aquellas costas algunas galeras con toda la chusma, se le ordenó, como si todavía durara la guerra, que entregase el ejército á Petronio Turpiliano, que acababa de dejar el consulado. Este, sin provocar al enemigo ni ser provocado de él, honró á su ociosidad floja y perezosa con honesto nombre de paz.

En este año se cometieron en Roma dos notables maldades, una por atrevimiento de un senador, y otra por osadía de un esclavo. Domicio Balbo, varón pretorio, por hallarse viejo, sin hijos y con mucho dinero, vivía sujeto á mil asechanzas; en cuya prueba, Valerio Fabiano, pariente suyo, nombrado ya para ejercer oficios públicos, hizo en su nombre un testamento falso, acompañándose de Vinicio Rufino y Terencio Leontino, caballeros romanos, los cuales añadieron á Antonio Primo y á Asinio Marcelo; Antonio, atrevido y pronto, y Marcelo, ilustre por la fama de su bisabuelo Asinio Polión: ni por sus costumbres era digno de menosprecio, salvo en tener á la pobreza por el mayor de todos los males. De éstos, pues, y de otros de menos nombre se sirvió Fabiano para autenticar el testamento; de que al fin convencido en el senado, fueron Fabiano, Antonio, Rufino y Terencio condenados en virtud de la ley Cornelia. Mar-

celo, por la memoria de sus antepasados y por los ruegos de César, fué librado de la pena harto más que de la infamia.

Quedó aquel día infamado también Pompeyano Eliano, mancebo que había sido cuestor, como cómplice en el delito con Fabiano, y por esto fué desterrado de Italia y de España, donde había nacido. El mismo castigo se dió á Valerio Pontico, por haber denunciado los delincuentes ante el pretor, para que quitado el conocimiento de la causa al prefecto de la ciudad, primero so color de las leyes, y después usando mal de ellas, se desvaneciese la acusación y se evitase el castigo. Añadióse con esta ocasión un decreto del senado: «Que cualquiera que comprase ó vendiese su favor para semejantes cosas, fuese castigado con la misma pena que si hubiera sido condenado por público juicio de calumnia.»

No mucho después de este caso, Pedanio Secundo, prefecto de Roma, fué muerto por uno de sus esclavos, ó por haberle negado la libertad después de avenidos en el precio, ó por celos de cierto mozo, no pudiendo sufrir á su amo por competidor; y porque, según la costumbre antigua (1), era menester hacer morir á todos los esclavos del señor que al tiempo de su muerte se hallasen debajo del techo de la misma casa, concurriendo el pueblo á la protección de tantos inocentes, faltó poco que no llegase la cosa á general tumulto y sedición. Había también en el mismo senado quien favorecía á los que vituperaban tan excesiva severidad; votando los más que no se mudase cosa

(1) En tiempo de la república libre hubo este uso, como se prueba de una carta de Servio Sulpicio, que habla de la muerte de Marcelo: *Ego tamen*, etc. Esta rigurosa costumbre antigua se confirmó después por decreto del senado en tiempo de Augusto y después por el Neroniano. Añádase á esto que no se exceptuaban ni las mujeres, como dice más abajo Tácito, y además el rescripto de Adriano.—*N. de la E. E.*

alguna de lo que antiguamente se acostumbraba. Uno de los cuales, es á saber, Cayo Casio, llegándole la vez de dar su voto, le declaró en esta sustancia:

«Muchas veces me he hallado en este lugar, padres cons»criptos, cuando se han pedido nuevos decretos del senado »contra los estatutos y leyes de nuestros antecesores, y »ninguna se ha hecho por mi parte contradicción: no por »poner duda en que se ha proveído en todos los negocios »mejor y más justamente por lo pasado, ni en que el mudar »las cosas sirve de más que de empeorarlas, sino por no »parecer que procuro mi propia estimación mostrando de»masiado afecto á las costumbres antiguas. Tras esto no »juzgaba por acertado destruir y arruinar nuestra autori»dad, tal cual es, con perpetuas contradicciones, procuran»do guardarla entera para cuando lo necesitase el servicio »público en los casos semejantes al que hoy ha sucedido, »habiendo sido muerto un ciudadano consular en su propia »casa por traición de sus esclavos, sin que ninguno le haya »defendido ni revelado el delito, estando todavía fresca la »tinta con que se escribió el decreto del senado que ame»naza á toda la familia en este caso con pena de muerte. »Decretad ahora, por Hércules, que no se castigue este de»lito: veremos á quién defiende su dignidad: si no le ha »sido de provecho á Pedanio el ser prefecto de Roma, ¿á »quién el número de esclavos, si cuatrocientos que tenía »el prefecto no han sido bastantes para defenderle? ¿A »quién dará ayuda su propia familia, pues ni aun por su »mismo temor se mueve á reparar nuestros peligros? Su»pongamos, como no se avergüenzan de decir algunos, que »el homicida ha querido vengar su agravio, por haber com»prado su libertad con dineros de su patrimonio, ó porque »se le quería quitar por fuerza un esclavo heredado de sus »abuelos. Concedamos, finalmente, que Pedanio ha sido »muerto con razón.

»Quiero ir arguyendo ahora sobre lo que movió á los an-

»tiguos legisladores, más sabios, sin duda, que nosotros, á »establecer semejante ley, como si tratásemos de estable- »cerla. ¿Paréceos acaso posible que un esclavo se resuelva »en matar á su señor, sin que primero se le escape alguna »amenaza, ni sin que se le oiga alguna palabra desconside- »rada? Sea así que haya podido tener encubierta su traición »y preparar el cuchillo escondidamente; mas pasar entre »las guardias, abrir las puertas de los aposentos, llevar la »luz y cometer el homicidio, ¿puédese haber hecho con ig- »norancia de todos los demás? Suelen antever los esclavos »muchos indicios de la maldad que se quiere cometer; los »cuales, si una vez nos los advierten, podremos vivir solos »entre muchos, seguros entre los mal intencionados; y »cuando no lo hagan y sea necesario morir, nos servirá »de consuelo el saber que ha de ser también vengada »nuestra muerte. Nuestros antepasados tuvieron siempre »por sospechosos el ingenio y natural de los esclavos, aun- »que fuesen nacidos en sus propias casas y heredades, »por más que se pudiese esperar de ellos que en naciendo »habían de recibir y alimentar en sí el amor y afición para »con sus señores; pero ahora que recibimos en nuestras »casas naciones enteras, y tenemos por esclavos gentes de »diversas costumbres, de extrañas religiones, y por ventu- »ra de ninguna, ¿con qué podremos refrenar mejor las in- »solencias de esta canalla que con tenerlos en perpetuo te- »mor? Diránme que forzosamente habían de morir muchos »inocentes: pregunto, cuando se diezma un ejército en »castigo de haber mostrado vilezas y cobardía, ¿no suele »tocar también la suerte á los valerosos? Todo gran ejem- »plo trae consigo su porción de injusticia en particular, que »al fin se recompensa con el provecho público.»

Al parecer de Casio, así como no se atrevió á contrade- cir ninguno á solas, así también en general se respondían las voces discordantes y confusas de los que tenían com- pasión al número, á la edad, al sexo y á la inocencia indu-

bitada de muchos. Prevaleció con todo eso la parte que votaba la sentencia de muerte contra todos; aunque no se podía obedecer el mandamiento del senado, á causa de haberse amontonado gran muchedumbre de pueblo en su defensa, los cuales amenazaban con piedras y con fuego. Entonces César reprendió al pueblo con públicos pregones, é hizo guarnecer de gente de guerra todas las calles por donde habían de pasar los sentenciados. Había votado Cingonio Varrón que también los libertos de la misma casa fuesen desterrados de Italia, mas no lo consintió el príncipe, por no alterar con la crueldad aquella antigua costumbre á quien no había podido moderar la misericordia.

Ante los mismos cónsules, á instancia de los de la provincia de Bitinia, fué condenado por la ley de residencia Tarquicio Prisco, con gusto grande de los senadores, que se acordaban de cuando él mismo acusó á su procónsul Estilio Tauro. Cobraron este año los tributos de las Galias Quinto Volusio, Sextio Africano y Trebelio Máximo; y mientras los dos primeros, contendiendo entre sí de nobleza, se desdeñan de tener á Trebelio por compañero, le hicieron más estimado que ellos.

Murió este mismo año Memmio Regulo, harto ilustre y esclarecido en autoridad, en fama y en prudencia, cuanto se concedía en aquellos tiempos, obscurecidos por la grandeza del imperio: tanto, que enfermando Nerón, y adulándole los que le estaban cerca con decir: «que se acabaría el imperio, si por desgracia muriese Nerón», respondió «que á la república no le faltaría quien la sustentase». Y preguntándole tras esto «que en quién particularmente podían fundar sus esperanzas», añadió, «que en Memmio Regulo». Sin embargo, vivió Regulo después de esto defendido de su natural quietud, y de no ser su nobleza muy antigua, ni sus riquezas tan grandes que mereciesen ser envidiadas. Dedicó aquel año Nerón el gimna-

sio (1), y dió el aceite á los senadores y caballeros, siguiendo la costumbre y facilidad griega.

Hechos cónsules Publio Mario y Lucio Asinio, Antistio, pretor, que, como dije, se gobernó tan mal en el oficio de tribuno del pueblo, compuso algunos versos en vituperio del príncipe, y los publicó en un solemne banquete que se hacía en casa de Ostorio Escapula: poco después fué acusado por la ley de majestad ofendida por Cosuciano Capitón, admitido no mucho antes á la dignidad senatoria por intercesión de Tigelino, su suegro. Creyóse que entonces primeramente se había vuelto á introducir y poner en práctica aquella ley; la cual, no fué tanta causa de la ruina de Antistio, cuanto de gloria al emperador, que condenado Antistio por los senadores, le libró, haciendo que se interpusiese la contradicción de los tribunos. Y aunque examinado Ostorio por testigo, afirmaba no haber oído cosa, se dió crédito con todo á los que testificaban lo contrario: y Junio Marcelo, nombrado para cónsul, votó que el reo, desgraduado del oficio de pretor, fuese muerto conforme á la costumbre antigua; y conformándose con él todos los demás, Peto Trasea, después de haber hablado muy en favor de César y reprendido ásperamente á Antistio, dijo: «que no convenía en tiempo de un príncipe tan benigno, y sin haber necesidad alguna que obligase al senado á mostrar rigor, dar al condenado toda la pena merecida por sus cul-

(1) Dábase el nombre de gimnasio al edificio público en el cual se formaba á la juventud griega en uno de los ramos de su educación, cual era el que tenía por objeto el desarrollo de las fuerzas físicas por medio de los ejercicios gimnásticos. La disposición de esos edificios, según Vitruvio, que ha destinado á su descripción todo un capítulo de su obra (V. 11), era muy semejante á la de las *Termas* de Roma, que sin duda alguna fueron construídas según el plan de aquellos. Era costumbre untarse los que luchaban las carnes con aceite, y de ahí el que añada Tácito que Nerón *dió el aceite* á los senadores y caballeros, siguiendo la costumbre griega.

pas: que había ya mucho tiempo que no se hablaba de verdugos ni de lazos, sin que por esto faltasen otras penas ordenadas por las leyes, con las cuales, sin crueldad de los jueces y sin infamia de los tiempos, se podían decretar los castigos: que antes le desterrasen á una isla y le confiscasen los bienes, donde cuanto más le durase la vida infame, tanto más tardaría en salir de su infelicidad y miseria, y entretanto serviría al mundo de un nobilísimo y público ejemplo de clemencia.» La libertad de Trasea rompió el servil silencio de los otros; y habiendo el cónsul dado licencia para que se declarasen los votos por discesión, todos se pasaron de su parte, salvo algunos pocos, entre los cuales Aulo Vitelio se mostró prontísimo en la adulación: hombre que de ordinario provocaba con injurias á los mejores, y que no se avergonzaba de callar con quien le mostraba el rostro, como es propio de ánimos viles. Mas los cónsules, no atreviéndose á establecer el decreto del senado, escribieron de acuerdo á César todo lo que pasaba. Él, suspenso entre la vergüenza y la ira, respondió finalmente: «que Antistio, sin ser provocado por él con alguna injuria, había dicho grandes oprobios contra su persona, de los cuales, habiendo pedido el castigo ante los senadores, hubiera sido justo castigarle conforme á la gravedad del delito. Pero que así como él no hubiera impedido la severidad y rigor del juicio, así tampoco quería prohibir la moderación: que lo juzgasen como quisiesen, que hasta para absolverle les daba licencia.» Leídas en el senado estas ó semejantes cartas, y siendo claro y manifiesto el enojo del príncipe, no por esto mudaron los cónsules la determinación que tenían hecha, ni Trasea retractó su parecer; parte por no cargar al príncipe toda la nota y aborrecimiento que podía ocasionar el rigor; los más, seguros con el número de los que habían concurrido con el mismo voto; y Trasea, por su acostumbrada constancia, y por no descaecer de la reputación que había ganado.

Por otro delito semejante á éste fué trabajado y afligido Fabricio Veyentón (1), habiendo escrito en ciertos libros, llamados por él codicilos, cosas muy feas de senadores y de sacerdotes. Añadía el acusador Talio Gemino que había vendido las mercedes del príncipe y el derecho de alcanzar honores y oficios públicos: cosa que movió á Nerón á querer ser él mismo juez de esta causa; y habiendo sido convencido Veyentón, le desterró de Italia é hizo quemar todos los libros, que se buscaron y leyeron con gusto y curiosidad mientras no se podían tener sin peligro, hasta que la libertad de tenerlos fué causa de que no se buscasen ni estimasen.

Mas creciendo cada día y haciéndose por momentos mayores los males públicos, iban en contrario faltando al mismo paso los remedios. Acabó sus días Burrho; no se sabe de cierto si de enfermedad ó de veneno. Hacíase conjetura de que murió de enfermedad, porque hinchándosele las agallas poco á poco, y apretándosele el paso al respiradero, le iba faltando el espíritu. Muchos afirmaban que por orden de Nerón, como para aplicarle algún remedio, se le tocó el paladar con licor atosigado, y que Burrho, entendida la maldad, cuando le visitó en su casa el príncipe, le volvió las espaldas sin quererle mirar; y preguntado por él cómo estaba, no respondió sino solas estas palabras: «bueno estoy.» Dejó Burrho gran deseo de sí en la ciudad por la memoria de sus virtudes, y por respeto de la vil inocencia del uno de sus sucesores y de las maldades grandes y adulterios del otro. Porque César, dividido entre dos el cargo de las cohortes pretorias, es á saber, en Fenio Rufo, en gracia del pueblo, en quien era amado porque trataba

---

(1) Se cree ser el mismo á quien llama Dión A. Fabricio. Fué también pretor y el que en los juegos del circo sacó los carros tirados por perros en lugar de caballos.—LIPSIO.—Más adelante fué uno de los instrumentos de la tiranía de Domiciano.

el manejo de las provisiones universales sin mostrarse interesado ni codicioso, y en Sofonio Tigelino (1), amado y favorecido del príncipe por su antigua infamia y deshonestidad, y por la semejanza de costumbres. El de mayor autoridad para con César era Tigelino, como persona á quien había escogido por compañero para sus más secretos vicios y deshonestidades. Rufo estaba más bienquisto con el pueblo y con los soldados; cosa que le era de harto daño para conservarse en gracia de Nerón.

La muerte de Burrho echó por tierra la grandeza y poder de Séneca, no teniendo ya para con Nerón las buenas artes, el lugar y fuerzas que antes, habiendo perdido al uno de los dos que le servían como de cabeza y guía, inclinándose él cada día más á los peores. Éstos, pues, con varias acusaciones y calumnias, toman á su cargo el derribar á Séneca, diciendo: «Que no se cansaba jamás de ir aumentando sus grandes riquezas, con exceder de mucho á lo que convenía á persona particular: que procuraba granjear el favor de los ciudadanos: que con la hermosura y regalo de sus jardines, y magnificencias de sus palacios y casas de placer, casi se aventajaba al mismo príncipe: que se atribuía á sí solo el loor de la elocuencia, y que se había dado á componer versos después que Nerón había mostrado afición á este ejercicio, como una emulación y competencia suya: que era

(1) Era hijo de un habitante de Agrigento, y había sido desterrado en tiempo de Calígula por crimen de adulterio con Agripina, hermana de este príncipe. (Dión, LIX, 23.) En el escoliasto al verso 155 de la Sat. I de Juvenal, se lee que pasó parte de su juventud en el destierro y en la indigencia en Scillacium, en el Brucio (Esquilache, en la Calabria ulterior), donde vivía ejerciendo el oficio de pescador. Cayóle una herencia, con cuyo producto compró pastos en la Apulia y la Calabria (la Pulla y los Abruzos), en los cuales criaba caballos para el circo, y á cuyo comercio debió sus relaciones con Nerón. En las *Historias* de Tácito hallarán nuestros lectores el retrato de ese personaje y la relación de su muerte. (Tác. I, 72.)

contrario público de los gustos del príncipe; que hacía escarnio de su mucha fuerza en regir y gobernar caballos, y se burlaba de su voz las veces que cantaba; todo para que no parezca que hay en la república cosa buena que no sea inventada por Séneca: que era acabada la niñez de Nerón, y que ya entonces se hallaba en la flor y nervio de su juventud: que era tiempo de dejar el maestro, pues de buena razón debía estar bastantemente instruído con ejemplo y memoria de tan prudentes preceptores como sus pasados.»

Pero Séneca, advertido por algunos en quien todavía quedaba algún rastro de honestidad de que no dormían los malsines, viendo por otra parte que César se apartaba cada día más de su trato y comunicación, pedida y alcanzada audiencia, comenzó así: «Catorce años ha, oh César, que »me arrimé á tus esperanzas, y este que corre es el octavo »después que posees el imperio. En este tiempo has mul»tiplicado en mí tantas honras y tantas riquezas, que no le »falta otra cosa á mi felicidad para llegar á su colmo que »el saberla yo moderar. Serviréme de grandes ejemplos, »no de gente de mi fortuna, sino de la tuya. Tu rebisabuelo »Augusto concedió á Marco Agripa el poderse retirar á »Mitilene, y á Cayo Mecenas el vivir en ociosidad y reposo »en esta misma ciudad, como si estuviera en un lugar muy »apartado; de los cuales el uno compañero suyo en las »guerras y el otro habiendo trabajado mucho por él en »Roma, si á la verdad alcanzaron grandes mercedes, fueron »sin duda ocasionadas también de grandes servicios: mas »yo, ¿qué otra cosa puedo aleg r por causa de tu liberali»dad, que mis estudios, criados, por decirlo así, en el re»galo y á la sombra, de los cuales me ha resultado tanta »reputación, que he merecido enseñarte las primeras letras »y componer tu juventud, precio excesivo á tan honrado »trabajo? Mas tú hasme hecho mercedes sin medida, hasme »dado riquezas sinnúmero, y de tal manera, que cuando

»retire á mí el pensamiento, me digo muchas veces á mí »mismo: ¿Qué es esto, Séneca? ¿Eres tú aquel cordobés »que, aunque nacido de un linaje ordinario de caballeros, »te cuentan hoy entre los mayores grandes de Roma? ¿Eres »tú aquel cuya moderna nobleza resplandece entre las más »ilustres y antiguas de esta ciudad? ¿Dónde está aquel áni»mo que solía contentarse con cosas moderadas? No veo »sino que adornas jardines; que te recreas en las quintas y »casas de placer que has hecho fuera de la ciudad; que »gozas de infinitos campos y heredades, y finalmente, que »no cesas de amontonar innumerables sumas de dineros. »Una sola cosa me puede servir de excusa, y es que no »me estaba bien mostrarme porfiado en no recibir tus dá»divas.

»Pero ambos á dos habemos hinchido nuestras medidas; »tú dándome cuanto un príncipe puede dar á un amigo, y »yo recibiendo cuanto un amigo puede recibir de su prín»cipe. Todas las demás cosas no sirven sino de acrecentar »la envidia; la cual, como todas las demás de los mortales, »está rendida á los pies de tu grandeza: mas prevaleciendo »contra mí solo, yo sólo soy el que necesita de remedio. Y »de la manera que si me hallara cansado de la milicia ó de »algún viaje, pidiera ayuda y socorro, asimismo en este »camino de la vida, viejo ya é incapaz hasta de muy leves »cuidados, no pudiendo sostener más el peso de mis rique»zas, pido ayuda y socorro. Manda, señor, que sean admi»nistradas por tus procuradores, y que se reciban en cuenta »de hacienda tuya, y no me empobreceré por esto; antes, »dando de mano á aquellas cosas cuyo resplandor me des»lumbra, el tiempo que hasta aquí empleaba en el cuidado »de los jardines y de las quintas, emplearé en la recreación »del ánimo. Tienes ya vigor y fuerzas bastantes, y la gran»deza de tu imperio está ya muy bien fundada con la pose»sión de tantos años: con que podemos tus criados más viejos procurar de tu clemencia quietud y reposo; y más

»habiendo de redundar esto también en gloria tuya, pues »verá el mundo que supiste engrandecer á personas que »saben contentarse con poco.»

A estas palabras respondió Nerón casi de esta suerte: «Que yo de repente sepa responder á tu oración estudiada, »lo tengo por uno de los mayores dones que de tí he reci»bido; pues me has enseñado á desembarazarme, no sólo »de las cosas muy pensadas, pero también de las improvis»tas y repentinas. Mi rebisabuelo Augusto concedió á Agripa »y á Mecenas el gozar del ocio después de los trabajos; pero »estando él con tal edad que podía defenderse su autoridad »por sí misma. Por mucho que fué lo que les dió, no se »hallará que quitase á ninguno los premios una vez conce»didos. Verdad es que los habían merecido en la guerra y »en los peligros, ejercicios en que empleó Augusto su mo»cedad; mas ni á mí tampoco me faltaran tus armas ni tus »manos si me empleara en ellos. Pero tú, conforme lo han »ido necesitando los tiempos, con la razón, con el consejo »y con mil buenas instrucciones, has gobernado primero »mi niñez y después mi juventud. Los bienes que de tí he »recibido me serán eternos mientras me dure la vida. Los »que tienes de mí, conviene saber, dineros, campos, jardi»nes y heredades, son todos sujetos á los accidentes de la »fortuna; y aunque parecen muchos, hay muchos también »que sin igualársete en virtud ni en ciencia, han poseído »mucho más. Avergüénzome de nombrarte los libertinos »que se ven en Roma mucho más ricos que tú, y más de »que siendo Séneca la persona á quien más amo y estimo, »no sobrepuje á todos en estado y fortuna.

»Estás todavía en edad robusta, capaz de atender á las »cosas del gobierno, y de gozar y poseer el fruto de tus »bienes, donde yo apenas hago más que acabar de entrar »en el imperio; sino es que te estimas en menos que Vitelio »porque fué tres veces cónsul, y á mí me pospones á Clau»dio; porque no te ha de poder dar mi liberalidad tanto

»como ha dado á Volusio (1) su continua parsimonia y es»casez. Fuera de esto, si en alguna cosa se aparta de lo »justo mi juventud resbaladiza, tú me vas á la mano y me »reduces á buen camino, templando con tu consejo mi vi»gor descompuesto y desordenado. Si me restituyes la ha»cienda que te he dado, no dirá el mundo que lo causa tu »modestia, ni si desamparas al príncipe juzgarán que lo »haces por descansar: antes se atribuirá, lo primero á mi »avaricia, y lo segundo al miedo de mi crueldad. Y cuando »bien quede por ese camino alabada tu continencia, no es »acción digna de un varón sabio procurar gloria para sí »con lo que sabe ha de de ocasionar á su amigo infamia y »vituperio.» Acompañó estas últimas palabras con mil abrazos y besos, hecho de la naturaleza y habituado del uso á encubrir el aborrecimiento con estas falsas caricias. Séneca le da infinitas gracias; que así se acaban todos los diálogos que se tienen con el que manda. Pero mudando el estilo que solía tener cuando se conservaba en su privanza, prohibe la muchedumbre de visitas, huye los acompañamientos, dejándose ver raras veces por la ciudad, y estándose casi siempre en su casa, como detenido por falta de salud ó por atender á los estudios de filosofía.

Descompuesto Séneca, fué fácil cosa el derribar también á Rufo Fenio, los que acriminaban en él la amistad que había tenido con Agripina. Crecía entretanto por momentos la autoridad de Tigelino, el cual, considerando que los infames medios por donde sólo se había alzado con la privanza serían sin duda más aceptos al príncipe haciéndosele compañero en sus maldades, no cesaba de ir escudriñando con gran atención lo que le causaba sospecha. Y conociendo que Plauto y Sila, Plauto poco antes enviado á Asia, y Sila á la Galia Narbonense, eran principalmente temidos por él, le pone por delante la nobleza de entrambos; «y que el uno

(1) Fué el senador más rico de aquellos tiempos.—*N. del T. E.*

estaba cercano á los ejércitos de Oriente, y el otro no lejos de los de Germania. Que él no tenía, como tuvo Burrho, otras esperanzas ni otros fines que la salud de Nerón, el cual era verdad que podía con su presencia evitar las asechanzas que se le armasen en Roma; pero ¿cómo evitaría los tumultos apartados? Que las Galias se alborotaban ya con el nombre de dictatorio (1), y que no estaban menos atentos los pueblos de Asia por el esplendor del abuelo Druso (2). Que Sila era pobre, de donde principalmente le procedía el atrevimiento; el cual se fingía medroso y para poco, hasta que llegase la ocasión de poder ejecutar su temeridad. Que Plauto con sus riquezas excesivas, no sólo no fingía deseo de ociosidad, antes se preciaba de imitador de los antiguos Romanos, tomada á más de esto la arrogante gravedad de los estoicos, cuya secta hace á los hombres inquietos y deseosos de ocuparse en negocios grandes.» Con esto sin más dilación fué muerto Sila en Marsella, adonde los matadores le hallaron comiendo, llegados en seis días allí desde Roma, y previniendo con diligencia á la fama de su venida. Nerón, cuando se le presentó la cabeza, se burló de ella como de hombre que había encanecido antes de tiempo.

No se le pudo esconder con tanta facilidad á Plauto que se le trazaba la muerte, habiendo muchos que cuidaban de su vida; y el estar la mar de por medio, y ser necesario tiempo para tan largo camino, dió ocasión á la fama para divulgar el caso, y el vulgo la tuvo de discurrir, como suele, diciendo: «que Plauto había acudido á Corbulón, general entonces de gruesos ejércitos, advirtiéndole de que, si se permitía el dejar matar de aquella manera á los hombres ilustres, sin que les aprovechase su inocencia, era él el que

---

(1) Dícelo porque Sila era rebiznieto del otro Sila que fué dictador.—*N. del T. E.*
(2) Plauto era nieto de Druso el más viejo.—*N. del T. E.*

corría mayor peligro. Añadían que la misma Asia había ya tomado las armas en favor de Plauto, y que los soldados enviados para esta maldad, viéndose pocos de número y no bien dispuestos á cometerla, después que no pudieron ejecutar à su salvo las órdenes que llevaban, habían pasado con él á nuevas esperanzas.» Estas cosas, puestas en boca de la fama, eran aumentadas por los ociosos que les daban crédito. Mas un liberto de Plauto, ayudado de vientos prósperos, con los avisos y advertimientos de su suegro Lucio Antistio previno al centurión, los cuales contenían: «que huyese la muerte vil: que no se fiase en el ocioso descuido con que había pasado su vida, ni pusiese la esperanza de salvarse en buscar escondrijos, y mucho menos en que había de mover á compasión su gran nobleza; porque sin duda, si mostraba valor, hallaría muchos buenos que le acompañarían, como hombres animosos y atrevidos: que entretanto no menospreciase cualquier pequeña ayuda, con tal que bastase á poder rèsistir á sesenta soldados, que tantos, y no más, eran los que se enviaban á matarle; y que vueltas á Nerón las nuevas de su resistencia, mientras despachaba fuerzas mayores y llegaban segunda vez á hacer el efecto, se podían ofrecer tales cosas que le estuviese bien ponerse en guerra descubierta. Y finalmente, que siendo muy posible el salvar la vida por este camino, no aventuraba perder más con el valor que aquello á que él mismo se condenaba con la flojedad y bajeza de ánimo.»

No movieron estas persuasiones á Plauto, ó porque, desterrado y sin armas, no viese modo de ayudarse, ó enfadado y cansado ya de dudosas esperanzas; sino es que por el amor que tenía á su mujer y á sus hijos, se persuadió á que se aplacaría el príncipe tanto más presto con ellos, cuanto él le diese menos ocasión de cuidado y solicitud. Algunos dicen que recibió otros despachos de su suegro en que le aseguraba que no había ya de qué temer; mas que Cerano, de nación griega, y Musonio, toscano, famo-

sos filósofos, le persuadieron á esperar antes una muerte constante, que vivir una vida incierta y llena de temores. Lo cierto es que fué hallado desnudo en mitad del día que trataba de ejercitar el cuerpo, y estando así, le mató el centurión en presencia de Pelagón, eunuco, á quien Nerón había dado como por ministro real de aquellos matadores, y hecho cabeza del centurión y de todo el manípulo; y llevóse á Roma la cabeza de Plauto, á cuya vista dijo el príncipe (referiré las mismas palabras): «¿Qué hace ahora Nerón que no efectúa las bodas de Popea, diferidas por estos vanos asombros, y no repudia y echa de sí á su mujer Octavia, que, aunque modesta, es insufrible y enojosa por la memoria de su padre y por los favores del pueblo?» Escribió luego al senado, sin confesar la muerte de Sila y de Plauto, diciendo solamente que ambos dos eran de naturales inquietos, y que á él le daba particular cuidado la seguridad de la república. Decretóse por esto que se hiciesen plegarias públicas, y que Sila y Plauto fuesen privados de la dignidad senatoria, con harto mayor escarnio de quien lo hizo que daño de quien lo padeció.

Nerón, pues, advertido de este decreto del senado, y viendo que todas sus maldades se calificaban por acciones egregias, repudia á Octavia diciendo que era estéril, y cásase tras esto con Popea. Esta mujer, apoderada mucho antes de Nerón como manceba, y después en calidad de mujer propia, persuade á un cierto oficial de la casa de Octavia á que la acuse de que trataba amores con un esclavo, y eligen por delincuente á Euzero, de nación alejandrino y gran tañedor de flauta. Fueron por esto atormentadas las esclavas, y vencidas algunas de la violencia del dolor, otorgaron falsedades. Las más estuvieron firmes en defensa de la santidad de su señora; entre las cuales respondió una á Tigelino, que la apretaba á que dijese lo que él pretendía, «que las partes mujeriles de Octavia eran mucho más castas que su boca de él.» Con todo eso, al principio

la sacaron de casa de Nerón so color de un divorcio legítimo, y después se le dieron la casa que había sido de Burrho y las posesiones de Plauto; dones infelices y de mal agüero. Enviáronla tras esto á la provincia de Campania con buena guardia de soldados. Comenzaron de aquí muchas quejas, doliéndose clara y descubiertamente el vulgo, como incapaz de prudencia, y que por la medianía de su estado está sujeto á menos temores y peligros.

Movido Nerón de este sentimiento universal, aunque sin arrepentirse de su mal intento, dió muestra de querer llamar á su mujer Octavia; con que llena de alegría sube la plebe al Capitolio, y dando todos gracias á los dioses, derriban las estatuas de Popea, toman sobre sus hombros las imágenes de Octavia, y adornadas de flores, las ponen en la plaza y en los templos. Comienzan tras esto á decir grandes loores del príncipe, y de hecho van á venerarle como en acción de gracias. Ya se hinchía el palacio de voces y de muchedumbre, cuando enviadas para esto escuadras de soldados, dándoles con palos y amenazando de ejercitar las armas, derramaron por diferentes partes la gente alborotada, con que se volvieron á su primer estado las cosas alteradas por la sedición. Restituyósele su honra á Popea, la cual, instigada siempre del aborrecimiento y entonces también del temor, dudando de que no la acometiese el vulgo con mayor violencia, ó que Nerón no mudase de ánimo con la inclinación que había mostrado el pueblo, echándose á sus pies, dijo: «que no estaba en tal término el estado de sus cosas que se litigase ya de matrimonio, dado que lo estimaba en más que su vida, sino de la vida misma, puesta ya en el último peligro por obra de los allegados y esclavos de Octavia; los cuales, cubriéndose con nombre de pueblo, se habían atrevido á intentar en tiempo de paz cosas que apenas podían suceder en la guerra: que aquellas armas no se habían tomado contra otro que contra el príncipe: que sólo les había faltado cabeza, cosa que hallarían

con facilidad en alterándose las cosas de la repóblica: que no faltaba ya sino que saliese de la provincia de Campania y viniese á Roma aquella á cuyo volver de ojos, aun estando ausente, se encendían tumultos y sediciones. ¿En qué he errado yo, señor mío, decía ella, ó en qué te ofendí jamás? ¿Por ventura, porque quiero dar verdadera sucesión á la casa de los Césares, querrá antes el pueblo ver en el trono imperial á la raza de un flautero egipcio? Añadió, finalmente, que si convenía así para el provecho público, llamase y trajese á su casa, antes de su voluntad que forzado, á la señora de ella; ó si no, que proveyese con justo castigo á la seguridad del imperio y suya: que los primeros movimientos se habían podido apaciguar con leves remedios, mas que en perdiendo la esperanza de que Octavia había de volver á ser mujer de Nerón, sabrían ellos muy bien buscarle marido.»

Las palabras de Popea, acomodadas variamente á infundir temor y enojo, atemorizaron al que las escuchaba y juntamente le encendieron en cólera, mas era de poco momento la sospecha en el esclavo, y más después de purgada con el tormento que se dió á las criadas, que acabó de desvanecerle del todo. Parecióles, pues, el mejor camino buscar alguno que, á más de la confesión personal del adulterio, se le pudiese imputar con algún color el haber aspirado á cosas nuevas contra el estado; y para ello no hallaron persona más á propósito que el mismo Aniceto que trazó y ejecutó la muerte de Agripina, prefecto, como tengo dicho, de la armada de Miseno; el cual, cometida aquella maldad, había recibido liviano agradecimiento al principio, y después caído con Nerón en un odio mortal: porque los ministros de tan crueles hazañas, todas las veces que los ve el que dió la comisión, parece que las traen á su memoria y se las vituperan y reprenden. Llamado, pues, éste por César, «le acuerda su primer servicio, y le confiesa haber sido solo él el que había mirado por su salud librán-

dole de las asechanzas de su madre: que ahora se ofrecía ocasión de mayor merecimiento si hallaba camino cómo quitarle de delante á su mujer Octavia, tan justamente aborrecida por él: que para esto no era menester valerse de las manos ni de las armas, bastaba sólo confesar que había cometido adulterio con ella; y para animarle le promete grandes premios, ocultos por entonces, y lugares amenos y deleitosos donde retirarse, y tras esto, si rehusa el obedecerle, le amenaza con la muerte». Aniceto, por su natural locura y por la facilidad con que había salido de las otras maldades, finge mucho más de lo que se le mandaba, confesándolo también entre los amigos que le había dado el príncipe como para su consejo. Entonces le destierra á Cerdeña, adonde pasó su perpetuo destierro no pobre, y murió al fin de su muerte natural.

Mas Nerón publica por un edicto que Octavia, con intento de valerse para sus designios de la armada, había ganado la voluntad al capitán de ella: y olvidado de que poco antes la había repudiado por estéril, añadió que por esconder su trato deshonesto había hecho diligencias para malparir. Con esto la desterró á la isla Pandataria. Ninguna mujer desterrada se vió jamás que moviese á mayor piedad á los que la veían. Había quien se acordaba de Agripina, desterrada por Tiberio, y estaba aún más fresca la memoria de Julia, que lo fué por Claudio. Mas aquellas estaban ya en edad perfecta y habían antes gozado de algún contento, con que en cierta manera podían dar algún alivio á la crueldad presente con la memoria de la felicidad pasada. A ésta el primer día de sus bodas lo fué también de sus exequias, entrando en una casa donde no vió otra cosa sino llanto y luto; habiéndole arrebatado á su padre con veneno, y poco después á su hermano; luego una esclava de más autoridad que ella, y Popea después, casada sólo para su total ruina. En último, la calumnia, aunque falsa, del pecado, mucho más grave para ella que cualquier linaje de

muerte: una moza de veinte años entre soldados y centuriones, sacada ya de entre los vivos, con el anuncio de los males que se le aparejaban, aun le faltaba dicha para descansar con la muerte. Con todo eso, se la notificaron de allí á pocos días, protestando ella que era ya viuda y no más que una hermana del príncipe (1), invocando el nombre de Germánico, común á entrambos á dos (2); y finalmente, el de Agripina, durante cuya vida había sufrido aquel infelice matrimonio sin llegar á peligro de muerte violenta. Apriétansele, pues, las sogas con que estaba atada, y ábresenle las venas por muchas partes, y porque la sangre, detenida por el temor, salía despacio, la meten en un baño muy caliente, cuyo vapor le acabó la vida. Añadióse esta crueldad á las demás: que traída su cabeza á Roma, sirvió de espectáculo á los ojos de Popea. Decretó por esto el senado que se ofreciesen dones á los templos: lo que se dice para que todos los que por nuestro medio ó de otros escritores tuvieron noticia de los sucesos de aquellos tiempos, presupongan que todas las veces que el príncipe ordenaba destierros y muertes, se daban por ello gracias á los dioses; y que lo que antiguamente solía ser indicio de sucesos prósperos, entonces lo era de públicas calamidades. Mas no por esto dejaremos de referir, cuando se ofrezca, algún decreto del senado de nueva adulación, ó de sobrado sufrimiento. Creyóse aquel año que hizo morir con veneno á sus más principales libertos: á Doriforo, porque contra-

(1) Octavia era hija natural de Claudio, el cual era á su vez padre por adopción de Nerón. Así, pues, repudiada como esposa, no era más que hermana del príncipe.

(2) Tanto Claudio, padre de Octavia, como Druso, padre de Nerón, dice Burnouf, llevaron el sobrenombre de *Germánico*. Por otra parte, Nerón era, por su madre Agripina, nieto del gran Germánico, hermano de Claudio, é hijo de Druso. Así, pues, el primero que tomó el nombre de Germánico era abuelo de Octavia y bisabuelo de Nerón.

dijo el casamiento con Popea; á Palanto, porque con su larga vejez ocupaba y detenía demasiado sus infinitas riquezas. Romano fué el que acusó á Séneca con secretas calumnias, como compañero de Cayo Pisón; aunque el mismo Séneca le redarguyó más vivamente, imputándole el mismo delito, de donde tuvo principio el temor de Pisón, y se levantó aquella gran máquina de asechanzas contra Nerón, aunque de infeliz suceso.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

ARGUMENTO.

Vologeso, rey de los Partos, acomete al reino de Armenia.—Cóbrale cauta y valerosamente Corbulón.—Llega Cesonio Peto por general de Armenia, cuya ignorancia y temeridad empeora el estado de las cosas.—Hace infames conciertos con Vologeso.—Socórrele, aunque tarde, Corbulón.—Nácele á Nerón una hija de Popea y muere luego.—Embajadores de los Partos vienen á Roma, sobre la retención de Armenia.—Vuelven mal despachados, ordenándose á Corbulón que renueve la guerra; el cual entra en el reino, donde, medrosos los Partos, negocian vistas y tratan de deponer las armas; y depuestas, pone Tiridates la corona real á los pies de la estatua de Nerón; el cual canta públicamente en Nápoles, y vuelto á Roma, ejercita todo género de maldades.—Abrásase la misma Roma, ó por caso fortuito, ó por maldad del príncipe; el cual quiere cargar esta culpa á los cristianos y los castiga, inventando contra ellos enormes y bárbaras maneras de muertes.—Conjuran contra Nerón y descúbrese el trato.—Mátanse á esta causa muchos hombres ilustres, y entre ellos Séneca.—Da el senado gracias á los dioses por este suceso, como por caso alegre y venturoso.

Todo esto en poco más de tres años.

		CÓNSULES.
A. de Roma 816.	De J. C. 63	C. Memmio Régulo. L. Virginio Rufo.
817	64	C. Lecanio Basso. M. Licino Crasso.
818	65	P. Silio Nerva. C. Julio Attico Vestino.

Entretanto, Vologeso, rey de los Partos, sabidos los progresos de Corbulón y que había puesto en Armenia por rey á Tigranes, hombre extranjero, y echado del reino á su hermano Tiridates, aunque deseaba vengar la afrenta que

se había hecho al esplendor de los Arsacidas, considerando por otra parte la grandeza romana, y teniendo respeto á la antigua confederación que había conservado con nosotros, era combatido de varios pensamientos: hombre de ingenio tardo y que holgaba de dilatar las resoluciones; fuera de que se hallaba ocupado en muchas guerras por causa de habérsele rebelado los Hircanos, gente poderosa y fuerte. En esta suspensión de ánimo, el aviso de otra nueva injuria se le acabó de encender á la venganza: porque, saliendo Tigranes de Armenia, había talado y destruído las tierras de los Adiabenos confinantes suyos, aunque vasallos de Vologeso, en más lugares y más tiempo de lo que se acostumbra en correderías. Y sufrían esto muy mal los principales de aquella nación, teniendo á particular vituperio el ser tratados así, no por el capitán romano, sino por la temeridad de un hombre que había sido dado en rehenes y tenido tantos años entre esclavos. Aumentaba este sentimiento Monobazo, su gobernador, preguntando que «de dónde ó á quién acudirían por socorro: que ya no había que tratar del reino de Armenia: que todas las tierras circunvecinas iba llevando el enemigo á su devoción; y que advirtiesen los Partos, caso que no tomasen resolución de defenderlos, que para con los Romanos libraban mucho mejor los rendidos que los conquistados.» Pero nadie le era tan molesto como el desposeído Tiridates; el cual, con silencio murmurador, y tal vez dejándose caer las palabras como al descuido, decía: «que no se conservan los grandes imperios con flojedad y vileza de ánimo; antes era menester llegar á hacer experiencia de los hombres y de las armas: que en la suma fortuna de los reyes, aquel es tenido por más justo que se hace conocer por más poderoso: que el conservar uno lo que es suyo es alabanza tan digna de casas particulares, como de reyes el pelear por lo ajeno.»

Movido de estas cosas Vologeso, junta su consejo, y hecho sentar á su lado á Tiridates, comenzó así: «Á éste, en-

»gendrado conmigo por un mismo padre, cediéndome él en »honra de la edad el imperio de nuestra casa, le dí el reino »de Armenia, que se tiene por el tercer grado de nuestra »potencia; habiendo ya Paroco ocupado antes el señorío de »los Medos. Parecíame con esto haber acomodado muy »bien las cosas de nuestra casa contra los odios antiguos y »diferencias que suele haber entre hermanos. Esto impiden »los Romanos ahora; y la paz nunca rompida por ellos con »felicidad, la rompen ahora para su ruina. No niego que he »deseado siempre más conservar lo que nos dejaron ganado »nuestros mayores, antes con justicia y equidad que con »armas y sangre; mas lo que he pecado con la tardanza yo »lo enmendaré con el valor. Vuestra fuerza y vuestra gloria »están todavía en pie, aumentadas con la fama de modestia »y mansedumbre, calidades tan dignas de ser estimadas por »los reyes y príncipes, cuanto es cierto que las estiman los »mismos dioses.» Dichas estas palabras, ciñe la cabeza de Tiridates con la diadema real, y entrega á Moneses, varón ilustre, las bandas de caballos que, según la costumbre de los Partos, suelen acompañar al rey, añadiéndole la gente de socorro de los Adiabenos. Encárgale con esto el peso de la guerra, dándole orden que procure echar á Tigranes de Armenia, mientras él, compuestas las diferencias que tenía con los Hircanos, juntaba las fuerzas interiores del reino, y le seguía con ejército capaz de acometer con él las provincias romanas.

Avisado de todas estas cosas Corbulón, envía en socorro de Tigranes dos legiones con Verulano Severo y Vecio Volano, ordenándoles secretamente que procediesen en todo antes con maduro consejo que con peligrosa precipitación: porque él no estaba tan resuelto en hacer la guerra como en sufrirla. Había antes de esto escrito á César, que para sólo atender á la defensa de Armenia era necesario que asistiese un capitán particular; porque Siria era la que corría más peligro si Vologeso se resolvía en acometer por

aquella parte. Y entretanto aloja las demás legiones sobre la ribera del Eufrates, y junta diversas tropas de gente levantada tumultuariamente en la provincia, y ocupa con buenos presidios todas las entradas que podía tener el enemigo. Y porque aquella región es falta de agua, mandó fortificar las fuentes con castillos y cubrir algunos arroyos con montes de arena.

Mientras hace Corbulón estas preparaciones en defensa de Siria, Moneses, llevando su gente con gran diligencia por entrar en Armenia antes que la fama de su venida, no halló á Tigranes desapercibido ni ignorante de ella, antes se había apoderado ya de Tigranocerta, ciudad muy fuerte por el número de defensores y por la grandeza de los muros (1), ayudada de las aguas del río Niceforio (2), de razonable grandeza, que la baña por una parte, y de un buen foso por la que no alcanza á asegurar el río. Había soldados dentro y bastante provisión de vituallas. Y saliendo algunos pocos más adelante de lo que conviniera en busca de ellas, fueron acometidos al improviso y rotos por el enemigo, cosa que causó en los ánimos de los otros antes ira que temor. Mas los Partos, que no tienen osadía ni práctica para poner de cerca el sitio á una tierra, gastaron mucho tiempo en vano tirando flechas á los que estaban en defensa de las murallas, sin causarles daño ni temor alguno. A los Adiabenos que comenzaban á arrimar escalas y otros ingenios militares, hicieron los de dentro apartar con facilidad, y saliendo fuera con gran ímpetu, degollaron muchos.

(1) Apiano dice de ellos que tenían 50 codos de altura y que debajo de los mismos había sitio para las caballerizas.—*N. de la E. E.*

(2) Según d'Anville, es el Khabur, y pasa cerca de una ciudad llamada Sered, la cual, según el mismo geógrafo, ocupa acaso el sitio de la antigua Tigranocerta. Conviene tener presente que hay dos Khabur, y que el Niceforio es el del Norte, que nace en el pacalicato de Van y desagua en el Tigris por su izquierda. El otro, llamado antiguamente Chaboras, es uno de los afluentes del Eufrates.

Corbulón, aunque se le encaminaban sus empresas con felicidad, juzgando con todo esto por más seguro el moderarse en la buena fortuna, envió á quejarse á Vologeso «de que hubiese entrado por fuerza en la provincia, y de que un rey amigo y confederado como él sitiase á las cohortes romanas. Que levantase luego el sitio; donde no, que él también pasaría con su ejército á tierras enemigas.» Casperio, centurión, elegido para esta embajada, halló al rey en la villa de Nisibe (1), doce leguas de Tigranocerta, á donde le declaró sus comisiones con gran imperio y valor. Tenía mucho antes hecha resolución Vologeso de excusar cuanto pudiese el tomar las armas contra los Romanos: y entonces no corría la fortuna de las cosas en su favor, habiéndole salido vano el sitio de Tigranocerta, y hallándose Tigranes proveído de gente y vituallas, la afrenta del asalto, las dos legiones en socorro de Armenia, y las que habían quedado en defensa de Siria, puestas á punto para entrar con resolución por su reino. Hallábase él, en contrario, con su caballería debilitada por falta de forrajes, habiendo consumido una infinita multitud de langostas que sobrevino, no sólo las hierbas de los campos, pero hasta las hojas de los árboles. Con estas consideraciones Vologeso, disimulando en su pecho el temor, con capa de desear la quietud respondió al centurión: «Que enviaría sus embajadores al emperador romano sobre pedir el reino de Armenia y confirmar la paz.» Manda tras esto á Moneses que levante el sitio de Tigranocerta, y desalojando él también, se retira á su reino.

Engrandecían muchos estas cosas como efectos del temor del rey y de las amenazas de Corbulón: otros lo atribuían á que secretamente habían acordado entre sí que se sus-

(1) Ciudad fuerte de la antigua Migdonia que formaba parte de la Mesopotamia. Quedan escasísimos restos de ella en el pequeño pueblo ó aldea de Nesbin.

pendiesen las armas de ambas partes, y retirándose á su casa Vologeso, dejase también Tigranes el reino de Armenia. «Porque, ¿á qué efecto, decían, se pudo haber sacado el ejército romano de Tigranocerta, desamparando en la paz lo que había defendido en la guerra? Pues no era ni podía ser por pensar invernar mejor en los desterraderos de Capadocia debajo de barracas, que en la ciudad, silla de un reino recién ganado, sino con intento de diferir la guerra para que Vologeso la hubiese con otro que con Corbulón, y que Corbulón recusase el poner otra vez al tablero la reputación que había ganado en tantos años.» Porque, como dije arriba, había pedido un capitán particular para defender á Armenia, y ya había nuevas de que estaba cerca Cesonio Peto, proveído en aquel cargo: el cual, llegado, se dividieron de esta manera las fuerzas orientales. Las legiones cuarta y duodécima con la quinta, que poco antes se había hecho venir de Mesia, y los socorros de Ponto, Galacia y Capadocia obedecieron á Peto. La tercera, sexta y la décima, con los soldados que estaban antes en Siria, quedaron á Corbulón; las demás cosas quedó acordado que se mancomunasen ó dividiesen, según lo necesitasen los negocios. Mas, ni Corbulón podía sufrir competidor, ni Peto, dado que pudiera contentarse con ser tenido en segundo lugar, cesaba de menospreciar las acciones de Corbulón, diciendo: «que no se habían visto en su tiempo muertes ni presas, y que las expugnaciones de las ciudades no habían sido sino sólo en el nombre: que él quería dar leyes, imponer tributos, y en lugar de aquellos reyes de sombra que tenían entonces, asentar sobre las cervices de los vencidos las leyes romanas.»

Por este tiempo los embajadores, que dije haber ido al príncipe de parte de Vologeso, volvieron sin resolución alguna, y los Partos con esto emprendieron al descubierto la guerra. No la rehusó Peto, antes con dos legiones, es á saber, la cuarta gobernada por Funisulano Vectoniano, y la

duodécima por Calavio Sabino, entró en Armenia con triste agüero; porque al pasar del Eufrates por la puente, el caballo que llevaba las insignias consulares, espantado sin alguna causa aparente, dió vuelta para atrás: la víctima, en los alojamientos de invierno que se iban fortificando, se escapó de en medio del sacrificio, y rompiendo por todos, huyó saltando al foso por encima de la palizada. Y los dardos de los soldados romanos ardieron de suyo, prodigio más notable por causa de pelear los Partos enemigos con armas arrojadizas.

Mas Peto, menospreciando estos agüeros, no acabados aún de fortificar los alojamientos ni hecha provisión bastante de granos, pasa arrebatadamente con su ejército de la otra parte del monte Tauro, para cobrar, como él decía, á Tigranocerta y saquear el país que Corbulón había dejado entero. Y ganados algunos castillos, hubiera adquirido reputación y presa si supiera usar de lo primero con medida y guardar lo segundo con providencia. Porque discurriendo con largo viaje alrededor de tierras que no se podían tomar, consumidas las vituallas ganadas, y acercándose el invierno, retiró el ejército y escribió á César cartas como si ya hubiera acabado la guerra, con palabras tan magníficas cuanto llenas de vanidad.

Corbulón en tanto, aunque había cuidado siempre, como era justo, de la ribera del Eufrates, asentó sobre ella nuevos presidios. Y porque la caballería enemiga, cuyas tropas en gran número se veían discurrir ya por aquellas campañas, no impidiesen el echar del puente, juntó cantidad de navíos muy grandes, trabándolos con gruesas vigas unos de otros, y armando sobre ellos algunas torres; desde las cuales, con sus balistas y catapultas (1) ofendían mucho á los bárbaros,

(1) La *balista* era una máquina de que se hacía uso en los sitios para disparar piedras de mucho peso. Ni las descripciones que de ellas nos dan los autores antiguos, ni los monumentos del arte bastan á darnos una idea cabal y distinta del modo

alcanzando de más lejos las piedras y lanzas que se arrojaban con los ingenios que lo que ellos podían alcanzar con sus saetas. Echado el puente, ocuparon las cohortes auxiliarias los collados de la otra parte del río, y pasando las legiones, plantaron en ellos sus alojamientos, con tanta presteza y demostración de grandes fuerzas, que los Partos, dejando las prevenciones que habían hecho para acometer á Siria, volvieron toda su esperanza al reino de Armenia; á donde estaba Peto tan ignorante del peligro que se le aparejaba, que tenía apartada en Ponto la legión quinta, y las otras debilitadas por las muchas licencias que sin consideración ni tiento había dado á la gente de guerra, hasta que tuvo aviso que Vologeso se le venía acercando con grueso y terrible ejército. Con esto hace llamar á la legión doce, y donde esperaba ganar fama de haber aumentado su ejército, no hizo otra cosa que mostrar cuán deshechas y flacas estaban las legiones. Sin embargo, hubiera podido conservar con ellas los alojamientos, y alargando la guerra, burlarse de los Partos, si supiera tener constancia en sus propios consejos ó en los ajenos. Mas cuando los hombres prácticos en la milicia le habían dado advertimientos contra los casos urgentes, aunque mostrase quedar resuelto en ejecutarlos, porque no pareciese que necesitaba de consejo aje-

---

como estaban construídas. Sábese, sin embargo, que las había de diferentes dimensiones, y se las distinguía en *majores* y *minores*. Las había que servían como máquinas de campaña, y se las colocaba sobre carros tirados por caballos ó mulos, de suerte que se las pudiese trasladar con facilidad á cualquier punto del campo de batalla; dábaseles el nombre de *carrobalistæ*, y de ellas existe una representación en la columna de Marco Aurelio.—La *catapulta* era también un ingenio destinado especialmente á lanzar dardos ú otras armas arrojadizas. Dánase también á veces este nombre al dardo disparado por la máquina. Vitruvio lo describe muy detalladamente, y como además de esto se ve representada hasta seis veces en la columna Trajana, conocemos mejor su mecanismo que el de la balista. Lo mismo que ésta, se la colocaba á veces en un carro para llevarla de una parte á otra del combate.

no, mudaba luego de propósito hasta resolverse en lo peor. Siguiendo, pues, este estilo, dejó los alojamientos de invierno, y dando voces «que no se le habían entregado á él fosos ni estacadas, sino hombres y armas para pelear con el enemigo», sacó las legiones en campaña, como si estuviera para dar la batalla. Después, habiendo perdido un centurión con algunos soldados que había enviado á reconocer el enemigo, vuelve medroso á los alojamientos; y porque Vologeso no le había seguido con mucha furia, vuelto á sus vanas confianzas pone en el más cercano yugo del monte Tauro tres mil soldados escogidos con intento de impedir por allí el paso al Rey, y en una parte del llano las tropas de caballos Panonios, que eran el nervio de su caballería. Retiró á su mujer y á un hijo á un castillo harto fuerte, llamado Arsamosata (1), con presidio de una cohorte; y teniendo divididas de esta manera sus gentes, que juntas hubieran podido defenderse del enemigo vagamundo y que jamás paraba en un lugar, dicen que con gran dificultad se pudo acabar con él que escribiese á Corbulón confesando la necesidad en que se hallaba, y que tampoco Corbulón acudió á socorrerle con la diligencia que podía, porque la alabanza del socorro se acreditase por tanto mayor, cuanto lo hubiese sido el peligro de que le libraba. Con todo eso, mandó apercibir para enviar á Peto tres mil infantes, mil de cada legión, ochocientos caballos de confederados, y otro tanto número de las cohortes.

Vologeso, aunque supo que Peto le tenía tomados los pasos, de una parte con infantería y de la otra con caballería, con todo eso, sin mudar de propósito, con fuerza y con amenazas, hizo retirar los caballos Panonios, y rompió la infantería de las legiones, sin que hubiese otra resistencia

---

(1) Plaza considerable, cuyo nombre cree encontrar d'Anville en el de Simsai ó Shimshat. Se supone fundada por Arsamés, que reinaba en Armenia por los años 245 antes de J. C.

de consideración que la que hizo un centurión llamado Tarquicio Crecente tratando de defender una torre en donde estaba de guardia; el cual, después de haber hecho varias salidas y muerto muchos de aquellos bárbaros que se le acercaban, combatido y rodeado de fuegos arrojadizos, hubo de ceder á su destino. De los infantes, si algunos quedaron sanos, tomaron el camino largo y desierto de los bosques, y los heridos se volvieron á los alojamientos, engrandeciendo el valor del Rey, la fiereza y cantidad de la gente, aumentado todo por el miedo y creído con facilidad por los que igualmente temían. Ni el capitán tampoco sabía resistir á aquella adversidad; antes, desamparados ya por él todos los oficios militares, envió á rogar segunda vez á Corbulón «que apresurase el venir á defender las banderas y águilas romanas, junto con las reliquias y el nombre solo de aquel desdichado ejército, mientras él mantenía la fe cuanto le durase la vida».

Corbulón, sin pereza ni temor, dejada parte de los soldados en Siria con orden de guardar los fuertes que habían fabricado sobre el Eufrates, siguiendo el camino más corto y más acomodado de vituallas, por Comagena (1) y después por Capadocia, entró finalmente en Armenia. Seguía al ejército, demás de los ordinarios impedimentos de la guerra, una cantidad grande de camellos cargados de trigo para poder ahuyentar á un mismo tiempo al enemigo y la hambre. El primero de los desbaratados que habían huído con quien encontró fué Pactio, centurión primipilar, y tras él otros muchos soldados, á los cuales, después de haberles escuchado varias disculpas con que procuraban dar algún color á su huída, les amonesta que vuelvan atrás á sus banderas y que prueben la clemencia de Peto, porque él era

---

(1) Llamábase así la parte más septentrional de la Siria, al Este y al Sur de los montes Amán y Tauro y al Oeste del Eufrates. Su principal ciudad era Samosata, hoy Semisat.

implacable con los que no vencían; y junto con esto, visita y exhorta á sus legiones, acordando los hechos pasados y mostrando la nueva ocasión de gloria que se les aparejaba; porque no tenían ahora por premio las villas y ciudades de los Armenios, sino los alojamientos romanos, con dos legiones en ellos. «Si á cualquier soldado particular, decía él, que salva en la guerra á un ciudadano romano, suele darle el general la más noble corona, ¿qué tal será la honra que ganaréis, no siendo menor el número de los que recibirán la vida de vuestras manos que el de vosotros que se la habéis de dar?» Confortados y animados todos con estas ó semejantes razones, y muchos, movidos también del amor y del peligro en que sabían estar sus hermanos y parientes, marchaban de día y de noche sin hacer alto; y por esta misma causa apretaba tanto más Vologeso á los sitiados, acometiendo unas veces las trincheras con que se cubrían las legiones, y otras el castillo donde estaba retirada la gente inútil; acercándose más de lo que acostumbran los Partos, por ver si con aquella temeridad podía inducir al enemigo á dar la batalla. Mas los nuestros, saliendo apenas de las tiendas, no se atrevían á otra cosa que á defender las trincheras: parte por obedecer al capitán, parte por su propia cobardía, como gente que esperaba el socorro de Corbulón, y que estaba consolada, cuando el poder de los enemigos los apretase demasiado, á renovar el ejemplo de las calamidades Caudinas y Numantinas (1); alegando que

(1) Alude á los dos desastres sufridos por los Romanos, el uno en Caudium, en 433 de Roma, y el otro cerca de Numancia, en 617. En el primero las tropas romanas, al mando de T. Valerio Calvino y Sp. Postumo Albino, se dejaron encerrar en los desfiladeros de Caudio, al Sudeste de Capua, entre Benevento y Calatia, por el general samnita Poncio Herenio, el cual las obligó á pasar por debajo del yugo (horcas caudinas). En el segundo, el cónsul Mancino, al retirarse del sitio de Numancia, escarmentado en diferentes encuentros, se vió sorprendido por sus contrarios en unos desfiladeros, no lejos de dicha ciudad, y

ni los Samnitas, pueblos de Italia, ni los Cartagineses (1), émulos del Imperio romano, eran tan poderosos como los Partos; y con todo eso, aquella tan valerosa y alabada antigüedad había sabido mirar por su salud todas las veces que se les mostraba la fortuna contraria. Forzado el capitán de la flaqueza y poco ánimo de su ejército, se resolvió en escribir á Vologeso. Con todo eso, las primeras cartas no fueron humildes, sino como quien formaba quejas «de que hubiese movido la guerra por ocasión de Armenia, que siempre había estado debajo de la jurisdicción romana, ó con rey elegido por el emperador; que la paz era igualmente provechosa á los unos y á los otros; que no considerase sólo el estado presente, sino que había venido en persona con todas las fuerzas de su reino contra dos legiones, y que los Romanos tenían en su favor todo lo restante del mundo para sustentar la guerra».

No respondió directamente á estas cosas Vologeso, sino que «le convenía esperar á sus hermanos Pacoro y Tiridates, siendo aquel el lugar y el tiempo señalado para consultar lo que se había de hacer del reino de Armenia, pues, como era conveniente al honor del linaje Arsacido, había determinado de resolver con ellos lo que había de hacerse de las legiones romanas». Peto después despachó nuevos mensajeros pidiendo vistas al Rey, el cual envió en su lugar

---

puesto en tan apurado trance que no le quedó más recurso que firmar con ellos una capitulación, de cuyo cumplimiento se constituyeron en fiadores él y sus oficiales. Llamado á Roma, el senado, que no tuvo á bien cumplir lo estipulado, lo entregó á los burlados Numantinos, quienes más generosos con el infeliz Mancino que sus conciudadanos, le despidieron libre y sin vengar en él la mala fe de la república.

(1) Freinshenio enmienda *aut Hispanis*, porque aquí alude á la destrucción de Numancia, en que no tuvieron parte los Cartagineses; pero si no satisficiese esta corrección, léase: *Nec eamdem vim Samnicibus Italico populo aut Hispanis quam Parthis Romani Imperii æmulis.* Grenovio. Nuestro autor siguió la versión corriente.—*N. de la E. E.*

á Vasaces, general de su caballería. Entonces Peto le trae á la memoria los Lúculos, los Pompeyos y los demás capitanes que habían conquistado y dado el reino de Armenia; respondiéndole Vasaces, «que sólo habían tenido los Romanos la apariencia de tenerle y darle; mas que de hecho la autoridad y la fuerza de disponer de él había sido siempre de los Partos.» Y después de largas altercaciones vuelven á juntarse al día siguiente, añadiendo á Monobazo Adiabeno por testigo de las capitulaciones. Concluyóse, finalmente, que levantasen los Partos el cerco que tenían puesto á las legiones, y que todos los soldados romanos saliesen de los términos de Armenia, entregando las fortalezas y vituallas á los Partos, y que, efectuado esto, se diese lugar á Vologeso para enviar embajadores á Nerón.

Hizo entretanto Peto un puente sobre el río Arsanias, que corría por delante los alojamientos romanos, so color de que quería hacer aquel camino; mas lo cierto fué que se le mandaron hacer los Partos en señal de la victoria; porque al fin les sirvió á ellos, tomando los nuestros diferente derrota. Añadió á esto la fama que las legiones habían pasado debajo del yugo, y otras cosas de las que se suelen inventar en las adversidades, á que dieron ocasión los Armenios; porque entrados dentro de los alojamientos antes que los Romanos se moviesen, en conociendo los esclavos y caballos que los nuestros les habían ganado á buena guerra, se los quitaban, y con ellos los vestidos, dejándolos con solas las armas; de todo lo cual hacían poco caso los rendidos por no dar ocasión de venir á las manos. Vologeso, haciendo amontonar las armas y cuerpos de los muertos en testimonio de nuestra calamidad, no se curó de ver las legiones fugitivas, deseando ganar fama de moderado después de haber hartado su soberbia. Pasó el río Arsanias sobre un elefante, y sus parientes y privados con él, que procuraban romper con sus caballos la fuerza del agua; porque había pasado voz que el puente estaba fabricado

con engaño, y que no era bastante á sostener el peso; aunque los que se arriesgaron á servirse de él le hallaron harto firme y seguro.

Cierta cosa es que á los sitiados les sobró tanto trigo, que á su partida quemaron los graneros del campo; y en contrario dejó escrito Corbulón (1) «que los Partos padecían notablemente de vituallas, y que en habiendo consumido los pastos, hubieran sin duda levantado brevemente el sitio: á más de que no se hallaba él más lejos que tres jornadas. Y añadió más, que Peto había ofrecido con juramento que hizo sobre las banderas, en presencia de los diputados que el Rey había enviado por testigos de aquel acto, que ningún romano entraría en Armenia antes que llegasen cartas de Nerón sobre el aprobar la paz.» Mas así como estas cosas se inventaron para crecer la infamia, así es cierto que fueron verdaderas todas las demás; es á saber, que Peto caminó en un día trece leguas, dejando por el camino desamparados los heridos, espanto no menos vergonzoso que si en el ardor de la pelea hubieran vuelto las espaldas. Corbulón, que con sus gentes los encontró á la ribera del Eufrates, no hizo ninguna señal con las armas ni con las banderas de darle en rostro, ni afrentarle con la diversidad de sus fortunas; antes mostrándose todas las compañías tristes y llenas de compasión por la infelicidad de sus compañeros, no podían detener las lágrimas, tal, que apenas con el llanto se pudieron saludar unos á otros. Cesaba del todo la competencia del valor y ambición de gloria, afectos de hombres dichosos; teniendo entonces lugar solamente la misericordia, y más entre los menores. Pasaron entre sí los capitanes pocas palabras, doliéndose Corbulón de haberse apresurado y tomado tanto trabajo en

---

(1) Lipsio cree que Corbulón escribió los comentarios ó la historia de estas guerras. Lo cierto es que Plinio le cuenta entre los escritores.—*N. de la E. E.*

vano, y más de la ocasión que se había perdido de acabar la guerra con sólo ahuyentar á los Partos. Respondióle Peto «que las cosas estaban todavía enteras; que volviesen las águilas y acometiesen juntos á Armenia, flaca y sin fuerzas por la partida de Vologeso.» Replicó Corbulón, «que no tenía tal orden del Emperador: que había salido de su provincia obligado del peligro de las legiones, y que estando en duda de la parte á donde cargaría el enemigo, determinaba volverse á Siria: que aun haciendo aquello, era necesario rogar por favor á la buena fortuna, para que su infantería, cansada de tan largas jornadas, pudiese caminar más que los Partos; gente de á caballo y tan suelta, que, ayudada de la comodidad de la campaña, los llevarían de vanguardia siempre.» Con esto se fué Peto á invernar á Capadocia. Mas Vologeso envió á decir á Corbulón que desmantelase los fuertes que había hecho de allá del Eufrates, dejando que fuese como antes el río límite de ambos imperios. Respondióle Corbulón que sacase él la gente que tenía de presidio en el reino de Armenia; y viniendo finalmente en esto el Rey, hizo también Corbulón desmantelar los fuertes, quedando los Armenios en su libertad.

Veíanse entretanto en Roma los trofeos que se habían levantado por la victoria alcanzada de los Partos y estaban en pie todavía los arcos en el monte Capitolino; cosas que, aunque las decretó el senado durante la guerra, no dejaron de permanecer después, más por satisfacer á la hermosura que causaba su vista, que á la verdad de su conciencia. Antes por disimular Nerón el trabajo de las cosas de fuera, hizo echar en el Tíber el trigo que se guardaba para la plebe y se comenzaba á gastar de viejo, por mostrar la seguridad con que se estaba de abundancia; y esto sin consentir mudanza en el precio, aunque por causa de una tempestad se anegaron casi doscientas naves dentro del mismo puerto cargadas de trigo, y se quemaron desgraciadamente otras ciento al subir por el Tíber. Nombró después

de esto tres hombres consulares, es á saber, Lucio Pisón, Ducenio Gemino y Pompeo Paulino, para que asistiesen á las administraciones de los derechos públicos, culpando á los príncipes, sus antecesores, de que con sus grandes gastos habían excedido de las rentas del imperio; dando él todos los años á la república un millón y quinientos mil ducados (sesenta millones de sestercios).

Habíase introducido en aquel tiempo una malísima costumbre; y era que, acercándose el tiempo en que se hacían las elecciones para los oficios públicos ó se sorteaban los gobiernos de provincias, muchos que no tenían hijos los adoptaban fingidamente (1), y después de haber obtenido las preturas ó provincias como padres, echaban al punto de su familia á los que para sólo defraudar la ley habían prohijado. Quejáronse de esto en el senado los que eran verdaderamente padres, con grande afrenta y vituperio de los fingidos, equiparando la obligación natural y el trabajo de criar los hijos con el engaño, artificio y brevedad de esta adopción, diciendo que era demasiada comodidad para los que no tenían hijos el esperar sin ningún trabajo ni obligación los favores, las honras, y todo lo demás que podían desear; convirtiéndoseles á ellos en burla y escarnio las promesas de las leyes, si los que podían ser padres sin cuidado y perder los hijos sin llanto y sin

(1) La ley Apia Popea, promulgada en tiempo de Augusto en el año 762 de Roma, que renovaba y completaba la ley Julia publicada unos 26 años antes, concedía ó confirmaba ciertos privilegios á los ciudadanos casados y que tenían hijos. Así, por ejemplo, eran preferidos para las magistraturas y los gobiernos de provincia, y cuando se presentaban varios candidatos debía ser preferido el que era padre de más hijos; podían aspirar á las dignidades antes de tener la edad prescrita por la ley; gozaban plenamente del derecho hereditario, mientras que los casados, sin hijos, no podían recibir más que la mitad de lo que se les dejaba en testamento, y que los celibatarios no percibían nada, á menos que no les viniesen los legados de parte de sus más próximos parientes, ó que se casasen dentro de los 100 días después de la muerte del testador.

tristeza se igualaban en un punto con los largos deseos de los verdaderos padres. Hízose por esta causa un decreto en el senado, que la adopción fingida no aprovechase de ninguna manera para obtener cargos públicos, ni aun para heredar en virtud de ella.

Después de esto fué acusado Claudio Timarco, natural de Creta, de aquella suerte de delitos de que lo suelen ser los hombres más poderosos y ricos de las provincias, á quien su sobrada riqueza les induce más fácilmente á la opresión de los menores. Ofendióse gravemente el senado de ciertas palabras que dijo: «Que estaba en su mano hacer que se diesen ó se dejasen de dar gracias en el senado por el buen gobierno de los procónsules de Creta.» Y sirviéndose de esta ocasión Peto Trasea para el bien público, después de haber votado que el reo fuese echado de su patria, añadió estas palabras: «Probado está ya con larga experiencia, »padres conscriptos, que las buenas leyes y honrados »ejemplos nacen entre los buenos de los delitos de otros »que no lo son. Así, la libertad de los oradores produjo la »ley Cincia; la ambiciosa negociación de los pretendientes »las leyes Julias, y la avaricia de los magistrados las orde»nanzas llamadas Calpurnias (1). Porque la culpa precede »á la pena, como el pecado á la corrección. Tomemos, »pues, contra la nueva soberbia de los provinciales un par»tido digno de la fe y de la constancia romana; con el cual, »sin derogar á la protección y defensa de los confedera»dos, se acabe entre nosotros la opinión que se tiene de »que la estima y calificación de nuestras personas la pue»den hacer otros que nuestros propios ciudadanos.

---

(1) La primera ley contra los cohechadores fué promulgada por el tribuno L. Calpurnio Pisón, en el año 605 de Roma; por ella se daba á los habitantes de las provincias el derecho de pedir en Roma la restitución de las sumas arrancadas por cohecho por los magistrados, y se estableció un tribunal permanente (*Quæstio perpetua*) para entender en esos asuntos.

»Antiguamente no sólo se enviaba á las provincias pre-»tor ó cónsul, pero también gente ordinaria que las visita-»se y refiriese después en el senado con particularidad la »obediencia y fidelidad de cada uno; temblando las nacio-»nes y los pueblos del juicio y relación que hacía de ellos »un solo particular. Mas ahora somos nosotros los que hon-»ramos y lisonjeamos á los extranjeros. Y así como á ins-»tancias de algunos se dan las gracias en el senado por el »buen gobierno, así también y con mayor prontitud se fra-»guan las acusaciones. Decrétese que de aquí adelante no »puedan por este camino los provinciales hacer ostentación »de su poder, y reprímase la falsa y mendigada aprobación, »como se reprimen la malicia y la crueldad. Más pecados »se hacen mientras procuramos complacencias, que mien-»tras determinadamente nos arrojamos á ofender. Antes »por esto suelen ser aborrecidas algunas virtudes, como »son una severidad obstinada y un ánimo invencible contra »los favores. De aquí viene que los principios de nuestros »gobiernos son por la mayor parte mejor que sus fines; en »los cuales vamos como pretendientes y opòsitores, men-»digando sufragios y granjeando votos: que si esto se qui-»tase, no hay duda en que se gobernarían las provincias »con más equidad y con mayor entereza y constancia. Por-»que así como con el temor de la ley de residencia se ha »refrenado mucho el delito de la avaricia, así, ni más ni »menos, se refrenaría el de la ambición si se quitase el uso »del dar gracias.»

Fué loado con general aplauso este parecer; mas no se pudo hacer el decreto, oponiéndose los cónsules con decir que no se había hecho proposición sobre aquel punto. Pero no pasó mucho tiempo que por orden del príncipe determinaron que nadie propusiese en los consejos provinciales el dar gracias al senado por el buen gobierno de los vicepretores ó procónsules, y que ninguno se atreviese á venir con semejantes embajadas. En este mismo consulado cayó

un rayo en el Gimnasio, que era el lugar donde se hacían los ejercicios de las luchas, y abrasándose todo, se derritió la estatua de bronce de Nerón que estaba en él, hasta quedar en un pedazo de metal sin forma ni figura alguna. En Campania, la famosa ciudad de Pompeya fué en gran parte arruinada de un terremoto. Y habiendo muerto Lelia, virgen vestal, se recibió en su lugar Cornelia, de la familia de los Cosos.

Siendo cónsules Memmio Regulo y Virginio Rufo, tuvo Nerón una alegría extraordinaria, por causa de una hija que le nació de Popea, á quien llamó Augusta, dando también á su madre el mismo sobrenombre. Fué el parto en la colonia de Ancio, donde él también había nacido. Ya de antes había el senado encomendado á los dioses la preñez de Popea, y hecho públicos votos, que se cumplieron y multiplicaron con el parto, añadiendo procesiones y rogativas, y por decreto un templo á la Fecundidad, y un torneo á ejemplo de la religión de Atenas (1): que se pusiesen en el trono de Júpiter Capitolino las estatuas de oro de las Fortunas: que así como en Bovile se hacían las fiestas circenses en honra de la familia Julia, así también se celebrasen en Ancio en honor de la Claudia y de la Domicia: que fueron todas cosas de poca dura, muriendo como murió la niña antes de cumplir los cuatro meses. Nacieron otra vez de aquí nuevas adulaciones, decretándole honores divinos, altar, simulacro, templo y sacerdotes. Nerón, así como se mostró extremado en el contento, asimismo lo fué en la muestra de dolor. Notóse que habiendo ido á Ancio todo el senado á regocijarse con el príncipe por el nacimiento de su hija,

---

(1) Léase en vez de Atenas, Accio. El autor alude en este pasaje á la ciudad de Nicópolis, edificada por Augusto en memoria de la batalla de Accio, y á los juegos quinquenales instituídos en dicha ciudad en honor de Apolo. La palabra *torneo* que usa aquí el traductor, no es, como comprenderán nuestros lectores, la más propia. A cada cosa su nombre.

sólo se le prohibió á Trasea, y que recibió él aquella afrenta con ánimo entero y sosegado, aunque la conoció bien y la tomó por verdadero anuncio de la muerte que ya se le acercaba: aunque se dijo después que César se había alabado con Séneca de haberse reconciliado con Trasea, y que Séneca le había dado las gracias por ello: tal, que á los hombres ilustres y señalados en la república les venía de una misma causa el peligro y la reputación.

Entretanto, al principio de la primavera llegaron á Roma los embajadores de los Partos con las comisiones de Vologeso, y cartas en la misma sustancia, donde decía: «que dejaba ahora el Rey de tratar de las cosas dichas y alegadas otras veces sobre la posesión de Armenia; pues que los dioses, como soberanos y absolutos jueces de todas las naciones, por poderosas que fuesen, habían puesto en posesión de ella á los Partos, no sin ignominia del pueblo romano. Que poco antes habían tenido encerrado á Tigranes, y después pudiendo oprimir á Peto con las legiones, las había dejado ir libres y salvas; dando á un mismo tiempo bastantes muestras de su poder y de su blandura y mansedumbre. Que Tiridates no rehusara el venir á tomar la corona á Roma si no le detuviera la religión del sacerdocio que administraba. Mas que con todo eso iría á las insignias y estatuas del príncipe, donde en presencia de las legiones tomaría la investidura y administración del reino.»

Oídas estas cartas de Vologeso, porque Peto había escrito diferentemente, como si las cosas estuvieran en buen estado, se preguntó al centurión que había venido con los embajadores «en el término que quedaba lo de Armenia. Respondió que habían salido de ella todos los Romanos». Entendido entonces el menosprecio y escarnio con que aquellos bárbaros pedían lo que habían ya usurpado, juntando Nerón á consejo los principales de la ciudad, sobre cuál era mejor, la guerra con peligro ó la paz con deshonra, se resolvió la guerra; y porque no se errase segunda vez por

causa de la poca experiencia de otro alguno, arrepentido César de haber enviado á Peto, hizo dueño de todo á Corbulón, como tan ejercitado y práctico en aquella milicia y contra aquellos mismos enemigos. Los embajadores fueron despachados sin resolución, aunque no sin muchos dones, para alimentar las esperanzas de los Partos, y darles á entender que si Tiridates venía en persona á pedir las mismas cosas no sería en vano su venida. El gobierno de Siria se dió á Cincio y el cargo de la gente de guerra á Corbulón, añadiéndole la legión quinta de Panonia, gobernada por Mario Celso. Escribióse á los tetrarcas, á los reyes, á los prefectos, procuradores y pretores de las provincias comarcanas que obedeciesen las órdenes de Corbulón, con autoridad casi tan ancha como dió el pueblo romano á Gneo Pompeyo en la guerra que emprendió contra los cosarios. Vuelto Peto á Roma, aunque con temor de más grave castigo, se contentó César con hacer burla de él diciéndole por vía de donaire: «que teniéndole por hombre que se espantaba presto, se resolvía en perdonarle de golpe porque el temor no le causase más larga y congojosa enfermedad.»

Corbulón, enviadas á Siria las legiones cuarta y duodécima, á las cuales, por haber perdido la mejor gente y estar los demás amedrentados, juzgaba por poco aptas para las acciones militares, llevó en su lugar á Armenia á la sexta y á la tercera, llenas de buenos soldados y ejercitadas en continuos y prósperos trabajos: añadida la quinta, que por estar en Ponto no se halló en la rota, y con ella la quincena, que poco antes trajo Mario Celso. Las banderas levantadas en el Ilírico y en Egipto, y todas las alas de caballos, infantería de cohortes confederados y socorros de los reyes, de toda esta gente se hizo la masa en Meliteno (1), por

(1) Ciudad de Capadocia, hoy Malatié. Meliteno, dice Burnouf, no era á la sazón más que un campamento romano.

donde se hacía cuenta de pasar el Eufrates. Tomada allí la muestra y purificado el ejército conforme á los ritos de la patria, lo llamó á parlamento; en el cual, habiendo con mucha gravedad (que en aquel hombre militar servía de elocuencia) engrandecido de los principios de su generalato las cosas hechas por él, sin tocar en el mal gobierno de Peto, comenzó á marchar por el mismo camino que antiguamente había llevado Lucio Lúculo, haciendo abrir lo que había vuelto á cerrar el discurso del tiempo. No rehusó entretanto de oir á los embajadores de Tiridates y Vologeso, que habían venido á tratar la paz; y envió con ellos después algunos centuriones con comisiones harto moderadas: «que aun no estaban las cosas en tal término que fuese necesario llegar á la última prueba de las armas: que habían tenido los Romanos muchos sucesos prósperos, y algunos los Partos; documento provechosísimo para no ensoberbecerse: que le convenía por esto á Tiridates recibir el reino antes de verle destruído y arruinado con las guerras; y que Vologeso haría más por la nación de los Partos con la amistad romana, que con los daños que forzosamente habría de haber de una parte y otra: que sabía muy bien el mismo Vologeso cuántas y cuáles eran las discordias intestinas que había en su reino, y cuán indómitas y feroces eran las naciones que señoreaba; donde, en contrario, gozaba su emperador de una segura y universal paz, sin tener otra guerra que aquélla.» Á estos consejos añadió al mismo tiempo el terror de las armas, asaltando á los pueblos armenios llamados Megistanos, que fueron los primeros que se nos rebelaron, echándoles de la tierra, derribando sus castillos y amedrentando igualmente á los llanos y á los montes, á los valerosos y á los viles.

No escuchaban con disgusto aquellos bárbaros el nombre de Corbulón, ni les era odioso como de enemigo; antes tenían á sus consejos por sanos y por fieles. Y así, Vologeso, sin mostrarse obstinado en el punto principal, pide tre-

guas por algunos gobiernos fronterizos, y Tiridates lugar y día señalado para llegar á vistas. Señalóse un tiempo breve; y escogiendo los bárbaros el puesto donde poco antes habían tenido sitiado á Peto con sus legiones, por memoria de su felicidad, no le rehusó Corbulón, por aumentar su gloria con la desigualdad de las fortunas: fuera de que no se le daba mucho por la infamia de Peto, como principalmente se echó de ver mandando, como mandó, á su hijo el tribuno que llevase los manípulos á hacer enterrar las reliquias de aquella infelice batalla. Al día diputado, Tiberio Alejandro, ilustre caballero romano, dado á Corbulón por ministro y consejero en aquella guerra, y Bibiano Annio, yerno de Corbulón, no aún en edad de poder ser senador y vicelegado de la legión quinta, fueron al campo de Tiridates para hacerle esta honra, y asegurarle de todo engaño con tan buenas prendas. Tras esto, cada uno con veinte de á caballo llegaron al lugar de las vistas. En viéndose los dos, fué el rey el primero á saltar del caballo, haciendo luego lo propio Corbulón, y ambos, así á pie como estaban, se dieron y entrelazaron las manos.

Tras esto alaba el romano al joven Tiridates el haber dejado los consejos precipitosos, siguiendo los seguros y saludables. El Parto, después de haber hablado muy largo de su nobleza, trata de las demás cosas modestamente, diciendo: «Que iría á Roma, y llevaría una honra nueva á César; pues lo era ver á uno del linaje Arsacido en su presencia con humildes ruegos, y esto en tiempo que los Partos no padecían adversidad.» Resolvióse entonces que Tiridates dejase las insignias reales, y que las pusiese á los pies de la estátua de César y no las volviese á tomar sino de mano de Nerón. Con esto se despidieron dándose el beso de paz. De allí á pocos días se juntaron los dos ejércitos con gran pompa y ostentación. Veíase de aquella parte la caballería repartida en tropas, cada una con las insignias de su nación; y de ésta los escuadrones de las legiones romanas

con sus águilas resplandecientes, y con las banderas y simulacros de dioses, con que formaban una cierta manera de templo. Estaba en medio del tribunal la silla curul que sustentaba la estátua de Nerón: á la cual, llegándose Tiridates, después de haber sacrificado algunas víctimas, quitándose la corona de la cabeza, la puso á los pies de la imagen con gran conmoción de ánimo de todos los circunstantes, que, acordándose del reciente estrago y peligroso cerco de los ejércitos romanos, veían ahora, trocada la fortuna, hacerse Tiridates espectáculo del mundo, yendo á Roma poco menos que cautivo.

Añadió á su gloria Corbulón la cortesía con que le recibió y un famoso banquete que le hizo. Y cuando el Rey preguntaba á Corbulón la razón por que se hacían muchas cosas nuevas para él, como el avisar el centurión al general siempre que se mudaban las postas, despedir el banquete con són de trompetas, y el pegar fuego él mismo á la leña que estaba aparejada delante del augural con una hacha encendida, engrandeciéndoselo todo mucho más de lo que era, le aumentaba la admiración de aquellas antiguas costumbres. El día siguiente pidió Tiridades á Corbulón que le diese tiempo bastante para poder ir á visitar á su madre y hermanos. Y concediéndoselo, dejó á una hija suya en rehenes y cartas muy humildes para Nerón.

Y partido de allí, halló á Pacoro en Media y á Vologeso en Ecbatana (1), con tanto cuidado de su hermano, que con embajadores expresos había enviado á pedir á Corbulón «que no sufriese que Tiridates llevase alguna apariencia de

(1) Capital de la Media, situada al pie del monte Orontes (Elbend), y al Sudoeste del mar Caspio. Según los historiadores griegos, fué fundada por Dejoces en 705, y reedificada ó engrandecida por Seleuco, bajo cuyos descendientes, que la despojaron de todas sus riquezas y destruyeron sus principales monumentos, comenzó su decadencia y ruina. Créese que estaba situada en el sitio que ocupa hoy Hamadán, ciudad importante del Irak-Adjemí.

servidumbre; que no le hiciesen dejar las armas cuando entrase á hablar con algún magistrado, ni le vedasen el abrazar á los gobernadores de provincias; que no le difiriesen las audiencias, haciéndole aguardar á sus puertas, y finalmente, que en Roma se le hiciese tanta honra como á uno de los cónsules.» Hizo Vologeso esta diligencia, como persona que acostumbrado á la soberbia extranjera, no estaba informado de nuestro modo de proceder; pues dejando aparte todo aquello que no trae consigo más que vanidad, no hacemos caso ni estimamos otra cosa que la gloria y derecho del mandar.

Este año mismo concedió César á las naciones de los Alpes marítimos que gozasen de los privilegios y derechos que gozaban los Latinos. Y en el Circo mandó poner los lugares y asientos para los caballeros romanos delante del de los plebeyos, porque hasta aquel día habían estado indistintos y confusos, no habiendo la ley Rosia (1) proveído á más que hasta catorce órdenes del teatro. Hiciéronse este año mismo los juegos de gladiatores con la misma grandeza que los pasados, no avergonzándose algunas mujeres ilustres y muchos senadores de comparecer en aquel cercado.

Hechos cónsules Cayo Lecanio y Marco Licinio, no pudiendo Nerón refrenar más el ardentísimo deseo que tenía

(1) Se trata aquí del Circo hasta el tiempo de Augusto. El senado, caballeros y plebe tenían en este espectáculo interpolados los asientos y sin orden. Las leyes Rosia y Julia teatrales sólo habían dado orden en cuanto á la escena, pero no en cuanto á los juegos curules, aunque en éstos se guardó siempre la costumbre antigua, acaso por causa de religión, por no enajenar la plebe. Finalmente, Augusto, siendo cónsules Cornelio Cina y Valerio Mesala á los 763 de la fundación de Roma, mandó que el senado y los caballeros estuviesen separados; pero sin señalarles lugar determinado, de suerte que ya se ponían en una parte, ya en otra; hasta que por evitar la confusión el emperador Claudio asignó al senado lugar fijo, y Nerón á los caballeros..... Después de haberse hecho esta división, era permitido á los senadores concurrir á estos espectáculos, pero con vestido particular.—*N. de la E. E.*

de hacerse ver en los tablados públicos, habiendo ya cantado en casas, en jardines y en los juegos juveniles, menospreciaba estos lugares como poco frecuentados, y estrechos para el concurso que merecía tan excelente voz, y teniendo todavía un no sé qué de empacho de comenzar en Roma, escogió á Nápoles, como á ciudad griega, para que pasando de allí en Acaya, y ganadas las insignes coronas del canto, tenidas antiguamente por sagradas, pudiese después de haber adquirido mayor fama incitar á hacer lo mismo á los ciudadanos de Roma. Y así, habiéndose juntado el pueblo de aquella ciudad y los que de las colonias y municipios vecinos había llamado la fama de tan gran fiesta, junto con los que le seguían, ó por honrarle ó por otros negocios, y finalmente, los manípulos enteros de soldados, hinchen el teatro de Nápoles.

Acaeció allí un caso, á juicio de muchos de mal agüero, aunque al de Nerón muy venturoso, y sucedido por providencia divina; porque en saliendo el pueblo del teatro, vino al suelo todo aquel edificio sin hacer daño alguno. Por lo cual Nerón, componiendo canciones á este propósito, dió gracias á los dioses, celebrando la buena fortuna de aquel acaecimiento. Y después, encaminándose para pasar el mar Adriático, se entretuvo en Benevento, donde Vatinio celebraba una solemnísima fiesta de gladiatores. Era Vatinio uno de los sucios monstruos de aquella corte: su origen fué ser aprendiz y hechura de un zapatero, su cuerpo torcido y contrahecho, y sus donaires viles y abufonados. Al principio fué recibido en palacio para injuriar y morder á todos con sus gracias maliciosas, y después llegó á poder y valer tanto por el camino de acusar y malsinar á todo hombre de bien, que en privanza con el príncipe, en riquezas y en autoridad para hacer mal se la ganaba aun á los más perversos de aquella escuela.

Hallándose, pues, Nerón en las fiestas que le hacía Vatinio, ni aun entre los deleites y pasatiempos cesaba de co-

meter maldades; que hasta en aquellos mismos días fué constreñido Torcuato Silano á quitarse la vida; porque á más del esplendor de la familia Junia, tuvo al divo Augusto por rebisabuelo. Mandóse á los acusadores que le imputasen que daba y hacía mercedes con prodigalidad, y que fundaba sus esperanzas en novedades; en cuya prueba tenía ya cerca de sí personas nobles con títulos de cancilleres, secretarios, contadores, nombres de designios y pensamientos que aspiran á la suma grandeza. Fueron luego presos y encarcelados también sus libertos más favorecidos. Y viendo ya cercana Torcuato su condenación, se abrió las venas de los brazos, diciendo Nerón después de sabida su muerte, como lo tenía de costumbre, «que aunque Torcuato estaba tan culpado, cuanto justamente había desconfiado de sus defensas, lo hubiera vencido todo si aguardara la sentencia del juez».

No mucho después, diferida la ida de Acaya, sin que se supiese la causa de ella, volvió á Roma, teniendo en secreto algún pensamiento de visitar las provincias de Oriente, y en particular á Egipto. Y después, habiendo asegurado al pueblo por un edicto que no sería larga su ausencia, y que por su medio gozaría la república de allí adelante de mayor quietud y felicidad, subió al Capitolio, y por la prosperidad de este viaje adoró allí á los dioses. Y como entrase también en el templo de Vesta, sobreviniéndole repentinamente un temblor en todos los miembros, ó porque se espantó de aquella deidad, ó porque nunca le dejase estar libre de temor la memoria de sus maldades, dejó la empresa comenzada; diciendo muchas veces después, «que no había cuidado ni deseo que pudiese con él tanto como el amor de la patria: que había visto la tristeza que mostraban en sus rostros los ciudadanos; y oído las secretas quejas de que hubiese de hacer tan largo viaje aquel cuyas cortas ausencias sufrían aún con dificultad, estando, como estaban, acostumbrados á recrearse en sus adversidades fortuitas

con sola la vista del príncipe; y que así como en las casas y linajes particulares se suelen estimar más los parientes más cercanos en sangre, así tenía para con él más fuerza y autoridad el pueblo romano, y se hallaba obligado á obedecerle siempre que gustase de tenerle consigo.» Oía el vulgo estas ó semejantes cosas de buena gana, como amigo de deleites y pasatiempos, y temiendo (como quiera que éste era su mayor cuidado) alguna gran carestía en los mantenimientos con la ausencia del príncipe. El senado y los principales de la ciudad no se determinaban en dónde se mostraría más fiero y cruel para con ellos, ausente ó presente. Y á la postre, tal es la naturaleza y calidad de los grandes temores, temían á lo que sucedía por lo peor que les podia suceder.

Él, pues, para ganar crédito de que en ninguna parte estaba tan alegre y con tanto gusto como en Roma, hacía banquetes en los lugares públicos, y se servía de toda la ciudad como de su propia casa. Referiré aquí uno de sus más celebrados y espléndidos banquetes que hizo aparejar por Tigelino, lleno de mil viciosas superfluidades y abominables lujurias, el cual nos podrá servir de ejemplo para excusarnos de contar muchas veces semejantes prodigalidades. Hizo, pues, fabricar en el estanque de Agripa una grande y capacísima balsa de vigas, sobre cuya plaza se hiciese el banquete, y ella fuese remolcada por bajeles de remo. Eran estos bajeles barreados de oro y marfil, de encaje, y los remeros mozos deshonestos y lascivos, compuestos y repartidos según su edad y abominables cursos de lujuria. Había hecho traer aves y fieras de diferentes tierras, y peces hasta del mar Océano. A las orillas y puntas del estanque había burdeles llenos de mujeres ilustres, y por otra parte se veían públicas rameras desnudas y haciendo gestos y movimientos deshonestos: y llegada la noche, el bosque, las casas y cuanto había alrededor del lago comenzó á resonar y á responder con ecos de infinitas

músicas y voces, resplandeciendo todo con hachas; y el mismo Nerón, discurriendo aquellos días y revolcándose á sus anchuras por todo género de vicio y sensualidad natural y contra natura, no le faltó otra cosa por cometer para calificarse por el más abominable de todos los hombres, que la que hizo pocos días después casándose públicamente en calidad de mujer con uno de aquel nefando rebaño, llamado Pitágoras, y usando de todas las solemnidades y ceremonias que se suelen hacer en los casamientos. En éste se le puso al Emperador el velo llamado flameo (1): viéronse los agoreros auspices, señalóse dote á la novia, aparejóse la cama á los desposados, encendiéronse las hachas con los ritos que se acostumbran en las bodas, y juntamente se vió en él todo aquello que hasta en los casados verdaderos suele encubrir la noche.

Siguióse después en la ciudad un estrago, no se sabe hasta ahora si por desgracia ó por maldad del príncipe, porque los autores lo cuentan de entrambas maneras (2), el más grave y el más atroz de cuantos han sucedido en Roma por violencia de fuego. Salió de aquella parte del Circo que está pegada á los montes Palatino y Celio, donde comenzó á prender en las tiendas en que se venden aquellas cosas capaces de alimentarle. Hízose con esto tan fuerte y poderoso, que con mayor presteza que el viento que le ayudaba, arrebató todo lo largo del Circo: porque no había allí casas con reparos contra este elemento, ni templos cercados de murallas, ni espacios del cielo abierto que se opusiesen al ímpetu de las llamas; las cuales, discurriendo

(1) Velo nupcial que llevaban las mujeres romanas el día de su casamiento. Era de color amarillo obscuro y brillante como la llama, de cuya circunstancia traía su nombre, y de dimensiones bastante grandes para cubrir toda la persona desde la cabeza á los pies.—LUCAN., II, v. 361.

(2) Tácito refiere con cierta desconfianza la opinión que atribuía al Emperador el incendio de Roma. Suetonio es más explícito, y Dión Casio lo da como cosa cierta. Á pesar de todo, sin embargo, el hecho es dudoso.

por varias partes, abrasaron primero las casas puestas en lo llano, y subieron después á los altos, y de nuevo se dejaron caer á lo bajo con tanta furia, que del todo prevenía su velocidad á los remedios que se le aplicaban. Ayudóle al fuego el ser la ciudad en aquel tiempo de calles muy angostas y torcidas á una parte y á otra, todo sin orden ni medida, cual fué el antiguo edificio de la vieja Roma. Á más de esto, las voces confusas de las mujeres medrosas, de los viejos y niños, y de los que, temerosos de su peligro ó del ajeno, éstos se apresuran para librar del incendio á los débiles y aquéllos se detienen para ser librados, lo impiden y embarazan todo; y muchas veces, volviéndose unos y otros á mirar si les seguía el fuego por las espaldas, eran acometidos de él por los lados ó por el frente. Y cuando pensaban ya estar en salvo con retirarse á los barrios vecinos, á quien antes habían juzgado por seguros, los hallaban sujetos al mismo trabajo. Al fin, ignorando igualmente lo que habían de huir y lo que habían de buscar, hinchían las calles y se echaban por aquellos campos. Algunos, perdidos todos sus bienes y hasta el triste sustento de cada día, y otros por el dolor que les causaba el no haber podido librar de aquel furor á sus caras prendas, se dejaban alcanzar de las hambrientas llamas voluntariamente. Ninguno se atrevía á remediar el fuego, habiendo por todas partes muchos que, no sólo prohibían con amenazas el apagarle, pero arrojaban públicamente tizones y otras cosas encendidas sobre las casas, diciendo á voces que no hacía aquello sin orden; ó que fuese ello así, ó que lo hiciesen para poder robar con mayor libertad.

Hallábase Nerón entonces en Ancio, y no volvió á la ciudad hasta que supo que el fuego se acercaba á sus casas por la parte que se juntaban con palacio y con los huertos de Mecenas (1); y con todo eso no fué posible librar del incen-

---

(1) Estos huertos de Mecenas estaban en el monte Esquilino,

dio al mismo palacio, á las casas, y á todo cuanto estaba alrededor. Mas él, para dar algún alivio al pueblo turbado y fugitivo, hizo abrir el campo Marcio, las memorias de Agripa, y sus propios huertos, y fabricar de presto en ellos muchas casas donde se recogiese la pobre muchedumbre. Trajéronse de Ostia y de las tierras cercanas muebles y alhajas de casa, y bajó el precio del trigo hasta tres nummos. Todo lo cual, aunque provechoso y deseado del pueblo, le era con todo eso muy poco acepto, por haberse divulgado por toda la ciudad y corrido voz de que en el mismo tiempo que se estaba abrasando Roma, había subido Nerón en un tablado que tenía en su casa, y cantado en él el incendio y destrucción de Troya, comparando los males presentes con aquellas antiguas calamidades.

Al cabo de seis días tuvo fin el fuego en la parte más baja del monte Esquilino, habiéndose hecho derribar por largo trecho las casas y otros edificios, para que la violencia de las llamas se parase en aquel espacio de campo vacío y descubierto. No había aún cesado el temor, cuando volvió á encenderse otra vez el fuego, aunque más levemente y en lugares los más desavahados de la ciudad, que fué causa de que pereciese menos gente; pero quien padeció más fueron los templos de los dioses, las galerías, lonjas y soportales fabricados para el recreo y deleite de los ciudadanos. Fué este incendio más infame que el primero, habiendo salido su violencia de las casas y huertos de Tigelino, que estaba en el arrabal Emiliano; creyéndose que Nerón deseaba ganar para sí la honra de edificar otra nueva ciudad, y llamarla de su nombre (1). Dividíase la ciudad de Roma en catorce regiones; de las cuales, solas cuatro que-

---

y en donde edificó Nerón una casa por dos veces, y llegaba hasta el principio del monte Esquilino, como dice Suetonio: *Domum a palatio Esquilias usque fecit*, etc.—*N. de la E. E.*

(1) Según Suetonio, la pensaba llamar Neropoli.—*Nota del T. E.*

daron enteras, tres asoladas del todo, y en las otras siete poquísimas casas, y esas sin techos y medio abrasadas.

No se puede decir con certidumbre el número de las casas, de los barrios aislados y templos que perecieron; mas es cosa cierta que de antiquísima religión se abrasaron: los que Servio Tulio dedicó á la Luna; el templo grande y altar que Evandro de Arcadia consagró á Hércules vivo y presente entonces; el templo de Júpiter Estator, hecho por voto de Rómulo; el palacio de Numa y el templo de Vesta, con los propios dioses penates del pueblo romano. Quemáronse también las riquezas ganadas con tantas victorias, las obras admirables de los Griegos, las memorias antiguas y trabajos insignes de aquellos buenos ingenios, y otras cosas semejantes conservadas hasta allí sanas y enteras, á muchas de las cuales lloraban los más viejos como incapaces de remedio, aun después de haber visto la grandeza con que Roma volvió á resucitar. Notaban algunos que este incendio comenzó el día de los diez y nueve de Julio, en el cual, muchos años antes, los Galos Senones tomaron y quemaron á Roma; otros más curiosos contaban tanto número de años como de meses y días entre el un incendio y el otro.

Mas Nerón, sirviéndose de las ruinas de la patria, fabricó una casa, en que no se admiraban tanto las piedras preciosas y el oro, cosas muy usadas ya de antes y hechas comunes por la gran prodigalidad y vicio de Roma, cuanto las campañas, los estanques, y como en forma de desiertos de una parte bosques, y de otra espacios de tierra descubiertos apaciblemente á la vista; siendo los trazadores y arquitectos de estas obras Severo y Celere, hombres de tal ingenio y de tan gran atrevimiento, que emprendían el dar con su arte lo que había ganado la misma naturaleza, y burlarse del poder y fuerzas del príncipe. Estos habían ofrecido el abrir un foso navegable desde el lago Averno hasta las bocas del Tiber, trayéndole por la seca costa, ó

al través de los montes, sin que en todo aquello hubiese otra humedad capaz de producir las aguas necesarias para ello, sino las lagunas Pontinas, siendo todo lo demás tierra seca, despeñaderos tan grandes, que cuando se pudiera romper por ellos, fuera el trabajo insufrible y el provecho ninguno. Mas con todo eso Nerón, como deseoso que era de cosas imposibles, insistió en hacer cortar las cumbres de aquellos montes vecinos al lago Averno; y aun hoy en día quedan los vestigios de aquellas sus vanas esperanzas.

Pero las casas abrasadas del fuego no se reedificaron sin distinción y acaso, como se hizo después del incendio de los Galos, antes se midieron y partieron por nivel las calles, dejándolas anchas y desavahadas, tasando la altura que habían de tener los edificios, ensanchando el circuito de los barrios y añadiéndoles galerías ó soportales que guardasen el frente de los aislados. Estas galerías prometió Nerón que fabricaría á su costa, y que entregaría á los dueños los solares limpios y desembarazados, y señaló premios, conforme á la calidad y hacienda de los que edificaban, con tal que se acabasen las casas y aislados dentro del término establecido por él. Mandó que las calcinadas y despojos de aquellas ruinas se echasen en las lagunas de Ostia, y que lo cargasen y llevasen allá los navíos que habían subido por el Tíber cargados de trigo. Ordenó también que en ciertas partes se hiciesen los edificios sin trabazón de vigas y otros enmaderamentos, rematándolos con bóvedas hechas de piedra de Gabi y de Alba, las cuales resisten valerosamente al fuego. Y para que el agua de las fuentes, que hasta allí se divertía mucha parte de ella en uso de particulares, pudiese abundar más en beneficio público, puso guardias para que pudiesen todos tener más á la mano la ocasión de reprimir el fuego en semejantes desgracias. Mandó también que cada casa se fabricase con paredes distintas y propias, y no en común con las del vecino. Todas estas cosas hechas por el útil, ocasionaron también grande hermosura

á la nueva ciudad; aunque creyeron muchos que la forma antigua era más sana, respecto á que la estructura de las calles y altura de los tejados servía de defensa contra los rayos del sol: donde ahora, al ser las calles tan anchas y descubiertas, y á esta causa privadas de sombra, ocasiona más ardientes calores.

Hechas estas diligencias humanas, se acudió á las divinas con deseo de aplacar la ira de los dioses y purgarse del pecado que había sido causa de tan gran desdicha. Viéronse sobre esto los libros Sibilinos, por cuyo consejo se hicieron procesiones á Vulcano, á Ceres y á Proserpina, y las matronas aplacaron con sacrificios á Juno, primero en el Capitolio y después en el mar cercano á la ciudad, y sacando de él agua, rociaron el templo y el simulacro de la diosa: las mujeres casadas, tendidas por devoción en el suelo del templo, velaron toda la noche. Mas ni con socorros humanos, donativos y liberalidades del príncipe, ni con las diligencias que se hacían para aplacar la ira de los dioses era posible borrar la infamia de la opinión que se tenía de que el incendio había sido voluntario. Y así, Nerón, para divertir esta voz y descargarse, dió por culpados de él, y comenzó á castigar con exquisitos géneros de tormentos á unos hombres aborrecidos del vulgo por sus excesos, llamados comunmente cristianos. El autor de este nombre fué Cristo, el cual, imperando Tiberio, había sido justiciado por orden de Poncio Pilato, procurador de la Judea: y aunque por entonces se reprimió algún tanto aquella perniciosa superstición, tornaba otra vez á reverdecer, no solamente en Judea, origen de este mal, pero también en Roma, donde llegan y se celebran todas las cosas atroces y vergonzosas que hay en las demás partes. Fueron, pues, castigados al principio los que profesaban públicamente esta religión, y después, por indicios de aquéllos, una multitud infinita, no tanto por el delito del incendio que se les imputaba, como por haberles convencido de general aborrecimiento

á la humana generación (1). Añadióse á la justicia que se hizo de éstos, la burla y escarnio con que se les daba la muerte. Á unos vestían de pellejos de fieras, para que de esta manera los despedazasen los perros; á otros ponían en cruces; á otros echaban sobre grandes rimeros de leña, á quien, en faltando el día, pegaban fuego, para que ardiendo con ellos sirviesen de alumbrar en las tinieblas de la noche. Había Nerón diputado para este espectáculo sus huertos, y él celebraba las fiestas Circenses: y allí, en hábito de cochero, se mezclaba unas veces con el vulgo á mirar el regocijo, otras se ponía á guiar su coche, como acostumbraba. Y así, aunque culpables éstos y merecedores del último suplicio, movían con todo eso á compasión y lástima grande, como personas á quien se quitaba tan miserablemente la vida, no por provecho público, sino para satisfacer á la crueldad de uno solo.

En tanto, para sacar dineros fué necesario saquear á Italia, arruinar las provincias y pueblos confederados, y las ciudades llamadas libres. Entraron también los dioses en el número de esta presa, despojándose en Roma los templos y sacando de ellos todo el oro que por triunfos y por votos se había ofrecido y consagrado en todas las edades del pueblo romano por prosperidad ó por miedo; y en Asia y en Acaya, no sólo se arrebataban de los templos los dones ofrecidos á los dioses, sino hasta sus mismas estatuas, habiendo enviado á estas provincias á un liberto de César llamado Acrato, y á Secundo Carinate; Acrato, hombre acomodado y pronto para cualquier maldad; y Carinate, docto en las letras griegas, aunque sólo en la lengua, sin

(1) El original dice: *haud perinde in crimine incendii quam odio* humani generis *convicti sunt*. Ignoramos qué motivo pudo tener nuestro Coloma en traducir el *odio humani generis*, por aborrecimiento á la humana generación, en vez de *por aborrecimiento al género humano*, que además de ser la versión más natural y ajustada al texto, no da lugar á dudosas interpretaciones.

vestir el ánimo de las buenas artes á que endereza aquella doctrina. Díjose que Séneca, por librarse de la infamia y cargo que se le hacía de este sacrilegio, pidió licencia para retirarse á una heredad suya bien apartada, y que negándosela, fingiéndose enfermo de la gota, no salió más de su aposento. Otros han escrito que por orden de Nerón le preparó el veneno un liberto del mismo Séneca, llamado Cleonico, y que le evitó por aviso del mismo liberto ó por su propio temor, á causa de haber dado en hacer una vida sencillísima, no comiendo otra cosa que frutas silvestres, ni bebiendo sino cuando le apretaba la sed, y agua de fuente á quien él mismo viese correr.

Por este mismo tiempo, tentando de escaparse los gladiatores que estaban en la villa de Preneste, fueron detenidos por la guarnición que los guardaba; y comenzándose á alborotar ya el pueblo, cuya naturaleza es desear novedades y juntamente temerlas, refería en sus corrillos y conversaciones los males que causó Spartaco, y otras calamidades antiguas de este género. Poco después llegó nueva de un naufragio que padeció la armada, no por ocasión de guerra (porque nunca se gozó de tan firme y segura paz), sino porque Nerón, no exceptuando los casos fortuitos del mar, había señalado el día en que forzosamente había de hallarse de vuelta en Campania; á cuya causa, los que la gobernaban, no obstante que el golfo estaba alborotado, se resuelven en partir de Formi, y sobreviniendo con gran furor un viento del Mediodía, travesía de aquella costa, mientras hacen fuerza por doblar el cabo de Miseno, arrojados á la playa de Cumas, dieron en tierra, perdiéndose muchas galeras y otros navíos menores.

Á la fin del año se divulgaron muchos prodigios que fueron anuncios de los males que se aparejaban. Una violencia de rayos la más frecuente que jamás se vió. Mostróse un cometa, cuya siniestra interpretación procuró Nerón purgarla, como otras veces, con sangre de hombres ilustres.

Viéronse arrojados en público partes humanas y de animales con dos cabezas; y lo mismo se vió en los sacrificios en que es costumbre que las bestias que se sacrifican sean hembras y estén preñadas. En el territorio de Plasencia, junto al camino, nació un becerro que tenía la cabeza en una pierna. Interpretaron luego los adivinos arúspices que se aparejaba otra cabeza para el imperio del mundo; mas que no sería poderosa, ni vendría secreta; lo primero porque el monstruo había sido reprimido en el vientre de su madre, y lo segundo porque había nacido junto al camino.

Entrados después de esto en su consulado Silio Nerva (1) y Atico Vestino, comenzó y se aumentó juntamente una conjuración contra el príncipe en que á porfía se escribían senadores, caballeros, soldados y hasta mujeres; tanto por aborrecimiento contra Nerón, como por la voluntad y amor que tenían todos á Cayo Pisón. Éste, descendiente del linaje de los Calpurnios, y abrazando con la nobleza paterna muchas familias principales, gozaba para con el vulgo de esclarecida fama por sus virtudes verdaderas ó aparentes; porque él ejercitaba su elocuencia en defender causas de ciudadanos, daba con liberalidad á sus amigos, y era apacible en la conversación y en el trato hasta con los que no conocía. Tenía también grandes dones naturales, gentileza de cuerpo y hermosura de rostro; mas estaba muy lejos de poseer gravedad de costumbres y de saberse ir á la mano de los deleites y pasatiempos; dándose demasiadamente al regalo y magnificencia, y algunas veces al vicio deshonesto. Eran con todo eso agradables estas cosas á muchos, especialmente á los que en tiempos tan relajados temían un gobierno apretado y demasiado severo.

No fué motivo de Pisón ni deseo que tuviese de reinar el dar principio á la conjuración, ni sería fácil hallar el

(1) De los fastos y lápidas consta que éste se llamaba *Silano Nerva.—N. de la E. E.*

autor de una cosa de que se encargaron tantos: la constancia que tuvieron hasta la postre mostró que Subrio Flavio, tribuno de una cohorte pretoria, y Sulpicio Aspro, centurión, fueron los que se mostraron más prontos; y Lucano Aneo y Plaucio Laterano, nombrado para cónsul, trajeron consigo al trato más vivos y crueles aborrecimientos contra Nerón. Lucano, encendido de causas suyas particulares, porque impedía Nerón la fama de sus versos (1), vedándole por vana emulación el publicarlos; y Laterano, sin mostrar queja de alguna injuria, sino sólo por el bien de la patria. Mas Flavio Cevino y Africano Quinciano, entrambos senadores, se encargaron de dar principio á tan gran hazaña, muy contra la opinión en que generalmente eran tenidos. Porque Cevino, como hombre de ánimo remiso y para poco, rendido del todo á sus deleites, vivía una vida floja y soñolienta; y Quinciano, infamado de haber usado mal de su cuerpo, reprendido de ello por Nerón con ciertos versos llenos de oprobio y vituperios, iba con esta ocasión procurando su propia venganza.

Estos, pues, mientras discurren entre sí y con otros amigos de las maldades del príncipe, de la cercana ruina del imperio, y que convenía elegir otro que amparase el Estado y le defendiese de tan eminente peligro, agregaron al número de los conjurados á Tulio Seneción, Cervario Proculo, Vulcacio Ararico, Julio Tugurino, Munacio Grato, Antonio Natal y Marcio Festo, caballeros romanos; de los cuales Seneción, á causa de la estrecha familiaridad que había tenido con el príncipe, por quedarle todavía una

---

(1) No obstante, después de su muerte permitió que se publicasen y leyesen, como parece indicarlo la siguiente inscripción:

M. ÆNNÆO LUCANO
CORDUBENSI POETÆ
BENEFICIO NERONIS
FAMA SERVATA.

(*N. de la E. E.*)

cierta apariencia de ella, estaba sujeto á peligros. Natal sabía todos los secretos de Pisón: á los demás movía la esperanza de cosas nuevas. Fuera de esto, Subrio y Sulpicio, de quien traté arriba, trajeron á su opinión otro buen golpe de soldados, es á saber, Granio Silvano y Estacio Proximo, tribuno de las cohortes pretorias, y Máximo Escauro y Veneto Paulo, centuriones; mas el nervio y fuerza principal de esta empresa parecía á todos que consistía en Fenio Rufo, uno de los prefectos del pretorio, el cual, aunque alabado comunmente por su buena vida y fama, se le anteponía en la gracia del príncipe con grandes ventajas Tigelino por su crueldad y vicios sensuales; y no cesaba de revolverle con Nerón y procurar atemorizarle con él, queriéndole persuadir á que, habiendo sido Fenio adúltero de Agripina, la viva memoria que conservaba de ella le incitaba continuamente el ánimo á la venganza. Pues como los conjurados vieron de su parte á uno de los prefectos del pretorio, y por los ordinarios razonamientos que se oían hacer sobre el caso se acabaron de asegurar de que no había fingimiento, comenzaron á tratar con mayor libertad del tiempo y del lugar de la ejecución. Díjose que Subrio Flavio estuvo resuelto en acometer á Nerón cuando cantando en el teatro, ó cuando ardiendo su casa de luminarias y fuegos, iba él sin guardia alguna discurriendo por diversas partes de la ciudad; moviendo su generoso ánimo á lo primero la ocasión de cogerle solo, y á lo segundo la muchedumbre de gente que acudía á la fiesta, á quien deseaba tener por certísimos testigos de su valor: mas que al fin le atajó entrambos caminos el deseo de quedar sin castigo, cosa que suele oponerse muchas veces á grandes y nobles resoluciones.

Entretanto, pues, que los conjurados iban poniendo largas al negocio y fluctuando entre la esperanza y el temor, una cierta mujer llamada Epicaris, la cual no se sabe por qué vía tuvo noticia de este negocio, no habiendo tenido hasta

entonces cuidado alguno de apetecer cosas honestas, incitando al principio y después reprendiendo la larga dilación de los conjurados, á lo último enfadada de tanta flema, y hallándose en la provincia de Campania, imaginó en corromper y llevar á su opinión á los principales de la armada de Miseno, comenzando así á urdir su tela. Había en aquellas galeras un tribuno llamado Volusio Proculo, uno de los ministros que se hallaron en la muerte de Agripina, madre de Nerón, mal satisfecho á su parecer por no haber recibido de él recompensa proporcionada con tan gran maldad. Este, ó conocido antes de la mujer, ó admitido de nuevo á su amistad, mientras le descubre sus grandes méritos y la cortedad de los premios recibidos, añadiendo quejas y mostrando firme propósito de tomar venganza siempre que se le ofreciese comodidad, dió esperanzas á Epicaris de inducirle con facilidad á sus designios y de que traería consigo á otros muchos. Era grande el favor que podía dar la armada para conseguir estos intentos, por ofrecerse en ella muy á menudo grandes ocasiones de ejecutarlos, deleitándose mucho Nerón en pasear aquel pedazo de mar que hay entre Puzol y Miseno. Epicaris, pues, le cuenta todas las maldades del príncipe, y le dice «que aunque el senado cuidaba bastantemente de un negocio de tanto peso, y tenía ya resuelto el modo de hacer pagar á Nerón la pena merecida por la ruina de la república, hacía con todo eso él muy bien en meterse á la parte de aquella empresa, y más si procuraba llevar á su opinión algunos valerosos soldados; y que no dudase de que sacaría digna remuneración por tan gran servicio». Callóle con todo eso los nombres de los conjurados, cosa que hizo desvanecer el aviso de Proculo, aunque refirió á Nerón todo lo que de esta mujer había entendido, porque, llamada Epicaris y careada con él, le confundió con facilidad, faltando testigos con quien comprobar el indicio. Fué con todo eso detenida en la cárcel, creyendo Nerón que no eran del todo falsas aquellas

cosas, aunque no se acababan de probar por verdaderas.

Los conjurados, medrosos de verse descubiertos, determinaron de solicitar lo tratado y de ejecutar la muerte de Neron en Baya y en la quinta de Pisón, de cuyo sitio ameno y deleitoso, prendado extremadamente César, acudía allí muy á menudo, deleitándose en baños y en banquetes, dejando su guardia ordinaria y el acompañamiento y grandeza imperial. Mas no lo consintió Pisón, excusándose «con el vituperio que se le siguiera manchando con la sangre del príncipe, por más malo que fuese, los sacrificios de la mesa y los dioses del hospedaje. Que era mejor matarle en Roma en aquella su casa aborrecible, fabricada con los despojos de los ciudadanos; fuera de que no era bien ejecutar en secreto lo que se emprendía por servicio público.» Esto decía en común á los cómplices; mas interiormente temía que Lucio Silano, varón cuya señalada nobleza y la disciplina de Cayo Casio con quien se había criado le tenían en gran reputación, no usurpase el imperio para sí, ayudado por los que no se hallasen interesados en el trato y por los que se compadeciesen del suceso de Nerón como de hombre muerto alevosamente. Creyeron también muchos que temió Pisón el natural levantado y áspero del cónsul Vestino, pareciéndole que en tal caso procuraría encaminar las cosas al antiguo estado de libertad, ó por lo menos escoger otro emperador á su gusto, á quien obligar con entregarle en don á la república. Porque el cónsul no entró ni tuvo parte en la conjuración, dado que, so color de este delito, desfogó después Nerón contra su inocencia el antiguo aborrecimiento.

Finalmente escogieron para la ejecución el día de las fiestas circenses que se celebran en honra de Ceres (1); porque César, aunque salía pocas veces en público y se estaba retirado casi siempre en casa ó en sus huertos, acudía con

(1) Duraban desde el día 12 hasta el 19 de Abril.

todo eso muy á menudo á los juegos del circo, donde ofrecía mayor comodidad para llegarse á él en medio del regocijo de aquellas fiestas. La orden de ejecutar la traición fué ésta. «Que Laterano, con achaque de pedir alguna merced para ayuda de sustentar su estado, se le postrase á los pies dando muestras de humildad, y abrazándose con sus rodillas diese con él en tierra, que le sería fácil, por cogerle de improviso, y por ser Laterano hombre de gran cuerpo y de gallardo ánimo: y que teniéndole así apretado con el suelo, acudiesen luego los tribunos y centuriones y los otros conjurados á quien más ayudase el corazón, y allí finalmente le hiciesen pedazos, pidiendo Cevino con gran instancia que se le diese el primer lugar, como quien para este efecto había tomado un puñal del templo de la Salud en Toscana, ó según otros, del de la Fortuna en la villa de Ferento, y le traía siempre consigo como consagrado para una gran empresa.» Había de esperar en aquel medio Pisón en el templo de Ceres, de donde el prefecto Fenio y los demás conjurados le habían de llevar á los alojamientos militares acompañado de Antonia, hija de Claudio César, para ganar el favor del vulgo: así lo cuenta Cayo Plinio. Yo, de cualquier manera que se haya escrito, no lo he querido callar, aunque me parece disparate y liviandad creer que Antonia quisiese prestar su nombre á Pisón con tanto peligro, ó que Pisón, que sabe todo el mundo lo mucho que amaba á su mujer, viniese en obligarse á otro matrimonio, si ya no es que el deseo de reinar vence á todos los demás afectos del ánimo.

Mas lo que causa maravilla grande es ver que entre tanta diversidad de gente, ricos y pobres, de diversos linajes, edades y sexos, se pudiese tener oculta esta resolución hasta que comenzó á descubrirse en casa de Cevino. Este, pues, el día antes del que se había señalado para el efecto, habiendo tenido una larga plática con Antonio Natal, vuelto de allí á su casa, selló su testamento, y sacando de la vaina

el puñal arriba dicho, quejándose de que con el tiempo había perdido los filos, mandó que le afilasen muy bien sobre una piedra y que le sacasen la punta, encargándolo á un liberto suyo llamado Melico. Hizo tras esto aparejar la cena con mayor abundancia de lo acostumbrado; dió libertad á los esclavos más amados y á otros dió dineros, y él, melancólico y triste, daba muestras de tener pensamientos y cuidados grandes, aunque con varias pláticas y discursos fingía estar alegre. Finalmente, ordena al mismo Melico que apareje vendas para curar heridas, y las demás cosas con que se suele restañar la sangre: ó que Melico fuese también cómplice de la conjuración y fiel hasta entonces, ó que á la verdad, no sabiendo cosa alguna de ella, le pusiesen en sospecha tales prevenciones, como muchos han escrito, lo cierto es que considerando entre sí mismo aquel ánimo servil el precio de la traición, y representándosele las inmensas riquezas y poder con que ya se figuraba, hizo poco caso de toda razón, de la vida de su amo y de la libertad recibida. Habíale confirmado en esta opinión su mujer, á quien pidió consejo, animándole á escoger lo peor, condición propia de mujeres, y diciéndole en orden á ponerle temor, «que no era él solo el que se había hallado presente á ver las cosas que le decía, habiéndolo visto también otros muchos esclavos y libertos, con que no sería de algún provecho el silencio de uno solo, pudiéndole ser de mucho el adelantarse y prevenir á los demás descubriendo él la conjuración.»

Con esto, al nacer del día se va Melico á los huertos Servilianos, donde estaba Nerón, y negándoselo la audiencia, comienza á decir á grandes voces que traía cosas importantísimas y atroces que revelar al príncipe. Y entonces los porteros le llevan á Epafrodito (1), liberto de Nerón, y

---

(1) Secretario de Nerón (SUETONIO, *Nerón*, 4), y el mismo de quien fué esclavo Epicteto.—*N. de la E. E.*

éste después al príncipe, á quien dando cuenta del urgente peligro en que estaba por causa de la conjuración y de las demás cosas que había oído y conjeturado, le muestra también el puñal mismo preparado para quitarle la vida, instando en que se asegurasen de Cevino; el cual, arrebatado por los soldados y traído á la presencia de César, comenzó á defenderse, diciendo: «que el puñal con que le argüían había sido tenido en gran veneración por su padre, guardándole en el propio aposento en que dormía, de donde con engaño se le había robado el liberto: que otras muchas veces había sellado su testamento sin observancia alguna de días: que otras veces también había dado libertad y dineros á sus esclavos, y si entonces se había mostrado con ellos más liberal era porque, hallándose ya con poca hacienda y más apretado que nunca de sus acreedores, desconfiaba de que se pudiesen cumplir sus últimas voluntades: que siempre había procurado comer espléndidamente y pasar una vida alegre y rogocijada, aunque murmurada por esto de los severos jueces de nuestras acciones: que no se habían aparejado por su orden vendas ni medicamentos para curar heridas, sino que resolviéndose el liberto de imputarle cosas notoriamente falsas, le había parecido añadir aquella en que se podía notar alguna apariencia de delito y en que él pudiese á un mismo tiempo hacer oficio de acusador y de testigo.» Dijo todas estas palabras con un ánimo tan constante y tan franco, acusándole de hombre infame y abominable con tanta seguridad de voz y poca mudanza de rostro, que comenzaba á desvanecerse el indicio y á vacilar el acusador, si no le advirtiera su mujer de que Antonio Natal había tenido largas y secretas pláticas con Cevino, y que entrambos eran íntimos amigos de Cayo Pisón.

Traído, pues, para esta averiguación Natal, y examinados separadamente sobre lo que habían hablado y conferido entre sí, como no se conformasen en las respuestas,

entrando Nerón en vehemente sospecha, mandó que los pusiesen en hierros y poco después á cuestión de tormento, á cuya primera vista y amenazas confesaron sin dificultad el delito. Fué con todo eso Natal el primero, como más bien informado de toda la conjuración y que como tal podía argüir mejor á los conjurados; y comenzó de Pisón, nombrando después á Anneo Séneca, ó que él hubiese servido de tercero entre Pisón y Séneca, ó por granjear la gracia del príncipe, el cual, aborreciendo á Séneca, buscaba todos los medios que podía para acabar con él. Cevino entonces, sabida la confesión de Natal, con la misma flaqueza de ánimo, ó entendiendo por ventura que todo estaba descubierto y que no le podía ser ya de algún provecho el callar, descubrió á todos los otros; de los cuales, Lucano, Quinciano y Seneción al principio estuvieron firmes; pero dejándose vencer después con las promesas del perdón, por excusarse de lo que habían tardado en confesar, nombraron Lucano á su madre Atila, Quinciano á Glicio Galo, y Seneción á Annio Polión, sus mayores amigos.

Entretanto Nerón, acordándose que por la denunciación que hizo Volusio Proculo estaba todavía presa Epicaris, persuadiéndose á que, como mujer, no sufriría el dolor de los tormentos, mandó que la hiciesen pedazos en ellos: mas ni los cruelísimos azotes, ni el fuego, ni la rabia de los que, por no verse burlados de una mujer, la atormentaban con mayor fiereza, fueron parte para que ella dejase siempre de negar lo que se le imputaba. Con este menosprecio pasó Epicaris la tortura del primer día. Venido el siguiente y trayéndola á los tormentos en una silla (porque teniendo hechos pedazos todos los miembros no podía tenerse de pie), quitándose la faja con que traía ceñido el pecho, haciendo un lazo de ella y atándola á uno de los arcos de la silla, puso el cuello dentro del lazo, y haciendo fuerza con todo el peso del cuerpo, acabó de arrancar el poco espíritu que le quedaba; con ejemplo tanto más ilustre de una

mujer libertina, puesta en tanto aprieto por defender á personas extrañas para ella y por ventura no conocidas, cuanto los hombres libres, caballeros romanos y senadores, tocados apenas de los tormentos, descubrían y acusaban á sus más caras prendas, esto es, á sus mayores amigos y cercanos parientes. Porque Lucano, Quinciano y Seneción no cesaban de ir nombrando poco á poco todos los cómplices del trato, amedrentándose por momentos más y más Nerón, aunque, reforzadas las guardias de su persona, se hubiese hecho rodear por todas partes de soldados, mandando ocupar con diferentes cuerpos de guardia los muros de la ciudad, riberas del río y costa marítima y puesto como en prisión á Roma.

Corrían por las plazas, por las calles, quintas y aldeas comarcanas gran número de infantes y caballos, mezclados con los germanos de la guardia, en quien se fiaba más el príncipe, como en gente extranjera; resultando de aquí el traerse continuamente tropas y recuas de presos, siguiéndose unos á otros hasta llegar á las puertas de los huertos, donde se veían infinitos tendidos por aquellos suelos. Y admitidos á ser interrogados, el haberse casualmente hablado con alguno de los del trato, encontrádose de improviso, comido ó estado en su compañía en fiesta ó regocijo público, era todo calificado por delito. Y á más de las terribles y crueles preguntas que hacían á los reos Nerón y Tigelino, los apretaba también con gran violencia Fenio Rufo, no habiendo sido nombrado aún por los que declaraban la conjuración; y deseando acreditarse por ignorante del caso, no cesaba de mostrarse riguroso contra sus compañeros. Y el mismo Fenio detuvo á Subrio Flavio, que èstaba allí presente y le hacía señas si entretanto que se ventilaba la causa echaría mano á la espada y acabaría con Nerón, interrumpiéndole y refrenando aquel ímpetu cuando ya Subrio tenía la diestra sobre la empuñadura.

Algunos, después de descubierta la conjuración, mien-

tras estaban oyendo á Melico y mientras Cevino estaba suspenso entre el negar y el confesar, exhortaban á Pisón «que se fuese á los alojamientos pretorianos, ó á la plaza llamada de los Rostros, y en una parte ó en otra con alguna oración procurase ganar el favor de los soldados ó del pueblo; porque si se juntaban todos los conjurados y sus cómplices en ayuda de sus intentos, era cierto que les seguirían también otros muchos, aunque ignorantes del caso, por la fama grande que traía consigo este movimiento, cosa que suele valer mucho en los consejos nuevos y arrebatados. Alegaban que no había hecho Nerón contra esto prevención alguna; y que si hasta los ánimos valerosos suelen perderse en los accidentes repentinos, ¿cuánto mejor se podría esperar de aquel farsante, acompañado de Tigelino y de sus mancebas, y más si les había de ser necesario empuñar las armas? Que muchas cosas que parecen imposibles á los cobardes, suelen hallarlas muy fáciles los valerosos con sólo resolverse en intentarlas: que era disparate pensar que podía conservarse el silencio y la fe entre tanto número de conjurados, y que al fin se vencería todo con tormentos ó con premios: que se desengañase que habría también para él prisión, tormentos y una muerte infame y vergonzosa. ¿Con cuánta mayor alabanza, decían, acabaréis la vida mientras abrazáis la república y pedís socorro para restituirle su libertad, y mientras, aunque os falten los soldados y os desampare el pueblo, ve el mundo que no os desampara el ánimo y el valor que heredasteis de vuestros antecesores, y que á todo mal librar habéis sabido escoger una honesta y honrada muerte?» No haciendo algún movimiento con todas estas razones Pisón, y habiéndose dejado ver algún tanto en público, se retiró después solo á su casa, adonde atendió á fortalecer el ánimo para sufrir la muerte, hasta que llegó una tropa de soldados poco antes recibidos á sueldo, á quien escogió Nerón, por no fiarse de los viejos, como gente que podía estar sobornada. Mu-

rió, pues, Pisón, cortándose las venas de los brazos, y dejó un testamento lleno de vergonzosas adulaciones para con Nerón. Atribuyóse al gran amor que tenía á su mujer, á la cual, sin tener en sí otra cosa digna de alabanza que la hermosura y gallardía corporal, había quitado Pisón á un amigo suyo con quien estaba casada. Llamábase esta mujer Arria Gala, y el primer marido Domicio Silio. Este con su sobrada paciencia y ella con su deshonestidad acrecentaron la infamia de Pisón.

El primero á quien después de éste hizo matar Nerón fué Plaucio Laterano, nombrado cónsul, y con tanta prisa, que no se le permitió el abrazar á sus hijos, ni aquella breve dilación de escoger la forma de muerte que se daba á otros; antes llevado al lugar donde suelen justiciarse los esclavos (1), fué allí muerto cruelmente por manos de Estacio, tribuno; conservando con gran constancia un generoso silencio, sin dar en rostro al tribuno con la conciencia de la misma culpa. Siguió á esta muerte la de Aneo Séneca, muy agradable al príncipe; no porque se hallase contra él culpa alguna en la conjuración, sino por ejecutar con hierro lo que no había podido con veneno: porque hasta entonces no había sido nombrado más que por Natal solo, de que Pisón le había enviado á visitar á Séneca estando enfermo, y á dolerse con él de que no consentía que le visitase, añadiendo que era mejor poner nuevas raíces á su amistad, tratándose y comunicándose familiarmente, y que Séneca había respondido «que el conversar entre sí y verse á menudo no era conveniente á ninguno de los dos; pero que su salud pendía de la salud y seguridad de Pisón». Estas palabras mandó el príncipe que refiriese á Séneca Granio Silvano, tribuno de una cohorte pretoria, y que le preguntase si era

(1) Había, en efecto, un sitío destinado para el castigo de los esclavos y plebeyos, fuera de Roma, en el cual estaban fijas las cruces y patíbulos y donde se echaban los cadáveres corrompidos, etc.—*N. de la E. E.*

verdad que hubiese pasado aquel coloquio entre él y Natal. Había casualmente Séneca (otros dicen que de industria) vuelto aquel día de Campania, y alojádose en una quinta suya, una legua de la ciudad, donde cerca de la noche llegó el tribuno; y después de haber hecho cercar la quinta de escuadras de soldados, hallando á Séneca cenando con Pompea Paulina, su mujer, y dos amigos, le notificó las comisiones que llevaba del emperador.

Respondió Séneca: «Que era verdad que había venido á él Natal de parte de Pisón, quejándose de que queriendo visitarle se le había negado la entrada: que á esto se había excusado con su enfermedad y con el deseo que tenía de quietud; y que en lo demás nunca había tenido causa para anteponer á su propia salud la de un hombre particular; ni él de su naturaleza era inclinado á lisonjas, como mejor que otro alguno lo sabía el mismo Nerón; el cual había hecho más veces experiencia de la libertad de Séneca, que de su servil adulación.» Referida por el tribuno esta respuesta al príncipe en presencia de Popea y de Tigelino, que era el consejo secreto con quien resolvía el modo de ejercitar su crueldad, le preguntó si Séneca se preparaba para tomar una muerte voluntaria, y afirmando el tribuno que no había conocido en él señal alguna de temor ni de tristeza en palabras ni en rostro, se le manda que vuelva y que le notifique la muerte. Escribe Fabio Rustico, que no volviendo el tribuno por el mismo camino por donde había venido, torció por casa del prefecto Fenio, y que dándole cuenta de la orden que llevaba de César y preguntándole si la obedecería, con vileza y cobardía fatal de todos, le respondió que la obedeciese: porque también Silvano era de los conjurados, aunque ahora acrecentaba aquellas maldades, en cuya venganza había consentido como los demás. Con todo eso no quiso ver ni hablar á Séneca; antes envió en su lugar á un centurión que le notificase la última necesidad.

Séneca, sin temor alguno, pidió recado para hacer testa-

mento, y negándoselo el centurión, vuelto á sus amigos les dice: «que pues se le impedía el reconocer y gratificar sus merecimientos, les dejaba una sola recompensa, aunque la mejor y más noble que les podía dar, que era el espejo y ejemplo de su vida; del cual, si tenían memoria, sacarían una honrada reputación y el loor de haber conservado y sabídose aprovechar del fruto de tan constante amistad. Y juntamente, ya con amorosas palabras, ya con severidad á manera de corrección, les hacía dejar el llanto y los procuraba reducir á su primer firmeza de ánimo, preguntándoles: que, ¿dónde estaban los preceptos de la sabiduría; dónde la disposición preparada con el discurso de tantos años para oponerse á cualquier accidente y eminente peligro? Porque á todos era notoria la crueldad de Nerón, á quien no quedaba ya otra maldad por hacer, después de haber muerto á su madre y hermano, sino el quitar la vida á su ayo y maestro.»

Después de haber dicho en general estas y semejantes cosas, abraza á su mujer, y habiéndole mitigado algún tanto la fuerza del temor presente, la exhorta y la ruega que trate de templar y no de eternizar su dolor, procurando con la contemplación de su vida pasada virtuosamente, tomar algun honesto consuelo y en su manera olvidar la memoria de su marido. Ella en contrario, afirmando que también tenía hecha resolución de morir entonces, pide con gran instancia la mano del matador. Con esto, Séneca, no queriendo impedirle su gloria, y juntamente amándola con ternura, por no dejar á tan caras prendas en poder de tantas injurias y tan crueles destrozos, le dijo: «Yo te había mostrado los consuelos que había menester para entretener la vida; mas veo que tú escoges la gloria de la muerte. No pienso mostrar que te tengo envidia al ejemplo que has de dar de tí, ni estorbarte esta honra. Sea igual entre nosotros dos la constancia de nuestro generoso fin: aunque es cierto que el tuyo resplandecerá con mayor excelencia.» Después

de esto se cortaron á un mismo tiempo las venas de los brazos. Séneca, porque siendo ya muy viejo y teniendo el cuerpo muy enflaquecido con la larga abstinencia, despedía muy lentamente la sangre, se hace cortar también las venas de las piernas y tobillos. Y cansado de la crueldad de aquellos tormentos, por no quebrantar con las muestras de su dolor el ánimo de su mujer, y por no deslizar él en alguna impaciencia, viendo los que ella padecía, la persuade á que se retire á otro aposento. Y sirviéndose de su elocuencia hasta en aquel último momento de su vida, llamando quien le escribiese, dictó muchas cosas que, por haber quedado en el vulgo con las mismas palabras, excusaré el referirlas.

Mas Nerón, no teniendo odio particular contra Paulina y por no hacer más aborrecible su crueldad, mandó que se le estorbase la muerte. Y así, á persuasión de los soldados, sus propios esclavos y libertos le vendan las incisiones de las venas y le restañan la sangre: no se sabe si con su consentimiento; porque, como quiera que el vulgo se inclina siempre á los peores juicios, no faltó quien creyese que mientras juzgó por implacable á la ira de Nerón, deseó la fama de imitar y acompañar en la muerte á su marido; mas que habiéndosele ofrecido después más blandas esperanzas, se dejó vencer de la dulzura de la vida; á la cual añadió después bien pocos años, con una loable memoria de su marido y con un color pálido en el rostro y miembros, que se mostraba bien haber perdido mucha parte del espíritu vital. Séneca, entretanto, durándole todavía el espacio y dilación de la muerte, rogó á Statio Aneo, en quien tenía experimentada gran amistad y no menor ciencia en la medicina, que le trajese el veneno ya de antes prevenido, que era el que solían dar por público juicio los Atenienses á sus condenados; y habiéndosele traído, le tomó, aunque sin algún efecto, por habérsele ya resfriado los miembros y cerrado las vías por donde pudiese penetrar la violencia de él. Á lo último, haciéndose meter en el aposento donde

había un baño de agua caliente, y rociando con ella á sus criados que le estaban más cerca, añadió estas palabras: «Este licor consagro á Júpiter librador.» Metido de allí en el baño, y rindiendo el espíritu con aquel vapor, fué quemado su cuerpo sin pompa ó solemnidad alguna, como antes lo había ordenado en su codicilo, mientras hallándose todavía rico y poderoso iba pensando en lo que se había de hacer después de sus días.

Hubo fama que Subrio Flavio había tratado secretamente con los centuriones, y no sin sabiduría de Séneca, que después de haber muerto á Nerón con el favor y ayuda de Pisón, fuese muerto también el mismo Pisón, y se entregase el imperio á Séneca, como á hombre inculpable y por el esplendor de sus virtudes merecedor de aquella suprema grandeza; y hasta las palabras mismas de Flavio andaban también en boca del vulgo. «Honrado trabajo fuera el nuestro, decía él, si para remedio de la afrenta pública quitásemos el imperio á un tañedor de cítara para darle á un farsante de tragedias.» Decía esto Flavio, porque así como Nerón acostumbraba á cantar al són de la cítara, así también Pisón cantaba en el tablado vestido en hábito trágico

Tampoco pudo estar más tiempo secreta la conjuración de los soldados, encendiéndose por momentos los ánimos de los que se veían descubiertos contra Fenio Rufo, no pudiendo sufrir que siendo cómplice en el delito fuese á un mismo tiempo riguroso examinador de los acusados. Y así, mientras Rufo instaba y amenazaba á Cevino, le respondió sonriéndose «que ninguno sabía con mayor particularidad lo que le preguntaba que él mismo.» Y tras esto le exhorta á que pague de su voluntad lo mucho que debe á la de tan buen príncipe. No tuvo á esto Fenio palabras que responder, ni supo tampoco tener silencio; antes embarazándose con la repentina turbación, dió bastantes muestras de que estaba medroso: y haciendo gran fuerza los demás por convencerle, especialmente Cervario Proculo, caballero, asió

de él por orden de César un soldado llamado Casio, que le tenían allí para aquello como hombre de fuerzas extraordinarias, y al momento le puso en hierros.

Luego, por confesión de los mismos, fué derribado Subrio Flavio, tribuno; el cual, defendiéndose al principio con mostrar la diversidad que había de costumbres y profesiones entre él y los conjurados, y que siendo como era hombre criado entre las armas, no había de tomar por acompañados para una empresa tan grande á gente afeminada y sin armas, viéndose después apretado, tuvo por acción de gloria el confesar. Y preguntado por Nerón la causa que había tenido para olvidarse del juramento que le tenía prestado, respondió: «Teníate ya aborrecido; y advierte que mientras mereciste ser amado ninguno de tus soldados te fué más fiel que yo; pero comencé á aborrecerte desde que mataste á tu madre y á tu mujer, y te hiciste cochero, representante, y finalmente, abrasaste tu propia patria.» He referido las mismas palabras de Flavio por no haberse divulgado tanto como las de Séneca, y porque no me parecen menos dignos de ser sabidos estos conceptos de un hombre militar, llenos de gallardo espíritu, aunque declarados en estilo tosco: y es, sin duda, que no le sucedió á Nerón cosa tan pesada en toda aquella conjuración, ni que más le ofendiese los oídos: porque aunque era pronto en cometer las maldades, no gustaba de que se las trajesen á la memoria, ni estaba acostumbrado á que se le diese en rostro con ellas. Cometióse el ejecutar el castigo de Flavio á Veyano Nigro, tribuno; el cual mandó cavar un hoyo donde meterle en cierto campo allí cercano, y viéndole Flavio, considerando que le había dejado muy estrecho y poco hondo, volviéndose á los soldados circunstantes, dijo: «ni aun esto ha sabido hacer Nigro conforme á las reglas militares.» Y amonestándole el mismo á que extendiese animosamente el cuello para recibir el golpe, le respondió: «ojalá hirieses tú con tanto ánimo.» Y él, todo temblando, habiéndole cortado

la cabeza apenas de dos golpes, se alabó después con Nerón de que por usar de crueldad con él le había hecho morir de golpe y medio.

Sulpicio Aspro, centurión, dió el segundo ejemplo de constancia; que preguntándole Nerón la causa por qué había conspirado contra él, le dió esta breve respuesta: «Porque no era posible poner de otra manera remedio á tus maldades.» Y dicho esto, se ofreció á la pena que le estaba ordenada. No degeneraron los demás centuriones de su valor en dejar de morir con valerosa constancia; aunque faltó esta fortaleza de suerte en Fenio Rufo, que hasta su testamento hinchió de lamentaciones. Esperaba también Nerón á que fuese nombrado entre los conjurados el cónsul Vestino, teniéndole por hombre violento y conocidamente su enemigo. Mas ellos no habían confiado de él sus intentos, algunos por competencias viejas, y muchos porque le tenían por insociable y arrojadizo. Tuvo principio el aborrecimiento de Nerón con Vestino de la estrecha familiaridad que hubo entre los dos, mientras éste, habiendo acabado de conocer la vileza y poco ánimo del príncipe, le menospreciaba; y Nerón, en contrario, temía la fiereza de ánimo de Vestino que muchas veces le solía motejar con donaires mordaces, los cuales, en arrimándose mucho á la verdad, dejan siempre de sí desapacible y áspera memoria. Añadíase á esto la reciente ocasión de haber tomado Vestino por mujer á Estatilia Mesalina (1), sabiendo muy bien que César era uno de sus adúlteros. Pero faltando delito y acusadores, y no pudiendo valerse del color de la justicia como señor, se resolvió en usar de la fuerza como tirano, enviándole á casa á Gerelano, tribuno, con una cohorte de soldados, y mandándole que previniese los intentos del cónsul, y se apoderase de la fortaleza y de la escogida juventud que

(1) Descendía de Estatilio Tauro, cónsul en tiempo de Augusto, y fué tercera mujer de Nerón.

tenía consigo: porque Vestino tenía sus casas muy altas y eminentes sobre la plaza y buen número de pajes hermosos y casi todos de una misma edad. Habia cumplido Vestino por aquel día con todos los negocios de su oficio de cónsul, y sin temor alguno, si ya no era que lo hacía por disimularle, celebraba un banquete, cuando entrados dentro los soldados, le dijeron que le llamaba el tribuno. Él se levanta al mismo punto de la mesa, y haciendo prevenir con gran presteza todos los aparejos necesarios para quitarse la vida, se cierra en su aposento, viene el cirujano, le cortan las venas, y estando todavía con harto vigor se hace meter en el baño, á donde sin dar alguna muestra de dolerse de sí mismo, murió zabullido en aquella agua caliente. Entretanto estuvieron rodeados de buenas guardias los convidados, y no los dejaron salir hasta que pasó gran parte de la noche, en que tuvo Nerón harta ocasión de reirse y burlarse de la alarma falsa y del miedo que habían pasado. Y después, cuando le pareció que tenían ya bien tragada la muerte, mandó que los dejasen salir, diciendo: «que harto caro les había costado el banquete consular.»

Mandó después que se ejecutase la muerte de Marco Aneo Lucano; el cual, mientras le salía la sangre de las venas, cuando echó de ver que se le iban resfriando los pies y las manos y poco á poco se le retiraba el espíritu de las partes extremas, teniendo todavía caliente el pecho y sano el entendimiento, acordándose de ciertos versos compuestos por él (1) en que pintaba la muerte de un soldado herido, los recitó desde el principio y con las últimas palabras expiró. Murieron después Seneción, Quinciano y Cevino, no conforme al regalo y vicio de su vida pasada, y tras ellos los demás conjurados, sin haber hecho ó dicho cosa digna de memoria.

(1) Sin duda son estos.

Scinditur avulsus, nec sine vulnere sanguis.

Henchíase entretanto la ciudad de mortuorios, y el Capitolio de víctimas; y aunque unos habían perdido hijos, otros hermanos, otros parientes y otros amigos, se hallaban todos necesitados á dar por ello gracias á los dioses, enramar sus casas de laureles, arrodillarse á los pies de César y romperle la mano á besos, y él, creyendo que procedía de general contento, con perdonar á Antonio Natal y Cervario Proculo, remuneró la prisa que tuvieron en confesar el delito. Milico, enriquecido con los premios que se le dieron, tomó un nombre que significa en lengua griega conservador. De los tribunos, Granio Silvano, aunque había sido absuelto, se mató con sus manos, y Estacio Proximo con la vanidad de su muerte frustró el perdón que había alcanzado del emperador. Fueron después privados del oficio de tribunos Pompeyo, Cornelio Marcial, Flavio Nepote y Estacio Domicio; no porque estuviesen convencidos de aborrecer al príncipe, sino porque se tenía esta opinión de ellos. Á Novio Prisco, Glicio Galio y Anio Polión, más por la amistad que tenían con Séneca que porque fuesen convencidos de este delito, se condenó en destierro perpetuo, en el cual acompañó á Prisco su mujer Antonia Flacila, y á Galo, Egnacia Maximila, no con menos amor después que se le quitaron sus grandes riquezas que cuando las poseían, redundando entrambas cosas en particular gloria suya. Con la misma ocasión fué desterrado también Rufo Crispino, aunque de antes aborrecido de Nerón porque había sido casado con Popea. Á Virginio y Musonio Rufo desterró de la ciudad el esplendor de su nombre; porque Virginio con su elocuencia, y Musonio con los estudios de filosofía habían ganado gran nombre y el favor de la juventud romana. Clunidio Quieto, Julio Agripa, Blicio Catulino, Petronio Prisco y Julio Altino fueron echados á las islas del mar Egeo, como para hacer mayor la tropa y montón de los conjurados. Cadicia, mujer de Cevino, y Cesonio Máximo fueron desterrados de Italia, sin haber sido cono-

cidos culpados en otra cosa que en la pena. Con Atilia, madre de Lucano, se disimuló sin castigarla ni absolverla.

Después de haber ejecutado todas estas cosas Nerón, y tras una oración muy larga que hizo á los soldados, dió á cada uno sesenta ducados (dos mil sestercios), y añadió que se les diese el trigo para su provisión de balde, donde antes se les solía dar á la tasa; y luego, como si hubiera de referir los sucesos que había tenido en alguna guerra, convoca el senado, y concede en él los honores triunfales á Petronio Turpilano, varón consular, á Coceyo Nerva (1), nombrado para pretor, y á Tigelino, capitán de los Pretorianos: ensalzando de tal manera á Tigelino y á Nerva, que fuera de las estatuas triunfales que se les dedicaron en el foro, hizo poner también sus imágenes en palacio. Dió las insignias consulares á Ninfidio, de quien, pues no se ha ofrecido antes ocasión, referiré algunas cosas, siquiera porque ha de ser éste también gran instrumento de los estragos y calamidades romanas. Tuvo Ninfidio por madre á una libertina, la cual entregó su cuerpo, harto dotado de hermosura, muchas veces á los libertos y esclavos de los emperadores; aunque él se alababa de que era hijo de Cayo César, ó porque acaso se le parecía, por ser alto de cuerpo y de aspecto airado y feroz, ó porque Cayo César, como amigo que era de tratar con mujeres ruines, engañase también á ésta como á otras.

Mas Nerón, después de haber hecho juntar el senado y recitado una oración en él sobre lo sucedido, dió cuenta de todo al pueblo por un edicto, é hizo escribir en los libros públicos los cargos de los condenados y sus propias confesiones. Porque de ordinario le infamaba el vulgo culpándole de que había hecho morir á muchos varones inocentes por odio ó por temor. Pero en que esta conjuración se tramó al principio, ni en que después creció y cobró

(1) El mismo que fué después emperador.

fuerzas hasta llegarse á descubrir y convencer, como hemos dicho, ni entonces se puso duda por los que procuraron investigar la verdad, ni se atrevieron á negarlo después los que con la muerte de Nerón pudieron volver á la patria. Mas en el senado, mientras estaban rendidos y sujetos todos á la adulación, y más los que tenían mayores causas de sentimiento, medroso Junio Gallón á causa de la muerte de su hermano Séneca, y encomendándose por esto en los ruegos de los senadores, fué reprendido ásperamente por Salieno Clemente, llamándole rebelde y parricida: y pasara más adelante si no le fueran á la mano todos los demás, cargándole también de que quisiese abusar de las calamidades públicas y servirse de ellas contra sus aborrecimientos y pasiones particulares, renovando la memoria de las cosas que tenía olvidadas ya la benignidad y mansedumbre del príncipe, y aplicándolas de nuevo á materia de nuevas crueldades.

Decretáronse tras esto gracias y dones á los dioses, particularmente en honra del Sol, cuyo es un antiguo templo que hay junto al circo donde se había de ejecutar la maldad, á título de que con su deidad había aclarado y descubierto los secretos de la conjuración. Que las fiestas de los juegos circenses, que se celebraban á la diosa Ceres, se hiciesen cada año por mayor circuito y con más número de caballos. Que el mes de Abril se llamase de allí adelante Neronio, y que se edificase un templo á la Salud en el lugar donde Cevino había tomado el puñal, que consagró después el mismo Nerón en el Capitolio, con esta inscripción sobre él: Á Júpiter Vengador. Lo cual no se consideró por entonces; mas después que tomó las armas contra Nerón Julio Vindice, que quiere decir vengador, se tomó por un presagio y agüero de la venganza que se esperaba. Hallo en los comentarios del senado, que Cerial Anicio, electo para cónsul, propuso cuando llegó á dar su voto, que de gastos públicos se edificase lo más presto que fuese

posible un templo al divo Nerón, entendiéndolo él verdaderamente en honra de aquel príncipe, que en su opinión había ya subido de la cumbre mortal á merecer ser adorado de los hombres, para que también se convirtiese después en agüero de su muerte. Porque al príncipe no se le dan honores divinos hasta que deja de vivir entre los mortales.

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

ARGUMENTO.

Ofrécenle á Nerón en Africa un falso tesoro.—Opónese al certamen de los juegos quinquenales en hábito de representante.—Muere Popea y hácensele solemnes funeralias y peregrino entierro.—Cayo Casio y Lucio Silano salen desterrados, y al fin muere el último por orden de Nerón, y tras él otros muchos.—Hay una gran tempestad en la provincia de Campania, que se toma por prodigio.—Mátanse con orden del príncipe Anteyo y Ostorio, Mela, Crispino y Petronio.—Trasea Peto y Barea Sorano son acusados y muertos.

Todo en espacio de un año: y lo restante del libro se ve sepultado en el olvido por envidia del hado.

CÓNSULES.

A. de Roma 819. de J. C. 66. { C. Suetonio Paulino. L. Poncio Telesino.

Después de todas estas cosas quiso la fortuna burlarse de Nerón con su misma vanidad por medio de cierta promesa que le hizo Ceselio Caso. Éste, de nación cartaginés y de entendimiento confuso y aprensivo, formando esperanzas, figuras de un sueño que soñó una noche, vino á Roma, y comprada la audiencia del príncipe, le dió cuenta de cómo había hallado en cierta heredad suya una cueva de inmensa hondura, y en ella gran cantidad de oro, no en moneda, sino en rieles y tejas de metal, como antiguamente se solían conservar los grandes tesoros. Que en esta cueva había visto grandes edificios de ladrillos, consumidos del tiempo,

quedando en pie todavía gruesas columnas de piedra, mostrando bien aquellos vestigios que habían estado encubiertas tantas riquezas muchos siglos antes para que sirviesen de aumento á las presentes felicidades; pudiéndose alcanzar fácilmente por conjeturas, que la fenicia Dido, echada de Tiro, después de haber edificado á Cartago, escondió allí aquel tesoro, porque su nuevo pueblo no se entregase á los deleites y al ocio con tan sobrada abundancia, ó porque los reyes númidas, con quien ya tenía enemistad, no se encendiesen más á hacerle guerra con la codicia del oro.

Nerón, pues, sin considerar la fe que se debía dar al autor ni la calidad del negocio, sin enviar personas que cuidadosamente apurasen la verdad, iba él mismo acrecentando la fama, y sin reparar en cosa, despacha quien le traiga el tesoro, como si no hubiera cosa más segura. Y para que pueda venir con mayor brevedad, se le dan á Baso galeras escogidas por las más veloces; y por la sobrada credulidad de los que lo iban publicando, no se trataba de otra cosa en aquellos días por el vulgo. Celebraban acaso entonces los juegos quinquenales por el segundo lustro, en que sirvió de materia harto á propósito á los oradores y poetas para exagerar las alabanzas del príncipe. Decían que no sólo se engendraban para él los frutos acostumbrados de los campos, y el oro mezclado con otros metales, sino que concurría con nueva fertilidad la tierra, y los dioses ofrecían liberalmente sus riquezas sin buscarlas, y otras cosas semejantes que componían y fingían con tanta elocuencia como servil adulación, seguros de que habían de ser creídos con facilidad. Iban creciendo entre tanto con esta vana esperanza la excesiva prodigalidad y superfluos gastos, consumiéndose largamente los tesoros viejos, como si se tuviera ya en las manos materia que poder desperdiciar por muchos años: y hasta sobre esta consignación daba Nerón, de manera que la esperanza de sus riquezas particulares fué una de las mayores causas de

la pobreza pública. Porque Baso, habiendo cavado en su heredad y en los campos alrededor de ella, mientras afirma ser este ó aquel el lugar de la cueva prometida, siguiéndole, no solamente los soldados que le acompañaban, sino también gran cantidad de villanos que se traían para el ministerio, dejada finalmente su locura, y admirándose de que no habiéndole salido hasta entonces falsos sus sueños le burlasen en aquella ocasión, huyó de la vergüenza y del castigo que se le aparejaba con darse la muerte. Escriben algunos que fué preso y poco después libre, quitándole sus bienes en lugar de los tesoros reales que ofrecía.

Acercándose entretanto el concurso de las fiestas quinquenales, el senado, por apartar de una afrenta y vergüenza tan grande al emperador y echar un honesto velo á la bajeza de comparecer en el teatro, le ofrece sin disputa la victoria del canto y la corona de la elocuencia. Pero diciendo Nerón que no tenía necesidad de favores ni la autoridad del senado, y que quería concurrir con sus émulos sin ventaja y alcanzar la merecida loa con buena conciencia de los jueces, recita ante todas cosas sus versos en el tablado; y después, gritando el vulgo que publicase todas sus ciencias (usaron de estas mismas palabras), entra en el teatro obedeciendo y sujetándose á todas las leyes de los músicos de cítara, es á saber, no sentarse aunque estuviese cansado, no limpiarse el sudor sino con el vestido que traía, no echar excremento ó superfluidad alguna por boca ó narices: finalmente, hincado de rodillas y haciendo con la mano reverencia y sumisión á la muchedumbre de gente que le escuchaba, fingía estar con gran temor esperando la sentencia de los jueces. Y la plebe romana, como acostumbrada á favorecer hasta los visajes y meneos de los histriones, le respondió con cierto estruendo músico, haciendo un sonoro y concertado aplauso. Creyérase verdaderamente que se alegraba, y por ventura era así, no por otra cosa que por injuria y afrenta pública.

Mas los extranjeros de las villas y ciudades apartadas que conservan todavía aquella gravedad y antiguas costumbres de Italia, y otros que habían venido de provincias remotas con embajadas ó negocios suyos particulares y no estaban acostumbrados á tanta disolución, no podían sufrir aquella vista, ni sabían acudir á tan vergonzoso trabajo, con dar palmadas á compás; antes embarazando á los prácticos y diestros en esto, recibían muy buenos palos de los soldados, que estaban repartidos por escuadras en los asientos, con orden de no dejar pasar un solo punto con aplauso y vocería desconcertada, ó con silencio flojo y descuidado. Es cosa muy cierta que muchos caballeros mientras hacían fuerza y procuraban salir rompiendo por la estrechura del paso y muchedumbre y apretura de gente, quedaron ahogados; y otros, continuando el estar sentados á ver las negras fiestas de día y de noche, habían salido de ellas con enfermedades incurables. Porque era mucho mayor el daño que tenían de dejar aquel espectáculo, habiendo muchas personas que en público, y más en secreto, notaban los nombres, los rostros, la alegría ó la tristeza de los que allí se hallaban, y de todo advertían á Nerón. Contra la gente de baja mano se procedía con graves y resolutos castigos; mas contra los ilustres y poderosos se disimulaba por entonces, guardando para después la ejecución de aquel aborrecimiento. Díjose que Vespasiano, porque se dejó vencer algún tanto del sueño, fué reprendido ásperamente de Febo, liberto, y acusado á César; librándole entonces con dificultad de la culpa de este delito los ruegos de muchos buenos que se interpusieron, y después de la ruina que le amenazaba la fuerza de su buena fortuna que le guardaba para mayores cosas.

Al fin de estas fiestas sucedió la muerte de Popea por un enojo casual de su marido, que estando preñada la mató de una coz. Porque no tengo por verdad que la hiciese morir con veneno, como lo escriben algunos, más por odio contra

Nerón que porque merezcan ser creídos en esta parte, hallándose él con gran deseo de tener hijos y muy aficionado y rendido á su mujer. No fué quemado su cuerpo, según la costumbre romana, mas como usan los reyes extranjeros, embalsamándole con cosas olorosas (1), se puso en el sepulcro de los Julios. Hiciéronsele con todo exequias públicas, y en ellas el mismo Nerón, en la plaza llamada de los Rostros, que es donde se suelen hacer semejantes oraciones, alabó su gran hermosura, que había merecido ser madre de una niña divina, y de otros dones de fortuna en lugar de virtudes.

La muerte de Popea, que así como fué aparentemente triste y dolorosa á todos, fué asimismo alegre y regocijada á los que se acordaban de su crueldad y deshonestidad, la hizo Nerón aún más aborrecible, prohibiendo á Cayo Casio el intervenir en sus exequias, primer indicio de su ruina, que se le difirió poco tiempo. Añadido también Silano sin ninguna otra culpa, sino que Casio por antiguas riquezas y gravedad de costumbres, y Silano en claridad del linaje y modesta juventud, se aventajaban á los demás ciudadanos. Enviando, pues, Nerón sobre esto una oración al senado, trató largamente en ella de lo mucho que convenía desarraigar á entrambos á dos de la república, imputando á Casio que entre las imágenes de sus mayores veneraba también la de Cayo Casio, á quien tenía con este título: CAPITÁN DEL BANDO, como que con aquello quisiese dar á entender que conservaba la semilla de las guerras civiles, y aspirase á introducir en la república una rebelión contra la casa de los Césares; y que por no servirse en las sediciones y discordias que pensaba mover de sola la memoria de este nombre odioso y aborrecible, había tomado por compañero á Lucio Silano, mozo de noble linaje y de ingenio arrojado y preci-

(1) «Aseguran personas instruídas, dice Plinio, que no produce el África en un año tantos perfumes como quemó Nerón en los funerales de su esposa Popea.....»

pitoso, para hacer ostentación de él en caso de novedades.

Acusó también á Silano de las mismas cosas de que fué inculpado su tío Torcuato, como que ya dispusiese de los cargos del imperio, repartiendo entre sus libertos los oficios de contadores, cancilleres y secretarios, cosas todas vanas y falsas: porque á Silano, fuera de que el miedo le traía recatado y medroso, la muerte de su tío le había enseñado á vivir. Procuró tras esto Nerón inducir á algunos á que, so color de descubridores del delito, acusasen falsamente á Lepida (1), mujer de Casio, tía de Silano, de incesto con un sobrino suyo, hijo de su hermano, y que había hecho sacrificios crueles y abominables. Estaban detenidos por cómplices del delito Vulcasio Tuliano y Marcelo Cornelio, senadores, y Calpurnio Fabato, caballero romano; los cuales, apelando para el príncipe, escaparon entonces la condenación; y después ocupándose Nerón en mayores maldades, se quedó entre renglones ésta como cosa de menor cuantía.

Por decreto del senado fueron desterrados Casio y Silano, remitiendo á César el determinar la causa de Lepida. Casio fué á la isla de Cerdeña, hasta que el senado dispusiese otra cosa de él, y á Silano, llevado á Ostia, como que le querían embarcar para la isla de Naxo, dieron con él en Barro (2), ciudad de Pulla, donde sufriendo aquel caso indigno, y no merecido por él, con gran prudencia, llegó el centurión que se enviaba para matarle; y persuadiéndole éste que se abriese las venas, respondió: «que estaba tan dispuesto y aparejado á morir, como á no consentir que tuviese parte en esta obra el que se las abriese.» Con esto, viéndole el centurión sobradamente fuerte, aunque sin armas, y mucho más airado que temeroso, manda á los soldados que le prendan. Mas él no dejó de defenderse y ofender cuanto podía

(1) Era hija de Apio Silano y de Emilia Lepida.
(2) Bari.

con las manos desarmadas, hasta que cayó muerto atravesado de muchas heridas que le dió el centurión, todas por delante, como en batalla.

No recibieron con menos resolución la muerte Lucio Vetere, Sextia, su suegra, y su hija Polucia, aborrecidos del príncipe, como si sólo con vivir le diesen en rostro y le inculpasen el homicidio perpetrado en la persona de Rubelio Plauto, yerno de Vetere. Mas quien dió la causa de que Nerón descubriese su crueldad contra éstos, fué Fortunato, liberto de Vetere, que habiendo administrado mal la hacienda que le encomendó su señor, se resolvió en anticiparse él y acusarle, acompañándose para ello con Claudio Demiano; el cual habiendo sido preso por sus delitos de orden del mismo Vetere, mientras era procónsul de Asia, le soltó y libró el príncipe. Sabido esto por el reo, y que había de estar á su juicio igualmente con su liberto, se retira á una heredad suya que tenía junto á Forme. Pusiéronle allí con gran secreto guardias de soldados, que al punto le rodearon la casa, hallándose presente á esto su hija Antistia, la cual, á más del peligro presente, estaba rabiosa y terrible con el largo dolor que habia sufrido desde que ella misma vió los matadores de su marido Plauto. Y habiendo abrazado entonces su cabeza ensangrentada, guardaba todavía su sangre y los vestidos bañados en ella, y pasaba su miserable viudez sepultada en continuo llanto, sin tomar otro alimento que el que le bastaba para no morir. Esta, pues, á ruego de su padre va á Nápoles, y porque se le negaba la audiencia de Nerón, le acecha cuando sale fuera, y usando unas veces de llantos y lamentos mujeriles, y excediendo á la capacidad de su sexo, daba grandes voces en tono airado y ofendido, diciendo: «que escuchase al inocente, y que no entregase en manos de un liberto á un hombre que había sido compañero suyo en el consulado», hasta que el príncipe se declaró inmóvil á todo género de ruegos y obstinado en el aborrecimiento.

Ella, vuelta á su padre, le advierte que despida de sí toda esperanza, y le exhorta á disponer el ánimo y usar de la necesidad. Avísanle después que se había remitido el conocimiento de la causa al senado, y que se esperaba una cruel sentencia. Y no faltó quien le persuadiese á que dejase heredero á César de la mayor parte de sus bienes, para asegurar de esta manera el resto á sus nietos. Mas él, dando de mano á este consejo, por no manchar su vida pasada hasta allí poco menos que en libertad con hacer al fin de ella este acto tan bajo y servil, da á sus esclavos todo el dinero de contado con que se hallaba, y manda que de los muebles y alhajas de casa se lleve cada uno lo que pudiese dejando solamente tres camillas en que poder hacer con sus cuerpos los últimos oficios. Entonces en el mismo aposento y con un mismo hierro se abren todos tres las venas; y cubriéndose cada uno de ellos con sus vestidos todo lo que era necesario para conservar su honestidad, se hacen meter en baños de agua caliente, y mirando el padre á la hija, la abuela á la nieta y ella á entrambos, pedían al cielo á porfía unos de otros les concediese el acabar de arrancar el alma, que ya poco á poco se les iba despidiendo, antes que los suyos, para consolarse siquiera con dejarlos vivos, aunque por tan breve espacio como el que podía dilatárseles la muerte. Observó en esto la fortuna el orden de naturaleza, espirando primero el más viejo y siguiendo los otros por su ancianidad. Acusáronlos después de enterrados, y decretóse que fuesen castigados conforme á la costumbre de los antiguos. Mas interponiendo Nerón su autoridad, se moderó el decreto, concediéndoles que escogiesen la manera de muerte que les diese gusto. Tales eran las burlas y escarnios que se añadían á los consumados y públicos homicidios.

Publio Galo, caballero romano, por haber sido estrecho amigo de Fenio Rufo y no enemigo de Vetere, fué condenado en destierro con la ordinaria prohibición d fuego y

el agua. Al liberto y al acusador, en premio de esta buena obra, se concedió lugar en el teatro entre los maceros de los tribunos. Al mes de Mayo, que sigue al de Abril, llamado también Neronio, se le puso el nombre de Claudio, y á Julio el de Germánico; afirmando Cornelio Orfito, que lo votó, que acordadamente se había dejado á Junio, porque el haber sido muertos en aquel mes por sus maldades dos Torcuatos, hacía infausto y desdichado el nombre Junio.

A este mismo año, señalado con tan notables maldades, señalaron también los dioses con tempestades y pestilencia, quedando destruída la provincia de Campania con grandes torbellinos y vientos que echaron por tierra las casas, arrancaron los árboles y destruyeron los frutos, hierbas y plantas de la tierra. La violencia de la tempestad llegó hasta los contornos de Roma, en la cual, sin que se echase de ver señal alguna de destemplanza de aire, arrebataba la furia de la pestilencia á toda suerte de gente, hinchiendo las casas de cuerpos muertos y las calles de mortuorios. No había sexo ni edad exento ni seguro de este peligro. Con la misma prisa morían los libres y los esclavos. Entre los llantos y lamentos de las mujeres y de los hijos sucedía topar la muerte con los que parecían más sanos, y arrebatándolos, dar con ellos en las hogueras que habían ellos mismos aparejado para sus difuntos. La muerte de los caballeros y senadores, aunque tan descortés y arrebatada con ellos como con el ínfimo vulgo, no era tan digna de llanto, pues con un fin común y natural prevenían á la crueldad del príncipe. En aquel año se hicieron nuevas levas de soldados en la Galia Narbonense, en Africa y en Asia para rehacer las legiones del Ilírico, de las cuales se habían despedido muchos con licencia por viejos y enfermos. El daño que á esta causa padecieron los Leoneses mandó satisfacer el príncipe, dándoles cien mil ducados (cuatro millones de sestercios) para restaurar lo que había perdido aquella ciudad, la cual en las turbulencias pasadas de la

república, voluntaria y prontamente nos dió la misma suma.

En el consulado de Cayo Suetonio y Lucio Tiselino, Ansitio Sosiano, que, como he dicho, fué desterrado perpetuamente por ciertos versos que hizo en vituperio de Nerón, viendo cuán honrados eran del príncipe todos aquellos que, haciéndose fiscales, le daban ocasiones de ejercitar su crueldad, siendo él hombre inquieto y pronto en aprovecharse de las ocasiones, se hace gran enemigo de Pamenes, desterrado en el mismo lugar, y hombre que, por ser famoso astrólogo, tenía estrecha familiaridad con muchos, valiéndose de la semejanza de sus fortunas para domesticarse con él. Y juzgando que no sin causa le venían tantos despachos y consultas, viene á saber que Publio Anteyo le daba para su sustento cada año cierta provisión de dinero, no ignorando que Anteyo, por la amistad que había tenido con Agripina, era aborrecido de Nerón, ni que sus grandes riquezas, causa de la ruina de muchos, eran muy á propósito para encenderle en codicia de ellas. Con esto, habiendo procurado haber á las manos ciertas cartas de Anteyo, y hurtando los papeles donde estaba levantada la figura de su nacimiento, que los guardaba Pamenes entre los más secretos, y viendo casualmente en ellos algunas cosas que había también escritas sobre el nacimiento y vida de Ostorio Escapula, escribe al príncipe que si le alzaba el destierro por un breve tiempo, le contaría grandes cosas tocantes á su propia salud. Porque Anteyo y Ostorio tenían designios de estado, y andaban investigando sus hados y los de César; el cual, en recibiendo el aviso, manda despachar una ligera liburnica (1) en que con gran presteza fué traído Sosiano á

---

(1) Especie de nave de guerra construída conforme á un modelo inventado por los piratas de Iliria y adoptado por la marina romana después de la batalla de Accio. Era de forma prolongada y terminaba por ambos extremos en punta; tenía, según sus dimensiones, uno ó varios órdenes de remos y una ó

Roma. Divulgada en tanto la acusación, eran tenidos Anteyo y Ostorio antes por condenados que por reos; tal, que nadie se atreviera á sellar y firmar el testamento de Anteyo si Tigelino no se encargara de la culpa en que por ello se podía incurrir; pero no se olvidó de advertirle ante todas cosas que procurase vivir lo menos que pudiese después de cerrado el testamento. Y él, habiendo tomado el veneno, enfadado de su lenta operación se apresuró la muerte cortándose las venas.

Hallábase en este tiempo Ostorio en cierta heredad suya harto apartada en los confines de Liguria, donde se envió un centurión con orden de matarle sin dilación alguna: y la causa era porque, teniendo Ostorio nombre de soldado valeroso, habiendo sido honrado en Inglaterra con una corona cívica, y siendo de gran fuerza de cuerpo y destreza en las armas, temía Nerón el ser acometido por él, si se le daba tiempo; como quien vivía siempre medroso, y más, después que se descubrió la conjuración. El centurión, pues, habiendo tomado todos los pasos de la quinta para que no se pudiese escapar, declaró á Ostorio el mandamiento imperial: el cual usó entonces contra sí mismo el valor que muchas veces había ejercitado contra los enemigos. Y porque las venas cortadas echaban de sí poca sangre, sirviéndose en aquella ocasión de la mano de un esclavo suyo, mandándole que tuviese bien firme el puñal, apretando él y llevando para sí la diestra del esclavo, le fué á encontrar con la garganta, y se degolló.

Verdaderamente que aunque yo contase las guerras extranjeras y las muertes sucedidas por servicio de la república con tanta semejanza en los sucesos, no sólo me causaría á mí mismo enfado, pero daría bastante ocasión de tenerle á todos los que me escuchan. Porque no sé yo á

---

muchas velas, con el mástil en el centro y vela latina, en vez de la cuadrada que se usaba en las demás embarcaciones.

quién puede dejar de causar horror el ver tantas y tan continuas muertes de ciudadanos, aunque recibidas con constancia y valor: y por remate de ellas una paciencia tan servil como la que vamos notando, y tanta sangre derramada y perdida dentro de casa; cosas que fatigan el ánimo y le aprietan y afligen de dolor. Y no pediré otra cosa á los que llegaren á leer estos escritos, sino que no aborrezcan á los que se dejaban matar tan bajamente; porque no eran acciones suyas, sino una ira cruel de los dioses contra el imperio romano, que no pudo desfogarse de un golpe y de sola una vez, como en rotas de ejércitos ó ruinas de ciudades. Concédase esto á la descendencia de los hombres ilustres; que así como se diferencian con la solemnidad de los mortuorios y entierros de la gente común, asimismo en la relación de sus postrimerías tengan una memoria propia y particular.

Fueron hechos morir como en tropa dentro de breves días Anelo Mela, Cerial Anicio, Rufo Crispino y Cayo Petronio. Mela y Crispino eran caballeros romanos y en autoridad y riquezas iguales á cualquier senador. Crispino, que había sido prefecto del pretorio y recibido las insignias consulares, poco antes desterrado á Cerdeña por el delito de la conjuración, advertido de que estaba ya decretada su muerte, se la dió él mismo. Mela, hermano de Galión y Séneca, se había siempre abstenido de pedir oficios y honores públicos por una nueva manera de ambición, deseando ser sólo, entre los caballeros romanos, igual en poder y autoridad á los hombres consulares. Pensó también enriquecerse más presto con la procura y factoría de los negocios del príncipe, ayudando mucho al aumento de su esplendor el haber tenido por hijo á Aneo Lucano. Muerto Lucano, mientras con gran vehemencia y rigor va buscando su hacienda, provocó por acusador contra sí á Fabio Romano, uno de los amigos más íntimos de Lucano. Fingió éste que el padre y el hijo habían intervenido juntos en la

conjuración, contrahaciendo unas cartas de Lucano, las cuales, vistas por Nerón, mandó que se llevasen á Mela, deseoso de entregarse en sus riquezas; pero Mela se abrió las venas, que en aquel tiempo era el camino más pronto y usado para dejar voluntariamente la vida, dejando otorgado un codicilo en que legaba gran suma de dinero á Tigelino y á su yerno Cosuciano Capitón, para asegurar las mandas que hacía de lo restante. Añadióse á sus codicilos, como si lo hubiera dejado escrito así, «quejándose de la injusticia de su muerte, que él moría sin culpa, y que vivían Rufo Crispino y Anicio Cerial, enemigos declarados del príncipe.» Creyóse que se compuso esta mentira tanto por justificar la muerte de Crispino, como porque se matase Cerial, el cual poco después se privó de la vida. Y no se tuvo de él tanta compasión como de los otros, por acordarse todos de que fué él quien reveló á Cayo César la conjuración que se le armaba (1).

De Cayo Petronio (2), aunque traté de él arriba, referiré aquí algunas cosas más. Tenía Petronio por costumbre dormir los días, y valerse de las noches para hacer en ellas sus negocios y tomar sus deleites, regalos y pasatiempos. Y como otros por su industria y habilidad, éste por su negligencia y descuido había ganado reputación; y con todo eso no era tenido por tabernero y desperdiciador, como lo suelen ser muchos que por este camino consumen sus haciendas, sino por hombre que sabía ser vicioso con cuenta y razón. Sus dichos y hechos, cuanto por vía de simplicidad

---

(1) El autor de esta conjuración, de la cual apenas hablan Suetonio y Dión, era ese Emilio Lépido que fué cuñado de Calígula y amante de dos de sus hermanas.

(2) No se sabe si éste es el Tito Petronio Arbíter, autor del *Satiricón*, ó ese otro de quien dice Plinio que rompió antes de morir un vaso murrino que valía trescientos talentos 6.338.400 reales vellón y que era uno de los adornos más ricos de la mesa de Nerón.

y descuido se mostraban más libres y disolutos, tanto se recibían y solemnizaban con mayor gusto. Pero, sin embargo de esto, cuando fué procónsul de Bitinia y después cónsul, dió buena cuenta de sí, y se mostró vigilante en los negocios públicos. Vuelto después á los primeros vicios ó á su imitación, fué recibido de Nerón por uno de sus más íntimos familiares, para ser árbitro y juez de las galas y términos cortesanos; no teniendo Nerón por gustoso ni agradable en aquella gran abundancia y avenida de vicios sino sólo aquello que aprobaba Petronio; de donde tuvo origen el aborrecimiento de Tigelino, como contra émulo y competidor suyo, y más privado que él en las materias deleitosas y sensuales. Tigelino, pues, tomó para derribarle el camino de la crueldad del príncipe, inclinación á que se rendían en él todas las demás, imputando por delito á Petronio la amistad que había tenido con Cevino, y sobornando á uno de sus esclavos para que sirviese de acusador. Con esto, por quitarle la comodidad de defenderse, hizo arrebatar la mayor parte de su familia y ponerla en estrechas prisiones.

Acaso había ido César aquellos días á la provincia de Campania, y llegando Petronio hasta Cumas, fué detenido allí; y aunque tomó luego resolución de no sufrir más las dilaciones en que le tenían el temor y la esperanza, no quiso dejar la vida precipitadamente, antes haciéndose abrir las venas y vendar después para poderlas soltar á su voluntad, se estaba en conversación con sus amigos, tratando, no de cosas graves ni cuales se suelen decir para ganar fama de constancia, antes en vez de gustar que le tratasen de la inmortalidad del alma y de las opiniones de los sabios, oía con gusto poesías insustanciales y versos fáciles y leves. De sus esclavos á unos hizo dar dineros y á otros azotes. Paseóse por las calles, dejóse después vencer del sueño para que su muerte, aunque forzada, tuviese semejanza de fortuita. No quiso en sus codicilos, como habían hecho mu-

chos, adular á Nerón, ni á Tigelino ó á otro alguno de los poderosos, antes debajo de nombres de mozuelos deshonestos y de mujeres ruines, escribió en ellos todas las maldades del príncipe con la novedad de los estupros que había cometido; y después de sellado lo envió á Nerón, habiendo al punto roto el anillo para que no pudiese servir de poner á otros en peligro.

Considerando despues Nerón el modo con que habían podido venir á noticia do todos las disoluciones y gustos de sus noches, se le ofreció al pensamiento Silia, mujer harto conocida por serlo de un senador de quien él se había servido para todo género de deshonestidades, amiga estrecha de Petronio. A ésta, pues, añadido el título y color de no haber callado lo que había visto y sufrido en su persona al propio y particular aborrecimiento, condenó en perpetuo destierro. Y por dar gusto á Tigelino, hizo morir á Numicio Termo, que había sido pretor: porque un liberto suyo había dicho algunas cosas malsonantes de Tigelino, las cuales pagó el liberto con los tormentos excesivos que se le dieron, y su señor con la muerte no merecida que padeció.

Después de haber quitado la vida Nerón á tantos hombres señalados, quiso últimamente extirpar del mundo á la misma virtud con la muerte de Barea Sorano y de Trasea Peto, aborrecidos por él mucho tiempo antes, y en particular Trasea, por estas ocasiones más; es á saber, porque salió del senado cuando se trataba la causa de Agripina, como dije arriba, y porque había hecho poco caso de los juegos juvenales y asistido á ellos con poca atención, penetrando más altamente en su ánimo esta ofensa, porque Trasea, en la ciudad de Padua, donde había nacido, en ciertos juegos llamados cesticos, instituídos por el troyano Antenor, había cantado en hábito trágico, y también porque en el día que se condenaba á muerte al pretor Antistio por los versos hechos en vituperio de Nerón, propuso que se le mitigase la pena, y salió con ello, y finalmente, porque cuando se

decretaron á Popea las honras como á persona divina, no quiso hallarse presente ni intervenir á las exequias. Todas las cuales cosas no dejaba pasar en olvido Capitón Cosuciano, siendo de su condición inclinado á todo mal, y enemigo particular de Trasea, por cuya autoridad había sido condenado en la causa de residencia que traían contra él los embajadores silicios.

Antes fuera de las culpas ya dichas, añadía: «que Trasea se excusaba de prestar el juramento solemne que se hacía al principio del año: que no se hallaba presente á los votos, aunque era uno de los quince sacerdotes: que no se sacrificaba jamás por la salud ni por la voz angélica del príncipe: que acostumbraba asistir siempre, con tanta puntualidad, que hasta en las consultas de poca importancia solía mostrarse adversario ó fautor, y finalmente, que cuando todos los senadores á porfía concurrían contra Silano y Vetere, él sólo había querido más atender á los negocios particulares de sus clientes: que esto no era ya otra cosa que división y bandos en la república, de que con facilidad se pasaría á guerra descubierta si muchos se atreviesen á hacer lo mismo. Como ya se hablaba antiguamente de Cayo César y de Marco Catón, decía él, así ahora, oh Nerón, habla de ti y de Trásea esta ciudad, deseosa de discordias. No pienses que le faltan secuaces, ó por mejor decir, ministros, que no sólo le van imitando en la contumacia de sus opiniones, pero hasta en el hábito y en el aspecto, mostrándose severos y melancólicos para darte en rostro á ti con tu liviandad. ¿Este solo no ha de hacer caso de tu salud, ni honrar tus artes? ¿Este solo ha de menospreciar las cosas prósperas del príncipe, sin acabarse de hartar jamás de tantos llantos y dolores? El no creer que Popea sea diosa es acción del mismo ánimo, y saeta de la misma aljaba, del, que no quiere jurar los actos públicos del divo Julio y del divo Augusto, y de quien absolutamente se atreve á menospreciar las religiones y derogar las leyes. Las gacetas de Roma

se leen con mayor atención en las provincias y en los ejércitos, sólo por saber lo que ha hecho ó dejado de hacer Trasea. Ó pasémonos nosotros á sus leyes, si son mejores, ó quítese la ocasión y la cabeza á tantos como hay deseosos de novedades. Esta secta también en la antigua república engendró los odiosos nombres de Tuberones y de Favonios (1). Estos, para arruinar el imperio, se sirven del nombre de libertad; y si salen con la suya, darán también con la libertad en tierra. En vano te has quitado de delante á Casio, si sufres que crezcan y cobren vigor los émulos de Bruto. Finalmente, no deliberes ni escribas tú cosa alguna de Trasea, sino deja que lo alterquemos nosotros en el senado.» Alaba Nerón el ánimo airado de Cosuciano, y añádele por compañero para seguir la acusación á Marcelo Eprio, hombre de mordaz y aguda elocuencia.

En tanto Ostorio Sabino, caballero romano, había ya acusado á Barea Sorano por cosas de su proconsulado de Asia: en el cual con su industria y entereza aumentó el enojo y

(1) «Q. Elio Tuberón, dice Cicerón, Brut. 31, no sólo practicaba en toda su severidad los principios de la fisolofía estoica, sino que los llevaba hasta la exageración. Su lenguaje era como sus costumbres, duro, austero y descuidado, y por lo tanto, no pudo alcanzar la gloria á que llegaron sus antepasados. Por lo demás, fué un ciudadano de gran resolución y animoso, y uno de los más constantes adversarios de los Gracos.» El mismo Cicerón refiere en su arenga, *pro Murena*, que habiéndose encargado á Tuberón que hiciese los preparativos para un convite funerario que daba Q. Máximo al pueblo en honor de Scipión Africano, dispuso que las camas, de una forma común, estuviesen cubiertas con pieles de macho cabrío, y mandó servir la comida en vajilla de barro. Tan intempestiva economía desagradó al pueblo, y ese hombre íntegro, excelente ciudadano, nieto de Paulo Emilio y sobrino del Africano, se vió desairado al pretender la pretura, á causa de sus pieles de macho cabrío: *hædinis pelliculis prætura dejectus est*.— Favonio, amigo de Catón, se gloriaba de imitar en todo á ese Romano de una virtud tan rígida, y muchas veces no hacía más que exagerar sus principios de una manera más perjudicial que útil á la causa de la libertad.

ofensas del príncipe, que en particular sintió que se encargase de abrir el puerto de Efeso, y que dejase sin castigo á los vecinos de la ciudad de Pérgamo de la violencia que cometieron contra Acrato, liberto de César, impidiéndole el llevarse todas las estatuas y pinturas que en ella había; aunque el delito que más se le acriminaba era la amistad de Plauto, y la ambición con que había procurado granjear el favor de la provincia para nuevas esperanzas. Escogióse para hacer estas condenaciones el tiempo en que Tiridates había de entrar en Roma para recibir el reino de Armenia, porque con aquel rumor de cosas extranjeras se disimulasen mejor las maldades de casa; si ya no lo hizo Nerón para dar muestras de su grandeza imperial con la muerte de dos varones tan insignes, como con una hazaña digna de reyes y de monarcas.

Concurriendo, pues, toda la ciudad á recibir al príncipe y á ver al rey, se le prohibió á Trasea el salir al recibimiento; mas no por esto se perdió de ánimo, antes hizo un memorial á Nerón pidiéndole declarase lo que se le imputaba, y ofreciendo justificarse si se le daba noticia de las culpas y tiempo de defenderse. Tomó Nerón muy aprisa el memorial, creyendo que Trasea, medroso de lo que se trataba contra él, diría alguna cosa que redundase en gloria del príncipe y en mengua de su reputación; y como esto no le salió según se imaginaba, temiendo el rostro, el espíritu y la libertad de este varón inocente, manda juntar los senadores. Consultando entretanto Trasea con sus parientes y amigos si debía tentar ó dejar la defensa, los halló de vario parecer.

Los que alababan el ir al senado, decían: «que estaban seguros de su constancia, y tenían por cierto que no diría cosa que no le pudiese servir de aumento de gloria. Los viles y tímidos, decían éstos, se encierran y esconden para morir. Vea el pueblo á un hombre que sale á recibir á la muerte: oiga el senado sus palabras más que humanas y

como procedidas de alguna deidad tan eficaz, que pueda la grandeza de este milagro mover hasta el ánimo fiero del mismo Nerón. Y cuando demos que persevere en su crueldad, ¿quién ignora que no diferenciarán nuestros descendientes con otra cosa la muerte generosa y noble de la infame y vil, que con la bajeza de los que supieren que acabaron con silencio?»

Al contrario, los que eran de parecer que debía esperar el suceso en su casa, cuanto á la persona de Trasea decían lo mismo: «mas que yendo se ponía en manifiesto peligro de padecer mil afrentas y vituperios, de que era bien apartar los oídos un hombre tan grave como Trasea: que no eran solos Cosuciano y Eprio los que estaban prontos á ejecutar contra él cualquier maldad, pudiéndose creer que no faltaría quien se atreviese á ponerle las manos y herirle; pues hasta los buenos, llevados del temor, suelen seguir la fiereza y crueldad del mal príncipe: que antes debía, para quitarle al senado, por cuya reputación había mirado siempre, la ocasión de poder incurrir en tan vil hazaña, dejar en duda lo que hubiera resuelto después de ver á Trasea como culpado delante de sí: que eran muy vanas esperanzas las que se fundaban en que pudiese Nerón avergonzarse de sus maldades; debiéndose antes temer que aquello mismo serviría de moverle á ejercitar nuevas crueldades contra su mujer, contra su familia y contra sus prendas más caras. Y que así, sin sufrir ultrajes ni afrentas, procurase seguir en la muerte la gloria de aquellos cuyas pisadas y estudios había seguido en la vida.» Estaba presente á este consejo Rustico Aruleno (1), mozo de ardiente espí-

(1) Era pretor cuando tuvo lugar en las calles de Roma el sangriento combate entre los dos bandos de Vitelianos y Flavios. Fué muerto en tiempo de Domiciano por haber escrito una vida de Trasea, y el delator Régulo, no contento con haber contribuido á su desgracia, insultaba su memoria llamándole en un escrito público *mono de los estoicos*.

ritu, el cual, deseoso de honra, se ofreció á oponerse al decreto del senado, por ser, como era, tribuno del pueblo; y lo hubiera hecho si Trasea no refrenara aquellos espíritus levantados, rogándole «que no emprendiese vanamente cosas que, no habiendo de aprovechar al reo, podían ocasionar la ruina del intercesor; pues él, que se veía haber llegado ya al fin de sus días, no pensaba mudar la forma de vivir que había continuado por tantos años, donde Rustico estaba entonces en el principio de los magistrados, y entera todavía para con él la esperanza de los honores y oficios venideros, en que se podía gobernar como mejor le pareciese, y advertir muy despacio el tiempo en que comenzaba á encargarse de los negocios públicos.» Cuanto á si le estaba bien ir al senado, tomó algún tiempo para consultar consigo mismo.

Al asomar del siguiente día, dos cohortes pretorias armadas ocuparon el templo de Venus engendradora, y una tropa de gente de toga, no con armas secretas, sino descubiertas, se puso á la entrada del senado, viéndose esparcidos por las plazas y por las lonjas de los templos escuadras de gente de guerra. Entre cuyos semblantes fieros y amenazas bárbaras, entrados los senadores en la curia, se oyó la oración del príncipe recitada por su cuestor (1); en la cual, sin nombrar á alguno en particular, reprendía y culpaba á los senadores, diciendo: «que desamparaban los cuidados de la república, y que con su ejemplo se daban también al ocio los caballeros romanos; y que así no era maravilla que viniesen á ocupar los oficios públicos de Roma gentes de las provincias más remotas, pues que muchos de los naturales, en alcanzando el consulado ó la dig-

(1) No á todos los que componían el colegio de los cuestores, dice Lipsio, se les daba esta comisión, y sí sólo á los candidatos de los príncipes. Por esto dice claramente Tácito: *Quæstorem ejus*, y en algunas inscripciones se halla de este modo: QUÆSTOR. AUG.—*N. de la E. E.*

nidad sacerdotal, querían antes ocuparse en los regalos de sus huertos que en pagar su debida y natural obligación á la república.»

Tomaron al punto los acusadores este pensamiento como por armas de su pretensión, y habiendo comenzado Cosuciano, le interrumpió Marcelo, gritando con mayor vehemencia: «Que en aquello se trataba del punto más importante de cuantos se podían ofrecer en la república, y que con la contumacia y obstinación de los inferiores se disminuía la benignidad del emperador: que habían sido los senadores hasta aquel día demasiado sufridos, pues dejaban sin castigo á Trasea, rebelde al imperio, y á su yerno Helvidio Prisco, llevado del mismo furor, junto con Paconio Agripino (1), heredero del paternal aborrecimiento contra los príncipes, y Curcio Montano, inventor de versos abominables: que si Trasea, contra los institutos y ceremonias de los antepasados, no se hubiera vestido descubiertamente en traje de enemigo y de traidor á la patria, él procurara hallarse, como varón consular en el senado, como sacerdote en los votos, y como ciudadano en el juramento. Finalmente, que aquel hombre, acostumbrado á hacer de senador y á defender á los que murmuraban del príncipe, viniese allí personalmente y declarase lo que quería mudar ó corregir; que más fácilmente le sufrirían el ir reprendiendo las cosas de una en una, que no el condenarlas á todas con su silencio. ¿Desagrádale, decía, por ventura la paz universal del mundo, ó las victorias sin daño de los ejércitos? No se permita que un hombre que se entristece con el bien público; que tiene por solitarios desiertos á las plazas, á los teatros y á los templos, y que le parece una gran amenaza el decir cada día que se quiere condenar á perpetuo

(1) Su padre, después de haberse constituído en acusador de Silano, procónsul de Asia, de quien había sido cuestor, fué acusado á su vez de crimen de lesa majestad y sacrificado á la recelosa crueldad de Tiberio.

destierro, venga á conseguir el fin de su ambición maligna. Si no le parecen á él decretos ya los que el senado determina, ni los magistrados magistrados, ni Roma Roma, apártese de ella y vaya á vivir fuera de una ciudad de cuyo amor despojado primero, quiere ahora también privarse de su vista.»

Mientras Marcelo, con estas y semejantes invectivas, ceñudo y amenazador, se iba más y más inflamando en la voz, en el rostro y en los ojos, no mostraba el senado exteriormente la tristeza acostumbrada por la continuación de los peligros; antes entrando en los ánimos de todos otro más nuevo y más profundo espanto, miraban las manos y las armas de los soldados, y juntamente tras esto se les representaba ante los ojos el venerable aspecto del mismo Trasea; y había muchos que se compadecían también de Helvidio, figurándoseles que había de pagar la pena de la inocente afinidad. «¿Qué otra cosa, decían, se le imputó á Agripino que la mala fortuna de su padre, el cual, con tan poca culpa como ahora el hijo, murió también á manos de la crueldad de Tiberio? Y verdaderamente, Montano, varón de honesta y loable juventud, había sido desterrado, no por haber infamado á nadie con sus versos, sino porque se atrevió á mostrar su ingenio y agudeza.»

Entretanto Ostorio Sabino, acusador de Sorano, comenzó por la amistad que Sorano había tenido con Rubelio Plauto, y prosiguió diciendo: «que cuando fué procónsul de Asia, no había puesto la mira tanto al provecho público como al aumento de su reputación, y que á este fin alimentó las discordias y alborotos de la ciudad.» Estas eran las cosas viejas; mas de nuevo, para causar mayor peligro al padre, comenzó á acusar á su hija culpándola de que había repartido mucho dinero entre mágicos. No hay duda en que esto fué así, y que lo causó el excesivo amor que Servilia, este era el nombre de la moza, tenía á su padre, y no menos, el haberse dejado llevar de la inconsideración y poca pruden-

cia de su edad; pero no sobre otra cosa que sobre la salud de su casa, y si se aplacaría Nerón, ó si el Senado, en cuyas manos estaba la causa, tomaría contra él alguna terrible resolución. Traída, pues, al senado, estaban en pie los dos delante del tribunal de los cónsules; el padre á una parte, de mucha edad, y la hija menor de veinte años, viuda, sola y desamparada de su marido Anio Polión, que poco antes había sido desterrado, sin osar mirar á su padre, pareciéndole haber con sus propias culpas aumentádole la carga de los peligros.

Entonces preguntándole el acusador si había vendido los atavíos y vestidos dotales y quitádose del cuello las cadenas, collares y otras joyas para juntar dineros con que poder hacer los sacrificios mágicos, ella, arrojándose primero en tierra, llorando un gran espacio sin hablar palabra, abrazando después los altares y el ara, dijo: «Yo no invoqué jamás á ninguno de los dioses crueles, ni hice encantamientos ni conjuros, ni encaminé á otro fin mis infelices ruegos, sino á que tú, César, y vosotros, senadores, me conservaseis salvo y seguro á este mi buen padre. Para esto, no lo niego, he dado las joyas, los vestidos y las insignias de mi nobleza, así como diera mi sangre y mi propia vida si me la pidieran. Estos, á quienes no conocí antes de ahora y cuyos nombres jamás supe, ni el arte que ejercitan, pueden decir si cuando se ofreció nombrar al príncipe traté de él sino como de uno de los demás dioses; pero nada de esto sabe mi infelice padre. Y así, si esto es al fin delito, yo sola le he cometido.»

A esto tomó su padre la mano, cortándola el hilo de sus razones, y á grandes voces dijo: «Que no habiendo estado Servilia con él en la provincia, ni conocido á Plauto, ni por su poca edad podido interesarse en los delitos de su marido, no hallándose en ella otra culpa que exceso de amor, debían separarse las causas de padre é hija, fuese bueno ó malo el suceso de la que se trataba contra él.» Dichas estas

palabras, saliendo á recibir los abrazos que le ofrecía su hija, se lo impidieron los lictores poniéndoseles delante. Dióse después lugar á que dijesen los testigos, y cuanto había movido á lástima la crueldad de la acusación, tanto movió á ira la deposición de Publio Egnacio. Este, siendo uno de los clientes de Sorano, comprado en esta ocasión para oprimir al amigo, se acreditaba con profesar la secta estoica, y con el traje y el rostro ejercitado en parecer amador de toda cosa virtuosa y honesta, aunque en lo secreto de ánimo engañoso y traidor, cubría su avaricia y sus apetitos deshonestos. Mas pudiendo al fin más el dinero que su disimulación, nos dió un ejemplo nobilísimo y un provechoso escarmiento para guardarnos y recatarnos más de los falsos profesores de virtud que de los declaradamente perjudiciales y manchados de vicios.

Diónos también este mismo día otro ejemplo harto honrado en Casio Asclepiodato; el cual, siendo el más principal por sus grandes riquezas entre los de la provincia de Bitinia, siguió y celebró á Sorano en la adversidad con el mismo respeto y obediencia que le había celebrado y seguido en la próspera fortuna, á cuya causa fué despojado de todos sus bienes y condenado en destierro. Tal es la benignidad de los dioses, que dan á un mismo tiempo estos documentos y ejemplos de bien y de mal. A Trasea, á Sorano y á Servilia se les concedió que pudiesen elegir la manera de muerte que quisiesen. A Helvidio y á Paconio desterraron de Italia. De Montano se hizo gracia á su padre, inhabilitándole primero para los oficios públicos. A cada uno de los acusadores Eprio y Cosuciano se dieron ciento y veinte mil ducados (5.000.000 de sestercios), y á Ostorio treinta mil (1.200.000 ídem), con privilegio de poder usar de las insignias que usaban los cuestores.

Aquel mismo día, al anochecer, se envió el cuestor del cónsul á Trasea, que se estaba en sus huertos en continua conversación y concurso de hombres y mujeres ilustres

que iban á visitarle, atendiendo él particularmente á Demetrio, hombre docto y de la secta cínica, con el cual, por lo que se podía conjeturar de las acciones del rostro y de algunas palabras que se oyeron por haberlas dicho en voz más alta, iba discurriendo de la naturaleza del alma y de la separación que hace el espíritu del cuerpo; hasta que, llegado Domicio Ceciliano, uno de sus mayores amigos, le refirió la deliberación del senado; y comenzando á llorar todos los que se hallaban presentes, Trasea les persuadió á partirse luego de allí por no mezclar su fortuna con la desdicha del condenado. Y queriendo su mujer Arria morir con él y seguir el ejemplo de su madre Arria (1), la ruega que conserve la vida, por no privar de aquel único socorro y amparo á la hija común.

Entonces, saliendo á los corredores de su casa, le halló allí el cuestor harto alegre por haber entendido que á su yerno Helvidio no le daban otra pena que desterrarle de Italia. Y recibiendo después el decreto del senado, lleva consigo al aposento donde dormía á Helvidio y á Demetrio, donde extendiendo entrambos brazos, después que comenzó á salir la sangre, derramándola por el suelo, y llamando al cuestor que se llegase más cerca: «Sacrifiquemos, dijo, á Júpiter librador. Y tú, mozo, advierte, no plegue á los dioses que yo diga esto con mal agüero tuyo, que has nacido en tal tiempo que es necesario fortalecer el ánimo con

(1) Arria, suegra de Trasea, era mujer de Peto Cecina, el cual tomó parte en el levantamiento de Escriboniano contra Claudio. Condenado á darse la muerte, preparábase á ella, cuando hiriéndose la primera su esposa, le alargó el ensangrentado puñal que acababa de arrancarse del pecho, diciéndole: «Toma, eso no hace daño.» Marcial echó á perder esta expresión, casi sublime, creyendo acaso mejorarla cuando pone en boca de Arria las siguientes palabras:

.....vulnus quod feci non dolet, inquit,
sed tu quod facies, hoc mihi, Pæte, dole.

ejemplos de constancia.» Después, por el gran dolor que le ocasionaba la dilación de la muerte, vuelve los ojos hacia Demetrio..... (1).

---

(1) Mr. Burnouf une los *Anales* á las *Historias* por medio de un sumario cronológico que hace más sensible la pérdida de lo que falta de la primera de las obras de Tácito, en cuanto deja adivinar los brillantes colores que derramaría sin duda este excelente pintor de los hechos humanos sobre tan rica tela. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán que continuemos aquí dicho sumario, siquiera sea para llenar el vacío que se nota en nuestras traducciones del grande historiador latino.

A. de R. 819, de J. C. 66.

Destierro del filósofo estoico Cornuto, maestro de Perseo y de Lucano.

Tiridates recibe de Nerón la corona de Armenia. Celébranse con este motivo magníficas fiestas, en las cuales el emperador toca la lira y baja á conducir su carro en el circo delante del príncipe asiático. Tiridates lleva operarios de Roma para reedificar Artaxate.

Nerón es aclamado *imperator*, y cierra el templo de Jano. Apasionado por la magia, obliga á los magos venidos con Tiridates á que le den lecciones de este arte, que no logra, sin embargo, aprender.

Insta también á Vologeso para que vaya á Roma, y como éste se niegue á complacerle, propónese declararle la guerra. Proyecta al propio tiempo una expedición á Etiopía.

Hace matar á Antonia, hija de Claudio, que se negaba á darle su mano, y toma por esposa á Estatilia Mesalina.

Levantamiento de los Judíos; dase á Vespasiano el encargo de reprimirlo.

A fines de este año parte Nerón para Grecia, donde permanece todo el siguiente. Durante su ausencia gobierna en Roma el liberto Helio.

A. de R. 820, y 67 de J. C.

Consulado de L. Fonteyo Capito y de C. Julio Rufo.

Nerón se da en espectáculo en todos los juegos de Grecia, donde alcanza mil ochocientas coronas

Declara á la Grecia libre, al par que la devasta con sus robos y crueldades.

Emprende cortar el istmo de Corinto, y después de haberlo verificado en una longitud de cuatro estadios, abandona de repente su propósito.

Helio aterroriza á Roma con sus asesinatos, á la vez que Policletes la saquea con sus robos.

Nerón invita á Corbulón á que pase á Grecia por medio de una carta en que le llama su protector y su padre; mas apenas llega á Cencrés, le envía orden de que se mate. Manda también á los dos hermanos Escribonios que se abran las venas.

Condena á muerte al pantomimo Paris, que no había podido lograr que aprendiese su arte.

Cecina Tusco, prefecto de Egipto, es desterrado por haberse servido en Alejandría de unos baños construídos para el príncipe.

Nerón entra en Roma en el carro triunfal de Augusto. Es descubierta en Benevento una conjuración tramada por Vinicio.

A. de R. 821, y 68 de J. C.

Consulado de C. Silio Itálico y de M. Galerio Tracalo. Al volver Nerón á Nápoles para representar en el teatro, llega á su noticia la sublevación de Víndex en las Galias.

Este escribe repetidas veces á Galba, gobernador de la provincia Tarraconense en España, quien después de haber estado vacilando algún tiempo, se declara lugarteniente del senado y del pueblo romano. Este suceso tuvo lugar á principios de Abril.

Regresa Nerón á Roma Su terror al saber que Galba acaba de tomar aquel título. Pone á precio la cabeza de Víndex, y hace declarar á Galba enemigo público. Mientras que procura sacar dinero de todos y reunir tropas, abandonan su causa los que ejercen algún mando en las provincias.

Virginio, que había permanecido fiel, no á Nerón, sino á la república, marcha contra Víndex. Las legiones romanas y el ejército galo llegan á las manos sin orden de sus generales, y Víndex, completamente derrotado, se da la muerte. Virginio se niega á aceptar el imperio para sí y á apoyar á Galba.

Perplejidad de este último, que renuncia por un momento á su empresa.

Nerón duda si huir á Egipto ó refugiarse entre los Partos, ó ponerse en manos de Galba, ó subir á la tribuna y pedir perdón al pueblo romano.

En esto Ninfidio Sabino, uno de los prefectos del pretorio, persuade á sus soldados que abandonando á Nerón proclamen á Galba.

Nerón huye de noche, casi desnudo, y se refugia en una casa de su liberto Phaon, á cuatro millas de Roma.

El senado le declara enemigo público, le condena á muerte y reconoce á Galba emperador.

Nerón se decide por fin á morir, y manda hacer los prepara-

tivos de sus funerales, exclamando de vez en cuando: «¡qué triste fin para tan grande artista! *qualis artifex pereo!*»

Al momento en que iban á cogerlo los caballeros enviados en su seguimiento, se atraviesa el cuello con un puñal, que su liberto Epafrodito le ayuda á clavarse. Asi murió Nerón el 11 de Junio, extinguiéndose en él la familia de Augusto.

Icelo viene á España á anunciar á Galba la muerte de Nerón y el decreto del senado en favor suyo.

Virginio rehusa de nuevo el imperio y hace que sus legiones reconozcan á Galba.

Vespasiano envia á su hijo Tito á ofrecer sus homenajes al nuevo Emperador.

Aprovechándose de la ausencia de Galba, Ninfidio intenta usurpar el imperio; pero es asesinado por los pretorianos.

Llega Galba á Roma.

VIDA

DE

JULIO AGRÍCOLA

VIDA DE JULIO AGRÍCOLA

Aquella costumbre antigua de escribir y dejar en memoria para los descendientes los hechos y costumbres de los varones esclarecidos, aun no ha dejado en nuestros tiempos esta edad, aunque poco curiosa de los suyos, siempre que alguna grande é ilustre virtud venció y sobrepujó la ignorancia, envidia y aborrecimiento de lo bueno; vicio común á las pequeñas y á las grandes ciudades. Mas entre los pasados, así como había más inclinación para hacer cosas dignas de memoria, y más ocasión y aparejo para ello, y se podían hacer más al descubierto, así también cualquiera de famoso ingenio se movía á dejar memoria de la virtud, por el precio que sacaba de cumplir con la buena conciencia, y sin ser llevado de favor ni ambición. Y muchos hubo á quien les pareció que el contar ellos mismos su vida era más confianza que tenían de sus costumbres que arrogancia. Ni esto fué causa en Rutilio y Scauro (1) de que no se les die-

(1) Prisco Rutilio Rufo, gobernador en Asia, había sido siempre un modelo da desinterés y de equidad; y sin embargo, vióse á su vuelta acusado de cohecho y de robo por los caballeros romanos, cuyas vejaciones se había atrevido á reprimir, á

se crédito, ni de murmuración. Que tanto como esto se juzgan bien las virtudes en los tiempos que se producen fácilmente. Pero yo, habiendo de contar ahora la vida de un hombre muerto, tuve necesidad de licencia; la cual no habría pedido si no hubiera de topar en tiempos tan crueles y tan enemigos de las virtudes.

Hemos leído que fué delito capital en Arulena Rustico (1) haber alabado á Peto Trasea, y en Herenio Seneción (2) á Helvidio Prisco, y que la crueldad no sólo paró en los mismos autores, sino que también se extendió contra sus libros, habiendo cometido á los tres varones (3) el cargo de que

---

pesar de ser entonces, gracias á sus riquezas, la clase más poderosa del Estado, y de que, dueños de las provincias cuyas rentas tenían arrendadas, lo eran de los tribunales en Roma. Rutilio, desterrado de su patria, escogió para su retiro la misma provincia que se le acusaba de haber oprimido, y donde recibió el premio de sus virtudes con las distinciones y honores que á porfía le prodigaron los pueblos del Asia y los reyes aliados.

Marco Emilio Escauro, que escribió, lo mismo que Rutilio, las memorias de su vida, fué veinticinco años consecutivos príncipe del senado. Salustio es el único escritor que se haya atrevido á echar algún borrón sobre la fama de ese grande hombre, de quien Cicerón y Tácito hablan con el mayor respeto.

(1) Siendo tribuno del pueblo en tiempo de Nerón, quiso oponerse, en calidad de tal, á la sentencia que iba el senado á pronunciar contra Trasea; mas el acusado rehusó este socorro que, ineficaz para salvarle, hubiera podido comprometer á su generoso amigo. Como más adelante escribiese el elogio de Traseas, fué condenado á muerte en tiempo de Domiciano, quien parecía haberse encargado de satisfacer las venganzas de Nerón. V. ANN., lib. XVI, cap. XXVI; HIST., lib. III, capítulo LXXX.

(2) Fué cuestor de España bajo el reinado de Domiciano. Escribió la vida de Helvidio Prisco á ruegos de Fannia, su viuda. Esta obra, y sobre todo una animosa denuncia de los latrocinios de un procónsul que gozaba de mucho crédito, fueron causa de su muerte.

(3) Estos triunviros estaban encargados de la guardia de los presos y de las ejecucioues. La costumbre de condenar los escritos á las llamas data del tiempo de Augusto, en el cual fué entregado á ellas una obra detestable de un faccioso sin nombre.

se quemasen en la plaza y en el lugar de las juntas públicas las memorias de aquellos esclarecidos ingenios. Y era que les parecía que con aquel fuego habían de quitar la voz del pueblo romano, la libertad del senado, y la sabiduría de sus obras del linaje humano, habiendo demás de esto echado de la ciudad los profesores de la filosofía, y desterrado de ella todas las buenas artes, para que en ninguna parte se encontrase con cosa honesta. Verdaderamente dimos gran testimonio y ejemplo de paciencia: y así como la antigua edad vió todo lo último que podía haber en la libertad, así nosotros cuanto se podía ver en la servidumbre, habiéndonos quitado por medio de las pesquisas el trato común, aun de hablar y oir unos á otros. Y también hubiéramos perdido la misma memoria con el habla, si estuviera tan en nuestra mano el olvidar como el callar.

Ahora, al fin nos vuelve el ánimo y espíritu perdido. Y aunque el emperador Nerva luego en el primer nacimiento del siglo bienaventurado haya mezclado cosas que antiguamente eran incompatibles y que no podían tener compañía entre sí, el principado y la libertad, y que Nerva Trajano vaya aumentando cada día la facilidad del imperio, y que la seguridad pública haya alcanzado, no sólo su esperanza y deseo, sino también la confianza y firmeza de su mismo deseo; sin embargo, por la calidad de la flaqueza humana son más tardíos y espaciosos los remedios que los males. Y así como los cuerpos van creciendo lentamente y se acaban y perecen aprisa, así también oprimirás más fácilmente que restituirás los ingenios y estudios. Porque también nos ceba y se nos entra en los ánimos el dulzor de la misma ociosidad, y estarse holgazanes, sin hacer nada; y la pereza y flojedad que al principio era aborrecida al cabo se ama. Pues ¿qué será, si en quince años, grande espacio del siglo mortal, muchos acabaron por casos fortuitos, y todos los muy animosos y hombres de más valor y presteza de ingenio murieron por crueldad del príncipe? Pocos hemos

quedado vivos y escapado de esto; y quiero decirlo así, no sólo después de otros, mas aun de nosotros mismos; habiéndonos quitado tantos años del medio de nuestra vida, con que los mozos hemos llegado á la vejez, y los viejos con silencio casi á los últimos términos de la edad humana. Pero con todo eso no me pesará de haber ordenado y escrito, aunque sea en lengua grosera y mal compuesta, la memoria de la servidumbre pasada y el testimonio de los bienes presentes. Y entretanto este libro, dedicado á la honra de mi suegro Agrícola, ó será alabado, ó excusado á lo menos, porque la piedad y amor que le debo me mueve á esto.

Gneyo Julio Agrícola, nacido en la antigua y esclarecida colonia de Forjulio (1), tuvo ambos abuelos procuradores de los césares, que es dignidad que se da á personas del estado de los caballeros. Su padre Julio Grecino (2) fué senador y muy conocido por su elocuencia y sabiduría. Y con estas virtudes granjeó la ira de Cayo César; porque habiéndole mandado que acusase á Marco Silano (3), fué muerto por haberlo rehusado. Su madre fué Julia Procila, mujer de rara castidad. Y criado en el regalo y obediencia de su madre, pasó su niñez y adolescencia en todo ejercicio de buenas artes. Y apartábale de las blanduras y lazos en que caen y se enredan los viciosos, demás de su bueno y entero natural, que luego desde muy pequeño había tenido á Marsella por asiento y maestra de sus estudios, que es un lugar mezclado y bien compuesto de la cortesía y apacibi-

(1) Frejus.

(2) Según Séneca, fué condenado á muerte por Calígula por la sola razón de haber ejercido el edilato con honradez. Grecino había escrito un tratado *sobre la viña*, y no falta qnien atribuye el nombre de Agrícola, que lleva el hijo, al gusto del padre por la agricultura.

(3) Tuvo la desgracia de tener por yerno á Calígula, quien con sus persecuciones le redujo al extremo de degollarse con una navaja.

lidad griega, y de la templanza de las provincias. Acuérdome que solía él contar que en su primera juventud se había dado al estudio de filosofía con más fervor de lo que se permite á un Romano y senador; sino que la prudencia de su madre detuvo y enfrenó aquel su ánimo encendido y ardiente. Que aquel ingenio sublime y levantado codiciaba la hermosura y apariencia de una grande y excelsa gloria con mayor vehemencia que recato. Pero después mitigó esto la razón y la edad, y retuvo y conservó una mediocridad; que es lo más dificultoso de la sabiduría poseerla con medida.

Comenzó á ser soldado en Bretaña con aprobación de Suetonio Paulino (1), capitán diligente y moderado, que por conocerle y estimarle, le escogió por su camarada. Y no procediendo Agrícola licenciosamente, como suelen los mozos, que convierten la milicia en disolución, ni tampoco fría y flojamente, dándose á deleites y valiéndose de licencias para no asistir en el campo, volvió con el título de tribuno y no con ignorancia, sino que procuraba conocer la provincia, ser conocido del ejército, aprender de los hombres de experiencia, y seguía á los buenos y valerosos; no apetecía ninguna cosa por jactancia, ninguna rehusaba de miedo, y procedía en todo con solicitud y cuidado juntamente. Jamás Bretaña estuvo más ejercitada ni más en duda y peligro que entonces. Los soldados viejos hechos pedazos, la colonia quemada, los ejércitos rotos y desbaratados. Primero pelearon por la vida, y después por la victoria. Las cuales cosas todas, aunque se hacían con el nombre, gobierno y consejo de otro, y que el supremo estado de los negocios, y la gloria de haberse recobrado la provincia tocase y fuese del general, con todo eso enseñaron al mozo

(1) Contemporáneo y rival de Corbulón. Alcanzó grandes victorias en Mauritania en el reinado de Claudio. Plinio el antiguo cita con elogio las memorias de su vida. Sobre sus hazañas en Bretaña, véanse los *Anales*, lib. XIV, caps. XXIX-XXXIX.

el arte y experiencia de la guerra y le pusieron espuelas para procurar llegar á lo mismo: y metiósele en el ánimo la codicia de la honra y gloria militar; cosa desagradable en tiempos que se hace ruin interpretación de sus obras contra los hombres excelentes y que se aventajan á los demás, y en que no se corre menos peligro por la grande fama que por la mala.

Y habiéndose desde aquí venido á Roma á recibir y administrar los magistrados de ella, se casó con Domicia Decidiana, mujer nacida de ilustre linaje. Y este matrimonio sirvió de honra y fuerzas á quien aspiraba á mayores cosas. Vivieron en admirable concordia con recíproco amor, y anteponiéndose de la misma suerte el uno al otro en lo que se ofrecía; salvo que en una buena casada es tanto mayor la alabanza por esto, cuanto es mayor la culpa en la mala. Cúpole por suertes el oficio de cuestor de la provincia de Asia, y tener en ella por procónsul á Salvio Ticiano (1). Y con ninguna cosa de éstas se estragó, aunque la provincia era rica y muy aparejada para los que quisiesen pecar, y el procónsul, inclinado á toda manera de codicia, con cuanta facilidad se quisiera comprara la disimulación recíproca en sus excesos. Nacióle allí una hija en lugar de hijo y de consuelo, porque el hijo que antes había tenido perdióle brevemente. Después el tiempo que hubo entre el oficio de cuestor y de tribuno de la plebe, y aun el mismo año del tribunado pasó en ocio y sosiego, conociendo los tiempos del imperio de Nerón, en los cuales la ociosidad y no ocuparse en nada sirvió de sabiduría. Al mismo tono y en el mismo silencio pasó siendo pretor, porque no le cupo tener jurisdicción. Los juegos y vanidades de sus oficios reglólos con la medida que debía de la razón y abundancia en ellos; y así como se alejó de superfluidad, así se acercó más á la fama. Siendo entonces escogido por Galba para reconocer

(1) El hermano de Otón, que perdió la batalla de Bedriaco.

los dones de los templos, procediendo en ello con diligentísima pesquisa, hizo que la república de ninguno otro hubiese sentido sacrilegio sino de Nerón.

El año siguiente maltrató y afligió su ánimo y casa una gran pérdida. Que la armada de Otón, que andaba por la costa licenciosamente destruyendo como tierra de enemigos un lugar llamado Templo (1), que es parte de Liguria, mató la madre de Agrícola en su granja, y robó la misma granja y gran parte de su hacienda que había sido causa de su muerte. Partido, pues, Agrícola de Roma para hacerle las obsequias, topándole la nueva de que Vespasiano pretendía el imperio, luego se volvió de su bando. Muciano gobernaba á los principios el principado y el estado de la ciudad, siendo muy mozo Domiciano, y que de la fortuna y grandeza de su padre solamente usurpaba la libertad y disolución. Este dió á Agrícola, que había sido enviado á hacer gente de guerra y había procedido con diligencia, valor y entereza, el cargo de la legión veinte, que se pasó tarde á la obediencia y juramento de fidelidad en favor de Vespasiano, donde se decía (2) que su predecesor procedía sediciosamente, porque aun para los legados consulares era demasiado pesada y temerosa. Y el legado pretorio no era bastante para refrenarla, siendo incierto si procedía esto de

(1) Léase Intemelio. Intimilia, en los Estados Sardos.
(2) Este pasaje, tal como está en la versión, es sumamente obscuro. El primer traductor debió de conocerlo, ya que puso al pie del mismo la siguiente nota aclaratoria: «Quiere decir Tácito, que era tanta la gallardía y el brío de los soldados de esta legión, que llevaba tras sí la voluntad de su capitán, y le hacía proceder sediciosamente y como en motines; porque aun para los gobernadores de mayor autoridad, como los que habían sido cónsules, era esta legión demasiado pesada y temerosa: y el que no la tenia más que de pretor, no bastaba para refrenarla, ó por su flojedad y poco brío, ó por el demasiado de su gente. Y por esto escogió Muciano á Agrícola, para que la gobernase y castigase los sediciosos con su entereza y valor.»

su condición ó de la de los soldados. Y así, eligiéndole por sucesor y vengador con una moderación rarísima quiso más que pareciese haberlos hallado buenos que no haberlos hecho tales.

Gobernaba entonces á Bretaña Vectio Bolano, más blandamente de lo que se debe en una provincia feroz. Templó Agrícola su ímpetu y refrenó su ardor para que no se aumentase, como diestro y experimentado en obedecer, y que sabía mezclar las cosas útiles con las honestas. Poco después recibió Bretaña por gobernador á Petilio Cerial (1), varón consular. Tuvieron las virtudes en su tiempo espacio, lugar y ejemplo. Pero Cerial comunicaba con él al principio sus trazas y consejos, y á veces los trabajos y peligros; y después la gloria de ellos. Muchas veces le encargó parte del ejército para probarle, y algunas, visto el suceso, se lo encargó todo. Ni Agrícola jamás por cosas que hiciese se alegró y regocijó demasiado, aplicándolas á fama suya, sino que como ministro atribuía la fortuna de ellas al autor y capitán. Y así, con valor en obedecer y modestia en publicar y engrandecer sus cosas, estaba ajeno de causar envidia y no de ganar gloria.

Volviendo del cargo de legado de la legión, el divo Vespasiano le eligió y puso entre los patricios, y después le dió el gobierno de la provincia de Aquitania, con administración lo primero de ilustre dignidad, y con esperanza también del consulado que había determinado darle. Creen muchos que á los soldados falta sutileza, por ser la jurisdicción militar segura y sosegada, y más grosera y cerrada, y que haciendo muchas cosas con las manos, no ejercitan la astucia de los que andan en las audiencias. Agrícola, con su natural prudencia, aunque entre gente de paz, procedía fácil, apacible y justamente. Tenía también divididos

(1) Había guerreado con gloria contra Civilis y los Galos sublevados.

los tiempos para entender en negocios y para descansar. Cuando se requería en las juntas y juicios era grave, atento y severo, y las más veces misericordioso; y en cumpliendo con su oficio, dejaba la representación del cargo, se despojaba de toda melancolía, arrogancia y avaricia, sin que, lo que es rarísimo, la facilidad de ser tratado le disminuyese la autoridad, ni la severidad el amor. Querer contar la integridad y abstinencia en tan gran varón, sería injuria de las virtudes; pues ni aun la fama, de que también los buenos muchas veces tienen cuidado y se inclinan á ello, no la procuró haciendo ostentación de su virtud ó con artificio. Estuvo lejos de tener competencias con sus compañeros en los cargos, y lejos de contiendas con los procuradores. Y tuvo por poco honroso el vencerlos, y por caso feo el ser hollado de ellos. Detúvose menos de tres años en aquel cargo, que administró con título de legado; y luego fué llamado á Roma á la esperanza del consulado, habiendo con esto opinión de que se le daba el gobierno de Bretaña; no porque él hablase de ello nada, sino por parecer suficiente para aquel cargo. No siempre yerra la fama, que algunas veces también elige. Siendo cónsul desposó conmigo, que era mozo, su hija, de grande esperanza entonces, y después del consulado nos casó; y luego le hicieron gobernador de Bretaña, dándole también el pontificado.

Referiré aquí el sitio y pueblos de Bretaña de que muchos escritores han hecho memoria; no para que se haga comparación de mi ingenio y diligencia con ellos, sino porque entonces fué cuando primero se acabó de sojuzgar. Y así, las cosas que no siendo aún sabidas adornaron los pasados con elocuencia, ahora se contarán con verdad.

La Bretaña, la mayor de las islas de que los Romanos tienen noticia, se extiende al Oriente hacia Germania, al Occidente hacia España, del Mediodía la miran también los Galos, y la parte Septentrional, sin tener enfrente ningu-

nas tierras, es batida de un mar muy ancho y abierto. Livio y Fabio Rustico (1), autores de los más elocuentes, aquél de los antiguos, y éste de los modernos, dijeron que toda la Bretaña se parece á una artesa ó á una hacha de dos cortes. Y en efecto, tiene esa figura de esta parte de la Caledonia, de donde se esparció en toda ella la fama. Pero el grande y desmesurado espacio de tierras que se extienden ya á la última ribera del mar, se va estrechando como una cuña. Habiendo entonces la armada de los Romanos rodeado la primera vez la costa de aquel último mar, afirmó ser la Bretaña isla, y juntamente con esto, halló y conquistó unas islas no conocidas hasta aquel tiempo, á las cuales llaman Orcadas. También se descubrió Thule (2), que hasta allí la nieve y el invierno la escondían. Pero dicen ser aquel un mar perezoso, y grave para los remeros, y que ni aun con los vientos tampoco se alborota. Creo que la causa de esto sea porque hay pocas tierras y montañas, que son causa y materia de las tempestades, y que aquella profunda masa de perpetua mar es muy tarda y espaciosa en moverse. Inquirir ahora la naturaleza del Océano y la causa de sus crecientes y menguantes, ni conviene á esta obra, y muchos lo han referido. Solamente añadiré una cosa: que en ninguna parte se extiende más el señorío del mar; lleva acá y allá muchedumbre de ríos, y no crece hasta las orillas y se resuelve en sí mismo, sino que se entra todo por la tierra, y la rodea; y aun en los riscos y montes se entremete, como en cosa suya.

Demás de esto es poco sabido, como entre bárbaros, qué gentes hayan poblado al principio á la Bretaña, si fueron naturales ó extranjeros. Tienen diferentes talles de cuer-

(1) Contemporáneo de Claudio y de Nerón y amigo de Séneca.

(2) La mayor de las islas de Shetland, llamada en el día Mainland, esto es, *tierra principal*, y que dos siglos atrás conservaba todavía el nombre de *Thil-insel*.

pos, y de ahí se toman diferentes conjeturas. Porque los cabellos rubios de los que habitan la Caledonia y sus grandes miembros dan testimonio de ser su origen germánico: los rostros morenos de los Siluros (1), y por la mayor parte los cabellos crespos, y el sitio de su tierra que mira hacia España, hacen que se crea que los antiguos Iberos pasaron allí y ocuparon aquella parte. Los que son más vecinos á los Galos, son también semejantes á ellos; ora sea que aun dure la fuerza del origen, ora que extendiéndose la tierra á diferentes partes, el aspecto del cielo haya dado el talle y disposición á los cuerpos. Con todo eso, si se considera en general, es creíble que los Galos ocuparon aquella tierra vecina. Hallaréis allí los sacrificios de éstos con la misma persuasión y crédito de las supersticiones. El lenguaje no muy diferente. La misma osadía en buscar los peligros, y en viéndose en ellos el mismo miedo para rehusarlos; pero tienen más ferocidad los Bretones, como aquellos á quien no ha ablandado una larga paz; porque habemos oído decir que también los Galos florecieron en la guerra. Mas después entró en ellos con el ocio la pereza y flojedad, habiendo perdido juntamente el valor y la libertad; lo cual también aconteció á los Bretones vencidos antiguamente; que los demás quédanse y son como los Galos fueron.

Su fuerza consiste en la infantería: algunas naciones pelean también en carros: el que guía el carro es el más honrado: los vasallos y allegados de éste combaten y le defienden. Antiguamente obedecían á reyes; ahora andan y proceden por bandos y parcialidades, de que tienen sus príncipes y cabezas; y ninguna cosa nos es más provechosa contra gente poderosísima, que no atender á sus cosas en común. Pocas veces se juntan y concuerdan dos ó tres ciudades para resistir al común peligro; y así, mientras pelea

1) Habitaban al Mediodía del principado de Gales. Según Lingard, habían llevado sus armas desde las orillas del Wye, su primera residencia, hasta el Dee y el Océano.

cada uno de por sí, todos vienen á ser vencidos. El cielo es obscuro con las muchas lluvias y nieblas. Los fríos no son recios. Los días son mayores que los nuestros, y la noche clara, y en la última parte de Bretaña tan corta, que con poca diferencia vendréis á conocer el principio y el fin de la luz. Y dicen que si las nubes no lo impiden, se ve de noche el resplandor del sol, y que no se pone y sale, sino que pasa. Y ello es que las últimas partes de la tierra como son llanas, no levantan tinieblas con su sombra, y la noche cae debajo del cielo y de las estrellas. La tierra lleva todo género de mieses, y es abundante de ellas, excepto olivas, vides, y lo demás que suele nacer en tierras más calientes. Maduran tarde y crecen presto; y de ambas cosas es una misma la causa: la mucha humedad de las tierras y del cielo. Produce la Bretaña oro y plata, y otros metales; precio de la victoria. El Océano engendra perlas, pero morenas y sin lustre. Algunos piensan que es por la ignorancia de los que las sacan; porque en el mar Bermejo se arrancan de las peñas vivas y con espíritu, y en Bretaña se cogen como el mar las arroja de sí. Yo con más facilidad creería que la naturaleza falta á las perlas, que á nosotros la avaricia.

Los mismos Bretones obedecen sin pereza ni dificultad la elección y saca de soldados, la paga de tributos, y las mayores cargas del imperio, si se hace sin agravios: que estos súfrenlos mal, y no los llevan en paciencia, como ya domados para obedecer, mas aun no para servir. El primero de todos los Romanos que entró con ejército en la Bretaña fué el divo Julio. El cual, aunque peleando prósperamente haya atemorizado los habitantes y héchose señor de la marina, puede parecer que la mostró, pero no que la entregó á los descendientes. Luego se siguieron las guerras civiles, y las armas de los grandes se volvieron contra la república, y hubo un largo olvido de Bretaña, aun habiendo paz. Augusto llamaba esto consejo, y Tiberio man-

damiento. Bien cierto es haber tratado Cayo César de entrar en Bretaña, sino que era hombre de veloz ingenio, y mudable de parecer, arrepintiéndose luego de cualquiera que tenía; y que los grandes aparatos que hizo contra los Germanos fueron en vano y sin efecto. El divo Claudio fué autor de esta empresa, pasando allí las legiones y la gente de socorro, y tomando á Vespasiano por compañero en ella. Lo cual fué principio de la fortuna que después le había de venir. Domáronse naciones, cautiváronse reyes, y fué Vespasiano mostrado á los hados.

Aulo Plaucio (1) fué el primer gobernador consular, y después Ostorio Scapula, ambos varones valerosos y esclarecidos en la guerra; y fué poco á poco reducida en forma de provincia la parte de la Bretaña más vecina á nuestro señorío. Y añadióse demás de esto una colonia de soldados viejos en ella. Diéronse algunas ciudades al rey Cogiduno. Y éste, hasta nuestra memoria, fué fidelísimo; siendo antigua costumbre del pueblo romano, y recibida de mucho tiempo atrás, tener también reyes por instrumento de la servidumbre. Después Didio Galo conservó lo que los demás habían adquirido, haciendo algunos muy pocos castillos más adelante en la isla, para ganar fama de que había aumentado su cargo. Veranio sucedió á Didio, y murió dentro de un año (2). Después de éste, Suetonio Paulino tuvo prósperos sucesos en dos años, habiendo sujetado algunas naciones y fortificado los presidios, en cuya confianza acometiendo la isla de Mona (3), como á quien daba fuerzas á los rebeldes de Bretaña, dejó las tierras que quedaban atrás abiertas á la ocasión.

---

(1) Hizo la guerra en Bretaña de 796 á 800, habiendo merecido los honores de la ovación.

(2) Para todos estos sucesos, véase al mismo Tácito. *An.*, libro XIV.

(3) La de Anglesey, á la cual todavía los Galeses llaman en su lengua *Mon*. Era el asiento principal de la religión druídica.

Porque perdido el miedo con la ausencia del gobernador, los Bretones discurrían entre sí de los males de la servidumbre, hacían comparación unos con otros de los agravios que recibían, y aun los encendían y hacían mayores con interpretarlos mal. «Que ninguna cosa se medraba con la paciencia, sino que, como á hombres que sufren fácilmente, se les manden cosas más graves: que antiguamente solían tener un rey solo, y que ahora se les ponían dos; de los cuales el legado procedía cruelmente contra las personas, y el procurador contra las haciendas. Que la discordia y la concordia de los gobernadores era igualmente perniciosa á los súbditos. El uno se vale de soldados y centuriones para lo que quiere; el otro mezcla la fuerza y las afrentas (con lo que puede por derecho). Ya nada hay reservado á su codicia, nada á su deshonestidad. En la batalla el más fuerte es el que despoja; ahora, muchas veces los cobardes y que no valen para la guerra son los que roban las casas, quitan los hijos, reparten los soldados, y hacen saca y elección de ellos, como á hombres que por su patria solamente no saben morir. Porque ¿cuánto número de soldados habían pasado á la isla, si se cuentan á sí mismos los Bretones? Que de esta manera habían las provincias de Germania echado el yugo de sí; con que las defendía un río, y no el Océano: que ellos tenían por causas de la guerra la patria, las mujeres y los padres; los Romanos, la avaricia y la lujuria: que se volverían como se volvió el divo Julio, sólo con que ellos imitasen las virtudes de sus pasados, y con que no se amedrentasen con el suceso de una ó dos batallas: que mayor ímpetu y mayor constancia tienen los afligidos y miserables: que ya aun los dioses se apiadan de los Bretones, que tienen ausente el capitán romano y desterrado el ejército en otra isla: que ya ellos habían entrado en consulta del caso, que era lo más dificultoso. Y que realmente en semejantes consejos es más peligroso ser descubiertos que atreverse.»

Movidos y animados unos de otros con estas y otras tales razones, siendo su caudillo Baudica (Boadicea), mujer de sangre real (porque en el reinar no hacen diferencia del sexo), comenzaron todos la guerra. Y habiendo perseguido y habido á las manos los soldados esparcidos por los castillos, y tomado los fuertes en que los Romanos tenían guarnición, acometieron la colonia misma, como asiento de servidumbre. Ocupáronla, y de ningún género de crueldad se olvidaron los bárbaros airados y vencedores. Y si Suetonio Paulino, sabido aquel alboroto de la provincia, no hubiera socorrido aprisa, perdiérase la Bretaña: que restituyó á la antigua paciencia la ventura de una batalla, quedando muchos puestos en armas movidos de la conciencia que les ponía la rebelión, y del miedo particular que tenían al gobernador; y porque él, con ser en lo demás hombre excelente, procedía con arrogancia con los rendidos y los trataba con más aspereza de lo que convenía, como vengador también de su propia injuria, se envió en su lugar á Petronio Turpiliano, como más tratable y que se dejaría vencer más de los ruegos, y que siendo nuevo en los delitos de los enemigos, sería por esto más blando con los arrepentidos. El cual, habiendo compuesto las revueltas pasadas, no se atrevió á más, y entregó la provincia á Trebelio Máximo (1). Trebelio, más flojo y perezoso, y sin experiencia de guerra, gobernó la provincia con una cierta humanidad de trato, con que la conservó. Y los bárbaros han aprendido ya á perdonar también los vicios que regalan y acarician. Y las guerras civiles que hubo entonces dieron justa excusa á su negligencia y flojedad; pero túvose trabajo con la discordia de los soldados, que, acostumbrados á ocuparse en facciones de guerra, lozanearon y se estragaron con la ociosidad. Y Trebelio, escapándose con huir y esconderse de la ira del ejército, después le gobernó

(1) Mandó hasta 822, en cuyo año, arrojado por su ejército, se refugió al lado de Vitelio. V. las *Hist.*, lib. I y II.

por merced y á voluntad de su gente con bajeza y sin reputación, y de la misma suerte que si hubieran capitulado entre sí que el ejército quedase con libertad y el capitán con la vida. Este motín fué sin sangre; y Vectio Bolano (sucesor en el gobierno á Trebelio), por durar aún las guerras civiles, no ejercitó en la disciplina militar á la Bretaña. El mismo descuido y flojedad hubo con los enemigos (sin ocuparse ni ejercitarse con ellos), y la misma disolución en los alojamientos que en lo pasado; salvo que Bolano, inocente y no aborrecido por algún delito, había granjeado amor en lugar de autoridad.

Pero cuando Vespasiano recibió á Bretaña con lo demás del mundo, hubo grandes capitanes, ejércitos excelentes, y disminuyóse la esperanza de los enemigos: y luego les puso temor Petilio Cerial, acometiendo la ciudad de los Brigantes, que dicen ser la más populosa de toda la provincia. Peleóse muchas veces, y algunas no sin sangre, y ganó la mayor parte de los Brigantes, ó con la victoria ó con la guerra. Y como quiera que Cerial obscureciese el cuidado y fama de su sucesor, también sostuvo el peso de la guerra Julio Frontino (1), gran varón, cuanto era lícito en aquel tiempo, y sojuzgó por armas la valiente y belicosa nación de los Siluros, habiendo vencido demás del valor de los enemigos, las dificultades de los lugares.

Pasando Agrícola á Bretaña ya en medio del estío, halló este estado en ella y estas mudanzas de guerra, cuando los soldados, como habiendo dejado ya las facciones de ella, atendían á su reposo, y los enemigos á buscar y tomar ocasión de mejorarse. La ciudad de los Ordovicos (2), no mucho antes de su llegada, había muerto casi toda una

---

(1) Autor de las *Estratagemas*, general tan sabio en la teoría como diestro en el campo de batalla, gran jurisconsulto, filósofo virtuoso y uno de los hombres más eminentes del reinado de Trajano.

(2) En el Norte del país de Gales.

banda de caballería que alojaba en su tierra. Y levantada de ánimo con este principio la provincia, como quien gustaba de la guerra, aprobaba este ejemplo, ó esperaba á ver qué ánimo mostraría el nuevo legado. Entonces Agrícola, aunque ser pasado el estío y estar los soldados esparcidos por la provincia, y que pensaban descansar aquel año, parecían cosas que causasen dilación y fuesen contrarias á quien había de comenzar guerra, y que muchos creían ser mejor guardar los lugares sospechosos, con todo eso se determina en salir al camino del peligro; y habiendo juntado las banderas de las legiones, y alguna poca gente de socorro, porque los Ordovicos no osaban salir á lo llano ni venir á las manos, poniéndose él delante del escuadrón, para que los demás en igual peligro tuviesen igual ánimo, movió su escuadrón contra ellos. Y habiendo muerto casi toda la gente (de los enemigos), no ignorando que se debe apretar en la fama, y que conforme á los primeros sucesos viene á ser todo lo demás, puso su ánimo en reducir á su poder la isla de Mona, cuya posesión he referido que desamparó Paulino con la rebelión de toda la Bretaña, que le hizo volver á ella. Mas, como suele en los consejos y resoluciones repentinas, faltándole navíos, la industria y constancia del capitán halló modo de pasar á la isla: que habiendo dejado todo el bagaje, envió con tanta presteza y metió tan de repente en la tierra gente escogida de los de socorro, que saben los vados y tienen el uso de nadar de su tierra, con que gobiernan en el agua á sí, á sus armas y caballos, que admirados los enemigos que esperaban armada, que esperaban navíos, y que con ellos se hubiese de pasar el mar, creyeron no haber cosa dificultosa ó invencible para hombres que de aquella manera venían á la guerra. Y así, pedida la paz y entregada la isla, comenzó Agrícola á ser tenido por famoso y grande; como hombre que entrando en la provincia le había agradado el trabajo y peligro en el tiempo que otros gobernadores gastan y se

ocupan en ostentación y recibimientos. Ni Agrícola tampoco usando de su buena fortuna para vanidad llamaba jornada ó victoria haber refrenado los vencidos, ni acompañó tampoco sus hechos con la honra del laurel; sino que con la disimulación misma de su fama la aumentó, haciendo juicio todos de las cosas que pensaba hacer, y cuánta esperanza tenía de lo venidero quien las callaba tan grandes.

Pero conociendo los ánimos de la provincia, y enseñado por ajenas experiencias que se aventaja y adelanta poco con las armas si tras esto se siguen agravios de los súbditos, determinó quitar de raíz las causas de las guerras. Y comenzando de sí y de los suyos, refrenó y reformó su casa la primera; que para muchos es cosa no menos dificultosa que gobernar la provincia. Nada de las cosas públicas se hacía por sus libertos ó esclavos; no por particulares aficiones, ni por recomendación ó ruego de los centuriones recibía los soldados, sino al que era mejor tenía por más fiel. Todas las cosas sabía; no todas las ejecutaba; en las pequeñas faltas usaba de perdón, en las grandes de severidad; y no siempre estaba contento con la pena y castigo, sino las más veces con el arrepentimiento. Más holgaba de dar los oficios y cargos á los que no habían de errar, que condenarlos después que errasen. Hizo más liviana y mejor de llevar la paga del trigo y de los tributos con la igualdad del repartimiento, y cercenando las cosas que se habían inventado para ganancia, que eran más graves de sufrir que el tributo mismo: porque solían tenerlos por burla y escarnio suyo (1) sentados cabe los alholíes cerrados; y

---

(1) Cada provincia pagaba al Estado un tributo en granos; en las que eran tratadas con menos rigor por haberse sometido voluntariamente al imperio, los labradores satisfacían tan sólo el décimo de sus cosechas. Llamábase á esto *frumentum decumanum*.

En los países conquistados, tales como la Bretaña, cada propietario estaba obligado á dar una cantidad fija de grano,

forzábanlos á comprar demás de esto trigo, y venderlo á cierto precio. Señalábanles rodeos de caminos y tierras muy apartadas, para que las ciudades que tenían cerca los invernaderos llevasen el trigo á partes remotas y fuera de camino; hasta que lo que estaba á mano para todos redundase en provecho de pocos.

Reprimiendo estas cosas luego el primer año, puso en escogida fama y opinión la paz; la cual, ó por descuido ó

á razón de en tanto por medida de tierra, *frumentum stipendiarum*.

Además del trigo del diezmo y del impuesto, los propietarios tenían la obligación de proporcionar por dinero los granos que les pedía el gobierno, ya fuese para la subsistencia de las tropas, ya para otras necesidades, y de llevarlo al sitio que se les designaba. Llamábase al trigo que se daba de esta suerte *frumentum emptum*.

La provincia estaba además obligada á proporcionar á su gobernador, para el uso de su casa, un número fijo de medidas de trigo, cuyo precio fijaba él mismo. Por lo regular era esto objeto de una mutua avenencia, y según lo que se pactaba se le daba el valor del trigo en dinero, *frumentum æstimatum*.

Con motivo de estas diferentes cargas, y en especial de la última, se cometían enormes abusos, entre los cuales Tácito cita tan sólo los más inicuos. Verificada la cosecha, los encargados de percibir los tributos mandaban cerrar los graneros del labrador, y no le permitía sacar ni un grano antes de que hubiese satisfecho lo que debía al Estado. Lo que más deseaba el labrador era satisfacer pronto esta deuda; mas como los recaudadores no tenían tiempo de ir á entenderse con él, le dejaban que se consumiese de fastidio á la puerta de su granero hasta que se comprometía á dar á aquéllos una cantidad de dinero ó de trigo mayor que el tributo mismo. Los infelices agricultores pedían como una gracia un desembargo que les vendían carísimo.

Los agricultores, según dejamos apuntado, estaban obligados á proporcionar el trigo para las legiones, que se pagaba, es verdad, pero á un precio siempre más bajo del de su valor. Por último, y para colmo de iniquidad, por lo general no eran los agricultores que estaban más cerca, sino los que residían más lejos de los campamentos, los que recibían la orden de acarrear á ellos el trigo, para que, siéndoles más costoso el acarreo, pagasen, á fin de redimirse de esta obligación, una suma más crecida á los arrendadores, quienes hacían de esta suerte su agosto.....—LA BLETTERIE.

por sufrimiento y disimulación de los gobernadores pasados, era temida no menos que la guerra. Pero como llegó el estío, habiendo juntado el ejército, alababa á los soldados que iban con modestia en el escuadrón, y refrenaba los desmandados: él mismo escogía los sitios para asentar el real; él era quien primero reconocía los pantanos del mar y los bosques, y entretanto no consentía que los enemigos tuviesen nada con sosiego sin que lo destruyese todo con correrías y entradas repentinas. Y después que los había amedrentado bastantemente, tornándolos á perdonar otra vez, los convidaba á la paz, y hacía demostración de cosas que les moviesen á ella. Con lo cual muchas ciudades que hasta aquel día se habían tenido firmes y procedido como iguales con nosotros, dando rehenes, dejaron la ira que tenían; y fueron cercados de fuertes y castillos con tan buena disposición, industria y cuidado, que ninguna parte de Bretaña no conocida de antes quedó sin ser acometida.

El invierno siguiente se gastó en consejos y resoluciones muy provechosas. Porque para que aquellos hombres derramados por la tierra y rústicos, y por eso fáciles para moverse á la guerra, se acostumbrasen con los regalos y pasatiempos á la ociosidad y sosiego, los amonestaba en particular y los ayudaba en público que edificasen templos, plazas y casas, alabando á los diligentes, y reprendiendo á los flojos y perezosos. De esta manera la competencia de la honra servía de fuerza. Allende de esto hacía enseñar las artes liberales á los hijos de los principales de la tierra, y anteponía los ingenios de los Bretones á los estudios de los Galos; de tal manera, que los que poco antes despreciaban la lengua romana, ya deseaban la elocuencia. De ahí comenzaron á honrar nuestro hábito, y traer muchas veces toga; y poco á poco pasaron á las blanduras y regalos de los vicios, á las lonjas, baños, y policía y curiosidad de los banquetes. Y esto entre los necios y no experimentados se llamaba humanidad, siendo parte de servidumbre.

El tercer año de estas empresas descubrió nuevas gentes, habiendo destruído las naciones que están hasta el Taus (1), que es un brazo de mar. Y asombrados con este miedo los enemigos, no se atrevieron á molestar el ejército, aunque muy trabajado con crueles tempestades; de manera que aun hubo espacio para hacer algunos fuertes en aquella tierra. Notaban por cosa particular los que de esto saben que ningún otro capitán hubo escogido más sabiamente los lugares, y que fuerte hecho por Agrícola, no fué tomado por fuerza de los enemigos, ni desamparado por trato ni por huida. Hacían muchas correrías, pero contra las dilataciones y espacio del cerco se proveían para un año. Y así el invierno se pasaba allí sin miedo, y cada cual se defendía y amparaba á sí mismo, quedándose los enemigos sin poder hacer nada contra ellos, y por esto sin esperanza: porque estando acostumbrados á recompensar los daños del verano con los sucesos del invierno, entonces hallaban igual resistencia en invierno que en verano. Ni Agrícola jamás tuvo codicia de atribuirse los hechos de otros: ó fuese centurión, ó prefecto, siempre de sus hechos tenía en él un testigo no corrompido. Algunos decían que era algo acedo en sus reprensiones; porque así como era apacible con los buenos, así contra los malos era desabrido, pero no le quedaba rastro de la cólera. Su secreto y silencio no era de temer: pensaba ser más honesto ofender que aborrecer.

El cuarto verano se gastó en conquistar y asentar las tierras que había corrido de paso. Y si el valor de los ejércitos y la gloria del nombre romano lo sufriera, halládose había término y paradero en la misma Bretaña: porque Clota y Bodotria (2) revuelven tanto hacia atrás con la cre-

---

(1) Probablemente el Twede, que corre entre el Northumberland y la Escocia, y desagua en el mar del Norte en Berwick.

(2) Hoy día el Clyde y el Forth, en cuyas cercanías vense to-

ciento de diferente mares, que los aparta un angosto espacio de tierra: lo cual entonces estaba asegurado con fuertes y guarnición de gente de guerra, y todo el golfo más cercano poseíamos nosotros, quedando apartados los enemigos como en otra isla.

En el quinto año de sus empresas, habiendo Agrícola pasado en el navío primero que llegó á aquella tierra, domó con muchas y prósperas batallas aquellas gentes no conocidas hasta aquel tiempo, y puso guarniciones en aquelle parte de Bretaña que mira á Hibernia, más con esperanza que por miedo. Porque Hibernia, puesta en medio de Bretaña y España, y á propósito también para el mar de las Galias, viene á mezclar y juntar con grandes comodidades de una y otra una parte poderosísima del imperio. Su grandeza, si se compara con Bretaña, es menor, pero mayor que las islas de nuestro mar. La tierra, el cielo, las condiciones, tratos y atavíos de los hombres no difieren mucho de Bretaña. Las entradas y puertos de ella son mejor conocidos por causa del comercio y mercaderes. Agrícola había recogido uno de los príncipes de aquella gente, echado de ella por una sedición doméstica, y so color de amistad, le guardaba para la ocasión. Muchas veces le oí decir que con una legión y poca gente de socorro se podía conquistar y conservar Hibernia. Y que esto aprovecharía también contra Bretaña, si se viesen por todas partes las armas romanas, y si la libertad se quitase como delante de los ojos.

Mas en el verano que comenzaba el sexto año de su oficio, porque habiendo una gran ciudad de la otra parte de Bodotria se temía el levantamiento de todas las gentes de allende, y que los caminos fuesen impedidos por el ejército de los enemigos, reconoció los puertos con la armada, que

---

davía ruinas romanas que se creen restos de la muralla construída por el emperador Severo.

siendo entonces tomada por Agrícola la primera vez por parte de sus fuerzas, le seguía con grande apariencia, pues juntamente por tierra y por mar se hacía la guerra. Y muchas veces habiéndose juntado en unos mismos alojamientos la infantería y caballería y los soldados de la armada, y mezclado sus fuerzas, y la demostración de su alegría por ellas, cada uno engrandecía sus hechos y sus aventuras; y con jactancia soldadesca á veces comparaban entre sí la grandeza inmensa de los montes y selvas, y á veces las adversidades de las olas y tempestades del mar; y de esta parte la tierra y el enemigo, y de aquella el Océano vencido por su valor. También los Bretones, según decían los prisioneros, vista la armada, quedaban atónitos y asombrados, como si, descubierto el secreto de su mar, se les cerrase á los vencidos la última acogida donde se salvasen. Los pueblos que habitan la Celedonia (1), habiéndose vuelto á las manos y á las armas, vinieron de su voluntad á combatir contra nosotros con grande aparato y mayor fama, como acontece en las cosas no sabidas ni conocidas; y acometiendo nuestros fuertes, habían puesto miedo, como suelen los que desafían y acometen primero. Y los cobardes, so color de prudentes, aconsejaban que se volviese de esta parte de la Bodotria, y que era mejor retirarse que ser echados por fuerza; cuando habiendo en este medio entendido Agrícola que los enemigos habian de acometer en muchos escuadrones, porque sobrepujando en número y con el conocimiento que tenían de los lugares no los cercasen, él también marchó, dividido su ejército en tres partes.

Lo cual sabido por el enemigo, mudando de repente consejo, acometen todos de noche á la novena legión, como la más flaca; y muertos los que estaban de guarda entre el sueño y el temor, rompieron por las trincheras. Y ya pe-

---

(1) La Escocia desde los golfos del Forth y del Clyde.

leaban dentro del mismo real, cuando avisado Agrícola por los corredores y descubridores de la tierra del camino que llevaban los enemigos, y habiéndolos ido siguiendo por el rastro que dejaban, manda que los más ligeros de la caballería é infantería diesen por las espaldas en los que peleaban, y que luego alzasen todos vocería: y estando cerca del alba comenzaron á resplandecer las insignias del ejército. Y así los Bretones fueron espantados con doble mal, y á los Romanos les volvió el ánimo; y asegurados de la vida, peleaban por la gloria: y aun antes ellos mismos de su voluntad salieron y arremetieron contra los Bretones; y peleóse cruelmente en las mismas estrechuras de las puertas del real, hasta que echaron los enemigos, compitiendo ambos ejércitos, éstos para que pareciese que les habían dado ayuda, y aquéllos para que no habían tenido necesidad de socorro. Y si los que huían no se hubieran escondido en las lagunas y bosques, con aquella victoria se acababa la guerra.

Con cuya constancia y fama, habiendo cobrado orgullo el ejército, bramaban y hacían estruendo, diciendo: «que nada había que pudiese hacer resistencia á su valor, ni por donde éste no pudiese pasar: que se debía penetrar la Caledonia y hallar ya el término y fin de Bretaña con el continuo curso de sus batallas.» Y aquellos que poco antes eran sabios y recatados, ya después del suceso se mostraban prestos para cualquier empresa, y hablaban cosas grandes de sí y de sus obras y esperanzas. Esta es una calidad muy desigual de las guerras, que todos se atribuyen y aplican á sí la prosperidad; mas las adversidades y desgracias impútanse á uno solo. Pero los Bretones, pareciéndoles que habían sido vencidos no por valor, sino por la ocasión en que pelearon y por astucia del capitán romano, no perdieron nada de su arrogancia para dejar de armar los mozos y llevar las mujeres y los hijos á lugares seguros, y hacer confederación y liga contra nosotros de

odas las ciudades con juntas y con sacrificios: y así de una y otra parte se partieron con los ánimos muy indignados. El mismo verano una compañía de Usipios (1) hecha en Germania y que había sido enviada á Bretaña, se atrevió á un grande hecho y digno de memoria. Habiendo muerto al centurión y soldados que, mezclados por las escuadras para enseñarles la disciplina militar, servían de ejemplo y gobernadores, se embarcaron en tres navíos libúrnicos, haciendo que los pilotos les obedeciesen por fuerza; mas huyéndoseles uno, y teniendo por sospechosos los otros dos, y habiéndoles muerto por esto, no habiéndose aún divulgado la nueva, iban pasando adelante, vistos y mirados como un milagro. Después, arrebatados del mar y viento, y llevados acá y allá, y peleando con muchos de los Bretones que defendían su hacienda, venciendo muchas veces y algunas hallando resistencia, y siendo echados de donde acometían, vinieron á tanto extremo de necesidad, que comenzaron á comer los más flacos de sí mismos, y después á quien cabía la suerte. Y de esta manera, habiendo rodeado á Bretaña y perdido los navíos por no saber gobernarlos, fueron tenidos por salteadores; y los prendieron, primero los Suevos, y después los Frisios. Y hubo algunos que siendo en los tratos y mercancía vendidos, y con la mudanza de los dueños que los compraban traídos hasta nuestra ribera, los ilustró dar nueva de un caso tan grande. Al principio del estío Agrícola fué herido de una llaga doméstica, y perdió el hijo que le había nacido el año antes. La cual desgracia sufrió, no ambiciosamente, como muchos varones fuertes (que muestran no sentirlo), ni tampoco mujerilmente llorando y con gran tristeza; y en el luto y dolor era la guerra uno de los remedios para pasarle.

Enviando, pues, delante la armada, para que robando en

---

(1) En el día los habitantes de la Westfalia.

muchas partes causase un espanto incierto y grande, con un ejército desembarazado, en que había añadido los más valientes de los Bretones y probados por una larga paz, llegó al monte Grampio (1), que ya habían ocupado los enemigos. Porque los Bretones, no quebrantados de ánimo con el suceso de la batalla pasada, y esperando ó venganza ó servidumbre, y en fin, enseñados con la experiencia que un común peligro se debe resistir y vencer con la concordia, habían juntado con embajadas y confederaciones las fuerzas de todas las ciudades. Ya se veían más de treinta mil hombres armados, y todavía iba acudiendo la juventud con los viejos que aun estaban recios y verdes, hombres esclarecidos en la guerra, y trayendo cada uno las insignias de honra que habían ganado, cuando uno de ellos llamado Calgaco, excelente y aventajado entre muchos capitanes por su valor y linaje, se dice que habló de esta manera á toda la multitud junta que pedía la batalla:

«Cuantas veces veo y considero las causas de la guerra »y la necesidad en que nosotros estamos, tengo grande »ánimo que este día y vuestra conformidad será el principio de la libertad de toda Bretaña, porque todos estáis sin »probar lo que es servidumbre, y no hay adelante más tie»rras, ni aun la mar nos es segura, estando sobre nosotros »la armada romana. Y así, la batalla y las armas que son »honrosas para los valientes, las mismas también son más »seguras para los muy cobardes. Las batallas pasadas, en »que con varia fortuna se peleó con los Romanos, tenían »puesta su esperanza y socorro en nuestras manos: porque »los más nobles de toda Bretaña, y que por esto vivíamos »en lo interior de ella y sin ver las costas de los que esta»ban en servidumbre, aún los ojos teníamos libres y no »violados de la infición del señorío. A nosotros, que somos »los últimos de la tierra y de la libertad, el mismo apar-

(1) El Grampian, que atraviesa oblicuamente la Escocia.

»tamiento y estar escondidos de la fama nos ha defendido »hasta este día. Ahora ya el término y fin de Bretaña está »descubierto y manifiesto, y todo lo no conocido se tiene »por muy grande. Pero ya ninguna gente hay adelante; »nada hay sino olas y peñascos, y los Romanos, más mo»lestos y dañosos que ellos; de cuya soberbia en balde »pensaréis huir, ni escaparos de ella con obediencia y mo»destia. Estos robadores de la redondez del mundo, des»pués que destruyéndolo todo les faltaron tierras, escudri»ñan también el mar: avarientos si el enemigo es rico, y »ambiciosos si es pobre. Aquellos á quien no ha hartado ni »el Oriente ni el Occidente, solos ellos entre todos los hom»bres, con igual afecto codician las riquezas y la pobreza. »Despojar, matar y robar los hombres llaman con falsos »nombres imperio; y después que lo han asolado todo y »despoblado, aquello llaman paz.

»La naturaleza quiso que lo que cada uno más amase »fuesen los hijos y los parientes, y éstos cuando se hace »gente nos lo quitan para que sirvan en otra parte. Nues»tras mujeres y hermanas, aunque se libren de los antojos »sensuales de los enemigos, son violadas y deshonradas »con nombre de amigos y huéspedes. Sácannos bienes y »riquezas con sus tributos, y el trigo para su provisión; y »nuestros mismos cuerpos y manos, sirviéndose de ellas »para talar bosques y secar pantanos, nos muelen y que»brantan entre golpes y ultrajes. Los esclavos nacidos para »servidumbre, una vez se venden, y sus amos los susten»tan de allí adelante. Bretaña cada día compra su servi»dumbre, y cada día la sustenta. Mas así como en la casa »donde hay esclavos se burlan y escarnecen del más nuevo »aun sus compañeros, así también en esta antigua servi»dumbre del mundo á nosotros por nuevos y viles nos »buscan para destruirnos y asolarnos: porque ni tenemos »heredades, ni minas, ni puertos que nos guarden para la»brarlos; demás que el valor y braveza de los súbditos es

»desagradable á los que mandan, y el estar tan apartados »y escondidos, cuanto más seguro tanto más sospechoso. »Perdida, pues, la esperanza de perdón, en fin, tomad áni»mo, así los que amáis la vida, como los que la honran. »Los Brigantes (1), teniendo una mujer por capitán, pudie»ron quemar la colonia, ganar por fuerza los alojamientos »romanos; y si la felicidad no se hubiera convertido en »descuido, pudieran sacudir de sí el yugo de la servidum»bre. Nosotros, enteros y no domados, y que no hemos de »introducir ahora nuestra libertad, ¿no mostraremos luego »en el primer encuentro qué hombres haya apartado de los »demás la Caledonia?

»¿Por ventura pensáis que los Romanos son tan valero»sos en la guerra, como deshonestos y viciosos en la paz? »Famosos y esclarecidos ellos con nuestras disensiones y »discordias, convierten los vicios de los enemigos en gloria »de su ejército: al cual, por haberse formado de gentes di»ferentísimas, así como le conservan y tienen entero las »prosperidades, así también le desharán las adversidades. »Salvo si á los Galos y Germanos, y (lo que es vergüenza »decirlo) á muchos de los Bretones, que dan su sangre para »sustentar el ajeno señorío, pero con todo eso más tiempo »enemigos que esclavos, ¿pensáis que es fidelidad y afición »la que los conserva y sustenta? Miedo y espanto es, flacas »ataduras de amor, que después que las hayáis quitado, »los que dejaren de temer, comenzarán á aborrecer. Todas »cuantas cosas hay que inciten á victoria están por nos»otros. Los Romanos no tienen mujeres que los animen, ni »padres que si huyen los hayan de reprender y afrentar, y »los más ó no tienen patria ó la tienen en otra tierra. Á »pocos en número, rodeados de temor y de ignorancia,

(1) En otras ediciones los Trinobantes, que tenían por capital, según algunos, *Camulodunum*, hoy Colchester, y según otros, Lingard, Londres.

»mirando alrededor el cielo mismo, el mar y las selvas, y »desconociéndolo todo, parece que los dioses nos los en»tregaron encerrados y maniatados en cierta manera. No »os ponga miedo la vista vana y resplandor del oro y plata, »que ni defiende ni hiere. En el mismo escuadrón de los »enemigos hallaremos nuestras gentes. Conocerán su causa »los Bretones; acordaránse los Galos de su pasada libertad; »los demás Germanos los desampararán, como poco ha los »desampararon los Usipios. Ni después hay que temer cas»tillos vacíos, colonias de viejos, villas flacas y llenas de »discordias entre hombres que obedecen mal, y otros que »mandan injustamente. Aquí está el capitán; aquí está el »ejército: allí los tributos, las minas, y las demás penas de »los que están en servidumbre; y en este campo está el »continuarlas y prorrogarlas para siempre, ó vengarlas »luego. Por eso, habiendo de ir á pelear, poned el pensa»miento en vuestros antepasados y en vuestros descen»dientes.»

Recibieron su razonamiento muy alegres y confiados, y con canto y estruendo, á la costumbre bárbara, y con gritos y vocería desacordada. Y ya se veían sus escuadrones, y el resplandor de las armas, adelantándose los más osados, y junto con esto se ponían en orden las batallas; cuando Agrícola, aunque apenas podía con razones y consejos detener y refrenar sus soldados, con todo eso, pareciéndole que era bien incitarlos, habló de esta manera: «Este es el octavo año, soldados y compañeros míos, que »con la virtud y buena dicha del imperio romano, y con »vuestra fidelidad y obras vencisteis á Bretaña. En tantas »batallas, en tantas jornadas ha sido menester á veces for»taleza contra los enemigos, á veces paciencia y trabajo »casi contra la naturaleza misma de las cosas. Y ni á mí »me ha pesado en tales ocasiones de teneros por soldados, »ni á vosotros de tenerme por capitán. Habiendo, pues, »pasado yo los términos de los gobernadores antiguos, y

»vosotros de los ejércitos pasados, tenemos ya el fin de »Bretaña no por fama y rumor como hasta aquí, sino con »nuestro campo y nuestras armas. Hallóse Bretaña y so»juzgóse. Cierto que caminando el ejército, cuando os fa»tigaban los pantanos y los montes y ríos oía yo decir á »los más valientes: ¿cuándo veremos al enemigo? ¿cuándo »daremos la batalla? Ya ellos vienen sacados por fuerza de »sus escondrijos, y vuestros deseos y valor están para »mostrarse; ocasión y aparejo hay para ello; y todas las »cosas son fáciles para los vencedores, y las mismas con»trarias para los vencidos. Porque así como haber hecho »un tan largo viaje, salido y escapádose de las selvas, pa»sado los brazos de mar es cosa hermosa y honrosa para »los que muestran la frente, así para los que huyen son »peligrosísimas cuantas cosas hoy son muy prósperas y »favorables. Porque nosotros no tenemos ni la misma no»ticia de los lugares, ni la misma abundancia de manteni»mientos que los enemigos, sino las manos y las armas, y »en ellas todas las cosas. Por lo que á mí toca, mucho ha »que tengo resuelto que ni las espaldas del ejército ni las »del capitán son seguras cuando huyen. Por eso la muerte »honrosa es mejor que la vida torpe y afrentosa, y el que»dar vivos y con honra está puesto en un mismo lugar. Y »no habrá sido sin gloria haber sido muertos en el mismo »fin de la tierra y de la naturaleza.

»Si se nos pusieran delante nuevas gentes y escuadrones »no conocidos animáraos con ejemplos de otros ejércitos; »mas ahora recontad vuestras hazañas y preguntad lo que »hay á vuestros ojos. Estos son los que el año pasado, ha»biendo acometido á una legión en lo obscuro de la noche »escondidamente, vencisteis con voces: éstos son los más »huidores de todos los Bretones, y que por eso han que»dado tanto tiempo vivos. Así como entrando dentro de los »bosques y selvas se echan fuera por fuerza todos los anima»les muy fuertes, y los tímidos y flojos con el mismo ruido

»de los que caminan, así los más animosos y valerosos de »los Bretones ha mucho que son muertos, y el número que »ha quedado es de los cobardes y temerosos. Los cuales »porque en fin los hallasteis, no es que hayan resistido, »sino haber sido alcanzados los postreros. Y con el último »miedo han fijado sus cuerpos en estas pisadas, en que »pudiésedes haber de ellos una hermosa y esclarecida vic»toria. Acabad ya hoy con vuestras empresas; añadid este »gran día á cincuenta años de guerra. Mostrad á la repú»blica y dadle prueba de que nunca se ha pedido imputar »al ejército, ó la tardanza y dilaciones de la guerra, ó las »causas de acabarla.»

Estando aún Agrícola hablando, se echaba de ver el ardor de los soldados; y tras el razonamiento se siguió una grande alegría, confianza y orgullo suyo, y luego corrieron á tomar las armas. Teniéndolos animados y ganosos de acometer, los ordenó de esta manera: que la infantería de los confederados, que eran ocho mil, tuviesen el cuerpo de la batalla, y tres mil caballos se extendiesen en los cuernos de ella. Las legiones estuvieron delante de la estacada del real: grande honra de victoria pelear sin sangre de los Romanos; y servían de socorro, si los otros fuesen echados del campo. Las haces de la batalla de los Bretones para hacer apariencia, y juntamente con ésta causar más espanto, se habían puesto en los lugares más altos. De manera que el primer escuadrón estaba en lo llano; los demás, como si trabados unos de otros se fueran levantando por la cuesta arriba; los que pelean en carros y la caballería con estruendo y carreras de una parte á otra henchían el medio del campo entre un ejército y otro. Entonces Agrícola, por ser más la gente del enemigo, recelándose que los suyos fuesen acometidos por el frente y por los costados, habiendo ensanchado las hileras, aunque su escuadrón había de ser con esto un poco más extendido y que muchos fuesen de parecer que se llamasen las legio-

nes, inclinado más á la esperanza y constante en los peligros, dejando el caballo, se puso delante de las banderas; y al primer acometimiento de unos á otros se peleaba de lejos.

Los Bretones, juntando la constancia con el arte, con sus grandes espadas y pequeños broqueles excusaban ó echaban de sí las armas arrojadizas de los nuestros; y ellos arrojaban gran multitud de tiros sobre nosotros, hasta que Agrícola animó y persuadió á tres compañías de Batavos y dos de Tungros que viniesen con el enemigo á las espadas y á las manos: cosa en que ellos, como soldados viejos, estaban ejercitados, y en que los enemigos eran inhábiles por traer los escudos pequeños y las espadas disformes. Porque las espadas sin punta de los Bretones no valían para la folla, ni sufrían la batalla en descubierto. Como los Batavos, pues, comenzaron á redoblar los golpes y á herirles con el medio de los escudos, darles en los rostros, y rotos los que estaban y les habían resistido en lo llano, enderezar su escuadrón hacia los collados; las demás compañías de infantería, mezcladas con ellos, con el ímpetu y competencia mataban á todos los más cercanos, y con la prisa de la victoria se dejaban muchos medio muertos ó sin tocarlos. Entretanto huyeron las compañías de á caballo; y los que pelean en carros se mezclaron en la batalla de la infantería, y aunque al principio habían puesto temor, mas hallando muy espesos los escuadrones de los enemigos y el camino desigual, se paraban sin poder pasar adelante; y ésta no tenía figura de batalla de caballería, porque los que estaban firmes á pie, rempujaban los cuerpos de los caballos enemigos. Y muchas veces los carros sueltos y los caballos espantados y sin quien los gobernase, atropellaban á los suyos mismos que encontraban ó se atravesaban, según que á cada uno le llevaba el miedo.

Y los Bretones, que no habiendo aún peleado estaban en lo alto de los collados y como holgados, y que no habían

entrado en el peligro, menospreciaban el poco número de los nuestros, habían comenzado á bajar paso á paso, y rodear las espaldas de los que iban venciendo, sino que Agrícola, recelándose de lo mismo, había hecho que se les opusiesen cuatro bandas de caballería reservadas para las ocasiones que suelen ofrecerse en la guerra repentinamente; y cuanto más bravos y feroces habían corrido á la batalla, más ligeramente y más aprisa echa los del campo, los derramó y puso en huida. De esta suerte el consejo de los Bretones se volvió contra ellos mismos. Y las bandas de caballería, habiendo por mandado del capitán pasado adelante de la frente de los que peleaban, acometieron el escuadrón de los enemigos por las espaldas. Entonces, por ser la campaña rasa, se vió un grande y horrible espectáculo; seguir, herir, cautivar y matar estos mismos, habiéndoseles ofrecido otros delante. Y demás de esto los enemigos hacían según cada uno tenía la inclinación: muchos armados huían de pocos; otros sin armas se arrojaban adelante de su voluntad contra los nuestros, y se ofrecían á la muerte. Á cada paso había armas, y cuerpos y miembros despedazados, y la tierra tinta en sangre. Y algunas veces también había en los vencidos ira y valor Después que se acercaron á los bosques, habiéndose recogido, rodeaban á los que se habían adelantado inconsideradamente, y los seguían sin saber la tierra. Y si Agrícola, que acudía á todas partes, no hubiera mandado que algunas compañías de infantería de las valerosas y desembarazadas fuesen como á descubrir, y que donde había algunos pasos estrechos pasase parte de la caballería dejando los caballos, y que los de á caballo reconociesen los bosques que tenían menos árboles, se hubiera recibido algún daño por la demasiada confianza. Mas después que volvieron á ver que los seguían muy en orden y con las hileras concertadas, volviendo á huir de nuevo, no en tropas como primero, ni mirando, ni curando uno de otro, derramados y procu-

rando apartarse de los suyos mismos, se acogieron á lugares remotos y fuera de camino. Dió fin al alcance la noche, y el estar hartos de matar. Murieron de los enemigos hasta diez mil, y de los nuestros trescientos y cuarenta; entre los cuales fué Aulo Atico, capitán de una compañía, á quien el ardor juvenil y la ferocidad del caballo metieron entre los enemigos.

Y la noche con el gozo y saco fué alegre para los vencedores. Los Bretones descarriados, y mezclado el llanto de los hombres y mujeres, retiraban los heridos, llamaban los sanos, desamparaban sus casas y por despecho ellos mismos de su voluntad las ponían fuego; buscaban escondrijos y luego los dejaban; comunicaban unos con otros algunos consejos, y después se apartaban y discurrían á solas; algunas veces desmayaban y se perdían de ánimo con la vista de sus prendas, y muchas más se encendían en ira. Y era bien cierto que muchos mataron á sus mujeres é hijos, como se apiadasen de ellos. El día siguiente se descubrió y pareció más la victoria; profundo silencio en todas partes, secreto y soledad en los collados. Humeaban de lejos las casas; á ninguno encontraban los corredores del campo. Y habiéndolos enviado por todas partes, como se supo ser inciertas las pisadas de los que huían, y que en ninguna parte se rehacían ni juntaban los enemigos, y no pudiendo derramar la guerra por la tierra por ser ya pasado el estío, llevó el ejército á los confines de los Horestos (1). Y habiendo allí tomado rehenes, mandó al capitán de la armada que rodease á Bretaña. Diéronsele fuerzas para esto, y el espanto había ido delante. Y él llevó á invernar la infantería y caballería, marchando muy despacio, para que los ánimos de aquellas nuevas gentes se espantasen de verlos

(1) Mannart los coloca entre el golfo del Forth y el de Tay. Drotier, por el contrario, cree que habitaban en el condado de Angus, más allá del segundo de dichos golfos.

tardar tanto en pasar. Y también la armada con tiempo y fama favorable invernó en el puerto Trutulense (1), donde había vuelto, habiendo costeado todo aquel lado de Bretaña.

Aunque en las cartas de Agrícola se refirió el suceso de estas cosas sin engrandecerle con ninguna jactancia de palabras, Domiciano le recibió, según su costumbre, con cara alegre, pero congojado en su ánimo. Remordíale la conciencia que poco antes se habían reído y escarnecido del falso triunfo de Germania, habiéndose comprado por vía de mercaderes algunos hombres cuyo hábito y cabellos se aderezasen á modo de cautivos; mas ahora una grande y verdadera victoria, en que fueron muertos tantos millares de hombres, se celebraba con grandísima fama. Esto sobre todo era espantoso para él: que el nombre de hombre particular se ensalzase más que el del príncipe; que en vano se había pasado en silencio el favor que dan los negocios de justicia y la honra de las artes políticas, si ocupaba más altamente la reputación y gloria militar, y que todas las demás cosas se disimulaban más fácilmente, pero que el ser buen capitán era virtud propiamente imperial. Fatigado con tales cuidados, y, lo que era indicio de cruel pensamiento, hartándose con su secreto, le pareció por el presente ser lo mejor disimular el odio, hasta que el ímpetu de la fama se enflaqueciese y el favor del ejército se entibiase: porque entonces gobernaba aún Agrícola á Bretaña.

Mandó, pues, que el senado le concediese con palabras muy honrosas los ornamentos triunfales, y la honra de ilustre estatua, y todo lo que se da por el triunfo. Y demás de esto quiso que se entendiese que el gobierno de la provincia de Siria, que entonces había vacado por muerte de Atilio Rufo, varón consular, y se conservaba para los más principales, se había de dar á Agrícola. Muchos creyeron que un liberto de los más privados y que se ocupaba en los

---

(1) En la actualidad Trentull.

ministerios más secretos del príncipe, que envió á Agrícola, llevó el billete en que le daba el gobierno de Siria, con orden de que si estuviese en Bretaña se le diese; y que el liberto, habiendo encontrado á Agrícola en el mismo estrecho del Océano, aun sin hablarle siquiera, se volvió para Domiciano; ora sea esto verdad, ora fingido y compuesto, según el natural del príncipe. Entretanto Agrícola había entregado al sucesor (1) la provincia sosegada y segura. Y porque su entrada en Roma no fuese notable con la solemnidad de ella, y con la frecuencia de los que saliesen á recibirle, excusando los cumplimientos de sus amigos, entró de noche en la ciudad, y de noche fué á palacio, como se le había mandado. Y recibido del príncipe con un beso (2), por lo cual pasó brevemente y sin decirle palabra, se mezcló entre la multitud de los que servían. Mas para templar con otras virtudes el nombre y fama militar, pesada de llevar entre los ociosos, se dió totalmente al reposo y ociosidad. Su vestido y trato era moderado, su hablar fácil y apacible, acompañado solamente de uno ó dos amigos: tanto, que muchos que tienen por costumbre estimar y juzgar los grandes varones por su ambición, viendo y mirando á Agrícola preguntaban por qué tenía tanta fama. Y pocos declaran la razón.

En aquellos días muchas veces fué Agrícola acusado en ausencia ante Domiciano, y en ausencia fué absuelto. La causa de este peligro no era delito alguno que tuviese, ni querella de alguno á quien hubiese ofendido, sino el príncipe, enemigo de las virtudes, y la gloria y fama de tal varón, y el peor género de enemigos, que eran los que le alababan. Y siguiéronse tales tiempos para la república que no permitieron que Agrícola pasase en silencio: tantos

---

(1) Este fué Salustio Luculo, cuyo mérito no pudo ocultarse á la funesta envidia de Domiciano.

(2) Costumbre de los emperadores romanos recibir á los grandes con un beso en el carrillo.—*Nota del T. E.*

ejércitos perdidos en Mesia, Dacia, Germania y Panonia, ó por la temeridad, ó por la cobardía y flojedad de los capitanes: tantos hombres de guerra con tantas compañías combatidos y tomados por fuerza. Ni la contienda y duda era ya sobre el término del imperio y las riberas de los ríos, sino sobre los lugares donde invernaban las legiones, y la posesión de ellos. Y así, continuándose los daños unos tras otros y siendo cada año notable y señalado con muertes, estragos y mortandades en él, el vulgo pedía por capitán á Agrícola; comparando todos su esfuerzo, constancia y ánimo experimentado en guerras, con el descuido, flojedad y cobardía de aquéllos. Las cuales pláticas bien claro es que también herían las orejas de Domiciano, mientras que los que de sus libertos, que eran hombres de bien, con amor y lealtad, y los que malos por malignidad y envidia incitaban al príncipe, inclinado á las peores resoluciones. De esta suerte Agrícola, así por sus virtudes, como por los vicios de los otros, era llevado de golpe á la misma grandeza de la fama y á despeñarse por ella.

Ya había llegado el año en que Agrícola entrase en suertes del proconsulado de Asia ó África, y habiendo poco antes sido muerto Civica (1), ni le faltaba consejo á Agrícola, ni ejemplo á Domiciano. Algunos que sabían los pensamientos del príncipe, llegaron entonces, y de suyo preguntaban á Agrícola quién había de ir á aquel cargo. Y al principio más encubiertamente alababan el sosiego y ociosidad; poco después se ofrecían á favorecerle, para que se aceptase y aprobase su excusa; y al fin, ya no ocultamente ni con encubiertas, sino persuadiéndole juntamente y espantándole, le llevaron delante de Domiciano. El cual, apercibido para fingir y el semblante compuesto para mos-

(1) Civica Cerialis, procónsul de Asia, fué muerto por orden de Domiciano, so pretexto de que maquinaba novedades contra el Estado.

trar arrogancia, oyó los ruegos de Agrícola, que se excusaba de la aceptación del cargo: y habiendo otorgado con su demanda con la cabeza, sufrió que le diese gracias por ello, y no se avergonzó con el aborrecimiento y cargo que le resultaba del beneficio. Mas el salario que se solía dar á un proconsular, y que él mismo había dado á algunos, no le dió á Agrícola, ó por estar ofendido de que no se le hubiese pedido, ó por remordimiento de la conciencia, que no pareciese que compraba lo que había prohibido. Es propio de la condición humana aborrecer á quien has hecho daño: y Domiciano de su natural era fácil y arrojadizo en airarse; y cuanto más lo encubría, tanto peor era de desenojarse; mas con todo eso se templaba con la moderación y prudencia de Agrícola; porque ni con rebeldía ni obstinación, ni con vana jactancia de libertad incitaba y provocaba la fama y hado contra sí. Sepan los que tienen por costumbre admirarse de las cosas no permitidas, que también en siglo de malos príncipes puede haber grandes hombres, y que la obediencia y modestia, si hay con ellas industria y esfuerzo, llegan al mismo grado de alabanza á que muchos subieron por despeñaderos, y que sin servir después de nada, su ambiciosa muerte los hizo esclarecidos y famosos.

El fin de su vida fué lamentable para nosotros, triste para los amigos, y no sin cuidado y congoja para los extraños y no conocidos. El vulgo también y el pueblo, que entiende y se ocupa aquí en otras cosas, vinieron muchas veces á casa, y en las plazas y corrillos hablaron de ello: ni hubo persona que, oida la muerte de Agrícola, se alegrase ó se olvidase luego de ella. Causaba mucha mayor lástima la voz, y con mucha afirmación, que corrió en el pueblo de haberle muerto con veneno. Lo que yo osaré afirmar es que nunca supimos cosa cierta; mas en toda su enfermedad fué visitado más á menudo con recaudos de lo que el príncipe acostumbraba; y los principales de sus libertos, y los médicos de la cámara vinieron á visitarle, ora fuese cui-

dado de su salud, ora por entender y saber lo que pasaba. Sabíase que el postrer día de momento á momento le avisaban por la posta como se iba acabando, no creyendo nadie que se diera tanta prisa en saber lo que le pesara de oir. Con todo esto, en el ánimo y rostro mostró apariencias de dolor; seguro ya de su aborrecimiento y como quien disimulaba más fácilmente el gozo que el miedo. Muy bien se sabía que leído el testamento de Agrícola, en que juntamente con su mujer, que era muy buena, y su hija, que era muy pía, dejó también por heredero á Domiciano, se alegró, como honra que le había dado y juicio que había hecho de él: tan ciego y estragado tenía el conocimiento con adulaciones continuas, que no sabía que un buen padre no deja por heredero sino al mal príncipe.

Había nacido Agrícola siendo Cayo César la tercera vez cónsul, á los 13 de Junio: murió, siendo de cincuenta y seis años, á 23 de Agosto, siendo cónsules Collega y Prisco. Y si los que vendrán desearen saber su estatura y talle, fué más de cuerpo conveniente que muy alto. Ninguna señal de miedo se le conocía en el semblante. Fácilmente creyérades que era hombre de bien, y de buena gana que era gran personaje. Y él verdaderamente, aunque fué arrebatado de la vida en el medio de la edad entera, en cuanto á la gloria y fama vivió un larguísimo siglo. Porque él había llegado á la cumbre de los verdaderos bienes, que consisten en las virtudes; y habiendo alcanzado los ornamentos consulares y triunfales, ¿qué más le podía añadir á esto la fortuna? No se holgaba con demasiadas riquezas, y las que tenía eran vistosas. Habiendo dejado vivas su hija y mujer, aun puede parecer bienaventurado en haberse escapado de los casos venideros, quedando su honra no tocada, su fama en flor, y sus parientes y amigos salvos. Porque así como hablando conmigo adivinaba y deseaba quedar en la luz de este siglo dichosísimo, y ver príncipe á Trajano, así también llevó gran consuelo de su apresurada muerte en

librarse de aquel postrer tiempo, cuando Domiciano, ya no por intervalos y dejando á tiempos respirar los hombres, sino continuamente y como de un golpe agotó la república.

No vió Agrícola sitiado el consejo, y el senado rodeado de armas, y con un mismo estrago tantas muertes de varones consulares, tantos destierros y huídas de mujeres nobilísimas (1). Aun entonces se contaba Caro Metio (2) por una victoria; y el parecer de Mesalino hacía estruendo en el alcázar de Alba (3), y Masa Bebio (4) ya entonces era reo. Poco después nuestras manos llevaron á Helvidio á la cárcel. Nosotros vimos condenar á Mauricio y Rustico (5). Seneción nos roció con su inocente sangre. Nerón aun volvió á otra parte los ojos, y mandó hacer las maldades, pero no las miró. La principal parte de las miserias en tiempo de Domiciano, era el ver y ser mirado; cuando se relataban nuestros suspiros (6), y se firmaban por él las condenaciones por ellos; cuando para notar la amarillez de tantos hombres, bastaba aquel cruel semblante y la color encendida, con que se amparaba contra la vergüenza. Pero tú,

---

(1) Gratila, Fannia y otras mujeres ilustres que nombra Plinio, lib. II, ep. 11.

(2) Sería más claro este pasaje diciendo, «que aun entonces no contaba Caro Metio más que una victoria», esto es, una víctima. Caro Metio fué uno de los más famosos delatores del tiempo de Domiciano.

(3) Casa de recreo situada al pie del monte Albano, donde se reunía Domiciano con los instrumentos de su tiranía.

(4) Hallábase de gobernador en África cuando subió al trono Vespasiano, señalándose desde entonces como uno de los hombres más perniciosos de su tiempo. Más adelante fué perseguido por sus cohechos en la Bética.

(5) Personajes esclarecidos condenados y muertos por Domiciano con color de justicia, y á nombre y por voto del senado. Mauricio fué desterrado, y Helvidio, Rustico y Seneción muertos. *Plinio* alaba á Mauricio por su gravedad y prudencia.

(6) Tácito refiere en sus anales que había hombres apostados para tomar nota de las menores emociones, de las más insignificantes señales de interés que podían escaparse á los espectadores.

Agrícola, fuiste dichoso, no sólo en la fama de tu vida, sino también en la oportunidad de tu muerte. Según cuentan los que se hallaron presentes á tus últimas palabras, constantemente y de buena gana recibiste el hado, como si por lo que á tí tocaba, hicieras presente de inocencia al príncipe. Mas á mí y á tu hija, demás del dolor de haber perdido nuestro padre, nos añade tristeza que ni pudimos hallarnos á tu enfermedad, ni regalarte cuando te ibas acabando, ni hartarnos de verte y de abrazarte. Yo cierto hubiera recibido tus mandamientos y palabras, que imprimiéramos bien en el corazón. Este es nuestro dolor, esta es nuestra congoja. Tanto iempo estuvimos ausentes de tí, que ya cuatro años antes te habíamos perdido. Cuanto fué posible se hizo sin duda en honra tuya, pues estuvo cabe tí la mejor de las madres, tu muy amada mujer. Pero sepultáronte con menos lágrimas, y en la postrera luz desearon algo tus ojos (1).

Si hay algún lugar para las almas de los hombres píos; si, como quieren los sabios, no mueren con el cuerpo las ánimas grandes, reposa en paz, y á nosotros, que somos tu casa, levántanos del deseo enfermo y llanto mujeril á la contemplación de tus virtudes, que ni es lícito llorarse ni plañirse, para que con admiración y loores inmortales te honremos, y si la naturaleza nos diere fuerza para ello, te imitemos. Esta es la verdadera honra que podemos hacerte, y la piedad que cualquiera más cercano pariente puede mostrar contigo. Esto también enseñaré á tu hija y á tu

---

(1) Es evidente que Tácito alude aquí á su ausencia y á la de su mujer. Este pasaje es una imitación de Cicerón, quien dice hablando de Craso (*De oratore*, lib. III): «Fuit hoc luctuosum suis, acerbum patriæ, grave bonis omnibus: sed ii tamen rempublicam casus secuti sunt, ut mihi non erepta L. Crasso a diis immortalibus vita, sed donata mors esse videatur. *Non vidit* flagrantem bello Italiam, non ardentem invidia senatum, non sceleris nefarii principes civitatis reos, non luctum filiæ, non exilium generi», etc.

mujer, que de tal manera reverencien la memoria de su padre y de su marido, que vuelvan y revuelvan en la memoria todos sus hechos y dichos, y que abracen la fama y figura de su ánimo antes que la de su cuerpo. No porque yo piense contradecir los retratos que se hacen de mármol y bronce, sino porque como los rostros de los hombres, así las figuras que formamos de sus rostros son flacas, mortales y perecederas, la forma del entendimiento es la eterna; la cual podéis conservar y representar y mostrar, no con ajena materia y arte, sino con vuestras propias virtudes. Cuanto amamos de Agrícola, cuanto admiramos de él, queda y quedará en el ánimo de los hombres y en la eternidad de los tiempos con la fama que hay de las cosas. Porque á muchos de los antiguos, como hombres sin gloria y sin nobleza, el olvido los sepultará. Agrícola, cuyos hechos se contarán y pasarán á los venideros por mi medio, quedará perpetuamente vivo.

FIN DE LA VIDA DE JULIO AGRÍCOLA.

DIÁLOGO DE LOS ORADORES

DIÁLOGO

DE LOS ORADORES.

Mucho tiempo ha que deseas saber de mí, oh Justo Fabio (1), por qué causa, habiendo florecido en los pasados tiempos en ingenio y fama tantos excelentes oradores, ahora el nuestro, falto de ellos y sin aplauso, apenas conserva el uso del mismo nombre de oradores, pues así llamamos únicamente á los antiguos; pero á los elocuentes de estos días, causídicos, abogados, patronos y cualquiera otra cosa menos oradores. Á esta tu pregunta no me atreviera ya en verdad á responder y tomar sobre mis hombros el peso de tan grande cuestión en tales términos que haya de juzgarse mal de nuestros ingenios, si á esto no llegan mis alcances, ó de mi modo de pensar, si no quiero decir mi parecer, en el caso de que solamente yo hubiera de proferir el mío; pudiendo salir de la dificultad repitiendo cierta conversación de hombres muy discretos, según las circunstancias de ahora, que siendo yo muy joven les oí, en que estaban tratando esta misma cuestión. Así que el

(1) Amigo de Plinio, á quien dirigió éste dos cartas y nombró en otra.

trabajo no está en el ingenio, sino en la memoria con que poder acordarme de todas aquellas cosas que de boca de estos claros varones escuché, discurridas con sutileza y dichas con gravedad, y declarar con la misma elegancia, con las mismas razones y el mismo orden las diversas causas que cada uno exponía bastante razonables, manifestando su interior modo de pensar y discurrir; pues no faltó quien tomando el partido contrario, después de haber censurado y despreciado mucho á los antiguos, antepusiera la elocuencia de nuestros tiempos á la de aquellos.

Porque al día siguiente en que Curiacio Materno (1) había recitado su tragedia de *Catón*, teniéndose noticia de que había ofendido los ánimos de los poderosos, como que, olvidándose él de sí, sólo había pensado como *Catón* en el argumento de aquella tragedia; y esparciéndose sobre esto un grande murmurio en la ciudad, vinieron á su casa M. Apro y Julio Secundo (2), ingenios entonces los más excelentes de nuestro foro; á los cuales no sólo oía yo con grande afición en los tribunales, sino que frecuentaba su casa, y los acompañaba en público con un vehemente deseo de aprender, y cierta viveza juvenil; de suerte que escuchaba con ansia de sus reservadas pláticas: y si bien muchos opinaban poco favorablemente, diciendo que Secundo no era expedito en el decir, y que Apro había conseguido la fama de elocuente más por genio y natural que por instrucción y literatura, no tenían razón; porque ni carecía Secundo de un lenguaje puro, limado y bastante fluído, ni Apro dejaba de estar instruído en las comunes artes: pero más era en él el desprecio que hacía de las letras, que la falta de instrucción en ellas; aparentando con-

(1) Pagó con su vida, en tiempo de Domiciano, el haber hecho hablar con demasiada libertad los personajes de sus tragedias.

(2) Nada sabemos del primero. Quintiliano alaba al segundo como uno de los mejores ingenios de su tiempo.

seguir mayor gloria de su aplicación y trabajo, si daba á entender que su talento no había habido menester de que otras artes le prestasen sus auxilios.

Luego, pues, que entramos en el aposento de Materno, le hallamos sentado con aquel libro en las manos que el día antes había recitado. Entonces Secundo le dijo: «¿Nada, Materno, te asustan las hablillas de los malévolos, ni te impiden que te embeleses con las picantes expresiones de tu *Catón*? ¿Por ventura has vuelto á tomar en las manos este libro para reconocerle con más cuidado, y después de corregidas algunas cosas que hayan dado ocasión de una interpretación maligna, publiques á *Catón*, si no mejor, al menos más confiado?» Entonces Materno, «lo leerás, dijo, si tú quisieres, y examinarás aquellas cosas que has oído; y si algo dejó de decir *Catón*, lo dirá en la siguiente recitación *Thyestes*, pues ya he ordenado esta tragedia, y dentro de mí mismo la tengo ya formada, y por eso me doy prisa á dar esotra cuanto antes al público, para que, dejando á un lado este cuidado, pueda dedicarme enteramente á este nuevo trabajo.» «¿No te fastidian tanto, dijo Apro, esas tragedias que, olvidando la afición á las oraciones y causas, consumas todo el tiempo, antes en la *Medea* y ahora en *Thyestes*, puesto que están llamándote al foro las causas de tantos amigos, el patrocinio de tantas colonias y municipios á quienes apenas podrías dar abasto, aunque no te cargaras de nueva ocupación con tus tragedias de *Domicio* y *Catón;* quiero decir, que agregaras á las tragedias griegas las historias y personajes romanos?»

Entonces Materno: «Me cogiera de susto tu severidad si no se hubiera hecho ya casi costumbre entre nosotros esta repetida y continuada contienda: porque ni tú dejas de acusar é ir contra los poetas, y yo, á quien echas en cara la desidia en las defensas, ejercito este patrocinio de defender contra ti el arte de la poesía. Y ahora me alegro más por habérsenos presentado un juez que, ó me mande

no hacer ya más versos, ó lo que tiempo ha estoy deseando, me precise también con su autoridad á que saliendo de las estrecheces de las cosas forenses en que sobradamente he sudado, me dedique á cultivar esta más sagrada y más augusta eloduencia.»

«Yo á la verdad, dijo Secundo, antes que Apro me recuse por juez, haré lo que suelen los buenos y modestos jueces, que es excusarse de conocer en aquellas causas en que se echa de ver que una de las partes tiene ganada la inclinación de ellos. Porque ¿quién ignora que ninguno tiene más estrechez conmigo, ya por la amistad, ya por trato de compañeros, que Saleyo Baso (1), varón no menos bueno que consumado poeta? Y por cierto, si el arte de la poesía se acusa, ningún otro reo hallo más comprobado.» «Bien libre está, dijo Apro, tanto Saleyo Baso, como otro cualquiera que fomenta el estudio de la poética y la gloria de los poemas, si no se dedica á defender causas. Mas yo, puesto que he encontrado un árbitro de esta demanda, no permitiré que sea defendido Materno con acompañamiento de muchos, sino que yo á él mismo ante vos le acusaré de que habiendo nacido para la elocuencia varonil y oratoria, con que poder al mismo tiempo adquirir y defender amistades, ganar naciones y proteger provincias, abandone un estudio en cuya comparación no puede pensarse otro en nuestra ciudad ni más copioso para la utilidad, ni más decoroso para el honor, ni más lucido para la fama de la ciudad, ni más ilustre para la celebridad de todo el imperio y de todas las naciones. Porque, si han de dirigirse á la utilidad de la vida todas nuestras miras y acciones, ¿qué cosa hay más apercibida que ejercitar aquella arte con que siempre armado puedas libremente servir de defensa á los amigos, de auxilio á los extraños, de salud á los que peligran; y al

(1) Quintiliano elogia su fogosa y poética fantasía, que no lograron apagar ni los hielos de la vejez.

contrario, poner miedo y espanto á los envidiosos y enemigos, y tú mismo estar seguro y como fortalecido con un como perpetuo poder é imperio, cuya fuerza y utilidad bien se deja ver en la defensa y patrocinio de otros, cuando las cosas suceden prósperamente! pero si llega á sentirse el ruido del peligro propio, no en verdad la loriga y la espada es en la batalla parapeto tan fuerte como la elocuencia en favor de un reo que peligra, pues es al mismo tiempo arma defensiva y ofensiva, con que igualmente puedes defender y acometer, ya en el tribunal, ya en el senado, ya en presencia del príncipe. ¿Qué otra cosa más que su elocuencia, hallando contrarios á los senadores, opuso poco ha Eprio Marcelo (1), quien, arrestado y sobre sí, dejó burlada la sabiduría de Helvidio, elocuente á la verdad, poro poco experto, y aun tierno en semejantes contiendas? No hablaré más acerca de la utilidad, á cuya parte creo no se oponga en nada mi amigo Materno.

»Paso á explicar el gusto que trae consigo la elocuente oratoria, cuyo deleite no se goza por un solo instante, sino casi todos los días y casi á cada hora. ¿Qué cosa más dulce para un ánimo noble y bien educado, criado, digámoslo así, para los más puros deleites, que ver llena y concurrida siempre su casa de los hombres más distinguidos, y saber que esto le viene, no por causa de riqueza ú orfandad, ni por la administración civil de algún empleo, sino por sí mismo? Antes bien concurren los hijos huérfanos y poderosos á ver á un joven y pobre, para que tome á su cargo los riesgos de sus amigos ó los suyos. ¿Hay acaso algún deleite tan grande de las más copiosas riquezas y el más encumbrado poder, que mirar á todos, ya ancianos y de mayor edad, ya confiados en la gracia de toda la ciudad, confesando que en medio de la abundancia de todas las

(1) Véase este hecho en el mismo Tácito, *Hist.*, IV, 6 y 43. Siendo amigo de Vespasiano, conspiró contra él con Cecina. Sorprendido y condenado á muerte, se degolló con una navaja.

cosas no tienen en sí un bien que es el mejor y más principal? Además, ¡qué acompañamientos y despedidas de togados! ¡qué aspecto en público! ¡qué acatamiento en los tribunales! ¡qué gusto al levantarse á orar y estar en pie, viéndose rodeado de silencio, y que en él sólo fijan todos su vista; apiñarse el pueblo, rodear el circo (1), y mover al oyente á cualquier afecto de que el orador se revistiere! Mas lo que hasta aquí refiero son los placeres más conocidos, y que están á la vista aun de los de pocos alcances: mayores son otros más cultos y que solamente los conocen los mismos oradores: porque, ora traiga una oración bien limada y pensada, siempre percibe un como contrapeso y balanza constante, así del deleite, como del mismo decir; ora traiga nuevo y reciente trabajo no sin algún sobresalto del ánimo, este mismo afán recomienda el suceso y lisonjea el gusto. Pero cuando se arresta á hablar de repente, esta misma temeridad produce mayor placer. Porque sucede con las obras de ingenio lo mismo que en el campo; y es, que aunque se siembre otras cosas muchas veces y se cultiven por mucho tiempo, son más gratas las que da de sí el suelo.

»Y en verdad, si he de hablar de mí mismo, aquel día en que se me presentó la vestidura de senador, ó en que, siendo yo hombre nuevo y nacido en una ciudad de ningún favor, recibí la cuestura, ó el tribunado, ó la pretura, no fué para mí más alegre que todos los demás, en que, tal cual es la mediana facultad mía de orar, me toca defender con buen suceso á un reo, ó tener algún pleito feliz ante los centumviros, ó sacar á paz y á salvo ante el príncipe á sus mismos libertos y procuradores. Entonces me parece á mí subir sobre los tribunados, las preturas y consulados, y aun tener lo que no se adquiere en otra parte sino en sí mismo, ni se hereda por codicilos, ni viene por el favor.

(1) El original dice *circumfundi coronam*, rodearle, apiñarse en torno de él, formar corro, etc.

¿Qué comparación tiene la fama ó nombre de cualquier arte con la gloria de los oradores, que no solamente son ilustres en la ciudad entre los que tienen negocios y cuidados, sino también entre los mozos y jóvenes que desde luego tienen buen natural y dan de sí buenas esperanzas? ¿Cuáles nombres ponen antes los padres á sus hijos? ¿A quién primero y más frecuentemente nombra por su nombre el imperito vulgo y la plebe, y los señala con el dedo? También los forasteros y viajantes, después de haber oído antes hablar de ellos en los municipios y colonias, apenas se apearon en la ciudad preguntan por ellos, los buscan y quieren verles la cara.

»Me atrevería á apostar que este Marcelo Eprio, de quien hablé poco ha, y que Crispo Vivio (1) (porque con más gusto me valgo de ejemplos posteriores y recientes, que de los remotos y olvidados), no son menos conocidos en los extremos términos de la tierra, que en Verceli ó en Capua, de donde se dicen naturales. Ni á esto contribuye el que el uno ó el otro tenga tres mil sestercios de renta (2), aunque esta tan gran riqueza pueda pensarse que han llegado por la utilidad que les viene de la oratoria, sino la misma elocuencia, cuya divina alteza y celeste poder produjo á la verdad muchos ejemplares en todos los siglos, manifestando á qué grado tan alto de fortuna hayan llegado los hombres con la fuerza de su ingenio. Pero, como he dicho arriba, estos ejemplares son más cercanos á nosotros, y tales que no necesitamos saberlo de oídas, sino que los tenemos ante los ojos. Porque, cuanto más bajo y menos conocido nacimiento han tenido, y cuanto más notable ha sido la pobreza y escasez de bienes que los rodeó al nacer, tanto más ilustres y esclarecidos ejemplares son para demostrar la utilidad de la oratoria; pues sin el brillo del nacimiento

---

(1) V. *Hist.*, II, 10. Quintiliano le alaba por su elocuencia agradable. Dión le pone entre los compañeros de orgía de Vitelio.
(2) El original dice *ter milies sestertium*, tres millones.

y sin patrimonio, ninguno de ellos educado con cuidado, y el uno de figura poco recomendable, han llegado á ser por espacio de muchos años los más poderosos en la ciudad, y mientras quisieron los principales en los tribunales: y ahora los primeros en la amistad del César, casi todo lo gobiernan y son mirados por el mismo príncipe con grande acatamiento. Porque Vespasiano, anciano venerable y varón prudentísimo, bien conoce que los demás amigos suyos están apoyados sobre aquello que de él recibieron y en lo que está en su mano de aumentarles y enriquecerlos; pero Marcelo y Crispo trajeron consigo á la amistad del príncipe lo que no recibieron ni puede recibirse del príncipe. El menor lugar ocupan entre tantas y tan grandes utilidades los blasones, timbres y estatuas: lo cual, sin embargo, no es de despreciar, ni menos las riquezas y el valimiento: todo lo cual más facilmente hallarás quien lo vitupere que quien lo deseche. Vemos, por cierto, llenas de estos honores y ornamentos y facultades las casas de aquellos que se dedicaron desde su mocedad á las causas forenses y al estudio de la oratoria.

»Pero los poemas y versos, en los cuales desea Materno gastar toda su vida (pues desde aquí tomó principio su discurso), ni acarrean dignidad alguna á sus autores, ni fomentan sus utilidades, y á lo más consiguen un breve deleite, y un aplauso hueco y sin fruto. Y si no, dime, Materno, aunque no sea gustoso á tus oídos esto mismo que digo y adelante diré, ¿de qué sirve el que para contigo hable con elegancia Agamemnón ó Jasón? ¿Quién, por eso, ha vuelto á su casa defendido por tí y agradecido á tu defensa? ¿Quién es el que ahora ó saluda ó acompaña á Saleyo, excelente poeta entre nosotros, ó, si se le quiere dar un título más honorífico, excelente adivino? (1) Mas si un amigo suyo, si

(1) Tácito dice: *praeclarissimum vatem*, cuya palabra debe tomarse en el significado de poeta.

un pariente, si él mismo, en fin, se hallase en algún negocio apurado, acudirá á este Secundo, ó á tí, Materno, nó porque eres poeta, ni para que hagas versos en su favor, porque éstos le nacen á Baso en su casa, y muy bellos y agradables; pero cuyo suceso es, que después de haber gastado un año entero y empleado todo el día y la mayor parte de la noche el tiempo en forjar un libro, disponerle á la luz pública, tiene que rogar de propio intento y halagar á algunos (1) para que se dignen escucharlo; y esto no de balde, porque tiene que buscar casa prestada, levantar en ella circo para auditorio, alquilar asientos, y repartir esquelas: y aunque el éxito de sus recitaciones sea el más feliz, todo aquel aplauso no dura tres días, como sucede en una planta ó flor cortada que no llega á cierto y sazonado fruto. Ni de allí saca amistad alguna ó clientela, ni lleva á su casa el gusto de haber hecho un beneficio duradero en la memoria de alguno, sino voces vagas y huecas, y un gozo pasajero. Ha poco que alabamos la liberalidad de Vespasiano como asombrosa y eminente por haber dado á Baso quinientos sestercios (2): cosa grande á la verdad haber merecido con su ingenio el agrado del príncipe; pero ¿cuánto mejor sería, si así lo permitiesen los propios haberes, venerarse á sí mismo, obsequiar su ingenio y probar su propia liberalidad? Añádase á esto que los poetas, si han de trabajar y hacer algo digno de ellos, tienen que huir del trato de los amigos, privarse de las diversiones de la ciudad y abandonar las demás ocupaciones, y, como ellos

---

(1) Sobre la costumbre y la influencia funesta de las lecturas públicas, véase Nisard, *Estudios de costumbres y de crítica acerca de los poetas latinos de la decadencia*, art. *Stacio.*

(2) No habría para qué calificar de asombrosa y eminente la liberalidad de Vespasiano si sólo hubiera dado á Baso esa mezquina suma, que equivale á unos quinientos reales de nuestra moneda. En las versiones francesas se traduce el *quingenta* por 500.000 sestercios.

dicen, retirarse á los bosques y selvas, esto es, á los desiertos.

»Pero ni aun la fama y buena opinión, á la cual únicamente se dedican, afirmando ser el único premio de todo su trabajo, es igual entre poetas y oradores, porque hasta ahora ninguno conoció poetas medianos, y buenos pocos. ¿Cuándo llega á extenderse por toda la ciudad la fama de unas medianas recitaciones, para que digamos que pueda ser conocida en tantas provincias? ¿Quién hay que, ó bien venga de España ó bien de la Asia, dejando en silencio á nuestros Galos, y llegando á la ciudad, pregunte por Saleyo Baso? Y si acaso quiere verle, visto una vez, pasa adelante, y con esto se contenta, como si hubiera visto alguna figura ó estatua. Ni quiero que estas mis razones se tomen en tal sentido que se entienda que yo quiero espantar de hacer versos á aquellos á quienes la naturaleza les negó el talento oratorio, si es que con este estudio pueden pasar con gusto el tiempo ocioso y conseguir algún nombre y fama; porque yo tengo por cosa sagrada y venerable á toda la elocuencia y á todas sus partes: y no solamente creo que deben anteponerse á los estudios de las demás artes ó vuestro coturno ó la armonía del poema heroico, sino también la gracia de los versos líricos, los amores de los elegiacos, la acritud de los yambos, las agudezas de los epigramas y cualquiera otra especie que tenga la elocuencia. Sólo las he contigo, Materno, porque dirigiéndote tu naturaleza al alcázar de la elocuencia, quieres más desviarte del camino, y habiendo alcanzado lo más arduo, te quedas en lo menos importante. Como si hubieras nacido en la Grecia, en donde es loable ejercitarse en las artes de la palestra, y los dioses te hubieran concedido las fuerzas y vigor de Nicostrato (1), no permitiría yo que aquellos membrudos brazos, hechos

(1) Famoso atleta del primer siglo de nuestra era, de que habla Quintiliano, II, VIII.

á propósito para la lucha, se aflojasen con el tiro ligero del dardo ó del disco. Así yo desde los auditorios y teatro te llamo al foro y á las causas, esto es, á las verdaderas luchas; principalmente cuando no puedes acogerte al efugio, que favorece á otros, de que está menos expuesto á ofender el estudio de los poetas que el de los oradores, porque hierve en tí el vigor de tu bella naturaleza, y ofendes, no por causa de algún amigo, sino por tu *Catón:* ni esta ofensa puede paliarse ó con el cumplimiento de la amistad ó de la abogacía, ó con haberte puesto á orar con ímpetu de repente en un caso fortuito, pues no puede menos de parecer que has elegido bien de pensado un personaje notable y que hable con el carácter correspondiente á su fama. Bien sé lo que á esto puede responderse: que por esta parte se adquieren aprobaciones, y por la otra en los mismos auditorios se alaban estas cosas y se anda luego en bocas de todos. Deja, pues, á un lado la excusa de la quietud y descuido cuando te tomes un contrario superior: bástanos á nosotros conservar las controversias particulares y de nuestro siglo; en cuya imitación, si alguna vez fuese preciso ofender los oídos de los poderosos por causa de algún amigo que peligra, quedará aprobada la fidelidad del oficio y excusada la libertad.»

Habiendo dicho esto Apro con bastante acritud, como acostumbraba, y con voz fuerte, empezó Materno con voz suave y risueña. «Heme prevenido, dijo, no menos tiempo á acusar á los oradores que Apro ha gastado en alabarlos; pues juzgaba que de la laudatoria de ellos hiciese digresión para acusar á los poetas y echar por tierra el estudio de la poesía; subsanó esto con cierta industria, permitiendo que hiciesen versos aquellos que no estuviesen en disposición de ejercitar el foro. Mas yo, así como en el ejercicio de las causas puedo hacer algo, y acaso sobresalir, así también he empezado felizmente á conseguir en la recitación de tragedias alguna fama, principalmente desde que en el *Nerón*

quebranté la maligna potencia de Vatinio (1), que profanaba además el sagrado de los estudios, y hoy creo, si es que tengo alguna celebridad y nombre, haberlo granjeado más por la gloria de los poemas, que por la de las oraciones: y así he resuelto quitarme ya de la faena del foro; ni echo menos esos acompañamientos y séquitos, ó las repetidas salutaciones, ni las estatuas y timbres, que aun sin desearlo yo, se me entraron en mi casa. Porque hasta ahora mejor que con la elocuencia, conservo mi estado y tranquilidad con la inocencia; ni espero tener ocasión jamás de orar en el senado sino en defensa de alguno que se halle en peligro.

»En cuanto á los *bosques* y *selvas*, y lugares retirados que reprendía Apro, á mí me causa tanto placer que lo cuento entre los principales frutos de los versos; porque éstos no se componen en medio del bullicio, ni teniendo de espera al litigante ante la puerta, ni entre el luto y el llanto de los reos, sino que el ánimo se retira á los lugares puros é inocentes, y goza de los recintos sacros. Estos fueron los principios de la elocuencia, estos sus templos: con este hábito y culto, al principio tratable á los mortales, se introdujo en aquellos castos pechos aun no contaminados de vicios. Con ella hablaban los oráculos. Porque el uso de esta interesada é hidrópica (2) elocuencia es reciente é hijo de la relajación de las costumbres, y como tú, Apro, decías, sustituído en lugar de arma afilada. Mas aquel venturoso, y á nuestro modo de hablar, aquel siglo *de oro*, escaso de oradores y de delitos, abunda de poetas y adivinos (3) que

(1) Traducción literal del texto tal cual se hallaba en la edición española.

(2) Tácito la llama con más propiedad y energía *sanguinantis*.

(3) Creemos muy difícil establecer la diferencia que existe entre los vocablos *poetis et vatibus* del texto. Sólo sí diremos que no le corresponde á la segunda la versión de adivinos, en el sentido que damos hoy á esta palabra.

cantaban los generosos hechos y no defendían los ruines: ni otros algunos tuvieron mayor honor ni más sagrado; en primer lugar, entre los dioses, de quienes se decía que pronunciaban sus respuestas y asistían á sus convites; en segundo lugar, entre los hijos de los dioses, los sagrados reyes, entre los cuales no hallamos á ningún abogado, sino á Orfeo, á Lino; y si más hondamente quieres apurarlo, al mismo Apolo: ó si estas cosas te parecen con exceso fabulosas y fraguadas por el capricho, al menos me concedes, Apro, que no logró menor gloria entre los hombres Homero que Demóstenes; ni que se ciñese á más estrechos confines la fama de Eurípides y Sófocles que la de Lisias y de Hipérides: aun hoy hallarás muchos que no aprecien tanto la gloria de Cicerón como la de Virgilio, ni tiene tanto nombre ningún libro de Asinio (1) ó de Mesala (2) como la *Medea* de Ovidio ó el *Thyestes* de Vario (3).

»Ni yo, á la verdad, temeré comparar la fortuna de los poetas y aquella feliz cohabitación que he referido, con la vida inquieta y desasosegada de los oradores, aunque á éstos les hayan elevado á los consulados sus contiendas y las defensas de los reos. Para mí es de mayor aprecio el tranquilo y apartado retiro de Virgilio, en el cual ni estuvo privado de la gracia de Augusto, ni de la celebridad para con el pueblo romano. Testigos de esto son las cartas de Augusto, testigo el mismo pueblo, el cual, oídos en cierta ocasión en el teatro los versos de Virgilio, todo él se puso

(1) Asinio Polión, amigo de Augusto, á quien elogia Horacio como abogado, senador, poeta trágico, historiador y guerrero, fué el primero que fundó en Roma una biblioteca pública. Según Quintiliano, era inferior á Cicerón.

(2) Quintiliano alaba la limpieza y el brillo de su elocuencia.

(3) Piezas dramáticas cuya pérdida es tanto más sensible cuanto que, según Quintiliano, Ovidio había desplegado en la primera todos los recursos de su fácil y abundante vena, y que la segunda era comparable á las más bellas producciones de la tragedia griega.

en pie, y á Virgilio, que por casualidad se hallaba presente y de espectador, le veneró como hiciera con Augusto. Ni aun en nuestros tiempos habrá cedido Pomponio Secundo á Afro Domicio (1) ni en la dignidad de su carrera, ni en la perpetuidad de su fama. Porque Crispo y Marcelo, ejemplares á que me provocas, ¿qué tienen en esta su fortuna que desear? ¿Acaso porque temen ó son temidos? ¿Acaso porque pidiéndoles cada día alguna cosa aquellos sobre quienes se ven encumbrados, se irritan; ó porque, atados con la adulación, ni parecen nunca bastante esclavos á los que mandan, ni á nosotros bastante libres? ¿Cuál es este tan gran poder suyo? Otro tanto suelen poder los libertos. Á mí las dulces Musas, como dice Virgilio, apartado de inquietudes y cuidados y de la necesidad de obrar algo cada día contra mi intención, llévenme á aquellos sagrados recintos y á aquellas fuentes donde no sufra más, lleno siempre de miedo, al desatinado y resbaladizo foro, y una pálida fama: llévenme donde no me despierte el rumor de los que vengan á saludarme ó del anheloso liberto; ni incierto de lo por venir escriba un testamento en lugar de una hipoteca; ni posea más que lo que pueda dejar á quien yo quiera, cuando llegue mi hora fatal y el fin de mi vida, y me pongan sobre el túmulo, no triste y espantoso, sino alegre y coronado; ni nadie por mi memoria consulte ni pida.»

Aun no bien había concluído Materno exaltado y como fuera de sí, cuando Vipsiano Mesala (2) entró en su aposento; y habiendo sospechado por la atencion de cada uno que la plática era asunto de gravedad, dijo: «¿He venido, por ventura, á mala sazón, estando vosotros tratando alguna secreta consulta ó en la meditación de alguna cau-

(1) V. Tácito, *An.*, v, 8, 12, 28, y *An.*, VI, 52.
(2) El mismo Tácito hace honrosa mención de él en no pocos lugares de sus *Historias*.

sa?» «Nada menos que eso, dijo Secundo; antes bien me hubiera alegrado que hubieses venido más temprano, pues te hubiera causado placer, no sólo el discurso elegante que ha hecho nuestro Apro exhortando á Materno á que pusiese todo su ingenio y estudio en orar causas, sino también la oración de Materno en defensa de la poesía; festiva y como convenía defender á los poetas, pero satírica y con estilo más semejante á éstos que al de los oradores.» «A mí, dijo Mesala, me hubiera servido de indecible placer oir semejante discurso; y á la verdad me complazco en que vosotros, que sois varones excelentes y los oradores de nuestros tiempos, empleéis vuestros talentos así en los negocios forenses y en el ejercicio de las aclamaciones, como también en unas disputas que alimenta el ingenio y facilitan un gustosísimo recreo de erudición y literatura, no sólo á vosotros que disputáis de estas cosas, sino también á aquellos á cuyos oídos llegare su noticia. Así, por vida mía, no menos veo ser digno de aprobarse en tí, oh Secundo, el que habiendo escrito la vida de Julio Asiático, hayas dado á todos esperanza de componer más libros de esta especie, que plausible en Apro el no haber dejado aún de ejercitarse en las controversias, queriendo más ocupar su tiempo como acostumbran los nuevos retóricos que como solían los antiguos oradores.»

Entonces Apro: «¿No acabas aún Mesala de admirar los estudios rancios y antiguos y ridiculizar y despreciar los de nuestros tiempos? Porque muchas veces oí de tí esto mismo, cuando, olvidado de tu elocuencia y la de tu hermano Aquilio, te empeñabas en probar que ninguno en nuestros días era orador: y esto con tanta mayor arrogancia, según creo, cuanto menos temías la opinión de algún maligno sobre estas cosas, negándote á tí mismo aquella gloria que otros te conceden.» «Ni yo me arrepiento, dijo, de lo que entonces proferí, ni creo tampoco que Materno ó tú mismo penséis de otra manera, aunque alguna vez

disputéis en contrario. Y deseo conseguir de alguno de vosotros que indague y dé la razón de esta enorme diferencia que yo mismo repetidas veces entre mí examino; y lo que para algunos sirve de consuelo, acrecienta en mí la dificultad de la cuestión; porque veo que aun entre los Griegos sucedió, que distan más Esquines y Demóstenes de ese sacerdote Nicetas (1), y si algún otro hace resonar los recintos de Efeso ó Mitilenas con los clamores declamatorios, que lo que Afro ó Africano ó vosotros mismos distáis de Cicerón ó Asinio.»

«Habéis movido, dijo Secundo, una cuestión muy grande y digna de tratarse: pero ¿quién podrá explicarla más cumplidamente que tú, á cuya suma erudición y aventajado ingenio se llega el estudio y la meditación?» Y Mesala respondió: «Propondré mi modo de pensar, si antes hubiere conseguido de vosotros que ayudaréis mi discurso.» «Por parte de los dos, dijo Materno, yo lo prometo: porque Secundo y yo cumpliremos las partes que entendiéremos, no que las hayas omitido, sino dejádolas para nosotros; pues tú poco antes has dicho que Apro suele discordar en esto; y él mismo bastante á la descubierta, ya ha rato que se prepara en contrario, y muestra que no lleva á bien este nuestro unido modo de pensar sobre la excelencia de los antiguos.» «No permitiré, dijo Apro, que nuestro siglo, sin ser oído y defendido, sea con esta vuestra conspiración condenado. Pero primero os haré una pregunta: ¿quiénes son los que llamáis antiguos? ¿Qué época fijáis de oradores con la significación de este nombre? Porque yo cuando oigo decir antiguos, entiendo que son ciertos antepasados nacidos en remotos tiempos, y se me representan Ulises y Nestor, cuya edad sobrepuja á nuestro siglo casi en mil y trescientos años; mas vosotros sacáis á Demóstenes é Hipé-

(1) Retórico griego contemporáneo, cuyas lecciones, á la vez que las de Quintiliano, seguía Plinio el Joven.

rides, los cuales está bien averiguado que florecieron en los tiempos de Filipo y Alejandro, á quienes aún les sobrevivieron. De lo cual se manifiesta que no median entre nuestra edad y la de Demóstenes más que cuatrocientos años, cuyo espacio de tiempo, si lo refieres á la pequeñez de nuestros años, acaso parecerá largo; si á la naturaleza de los siglos y proporción de esta inmensa duración, es muy breve y no hay mucha distancia. Porque si, como escribe Cicerón en su *Hortensio*, el año *magno* y verdadero es aquel en que segunda vez volverá á existir la misma constitución de cielo, y aquél comprende doce mil novecientos y cincuenta y cuatro años de los que ahora usamos, vuestro Demóstenes, á quien llamáis antiguo, empezó á existir, no sólo en el año en que nosotros, sino casi en el mismo mes.

»Pero paso á los oradores latinos, entre los cuales soléis anteponer no á Menenio Agripa, según creo, que puede parecer antiguo á los elocuentes de nuestros tiempos, sino á Cicerón, César, Celio (1), Calvo, Bruto, Asinio y Mesala, á los cuales no veo á la verdad por qué los aplicáis más bien á los tiempos antiguos que á los nuestros: porque hablando de Cicerón, fué muerto á 9 de Diciembre, según escribe su liberto Tirón, siendo cónsules Hircio y Pansa, en cuyo año el divo Augusto se sustituyó á sí mismo y á Q. Pedio por cónsules en lugar de Pansa é Hircio. Pon 56 años que despues el divo Augusto gobernó la república, añade 23 de Tiberio y cuasi 4 de Cayo, y 28 de Claudio y de Nerón, y un año de Galba, Otón y Vitelio, y en fin 6 que llevamos de este feliz principado en que Vespasiano dirige la república, y suman 120 años desde la muerte de Cicerón hasta hoy día, que es la vida de un hombre. Porque yo en la Britania

(1) Véase Cicerón, *Bruto*, 79; *Calvum*, ibid., 82; *Brutum*, el M. Junio á quien va dirigido el Diálogo sobre los oradores ilustres.

vi un anciano que aseguraba haberse hallado en aquella batalla en que intentaron apartar y arrojar de sus playas á César que metía la guerra en los Britanos. Así que, si el cautiverio ó la voluntad ó la suerte hubiera traído á Roma á este hombre que armado resistió á César, ese mismo pudo oir á César y Cicerón, y hallarse á nuestras acciones. En el próximo donativo del congiario vosotros mismos visteis á muchos viejos que contaban haber ellos recibido por dos veces el congiario del divo Augusto, de lo cual puede inferirse que pudieron ellos oir á Corvino y Asinio. Porque Corvino duró hasta la mitad del principado de Augusto, y Asinio hasta casi el fin de él. No dividas tampoco el siglo, y llaméis añejos y antiguos oradores á los que el oído de unos mismos hombres pudo conocer, y como unir y atar.

»He dicho esto de antemano, á fin de que si alguna alabanza se adquiere en los tiempos por la fama y gloria de estos oradores, pueda yo mostrar que está constituída en el medio, y aun más cercana á nosotros que á Sergio Galba ó á C. Carbón y cualesquiera otros que con razón podríamos llamar antiguos. Porque son obscuros, ásperos y toscos é inelegantes, y tales, que ojalá no los hubieran imitado ni vuestro Calvo, ni Celio ó el mismo Cicerón. Pero ya quiero tratar el asunto con más fuerza y aliento, exponiendo también de antemano que con los tiempos se mudan los caracteres y géneros de decir: así como comparado Cayo Graco con Catón el viejo es más lleno y copioso, así también Craso es más pulido y adornado que Graco (1); así Cicerón más hermoseado y urbano y elevado que los dos, y Corvino más suave, más dulce y más estudiado que Cicerón. Ni examino quién es el más elocuente: me contentaré por ahora con haber probado que no es uno mismo el carácter

(1) Sobre los oradores que nombra Tácito en este pasaje, véase á Cicerón, en *Bruto*, y á Quintiliano, x, 1, núm. 115.

de la elocuencia; que en esos mismos que vosotros llamáis antiguos se hallan muchas especies de ella, y que no se sigue inmediatamente ser malo lo que es diverso, sino que por causa de malignidad humana lo viejo siempre se alaba y lo presente se fastidia. ¿Dudamos por ventura que hubo quien admirase más á Appio Ceco que á Catón? Bien sabido es que Cicerón tuvo también algunos que le mordiesen, á los cuales les parecía hinchado, hueco y no bastante exacto, redundante y superfluo con exceso, y poco ático. Tú bien has leído las cartas de Calvo y Bruto á Cicerón, de las cuales fácil es comprender que Calvo pareció á Cicerón sin jugo y deshecho, y Bruto flojo y desatado; y al contrario, Calvo habló mal de Cicerón, pareciéndole dislocado y sin nervio, y Bruto le motejó (diréło con sus palabras) de quebrado y sin fuerza. Si preguntas mi dictamen, todos me parece que dijeron la verdad; pero luego trataré de cada uno en particular, que ahora hablo solamente de todos en general.

«Porque en cuanto á que los admiradores de los antiguos suelen establecer por término de la antigüedad hasta Casio Severo (1), del cual dicen que fué el primero que se desvió de aquel antiguo y recto camino de orar, yo insisto en que él, no por debilidad de talento ni por falta de literatura se mudó á este género de decir, sino con mucho juicio y discreción. Pues vió, como poco antes decía, que la forma y aspecto de la elocuencia debía mudarse con el estado de los tiempos y la diversidad de oídos; escuchaba fácilmente con paciencia este antiguo pueblo, como poco sabio é instruído, la duración larga de unas oraciones insustanciales, y aun se reputaba por digno de alabanza el que uno se estuviese orando todo el día. Así se tenía en mucha estima una larga preparación en los exordios, el tomar desde muy al principio el hilo de la narración, la vana ostentación de

(1) *An.*, IV, 21.

dividir el asunto en muchas partes, mil grados de argumentos, y todo cuanto enseñan los aridísimos preceptos de los libros de Hermagoras y Apolodoro (1); y si alguno había gustado un poco la filosofía é introducía de ella algún lugar en su oración, la levantaban hasta el cielo con sus alabanzas. Ni es de extrañar: todas estas cosas eran nuevas y desconocidas; y aun había poquísimos entre aquellos oradores que hubiesen saludado los preceptos de los retóricos, ni las doctrinas filosóficas. Pero en verdad, hechas ya vulgares estas cosas, hallándose apenas uno de los que asisten al circo que no esté, si no del todo instruído en los principios de estos estudios, al menos tinturado, es ya necesario tentar otras sendas de elocuencia nuevas y exquisitas, por las cuales evite el orador el fastidio del oído; y principalmente en presencia de unos jueces tales, que más bien conocen en las causas por violencia ó poder, que por ley ni derecho, y que no reciben término de tiempo, sino que lo prescriben, ni tienen que esperar al orador á que hable del asunto por el espacio que le parezca, sino que muchas veces le amonestan á su arbitrio, y si se desvía del asunto, le hacen volver á él y le insinúan que se dé prisa.

»¿Quién aguantará ahora á un orador que en su exordio hable sobre su quebrantada salud, cuyo género de exordios es frecuente en Corvino? ¿Quién escuchará con paciencia los cinco libros contra Verres? ¿Quién sobre la excepción y fórmula sufrirá aquellos inmensos volúmenes que leemos en favor de M. Tulio ó A. Cecina? Ahora en estos tiempos el juez va delante del que ora; y si no se ve el juez halagado y sobornado con la velocidad de los argumentos ó el colorido de las expresiones, y con la brillantez y adorno de las

(1) El primero era un retórico griego que enseñaba en Roma en tiempo de Augusto, y al cual no se le debe confundir con otro retórico del mismo nombre de que hablan Cicerón y Quintiliano. El otro, de Pérgamo, enseñó elocuencia á Augusto en Apolonia.

descripciones, le odia. También el vulgo de los concurrentes y el abundante y vago oyente está acostumbrado ya á exigir gracia y belleza en la oración; ni en las causas puede sufrir ya la triste y desgreñada antigüedad, al modo que si en el teatro quisiera alguno imitar el gesto de Roscio ó de Turpión Ambivio (1). Y aun los jóvenes que están al yunque de los estudios, y que para aprender acompañan á los oradores, quieren no solamente oirlos, sino tambien volver á su casa instruídos con alguna cosa digna de atención y de memoria. Y se lo comunican mutuamente, y lo escriben muchas veces á sus colonias y provincias, ora hayan visto brillar algún pensamiento con alguna aguda y breve sentencia, ora sobresalir con algún adorno exquisito y poético. Porque ya se pide á un orador también la elocuencia poética, no manchada con lo rancio de Atio ó Pacuvio (2), sino sacada del divino tesoro de Horacio, Virgilio y Lucano. Condescendiendo, pues, con los oídos y juicios de éstos los oradores de nuestra edad, resulta la elocuencia de ésta más hermosa y adornada. Mas no por eso son menos persuasivas nuestras oraciones, porque llegan con más deleite á los oídos de los que juzgan. ¿Acaso creerías que son menos fuertes los templos de estos días porque no están construídos con piedras toscas y disformes tejas, sino porque brillan en mármol y en oro relumbran?

»Porque os diré llanamente lo que siento: yo apenas puedo tener la risa con algunos de los antiguos, y en otros ni aun impedir el sueño. Ni nombraré á uno del pueblo, como Canutio ó Arrio ó Furnio (3), ó cualesquiera otros que están pudriendo huesos y esqueletos en el mismo hos-

(1) El primero es el actor de quien habló con tanto elogio Cicerón, y el segundo otro actor, también famoso, contemporáneo de Terencio, cuyas comedias representaba.

(2) Atio, poeta trágico, nacido en Roma en 584 y muerto en 667. Pacuvio nació en Brindis, y murió en Tarento en 624. V. Quintiliano, x, 1, núm. 97.

(3) Cicerón habla de ellos en diferentes pasajes de sus obras.

pital (1). El mismo Calvo, que dejó escritos veintiún libros, según creo, apenas me gusta en una que otra oracioncilla; ni veo que otros sean de distinto parecer que el mío: porque, ¿quién hay que lea la de Calvo contra Asitio, ó la que hizo contra Druso? Y en verdad que andan en manos de curiosos las acusaciones tituladas contra Vatinio, especialmente la segunda: está adornada de palabras y expresiones acomodadas á los oídos de los jueces, tanto, que conocerás que el mismo Calvo entendió lo que era mejor, y que no le faltó voluntad para hablar con estilo magnífico y adornado, sino el ingenio y las fuerzas. ¿Qué diremos de las oraciones de Celio? Es claro, agradan por el artificio en general; en ellas reconocemos la gracia y alteza de nuestros tiempos; pero la poca elección de palabras, y la interrumpida composición, y las descompuestas sentencias huelen á antigüedad; ni reputo á nadie por tan amigo de lo rancio que alabe á Celio por la parte que es antiguo. Concedamos en hora buena á C. César que en la elocuencia, por causa de la grandeza de las cosas á que tenía que atender, y por sus ocupaciones, hubiese hecho menos de lo que requería su divino ingenio; del mismo modo que á Bruto, á quien dejamos en su filosofía; pues que en sus oraciones es inferior á su fama, como lo confiesan hasta sus mismos admiradores, si no es que alguno lea la de César en favor de Decio Samnite, ó de Bruto en favor del rey Deyotaro y los demás en quienes se observa la misma lentitud y tibieza, ó admire alguno sus versos; pues los hicieron y los entregaron en las bibliotecas, no mejor que Cicerón, pero con más facili-

---

(1) El original dice: *nec alios in eodem valetudinario hæc ossa et hanc macien probantes*. El sentido es que quiere hacer caso omiso ó pasar por alto á oradores tales como Canucio, Arrio, Furnio y otros que sólo brillan por su sequedad y flaqueza, á la manera de los enfermos de una misma sala ó enfermería. De cualquier manera que se traduzca este pasaje pierde muchísimo, pero en la versión española es ininteligible.

dad; porque muy pocos saben que aquéllos los compusieron. También Asinio, aunque nació en tiempos más cercanos á nosotros, me parece que estudió entre los Menenios y los Apios: él ciertamente imitó á Pacuvio y Atio, así en las tragedias que hizo, como en sus oraciones; tanto es duro y seco. Aquella oración, á la manera del cuerpo del hombre, es en fin hermosa en que no se ven sobresalir las venas, ni se le cuentan los huesos, sino bien contemperada la sangre, llena los miembros, y se releva en los morcillos, y á los mismos nervios cubre el rosor, y la gracia los recomienda. No quiero reprender á Corvino, porque no estuvo de su parte el que expresase el placer y brillo de nuestros tiempos: veamos, digo, si acaso á su juicio hubiera correspondido la energía del ánimo ó del ingenio.

»Vengo á Cicerón, quien tuvo la misma disputa con los de su tiempo que la que yo ahora tengo con vosotros, pues ellos admiraban á los antiguos, y él anteponía la elocuencia de sus tiempos; ni en otra cosa excede él á los oradores de aquella edad, sino en el juicio. Porque él fué el primero qne pulió el modo de orar; él fué el primero que echó mano de la elegancia de las palabras y dió arte á la composición, introdujo las digresiones gustosas, é inventó algunas sentencias de afectos, particularmente en aquellas oraciones que compuso ya viejo y cercano al fin de su vida, esto es, después que había hecho mayores progresos y aprendido por práctica y experiencia el mejor género de orar, porque sus primeras oraciones no carecen de los defectos de los antiguos: pesado en los exordios, prolijo en las narraciones, parado hacia los fines, conmuévese lánguidamente, rara vez entra en calor, y tiene pocos afectos... (1). Y pocas sentencias están colocadas con brillantez; nada podrás escoger, nada notar; y como en un edificio tosco, son firmes,

---

(1) Aquí hay un gran hueco. Parece que después de haber hablado más de Cicerón, discurría sobre el adorno.

á la verdad, y duraderas las paredes, pero no bastante amoldado y lucido. Mas yo quiero que el orador, como un rico y buen padre de familia, esté á cubierto de un edificio que no sólo le defienda de las lluvias y vientos, sino también que agrade á la vista y á los ojos; que esté alhajado no solamente de las precisas alhajas, sino que en sus aparadores haya también oro y piedras preciosas, que por recreo puedan tomarse en las manos y mirarse muchas veces, y algunas otras se guarden como gastadas y añejas; no haya palabra como amohecida, ni la sentencia esté formada con pesadez y pereza á manera de los anales; huya la fea é insulsa chocarrería; varíe la composición, y no acabe de una misma manera todos los períodos.

»No quiero motejar aquello de *rueda de la fortuna* (1), y el *jus Verrinum* (2), y á cada tres sentencias aquel *esse videatur*, que en boca de todos anda como estribillo; porque he traído todo esto bien á mi pesar, y he omitido otras cosas, las cuales únicamente admiran y las repiten los que se lisonjean de llamarse oradores antiguos. A nadie nombraré: me contento con notar el carácter de los hombres. Mas á vuestra vista están aquellos que leen á Lucilio por Horacio, y á Lucrecio por Virgilio; aquellos á quienes les da asco la elocuencia de Aufidio Baso ó Servilio Noniano (3), en comparación de la de Sisena ó Varrón (4); aque-

---

(1) Juego de palabras que se encuentra en Cicerón, *in Pisonem*, 10. No es de la expresión *rota fortunæ* de que se burla aquí el autor; es sí de la comparación pueril entre la rueda de la fortuna y las piruetas ó vueltas que se hacen bailando.

(2) Chanzoneta de peor gusto que la anterior, pero más excusable, puesto que Cicerón la pone en boca del pueblo y sólo la refiere, según dice, para probar que la maldad de Verres había llegado á hacerse proverbial. El equívoco consiste en el doble sentido de las palabras *jus verrinum*, que así pueden significar manteca de cerdo, como justicia de Verres.

(3) V. Quintiliano, XI, 1, n.° 102.

(4) Acerca del primero, v. Cicerón. *Brut.*, 64, y sobre el segundo, á Quintiliano, X, 1, n.° 95.

llos que repugnan y aborrecen los comentarios de nuestros retóricos, y admiran los de Calvo; aquellos á quienes, charlando ante los jueces á la usanza antigua, no tienen oyentes, no los escucha el pueblo, y apenas pueden sufrirlos los mismos litigantes: tan tristes y desaliñados, consiguen con la debilidad y ayuno aquella misma sanidad de que se glorían. A la verdad, los médicos no aprueban aquella salud que se adquiere con angustia de ánimo; ni basta que uno no esté enfermo; le quiero robusto, alegre y animoso: poco dista de la enfermedad aquel en quien sólo se alaba la mera sanidad. Mas vosotros, que sois elocuentísimos, ilustrad como podéis y lo hacéis á nuestro siglo con el más elegante género de orar. Porque veo, oh Mesala, que tú imitas lo más gustoso de los antiguos; y á vosotros, Materno y Secundo, que mezcláis con la gravedad lo más brillante y culto de la expresión, que hay en vosotros elección de la invención, orden de las cosas, y copiosa dicción cuando la causa lo pide, brevedad cuando se requiere, decoro en la composición y claridad en los pensamientos; que de tal suerte expresáis los afectos y templáis la libertad, que aun cuando la malevolencia y la envidia impidan reconocer nuestro modo de pensar, os harán justicia nuestros venideros.»

Habiendo esto dicho Apro, replicó Materno: «¿No habéis reconocido la vehemencia y ardor de Apro? ¡Con qué torrente, con qué ímpetu defiende nuestro siglo! ¡Con qué verbosidad y variedad censuró á los antiguos! ¡Con cuánto ingenio y espíritu, erudición y arte tomó de ellos mismos aquellas mismas cosas con que los acometía! Ahora, Mesala, no debes dejar de cumplir tu promesa: no queremos ya defensores de los antiguos, ni comparamos con ninguno de los nuestros, aunque poco ha los alabamos, á aquellos que Apro ha motejado. Ni éste, la verdad, lo siente como lo dice, sino que, á la usanza antigua y por otra parte celebrada de vuestros filósofos, se tomó la parte de decir en

contrario. Decláranos, no la alabanza de los antiguos, pues bastante los elogia su propia fama, sino las causas por qué nos hemos alejado tanto de su elocuencia, principalmente cuando desde la muerte de Cicerón hasta hoy día no van más que ciento y veinte años, como resulta por la serie de los tiempos.»

Entonces Mesala: «Seguiré, oh Materno, la propuesta que me has hecho: ni he de detenerme mucho en refutar á Apro, que primeramente movió cuestión de nombre, como que se llamasen con poca propiedad antiguos los quo consta bastante que florecieron cien años antes de ahora. Mi cuestión no es de voz; llámelos como quisiere, antiguos, antepasados ó con cualquiera otro nombre, con tal que quede sentado que en aquellos tiempos fué más sobresaliente su elocuencia. Tampoco me opongo á aquella parte de su discurso en que se afirma que hubo muchas formas de elocuencia, no sólo en los mismos siglos, sino en diversos. Pero al modo que entre los áticos se da el primer lugar á Demóstenes, y obtienen el próximo Esquines, Hipérides, Lisias y Licurgo, y por consentimiento general se celebra particularmente esta edad de los oradores; así entre nosotros Cicerón sobresalió entre todos los demás elocuentes del mismo tiempo. Más Calvo, Asinio, César, Celio y Bruto con razón son antepuestos á los que le siguieron más ó menos cerca de nosotros: ni obsta que entre sí se diferencien en especie, con tal que convengan en género. Calvo es más cortado, Asinio más numeroso, César más brillante, Celio más áspero, Bruto más grave, Cicerón más vehemente, más lleno, más enérgico; pero todos tienen la misma sanidad de elocuencia; de suerte que si tomas en las manos juntamente los libros de todos, verás que aun en diversos talentos hay cierta semejanza y parentesco de juicio y voluntad; y en cuanto á que unos motejaron á otros, y quedan cartas suyas en que se nota algo por donde se descubre su recíproca malevolencia, es vicio, no de oradores, sino

de hombres. Porque creo que Calvo y Asinio, y aun el mismo Cicerón, acostumbraron á tener envidia y malevolencia, y fueron poseídos de otros vicios de la humana debilidad. Sólo Bruto, entre éstos, pienso que no estuvo tocado del odio ni envidia, sino que descubrió llana é ingenuamente lo interior de su ánimo. ¿Acaso tendría envidia de Cicerón, cuando, á mi parecer, no la tenía ni aun de César? En cuanto á Serv. Galba y á Lelio, y si á algunos otros antiguos no dejó quietos Apro, no necesitan de defensor, confesando yo que faltaron algunas cosas á su elocuencia, como que áun estaba en su infancia y no era bastante adulta.

»Pero si, dejando aparte aquel mejor y más perfecto género de elocuencia, se ha de escoger una forma, quisiera en verdad más la vehemencia de C. Graco, ó la madurez de Craso, que los afeites de Mecenas ó el retintín de Galión (1): por tanto, deseara más vestir al orador con una toga recia, que adornarle con vestidos brillantes y de mujer prostituída. Ni tampoco es oratorio, ó más bien, no es varonil ese culto de que usan los más de los actores de nuestros tiempos, expresando aires teatrales con la lozanía de las palabras, poca gravedad en las sentencias y licencia en la composición, y jactándose los más de lo que debe causar vergüenza escuchar, reputando por alabanza y gloria é ingenio el que se canten y dancen sus comentarios. De donde tiene origen aquel feo é impropio, pero frecuente aplauso, con que se dice que nuestros oradores hablan con soltura y los histriones danzan con elegancia. No negaré que Casio

---

(1) El gramático Pomponio Sabino ha citado las palabras, *calamistros Mecenatis*, como propias de Tácito, y como uno de los fundamentos que hay para atribuir el Diálogo de los oradores á este escritor. La voz *calamister* ó *calamistrum* significa propiamente el hierro de rizar el pelo. Sobre la afectación de que se acusa á Mecenas, véase á Séneca, ep. 114. En cuanto á Galión, no se sabe si es el de que habla Tácito, *An.*, XV, 73, ó el que menciona Quintiliano, III, 1, n.° 21.

Severo, al cual sólo se atrevió á nombrar nuestro amigo Apro, comparado con los que después florecieron, puede ser llamado orador, aunque en la mayor parte de sus libros haya más fuerza que jugo. Porque fué el primero que, desentendiéndose del orden de las cosas, dejado á un lado la escrupulosidad y decoro de las palabras, mal vestido aún de las mismas armas de que usa, y descubierto su flanco las más veces con el deseo de herir, no pelea con regla, sino que riñe sin arte. Pero, como he dicho, comparado con los que después vinieron, excede en mucho á los demás, ya en la variedad de la dicción, ya en el chiste urbano, y ya, en fin, en el nervio de la expresión: á ninguno de aquellos nombró Apro, ni se atrevió á sacarle como á campo de batalla. Yo esperaba que censurados Asinio, y Calvo y Celio, nos presentase otro escuadrón, y citase muchos más, ó siquiera otros tantos, con que pudiésemos oponer uno á Cicerón, otro á César, y, en fin, á cada cual el suyo. Contento por ahora con nombrar á cada uno de por sí á los antiguos, no se atrevió á alabar á ninguno de los posteriores sino en general y en común, temiendo, á lo que creo, no ofendiese á muchos si escogía á pocos: porque ¿quién hay entre los que concurren á las ejercitaciones que no esté persuadido en nombrarse antes de Cicerón, ó después de Gabiniano? Mas yo no recelaré nombrarlos á cada uno de por sí, para que más fácilmente, puestos á la vista los ejemplares, se vea con qué grados se ha ido debilitando y se ha disminuído la elocuencia.»

«Date prisa, dijo Materno, y cuida más bien de cumplir lo prometido; pues no deseamos concluir que los antiguos fueron más elocuentes, porque por mí en verdad no lo niego; sólo buscamos las causas que tú poco antes dijiste que acostumbrabas á tratar con más apacible elocuencia, y admirando la de nuestros tiempos antes que te irritase Apro impugnando la de tus antepasados.» «No me he ofendido, dijo, con la disputa de Apro; ni tampoco será decente

que os ofendáis vosotros, si alguna cosa por casualidad disonase á vuestros oídos; puesto que sabéis bien que es ley de este género de pláticas decir su parecer, sin que trascienda el daño al efecto.» «Pasa adelante, dijo Materno; y puesto que has de hablar de los antiguos, usa de la antigua libertad, de la cual hemos degenerado más que de la elocuencia.»

Y Mesala: «No escondidas causas quieres saber, Materno, ni de tí mismo, ni de este Secundo ó de este Apro ignoradas; aunque me dais el cargo de sacar á plaza lo mismo que nosotros todos sentimos. Porque ¿quién ignora que no solamente la elocuencia, sino también las demás artes se desviaron de esa antigua gloria, no por falta de hombres, sino por desidia de la juventud, descuido de los padres, ignorancia de los maestros y olvido de la usanza antigua? cuyos males, teniendo su primer origen en Roma, difundidos después por Italia, ya corren por las provincias; si bien los nuestros están más á nuestra vista. Yo hablaré sólo de la ciudad y de estos defectos propios y nacidos en nuestras casas; los cuales pasan inmediatamente á nuestros hijos, y se van amontonando por todos los grados de la vida; pero antes hablaré de la severidad é instrucción de nuestros antepasados sobre el modo de educar los hijos y formarles el corazón. En primer lugar, desde el principio el hijo que le daba á cada uno su casta madre, no en la choza de una alquilada nodriza, sino en el seno y entre los brazos de la buena madre era educado: cuya principal loa era saber cuidar de su casa y mirar por sus hijos. Escogíase alguna parienta de anciana edad á cuya probidad y acreditada conducta era encargado el gobierno de toda la familia, en cuya presencia ni era permitido hablar cosa que fuese notada de torpeza, ni hacer lo que pudiese parecer indecoroso, y no solamente templaba con cierta santidad y modestia los estudios y tareas, sino también los recreos y juegos de los muchachos. Así sabemos que se gobernaban en su

educación Cornelia, madre de los Gracos, Aurelia de César, y Atia de Augusto; cuya enseñanza y severidad tenían por mira el que el natural de cada uno sencillo y puro, y no viciado con ningunos siniestros, recibiese en lo íntimo de su ánimo las artes liberales; y que ya se inclinase á la milicia, ya á la jurisprudencia, ya al estudio de la elocuencia, sólo en esto se ocupase y todo entero lo aprendiese.

»Pero ahora el niño recién nacido es entregado á alguna criaduela griega, y se le agrega uno que otro esclavo, acaso el más vil de todos los de la casa y de los que nada valen para servicio alguno serio: el tierno ánimo del niño se empapa desde luego de las patrañas y errores de éstos; ni á nadie de los de la casa se le da nada de lo que se diga ó haga delante del amo niño, puesto que ni aun los mismos padres avezan á sus hijos á la bondad ni á la modestia, sino á la lascivia y libertinaje, por cuyo medio se introduce la desenvoltura y el menosprecio de lo propio y de lo extraño. Aun más; me parece que los vicios peculiares de esta ciudad se engendran en el vientre de la madre, el aprecio que se hace de los histriones, y la pasión por los gladiatores y luchadores á caballo, en cuyas diversiones ocupado y poseído el ánimo, ¿cuánto lugar deja para las buenas artes? ¿A quién hallarás que en las casas hable de otra cosa? ¿Qué otras conversaciones de los jóvenes oímos, si alguna vez entramos en los auditorios? Ni aun los maestros gastan otras pláticas con sus oyentes más frecuentes que éstas: acarrean discípulos, no por haber examinado en ellos la buena conducta y el talento, sino por el atractivo de sus cortesías y la añagaza de la adulación. Dejo aparte el estudio de las primeras letras, en las cuales se pone poco esmero; ni se gasta mucho tiempo en la gramática, en entender los autores y en estudiar la antigüedad; ni en el conocimiento filosófico é histórico de las cosas, ni del hombre, ni de los tiempos, sino que se apresuran para ir á oir á los que llaman retóricos, cuya profesión mostraré

bien pronto cuando se haya introducido primero en Roma, y cuán poca autoridad haya tenido entre nuestros antepasados.

»Para esto es menester volver los ojos á aquella enseñanza que hemos oído haber usado aquellos oradores cuyo inmenso trabajo y cotidiana meditación y ejercicio en todo género de estudios se deja ver en sus libros. Bien conocido tenéis el libro de Cicerón intitulado *Bruto*, en cuya parte última (porque la primera se emplea en la narración de los oradores antiguos) refiere sus propios principios, sus pasos y como cierta educación de su elocuencia; que aprendió el derecho civil bajo la dirección de Q. Mucio; que recibió la instrucción en todas las partes de la filosofía, ya de Filón, académico, ya de Diodoro, estoico; y que no contento con estos maestros, que había tenido la proporción de oir en Roma, viajó por la Acaya y el Asia para aprovecharse de todos los conocimientos de las varias artes. Así que, por vida mía, en los libros de Cicerón es fácil advertir que no le faltó la instrucción científica ni en la geometría, ni en la música, ni en la gramática, ni en ninguna arte liberal. Él tuvo conocimiento de la sutileza dialéctica, él de la utilidad de la parte moral, él de las causas físicas de las cosas y sus movimientos. Así, la admirable elocuencia de este varón esclarecido abunda y rebosa de mucha erudición, de la instrucción en muchas artes, y de todas las ciencias. Ni la energía del orador se ciñe en tan breves y estrechos límites como la de las demás artes, sino que aquel es orador que sobre toda cuestión puede hablar con lucimiento y adorno, con disposición á persuadir según el decoro de las cosas y ocasión de los tiempos, con deleite de los oyentes.

»De esto estaban persuadidos aquellos antiguos oradores. Para conseguir esto conocían que era menester, no declamar en las escuelas de los retóricos, ni ejercitar su lengua y voz en controversias fingidas, apartadas entera-

mente de la verdad, sino embeber su ánimo de aquellas artes en que se disputa de los bienes y males, de lo honesto ó lo torpe, de lo justo é injusto. Esta es la materia en que se ejercita el orador; porque en las causas judiciales frecuentemente hablamos de la equidad, en las deliberativas de lo honesto, pero de forma que á veces estas dos cosas se mezclan recíprocamente; acerca de las cuales ninguno puede tratar copiosamente y con variedad y ornato sino el que tiene conocimiento de la humana naturaleza, de la fuerza de las virtudes, de la malicia de los vicios, y la inteligencia de aquellas cosas que no se colocan ni entre los vicios ni las virtudes. De estas fuentes también nace el que pueda instigar ó suavizar más fácilmente la ira del juez aquel que sabe lo que es ira, y con más presteza le impela á la compasión aquel que sepa qué es misericordia y con qué afectos del ánimo se conmueve. Versado el orador en estas artes y ejercicios, aunque tenga que hablar en presencia de jueces airados ó codiciosos, envidiosos ó tristes, tendrá la rienda de los ánimos; y según lo requiriese la naturaleza de cada cosa, echará mano y templará la oración con los instrumentos prevenidos y aparejados para la obra. Hay jueces á quienes hace mayor impresión cierto género de decir apretado y recogido y que con prontitud cierra cada argumento: para con éstos aprovechará haberse ejercitado en la dialéctica. Á otros deleita más la oración extendida é igual y sacada de los comunes conocimientos. Para mover á éstos nos prestarán algo los peripatéticos: éstos nos darán lugares convenientes y ya dispuestos para toda disputa: los académicos la contienda, Platón la alteza, Jenofonte el gusto. Ni desdirá del orador tomar algunas exclamaciones honestas de Epicuro y Metrodoro (1), y usar de ellas según lo pidiere el asunto. Mas

(1) De Atenas, amigo y principal discípulo de Epicuro, que le honra dándole el nombre de sabio. V. Cic., *de Finibus*, III, 2.

no instruimos á un sabio virtuoso, ó á una ciudad de estoicos, sino á aquel que no ha de contentarse con saber algunas pocas artes, sino todas las liberales. Y por eso los antiguos oradores, además de comprender la ciencia del derecho civil, al mismo tiempo estaban bien instruídos en la gramática, música y geometría. Porque en las causas que frecuentemente ocurren, ó en muchas ó en casi todas es menester el conocimiento del derecho, y en las más son necesarias estas otras ciencias.

»Ni valga la réplica de que basta que para la ocasión nos enseñen algo sencillo y uniforme. Porque en primer lugar, de un modo usamos de lo que es propio y de otro de lo que es prestado, y es claro que hay mucha diferencia en proferir uno lo que posee, de lo que otro le preste. En segundo lugar, el poseer la instrucción en muchas artes, aun cuando trate otra cualquier cosa, no sirve de adorno, y cuando uno menos se piensa sobresale y se aventaja. Y esto lo entiende no sólo el docto y erudito oyente, sino que hasta el pueblo lo conoce; y de tal suerte le alaba, que le reputa por hombre que ha estudiado con solidez, que ha corrido toda la carrera de la elocuencia, y que es orador del todo; el cual afirmo no puede ser ni haber sido jamás de otra manera, sino como aquel que, prevenido de todas armas para una batalla, saliese así al foro como armado de todas las buenas artes: lo cual de tal modo se tiene en poco precio por los elocuentes de este tiempo, que dan lugar en sus causas á que se les noten la hez de su habla cotidiana y otros defectos feos y vergonzosos; por donde se conoce que, ignorando las leyes, no tienen noticia de los decretos del senado; se burlan de intento del derecho de los ciudadanos; miran con horror el estudio de la sabiduría y los consejos de los prudentes; arrojan á la elocuencia, como echada de su reino, al pequeño recinto de pocos conocimientos y sentencias; de suerte que, la que en otro tiempo señora de todas las artes llenaba el espíritu con una bri-

llante comitiva, ahora escatimada y cercenada, sin aparato, sin honor, y me atreveré á decir, sin nobleza, se aprende como uno de los oficios más viles. Luego esta es, á mi parecer, la primera y principal causa de habernos desviado tanto de la elocuencia de los antiguos oradores. Si se quieren testigos, ¿cuáles nombraré más fidedignos que entre los Griegos á Demóstenes, de quien se sabe que fué muy frecuente en oir á Platón; y Cicerón, que dijo, si bien me acuerdo, con estas mismas palabras, que cuanto había adelantado en la elocuencia lo había adquirido en los espacios de la Academia? Otras cosas hay grandes y de mucho peso, las cuales es justo que vosotros declaréis; porque en verdad yo he satisfecho ya mi cargo, y según es costumbre mía, ya habré ofendido á muchos que, si por casualidad oyeran esto, tengo por cierto que dirían haberme yo recreado en mis necedades, alabando como necesaria al orador la ciencia del derecho y de la filosofía.»

Pero Materno replicó: «No solamente me parece que no has cumplido con tu encargo, sino que apenas lo has empezado, y sólo has mostrado ciertos esbozos y primeros trazos. Porque has dicho en qué cosas solían instruirse los oradores antiguos, y has demostrado la diferencia entre nuestra desidia é ignorancia en contraposición de sus laboriosísimos y amenos estudios; mas ahora de tí espero lo que resta, y es, que así como me has hecho ver lo que ellos sabían y lo que nosotros no sabíamos, haz también que oiga en qué ejercicios los jóvenes ya introducidos en el foro solían robustecer y alimentar sus talentos: porque tú, según creo, no negarás que la elocuencia no se encierra sólo en saber el arte y la ciencia, sino que también, y aun esto es más necesario, es menester adquirir facilidad, y esto mismo parece que aprueban éstos con su semblante.» En efecto, habiendo señalado esto mismo Apro y Secundo, Mesala, como tomando de nuevo el hilo, dijo: «Puesto que he demostrado bastante, según mi juicio, los principios

y semillas de la antigua elocuencia, haciendo ver en cuáles artes los antiguos oradores solían instruirse ó informarse, proseguiré ahora hablando de sus ejercicios; aunque en verdad las mismas artes ya tienen su ejercicio, porque ninguno puede comprender tantas, tan varias y recónditas cosas, si no agrega á la ciencia la meditación, á la meditación la facilidad, y á la facilidad el vigor de la elocuencia: por todo lo cual se colige que es uno mismo el camino de percibir lo que profieras y de proferir lo que percibas. Y si á alguno pareciesen estas cosas más obscuras, separando la ciencia del ejercicio, al menos concederá que un ánimo aparejado y lleno de estas artes vendrá más dispuesto á aquellas ejercitaciones que parecen propias del circo oratorio.

»Así que entre nuestros antepasados aquel joven que se preparaba al foro y á la elocuencia, instruído ya en la enseñanza doméstica, lleno también de los estudios liberales, era conducido por el padre y parientes á aquel orador más visible en la ciudad: acostumbrábase á seguir á éste, á acompañarle, á estar presente á sus oraciones, ya fuese en los tribunales, ya en las arengas al público, de suerte que aprendía á oir las confutaciones, á verse en las competencias, y, digámoslo así, á pelear en batalla. Inmediatamente adquirían así los jóvenes grande práctica, mucha firmeza, y mucho más juicio estudiando en medio de la claridad y entre los mismos riesgos, en donde ninguno dice algo sin conocimiento, ó en contradicción, que no pueda tachar el juez, ó echar en cara el contrario, ó con que sean despreciados los mismos abogados. Así eran instruídos desde luego en la verdadera y pura elocuencia; y aunque imitasen á uno solo, conocían á todos los patronos de aquellos días en la mayor parte de las causas y juicios. Tenían á la vista la varia concurrencia del pueblo, de cuyos diversísimos oídos podía escucharse fácilmente qué cosa era en cada uno ó digna de alabanza, ó que mereciese el desagra-

do. Así no faltaba tampoco un escogido y excelente maestro que presentase, no la estampa, sino el mismo bulto de la elocuencia; ni contrarios y émulos que peleasen, no con varas de esgrimir, sino con arma blanca, y un auditorio siempre lleno, siempre nuevo, compuesto de envidiosos y favorecedores, de suerte que ni aun lo bien dicho era disimulado. Porque bien sabéis que esa grande y duradera fama de la elocuencia se adquiere no menos en diversas gradas que en las suyas (1); antes bien se levanta allí con más vigor y se corrobora con más seguridad. Y á la verdad, bajo la dirección de semejantes maestros, aquel joven de que hablamos, discípulo de los oradores y el foro, presenciando las causas, instruído y acostumbrado con la experiencia ajena, y á quien, con la continuación de oir, le eran conocidas las leyes, no le asustaban los nuevos semblantes de los jueces, era frecuente á su vista la costumbre de las asambleas, y le eran muchas veces conocidos los oídos del pueblo: entonces, ora emprendiese una acusación, ora una defensa, él solo y por sí era desde luego hombre para cualquiera causa. A los diez y nueve años de edad acusó L. Craso contra C. Carbón; á los veintiuno César contra Dolabela; á los veintidós Asinio Polión contra C. Catón; Calvo contra C. Vatinio, no muy desiguales en tiempo; y esto con tales oraciones que aun hoy día las leemos con asombro.

»Pero nuestros jóvenes ahora son conducidos al coliseo de los escolásticos llamados retóricos, cuyo género de hombres existió aun antes de Cicerón, y no agradaron á nuestros antepasados; como se comprueba de que siendo

---

(I) Traducción literal del *non minus in diversis subsellis parari quam suis*. Este pasaje es ininteligible en la versión castellana, por haber querido ajustarse el traductor al original más de lo que permite la índole de la lengua. Debería traducirse diciendo: *las reputaciones oratorias no menos se adquieren en los bancos enemigos que en los vuestros.*

censores L. Craso y Domicio, les mandaron que cerrasen, como dice Cicerón (1), la *palestra del descaro*. Pero como yo decía antes, son llevados ahora los jóvenes á las escuelas, en las cuales no sabré decir si traen más daño á los ingenios, ó el mismo lugar, ó los condiscípulos, ó el género de los estudios. Porque en el lugar no hay respeto alguno, y además nadie entra en él sino otro ignorante como ellos. En los discípulos no hay algún aprovechamiento, pues muchachos entre muchachos y aun entre mozuelos hablan y son escuchados con igual descuido. El género de los ejercicios es entre sí por la mayor parte opuesto. Porque entre estos retóricos se tratan dos especies de materias, las suasorias y las controversias. Las suasorias se destinan á los muchachos, como de menor momento y que requieren menor inteligencia. Las controversias se señalan á los más obustos: pero tales son ellas, por vida mía, y tal es su composición llena de cosas increíbles. Y se sigue, que así como la materia dista mucho de la verdad, tal se forja la eclamación. Así sucede que los *premios de los tiranicidas*, ó las *elecciones de las prostitutas* (2), ó los *remedios de las pestes*, ó los *incestos de las madres*, ó cualquiera cosa de aquellas que cada día se controvierten en la escuela, ó rara vez ó nunca se tratan en el foro con tanto ahinco; y cuando llega el caso de venir ante los verdaderos jueces..... (3). Pensar la cosa; no podía hablar nada con bajeza, nada con abatimiento.

»La magnífica elocuencia es como la llama; con el material se fomenta, con el impulso se aviva, y enardeciéndose brilla. El mismo medio también adelantó en nuestra ciudad la elocuencia de los antiguos. Porque aunque los oradores

---

(1) *De Orat.*, III, 24.

(2) Es decir, las alternativas por las cuales pasan las muchachas violadas.

(3) Aquí hay una gran laguna. Falta el resto del discurso de Mesala, puesto que lo que sigue pertenece al de Materno.

de aquellos tiempos consiguieron aquellas cosas que era justo se concediesen á una república pacífica, quieta y feliz, no obstante con esa perturbación y desenfreno les parecía haber conseguido muchas cosas, cuando, mezclado todo y careciendo de una cabeza que dirigiese, tanto sabía cualquier orador, cuanto podía persuadir á un pueblo desenfrenado. De aquí tanta multitud de leyes á nombre del pueblo; de aquí las arengas de los magistrados que duraban en los Rostros hasta bien entrada la noche; de aquí las acusaciones de reos poderosos, y las enemistades vinculadas en las familias; de aquí las facciones de los principales, y las frecuentes contiendas del senado contra la plebe: todo lo cual, aunque traía dividida la república, daba motivo á ejercitar la elocuencia de aquella edad, y parecía ser colmada de grandes premios. Porque cuanto más podía cada uno en orar, tanto más fácilmente lograba empleos, y tanto más sobresalía en los mismos empleos sobre sus compañeros; tanto más favor se adquiría de los magnates, más autoridad entre los padres, más conocimiento y fama para con la plebe. Veíanse llenos de clientes, aun de las naciones extranjeras; mirábanlos con acatamiento los magistrados al tiempo de partir á las provincias; obsequiábanlos estos mismos después de vueltos de ellas. Á éstos parece que voluntariamente convidaban las preturas y los consulados: éstos, aun estando sin empleo, no estaban sin mando, pues manejaban con su consejo y autoridad al pueblo y al senado: antes bien se habían persuadido ellos mismos que ninguno podía conseguir ó conservar en la ciudad puesto alguno visible y eminente sin la elocuencia; ni hay que maravillarse, pues eran sacados aun contra su voluntad á orar en presencia del pueblo (1); y era poco decir brevemente en el senado su parecer, si no lo defendía con ingenio y elocuencia: y tam-

(1) Los tribunos tenían el derecho de citar á la tribuna de las arengas hasta á los mismos cónsules, á fin de qué diesen al pue-

bien cuando tuviesen que responder por sí mismos, si eran acusados por envidia ó por algún delito; cuando eran precisados á ser testigos, y dar su declaración en público, sin que valiese la excusa de ausencia, ó el darla por escrito, sino que eran obligados á orar en propia persona y delante del concurso. Así á los más altos premios de su elocuencia se agregaban grandes conexiones y utilidades; y se tenía por gran cosa y de mucha gloria ser elocuente; y al contrario, por de menos valor parecer mudo y sin lengua. Así que no menos eran estimulados por su propio honor que por los premios, ya para que las amistades heredadas de sus mayores no pasasen á otros, ya por no padecer la nota de que, reputados por desidiosos y que no valían para llenar los empleos, se viesen privados de ellos ó conseguidos no supiesen conservarlos.

»No sé si habrán llegado á vuestras manos estas noticias antiguas que se conservan todavía en las bibliotecas de los antiguos, y se recopilan con especialidad por Muciano, y creo que ya tiene compuestos y publicados once libros de actas y tres de cartas sobre estos asuntos. De ellos puede entenderse bien que Cn. Pompeyo y M. Craso fueron excelentes no sólo en valor y armas, sino en ingenio y elocuencia; que los Lentulos, los Metelos, los Lúculos, los Curiones y demas próceres colocaron mucho trabajo y cuidado en estos estudios, y que ninguno en aquellos tiempos llegó á gran valimiento sin la elocuencia. Á todas estas cosas se agregaban el esplendor de los negocios, y la grandeza de las causas, lo cual contribuye mucho para la elocuencia. Porque va mucho en que tengas que orar ó sobre causa de hurto, ó sobre fórmula y entredicho, ó de soborno de comicios, ó sobre aliados saqueados y ciudadanos asesina-

---

blo las explicaciones que deseaba, según puede verse un ejemplo en Cicerón, *Brut.*, 50. Cuando este ilustre cónsul pronunció su sexta filípica, fué requerido por el tribuno Apuleyo á que se presentase á justificar en el foro las deliberaciones del senado.

dos; cuyos delitos, aunque es mejor que no sucedan, y aquel estado de la ciudad se ha de tener por mejor en que nada de esto padezcamos, no obstante cuando acontecían suministraban abundantísima materia á la elocuencia, pues crece la valentía del ingenio con la grandeza de los asuntos, ni puede hacer alguno una oración esclarecida y de lucimiento si no se le presenta igual causa. No á Demóstenes, según creo, hicieron brillar las oraciones que compuso contra sus tutores; ni hicieron á Cicerón grande orador las defensas en favor de P. Quintio ó de Licinio Archias: colmáronle de esta fama Catilina, Milón, Verres y Antonio. No porque importase tanto á la república sufrir los malos ciudadanos, para que tuviesen los oradores abundante materia para orar, sino que digo esto para que, como á cada paso repito, tengamos presente el punto de la cuestión, y sepamos que hablamos de aquellos casos que sucedieron más fácilmente en tiempos revueltos y de inquietud. ¿Quién ignora ser más útil y mejor disfrutar de la paz que ser atormentados en guerra? y sin embargo, más excelentes guerreros da de sí la guerra que la paz. Semejante es la condición de la elocuencia; porque cuantas más veces se presente el orador como en batalla, y cuantos más ataques diese y sostuviere, y cuanto mayor fuere el contrario, tanto más esforzado será quien tome sobre sí las luchas fuertes, y será tenido, por tanto, más eminente y ensalzado, y condecorado con aquellas causas públicas, y andará en boca de los hombres, cuya índole es tal que no quieren las cosas seguras.

»Paso á la forma y costumbre de los antiguos juicios; la cual, aunque ahora es más acomodada, así lo será la elocuencia (1): tanto más aquel foro ejercitaba, en el cual nin-

(1) Este pasaje es obscuro porque lo era el texto latino de que se sirvió el traductor. Admitida la variante, debe traducirse diciendo: *si el procedimiento actual es más favorable á la verdad, la antigua elocuencia se adaptaba más al antiguo foro.*

guno era precisado á perorar dentro de poquísimas horas; eran libres las prórrogas de las sentencias; cada uno se prescribía la duración de su oración, ni se tasaba el número de los días ni de los patronos. Cn. Pompeyo fué el primero que en su tercer consulado restringió y puso como freno á la elocuencia, de tal suerte, no obstante, que todo se tratase en el foro y á presencia de los pretores según las leyes, ante los cuales eran mayores los negocios que antes se acostumbraban á ejercer; de lo cual es la más cierta prueba que las causas centumvirales, que ahora obtienen el principal lugar, eran en tal extremo deslumbradas con la brillantez de aquellos juicios, que no se lee libro alguno de César, ni de Bruto, ni de Celio, ni de Calvo, ni, en fin, de ningún orador célebre dicho ante los centumviros, excepto las oraciones de Asinio, que se intitulan en favor de los herederos de Urbinia, dichas por Polión hacia el medio tiempo de Augusto, después que el largo sosiego de los tiempos, el continuado ocio del pueblo, la tranquilidad del senado y el gobierno de este gran príncipe había apaciguado, así como todas las demás cosas, á la elocuencia.

»De poco momento y acaso digno de risa parecería lo que voy á decir; pero lo diré por lo mismo, y para reir. ¿Cuánta vileza podremos pensar que atrajeron á la elocuencia esos ropones en que como metidos en saco y como embutidos hablamos con los jueces? ¿Cuánto vigor podremos creer que quitaron á la elocuencia los auditorios y tablados, en los cuales se exponen ya por lo común las principales causas? Porque así como los caballos generosos son probados en la carrera y largo espacio, así viene á ser de algún modo el campo de los oradores; por lo cual si no corren libres y desembarazados, se debilita y quiebra la elocuencia: aun en el mismo cuidado y anhelo del diligente estilo la experimentamos contraria; pues muchas veces pregunta el juez *cuándo empiezas*, y á su pregunta tiénese que empezar. Frecuentemente el patrono manda callar á

los documentos y testigos: ya uno, ya otro entre estas cosas se presenta, y se trata la cosa como en desierto. Mas al orador le es precisa la aclamación y el aplauso, como si estuviera en un teatro; cosas que acontecían todos los días á los antiguos oradores, cuando tantos y tan nobles no cabían en el foro; cuando asistían á los que estaban en riesgo las clientelas, las tribus, los comisarios de los municipios y departamentos de Italia; cuando en los más de los juicios creía el pueblo romano ser cosa de su inspección ver lo que se decretase. Consta bastantemente que C. Cornelio, M. Escauro, T. Milón, L. Bestia y P. Vatinio fueron acusados y defendidos delante de la concurrencia de toda la ciudad, de suerte que podía avivar y enardecer á los más fríos oradores la misma contienda del pueblo apasionado por unos ó por otros. Existen tales escritos de éstos, que por ellos son juzgados los actores, no por otros.

»Además de esto, las oraciones continuas al pueblo, y el derecho que le era concedido de oponerse á cualquiera poderoso, y la jactancia misma de la enemiga, cuando muchos de los oradores no se las ahorraban ni aun con P. Scipión ó con Sila, ó con Cn. Pompeyo; é introduciéndose los histriones en los oídos del pueblo, según es condición de la envidia, para provocar á los varones más principales, ¡cuánto ardor estimulaba á los ingenios, cuánto fuego á los oradores! No hablamos de asuntos pacíficos y sosegados, y que necesiten suavidad y moderación: esa grande y eminente elocuencia es hija de aquel desahogo que los necios llaman libertad, compañera de las turbulencias, aguijón de un desenfrenado pueblo sin sumisión, sin esclavitud, contumaz, temerario, arrogante, que no se cría en las bien arregladas ciudades. ¿Qué orador hemos oído citar de Lacedemonia? ¿Cuál de Creta? cuyas ciudades se reputan de una severísima educación y rigurosísimas leyes. Tampoco hemos conocido la elocuencia ni de los Macedonios, ni de los Persas, ni de alguna otra nación que estuviese gober-

nada con cierto supremo imperio. Algunos oradores hubo entre los Rodios, muchísimos entre los Atenienses, entre los cuales todas las cosas el pueblo, todas los no instruídos, todos, por decirlo así, lo podían todo. También nuestra ciudad mientras anduvo suelta, mientras se acaloraba en partidos, en disensiones y discordias; mientras no hubo paz en el foro, ninguna unión en el senado, ninguna rienda en los juicios, ningún obsequio á los superiores, ni restricción en los magistrados, dió sin duda la más valiente elocuencia, así como el recio campo tiene ciertas hierbas más lozanas. Pero ni importó tanto á la república la elocuencia de los Gracos para sufrir sus leyes, ni Cicerón con igual suceso recompensó la forma de la saludable elocuencia.

»Así, la parte de antiguo que queda á los oradores, el foro, es buena prueba de no ser enmendada la elocuencia, ni á deseo de la ciudad bien arreglada; porque ninguno nos llama á la defensa, sino algún delincuente ó infeliz. ¿Qué municipio viene á nuestro patrocinio, si no es algún pueblo cercano agitado de una doméstica disensión? ¿A qué provincia defendemos, sino saqueada y maltratada? Y en verdad hubiera sido mejor no querellarse que buscar la defensa. Y si se hallase alguna ciudad en que ninguno delinquiese, sería entre los inocentes ocioso el orador, como entre los sanos el médico. Porque así como el arte de curar tiene menos ejercicio y hace menores progresos en aquellos pueblos que gozan de una salud robustísima y perfecta, así entre las buenas costumbres y entre aquellos que están dispuestos á la sujeción de un príncipe es menor y más obscura la gloria de los oradores. Y ¿qué necesidad hay de largos pareceres en el senado, puesto que los buenos prontamente se uniforman? ¿Qué necesidad hay de largas arengas al pueblo, cuando acerca de la república no deliberan muchos, ni la plebe poco instruída, sino uno, el más sabio? ¿Qué necesidad hay de espontáneas acusaciones, cuando tan pocas veces y tan escasamente se delinque? ¿Qué nece-

sidad hay de unas defensas encarnizadas y desmedidas, cuando la clemencia del que ha de sentenciar sale al paso á los que padecen? Creedme, oh buenos y cuanto es necesario elocuentísimos varones: si vosotros hubierais nacido en aquellos siglos, ó esos á quien admiramos hubieran florecido en éstos, y algun numen hubiera mudado de repente vuestras vidas, vuestros tiempos, ni á vosotros os habría faltado aquel extremado aplauso y gloria, ni á ellos estrechez y medida. Pero ahora, por cuanto ninguno á un mismo tiempo puede gozar de una grande fama y sosiego, goce cada cual del bien de su siglo sin murmurar del otro.»

Había dado fin Materno. Entonces Mesala dijo: «Cosas hay de que quisiera se hablase más si hubiera más día.» «Haráse después, replicó Materno, á tu gusto; y si algo te ha parecido obscuro en este mi discurso, conferenciaremos otra vez sobre ello»; y levantándose inmediatamente, abrazando á Apro, dijo: «Yo te delataré á los poetas.» Mesala replicó: «Y yo á los anticuarios.» «Yo á vosotros á los retóricos y declamadores.» Riéronse, y nos despedimos.

FIN DEL DIÁLOGO DE LOS ORADORES.

ÍNDICE.

LIBRO UNDÉCIMO.

LIBRO DUODÉCIMO.

Págs.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

LIBRO DÉCIMOSEXTO.